

SAN PABLO

JOSEF HOLZNER

SAN PABLO

Heraldo de Cristo

BARCELONA
EDITORIAL HERDER

1967

Versión española por JOSÉ MONTSERRAT, S. I., revisada por Manuel de Montoliu, de la obra alemana *Paulus*, de JOSEF HOLZNER, cuya 24.ª edición fue publicada en 1959 por Verlag Herder & Co., de Friburgo de Brisgovia (Alemania)

Sexta edición corregida y aumentada 1961

Septima edición 1964

Octava edición 1967

NIHL OBSTAT: El censor, Dr. CIPRIANO MONTSERRAT, Canónigo
Prelado Doméstico de S. S.

IMPRIMASE: Barcelona, 8 de julio de 1960

† GREGORIO, Arzobispo - Obispo de Barcelona

Por mandato de su Excia. Rvma.
ALEJANDRO PECH, Pbro., Canciller - Secretario

*Obra ilustrada con una lámina frontispicio,
cuarenta y un grabados reunidos en apéndice
y un mapa*

© Editorial Herder, Barcelona 1956

ES PROPIEDAD N.º registro 3679-60 Depósito legal B. 13705-1958 PRINTED IN SPAIN

GRAFESA, Torres Amat, 9 - Barcelona

CARTA DEL PAPA PÍO XII, CUANDO ERA SECRETARIO DE ESTADO, AL AUTOR



Vaticano, 19 de agosto de 1937

N.º 163953.
DA CITARSI NELLA RISPOSTA

Reverendo señor profesor:

El Padre Santo ha recibido con satisfacción el ejemplar de su obra «Paulus—Ein Heldenleben im Dienste Christi», que V. le ha regalado con fiel rendimiento por mediación del editor, y ha encargado al que suscribe expresarle su benévola gratitud por los sentimientos manifestados. En la figura singular del Apóstol de las Gentes y en la original obra de su vida están encerrados, para los hombres de todos los tiempos y latitudes, valores que incitan siempre de nuevo a ponerlos de manifiesto y utilizarlos de una manera que corresponda lo más posible a las circunstancias y necesidades de la actualidad. El número inmenso de los libros sobre san Pablo es una prueba elocuente de la fuerza de atracción eternamente joven, como también de lo inagotable de este tema verdaderamente sublime. Nadie puede esforzarse por entender a san Pablo sin crecer en el conocimiento y amor de Cristo, cuya gracia omnipotente eligió y habilitó precisamente al perseguidor de su reino para que fuese el que con más felices éxitos lo acrecentase. En un tiempo en que

la repetición de la gracia de Damasco para tantos que desconocen y persiguen el Evangelio y la Iglesia de Cristo pertenece al número de las más caras intenciones de la oración del Padre de la cristiandad, es un mérito especial hacer que se dirija la mirada a la figura secular del que, librado por la gracia de Dios de la estrechez de heredados prejuicios, ha ascendido a ser Doctor de las Gentes.

Mientras, puedo comunicarle que el Padre Santo, como prenda de la gracia de Cristo para su trabajo sacerdotal, le da de corazón la suplicada Bendición Apostólica, me incumbe también a mí expresarle mi más obsequioso agradecimiento por el ejemplar para mí destinado.

Con la más señalada estima soy de Vuestra Reverencia adictísimo

C. Card. Tacchi

ÍNDICE GENERAL

	Págs.
CARTA DEL PAPA PÍO XII	5
PRÓLOGO DEL AUTOR	11
PRÓLOGO DEL TRADUCTOR	12
ADVERTENCIA EDITORIAL	14
I. AÑOS DE JUVENTUD Y DE PREPARACIÓN	
1. Formación griega	17
2. Educación judía en Tarso	25
3. A los pies de Gamaliel	29
4. Esteban y Saulo	34
5. El perseguidor	39
II. AÑOS DE MADUREZ: PRIMEROS INTENTOS DE MISIÓN	
6. La gran mudanza	45
7. En Damasco	53
8. Bajo la nube	57
9. En la Iglesia madre de Jerusalén	66
10. Los tranquilos años en Tarso	73
11. En Antioquía	82
12. Pablo y Bernabé	88
III. EL PRIMER VIAJE DE MISIÓN	
13. La misión en Chipre	99
14. En el país de los gálatas.	107
15. En Antioquía de Pisidia	115
16. Iconio	124
17. Listra y Derbe	128
IV. LA LUCHA POR LA LIBERTAD	
18. ¿Moisés o Cristo?	141
19. El concilio de los apóstoles	146
20. El día crítico de Antioquía	152
21. Ruptura de una amistad	158
V. EL SEGUNDO VIAJE DE MISIÓN	
22. «¡Oh Timoteo!»	165

	<u>Págs.</u>
23. «Lucas, el médico amado»	171
24. Lidia, la tratante en púrpura de Filipos	179
25. La adivina	183
26. En la cárcel de Filipos	187
27. En Tesalónica	193
28. De Tesalónica a Berea	199
29. «Solo en Atenas» (1 Thess 3, 2)	205
30. El dios desconocido	213
31. En el Areópago	219
32. La fundación de la iglesia de Corinto	229
33. ¡Maranatha!	237
34. Incipit Novum Testamentum	245
35. El anticristo	256
36. Pablo y Galión	266
VI. EL TERCER VIAJE DE MISIÓN	
37. Viaje a Éfeso	275
38. Apolo	284
39. «La solicitud por todas las Iglesias» (2 Cor 11, 28)	289
40. Las «alturas de Dios» y las «profundidades de Sata- nás»	297
41. «¡Habéis sido llamados a la libertad!»	305
42. La sabiduría del mundo y la locura de la cruz	314
43. «Muchos dones, pero un solo espíritu»	324
44. «Grande es la Diana de Éfeso»	340
45. Huida de Éfeso. La segunda Carta a los Corintios	348
46. Invierno en Corinto. La Carta a los Romanos	355
47. Último viaje a Jerusalén	369
VII. CAUTIVO DE CRISTO	
48. El consejo fatal	379
49. «Civis Romanus sum»	383
50. Ante el sanedrín. La aparición nocturna	388
51. Pablo y el gobernador Félix	393
52. «Caesarem appello!»	403
53. El naufragio	410
54. Ecce Roma!	419
55. En la cuna de la iglesia romana	427
56. El ambiente del cautivo de Cristo	435
VIII. LA PALABRA DE DIOS NO ESTÁ ENCADENADA	
57. La obra unificadora de Cristo	443
58. La obra de reconciliación de Cristo	451
59. Onésimo, el esclavo	459
60. «El salto de Dios»	467
IX. ÚLTIMOS VIAJES Y CARTAS	
61. En el crepúsculo del mundo	477
62. «La columna y fundamento de la verdad»	483
63. La Iglesia de Creta	488
X. EL FIN	
64. Segunda prisión en Roma. El testamento	493
65. En la morada celestial	497
EPÍLOGO	501
TABLA CRONOLÓGICA SOBRE LA VIDA DEL APÓSTOL PABLO	507
APÉNDICE HISTÓRICO-RELIGIOSO	509
FUENTES Y BIBLIOGRAFÍA	531
ÍNDICES	
Analítico	537
Onomástico	542
Geográfico	549
De citas bíblicas	554
APÉNDICE DE GRABADOS	557
MAPA DE LOS PAÍSES RECORRIDOS POR SAN PABLO	

PRÓLOGO DEL AUTOR

El aspecto espiritual de la Iglesia en nuestros días empieza a recobrar cada vez más los rasgos del cristianismo primitivo, conforme a la situación actual del mundo, que presenta un carácter apocalíptico. Cuatro movimientos religiosos dan al catolicismo de hoy un sello bien marcado, y los cuatro son de orientación paulina. El movimiento litúrgico y el eucarístico se sostienen por el impulso himnico y la mística sacramental promovidos por el Apóstol. Pero, sobre todo, el movimiento misional, que, como nuevo impetuoso soplo de Pentecostés, va siendo cada día más vivo e intenso, y el movimiento bíblico que arde en todos los países, se inflaman en la personalidad de san Pablo.

Especialmente el entusiasmo de nuestros días por la Sagrada Escritura, ahora menos que nunca puede prescindir de san Pablo. Su vivir todo en Cristo, su doctrina del cuerpo místico de Cristo obra como un polarizador sobre todas las relaciones de la vida y da el justo medio a todos los conocimientos parciales. Este concentrar la mirada en el Cristo viviente, tal como vive en la palabra de la Escritura, llena de espíritu, en los misterios del culto, en el ímpetu de Pentecostés de nuestros días, en el movimiento misional y no en último lugar en el martirio de la Iglesia en muchas partes de nuestro cosmos manchado de sangre, puede y debe preservar nuestra vida religiosa de desunión y de complicación y darle la grandeza y sencillez del primitivo cristiano.

Éstas son las ideas directrices que han de justificar este nuevo ensayo de una vida de san Pablo. A pesar de este fin religioso-práctico, no creí poder prescindir de lo que la diligente investigación ha sacado a luz en lo tocante a la cronología e historia de la cultura y civilización, para poder entender mejor a san Pablo y su obra sobre el fondo de su tiempo. Pero esta coherencia historicocultural no debe engañar a nadie acerca de la radical oposición, que sólo el «espíritu» podía vencer. Sólo así se hace clara la significación del hecho que un investigador alemán ha concretado en estas palabras: «La Estoa dominó 500 años en el mundo antiguo, y con todo, en ninguna parte pudo detener la decadencia de aquellos pueblos en lo moral. Que la Epístola a los romanos fue un arado que abrió

surcos más profundos que las ideas de Epicteto, continúa siendo de manera incontrovertible una realidad histórica» (Alb. Dieterich).

A la luz de este hecho, los cristianos de hoy sentimos arder en nuestra alma la responsabilidad que tenemos de volver a avivar en nosotros mismos aquellas fuerzas que animaron a los cristianos primitivos, para que brillemos «como antorchas en medio del mundo» (Phil 2, 15).

PRÓLOGO DEL TRADUCTOR

Poco tenemos que añadir a lo dicho por el autor en el prólogo. Su vida de san Pablo, una de las mejores que se han escrito sobre el Apóstol de las Gentes, viene a llenar un vacío que se dejaba sentir en todas las biografías del gran predicador de la verdad y enamorado de la cruz de Cristo. El autor nos hace convivir, por decirlo así, con nuestro héroe, nos traslada a la época en que éste vivió, a las ciudades en que nació, estudió, predicó el Evangelio y padeció persecuciones por el nombre de Jesús. Nos explica por menudo las costumbres de la antigüedad, los usos y ritos del pueblo judaico; nos narra con toda exactitud los largos y penosos viajes del Apóstol; nos hace bellísimas descripciones de las principales ciudades donde éste anunció la buena nueva, como Antioquía, Atenas, Corinto, Éfeso y Roma; nos da a conocer a sus discípulos y cooperadores en su obra evangelizadora, y nos traza escenas encantadoras de los primitivos cristianos en los actos del culto, en los ágapes y en los servicios de caridad con que mutuamente se ayudaban y socorrían.

Hoy, que son objeto de tantas investigaciones los comienzos del cristianismo, de sus prácticas religiosas, de su liturgia, de la constitución y gobierno de la Iglesia, son de muy particular importancia las noticias interesantísimas y auténticas sobre todo esto que contiene la presente obra. De las cartas de san Pablo, las fuentes más puras del espíritu cristiano, nos ofrece el Dr. Holzner una magistral interpretación y enjundioso resumen, explicándonos las causas que las motivaron, las condiciones de las comunidades a las que fueron dirigidas y los rasgos más característicos de la teología paulina en ellas contenida. Sobre todo nos hace ver el encendidísimo celo de las almas que consumía al Apóstol, por cuya salvación arrojó tantos trabajos y peligros de muerte, y padeció tantas penalidades, azotes y encarcelaciones, y señaladamente su inflamado amor a Cris-

to, cuyo reinado quería extender por todo el mundo, su ardiente anhelo de padecer por Él, de estar clavado en la cruz con Él, de no vivir sino para Él y tener por ganancia dar la vida por Él.

Muy favorable y entusiasta ha sido la acogida que a esta obra alemana sobre san Pablo se ha tributado en toda Europa, y hasta en la India, la China y América.

Esperamos que los lectores de habla castellana dispensarán una benévola acogida a nuestro modesto trabajo de traductor, que hemos emprendido únicamente con el fin de que España no se vea privada de este tesoro de erudición paulina, con que muchas otras naciones se aprestan a enriquecerse, y de que se encienda en ella más y más la llama del amor a Cristo Rey, de que estaba tan inflamado el glorioso Apóstol.

ADVERTENCIA EDITORIAL

La acogida dispensada en España e Hispanoamérica a la obra magistral del Dr. Holzner sobre el Apóstol de los Gentiles nos ha inducido a lanzar la presente sexta edición en lengua castellana introduciendo en ella notables mejoras.

Cuando en 1942 apareció la primera edición, impresa en Friburgo de Brisgovia, nuestra editorial estimó oportuno abreviar el texto y aligerarlo en varios puntos a fin de que pudiera estar al alcance de una mayor masa de lectores. En estos últimos veinte años la cultura bíblica en los países de lengua castellana ha progresado tan sensiblemente, que ya no tendría justificación mantener las supresiones que se introdujeron en la edición citada. Hemos, por tanto, restablecido todos los párrafos suprimidos y creemos que será con singular deleite para el lector ilustrado, pues si bien no eran esenciales a la continuidad del relato, añaden amenidad al texto y brindan una copiosa documentación geográfica e histórica que contribuye no poco a ilustrarlo.

Atendiendo los ruegos de un amplio sector de lectores, se han puntualizado las citas de carácter erudito o simplemente documental y se han incorporado a esta edición todas las notas que el autor ha ido añadiendo en sucesivas ediciones de la obra original.

También, a fin de facilitar el manejo de la obra, se ha añadido un índice de citas bíblicas; el índice analítico de las ediciones anteriores, considerablemente aumentado, se ha desdoblado en tres: analítico, de nombres de persona y geográfico, y, en fin, se ha incluido una bibliografía selectiva que puede servir de orientación inicial a quienes deseen proseguir el estudio de la vida y la obra de san Pablo.

1. Formación griega

Act 21, 39; 22, 28.

Como elevada sierra con aguzados picachos que avanza con ímpetu, seductora y misteriosa hacia la llanura, derramando por todas sus laderas las aguas vivificantes, el bravío Tauro se levanta silencioso y gigantesco al fondo de Tarso. De igual manera, al fondo de nuestra suave piedad cristiana aparece también el genio de san Pablo, con su impulso apasionado, su impetuosidad de pensamiento y su profundidad profética. ¿Quién es este gigante a la sombra de otro gigante todavía mayor? ¿Quién es este atrevido introductor y organizador del cristianismo occidental? Hay dos ciudades que influyeron decisivamente en su carrera: Tarso y Jerusalén.

«Soy judío, nacido en Tarso de Cilicia». Así indica sus señas personales al tribuno romano en el acto de su prisión. Por tanto, dos corrientes de formación antigua se juntaron en él: educación judía y formación griega en la ciudad universitaria y provincial de Tarso.

¿Qué era Tarso? Un lugar de antiquísimo tráfico internacional, la línea divisoria entre dos civilizaciones: la grecorromana del Occidente y la semítico-babilónica del Oriente. Estaba situado al pie de la cordillera del Tauro, cuyas nevadas cumbres se yerguen hacia dentro de la llanura de Cilicia, como el Líbano hacia Galilea. El paso del norte (Puertas de Cilicia) lo unía con la civilización del Asia Menor; el del este, en las montañas de Amano (Puertas de Siria) con el mundo semítico oriental; mientras que por el sur el puerto lo enlazaba con los países mediterráneos. Así la patria del Apóstol yacía como en un frutero de oro en la exuberante región de Cilicia, protegida contra los ásperos vientos del norte y los piratas de levante, y sin embargo impulsaba el espíritu del despierto muchacho hacia fuera, hacia el anchuroso mundo, a aventuras llenas de colorido. Debía todavía experimentarlas. Más aún, su vida fue una única gran aventura.

Tarso era también una ciudad comercial franca, un lugar de tráfico para el comercio universal, especialmente para la preciosa madera de construcción, que se bajaba del monte Tauro. Atravesaba la ciudad el Cidno navegable, con desembarcaderos, almacenes y

muelles a derecha e izquierda. Aquí vemos al joven Saulo con sus compañeros de juego, cómo hacen señas y reciben con aclamaciones de alegría a los buques que pasan, van trepando entre los cofres y fardos de mercancías y escuchan a los negociantes y mercaderes extranjeros que vienen de Éfeso, Alejandría, Corinto, Roma y España, con sus trajes abigarrados y extraños dialectos⁵¹. La salvaje melodía del mar, que susurraba entre los salmos y cánticos de Israel, resonaba también en sus sueños de juventud y acompañó a Pablo durante toda su vida. El mar fue para Pablo un elemento vital para el cumplimiento de su misión en la vida, y en más de una ocasión le resultó funesto. Hallamos en sus cartas algunas imágenes del mundo del tráfico y comercio. La providencia seguramente tenía la intención de que el hombre que debía trabajar durante su vida como misionero en ciudades paganas, se educase también en una capital pagana. Como no debía haber para él diferencia entre judíos y gentiles, griegos y bárbaros, libres y esclavos (Col 3, 11; 1 Cor 12, 13), no se educó en las idílicas colinas de Galilea, sino en una rica ciudad comercial, adonde confluía la mezcla de pueblos del Imperio romano.

Hoy se halla situada la ciudad de Tarso a 20 kilómetros tierra adentro y está unida con el pequeño puerto de Mersina por un ferrocarril. Pero la fertilidad de la llanura de Cilicia es todavía la misma: ondeantes campos de trigo e inmensas huertas de frutales. Con el más benigno de los climas se junta una inagotable abundancia de agua. En otro tiempo pasaba el Cidno por en medio de Tarso; hoy corre soñador un cuarto de hora fuera de la ciudad entre álamos, plátanos y sauces llorones. Río arriba forma, como antiguamente, una magnífica cascada «de 100-120 metros de anchura, que se precipita furiosa y espumeante por encima de enormes gradas de roca y levanta grandes nubes en el aire»⁵².

El ambiente de Tarso, en que Pablo creció y vivió también más tarde, muchos años antes y después de su conversión, nos indica el influjo del helenismo, al cual en Tarso aun el judaísmo de la diáspora apenas podía sustraerse, así en la escuela como en la vida. A este mundo del helenismo hemos de echar una rápida mirada, para poder entender mejor al Pablo de las cartas, la elección de sus expresiones e imágenes, así como los tonos de sentimiento con ellas unidos. Hoy está reconocido generalmente que el modo de pensar y vivir griego hizo en él notable impresión, y que por eso tuvo que haber vivido bastante tiempo en Tarso. Pensaba, hablaba y escribía en griego como si fuese su lengua nativa, mientras que Pedro, luego que misionó fuera de Palestina, se valió de un intérprete, principalmente en la correspondencia epistolar.

La idea religiosa predominante en Tarso era la idea del poder

divino, del dios *excelso*, que se diferenciaba del dios *que obra*. Llamábase aquél *Baal-Tarz* (= Señor de Tarso) o también Zeus (grabado 2). La diferencia del dios excelso y del que obra era una traslación del modo de ser de los hombres al mundo de los dioses. Según la mente del oriental, la dignidad del que reina es inseparable del descanso, inacción e inaccesibilidad³⁸. Sólo por sus ministros se pone en relación con el mundo exterior, con los súbditos. Así se agregó también al Baal de Tarso una divinidad creadora, trabajadora, que era muy venerada del pueblo. Era el dios indígena *Sandan*, que más tarde se fundió en una sola deidad con el dios griego Hércules. Era una divinidad campestre, vestida como un labrador en imágenes y monedas, manifestamente el genio de los antiguos pobladores campesinos. Como en todas partes, en el Oriente las principales divinidades Baal y Sandan eran *divinidades de la vegetación*, como lo demuestran los atributos de manojos de espigas, racimos de uvas y flores. El culto de Sandan-Hércules llegaba a su apogeo en la fiesta anual de la hoguera (grab. 3). La imagen del dios era llevada en procesión por la ciudad sobre una suntuosa carroza, y después quemada. Era un símbolo de la vegetación, que muere bajo los rayos abrasadores del sol de verano y resucita a nueva vida con el despertar de la naturaleza. A la solemnidad de la muerte seguía la fiesta de la vida, en la cual se celebraba triunfante la resurrección del dios y se entregaban a desenfrenados excesos. Todavía hoy existe frente a Tarso una gran construcción de aspecto sombrío, llamada por el pueblo «tumba de Sardanápalo», el legendario fundador de la ciudad. Según otros, se trata de los cimientos de un templo de Júpiter, probablemente el lugar donde se celebraban aquellas orgías paganas.

Pensativo pudo haber estado a solas el joven Saulo, cuando anualmente, hacia el tiempo del solsticio de verano, las llamas enrojecían el cielo nocturno y una salvaje multitud, gritando y lamentándose, arrojaba la imagen colosal del dios en medio de las crepitantes llamas. Y cuando los compañeros paganos le contaban al día siguiente las fiestas nocturnas, veía, profundamente compadecido de estos gentiles ignorantes, la sublimidad del Dios de Israel. Más adelante Pablo pudo haber utilizado este barrunto, existente en la naturaleza humana, de un misterio del morir y resucitar, barrunto que creó siempre nuevas formas de expresión en las religiones antiguas, como punto de contacto para mostrar a los gentiles que sus oscuros presentimientos se cumplieron mucho más magníficamente en la muerte y resurrección de Cristo. Con frecuencia pasaría Saulo junto a la estatua de Sardanápalo; trataría de descifrar la inscripción asiria y no pararía hasta que alguien le tradujera: «Caminante, come, bebe y pásalo bien, que todo lo demás no vale la pena» (Es-

trabón 19, 5). ¿No sería esto un recuerdo de su juventud, cuando usa una expresión parecida de Menandro (con reminiscencias de Isaías 22, 13), en su primera Carta a los Corintios (15, 32)?

Pablo nos muestra con frecuencia en sus cartas que era conocedor de los misterios del paganismo. En Tarso, cuando chico, habría tenido ocasión de ver cómo eran presentados al pueblo los iniciados en el culto de Isis, vestidos con la túnica celeste (grab. 4). Los iniciados, que aspiraban a la divinización, se envolvían con la indumentaria de la divinidad; si, por ejemplo, el dios era representado bajo el símbolo de un pez, se vestían de esta manera. Esta mística de la indumentaria se refleja quizás en la extraña expresión «vestir de Cristo», que no ha podido aclimatarse en nuestro lenguaje religioso porque pertenece a otro ambiente cultural. Pero para ser comprendido de los paganos, Pablo debía usar tales medios de expresión. Además, cada vez que por medio de una comparación con la manumisión de esclavos intenta Pablo hacer comprender a sus discípulos la redención o rescate efectuado por Cristo, se basa también aquí en el recuerdo de la ceremonia que tantas veces había presenciado en su juventud [n. 1]. El esclavo iba previamente al templo para depositar allí el dinero que había estado ahorrando para su propio rescate. Luego volvía al templo acompañado por su amo, el cual recibía la suma y a cambio de ella entregaba el esclavo a la divinidad. El dios dejaba entonces en libertad al esclavo, por lo que este último venía a ser un «liberto del dios» (cf. 1 Cor 7, 22).

«Soy de Tarso, ciudad no insignificante.» ¡Esto suena a orgullo genuinamente griego de su ciudad nativa! Tarso disputaba a Alejandría y Atenas la palma de la cultura. Acudíase a ella en busca de preceptores para los príncipes imperiales de Roma. Una ciudad de tan eminente cultura no podía dejar de influir en la formación de la personalidad espiritual del Apóstol. Aquí reinaban espíritu griego y lengua griega, ley romana y rigor de la sinagoga judía, manera de vivir helénica y ejercicio de deportes, hechicerías y misterios orientales con su vaga conciencia de la necesidad de redención. Algunos decenios antes el célebre Cicerón había sido gobernador de la provincia. Cuando Pablo era todavía un chico, se podía ver todos los días en Tarso a un anciano, venerable profesor, del cual la gente decía al pasar: «Mira, ése es el célebre Atenodoro, el maestro y amigo de nuestro emperador Augusto.» Este Atenodoro era hijo de un aldeano de las cercanías de Tarso y había sido discípulo del gran Posidonio. En Apolonia del Epiro, el joven Augusto solía sentarse a sus pies, y fue un fiel amigo de su maestro hasta la muerte. Éste a veces solía decir las verdades a su imperial amigo, aconsejándole el comedimiento y la templanza, y, según se dijo, en una ocasión lo preservó de un gran escándalo conyugal³².

Atenodoro pasó los últimos veinte años en Tarso, organizó un severo régimen ciudadano y promovió un gran interés por la enseñanza. «Sus conciudadanos le edificaron un templo como los que se erigían a los héroes (heroón) y cada aniversario celebraban un banquete fúnebre en su tumba»⁵⁶. Sus principios éticos podrían hacer honor a cualquier moralista cristiano. «Has de saber que no te verás libre de tus pasiones hasta conseguir no pedir nada a Dios que no se lo pudieras solicitar públicamente.» «Para todo ser humano su conciencia es su Dios.» «Compórtate con los hombres como si Dios te viese y habla con Dios como si te oyeran los hombres.» ¿Es una mera coincidencia que la palabra conciencia, introducida por Atenodoro como norma moral en la ética, aparezca tan a menudo en las cartas del Apóstol? Conocemos los pensamientos de Atenodoro solamente a través de Séneca, que era su gran admirador y que tomó de él la valorización de la conciencia al escribir: «En nosotros hay un santo espíritu que observa y vigila nuestros pensamientos, buenos y malos.» «Si haces algo honroso lo puede saber todo el mundo; pero si haces algo vergonzoso, ¿de qué te sirve que no lo sepa nadie, si lo sabes tú mismo?»³².

Pablo no tuvo necesidad de realizar altos estudios literarios para llegar a conocer las sentencias de Atenodoro. A lo largo de las sombreadas avenidas del Cidno, oradores públicos, estoicos y cínicos, discutían sobre filosofía, ética, religión; y el joven Pablo, en su camino hacia la escuela o la sinagoga, los habría escuchado alguna vez. En su permanencia posterior en Tarso, probablemente discutió incluso con tales oradores. Así Pablo pudo aprender de los predicadores cínicos ambulantes alguna frase y algún giro en su peculiar manera de hablar. Un detenido estudio de las cartas del Apóstol nos lleva a la consecuencia de que él podía utilizar tanto el lenguaje elevado como el plebeyo de su auditorio griego, pero sin pertenecer a ninguna escuela determinada [n. 2]. Con toda su piadosa unción y colorido, que recuerda el estilo de los Setenta (trad. griega del Antiguo Testamento), tomó del lenguaje corriente de los judíos helenistas que le rodeaban, así como también del lenguaje de los eruditos, todos los elementos que le sirvieron para poder expresar con claridad sus trascendentales pensamientos (Nägeli, en Banhöffer⁶).

Que Saulo en su juventud se interesó también por los juegos de lucha y las paradas militares, muéstranlo las imágenes por él empleadas del que corre en el estadio, del premio de la victoria, de la carrera triunfal, de cacerías, de centinelas romanos. También las imágenes del régimen judicial descubren que ha pasado su juventud en una gran ciudad, mientras que los Evangelios reflejan más la vida campestre y aldeana de Palestina²⁹.

Tarso era en algunos respectos una ciudad conservadora y seria, de disciplina y austeridad moral. En las frívolas ciudades jónicas «las mujeres iban por la calle medio desnudas y con mirada provocativa. En Tarso no salían sin ir cubiertas con un velo»⁵⁶. La costumbre de que las casadas llevaran velo fue tomada de los persas, que en todo lo referente a las costumbres eran los que daban el tono. El velo, que resguardaba a la mujer de la mirada ajena, formaba alrededor de ella como una muralla de protección. Era el símbolo de que estaba bajo la autoridad y protección del hombre. La dignidad de la mujer estaba representada por el velo. Con el velo en la cabeza inspiraba respeto. Pablo estaba acostumbrado a esto en su patria; por esto escribe a las mujeres de Corinto, las cuales no usaban velo: «Entre nosotros no se conoce esta costumbre» (1 Cor 11, 10 y 16).

Tarso no carecía de recuerdos románticos y éstos probablemente habrían ocupado el espíritu del joven. En la parte baja de Kataraktes se señala el lugar probable en donde Alejandro Magno estableció un campamento, después de haber atravesado las montañas para perseguir al rey de los persas Darío. Alejandro, acalorado, se zambulle en las aguas del Cidno, refrescadas con los deshielos del Taurus, al igual que más tarde Barbarroja lo hace en otro río de las montañas de Cilicia. Poco después se vio acometido de fuerte calentura y los médicos no sabían qué hacer. Únicamente un tal Filipo, discípulo del célebre Hipócrates, se brindó a curar al rey mediante un brebaje. Pero el general Parmenio avisó por carta y puso en guardia ante el veneno, por si Filipo había sido sobornado por Darío. El rey, con rapidez y decisión, tomó la copa con una mano y la apuró de un trago, mientras que con la otra presentaba al médico la carta delatora. Esta grandeza de ánimo salvó la vida al rey; de otra manera la historia universal hubiese cambiado de rumbo. No hubiera existido ningún helenismo ni la cultura universal griego-oriental que preparó el camino al cristianismo. Esto sucedió en Tarso. Y precisamente en este sitio nació ahora el hombre que, salvado por la misma osadía de su fe, debía recorrer el mundo como apóstol para predicar que el único medio de salvación está en la fe. Es también muy probable que su padre, con aspavientos puritanos, hubiera contado en más de una ocasión al joven Pablo las ruidosas fiestas celebradas en Tarso, cuando toda la gente salió en tropel a la calle para contemplar la llegada de Cleopatra, reina de Egipto, que, vestida de diosa Afrodita y rodeada de amorcillos, en su suntuosa nave remontaba el Cidno, dispuesta a cautivar el corazón del romano Marco Antonio, cual nueva reina de Sabá (41 a. de J. C.)⁵¹.

El mundo exterior del joven Saulo era, por tanto, el de la cultura griega, de la lengua universal griega y del municipio griego

(polis hellenis), este singular instrumento colonial en el cual Alejandro basó su plan para la conquista y penetración del oriente con el espíritu griego. Al soplo de este genio y por el talento organizador de sus sucesores, los Ptolomeos y Seléucidas, florecieron grandes ciudades y altas escuelas, como Rodas, Tarso, Antioquía y Alejandría, Tolemaida y Tiro, Ascalona y Gaza, Gadara y Gerasa. En todas las ciudades pululaban maestros y artistas del decir y predicadores de sabiduría, los cuales, como en el primer tiempo de la edad media los profesores y escolares vagantes, iban de lugar en lugar y daban lecciones en poblaciones extranjeras. Este mundo intelectual, moral y artístico existía en todas partes y en todas partes era de actualidad. Nadie podía sustraerse a su influjo. Y el hombre que había de escribir más tarde: «Examinadlo todo, y retened lo que es bueno» (1 Thess 5, 21), se acomodó ciertamente a él ya muy pronto.

Esta comunidad griega con su rica vida intelectual se había hecho desde los Escipiones aliada de la Roma dominadora del mundo, la cual con el derecho de ciudadanía romana procuraba romanizar al helenizado Oriente y formar una elevada clase social afecta a Roma en todo el Imperio.

«Yo poseo el *derecho de ciudadanía romana* por nacimiento.» La familia de Pablo poseía ambas cosas: el derecho de ciudadanía de Tarso y el de Roma. Pues el primero era condición preliminar para el último. Sabemos hoy que el vecindario de Tarso constaba de asociaciones de parentesco y gremios profesionales, los cuales, a semejanza de las ciudades medievales, tenían sus propios templos y prácticas religiosas. Los judíos principales, que podían pagar a lo menos 500 dracmas, recibían el derecho de ciudadanía y tenían parte en la administración municipal. No había separación rigurosa entre judíos y gentiles, estaban unidos por los intereses comunes del estado y de la ciudad, y hacían oración, aunque separados, por el bien de la ciudad y del emperador. Pablo, por tanto, no procede de la judería. Esto nos explica su espíritu abierto al mundo, su franqueza con los gentiles y su lealtad al estado, que le hace hallar tan amistosas palabras y exhortaciones a la oración por los sostenedores del poder del estado. El ciudadano romano pertenecía a la nobleza inferior y llevaba el nombre y prenombre del protector a quien era deudor del derecho de ciudadanía. El que Lucas no mencione el prenombre de Pablo le hace aún más fidedigno desde el punto de vista histórico³², pues en las ciudades griegas los ciudadanos romanos nunca se llamaban con sus prenombrados. Pablo para sus paisanos fue siempre sólo Pablo, pero en su casa, en la familia, llevaba, como todo judío, su nombre hebreo sagrado: Saulo, esto es, el suplicado.

Las ciudades griegas se diferenciaban de las romanas por una mayor anchura para el desenvolvimiento de la libre personalidad, por su franqueza en el trato con los hombres y facilidad para admitir influencias de cultura extranjera. Aquí podía Pablo ensanchar su mirada. Veía que no todo en el paganismo era manifestación de decadencia. En este aire libre hubo de ir creciendo el futuro predicador de la libertad cristiana, cuyo fuerte soplo percibe todo lector de las cartas de san Pablo: de la «libertad que Cristo nos ha dado» (Gal 5, 1). Aquí tomó Pablo aquel rasgo de su ser por el cual estaba como predestinado para anunciar una religión levantada sobre todas las razas y clases. Mas todo esto se hallaba todavía latente en él. Había de venir sobre él algo mayor, una segunda y más elevada hora de nacimiento para separarle del seno materno de la sinagoga y quitarle la estrechez de ánimo nacional judía. Como quiera que fuese, estaba extraordinariamente bien preparado para el blanco de su vida: derribar el muro de separación entre judíos y gentiles. «Me he hecho como judío para los judíos», y así fue heleno para los helenos. «Me he hecho todo a todos» (cf. 1 Cor 9, 20 ss).

No hemos podido presentar sino algunos de los rasgos más importantes de la vida cultural helénica de Tarso, para explicar el carácter griego que tuvo el curso de formación del futuro apóstol. Lo que Dios ha dado al hombre en dones de naturaleza, lo que éste ha alcanzado por la educación y el ambiente, puede servir, en un estado purificado de la gracia e inspiración, de elementos constructivos de un mundo de ideas más elevadas y sobrenaturales. No es necesario suponer que Pablo, conscientemente, hubiese tomado prestado algo al grecismo. Un espíritu tan despierto y enriquecido de tan diversas prendas naturales tomó y elaboró en sus más tiernos años muchas cosas de las que más tarde no podía darse cuenta. El hombre que en la Carta a los Romanos trazó una imagen tan drástica del paganismo, que con advertencias hechas cuando se ofrecía ocasión mostró con cuánta perspicacia lo observaba todo, no anduvo por el mundo con timideces. A la vista del prodigio de esta vida verdaderamente grande no podemos sino detenernos y asombrarnos de cómo la naturaleza y la gracia se entrelazan para tejer uno de los más notables seres humanos. «Pablo mismo reconoció más tarde en toda su conducta, adorando a Dios por ello, un milagro de la divina providencia»⁵⁰ (Gal 1, 15). Con mirada retrospectiva podemos afirmar que Tarso parecía destinada a producir al hombre que debía recibir el testamento de Alejandro Magno, de unir espiritualmente el oriente con el occidente; y además, cumplir la profecía del Señor: «Vendrán muchos del oriente y del occidente para sentarse a la mesa del reino de los cielos, junto a Abraham, Isaac y Jacob» (Mt 8, 11).

En el curso de formación del apóstol Pablo hemos presentado hasta ahora sólo una raíz de su ser espiritual: la influencia helénica. Pero mucho más importante es la otra raíz de su ser, porque se remonta a una milenaria tradición, transmisión hereditaria y lazos de sangre: su ascendencia judía y su educación en el Antiguo Testamento.

Las comunidades judías esparcidas por todo el mundo eran muy superiores en número, riqueza y extensa cultura a las de Palestina [n. 13]. Desde los días del rey Antíoco Epifanes (171 a. de J. C.), conocido por los libros de los Macabeos, que intentó inútilmente helenizar el judaísmo, las familias judías de Tarso formaron una cerrada comunidad de raza con los mismos derechos que los griegos, una corporación política o colonia (politeuma). Eran un pequeño estado dentro del estado. La comunidad de parentesco era sagrada e íntima. Nadie podía en la antigüedad ser ciudadano de una ciudad sin estar vinculado a una estirpe o linaje. Esto daba a la familia de Pablo cierta tradición, un orgullo patricio. Partiendo de este punto de vista del orgullo del judaísmo colonial, podremos hacer luz sobre la expresión tan llena de orgullo cristiano: «Nosotros, los cristianos, tenemos nuestra ciudadanía en el cielo» (Phil 3, 20). Cuando Pablo, en la Carta a los Romanos (16, 7 y 11), envía saludos para Andrónico, Junia y Herodión como miembros de su estirpe, pertenecían ellos precisamente a la comunidad familiar judía de allí, y quizá tenemos ante nosotros tres compañeros de escuela y de juegos, y quizá también parientes lejanos del Apóstol.

«Soy de la tribu de Benjamín.» San Agustín indica muy hermosamente con cuánta verdad simboliza a san Pablo este nombre en la profecía del patriarca Jacob pronunciada en su lecho de muerte: «Benjamín es un lobo rapaz: por la mañana sale a la rapiña, y por la tarde reparte la presa» (Gen 49, 27).

Su padre, como fariseo, era un hombre de la más severa orientación nacional y religiosa e introdujo a su hijo en la sagrada lengua original de la Biblia, la cual conoció además en la escuela, según la traducción griega de los Setenta. Por lo demás, hablaban entre sí en casa comúnmente en griego. Los judíos tenían un excelente sistema de educación doméstica. Éste era el secreto de su fuerza. A los cinco años aprendían los muchachos el contenido principal de la Ley en los capítulos 5 y 6 del Deuteronomio, el gran *Hallel* (Ps 113-118), que se cantaba en las grandes fiestas, y el significado de los más importantes días conmemorativos del año santo. A los seis años fue Saulo al llamado «viñedo» (nosotros diríamos: jardín

de infancia), la escuela de la sinagoga, que estaba edificada junto a ésta. Un esclavo (pedagogo), que llevaba su cartera de escuela y recado de escribir, le acompañaba allá cada mañana por las peli-grosas vías de comunicación. Aquí, sentado en el suelo, con la tablilla encerada sobre las rodillas y el estilo de hierro en la mano, entre el pequeño grupo bullicioso, aprendió la historia de su pueblo. Los años siguientes fueron dedicados sólo a la historia sagrada. Así conoció la posición excepcional de su pueblo entre las naciones. Su infantil fantasía se enardecía con los triunfos y se enternecía con los padecimientos de su pueblo. Cada día llevaba a casa, para meditar, una nueva historia hermosa y conmovedora. Los cánticos de alabanza de Sión y los cantos fúnebres sobre Babilonia resonaban en sus oídos. Sus maestros le contaban también el porvenir de su pueblo: que un día vendría el rey Mesías y se lanzaría victorioso por el mundo con su espada milagrosa, más fuerte y resplandeciente que la lanza de Apolo, la cual era el tesoro más precioso y santamente guardado de la ciudad de Tarso³². Que luego iría todo el mundo a adorar al Dios de Israel en Jerusalén, y el mismo emperador vendría de Roma a adorarle.

Puede que los compañeros griegos de Saulo miraran con desprecio a su camarada hebreo. Pero el pequeño Saulo sabía que pertenecía a un pueblo que ya tenía una gran historia cuando Roma y Atenas eran todavía sitios de pasto para las ovejas. Cuando los muchachos paganos representaban en sus juegos a «Escipión y Aníbal» y soñaban en Alejandro y César, entonces su ardiente fantasía iba con los patriarcas Abraham y Jacob y sus manadas de camellos por las maravillas del desierto, con José a las pirámides junto al Nilo, quebrantaba con David y Sansón al gigante y a los millares de filisteos. Cuando los otros en la escuela escribían memorias sobre las aventuras de Júpiter y lamentaban la pena de Dido, Saulo se estremecía con veneración ante el omnipotente Jehová, Dios de su pueblo, cuyo nombre es santo e inefable⁵¹.

A los diez años comenzó el segundo período, menos feliz, en la educación del niño Saulo. Desde esta edad el muchacho hebreo era introducido en la llamada «ley oral». Cada día venía ahora a conocer todo un conjunto de nuevos pecados. Los rabinos habían levantado alrededor de la Ley de Dios una enorme valla de mandamientos orales, prescripciones de purificación y distinciones muy sutiles, que hacían pasar por tan obligatorias en conciencia como los diez Mandamientos. Para un alma delicada y naturalmente sensible, como la de Saulo, esto debía suscitar peligrosos sentimientos de contraste en medio de un mundo de brillante cultura, que vivía de muy diferente manera. Sobre este tiempo, que le arrebató el paraíso de la niñez, escribió Pablo más tarde, en su virilidad, en la

Carta a los Romanos (7, 9-11), esta experiencia que estremece: «Pero yo, hubo un tiempo en que viví sin ley (inocencia de niño). Luego vino el precepto, y el pecado revivió. Y yo, yo morí. El mismo precepto que debía dar vida, fue hallado por mí como mortífero. Pues ¡el pecado fue incitado por el precepto y me engañó por el precepto!»⁹. Hasta entonces había visto el niño sólo de lejos, con veneración y curiosidad, en la sinagoga los muchos rollos del libro de la Ley con su cubierta bordada de varios colores. Ahora resonaba de repente a cada paso en sus oídos esta palabra: «¡No debes! ¡No hagas esto! ¡No toques!» Entonces se indignó su alma juvenil. Creyóse engañado en su conciencia natural, parecióle como si hubiese gustado la muerte: «¡Pero morí!» ¿Qué grave y no aclarada experiencia infantil se oculta detrás de esta palabra? Acerca de esto, sabemos más nosotros actualmente que la primitiva psicología de épocas anteriores. Por lo cual, no debe hablarse de una «caída de Pablo» como de algo sensacional, ni creer que Pablo no hubiera tenido «una infancia sana y alegre»⁹. Pero, con todo, nos ayudará a comprender, de un modo muy diferente, al Pablo de años posteriores, la profunda angustia del «nacido bajo la Ley» y la alegría producida por la redención, tal como la describe en la Epístola a los Romanos. El joven Lutero fue víctima de este complejo de infancia debido a una educación brutal, y este complejo de padre lo traspasó a Dios, imaginando así un Dios caprichoso y arbitrario. Sospechaba, y con acierto, que la solución estaba en la Epístola a los Romanos; pero, por faltarle una buena dirección espiritual, la buscó por un camino falso, en una poderosa autosugestión, que hoy día todavía perdura.

Era, por tanto, un ambiente enteramente religioso, aunque algún tanto asfixiante, el que Pablo respiraba en casa de sus padres. En este ambiente prosperó el sentimiento de superioridad y el orgullo nacional del judío extranjero y le unió con la madre patria de los judíos palestinos. Nos podremos imaginar al padre como hombre serio, callado, íntegro, recogido en sí mismo, dirigiéndose a la sinagoga con sus anchas tiras de oraciones (filacterias): algo así como un puritano escocés⁵¹. No debemos maravillarnos de que no escatimara la vara con el joven Pablo. Y quizás éste tuvo también necesidad de ella cuando se piensa en el espíritu feroz y contumaz del perseguidor de los cristianos, antes que la gracia le transformase. Saulo debió de ser un muchacho voluntarioso, difícilmente educable, y tal vez recordara a su padre cuando más tarde, en la Carta a los Efesios (6, 4), escribía este aviso pedagógico: «¡Padres, no irritéis con excesivo rigor a vuestros hijos!» El problema: padres tiránicos — hijos irritados, padres a la antigua — juventud moderna, seguramente se dio también entonces. De hermanos de Saulo nada

sabemos, fuera de una hermana, que más tarde se casó en Jerusalén. Yo quisiera que supiésemos también algo de su madre. Pues siempre es grato conocer algo de las madres y de la herencia materna de los grandes hombres. El Apóstol nunca la menciona. Probablemente murió temprano y el muchacho creció sin el amor materno. Esto explicaría por qué fue sensible y agradecido a la delicada manera femenina y maternal con que le trató la madre de Rufo (Rom 16, 13).

En las familias de los fariseos reinaba entonces el sano principio de sabor moderno: «Hermoso es el estudio de la Torá (la Ley) en unión con una ocupación profana». Como su padre, según todas las apariencias, era un pañero y tendero bien acomodado, el muchacho aprendió en el taller de su padre, con los obreros o esclavos allí ocupados, a tejer lona de tienda del célebre pelo de cabra de aquel país, y a hacer tiendas. En Tarso, en aquel tiempo, como hoy todavía, estaba desarrollada en gran estilo la fabricación de tiendas de campaña. Aunque la profesión de tejedor, así como la de curtidor, gozaban de poca consideración por parte de los rabinos, en realidad, esto no se tenía siempre en cuenta. Así Pedro permaneció en Joppe en casa del curtidor judío Simón (Act 9, 43). De esta manera, el joven Pablo, en la industria de su padre, aprendió de los obreros y esclavos empleados a tejer el célebre pelo de cabra de Cilicia para hacer piezas de tienda, o bien a coser unas a otras las tiras del tejido para confeccionarlas. Todavía hoy los pastores de Cilicia llevan unas capas impermeables de pelo de cabra, que son tan resistentes, que dejadas en el suelo se mantienen tiesas y sirven de tienda⁷⁴. También Pablo se serviría de una de estas capas en sus viajes por el Tauro (cf. 2 Tim 4, 13). ¡Oh este terrible pelo de cabra de Cilicia! ¡Cuántas veces, siendo muchacho, se habría lastimado las manos con él! ¿Por qué este trabajo tan duro? No lo necesitaba para más tarde; ¡pues había de ser algún día un célebre rabí! El muchacho no preveía aún el día en que estaría obligado a este ejercicio de sus dedos, y que precisamente este oficio le había de juntar con sus posteriores colaboradores en el evangelio, con Áquila y Priscila, y que debía trabajar en el taller de los mismos. Todavía no presentía aquellas admirables noches de Éfeso, en que sus manos se deslizan mecánicamente sobre la tosca tela que está sobre sus rodillas, mientras habla lleno de fuego con Apolo sobre el tejido del espíritu en el alma y sobre el Verbo Eterno, que «se hizo carne y levantó entre nosotros su tienda de campaña». Así se dan la mano la naturaleza y la gracia, la libre elección y la disposición de Dios, y con la celeridad de la lanzadera del tejedor traban mil enlaces y tejen la divina trama en el hilado del hombre. Más tarde, cuando desde un elevado punto de vista miró atrás el camino

de su vida y el de su pueblo, escribió temblando estas palabras: «¡Oh profundidad de la riqueza y de la sabiduría y de la ciencia de Dios! ¡Cuán impenetrables son sus designios, cuán inescrutables sus caminos!» (Rom 11, 33).

Por la tarde estaba Saulo sentado con su hermana en la azotea de la casa y contemplaba la brillante nieve endurecida de las montañas del Tauro. Allí le contaba su padre cómo «detrás de las montañas vivían los licaonios y gálatas legendarios, todos los cuales estarían destinados a la perdición, porque no conocían al Dios de Israel. El espíritu juvenil de Saulo nada sabía aún de aquella gran idea arrebatadora del reino del amor de Dios, que debía abarcar a todos»⁵⁰. De vez en cuando llegaban a través de los antiquísimos pasos del Tauro caravanas de camellos y onagros. A la cabeza de las mismas marchaba, como hoy todavía, un borriquillo que prudentemente iba tanteando el camino. Los mercaderes, con su horrible dialecto entremezclado de voces célticas, vienen también a la casa de comercio de su padre, y venden balas enteras de lana de oveja y pelo de cabra. ¿Entendemos ahora por qué Pablo en su primer viaje de misión fue por el Tauro a aquellas lejanas comarcas?

No nos olvidemos de que, mientras el joven Saulo trabajaba en el taller de su padre, y por la noche se lavaba las cansadas manos y soñaba con pueblos remotos, por el mismo tiempo, muy lejos, en un pueblo pequeño, otro adolescente de algunos años más de edad deponía también sus herramientas manuales. El muchacho de Tarso nada sabía del joven de Nazaret. Y, sin embargo, cuando éste se tendía sobre su dura cama para descansar, puede que dirigiera una oración a su Padre celestial por el pequeño Saulo de Tarso³².

3. *A los pies de Gamaliel*

Act 22, 3; 26, 4; Gal 1, 14.

Según una antigua tradición de los rabinos, el judío a los cinco años había de ser llevado a la lectura de la Torá (Ley), a los diez años a la Mishná (tradición oral), a los quince años al Talmud (doctrina) y a los dieciocho a la Chuppa (cámara nupcial)⁶⁵. Riguroso fariseo, el padre de Saulo quizás una vez llevó consigo a su joven hijo a Jerusalén para la celebración de la Pascua. Pero llegó el día — fue hacia los quince años de edad — en que el joven, como discípulo de los rabinos, debió trasladarse definitivamente a Jerusalén, para frecuentar allí la escuela del Templo.

No podemos figurarnos hoy día lo que significaba para un joven israelita de la formación religiosa de Saulo la primera vista de

Jerusalén (grab. 5), la ciudad de los más ardientes sueños de su pueblo. Cuando desde el norte se acercó a la ciudad, se le ofreció una vista subyugadora: a la derecha del monte de los Olivos sobresalía de la profunda hondonada del Cedrón toda la mole del Templo herodiano: una verdadera montaña de mármol brillante, con el tejado de oro que deslumbraba los ojos. Hacia el oeste se extendía la ciudad con sus palacios, entre los cuales descollaba soberbio el nuevo palacio de Herodes.

Un segundo, pero asimismo gran día, es cuando Saulo por primera vez va, algo embarazado, a la escuela, entre caras enteramente extrañas. El venerable rector de este colegio se llama rabí *Gamaliel*, «muy honrado de todo el pueblo» (Act 5, 34), miembro del Consejo Supremo, grande y generoso guía religioso, el cual más tarde hasta llegó a proteger a los apóstoles. Jerusalén estaba entonces llena de estudiantes. La Escuela Rabínica daba prestancia a la ciudad, al igual que la Sorbona al París medieval. Los rabinos no eran funcionarios o escritores, intelectuales pagados. Vivían con estrechez, y además de su profesión educativa tenían un oficio. El gran *Hillel* era jornalero. Jehoshua era carbonero [n. 3]. De él proviene la expresión: «Nada sabes de la escasez de los estudiantes, cómo se sostienen y de qué se nutren». Pablo lo pasaría también así cuando su tacaño padre le hacía andar escaso de recursos. Esto explicaría la austeridad de Pablo durante el ejercicio de su apostolado, que le hacía rechazar la idea de vivir a expensas de las comunidades cristianas. Los teólogos de la Jerusalén de entonces se dividían en dos escuelas: la de *Hillel*, flexible y conciliador, que siempre había sabido hallar una salida de la dureza de la Ley, y la de *Shammai*, que se apegaba fanáticamente a la letra. Gamaliel, nieto de Hillel, era digno de su gran antepasado. Saulo fue su más ferviente discípulo, y «pronto sobresalió entre sus compañeros» (Gal 1, 14). Los intereses literarios y estéticos de Tarso iban cada vez más abandonándose en este sagrado ambiente, aunque Gamaliel animaba a sus discípulos a estudiar la literatura griega. Los escolares se sentaban, como todavía hoy en la mezquita de la universidad árabe de El Cairo, en el suelo o en bancos muy bajos, en semicírculo alrededor del maestro, que se sentaba en sitio elevado. Así, pues, Pablo estaba sentado literalmente «a los pies» de Gamaliel. Conocemos aún exactamente el método de enseñanza. Elegíase un pasaje del Antiguo Testamento para la explicación. Leíase primero en hebreo, y luego en la lengua usual aramea. Después, el maestro exponía las diversas explicaciones que se habían dado y podían darse. Finalmente, el maestro invitaba a una discusión en preguntas y respuestas, de un modo semejante a como se hace en los ejercicios de seminario en las modernas universidades europeas. Así terminaba la lección

las más de las veces con un chispear de más o menos ingeniosas tentativas de solución y acalorados debates con bulliciosa gritería.

El estudio de la teología abrazaba entonces dos grupos: la *Halaklah*, esto es, la gran masa de tradiciones y normas de la Ley, y la *Haggadah*, esto es, las verdades religiosas que se derivaban de la historia del Antiguo Testamento y de las leyendas forjadas a su alrededor. Según el modo de hablar de hoy día diríamos así: Derecho Canónico con Moral y Dogmática con Historia de la Iglesia. A cuál de estos dos grupos pertenecía Saulo, nos lo enseña una ojeada a sus Cartas, las cuales nos han transmitido ejemplos de la *Haggadah*, de la explicación simbólica de hechos históricos (Phil 3, 6 y Gal 1, 14). De un estudio histórico en el sentido de hoy día no se hablaba en la antigüedad. «Entre los rabinos se trataba menos de la historia de los hombres que de la historia del género humano, de la relación del hombre con Dios, como se presenta a la vista en las personas y sucesos típicos de lo pasado»³². Un ejemplo de la libre manera de tratar los pormenores históricos nos lo ofrece Esteban, que manifiestamente frecuentaba el mismo colegio que Saulo y quizá fue su competidor, en su gran discurso en la sinagoga. Sus alusiones a la educación y a los milagros de Moisés, a la mediación del ángel en su llamamiento junto a la zarza ardiente y en la entrega de la Ley en el Sinaí proceden de la tradición judía. También corresponde a ella la alusión a Jannés y Mambres en 2 Tim 3, 8, y la leyenda del arcángel Miguel, que disputa al diablo el cadáver de Moisés (Iud 9). Así era también el estilo de Pablo: entrelazar una serie de rasgos sueltos para, con ello, ilustrar un punto completamente independiente. Su evangelio no lo deriva del Antiguo Testamento; pero después que ya lo posee por directa revelación, busca la confirmación ulterior en el Antiguo Testamento, bajo la luz del Espíritu Santo, de una manera completamente independiente y por su mística interpretación de las Sagradas Escrituras³².

Hemos conocido más arriba dos elementos en la marcha educativa del futuro apóstol: su educación religiosa y su formación griega en Tarso. Vamos ahora a añadir todavía un tercer rasgo: sus estudios bíblicos y el acertado manejo de los tres sentidos de las Sagradas Escrituras, que tomó de la escuela de Gamaliel. No podremos comprender bien las Cartas del apóstol sin este triple sentido de la Escritura: el típico-simbólico, el anudado o adecuado, y el alegórico. En esto nos atenemos al escrupuloso análisis de Prat¹⁶. El sentido típico es el espiritual, profético y misterioso sentido que se oculta tras la letra de la Sagrada Escritura. Ésta, como obra del Espíritu Santo, es un libro profético único. Así, según Pablo, el primer hombre, Adán, es un tipo de Cristo, del último hombre (*eskhatos anthropos*). Son las dos grandes figuras simbólicas

entre las cuales se mueve la historia de la humanidad como en sus puntos de apoyo. Según Pablo, pues, la ley de Moisés, el cordero pascual, la peña en el desierto, la sinagoga, el matrimonio, tienen carácter simbólico. Puesto que la Biblia es un libro para todos los tiempos, se puede aplicar a las necesidades de cualquier época. Este sentido aplicable a cualquier época es el que puede encontrar todo predicador, todo lector creyente que con sana intención se adentre en las Escrituras, según los dones que le hayan sido concedidos. Un ejemplo de ello nos lo ofrece Pablo cuando, al hacer en Corinto la colecta de dinero para los hermanos pobres de Jerusalén, encontró la relación que esto tenía con la comunidad de destino e igualdad de participación entre los israelitas que en el desierto recogían el maná (2 Cor 8, 15). Se trata aquí de aplicar un pasaje de la Biblia a un caso análogo que sucede en la actualidad. Hay, además, una aplicación oratoria, alegórica, del texto de la Biblia, a modo de ilustración, que tan magníficamente usaron grandes predicadores como san Bernardo, Bossuet, Segneri, y que constituye precisamente el secreto de su fascinadora elocuencia. En Romanos 10, 6-9, Pablo nos da un ejemplo de esta aplicación alegórica de la Biblia, al aludir al pasaje de Deuteronomio 30, 11-14, que dice: «Este mandamiento que yo te intimo hoy no está sobre ti, ni puesto lejos de ti, ni situado en el cielo, de suerte que puedas decir: ¿Quién de nosotros podrá subir al cielo para que nos traiga ese mandamiento y le sigamos y pongamos por obra? Ni está situado a la otra parte del mar, para que te excuses y digas: ¿Quién de nosotros podrá atravesar los mares y traérselo de allá, para que podamos oír y hacer lo que se nos manda? Sino que el dicho mandamiento está muy cerca de ti: en tu boca está y en tu corazón, y para que lo cumplas.» Entonces, dice Pablo que el evangelio, la adhesión a Cristo por medio de la fe, en la justificación, es todavía algo más fácil y se halla al alcance de cualquiera. Que nadie diga: ¡Ay! ¿quién subirá al cielo a buscar a Cristo para que baje? Puesto que está presente entre nosotros, se hizo hombre. Que nadie diga: ¿Quién bajará a los abismos del sepulcro para hacer subir a Cristo de entre los muertos? Puesto que Cristo ha sido ya levantado de entre los muertos y el Resucitado está entre nosotros. Que cada cual tome en serio su fe y su confesión de que cree en el Verbo hecho hombre y en el Cristo resucitado. Ésta no es una demostración sacada de la Biblia, sino un recurso oratorio de efecto extraordinario³⁶. Los santos Bernardo y Buenaventura eran maestros consumados en este arte. Su espíritu estaba lleno y saturado del lenguaje figurado de la Biblia. Hoy todavía, para predicadores que mediten bien sus sermones, es un pozo inagotable en el cual «no se echa ninguna vez el cubo que no salga otra vez cargado de oro» (Nietzsche).

Para un joven que hacía sus estudios entonces en Jerusalén lejos de la casa paterna, la *vida social* de la metrópoli no carecía de *peligros*. Los círculos más distinguidos en los cuales Saulo halló pronto entrada, dadas sus brillantes cualidades intelectuales, sabían extraordinariamente juntar con la mayor beatería el más refinado lujo, y en primera línea las mujeres. Las gentes finas de Jerusalén hablaban un arameo escogido con esmeradísimo acento, eran donairoas, corteses y tenían siempre casa abierta para huéspedes extranjeros. La seductoras judías, que olían a nardo y en cuyos pies y manos ostentaban ajorcas de oro, ponían a la vista de los visitantes del país lo más reciente en vestidos y joyas. Sin embargo, en Saulo el interés religioso sobrepujaba a cualquier otro. Por eso también permaneció célibe, aunque el casamiento, incluso para los rabinos, era precepto obligatorio. Esto resultaba algo extraño, pero no carecía de precedente entre los grandes varones de la historia, como Elías y Jeremías. Un famoso rabino, que también permaneció soltero, daba la razón de esto diciendo: «¿Qué voy a hacer? Mi alma se halla pendiente de la Torá. ¡Que sean otros los que cuiden de que el mundo no se acabe!» Tal vez era esto mismo lo que entonces pensaba Pablo. Posteriormente, cuando fue cristiano, puso cimientos más hondos a su celibato, basándose en su mística de la «esposa de Cristo»⁶⁵.

Lo que más le atraía era la Biblia, y nada más que la Biblia. La aprendió de memoria en dos lenguas. La versión griega de los Setenta la conocía ya en gran parte desde Tarso. Más tarde, no siempre podía llevar consigo, en sus fatigosos viajes a pie, los voluminosos y preciosos rollos de la Escritura, y en sus varios naufragios, por cierto, se le hubieran extraviado. Con todo, sus cartas están llenas de largas citas y alusiones casi de cada libro del Antiguo Testamento. Se han contado en ellas unos doscientos pasajes de la Escritura. ¿Quién duda de que la Sagrada Escritura le formó su espíritu y le hizo el gran hombre que era? Y no hay que maravillarse, pues la tenía por el mayor tesoro del mundo⁵¹. «¿Qué ventaja tienen los judíos sobre los gentiles?», pregunta en la Carta a los Romanos (3, 1), y responde: «Ante todo, el que a ellos se hayan confiado las promesas de Dios». Es algo conmovedor y sin ejemplo el amor de este pueblo a su Biblia. Doscientos años antes de la destrucción de Jerusalén, un sabio judío, en una colección de sentencias, ya había expresado el pensamiento de su época, que también latía en el alma del joven Saulo. «Éste es el libro de la alianza hecha con el mismo altísimo Dios. De él brota la sabiduría como el agua del Pisón en su crecida, y el agua del Tigris cuando desborda en primavera. De él brota el juicio como el Éufrates en sus avenidas y el Jordán en la época de recolección. De él ha brotado la dis-

ciplina como la luz y como el agua del Nilo en otoño. Nadie ha habido que haya aprendido completamente todo el contenido de su sabiduría, y nadie existirá que sea capaz de agotarlo. Pues su significado es más rico que el mar y su palabra más profunda que un abismo». En la destrucción del Templo en tiempo de Tito, los judíos, que entienden de preciosidades, abandonaron los vasos sagrados de oro y plata, los candelabros y lámparas, y hasta el racional del sumo sacerdote con las grandes piedras preciosas, sólo para salvar la Biblia. Ésta era el verdadero tesoro del Templo, y no fue presa de las llamas.

4. *Esteban y Saulo*

Act 6, 8 — 8, 1.

Unos diez años habían transcurrido desde que Saulo había dejado la universidad y se había despedido de su venerado maestro Gamaliel. Siendo todavía un mancebo (Act 7, 58), esto es, al comienzo de los treinta años, volvióse de nuevo a Jerusalén. ¿Dónde había estado entretanto? No tenemos medio alguno para llenar este vacío, y nos vemos obligados a hacer conjeturas. Había, sin duda, vuelto a la diáspora judía, para merecer los primeros honores, y quizás a la sinagoga de su patria, a Tarso. Allí podía conocer todavía más profundamente al mundo intelectual griego, que representa tan importante papel en sus Cartas. Como le vemos más tarde en tan estrechas relaciones con el Consejo Supremo de Jerusalén, pudo también por encargo de éste haber visitado los puestos avanzados judíos, y haber vuelto con alguna frecuencia a Jerusalén. Pero su permanencia allí nunca duró tan largo tiempo que hubiese llegado a un personal contacto con Jesús. San Pablo nunca hace la más ligera insinuación sobre esto, lo cual seguramente hubiera hecho cuando se le disputó su cargo de apóstol. Además, un hombre de su condición apasionada no hubiera podido permanecer neutral o pasivo: o hubiera combatido a Jesús o se hubiese hecho su discípulo. El célebre pasaje de 2 Cor 5, 16, quiere únicamente poner de manifiesto que él ya no ve a Jesús con los prejuicios terrenales del nacionalismo judaico, sino con los ojos de la fe sobrenatural. Explica suficientemente el pasaje el hecho de que Pablo oyera de lejos hablar de Jesús y de su actividad⁵⁸. Por tanto, puede admitirse como muy probable que Pablo nunca conoció personalmente al Señor.

Pero, entretanto, había acontecido la cosa más grande y más importante que había visto el mundo desde el principio: el hecho de la redención en el Gólgota. Saulo, con su soberbia judía, poco se había preocupado hasta entonces de las turbulencias galileas.

A este carpintero de Galilea le sucedería también lo mismo que a otros ilusos, los cuales perecieron con sus secuaces (Act 5, 36 ss). Pero esta vez, sin embargo, el asunto parecía más serio. El león de Judá había levantado su voz, y el orbe de la tierra lo escuchaba con admiración (Amos 1, 2).

Saulo había oído de lejos el ruido del trueno. Tres de sus paisanos de Cilicia, Andrónico, Junia y Herodión, que habían estado en Jerusalén por Pentecostés y quizás habían vuelto convertidos (Rom 16, 7 y 11), contaban los terribles sucesos del Viernes Santo; otros notificaban que la cuestión del Nazareno ya no llegaría a sosegar. Que muerto era todavía más peligroso que vivo, y que el número de sus partidarios crecía constantemente. Que éstos eran piadosos israelitas, comúnmente del barrio pobre de Ofel, los que todas las mañanas y tardes estaban en el patio interior del Templo y en el pórtico de Salomón junto a sus guías. Que últimamente hasta muchos sacerdotes de las categorías inferiores se habían pasado a ellos (Act 6, 7). Que en toda la ciudad eran queridos (4, 21) y mirados con cierto respeto⁵⁶. Que también el apreciado levita José de Chipre se había hecho nazareno y se llamaba ahora Bernabé. Que les había hecho donación del producto de una finca (4, 36). Cuando Saulo oyó la defección de su antiguo amigo en los estudios, ya no pudo contenerse más tiempo. Quizá le vino también una invitación del Consejo Supremo o de sus paisanos que residían en Jerusalén a entrar en lucha contra la nueva secta.

Los judíos helenistas de la diáspora formaban en Jerusalén particulares agrupaciones de paisanos o judíos de un mismo país con sinagogas propias. La ciudad estaba entonces todavía más que hoy sencillamente sembrada de tales sinagogas de dichas agrupaciones. Contábanse 480 (?) en Jerusalén³², y eran sitios de oración, de predicación, de enseñanza, algunas también con posada y comodidad de bañarse y lavarse para extranjeros, así como con cárcel subterránea para cumplir los castigos impuestos por la sinagoga, principalmente el de los azotes. San Lucas menciona en los Hechos de los Apóstoles como las más importantes la de los «libertos», esto es, de los descendientes de los judíos prisioneros de guerra deportados en otro tiempo a Roma por Pompeyo y más tarde puestos en libertad, así como las de los judíos de Cirene y Alejandría, del Asia Menor y de la patria de Saulo, Cilicia (Act 6, 9). En todas estas sinagogas, especialmente en la de la agrupación de Cilicia, después del servicio religioso se disputaba mucho y con gran vehemencia sobre Jesús.

Si admitimos, según cómputo fundado, como año de la muerte de Jesús el año 30 y algunos años de intervalo para el desenvolvimiento de la joven Iglesia hasta la muerte de san Esteban, Saulo

debió de haber regresado a Jerusalén hacia el año 33. Su primer paso fue sin duda a la casa de su venerado maestro Gamaliel, el cual se había vuelto cano y pensativo y ya no tenía la anterior seguridad (Act 5, 35). La ciudad ya no era la misma después de la pena de muerte ejecutada en el Gólgota. Gravitaba una pesadilla en la conciencia del pueblo y de los sacerdotes. Los discípulos del Crucificado se juntaban alrededor de un centro misterioso, alrededor de un personaje invisible, a quien nadie merecía ver fuera de los suyos. Principalmente los judíos de la diáspora, cuyo idioma era el griego, de cultura más abierta, afluían a ellos en tropel. Con esto añadióse a la Iglesia naciente un nuevo elemento progresivo, que pronto fue de importancia transformadora. Esteban, gran conocedor de la Biblia, y Felipe, honrado padre de familia con sus cuatro hijas, dotadas, como él, del don de profecía (Act 21, 9), fueron elegidos para formar parte del «Colegio de los siete diáconos», y poco después los encontramos actuando como predicadores y taumaturgos (ibid. 6, 8, y 8, 6).

Sería un error concebir la naciente Iglesia como una organización acabada, subsistente por sí y separada del judaísmo. Ella subsistía en la mera forma jurídica de una de las muchas sinagogas judías, pero sin particular edificio para el culto y con una nueva e inaudita creencia sobre el Mesías, grande amor fraterno, ágapes comunes y un culto místico y eucarístico de Jesús, envuelto en el misterio (Act 2, 42-46). Esteban llevaba muy buen camino para ser uno de los grandes adalides de la joven Iglesia. Fue la primera gran «conquista». Él fue el primero en conocer claramente y manifestar victoriosamente la significación sólo preparatoria y transitoria de la Ley mosaica y el valor definitivo y universal de la Iglesia cristiana. En él le había nacido a Saulo un adversario no despreciable.

Trasladémonos a una de las numerosas sinagogas (grab. 7). Sobre la entrada está escrito en arameo y griego: «Sinagoga de los de Cilicia» [n. 4]. Judíos de todas las agrupaciones de la diáspora se apiñan para entrar. Hoy es día de gran lucha. La casa está llena hasta rebosar. Ha terminado la lectura de la Sagrada Escritura y el sermón, y comienza la controversia. Pedro y Juan están observando la escena detrás de una columna. Esteban está en pie encima de un alto podio, y frente a él la figura delgada de Saulo, consumida de ardor interior. Aquí cruzan sus espadas los dos mayores adalides de la joven Iglesia. Esteban odiaba las sutilezas de la Ley, era genial y magnánimo y tomó el asunto por el lado histórico. Demostró por medio de los profetas que el Mesías había de padecer y morir y que Jesús crucificado era el paciente siervo de Dios deservido por Isaías. Un paciente, un muerto con la muerte de esclavo en el madero de la ignominia, su Mesías: ¡esto era para Saulo

un pensamiento inconcebible! Aquí se levanta con ademán amenazador el «escándalo de la cruz». La intrepidez con que más tarde Pablo (Gal 3, 13) utilizó para la concepción cristiana la palabra: «Maldito el que está pendiente del madero» (Deut 21, 23), atestigua que esta palabra fue antes su más fuerte arma ofensiva⁷. Ahora entendemos con qué fuerza Esteban y Saulo discutían entre sí como representantes de las dos más opuestas concepciones acerca del Mesías. Saulo era más agudo disputador, pero Esteban se mostró superior a él. «No pudieron resistir a la sabiduría y al espíritu con que hablaba», y sólo les fue posible oponer la flaca palabra de la Ley: «Maldito de Dios el que está pendiente en la cruz».

Aquí Esteban se vio obligado en su polémica a impugnar toda la interpretación judía de la Ley: la Ley y el Templo son sólo una etapa transitoria en el orden de la salud establecido por Dios, orden que los rebasa muchísimo por ambos extremos. Todavía más, el enorme error histórico del judaísmo consistía precisamente en que cerraba toda la perspectiva de la historia del género humano con el bloque de la Ley y el Templo, y quería suspender en su curso la misericordiosa dirección de Dios. Cuando sonó la palabra de lo pasajero del Templo y de la Ley, saltó de los bancos toda la asamblea, sintieron heridos en su punto más vulnerable. La escena se convierte en tribunal. Miles de puños se cierran en el aire. Esteban es arrastrado con veloz apresuramiento por las estrechas calles de las tiendas de los baratilleros hasta la sala de sesiones del Consejo Supremo o sanedrín, en el atrio del Templo, donde se hallaban reunidos en el hemicíclo los padres de Israel. No era cosa difícil torcer sus palabras. De nuevo pone la idea del Mesías en conexión con la historia de la salvación humana y termina con esa terrible acusación: «Vosotros sois los que le habéis hecho traición y dado muerte». La sala se llena de furor y rechinar de dientes. Pero Esteban está como extasiado, mirando hacia lo alto. El sumo sacerdote, el inflexible Caifás (16-32 d. de J. C.), quiso proceder a la votación: ¿culpable o inocente? Saulo, que tenía el derecho de votar (Act 26, 10) y como escriba era miembro del sanedrín, estaba para echar su piedrecita en la urna, pero ya no llegó a ello. Judíos procedentes de todas las sinagogas estaban arrastrando al joven héroe a través de la sala, hacia la puerta de Damasco. El lugar de la lapidación era una rampa alta como dos hombres. Saulo corrió tras ellos y fue el único escriba que presencié la cruenta acción. El primer testigo dio a Esteban un empujón que lo derribó de bruces contra el suelo. Entonces lo colocó boca arriba. El segundo testigo le arrojó una piedra al corazón, con todas sus fuerzas, pero no fue mortal el golpe. Ahora, según la Ley (Deut 17, 7) le tocaba al pueblo⁸⁰. Los hombres se quitaron los mantos, para mayor libertad de

movimiento, y los depositaron a los pies de Saulo. Con las últimas fuerzas que le quedaban, Esteban se incorporó. Con los brazos extendidos y la mirada dirigida a lo alto, oró así: «¡Señor Jesucristo, recibe mi espíritu!» Las primeras piedras volaron por el aire. El mártir quedó postrado de rodillas y, mirando hacia Saulo con ojos velados por la agonía, exclamó con voz conmovedora, en medio del zumbido de las piedras: «¡Señor, no les hagas cargo de este pecado!» El mártir quedó bañado en su sangre y expiró. Saulo estaba satisfecho. Ya se había ganado los primeros galones.

Fue una especie de linchamiento lo que aquí se practicó y de lo que tenían miedo con frecuencia los mismos sumos sacerdotes. Saulo nunca olvidó este día. Durante toda su vida le atormentó este remordimiento de la conciencia. Constantemente le tortura el recuerdo del apedreamiento de Esteban (Act 22, 20, y 26, 10; Gal 1, 23; 1 Cor 15, 9): «¡No soy digno de llamarme apóstol porque he perseguido a la Iglesia de Dios!» Cuando en sus años posteriores recordaba esto dando una mirada atrás, debió de reconocer este día como uno de los más decisivos de su vida. Sería de maravillar el que hubiese conciliado el sueño aun sólo un momento en aquella noche. ¿Estaba escuchando en la callada obscuridad, para oír cómo afuera en la lejanía hombres piadosos y mujeres llorosas, con la madre del joven, prorrumpían en fúnebres plañidos? ⁵¹ ¿O acalló violentamente sus remordimientos y los tuvo por sugerencias del demonio? Todavía no había aprendido a discernir los espíritus.

La muerte de Esteban fue el precio que debía pagar la primitiva Iglesia para «rasgar su envoltura nacional judía y poner en camino su vocación de hacerse Iglesia universal» ^{35 a} y ganar a su mayor apóstol, que debía ejecutar esta separación histórica. «¡*Non sine sanguine!*» (Hebr 9, 22). No hay gran victoria sin sacrificio de sangre. Este principio tiene también valor en el reino de Dios. Esteban ofreció este sacrificio y así fue el que dio principio a un porvenir de la Iglesia de amplitud universal. De semejantes campeones necesita la Iglesia para ejecutar «lo que todavía falta a la pasión de Cristo» (Col 1, 24). Dios deja a veces que perezcan sus colaboradores, pero lleva adelante su obra. Esteban, la gran esperanza de la Iglesia, ha muerto; pero la verdad no puede morir: Dios está detrás de ella. ¡Quién hubiera pensado, cuando Esteban sucumbió, que dentro del plazo de un año su matador ocuparía su lugar y llevaría su causa a la victoria! San Agustín dice una vez que Pablo guardó los vestidos de los apedreadores para apedrear de esta manera, por decirlo así, con las manos de todos. Por eso la oración del moribundo valió sobre todo para él. «Sin la oración de Esteban, la Iglesia no tendría a Pablo» (*Si martyr Stephanus non sic orasset, Ecclesia Paulum non haberet*, Sermón 382).

5. El perseguidor

Act 8, 1-4. Cf. *ibid.* 9, 21; 22, 4-5; 26, 9-12; 1 Cor 9, 9; Gal 1, 23; Phil 3, 6; 1 Tim 1, 13.

Hay diversos caminos para la verdad. A unos la da Dios sin luchas ni crisis, otros han de alcanzarla por medio de terribles catástrofes interiores, como Agustín y Dante. Agustín vio en el hecho de su conversión el símbolo de la humanidad cargada de culpas, y en su inmortal himno pascual alaba en atrevida hipérbole el pecado de nuestros primeros padres como una suerte, como *felix culpa*, ya que a través de ella debía discurrir el camino hacia el Redentor. También Saulo llegó a Cristo por la noche y el pecado. Qué energía puso en los dos hechos de su odio a Cristo y de su visión del mismo, se infiere aun sólo de la circunstancia de que en sus discursos y cartas viene a hablar de ellos tan frecuentemente. Después de un rompimiento radical con lo pasado, el hombre está inclinado de buena gana a verlo en luz más clara. Tiene dificultad en ser justo para sí mismo o para otros. Así sucedió en el caso de Pablo, Agustín y Lutero. Agustín muestra una extremada conciencia de su culpa, en Lutero son excesivos los improperios contra la Iglesia, en Pablo contra sí mismo. En su vejez piensa el Apóstol más benignamente sobre sí y dice que había obrado con «ignorancia». Todas las particularidades se funden en su recuerdo, formando la visión de una horrible pesadilla.

La muerte de Esteban fue el preludio de una nueva oleada de dolor y el anuncio de la más sangrienta persecución de la joven Iglesia. Pero esto no hizo sino acelerar su camino. La experiencia enseña que la persecución injusta despierta interés y simpatía por la causa del perseguido. ¿Cuál era la disposición de ánimo de Saulo? Una observación hecha aparentemente de un modo accesorio nos da qué pensar: «Saulo tuvo complacencia de su muerte (de Esteban)». Detrás de esta palabra hemos de poner un ligero interrogante. Pues Saulo era un varón de gran cultura y un hombre de profundos sentimientos. Vio morir al joven Esteban con la gloria de mártir, vio brillar su rostro por el reflejo de un mundo superior, vio expirar con una oración por él en los labios. ¿Es imaginable que esto no hiciese impresión en él? Había aún alguna otra cosa en su alma, que él no confesó. No era, por tanto, una complacencia pura. Aquí se le clavó la *primera espina* en el alma. Dada la ternura de sentimientos que más tarde vemos en él, debió de haber padecido no poco entre reproches dirigidos a sí mismo. Pero si padecía, padecía por Dios, según creía (Act 22, 3), y se gloriaba interiormente de sus padecimientos. El hombre consciente de su culpa procura justificarse ante su propio interior y ante el mundo, excusándose con

falso celo y enredándose así todavía más profundamente en la culpa. Pero pronto fue Saulo de nuevo él mismo. Ahora debía terminar la obra, extirpar enteramente la maldita herejía. A él le cabe el papel principal en el proceso contra los cristianos. El método fue muy hábil. Se incitó el fanatismo de la muchedumbre con calumnias, cantos de odio y excitación de las pasiones nacionales. Esto se hizo por encargo secreto del Consejo Supremo, el cual quería permanecer fuera del juego. Cuando la opinión pública estuvo suficientemente preparada entró Saulo en acción.

Establecióse una especie de Inquisición y Saulo fue nombrado inquisidor general. Espías, soldados del Templo, poderes, todo estaba a su disposición. Sorpresas nocturnas, registros en las casas, arranque de confesiones y blasfemias contra Cristo por medio de torturas aplicadas en los sótanos inferiores de las sinagogas (Act 26, 11), azotes con treinta y nueve golpes, como él mismo tuvo que sufrírselos después con tanta frecuencia, estaban a la orden del día. Las cárceles estaban llenas. Quien se podía salvar, huía al campo con su mujer e hijos y sus escasos bienes. Pero tampoco allí estaban seguros. En todas partes los seguía a galope tendido Saulo con su gente.

Suscítase aquí una cuestión: ¿cómo pudieron los apóstoles quedarse en Jerusalén? Y con ellos, naturalmente, cierto grupo de judío-cristianos: de lo contrario, para los apóstoles no hubiera tenido ningún sentido el quedarse. Parece que entonces no estaba aún trazada la línea de separación entre cristianos y judíos, sino entre los judío-cristianos palestinos, que se mantenían firmes en la Ley mosaica, y los más libres, procedentes de la diáspora, que hablaban en griego; que por tanto se hacía diferencia entre el ala conservadora de los antiguos apóstoles y el ala radical de Esteban. Aquí se diseña ya el problema que se prolonga por toda la vida de Pablo: de una parte, Iglesia de los judíos atada a la Ley; de la otra, Iglesia universal exenta de la Ley. Por tanto, los fariseos que reconocían ya a Jesús, sin despojarse del vestido farisaico de amor a la Ley, podían quedarse tranquilos en Jerusalén. Los apóstoles estaban protegidos por el extraordinario crédito de Santiago, fiel a la Ley.

«Saulo estaba furioso contra la Iglesia.» ¡De nuevo una singular conducta para un futuro apóstol! ¿Cómo se puede conciliar esto con su carácter? Esto, en el fondo, seguirá siendo siempre un enigma psíquico. Y, con todo, hemos de intentar penetrar un poco en él. Ya antes hemos visto qué cambio y trastorno significaba la entrada del «precepto» en el mundo interior del israelita Saulo que iba creciendo. Desde entonces dominaba a su vida un poder siniestro, el «pecado», o la congoja por el pecado. Este tirano había como anidado en todas las interioridades del hombre «carnal» y

del «psíquico», y producía una deprimente conciencia de esclavitud. Cuán profundamente sintió Pablo este estado, nos lo descubre la palabra que dijo en vista de la situación psíquica del que vive bajo la Ley y en general del hombre no redimido: «¿Quién me librará de este cuerpo de muerte?» Una espada estaba suspendida sobre la vida, una gran inseguridad del «día venidero» dominaba la piedad de los judíos de entonces (véase O. SCHMITZ ⁴⁴).

A esto se añadía aún algo más. Dos cosas eran las que dominaban la tardía religión judaica: la Ley y el juicio final (Bousset). Toda la vida de los judíos de entonces estaba regulada en los detalles más insignificantes por la Ley, con sus 248 preceptos y 346 prohibiciones, sus innumerables tradiciones orales, que los tenían sujetos como en una red indestructible. Todo caso probable estaba previsto y nada se dejaba a la propia responsabilidad. Cuanto más desamparado se hallara el presente, tanto más seguro se sentía uno detrás de las empalizadas de la Ley. Aquí se podía esperar el día del juicio tal como lo pintan las más atrevidas fantasías apocalípticas. Pero el que intentara sacudir en lo más pequeño estos pilares fundamentales debía ser destruido. Era preciso empeñar completamente la personalidad, y Pablo estaba dispuesto a ello ⁷⁹. Los judíos se habían tejido con la Ley, que originariamente «debía servir a la vida» (Rom 7, 12), una túnica de Nessos que abrasaba interiormente. Todos los preceptos, así los tocantes al culto como a la moral, eran para ellos de igual dignidad divina. Quien traspasaba uno, había faltado contra todos. La inviolabilidad de la Ley era un dogma. Pero que la realidad de los esfuerzos quedó muy atrás de la pretensión, sintiólo Pablo no menos fuertemente que Pedro, el cual en el concilio de los apóstoles dijo: «¿Por qué queréis tentar a Dios y poner sobre la cerviz de los discípulos un yugo que ni nuestros padres ni nosotros pudimos llevar?» Cuando Pablo habla de su «conducta intachable» (Phil 3, 6), quiere sólo significar lo exterior legalmente irreprochable en comparación de sus contemporáneos. Una discordancia entre el querer y el obrar le atormentaba, era una contrariedad insoportable para un hombre noble y profundo como él.

Pero nadie puede vivir por mucho tiempo en el vacío, ni permanecer en un sentido de la vida puramente negativo. Así intentaron los unos hacer de la necesidad virtud y engañarse a sí mismos con un vacío servicio a la letra, con interpretaciones artificiosas y ponderaciones respecto de la pertenencia por nacimiento al pueblo de las promesas. Este recurso de la hipocresía era imposible para un hombre como Pablo. Sus cartas nos dan a conocer como el más íntimo meollo de su ser un «ansia verdaderamente impetuosa de perfección, que sólo puede ser satisfecha en una entrega sin descanso

II. AÑOS DE MADUREZ: PRIMEROS INTENTOS DE MISIÓN

al fin reconocido, en un decidido caminar hacia los objetivos de la misión impuesta por Dios»²⁸. Era enemigo de toda medianía, un representante de la clase de los incondicionales. Por este sentimiento devorador de interior inquietud entendemos ahora el ardiente celo con que se arrojó a la persecución, para compensar lo defectuoso de su vida moral con extraordinarios esfuerzos en servicio de la Ley, con una feroz intolerancia exterior. Era una forma de «supercompensación» (bien conocida por los psicólogos) de fallos en la conducta y de sentimientos de inferioridad frente al poder abrumador de la Ley.

Pablo ve entonces en los cristianos que mueren, algo enteramente nuevo: una suavidad, una dicha interior, la expresión de una vida más elevada, una unión con su Jesús resucitado que por nada podía ser conmovida, un trato interior con Él que les daba seguridad de que no iban a la muerte, sino a la vida; brillaba ya ante él algo de un mundo que sobrepujaba en esplendor a todo lo demás y que no podía ofrecer la Ley. Ésta era la *segunda espina* que le atravesaba el alma. Se enfurecía contra ella, pero tanto más profundamente se hincaba.

Sólo más tarde, siendo cristiano, conoció Pablo la táctica engañosa del «pecado» en su astucia diabólica. Muchos padecimientos proceden de una falsa educación religiosa, de una posición no verdadera, de la desconfianza en Dios. Y en la Carta a los Romanos nos muestra el Apóstol el camino de la curación: una nueva y positiva relación fundamental entre él mismo y Dios. De esta manera se produce un relajamiento en la excesiva tensión en que el alma se encontraba, se afloja la actitud combativa y agresiva y no se trata ya de buscar una supercompensación de los defectos propios por medio de nuevos pretendidos plusvalores, ni se fuerza tampoco la conciencia. Una nueva dirección fundamental ha nacido en él, un estado de relaciones de filial confianza, que se designa por una alegría en la oración y una levantada disposición de ánimo, ya no turbadas por ninguna desconfianza, y en las cuales el alma exclama, llena de gozo: «¡Abba, Padre!» Así Pablo, como cristiano, ha acabado con su conducta pasada y ha dominado la vida. No vemos en él ningún sentimiento morboso de renegado, ningún odio a su conducta anterior, el odio nacido de un amor desdichado. No se niegan los valores anteriores ni se cargan con sentimientos de odio, sino que se reconocen en su significación providencial: «Hebreo de hebreos, judío de la tribu de Benjamín», o, en palabras de color cristiano: «La ley es buena», «nosotros establecemos la ley». Está con plena ingenuidad frente al tiempo pasado. Conoce toda su vida como «conexión llena de sentido»⁴⁴.

6. *La gran mudanza*

Act 9, 1 - 19. Cf. *ibid.* 22, 5 - 11; 26, 12 - 18; 1 Cor 15, 7; 9, 1; 2 Cor 4, 6; Gal 1, 12 y 15 - 16; Eph 3, 3; Phil 3, 12; 2 Tim 1, 9.

Si Pablo da una mirada retrospectiva en su vida distingue en ella claramente dos mitades: el tiempo «sin Cristo» y el tiempo «en Cristo». Nos acercamos ahora al gran cambio que separa las dos mitades de la vida. En tres cataratas que se suceden rápidamente una a otra — el martirio de san Esteban, la persecución en Judea y el viaje a caballo a Damasco —, corre esta vida impetuosa hacia aquella gran mudanza que la dirige a un nuevo cauce, en el cual prodiga al género humano sus fuerzas gigantescas, no ya destruyendo, sino produciendo, fructificando y dando la felicidad.

Cómo maduró esta mudanza y cómo pasó interiormente, será siempre un misterio. Pablo siempre se mantuvo invariablemente firme en asegurar el carácter sobrenatural de la gracia de su conversión, con la cual Cristo celestial intervino poderosamente en su vida. «Querer demostrarle un error en este punto esencial del dictamen que formó sobre sí mismo, sería sin duda un atrevimiento desesperado»¹⁹. Esto supuesto, y sin perjuicio del carácter milagroso del misterio que va inherente a semejante favor divino, nos acercamos con respeto al gran acaecimiento, pero también con el débil intento de penetrar en el mismo de alguna manera, en lo que toca a su parte psicológica e histórica.

Jerusalén estaba limpia de cristianos helenistas. Unos habían huido a Joppe, donde eran instruidos por Pedro; otros a Samaria, donde lo eran por Felipe; a otros los había echado la tormenta hasta Damasco, al corazón de la Siria oriental, y hasta Fenicia, Chipre y Antioquía. Los que entonces estaban movidos e inflamados interiormente del espíritu y del amor a Cristo, llevaban en sí un impulso de comunicar a los otros, a quienes todavía esto faltaba, lo que a ellos mismos los hacía ricos y felices. ¡Esto era genuino apostolado de legos! Millares de fieles israelitas estaban en peligro por estos emigrantes cristianos. ¡Esta raza había de ser exterminada! Así vemos a Saulo a la cabeza de un grupo de hombres bien armados salir cabalgando una mañana hacia el norte por la puerta de Damasco, pasando junto al sepulcro de Esteban. Para el viaje se requería entonces una semana. Había tres caminos diversos de unos 250 kilómetros. Saulo ciertamente eligió el más corto: por la me-

seta pedregosa y pelada de Judea, por junto a Betel, que estaba situada en su tribu de Benjamín, luego a través de los campos de trigo de Samaria, que estaban blanqueando y por los cuales había pasado el Salvador pocos años antes, donde dijo proféticamente: «¡Ved cómo los campos ya están blancos para la siega!» (Ioh 4, 35). «¡Rogad al Señor de la mies, que envíe obreros a su mies!» (Mt 9, 38). Ahora Saulo con su persecución había verificado la palabra del Señor. Quizá estuvo también sentado, para refrigerarse, como en otro tiempo el Salvador, junto al borde del pozo de Jacob. ¡Qué miradas tan llenas de odio le dirigían los samaritanos! ¡Ay, si Saulo iba aquí a perseguir a los cristianos fugitivos! Aliviados, respiraron cuando Saulo y sus compañeros bajaron a la llanura verde azulada de Esdrelón, a la que oreaba un viento fresco del mar. Aquí Saulo, pasando junto a los montes de Gelboé donde su ascendiente el rey Saúl perdió el reino y la corona, se encaminó hacia oriente, al Jordán. A la vista de la prolongada cima nevada del Hermón, subió por el desierto de Gadara a la antigua *via maris*, por donde habían pasado en otro tiempo Abraham, Eliezer y Jacob con Raquel. ¡Cuán delicioso hubiera sido en otras circunstancias semejante viaje con sus frescas noches en la tienda de campaña, sus crepitantes fuegos de campamento y las centelleantes estrellas! Mas Saulo era hijo de una gran ciudad y nunca había puesto especial atención en la naturaleza. «Ningún gusto por la belleza de la naturaleza se deja descubrir en sus cartas. Para ello, Saulo era un hombre, en cuanto a lo psíquico, demasiado concentrado. Su interés iba más dirigido a cosas religiosas y psicológicas. El hombre le atraía más que la naturaleza»¹⁷. Y es Dios el eje de su pensamiento.

Saulo era como un cazador poseído de indomable gusto por la caza. Pero no era el único cazador en estos días. Otro, el Señor de los discípulos, le sigue la pista. Saulo cree perseguir y es perseguido. El poeta inglés Thomson, en su célebre obra *El poder del Cielo*, nos cuenta la infatigable cacería que hace Dios de las almas que le huyen⁵¹. Es el cazador celestial que ha dispuesto sus perros para el acoso. ¿Quién no se da cuenta de este huir de los propios pensamientos? La gracia de Cristo cazó esta vez la pieza de más valor que nunca había cazado, y Saulo en este viaje no podía escapar. Estaba ahora fuera del torbellino de la gran ciudad, donde muchos huyen de Dios. No tenía a nadie de su clase con quien conversar. Seis días para cabalgar solo, y seis noches para reflexionar. Ha de estar, tanto si quiere como no, ante el secreto tribunal de su íntima conciencia.

La crítica que se asusta de lo sobrenatural quiere explicar la conversión de Pablo y su nuevo concepto de Cristo de una manera

puramente psicológica, partiendo de la mística helenística y las ideas mitológicas de un «hombre celestial»; del espiritualismo estoico; del judaísmo ilustrado de la escuela de Gamaliel; de las propias disposiciones proféticas del sujeto y de la capacidad para edificar genialmente a base de las impresiones recibidas, en unión con una especial vivencia de Dios. Hablan de un «cristianismo precristiano» de Saulo. Está, pues, plenamente justificado hacer esta pregunta: ¿cuál era la idea que se había formado del Mesías el judaísmo de entonces, y por tanto también Saulo? Había un pequeño grupo de hombres religiosos de profunda vida interior, verdaderos israelitas sin falsía (Ioh 1, 47), los cuales, siguiendo la mente de los legítimos profetas del Mesías, esperaban un cambio religioso, una reconciliación con Dios por los padecimientos expiatorios de Aquél, y así por ilustración del Espíritu Santo llegaron a la fe en Cristo. Éste era el pequeño círculo alrededor de María e Isabel, Zacarías y Simeón, de cuyas almas fluyeron el *Magnificat*, el *Benedictus* y el *Nunc dimittis*. Pero la carnal y rabínica imagen del Mesías fue de todo en todo retocada por fantasías políticas, que se derivaban del abolengo davídico, del pasaje mal entendido de Daniel (7, 13) sobre el Hijo del hombre que fundaría un imperio universal imperecedero, y de la literatura no bíblica (Salmos de Salomón, Libro de Enoc, Libro IV de Esdras, Apocalipsis de Baruc). Cuando un pueblo está subyugado durante varios siglos, comienza a soñar, como el preso en la cárcel. Entonces surge un mesianismo político como el que antes de la guerra mundial soñó el pueblo polaco, bajo la influencia de su poeta mesiánico Mickiewicz, y que le dio grandes alientos para resistir. Así se había efectuado en el judaísmo un falso desenvolvimiento religioso, una apostasía de la religión de los profetas, y así la política había pervertido la religión del judaísmo y despojádole de su más preciosa herencia espiritual. ¡Ninguna idea de los padecimientos expiatorios del Mesías! Por «padecimientos de la era mesiánica» se entendían tan sólo las opresiones políticas de la época. El Mesías del judaísmo tardío, no era el paciente siervo de Dios profetizado por Isaías, sino más bien una figura de indecible majestad, medio celeste y medio terrenal, guerrero y político muy por encima de las debilidades humanas, la impotencia y la muerte. Un héroe así, un superhombre, no sucumbe a manos de sus enemigos ni se deja crucificar. Su misión es: dominio, justicia, aniquilamiento de los enemigos, erección de un eterno gobierno del mundo y establecimiento de una paz perpetua. «No es posible imaginar el terrible efecto que produce su presencia ante los enemigos. Donde quiera que vuelve su cara y su mirada, todo tiembla; todo lo que sufre los efectos de su mirada o donde llega su voz, se hunde, y los que le oyen se derriten como cera ante el

fuego (Enoch 46; 4 Esdr 13). La circunstancia de que el Mesías pudiese padecer y expiar el pecado cogió completamente desprevenida a la gran masa del pueblo judío, sobre todo a los *khaberim* o guardianes oficiales de la religión, a los escribas y fariseos⁵⁸. En cambio, lo aceptaron de manera conmovedora los pequeños y pobres del pueblo, los *amha'arets*, los atribulados y oprimidos. Pero tampoco el círculo de los discípulos estuvo totalmente exento de este sueño terreno (Mc 9, 32). ¿No soñaban ellos en sillas ministeriales a la derecha y a la izquierda del Mesías? (Mc 10, 37). ¿No reconvino Pedro al Señor por su predicción de la pasión? (Mt 16, 22; Mc 8, 33). ¡Cuánto costó a Jesús resucitado abrir los ojos a los discípulos de Emaús!: «¿No debía Cristo padecer esto?» (Lc 24, 26).

Ésta era, pues, la imagen del Mesías que dominaba en el espíritu de Saulo. La muerte en cruz le hacía ver a Jesús como un falso Mesías y era la señal más segura de la mendacidad de sus secuaces. Y ¿qué era una hermandad de judíos y otras razas en un reino, sino una idea monstruosa? Todo esto hemos de tener presente para medir lo que significaba la irrupción del espíritu cristiano en la conciencia de un hombre como Saulo en la hora de la conversión en Damasco.

Y ahora hacía ya ocho días que estaba en el viaje para Damasco con la carta requisitoria en el bolsillo contra los cristianos de dicha ciudad. Allí se acuerda continuamente de las palabras del profeta, repetidas en su oración por los martirizados *nazarenos*, del «Cordero que es llevado al matadero», del Mesías que padece y muere, el cual debía ser el salvador de la miseria religiosa y moral suya y de su pueblo. ¡Ésta era la *tercera espina*! Él se opone con la furia del fanático a semejante imagen del Mesías. ¿Cómo? ¿Él, que es consciente con orgullo de su sangre de antiguos judíos, ser alguna vez apóstata? Advierte que un ser invisible le estrecha interiormente persiguiéndole, y entonces aumenta en él el odio contra esta secta, de la que sabe que su victoria sería el fin de la religión judía y de sus planes de dominación universal. Conoció que si los nazarenos tuviesen razón en este solo punto, entonces su causa quedaría perdida. Todo está en pie y cae con esto. Se trata de su existencia espiritual; de ser o no ser. No sospechaba que con esto acertaba. De hecho, había como un nuevo ente en él que luchaba para salir a la luz. Hasta entonces había estado él en el «no ser». Después, en el «ser en Cristo», lo cual pasó a ser el concepto fundamental de su religión.

Ésta era la situación histórica y psíquica en que se hallaba Saulo. Por sí mismo, nunca se habría hecho cristiano; no hay camino que de semejante estado de alma forzosamente lleve a Cristo;

hubiera podido también hundirse en el abismo. Debió de haber existido en él una vehemente efervescencia, no solamente una tentación intelectual, sino una agitación por efecto de interiores borrascas, mientras se aproximaba al lugar de su nueva maldad y se acercaba a su grande hora.

Finalmente, desplegóse ante él el verde oasis de la llanura de *Damasco* (grab. 6), cruzado por las cristalinas aguas del Barada y del Farfar. La bella ciudad, con su collar de granados, palmeras y mirtos, estaba sesteando bajo los rayos encendidos de la trémula luz del sol. Los ojos de Saulo comenzaron a dolerle bajo el pañuelo que cubría su cabeza. ¿No pasó igualmente como cuando Moisés vio tremolar el aire sobre la zarza que ardía sin consumirse? Entonces sucedió lo inaudito, lo nunca explicado. Brilló en el cielo un deslumbrante resplandor de fuego. Las cabalgaduras se encabritaron y se retiraron a un lado. Un retintín de metal, y Saulo yacía en el suelo. El arco luminoso se plegó sobre él. En la fulgurante aparición vio una cara como la de un «hombre celestial» (1 Cor 15, 48) y le miraban como desde la eternidad unos ojos serios y tristes, excelsos y benignos. Bajo esta mirada deslumbrante desapareció toda resistencia. Y una voz le habló en la sagrada lengua de sus antepasados (Act 26, 14), tan suave como el «blando susurro del viento», en que Elías, en el monte Horeb, oyó la voz del Señor, que mandaba al «gran celador de Yahveh» ir a Damasco (1 Reg 19, 12-15). Como una conmovedora lamentación de Viernes Santo, oye pronunciar su nombre dos veces en un tono de queja, lleno de dolor: «¡Saulo, Saulo! ¿Por qué me persigues?» Y, como un relámpago de superior conocimiento, ello le hace decir palpitando: «¡Mi causa está perdida! ¡Esteban tenía razón! ¡Jesús vive!»

¿Es de maravillar que Saulo, bajo el peso de este conocimiento, estuviese vacilante? Cuánto tiempo pasó hasta que profirió la pregunta, no de duda, sino descubridora de indecible asombro: «Señor, ¿quién eres?», no lo sabemos. Y ahora vino la palabra salvadora: «¡Yo soy Jesús!», y cual tierno reproche resonaron a continuación estas palabras: «¡A quien tú persigues!» En este momento parecióle la cara glorificada de Jesús como una cabeza llena de sangre y heridas, cruzada por finas líneas de púrpura. La sangre de los mártires que él había derramado, corría en grandes gotas hacia abajo. Y de nuevo le hizo palpar una rápida ilustración: la idea del misterioso cuerpo de Cristo, que padece en los suyos.

Entonces brotó en él como una fuente de ocultas profundidades y anegó su interior con un torrente de «luz, en el cual reconoció la magnificencia de Dios, que se manifestaba en la cara de Cristo» (2 Cor 4, 6). ¡La luz de la fe había nacido para él! Era una victoria de misteriosas fuerzas, el nacimiento de una nueva vida, la apa-

rición de un mundo superior, la roturación del seco terreno de su corazón. Era una completa capitulación del entendimiento y de la voluntad, del castillo de su corazón que había levantado contra Dios, un cautivar todos los pensamientos a la obediencia de Cristo (2 Cor 10, 5). De lo que experimentó en estos pocos momentos, ya no hubo para él ninguna duda. Era su inmutable persuasión de que había contemplado realmente a Cristo resucitado, y hablado con Él.

Y ahora Saulo volvía a ser el mismo: ningún soñador, ninguna naturaleza de Hamlet, falta de vigorosas ideas, sino el hombre de acción. «Señor, ¿qué quieres que haga?» Como un héroe había defendido su fortaleza. Pero ahora, cuando ve que su celo era un error, se pone, resuelto en breve tiempo, al servicio del vencedor. Ningún lamento sobre una vida fracasada, ¡sino acción, aprender lo contrario de lo aprendido, en toda la línea! Lo que Ignacio de Loyola no se atreve a pedir a sus discípulos sino al fin de los largos Ejercicios de cuarenta días, la generosa entrega de sí mismo en el vigoroso «*Suscipe: Toma, Señor, toda mi libertad*», esto lo dice sin demora este prodigioso hombre de voluntad. ¡Señor, tómame a mí y dame a ti! ¡Yo quiero ser tu compañero y tu esclavo! Así firmará en lo por venir al pie de sus cartas. El celestial cazador le había cogido y sujetado, como se doma a uno de aquellos caballos fogosos de las praderas, que en seguida, de una vez para siempre, obedecen a la más ligera presión del jinete. Cuando Saulo se levantó del suelo, era el fiel vasallo de Jesús para siempre.

Y todavía un último conocimiento obtuvo para sí y la teología cristiana de esta bondadosa dignación de Cristo: es a saber, que no tiene ninguna importancia el querer o el correr del individuo, sino que todo depende de la *misericordia de Dios* (Rom 9, 16). Así la aparición de Cristo resucitado fue para él no solamente una exterior manifestación subyugadora de que Jesús es el Mesías, sino al mismo tiempo un interior convencimiento de su error, de su impotencia moral, de su perdición religiosa, una persuasión de que Cristo es el Salvador de los pecadores, el que libra del mal y del alejamiento de Dios, el reconciliador que por su sangre nos acerca a Dios (Eph 2, 13). Sin la aparición de Cristo resucitado, Saulo nunca hubiera dejado de hablar sobre el «escándalo de la cruz», esto es, sobre el concepto judío de la cruz como madero de ignominia. Sólo la resurrección podía remover este obstáculo (*scandalum*), como lo había hecho también en otros discípulos. Pero el que se le apareciese el Resucitado, no como imagen del castigo y la venganza, sino como representante de la bondad y humildad redentora de Dios (Tit 3, 5), esto fue para él la *íntima convicción* de que en el Crucificado la ira de Dios se había convertido en amor, de que el Crucificado era el Cordero de Dios anunciado por los profetas ⁷.

Del momento de Damasco a la ardiente confesión de la cruz en la Carta a los Gálatas (6, 14) y el himno a la misma en la Carta a los Filipenses (2, 8) no hay más que un paso. La cruz se convierte en señal de salvación, «el escándalo» en «fuerza de Dios», la penosa renuncia en un hecho de profunda obediencia, del que nace la glorificación. Aparece un nuevo mundo que toma rumbo distinto; todo lo que el judío niega, es afirmado; todo lo que para el judío tiene valor, se convierte en basura despreciable (Phil 3, 7). «La cruz se hace símbolo, en donde se juntan el cielo y la tierra, y el punto de contacto es el lugar en donde Cristo está.» ⁷⁹

Frente a este proceso de conversión tan rápido, fracasa la psicología. Desde dentro hacia fuera, ya no se puede poner nada más en claro. Es un «místico morir» que se realiza en la mística noche del alma. Es misterioso como una vida nueva en el seno materno; un renacimiento en el sentido más verdadero. Así lo experimentó Pablo. Sus extraordinarias palabras recuerdan la rapidez de su nacimiento espiritual: «Finalmente, después de todos, se me apareció también a mí, que vengo a ser como un abortivo» (1 Cor 15, 8). No puede decir más en menos palabras. «¿Puede el hombre hablar acerca del momento de su nacimiento?» Estas palabras las pone en boca del Apóstol, con gran acierto, el autor del drama *Pablo entre los judíos* ⁷⁹.

La crítica incrédula ha hecho los más desesperados esfuerzos para explicar la experiencia de Damasco como la visión de una persona débil e histérica. Dice que la aparición era ciertamente misteriosa, pero no milagrosa. Contra esto basta hacer notar que Pablo, que es, sin duda, el que puede dar mejor información sobre su experiencia, la señala con absoluta seguridad cinco veces en sus cartas como «obra por Dios», como «revelación de Cristo vivo», como «toma de posesión de sí por parte de Cristo», como aparición («se me apareció también a mí», 1 Cor 15, 8), y como última manifestación visible del Resucitado la distingue claramente de las visiones del tiempo posterior (2 Cor 12, 1-6). Pero Pablo no era un neurótico. Opónese a esto su increíble actividad durante treinta años. Si alguna vez un hombre ha tenido sano entendimiento humano y sentido de la realidad, éste es Pablo. Si alguna vez un hombre estuvo seguro de su causa e hizo por ella el sacrificio de su vida, esto lo hizo Pablo. Si en lo natural todo se desarrolla según las leyes psíquicas y nuevos desenvolvimientos suponen un determinado estado de alma, sin el cual sólo hay embestidas sin duración, la manera súbita y la permanencia de su transformación son la prueba más segura del origen sobrenatural de la misma. Pero, por lo demás, los misterios de Dios son solamente para dos: para Dios y para el hombre agradado.

Sería falso querer derivarlo todo de la experiencia de Damasco, como si ésta no hubiese tenido otro menester más que despertar la potencia espiritual de la cual se originó luego toda la teología paulina. Mucho pudo llegar a conocer Pablo por las disputas con Esteban y los helenistas, por las declaraciones tomadas a los perseguidos en los tribunales, por el trato posterior con la comunidad de hermanos en Damasco y con los discípulos en Jerusalén¹⁹. Jesús mismo le remite a la tradición por mediación de Ananías, pero sobre todo a las comunicaciones sobrenaturales subsiguientes (Act 26, 17). Pablo tuvo, efectivamente, varias de estas revelaciones en forma de visiones, en las que le fueron comunicadas verdades como la de la resurrección de los cristianos muertos, en el tiempo de la segunda presencia de Jesucristo, junto con los sucesos con ello relacionados (1 Thes 4, 15-17; 1 Cor 15, 51-52). Pero con lo acaecido en el camino de Damasco hay que relacionar cuatro grandes series de conocimientos: 1.º La categoría mesiánica del Resucitado y el cumplimiento en Él de todas las profecías. 2.º La divinidad de Cristo, que nada tiene que ver con la idea del Mesías que el judaísmo se hacía en aquella época y la igualdad de esencias del Jesús terrenal, con el glorificado, preexistente y eterno Hijo de Dios. 3.º La permanencia mística de Cristo en sus creyentes, como en su apariencia corporal terrena, lo que más tarde fue manifestado por Pablo en el «en Cristo Jesús» (Act 9, 5; 1 Cor 12, 13; Eph 5, 30); aquí está el punto de partida paulino de la mística de Cristo y de la Iglesia, cuyas primeras manifestaciones se remontan hasta su primera infancia. 4.º Su vocación de apóstol de los paganos. Es su visión de la vocación y puede compararse con visiones análogas de los grandes profetas. Por este motivo no le queda libertad para elegir entre callarse, o anunciar a Cristo. «Hay en mí un impulso poderoso; ¡pobre de mí si no anuncio el evangelio! (1 Cor 9, 16).

Sobre todo una idea, un sentimiento ha dominado a todos los otros en el alma de Pablo: el estar penetrado del incomprensible y perdonador amor de Cristo. Que el Señor después de su resurrección fuese a visitar a sus queridos discípulos, era de esperar. Pero que se haya aparecido a él, a este «aborto», su más furioso enemigo (1 Cor 15, 8), más todavía, que Dios le haya rodeado con su mirada amorosa «ya desde el seno de su madre» por todos los años (Gal 1, 15), este tierno amor del Señor, que ha sido el primero en amarle y se ha entregado por él, fue para él lo verdaderamente subyugador. Este amor es desde entonces la medula y la estrella de su evangelio.

Ésta fue la experiencia pascual de Saulo. Fue un prodigioso combate entre el Creador y la criatura. Dios es un gran cazador y quiere tener por presa precisamente a los más fuertes. Las naturalezas parecidas a Cristóbal, que se rinden sólo al más fuerte, pa-

recen ser las que más le atraen. Aquí no hay escapatoria, aquí queda sólo la angustiada elección: o rendirse, o desangrarse. Las mismas experiencias y sucesos psíquicos hubieran podido terminar en Pablo también con la otra alternativa. El que terminasen con su conversión, no fue el resultado de una situación histórica y psíquica. Es el impenetrable misterio de la gracia y de la libertad. En otro caso, el de Nietzsche, el orgullo humano ha trocado esta lucha en profunda tragedia:

¡Inexplicable! ¡Velado! ¡Terrible!
 ¡Cazador de detrás de las nubes!
 Fulminado por ti,
 ojo fisgón, que me acechas desde la obscuridad,
 así estoy, abatido, doblégame, retuérceme.
 Atormentado por todas las eternas torturas,
 tocado por ti, cruelísimo cazador
 desconocido... ¡Dios!
 ¡fuera!
 Entonces huyó, él mismo,
 mi último, único compañero,
 mi gran enemigo,
 mi desconocido,
 mi verdugo... ¡Dios!

(NIETZSCHE, *Zarathustra*)

San Agustín, que en estas cosas tenía gran experiencia, dice del combate de la gracia en san Pablo: «Ella le derribó al suelo y le levantó» (*Percutiens eum et sanans, occidens et vivificans; Sermo 14*), semejante a la santa lanza, de la cual dice una leyenda ingeniosa: «Ella cura las heridas que hizo».

7. En Damasco

Act 9, 10 - 22; 22, 11 - 16.

Toda genuina conversión pasa por dos fases, las cuales, como en san Agustín, pueden estar muy distantes una de otra temporalmente: la conversión del entendimiento y la del corazón. «Sin conocimiento, la pertinacia del corazón humano, la obstrucción que hace a la voluntad de Dios, es invencible. Pero también una excitación de afectos, una conmoción del ánimo debe dar principio a la curación de la voluntad. Anæ la noche del camino de la purificación, una mística ebria de Dios podría acarrear grandes desencantos»¹⁷.

Cuando Saulo se levantó por orden verbal del Señor, abrió los ojos, que hasta entonces había cerrado como para defenderse, pero no vio nada: ¡estaba ciego! Como desamparado estaba allí el terrible varón y buscaba a tientas a sus compañeros. Éstos condujeron

con suavidad y miramiento al hombre quebrantado y silencioso por el soto de los mirtos, todavía hoy existente, y por la puerta que desde entonces lleva su nombre, a la «Calle Recta», una calle magnífica con columnatas de orden corintio, un kilómetro de larga, de la cual aun en nuestros días se pueden ver algunos restos entre el laberinto de casas modernas, a una posada judía, que pertenecía a cierto Judas. Una pequeña mezquita señala todavía hoy el lugar en que en otro tiempo existió la casa de este Judas.

Mientras sus compañeros, sin presentimiento del misterio de su adalid, hacían notorio el objeto de su llegada con amenazadores ademanes en el barrio de los judíos, Saulo se encerró en su aposento y rechazó todo alivio que el solícito dueño de la posada ofreció al ilustre huésped. Estuvo tres días sin comer ni beber nada, muerto para el mundo exterior. Estos tres días que median entre su muerte mística y su resurrección espiritual por medio del bautismo, simbolizan claramente los tres días de Jesús en el sepulcro. Tres días está hundido Pablo en una muerte mística. ¿Qué esperaba? Cristo le había dicho que en la ciudad conocería lo que debía hacer. Así en otro tiempo también los apóstoles hubieron de esperar Pentecostés. ¡Si antes uno le hubiera dicho que debía esperar! Pero ahora quedó sentado tranquilo en la antesala de Dios. Poder esperar es ya una virtud, y con frecuencia muy difícil. También la gracia tiene sus mareas. Aquí vale la palabra: «¡Mi recibir es mi sumo hacer!»

Si un alma es desarraigada de sus anteriores condiciones de vida, si se le infunde un nuevo principio de vida, entonces semejante renacimiento no puede efectuarse sino con pesar y dolor. Ninguna psicología averiguará cómo se ejecutó la transformación y nueva edificación del mundo religioso de Saulo. Él hubo de entrar ahora en un proceso de educación y quebrantamiento, en el cual se quebrantó la soberbia humana y se acrisoló el metal noble, para que de él se hiciese un «arma escogida». Como, según una antigua leyenda, al llegar Cristo a Egipto cayeron de sus pedestales los ídolos, así en el alma de Saulo cayó un mundo en ruinas, para resucitar como «nueva creación» en Cristo. Nuevas fuentes se abren, las primitivas piedras preciosas de su alma se hacen visibles. Nada en sí valioso se pierde bajo la mano de Dios. El color originario de su temperamento, el tono principal de su carácter, su concluyente dialéctica, su educación mundana: nada es destruido por la gracia, todo tejido orgánico es cuidado por la mano maestra del médico, y entra juntamente en la nueva criatura. «¡Lo antiguo ha pasado: he aquí que se ha formado una cosa nueva!» Bajo la mirada reluciente del Resucitado, todo lo endurecido se ablanda, los aprisionados sentimientos y facultades del alma vienen a ser libres de un

modo casi inaudito, el fanatismo se convierte en la ardiente fuerza de amor, que se manifiesta más tarde en una ternura y blandura maternal (Gal 4, 19), junto con una resolución dura como el diamante. Tres días necesitó Saulo para desembarazarse de las ruinas de su anterior concepto del mundo. Pero no se originó con esto ningún vacío, ninguna desolada ruina de incendio. Algo nuevo se abrió camino y germina y brota de todas partes. ¿Qué es esto? ¡La nueva vida en Cristo! Quien lee sus cartas, estos documentos del espíritu de un hombre que no tienen semejantes en toda la literatura universal, oye clamar en todas sus páginas: «¡Pero a mí se me ha hecho misericordia!» (1 Tim 1, 13).

En el plan de la salvación dispuesto por Dios hallamos este principio: El hombre debe ser llevado a Dios por el hombre. Dios, en el reino de la naturaleza como en el de la gracia, dondequiera se sirve de las causas segundas, en cuanto no se trata de una nueva creación. Es posible que en la casa del nuevo huésped le diesen a conocer al quebrantado y ciego Saulo la virtud que tenían los fieles de hacer milagros y así se excitase en él el deseo de que viniese a él uno de ellos. En este momento, Dios manifestó al sencillo y fiel Ananías el estado y porvenir del adversario temido y ahora tan gravemente probado, y en una simultánea visión paralela descubrió a éste el encargo hecho a Ananías. La lección recayó en un hombre algo tímido, que, como en otro tiempo Moisés, se retraía de cumplir el encargo. Según tradición siria, era uno de los 70 discípulos del Señor que huyeron hacia Damasco cuando la primera persecución de Saulo⁷⁴. Su inquietud fue calmada por estas palabras: «¡He aquí que está orando!» Un hombre que ora no es peligroso, pensó él. Necesitaba el anciano una gran confianza en Dios para arriesgarse a meterse en la cueva del león. Entonces llamaron a la puerta: debe ir a la casa de Judas. Ananías se puso en camino. Entró temeroso. La confianza encontró a la confianza. Las manos callosas del obrero hijo del pueblo se pusieron sobre la cabeza de Saulo. Imposición de manos y oración: así lo había enseñado el Maestro. Era el bautismo de la humildad. Las escamas de la soberbia cegada caen. «Hermano Saulo, ¿crees en Jesús que es el Mesías y el Hijo de Dios?» «¡Hermano Saulo!», ¿cómo le movería la palabra «hermano», que resonó por primera vez en sus oídos procedente de la santa corporación de los hermanos!

Allí estaba él sentado ahora, el terrible, como un niño, a los pies del sencillo Ananías, contra el cual quizá llevaba en el bolsillo una orden de arresto, y recibió de él la primera instrucción de catécismo. ¡Qué hermoso asunto para un pintor cristiano! El abismarse en la Biblia podría enriquecer nuestro arte con nuevos temas e ideas. Quizá Pablo pensara más tarde en estas horas, cuando es-

cribió: «¿Dónde está el sabio, dónde el escriba, dónde el investigador de este mundo?... Lo que el mundo tiene por loco, Dios lo ha escogido para confundir a los sabios» (1 Cor 1, 20). ¡Pablo no era ningún «inválido», ninguna naturaleza decadente, quebrantada, como muchos le presentan hoy! Era un hombre orgulloso, inflexible: herido en el camino, no quiso someterse a nadie más que a Jesús solamente.

«Señor, ¿qué debo *hacer?*», había preguntado. Y Cristo quiere mostrarle cuánto tendrá que padecer. ¡Este es un pronóstico enteramente antijudío! El padecer era entre los judíos un castigo; en el cristianismo es un hecho muy excelente, una participación mística en la pasión expiatoria y redentora de Jesús y un medio de perfección moral. En esto coincide el cristianismo con el rasgo heroico del alma de nuestros antepasados germánicos, los cuales veían algo grande en la muerte del héroe que caía luchando.

Saulo, que ya había recibido el bautismo de espíritu, debía ahora ser admitido también, por el bautismo sacramental, en la santa unión fraternal de los cristianos. Pero ser cristiano significa estar bautizado por la muerte de Cristo y encierra en sí la última entrega a Cristo hasta para la aceptación del bautismo de sangre con el martirio. A él, que con la velocidad del rayo previó todas las consecuencias, pudo haberle hecho temblar un presentimiento de que un día terminaría el curso de esta vida muriendo por el Señor. Y así, todavía antes de que hubiese tomado alimento, bajó con Ananías y algunos hermanos al río Barada, que en cien canales y canalitos fluye por toda la huerta de Damasco, alimenta mil fuentes susurrantes en los patios interiores rodeados de columnas, y lleva su bendición al palacio del rico y a las cabañas de los pobres⁵⁰, y el solitario fue hecho miembro de la comunidad de los «santos». Pues aun el que es más grande, queda infructuoso sin la comunidad. «Santos» llamó Ananías a los seguidores de Jesús según el profeta Daniel (7, 18), quien llama así a los ciudadanos del reino mesiánico. Vemos por esto que los cristianos de entonces estudiaban con mucha diligencia a los profetas (Isaías, Joel, Zacarías, Daniel) y así llegaban a un conocimiento de Cristo cada vez más profundo.

No debe causar maravilla el que Saulo fuese al punto bautizado. Para el bautismo no era necesario más que la penitente confesión de Jesús (Act 2, 41; 8, 37; 16, 31 y 33; 19, 5), de su mesianidad y filiación divina, de la fuerza salutífera de su muerte de cruz, de su resurrección y envío del Espíritu Santo, por tanto, de los grandes hechos relativos a nuestra salvación. La instrucción histórica sobre la vida de Jesús, la doctrina moral y sacramental no se añadieron sino más tarde, pero formaron ya en los tiempos apostólicos las cuatro partes de la instrucción religiosa. Saulo no se ha-

cía cargo de lo que se efectuó en él. Advirtió con asombro cómo se formaban en su alma nuevos tiernos tejidos y se desprendían de él «como escamas» los anteriores modos de pensar. Posteriormente describirá este renacimiento como un místico morir, ser sepultado y resucitado en Cristo (Rom 6, 3-7). Parece excluido que le quedase una debilidad de la vista. San Lucas hace resaltar dos veces la aguda y penetrante mirada del Apóstol (Act 13, 10; 14, 9).

Saulo se reconoció obligado a dar cuenta el próximo sábado en la sinagoga de su cambio de sentir, y anunciar a Cristo como la plenitud de todas las esperanzas de Israel, como el transformador de la vida humana, como el cumplido anhelo de los pueblos y tiempos. La joven comunidad cristiana de Damasco, que constaba principalmente de fugitivos, vivía asociada a la sinagoga y quería evitar toda disensión con ella, se halló en grande embarazo por el sello enteramente personal y la gran decisión de su predicación. Saulo comenzó a ser un hermano peligroso. Podemos imaginarnos que no solamente la naciente empeñada enemistad de sus paisanos judíos, los cuales presentían ya en él al futuro adversario de la religión legal nacional, sino también la congojosa actitud expectante de sus nuevos correligionarios, así como la propia necesidad de recogimiento y tranquilidad, le condujeron a dejar aceleradamente la ciudad. Era su primera huida. En adelante su vida será una constante alternativa de despedidas y huidas como la de su Maestro.

§. *Bajo la nube*

Act 9, 20 - 30 Cf. Gal 1, 11 - 12, 16 - 17; 2 Cor 11, 32 - 33.

Hubo un tiempo — y es de esperar que haya pasado para siempre — en que se vio la antigüedad cristiana en una luz falsa, gloriosa, artificial. De los santos se hizo una especie de gabinete de figuras de cera de Dios. El moderno sentido de la realidad ha roto con esta leyenda, que forjada buscando edificación pero a costa de la verdad y con grandes dosis de cursilería. También san Pablo, según tales fábulas, habíase convertido instantáneamente de malvado en un santo exento de pecado, que en un momento, sin ninguna preparación, conoció toda la verdad cristiana y al día siguiente, después de su curación, se presentó como apóstol. Semejantes «milagros de la gracia» son fantasías y producen una imagen enteramente falsa de las obras sobrenaturales de Dios.

Sobre los sucesos de los años siguientes hay aparentes discordancias entre la relación de san Lucas y las indicaciones del Apóstol mismo en su Carta a los Gálatas. En este punto aparece evidentemente una laguna en los Hechos de los Apóstoles. «Algunos días»

(9, 19) no bastan para preparar una profunda actividad misionera. Tampoco es probable que Pablo diese comienzo a ella inmediatamente después de su conversión. Esto cuadra poco con lo que sabemos de las grandes almas que después de su conversión han transformado el mundo. ¡Pensemos en san Agustín! Necesitan una pausa para tomar aliento. Han de procurar ordenar las nuevas impresiones y la multitud de ideas, necesitan tiempo para apaciguar el tumulto de sus sentimientos y unir su alma con Dios en la soledad y el silencio.

Quien algún día tiene mucho que manifestar, suele permanecer callado.
Quien algún día tiene que encender el rayo, debe ser por mucho tiempo nube.

(NIETZSCHE)

Un hombre reservado, interior, no habla de buena gana de los secretos de su alma. ¡Cuán difícil era mover a san Ignacio a ello, y cuán escaso de palabras era entonces! También san Lucas pasa en silencio este espacio de tiempo. O nada sabía de él, o san Pablo no habló con él sobre el mismo, sino en la más estrecha confianza. La observación «después de mucho tiempo» (9, 23) parece indicar la laguna de tres años. Afortunadamente, Pablo, más tarde, se vio obligado, por las acometidas de sus adversarios, a levantar algo el velo. «Desde entonces no me aconsejé con la carne y sangre» (cf. Mt 16, 17), esto es, con mi humana capacidad natural, o con mis amigos. «Tampoco subí a Jerusalén.» ¿Qué haría allí? La impresión de su furia anterior estaba aún demasiado fresca. Su posición respecto de los Doce hubiera sido sumamente delicada y respecto del sanedrín sencillamente peligrosa para su vida. «Sino que me fui a Arabia.»

El término Arabia designaba entonces un concepto muy vasto y comprendía toda la península arábiga hasta Damasco, más aún, hasta el Éufrates. El centro lo formaban el reino de los nabateos, Arabia Pétreá, con los célebres centros de caravanas: Petra, el salvaje y romántico nido entre montañas; Gerasa (hoy Dscherach), cuyas ruinas de la época helenístico-romana causan admiración; Amman Filadelfia, la actual capital de Transjordania, Basora en el Haurán y Homs (Emesa). El jeque de los nabateos, Aretas, estaba enemistado con el tetrarca Herodes Antipas, porque éste había repudiado a su hija y se la había devuelto, por culpa de Herodías (FLAVIO JOSEFO, *Antigüedades*, 18, 5, 1). Allí se sintió san Pablo seguro de los esbirros judíos, y esto pudo también haber dirigido sus pasos a dicha región.

Aleccionado por los más extraordinarios aunque reales hechos que acababan de sucederle, lleno de las experiencias y enseñanzas

adquiridas en el trato con los cristianos de Damasco, y cargado también sin duda con su Biblia, que en todas partes llevaba consigo, si era posible, vemos al hombre solitario, en su traje oriental de beduino, con el vestido blanco de muchos pliegues, el cinto de cuero y el pañuelo de color en la cabeza (keffiye), en su viaje por los montes yermos, pelados, pardos y rojizos, que más tarde atrajeron a tantos ermitaños y estilistas. El desierto fue siempre la madre que nutrió a los grandes profetas y a los eminentes predicadores, como san Gregorio Nacianceno y san Juan Crisóstomo. Aquí san Pablo tampoco hubo menester el cuervo de Elías. Fuele fácil ganarse la vida. «Pues aquí — escribe un conocedor del país —, como en muchas otras partes del oriente, florecía el oficio de los *tenderos*, los cuales tenían que suministrar todo lo necesario respecto a las tiendas de campaña para los miles de nómadas del vecino desierto. Vendían aquí en las montañas los beduinos el negro pelo de cabra a los tejedores de telas bastas. Éstos los transformaban inmediatamente en espesas cintas y cordones y de éstos en aquella tela impenetrable igualmente al sol y a la lluvia, de la cual los nómadas del desierto construyen sus casas movibles desde hace miles de años. En las lindes del desierto hay un sencillo telar; los largos cordones están sujetos a estacas de madera, y delante del telar el tejedor, que ordena las cintas negras entre las cuales hace volar la lanzadera de un lado a otro»⁵⁰. Sólo una vez, en un viaje con mis compañeros, gocé en este yermo sin árboles de la maravillosa vista de un terebinto colosal, bajo cuyas extensas ramas hicimos descanso. Pronto se nos asociaron beduinos que vagaban por aquellos contornos. Así también san Pablo, bajo el protector toldo de ramas de semejantes patriarcas del yermo de muchos centenares de años, pudo haberse dedicado a sus meditaciones y conversado con los hijos del desierto sobre lo que entonces colmaba su corazón hasta hacerlo rebosar. Este tiempo de casi tres años de ejercicios espirituales fue el más contemplativo y el más feliz de su vida.

Aquí comenzó bajo la dirección del santo *pneuma*, del espíritu de Jesús, aquel gran proceso de refundición en el alma de Pablo, que él indica en su Carta a los Filipenses (3, 7-11): «Todo lo que en otro tiempo consideré como ganancia, lo he tenido por pérdida por amor de Cristo. Todo lo juzgo como pérdida en comparación del conocimiento de mi Señor Jesucristo, que todo lo sobrepaja, por cuyo amor lo he sacrificado todo.» ¡No que se le hubiesen abierto propiamente puertas nuevas! Antes bien, la extraordinaria condición de su espíritu le hacía predispuesto a lo que estremece, a lo que pasa una sola vez. Pues fue arrebatado por la revelación de Cristo hasta el último límite posible. Este proceso

de refundición debió ser de género *emocional e intelectual*, conforme a la división en dos partes de la vida del alma humana.

El cambio de dirección de su *vida de emoción* llámalo Pablo «revestirse de nuestro Señor Jesucristo» (Rom 13, 14) o la apropiación de los «*sentimientos de Jesús*» (Phil 2, 5). La elevación de su estado espiritual trajo consigo una suprema claridad. A la seguridad a que se inclinaba en virtud de toda su índole natural, añadióse ahora la nueva seguridad de la fe sobrenatural y de la conciencia de su vocación, fomentada por Ananías. A esto, además, se asoció poco a poco una tranquilidad segura de sí misma y una ternura (Phil 4, 5) que estaba muy lejos del rígido aislamiento del fariseo. Nada de sus dotes naturales y de la posesión adquirida se perdió: ni la amplitud y profunda visión profética de su espíritu, ni la sutilidad de su inteligencia formada en la Ley, ni la excitabilidad de su ánimo, ni la incommovible consecuencia de su carácter, ni la prodigiosa pujanza de su voluntad, herencia de muchas generaciones. Los intereses terrenos se le desvanecieron, pareciéndole un brillo sin substancia, a la vista del nuevo ideal de vida, que excluía como irreligiosa toda otra conducta fuera del amor abnegado y servicial. En una palabra: los supremos intereses del alma religiosa ardían como una viva llama.

Junto con esto ha de tenerse en cuenta la transformación de su mundo espiritual, en el cual se dibujan cada vez con más claridad los perfiles de lo que los especialistas designan de un modo algo esquemático y escolástico como paulinismo o teología paulina, pero que él mismo llama con preferencia «mi Evangelio», que no es obra de hombres, ni lo ha recibido de un hombre, ni lo ha aprendido por instrucción (Gal 1, 12), esto es, su «conocimiento del misterio de Cristo» (Eph 3, 4-5), es a saber, su conocimiento del plan universal de salvación dispuesto por Dios. No que él tuviese un evangelio esencialmente diferente del de los demás apóstoles; pues de ser así, habría sido expulsado de la primitiva Iglesia. Pero él lo anunció con una energía, consecuencia y fuerza de palabra sin igual, con un sello personal, y lo introdujo en el mundo de las ideas helénicas. En el proceso de esta metamorfosis de su conocimiento religioso sobresalen por encima de todo dos cosas: su nuevo concepto de Cristo y su nueva idea de la fe.

La *nueva imagen que el Apóstol se formó de Cristo* se conexiona íntimamente con la experiencia que tuvo de Cristo en Damasco. Ya de su tiempo farisaico, Pablo había traído consigo un conocimiento histórico bastante exacto de Jesús y de su condición personal. «Yo soy Jesús, a quien tú persigues.» ¿Cómo se puede perseguir a quien y lo que no se conoce? «Duro es para ti dar coces contra el aguijón.» Este aguijón no puede haber sido la celestial aparición.

Pues en aquel momento su resistencia había sido ya quebrantada. Por tanto, ya mucho tiempo ha de haber llevado en sí el aguijón. ¿Cuánto tiempo? El odio reúne todo el material contra el odiado, así como lo habían hecho los fariseos viviendo Jesús. Desconocimiento no podemos suponer en un hombre como Saulo. Un investigador moderno¹⁹ hasta sospecha — si con razón, no lo discutimos — que Saulo había estado con los sacerdotes judíos al pie de la cruz de Jesús, y quedado profundamente satisfecho; pero que había recibido también una indeleble impresión de la muerte de Cristo. Que entonces ya se le había clavado el aguijón en el corazón, como a aquel centurión pagano que declaró (Mc 15, 39) ser la muerte de Cristo como la de un hijo de Dios, concepto muy difundido en el mundo pagano de entonces⁶⁵. Que por esta suposición recibe completa vida aquel pasaje de la Carta a los Gálatas (3, 1), donde el Apóstol dice que él había pintado ante los ojos de los gálatas a Cristo en la cruz. Como quiera que sea, la metáfora del aguijón es en este caso un ejemplo especialmente intuitivo de la gracia preveniente. Ciertamente ya había en su espíritu una serie de elementos históricos y del Antiguo Testamento, pero a manera de fragmentos embrollados, echados a un lado, como la «piedra angular que los constructores han rechazado». ¿Pero de qué sirven los fragmentos sin el lazo de unión, sin el factor ordenador que los dirige hacia un nuevo y más elevado objetivo? Para ello era preciso un milagro de la gracia. Este factor que ordenaba todos los elementos contradictorios y el caos de su alma en el campo de fuerzas divino, fue la fuerza creadora de la gracia, el nuevo principio vital, como él le llama: «lo viejo ha pasado; mira, ha llegado a ser nuevo» (2 Cor 5, 17). Es el *pneuma sagrado*, el brillo de la luz sublime (gr. *doxa*) de la faz de Cristo que iluminó su corazón (2 Cor 4, 6).

Ahora entendemos por qué él, después de su conversión, no aprovechó la ocasión de conocer, entre los apóstoles de Jerusalén, los fundamentos históricos de su idea de Cristo. Para el principio bastaba su saber histórico. Sin embargo, la más profunda visión de Cristo sólo podía haberse dado el mismo Señor. También la confesión de Pedro en Cesarea de Filipo la refirió el Salvador a una inmediata ilustración celestial: «La carne y sangre no te ha revelado esto, sino mi Padre que está en los cielos» (Mt 16, 17). Por tanto, la nueva imagen de Cristo que comenzó a vivir en el corazón de Pablo en este tiempo no fue el resultado de una operación intelectual o una textura de su cerebro, como se lo reprochan algunos modernos, por la que falseó en sentido judío la pura imagen de los Evangelios. Excelentemente dice uno de los mejores conocedores de san Pablo: «Sería la primera vez y también la

única en la historia universal, que un hombre por sus propias fuerzas y con los exclusivos medios de sus propias ideas personales, se hubiese transformado enteramente y creado por sí mismo una vida a la cual durante centenares y millares de años se han dirigido las almas sedientas de Dios»¹⁹.

Ahora bien, ¿cómo vio el recién convertido apóstol a su Cristo? Preciso es hacer conjeturas y conclusiones *a posteriori* de sus cartas. Lo fundamental que se le descubrió en Damasco, fue que Dios en Jesús había intervenido en la historia de los hombres y obrado poderosamente en pro de la salud de ellos, y que Jesús es poderhabiente de Dios, su enviado y mensajero de la buena nueva, esto es, el *Mesías*. Con la muerte expiatoria de Jesús ha amanecido una nueva edad del mundo, su resurrección es el sello de que es *el Hijo de Dios*, no en el sentido de encargado o enviado, que los judíos unían a este título, sino en esencia, tal y como Jesús frente a Caifás se atribuyó. Este Cristo celestial, pues, ha intervenido lleno de misericordia en la vida de Saulo, ha hecho en él eficaz lo que había obrado para la salud de todo el género humano, y Saulo ha podido contemplar en su rostro el resplandor luminoso de su divinidad. El estudio de los profetas le descubre a Jesús cada día más como al *Salvador de los pecadores y Salvador del mundo*. Ya ahora se le ha hecho clara la conciencia de que, según la voluntad de Cristo, las barreras que había erigido el judaísmo entre él y los otros pueblos han de ser derribadas. Si los pecados del mundo fueron para Dios el motivo de hacer morir en la cruz a su Hijo como víctima de propiciación, de suyo se entiende que «los gentiles se han de poner bajo la bendición del Salvador de los pecadores»¹⁹.

A su imagen de Cristo de entonces tampoco le faltan los *rasgos terrenos*, aunque todavía no fluía para él la abundante corriente de la tradición. Lo que le mueve, sobre todo, el corazón en el Cristo terreno es la cruz, «la obra maestra del amor divino», que pintará ante los ojos de los gálatas y predicará a los corintios: «Me he propuesto no saber ninguna otra cosa entre vosotros sino a Jesucristo, y éste crucificado» (1 Cor 2, 2). Además, la pobreza de Jesús, su renuncia de sí mismo, su amor por los hombres y su vida toda divina (Phil 2, 6-10). El amor de Cristo le cautiva ya ahora y nunca le dejará (2 Cor 5, 14). Ahora conoce lo que significa ser cristiano; ser un hombre a quien Cristo ha ganado el corazón, que, como el Resucitado, está por encima de lo demasiado estrecho, meramente nacional, y aun lo cósmico, y «lleva en sí la fuerza del mundo celestial». Pablo conoce a Jesús como personalidad histórica, sus relaciones terrenales, su ascendencia según la carne, su nacimiento, su parentela, en una palabra, todo lo que era en Él terreno y pasajero. Esto lo descubre frecuentemente en sus cartas. Pero a esto

no va dirigido su interés. Mencionalo sólo por causa de su realidad, sin embelesarse por ello. Todo esto no es para él más que el vaso terreno que encerraba un contenido infinitamente precioso. Había de romperse como el jarro de alabastro de María de Betania, para que subiese a él el «precioso olor» del conocimiento de Cristo (2 Cor 2, 14). En la muerte, Jesús dejó todo lo terreno y comenzó a llevar una vida celestial. Resumiendo, podemos decir: el Jesús histórico es el fondo diáfano de la imagen paulina de Cristo.

No podemos decir a punto fijo *cuánto tiempo* necesitó Pablo para progresar en este conocimiento de Cristo; el cual ni con mucho estuvo concluido en estos años de lucha por el contenido del nuevo conocimiento, y de año en año se iba desplegando cada día con mayor amplitud hasta la completa visión de Cristo, propia de un hombre maduro (Eph 4, 13), cual se halla descrita en sus cartas de la prisión. Pero todo lo esencial ya existe. La crítica ha presentado las cosas como si Pablo, en su aislamiento, hubiese concebido una gigantesca, elevada e ideal imagen de Jesús. Ni sus contemporáneos le hubieran comprendido. Aquí está el motivo de «la solitaria grandeza en que él se encuentra entre los suyos»¹⁹. Pero hoy ya reconocen más y más, incluso los investigadores de otras creencias, que Pablo no tenía otra imagen de Cristo que la de los demás apóstoles, y todo lo que él y Juan en su mística de Cristo han desarrollado, ya estaba incluido en las propias manifestaciones de Jesús. Ya Jesús incluyó y refirió a sí mismo el Hijo del hombre de la visión de Daniel, como persona divina. Así pues, es Jesús quien ha instituido el cristianismo, y no el solitario pensador del desierto de Arabia. De una manera completa, la imagen de Jesús vivía en la propia alma. Pero cada uno de sus discípulos tiene su peculiar manera de anunciar el Evangelio y según la gracia que le ha sido otorgada. La modalidad paulina es la contemplación de Cristo en su significación de redentor, bajo el punto de vista de la redención de todos los hombres *por* y *en* Jesucristo, el segundo Adán y cabeza espiritual del linaje humano (aspecto soteriológico de Cristo), mientras que la visión de Cristo por Juan está bajo el punto de vista del eterno y preexistente Logos. Pero la noción de Dios y de Cristo de Juan presupone la de Pablo. Sería irreflexivo querer poner a Pablo en contraposición del aristocrático (arrio) Juan. Pablo, como Juan, considera su visión de Cristo, no como producto de una especulación religiosa, sino como cosa que brota del «Espíritu» como obsequio espiritual y actuación del mismo (1 Cor 2, 10-16). En vista de estas manifestaciones, para Pablo ya no hay otra disposición de su alma que el incondicional *sí* y *amén* ante la realidad salvadora que se encierra en Jesús. Él la llama con una palabra que será decisiva para la cultura occidental: ¡Fe!

¡Cuán lejos estaban ahora para Pablo el Templo, los atrios, el incienso! Ahora se daba cuenta de que en realidad jamás había orado y creído debidamente, de que se había entretenido en las antecámaras de la religión. Lo que hasta el presente había llamado «celo por el legado de los padres» (Gal 1, 14), por la gloria de Jehová, era sólo un flaco servicio a la letra, una entrega fanática y ciega a una ley divinizada, abstracta, o a una voluntad extraña, trascendente. Ahora experimenta aquella feliz sensación de fuerza, que a partir de entonces llamará *pistis*, que acalla cualquier intranquilidad del corazón, soluciona toda duda, destierra toda inseguridad, aleja toda espina de la conciencia, inundando de luz y calor el alma y el corazón. Ninguna dialéctica sutil, desmenuzadora de la voluntad de Dios, tal y como había aprendido en la escuela de Gamaliel, ningún análisis frío, desmenuzador (como está en la sangre del genio de su pueblo), ningún seco creer intelectualmente en cualquier trozo suelto de la enseñanza. Era una gozosa afirmación del hombre entero en su concreta realidad, en los caminos y cosas de Dios y que Él hace sentir en su Hijo. La fe no es filosofar sobre el contenido de la revelación, ninguna contemplación interior de nuestra facultad de presentir (intuición). Todo esto puede muy bien acompañar a la fe y prepararla; no es ninguna mirada penetrante a las ocultas riquezas de Dios, que Pablo llama gnosis y epignosis (conocimiento). La fe de Pablo es asequible también ante todo a la simplicidad de los sencillos, de los pequeños y de los necios, como manifiesta Jesús en su oración en acción de gracias: «Padre, te alabo a ti, porque esto lo has ocultado a los sabios y listos, habiéndolo en cambio manifestado a los pequeños» (Mt 11, 25). Esta fe ve realmente las cosas invisibles, les da sustancia y las desplaza desde una distancia metafísica hasta la realidad concreta (Hebr 11, 1). No se trata de un vuelo a las regiones azuladas, no es ninguna excitación de nervios desgastados: es más bien la fuerza de las grandes almas, la luz de los corazones fieles (LEÓN EL GRANDE, *Sermo 2 Ascens.*). Esto es lo grande y sano de Pablo: que en estos años de aislamiento no haya descendido al fanatismo religioso, no haya sido jamás arrebatado por visiones. Ya sabía él que de esto le preservaba el espíritu de Jesús. ¿No ocurría como si este espíritu se hubiese fundido enteramente en todo su interior? (Rom 5, 5). Y empezó a llamar a Dios por primera vez con el dulce nombre de «¡Abba! ¡Padre!» (Rom 8, 16). Su alma estaba iluminada por una luz en la cual respiraba; a esto le llamaba él «en Cristo Jesús». Sentía en sí un calor interno que hacía brotar todos los buenos gérmenes, arrebatándole a una vida superior de oración (Rom 2, 26). A esto lo llamaba él *pneuma*. Y este regalo espiritual, esta nueva ideal correspondencia con el Padre

y el Hijo, provocada por una íntima fe de vivo amor, la llama más tarde: justificación. ¿Cómo toma cuerpo esta fe? ¿Cómo se realiza esto? ¿De qué manera se compenetran lo divino y lo humano? ¿Quién es capaz de averiguarlo? Pablo sólo sabe una cosa: que es un regalo de Dios, una llamada desde el regazo materno (Gal 1, 15), el fruto espiritual sazonado del Cristo glorificado. Si alguien le hubiese preguntado, después de los tres años pasados en el desierto, qué es lo que había pasado en él, hubiera contestado sencillamente: «Si uno vive en Cristo, ya es una nueva criatura» (2 Cor 5, 17).

Cuando Pablo, en el estado elevado de la contemplación de Dios y de la meditación de las Escrituras, sacaba en su alma la imagen de Cristo, llevaba ya en sí, *in nuce*, todo el principal contenido de la *fe católica*, pero el desenvolvimiento de las particularidades era obra del tiempo. ¿Cómo se daba prisa por «llevar como mensajero de la buena nueva de Jesús su nombre ante gentiles y reyes y ante los hijos de Israel», y por anunciar la felicidad «de ser asido por Cristo Jesús»! (Phil 3, 12). ¿Sintió ya la mano de Dios? «Una fuerza está sobre mí. ¡Ay de mí si dejase de anunciar el evangelio!» (1 Cor 9, 16).

Súbitamente volvió a aparecer un día en Damasco el hombre de la pálida frente de pensador, las facciones ascéticas, los ojos que parecían volver de gran lejanía, agitado por experiencias maravillosas. Allí habían cambiado algunas cosas. La ciudad ya no estaba bajo la administración romana. El régimen de rigidez que había en tiempo de Tiberio había cesado. Los primeros años de Calígula fueron un período de general debilitación del poder imperial en Siria. La política de este emperador, antes de volverse loco, estuvo dirigida a devolver a los pueblos de oriente su independencia y sus príncipes indígenas. Así erigió de nuevo el reino de Herodes Agripa e «hizo donación, sin motivo, de territorios y ricas ciudades»⁵⁶. El legado imperial Vitelio había, hacía poco, abandonado sin lucha Damasco al rey de los beduinos nabateos, Aretas de Petra. Ahora era comandante de la ciudad (etnarca) un jeque de Aretas con sus fieros beduinos. Los judíos, con la nueva libertad, ejercían un activo proselitismo, especialmente entre las mujeres. El medio de ganar a los judíos para la nueva dominación fue hacer concesiones a su autonomía. Y toda concesión era un permiso para actos de violencia religiosa.

Pablo volvió a residir en la casa de su huésped Judas. Aquí, donde había recibido la mayor dicha de su vida, quiso dar comienzo a su carrera apostólica. Cuando el sábado siguiente declaró en la sinagoga, con asombro de los judíos, que quería hablar, y demostró por el testimonio de los profetas que Jesús era el Mesías,

entonces cien puños se extendieron contra él. Unos gritaban: «¿No es éste el mismo que perseguía en Jerusalén a los que confesaban este nombre y fue enviado por el Consejo Supremo para encadenarlos?» Otros daban voces: «¡Afuera! ¡Es un renegado!» A duras penas pudo salvarse. Pronto se hallaron hombres que se conjuraron a dar muerte al apóstata en la confusión de la ciudad, luego que se mostrase. El etnarca árabe fácilmente pudo ser ganado con dinero para el plan. Hizo apostar centinelas en todas las puertas de la ciudad para coger al fugitivo. Sin embargo, Pablo estaba seguro de su causa. Pues, de lo contrario, ¿cómo había de cumplirse la palabra del Señor? El plan de los hermanos no careció de romanticismo. Pablo mismo, sin duda, debió de reirse de él. ¡Cuán conmovedoras debían de sonar en el banquete eucarístico de despedida bajo la débil luz de una lámpara las palabras: «En la noche en que se le hizo traición...»! De nuevo se fortalece con el sagrado manjar. Luego se despide, abraza por última vez a la buena gente que tanto amor le ha demostrado. Algunos hermanos conducen hacia medianoche al disfrazado de labrador o camellero, ocultamente, por las estrechas calles a una de las casas que están pegadas al muro de la ciudad y cuya ventana de saledizo enrejada del piso superior mira al aire libre. Pablo se encoge con dificultad, doblando el cuerpo dentro de una cesta, se le ata fuertemente en ella y se le baja con fuertes cuerdas. Atravesando huertas, sepulcros y cortijos solitarios halla pronto el camino real, que conduce a la *via maris* hacia el sur. ¡Cómo se postraría en tierra, conmovido, en la noche oscura junto al paraje donde el Señor se le había aparecido, y le daría gracias desde lo más íntimo de su corazón!

9. En la Iglesia madre de Jerusalén

En Jerusalén: Act 9, 26-30. Visión del templo: Act 22, 17-21. Cf. Gal 1, 18-24.

Los hermanos de Damasco habrán tenido noticia de la partida de Saulo con cierto suspiro de alivio. Aun los mejores entre los apocados de espíritu no se libran de cierto malestar frente a la grandeza eminente de un hombre fogoso, como era Pablo. ¿Adónde dirigirse ahora?, pensó Pablo. Es señal de su serenidad el que el peligro no le hubiese impedido discurrir tranquilamente, sino que le hubiera estimulado a nueva actividad. Dos caminos estaban para él abiertos. El uno conducía hacia el norte, a su patria, Tarso. Si seguía este camino, se quedaba sin contacto con los primeros apóstoles, y, dado su carácter inclinado naturalmente a la rigidez y al deseo de dominar, estaba en peligro de ser un hombre de infruc-

tuoso aislamiento. También se le hubiera podido hacer el reproche de que por soberbia no había consultado a los testigos de la vida de Jesús y que nada le importaba conocer la tradición de la Iglesia madre. Así se despertó en él el deseo de visitar a Pedro y establecer la conexión con la primitiva Iglesia. Pablo sabía ciertamente lo esencial acerca de la actividad de Jesús sobre la tierra. Pero las particularidades, los recuerdos vivos, el texto de los discursos del Señor sólo podía conocerlos en Jerusalén. Y una cosa le faltaba todavía: había de procurarse aún el conocimiento de las ordenaciones litúrgicas de la comunidad jerosolimitana, conocer su tradición respecto del bautismo, de la instrucción sobre el bautismo y de la celebración del sacramento de la Eucaristía. Precisamente lo que Jesús dijo a los suyos sólo en la intimidad: sus revelaciones en la última cena, las apariciones y enseñanzas del Resucitado, los interiores sucesos en la fiesta de Pentecostés, todo esto no podía saberlo Pablo. Tampoco podía establecer por su propia cuenta nuevas ordenaciones sacramentales, que no redundarían en bien de la unidad cristiana¹⁹. Así el espíritu de Jesús, a quien se había confiado ya hacía tiempo, le enderezó hacia el sur, hacia Jerusalén.

Esta vez hizo el viaje de más de ocho días con otra disposición de ánimo que tres años antes. Entonces el fanatismo del odio había dirigido su mirada únicamente hacia dentro. Ahora, con los transfigurados ojos del amor, veía el paisaje por el cual el Señor pasó un día. Estaba para él ahora lleno de las huellas de la actividad del Señor. Quizás Pablo se desvió a la derecha de la *via maris* hacia Cesarea de Filipo, donde el Señor habló de la roca y de la Iglesia que fundaría sobre la roca, entró en la sinagoga de Cafarnaúm, pasó junto al lago de Genesaret y junto al Tabor, hasta que finalmente desde Escopo vio de nuevo ante sí la ciudad de sus años de estudios, donde estaba su venerado maestro Gamaliel con sus discípulos, los cuales no mirarían sino con desprecio al renegado. Podemos adivinar los sentimientos que experimentaría cuando pasaba por el sitio del apedreamiento del joven Esteban. «¡Esteban, aquí estoy yo! ¡Quiero reparar el mal que he cometido contra ti!» Había salido como un perseguidor, volvía como un fugitivo.

También en Jerusalén habían cambiado entre tanto muchas cosas. Después que hacía tres años el Consejo Supremo había esperado en vano su regreso, y que la persecución había cesado, el cristianismo había cubierto todo el país de una red de comunidades.

Pablo tuvo en Jerusalén una posición en extremo difícil, tanto respecto de los judíos como de los cristianos. Los últimos desconfiaban de él. Algunos tenían su conversión por una estratagema y se mantenían alejados de él. Sólo uno le comprendía y también como

helenista recién convertido y antiguo compañero de estudios podía comprenderlo mejor que todos los otros. Éste era *Bernabé*. Este hombre, que a causa de su caridad, a causa de su don especial de insinuarse en el alma de otros, era llamado «hijo del consuelo», es una de las personalidades más amables de la primitiva Iglesia. Su vista iluminada descubrió en el hermano desamparado la grande alma de apóstol. Su mano de amigo intervino por primera vez en la vida de Pablo. Tomó al aislado por la mano y le presentó a los dos más autorizados apóstoles, Pedro y Santiago. Así Pablo vino a ser miembro de la corporación de los discípulos. Por este caritativo servicio se formó una de las más hermosas y fructuosas amistades en la historia de la Iglesia. A los demás apóstoles no los conoció entonces Pablo. Probablemente estaban en comunidades extranjeras. Pablo había venido principalmente para visitar a Cefas, como prefiere llamar a Pedro, para conocerle y ser introducido por él en la tradición viva de la Iglesia primitiva. Quince días permanecieron ambos en constante trato entre sí. Pedro, siempre noble, amable, de una ingenuidad que consuena al alma, como le conocemos por el Evangelio, invitó sin duda al recién venido a vivir con él en la casa hospitalaria de María, madre del evangelista Marcos, cuyo tío era Bernabé.

La Biblia es un libro extraordinario, a veces atormentador, que pone a dura prueba nuestra curiosidad. Precisamente lo más interesante lo pasa con frecuencia en silencio. ¡Qué escenas dramáticas debieron de ofrecer estas conversaciones entre los dos fervorosos discípulos de Cristo! El amor a Cristo fue el que a primera vista unió entre sí a estos dos hombres que representaban los extremos opuestos de la cultura, al indocto y sencillo pescador de Galilea y al docto habitante de una gran ciudad y académico. Creemos verlos corporalmente ante nosotros: a Pablo escuchando cual Nicodemo, y a Pedro contando hasta bien entrada la noche la historia de los tres años maravillosos. Pablo es insaciable, todo lo ha de saber hasta en los más menudos pormenores. Óigole intervenir apasionadamente con impetuosas preguntas y exclamaciones. Me represento cómo una noche abre a su nuevo amigo su corazón ardiente de amor: «Cefas — dijo —, lo que más me subyuga es el prodigio de su amor. ¡Que el Maestro haya querido amarme a mí, perdonarme a mí, revelárseme a mí, su perseguidor, que aherrojé y di muerte a los miembros de su cuerpo místico!» «¡Ay, hermano mío Saulo — pudo haber respondido Pedro —, mira, éste fue una vez más enteramente el mismo. Así ha sido Él siempre. Tú no conoces mi historia. ¡Oh, yo fui mucho peor que tú!» Pablo se resiste a creerlo. «No, no, hermano Saulo, tú a lo menos no fuiste cobarde, ciertamente no. Pero yo, a quien había elegido entre todos para

que fuese su íntimo amigo, a quien había tratado con distinción y preferido en toda ocasión, que durante tres años había estado día y noche en su compañía, comido y bebido con Él, que fui testigo ocular de su gloria en el monte santo (2 Petr 1, 17-18): precisamente yo fui el único que en la noche de la Pasión me volví contra Él, juré que no le conocía, que nunca le había conocido y luego le dejé desamparado en las manos de sus enemigos. Tres días horriblemente negros estuve sumido en aflicción y dolor. El Maestro, que tanto me había amado, yacía frío y muerto en el sepulcro, y las últimas palabras que de mí había oído, habían sido una blasfemia y una negación. Después vino la Pascua. El Señor había resucitado. Y en la mañana de Pascua dejó a las mujeres un mensaje precisamente para mí: «¡Id, decid a mis discípulos y a Pedro!» (Mc 16, 7). ¡A Pedro! ¡A mí, que ya no me atrevía a tenerme por discípulo suyo! Hermano Saulo, ¿entiendes ahora cómo le amo? ¿Te maravillas todavía de que lo que más quisiera sería morir por Él?»⁵¹.

Entre tales diálogos transcurrieron probablemente los quince días. Desde ahora unió sus almas un lazo de santa amistad. Nada hay más hermoso que semejante santa amistad de los hombres en Cristo. Y ella se mantuvo firme — pese a discrepancias pasajeras — hasta el común martirio. Y de nuevo tuvo principio para Pablo una nueva serie de impresiones y muy conmovedoras experiencias, cuando los dos amigos comenzaron una peregrinación a los santos lugares. ¿O podemos pensar que Pablo no tuviese deseo de ver en el monte Sión el sitio donde Jesús instituyó la memoria de su amor, y de recibir en la sala de la Cena de manos de Pedro la sagrada Eucaristía? «Aquí, hermano Saulo, estuvo el Maestro, y aquí me lavó los pies.» De lo contrario, ¿de dónde sabría Pablo las palabras de la consagración que recuerda a los corintios? Se informó exactamente y no se tranquilizó hasta que obtuvo la relación auténtica sobre aquellos sucesos, y ésta sólo podía obtenerla de Pedro. Así ciertamente debemos entender aquella palabra: «Yo he recibido del Señor lo que os he transmitido» (1 Cor 11, 23). Aquí tenemos ante nosotros un firme punto de doctrina de la tradición primitiva. Después, a la pálida luz de la luna, tomaron los dos el camino hacia Geisemaní, que el Señor en otro tiempo había andado con sus discípulos. En la Carta a los Hebreos, que está escrita según la mente del apóstol Pablo y contiene el tesoro de sus ideas, se alude precisamente a la oración del Señor en su angustia mortal: «El cual en los días de su vida sobre la tierra ofreció oraciones y súplicas con gran clamor y lágrimas al que le podía salvar de la muerte» (5, 7). Sobre la loma peñascosa del Calvario, junto al ángulo noroeste del muro de la ciudad, se arrodilla Pedro, palpando como si buscase algo. Súbitamente cuchichea: «¡Helo aquí!», y Saulo pone su mano

tremborosa en la hendidura en que estuvo el pie de la cruz. Baján, entran en el huerto contigo y se introducen como pueden en la baja entrada de una cueva en que apenas pueden caber dos hombres: «Aquí hallamos en el suelo los lienzos mortuorios, una envoltura vacía, en desorden»³².

La visión de Cristo, que Pablo había alcanzado en el bendito trato con el Señor, recibió así su amplia base tradicional en los quince días de comunicación con Pedro. Nunca estuvo un hombre en mejor situación para conocer todas las particularidades de la vida de Jesús que él³⁶. Prescindiendo de estos quince días, estuvo en continuo contacto con algunos inmediatos discípulos del Señor: con Bernabé, su colaborador por largos años; con Silas, su compañero de viaje; con Marcos, el futuro biógrafo de Jesús; con Santiago, Juan y Felipe el diácono. Leyendo las cartas de Pablo, podemos por ellas deducir de qué género fueron estas conversaciones. En la primera Carta a los Corintios, c. 15, descubre Pablo, por ejemplo, claramente, que recogió cuidadosas informaciones sobre la resurrección y la aparición del Resucitado. Cita sólo apariciones cuando se trata de personas que podían dar informaciones seguras, y, al contrario, no cita ninguna aparición del Resucitado a las mujeres. La expresión: «lo que yo he sabido» (1 Cor 15, 3) indica de nuevo una firme tradición¹⁹.

Si reunimos los trazos sueltos que Pablo de manera tan detallada ha empleado en sus cartas y sermones, obtendremos un perfil de la vida de Jesús, que nos delata un exacto conocimiento de las particularidades de su vida terrena, desde sus comienzos hasta su ascensión al cielo. Él conoce a Jesús como modelo y maestro, amigo y dueño. Pero, ante todo, el punto céntrico de sus observaciones lo constituye la cruz histórica, lo ocurrido en el Gólgota⁷². Casi todo el símbolo de los apóstoles puede formarse de las cartas de Pablo, más aún: se puede creer que se remonta a él como a su fuente. Pablo ha transmitido también fielmente muchas palabras de Jesús: las palabras de la consagración, más fielmente que los mismos Mateo y Marcos; las palabras de Jesús sobre el envío de los discípulos (1 Tim 5, 18); la doctrina de Jesús sobre la indisolubilidad del matrimonio; la sentencia de Jesús no mencionada en los Evangelios: «Más dichoso es el dar que el recibir», la ha arrebatado él al olvido (Act 20, 35). Pablo no tenía motivo alguno para pintar en sus cartas escenas de la vida de Jesús, ricas de colorido, pues podía suponer el conocimiento de la vida de Jesús en sus destinatarios. De otra suerte, carecerían sencillamente de sentido las muchas alusiones. Podemos, por tanto, decir, en resumen: Las referencias claras y ocultas a la vida de Jesús sobre la tierra son en él más numerosas que en todos los otros escritos del Nuevo Testamento (prescendien-

do de los Evangelios) y descubren un exacto conocimiento y la existencia de un fondo común de recuerdos históricos que un escritor no necesitaba más que recordar para ser entendido de todos. Así, pues, a Pablo le unió una ancha corriente de tradición con la comunidad cristiana primitiva y con el Jesús histórico, y él pudo gloriarse de que también él tenía «el espíritu del Señor» (1 Cor 7, 40).

Si Pablo, más tarde, en su defensa contra los impugnadores de su cargo de apóstol, hace notar constantemente la independencia y originalidad de su predicación (Gal 1), esto se ha de entender sólo de su profunda visión, propia del misterio oculto del plan de redención universal, apoyada en una revelación personal, y de su mística de la redención, pero no en el sentido como si toda su doctrina de la salvación hubiese caído del cielo. Aun la significación salvadora de la muerte, la sepultura y la resurrección del Señor, parte tan notable de la predicación paulina, no fue extraña a los otros apóstoles. De lo contrario, no hubiese podido suponer entre los romanos y colosenses, que no eran discípulos suyos, el conocimiento del simbolismo de la mística sepultura en el bautismo (Rom 6, 4; Col 2, 12). De ninguna manera podemos entender sus cartas en su densidad intelectual, su profundidad y su concisión, si no nos ponemos ante los ojos que Pablo siempre habla a personas instruidas que ya habían recibido de él oralmente los elementos de la fe cristiana. Hasta podemos por sus cartas restablecer las cuatro partes elementales del primitivo catecismo apostólico, que designa como «tipo» (nosotros diríamos: catecismo básico), era el mismo en todas las comunidades y derivaba quizá del Evangelio arameo de san Mateo o de otra colección de sentencias de Jesús³⁶ (Rom 6, 17; Gal 6, 6; 1 Cor 15, 1-11; 4, 17; 2 Thess 2, 15).

Pablo, naturalmente, no pasó todo su tiempo en Jerusalén con Pedro. Tenía naturaleza de luchador. Apremiábase dar testimonio de lo que había venido a ser su más santa posesión. La sinagoga de los libertos fue entonces teatro de violentos debates entre él y sus antiguos correligionarios. ¿Anhelaba quizá una expiación por el martirio? No faltó mucho para que compartiese la suerte de Esteban. Los discípulos temblaban por él, pero también por sí. Hasta entonces habían evitado cuidadosamente todo choque con los fariseos, y, por otra parte, muchos de éstos se habían pasado a ellos. Habíase formado poco a poco un cristianismo judaizante, el cual dejaba a un lado la cuestión sobre si la Ley mosaica tenía aún valor. Y ahora ¡vino este indiscreto intruso, este intransigente! Y tocó precisamente este punto tan vulnerable, que hacía crispár los nervios. Un nuevo Esteban había venido y amenazaba una nueva catástrofe, semejante a la que había venido sobre Esteban, con todas sus con-

secuencias. Era un tiempo de salvajismo. Toda contienda religiosa se decidía con el cuchillo y el puñal. Para este suelo espinoso, Pablo no había hallado aún el método adecuado de misión. Su natural era aún muy poco conciliador. La tentativa terminó con un fracaso, que fue peor que el de Damasco. También Pedro y Santiago le amonestaron: «Hermano Saulo, es inútil; no haces sino producir confusión». Sintió dolorosamente. En su apología dirigida a los judíos después de su prisión (Act 22, 17) contó más tarde que fue al templo a desahogar su pecho en la oración: «Señor, nadie quiere oírme. Saben demasiado de mí». Sólo el mandato categórico: «Apresúrate y sal de Jerusalén; yo te quiero enviar muy lejos, a los gentiles», salvó a él y a los hermanos de una nueva catástrofe.

En todas partes asesinos mercenarios le acechaban. Entonces los discípulos le procuraron la huida oculta a Cesarea, la cual no estaba bajo la jurisdicción de los judíos, y de donde partían muchas líneas de navegación. En el camino no debía pararse en ninguna parte, ni visitar ninguna comunidad. «Así conseguí pasar inadvertido en las comunidades de Judea.» De Cesarea, pasando por Tiro y Sidón, subió Pablo a Seleucia, junto a Antioquía, atravesó Siria y Cilicia (Gal 1, 22) y por diversos rodeos llegó a su patria, Tarso.

Los discípulos de Jerusalén, algo atemorizados, pudieron sin duda respirar cuando el «hermano peligroso»⁵⁶ estuvo fuera del alcance de su vista. La Sagrada Escritura es un libro amante de la verdad y manifiesta sin rebozo las faltas dondequiera que se cometen. La culpa de que Pablo y la comunidad de Jerusalén nunca llegasen a entenderse bien, teníanla sin duda ambas partes. De parte de la comunidad había una exagerada desconfianza hacia él, un excesivo apego a la anterior manera de vivir, y de parte de Pablo cierto noble exclusivismo ingénito (Renan), además de un modo de enseñar especulativo, muy diferente del usual. Hasta entonces todos habían hablado sólo sencillamente, apoyados solamente en la Sagrada Escritura y en las palabras de Jesús en su directo sentido literal. Pero «Pablo introducía en el debate muchas ideas doctas y rabínicas con refundición cristiana y algunas veces era bastante obscuro y difícilmente inteligible para la gente sencilla»¹⁷. De buena gana planteaba nuevos problemas. Esto un día sería motivo de graves choques. Pero ¿dónde se ha hecho alguna vez lo grande sin ardua lucha entre lo antiguo y lo nuevo? ¿No ha dicho el mismo Salvador: «No he venido a traer la paz, sino la espada»? El tiempo no estaba todavía maduro para Pablo, ni Pablo para el tiempo. La espada del Mesías, con la que el mozo Saulo había soñado, había de ser forjada en la fragua ardiente de nuevas humillaciones y sufrimientos.

10. Los tranquilos años en Tarso

Huida a Tarso: Act 9, 30-31. En Siria y Cilicia: Gal 1, 21. Revelaciones y visiones: 2 Cor 12, 2-5.

Nos hallamos hacia el año 39 después de Cristo. San Pablo estaba de nuevo en Tarso, su patria. Se han hecho conjeturas sobre si fue allá directamente o por rodeos, anunciando entretanto el Evangelio en Siria y Cilicia. Mas falta toda huella histórica de una actividad en Siria⁵⁰. Las comunidades de dicha región habrían sido fundadas desde Antioquía. La fundación de las comunidades de Cilicia, que se mencionan en los Hechos de los Apóstoles 15, 41, podría más bien remontarse al tiempo de entonces; más también esta conjetura queda envuelta en la obscuridad. Una intrínseca probabilidad habla en favor de que Pablo, los tres o cuatro años siguientes, esperó con todo silencio un nuevo llamamiento de Dios. Dios hace aguardar muchas veces por largo tiempo a sus escogidos. Como su Maestro en Nazaret, así también Pablo debía estar preparado para cuando el llamamiento se dirigiese a él. La palabra del profeta (Thren 3, 26): «*praestolari cum silentio*: esperar con todo silencio», fue el programa de estos años. Esta espera debió de ser muy difícil para la indomable voluntad, para el voraz ardor de esta alma. ¡Por aquellos años, cuando el mundo parecía correr con velocidad a su fin con la locura cesárea de un Calígula! Ésta fue una prueba de paciencia y de fe. Para ella se necesitaba la fuerza de fe de un Abraham. Dios es un gran rey, y los reyes se hacen esperar. La Sagrada Escritura está llena de este aguardar, de esta espera del Señor. Todo el tiempo anterior a Cristo fue un único aguardar en el atrio de Dios. Desde el ángulo visual de la eternidad, todo el tiempo del mundo es un aguardar de la criatura el «día del Señor», del juez universal. El aguardar el llamamiento de Dios supone gran fuerza de alma. Sólo el hombre pequeño y nervioso no puede aguardar; o se adelanta en ello demasiado, o es demasiado tarde. El hombre santo, que se ha ejercitado en ordenarse interiormente, aguarda el tiempo de Dios. El momento predeterminado por Dios es para él el momento adecuado. Es bueno que recordemos que en la vida de los santos hay semejantes tiempos de prueba, de aparente inacción, de búsqueda e indagación de la voluntad de Dios.

Si tuviéramos motivo para admitir que los padres de Pablo vivían todavía entonces, y que entretanto se habían hecho también cristianos, hallaríamos natural el que un convertido cansado, agotado y grandemente desengañado fuese a su tierra para descansar en el asilo de la casa paterna y prepararse para un aviso de Dios. Pero Pablo verosímilmente no tuvo esta dicha. No sabemos si podemos considerar como pariente próximos a los de su linaje que antes de

él eran ya cristianos (Rom 16, 7). Por el contrario, podemos imaginarnos que al padre, si todavía vivía, se le partió el corazón cuando oyó hablar de la apostasía de su hijo, que afrentaba el glorioso nombre de fariseos que tenía la casa, por seguir la despreciada secta de los nazarenos, y que le trató como a renegado, le desheredó y le echó afuera sin hacienda. Quizás es ésta la causa por la que Pablo fue tan pobre durante su vida, pero también tan susceptible y pundonoroso, que no quiso aceptar socorro de nadie, a lo menos de sus paisanos ⁵¹.

Unos veinticinco años antes había abandonado su ciudad natal como estudiante lleno de alegres esperanzas. Entretanto no había estado en su casa sino para visitas transitorias. Ahora, cuando volvió, parecióle todo extraño. Sintióse como extranjero en su propia patria. En realidad, el mundo había cambiado menos que él. Le pasó como a san Francisco de Asís, al cual le pareció, después de haber curado de una grave enfermedad, que el mundo había cambiado, porque él había sido arrebatado al mundo, sanado interiormente del mismo, y no sabía qué era lo que debía hacer. Nada hay tan duro en la vida como el sentimiento de que en el vigor de los años se está de sobra o no ocupado enteramente para Dios. Ningún arte de autoeducación es más difícil que el de coordinar fielmente sus fuerzas y dotes intelectuales para un trabajo que Dios parece rechazar. Pablo ha de desaparecer, y hasta «parece como si las cosas hubiesen ido mejor sin él. Y, en efecto, en los Hechos de los Apóstoles (9, 31) se hace notar expresamente, en conexión con su desaparición, que la Iglesia florecía bellamente» ¹⁷. Hace mucho tiempo que ha abandonado su rabinismo y también sus sueños juveniles de gloria y carrera. Pero ha de ser quebrantado enteramente. Toda fortaleza, todo baluarte de instinto egoísta ha de ser derribado antes de que Dios se pueda valer de él para su obra gigantesca. Sólo cuando su sumisión a la voluntad de Dios fue del todo perfecta, cuando ocupó el último lugar en la Iglesia cristiana, entonces, sólo entonces se le dio el mandato: «¡Amigo, sube más arriba!»

En las cercanías de Tarso se enseña una cueva en la roca donde, según antigua tradición, Pablo había pasado los años siguientes, llevando vida eremítica. Así, pues, hemos de buscar a Pablo en el barrio de los judíos de Tarso. ¿En taller propio o ajeno? Como quiera que sea, en la calle de los tejedores. Pues entonces, como hoy, «solían las industrias tener sus calles especiales, su propio bazar» ⁶⁹. Todavía al presente hay «el pozo de Pablo» en una casa que muy bien pudiera haber sido la mansión de sus padres o el lugar donde él se alojaba de vez en cuando. ¡Qué providencial fue que él, como hijo de fariseo, hubiese desde su juventud ejercitado sus dedos diligentemente en el trabajo de tejedor! Como antes en Arabia y des-

pués en sus viajes de misión, este oficio le hizo independiente de socorro ajeno. ¡Cuán frecuentemente, en horas de ocio, pasaba por el *ágora*, a lo largo del río Cidno, donde los oradores griegos ambulantes cambiaban por pequeña moneda la sabiduría de los grandes filósofos! «Los griegos andan en busca de sabiduría», escribirá más tarde (1 Cor 1, 22). Pero no se trataba ya de aquella sabiduría, hija de Zeus, que en otro tiempo hacía elevarse al gran filósofo de Estagira hasta las alturas del excelso «inmóvil Motor», llevado en alas de su demostración de la existencia de Dios. Desde luego, Pablo pudo aquí conocer la manera de enseñar, el arte popular de disputar y el manejo de la lengua griega; Pablo no era amigo de libros profanos. La Biblia era su libro. Es dudoso si alguna vez había leído otro libro. Era el Sócrates cristiano: los *hombres* eran sus libros. De sus conversaciones con los griegos le quedó alguna frase proverbial, cuyo empleo en sus cartas y discursos nos sorprende. Así en el discurso en el Areópago de Atenas (Act 17, 28) hay un pasaje de su compatriota Arato, que se encuentra también en la célebre oración de Cleantes a Zeus: «Pues somos de su casta», y otro de Epiménides: «vivimos en Él, nos movemos en Él, y somos en Él». En la primera Carta a los Corintios (15, 32) hay dos trozos de Menandro: «Comamos y bebamos, pues mañana estaremos muertos», y lo que ha llegado a ser un refrán: «Las malas compañías corrompen las buenas costumbres»; finalmente en la Carta a Tito aparece todavía un pasaje de Epiménides: «Los cretenses son siempre mentirosos, malas bestias, vientres perezosos» (1, 12). Para su posterior actividad misional entre los griegos fue «de grande importancia el que permaneciese de nuevo por largo tiempo sin ser observado y tranquilo en uno de los más brillantes asientos de la cultura de entonces» ⁵⁰.

Pero todavía bajo otro aspecto estos años de quietud no fueron para Pablo tiempo perdido. ¿O es tiempo perdido, cuando el grano de trigo está bajo la capa de nieve en el largo tiempo de invierno? ¿Cuando en sus células invisibles va acaeciendo una muerte misteriosa? «Si el grano de trigo no cae en la tierra y muere, permanece solo, sin fruto» (Ioh 12, 24). ¡Crece mucho pan en la noche de invierno! Nos admiramos muchas veces, al leer las cartas de san Pablo, de cómo este hombre, con su inaudita actividad, podía desenvolver series de profundas y místicas ideas, detrás de las cuales se halla un enorme trabajo psíquico. Aquí, en estos años tranquilos de recogimiento, está el secreto. La permanencia en Arabia y estos años de Tarso no nos los podemos figurar bastante importantes y decisivos para el crecimiento interior y la madurez de la teología paulina. Cuando Pablo habla en sus cartas tan exclusivamente de «su Evangelio», ¡aquí tenemos los primeros principios! También

para los demás apóstoles la persona de Jesús, su manifestación en el mundo, su vida activa, su cruz y su resurrección, su obra de redención, formaban el objeto de incansable meditación y reflexión. Cada vez más, con la lejanía temporal, les parecía como un sueño el trato de tres años con él, cual si sus ojos hubiesen estado entonces como deslumbrados por un hechizo. Ahora se preguntaban: ¿Quién era, pues, Aquel a quien contemplamos con nuestros ojos, tocamos con nuestras manos, cuya voz oímos con nuestros oídos? Esta pregunta saltó como un rayo. También para ellos era Él el Dios Salvador, el príncipe de la vida, la víctima inocente, la paz y la reconciliación, la vida y la resurrección, el Señor cuyo nombre está sobre todo nombre; también ellos vivían del misterio de Cristo; también ellos conocían su significación de Redentor universal. Pero las profundas conexiones y consecuencias estaban todavía como sin desenvolverse en su conciencia religiosa. Al contrario, al antiguo rabino le apremiaba sobre todo abismarse en las últimas profundidades de aquel misterio que también «los ángeles desearon contemplar» (1 Petr 1, 12).

Hemos podido ya conocer *varias fuentes de la visión de Cristo y mística religiosa paulina: su experiencia de Damasco*, como encendimiento inicial, como fuente fecunda que continúa brotando por toda su vida con fuerza no disminuida; la corriente de la *tradición*, que le unía con la primitiva Iglesia; el profundo estudio del *Antiguo Testamento*, a cuya luz medita los nuevos hechos, y cuya obscuridad, al contrario, se le esclarece por la nueva luz del Evangelio. Lo que él sabía del Antiguo Testamento, como doctor en las Escrituras, desde la creación del mundo y la vocación de Abraham, se juntaba con la nueva revelación de Jesús para formar una admirable armonía que le llenaba de atónita adoración⁵⁰. Además sobrevenían desde ahora, cada vez con más frecuencia, en ciertos períodos nuevas series de *revelaciones y visiones*, que el Resucitado le había puesto en perspectiva y que él cita en sus cartas (2 Cor 12, 1). Efectuábanse en forma de inspiraciones, impulsos mentales, que cada vez sobrevenían cuando su propio pensamiento había llegado a un punto muerto, y evitaban los extravíos cuando el entendimiento estaba a punto de desviarse. No hemos de representarnos estas revelaciones como intervenciones violentas y sorpresas de Dios. El Señor no viene en el huracán, sino en el susurro del céfiro, y no sabes de dónde viene y sopla. «Los más fuertes pensamientos son los que nos llegan en los silenciosos pies de las palomas» (Nietzsche). Así también a Pablo su Evangelio no le cayó del cielo, sino que fue fruto de la ilustración, de la meditación acompañada de la oración y del abismarse en la Sagrada Escritura. Este doble carácter llevan también sus cartas. Si las leemos sucesivamente según su

formación histórica, casi podemos reconocer el desenvolvimiento de su pensamiento: primero la semilla y el verde tallo (las dos Cartas a los Tesalonicenses), luego la espiga (las cuatro grandes paulinas: Gal, 1 y 2 Cor, Rom), después el fruto maduro en la espiga (las cartas escritas desde la cárcel) y finalmente el espiguelo (cartas pastorales).

¿Cómo podemos representarnos estas revelaciones? La pregunta se asemeja a esta otra: ¿Qué camino toma el rayo? ¿Qué camino ha tomado la *inspiración*? Hay en general dos caminos: el camino por la fantasía religiosa en el símbolo, y el camino por el entendimiento en la intuición, la vida espiritual. En los profetas del Antiguo Testamento la revelación se hacía comúnmente por símbolos, cuyo sentido oculto se esclarecía por interior ilustración o permanecía en la obscuridad. Su lenguaje, rico en imágenes, muestra todavía la huella imperdible, indeleble, que ha dejado atrás la luz en su camino. En san Pablo efectuábanse las revelaciones más frecuentemente por el camino de la vista interior, esto es, del abarcamiento de todo un complejo de verdades y consecuencias en un solo símbolo, juntamente con la evidencia de su origen divino. Por lo demás, hay también ejemplos de ello en la vida de otros santos. Así, por ejemplo, san Ignacio de Loyola confiesa que, después de su conversión, al principio había podido ver en Manresa, en un globo de luz, el misterio de la santísima Trinidad de una manera tan clara y persuasiva, que, si no tuviera revelación por la Iglesia, sólo esta visión le habría persuadido de la verdad de la revelación cristiana.

Pero estos conocimientos adquiridos fueron ordenados por la gran fuerza constructiva de un espíritu pensador, el cual elaboraba todo lo visto y vivido en una contemplación espiritual constante, trasladándolo a grandes puntos de vista. ¿Por qué camino pudo Pablo haber llegado al modo tan característico suyo de la *contemplación religiosa* del mundo, como la expone en la Carta a los Romanos de la manera más concisa? Los años pasados en Tarso le permitieron ver claramente la *situación religiosa del mundo* y la significación de la muerte y de la resurrección de Cristo en la historia de la salvación⁴⁸. A la luz del nuevo conocimiento recorrió los enmarañados caminos y extravíos del linaje humano desde el principio. Como Cristo, se hallaba él ahora en estado de mirar al mundo pagano con ojos más simpáticos que antes en su actitud farisaica. Pero por muy profunda que fuese su compasión de los gentiles, su juicio era incorrupto. El resultado de esta contemplación fue muy triste. En el *tiempo sin Cristo* estaba la *ira Dei*, la ira de Dios, sobre el género humano. Dios no había dejado de atestiguar a los gentiles, pero ellos no habían sacado de esto las consecuencias prácticas, sino que habían idolatrado al mundo, que no debía ser

para ellos sino una imagen reflejada de Dios, y así habían caído en grave culpa. Sobre cualquier culto pagano está la ira de Dios, porque en el fondo no es otra cosa que el culto de los demonios. La situación religiosa de los *judíos* no es mucho mejor. Ellos habían recibido, además del conocimiento de la razón, las revelaciones, la ley, los profetas, los libros santos. Pero lo que era su distinción entre otros pueblos, se les convirtió en fatalidad por su propia culpa. Tal como los gentiles idolatrarón y adoraron la creación, los *judíos* lo hicieron con la ley y la letra. La dura lucha de Saulo antes de su conversión había sido solamente un esfuerzo convulsivo para llegar con sus propias fuerzas, por el medio de la más severa práctica de la ley y la justicia, a las ajustadas relaciones con Dios. El poderoso entrenamiento de la voluntad bajo la Ley había producido dos clases de disposición de ánimo que constantemente estaban en pugna: tan pronto un incommensurable sentimiento de la propia rectitud: «Señor, te doy gracias porque no soy como los demás hombres», como un profundo sentimiento de derrota, un estado agudo de depresión, a causa del pecado, que le hacían exclamar: «¿Quién me va a librar de este cuerpo que acarrea la muerte?» (Rom 7, 24).

Ahora bien, ¿cómo abandona el hombre *la situación sin Cristo y entra en la cristiana*? Pablo vuelve con el pensamiento a la experiencia de su propia conversión. ¿Qué había sucedido en él? En la respuesta a esto nos da Pablo, debido a su profunda vista propia, un conocimiento del cristianismo que ninguno de los sinópticos nos ofrece tan claro y que nos lo hace juzgar esencialmente afín a san Juan Evangelista, el cual indicó dicho acontecimiento en las parábolas del grano de trigo que muere y de la vid y los sarmientos. Este conocimiento culmina en estas palabras: *comunidad con Cristo*. Por una acción creadora de Dios ha habido una transformación en él, que llega hasta las raíces de su existencia; ningún desarrollo de las potencias religiosas, sino una ruptura del ser con el pasado, un cambio de orientación en toda la línea. En él se ha efectuado un cambio, que significa nada menos que una transformación de existencia, la cual sólo puede expresarse por oposición de muerte y vida. En él desapareció el hombre en un morir, entrando en la metamorfosis creadora de la existencia terrena de Cristo, en muerte, sepultura y resurrección (Rom 6, 2, 4, 7, 8; Gal 2, 20; 6, 14; Col 3, 3). Un nuevo hombre ha resucitado en Cristo y en adelante seguirá de manera sobrenatural unido a Él en muerte, vida y destino. Pero no en un confuso empeño y mediante anulación de las individualidades, como aspiraba la mística deificadora de los misterios helenísticos, sino por medio de la unión con el espíritu de Cristo, esto es, del Espíritu Santo, que es la corriente de vida entre Cristo y los creyentes. Y lo mismo que le ocurre a Pablo, ocurre a cual-

quier cristiano, aunque no haya sido objeto de ningún acontecimiento tan decisivo. Por medio de una unión mística de tiempo y espacio, efectuada por la fe y el bautismo, todo creyente cristiano queda en conexión con la muerte y la resurrección de Jesucristo y llega a poseer un nuevo «ser» en el Cristo glorificado, como efecto del acto redentor de Cristo, realizado una sola vez y para siempre. Su ser substancial, aunque oculto, se encuentra ahora dentro del ámbito de la vida de Cristo; ha sido rescatado al mundo y al poder del pecado; de la lejanía de Cristo ha sido llevado a su proximidad (Eph 2, 13). Este desplazamiento hacia Cristo (Eph 2, 6) es la acción de la fuerza liberadora de la muerte de Jesús; no se trata de una simple declaración de parte de Dios, sino de un proceso real, aunque misterioso, del alma. El cristiano se ha «vestido de Cristo» (Gal 3, 27), como de una túnica del alma, pero no como un actor teatral que no está íntimamente unido con su papel y puede desempeñar otros papeles contrapuestos, sino como el sacerdote en el altar, por medio del cual Cristo habla y actúa. Esta situación se expresa de un modo acertado con las palabras: «El cristiano es un hombre nuevo que ha cambiado de residencia»⁴⁸. Para Pablo esto no son metáforas, sino realidades más ciertas que los procesos naturales de la vida. Pero, como todo lo místico, estos procesos del alma escapan a la lógica ordinaria, y pueden únicamente ser expresados por medio de afirmaciones paradójicas que a nosotros nos hacen pensar en «la locura de la cruz».

Frente a esta existencia esencial cristiana palidece para Pablo la vida civil, viniendo a reducirse a un ser accidental, transitorio, aunque grandemente ruidoso y que salta a los ojos, pero que con todo no es poco importante, porque es el teatro de gravísimas decisiones y comprobaciones morales. Así Pablo con una clarividente ojeada penetra a través de la envoltura externa de la existencia hasta lo más profundo del ser, «el oculto corazón humano» (Col 3, 4; 1 Petr 3, 4). Hallar las apropiadas palabras significativas y símbolos para estos hechos fundamentales de la vida espiritual, ésta fue la lucha del solitario pensador de Tarso. Padecer con Cristo, con Él morir, ser sepultado, resucitar, vivir, ser glorificado, reinar, participar, incorporarse y uniformarse a Él: estas palabras alógicas hacen su lectura frecuentemente tan difícil para los principiantes porque están muy llenas de significación y su sentido rebosa constantemente. Esta piedad risticéntrica la ha reducido en innumerables pasajes a esta breve fórmula: «en Cristo Jesús», lo que podemos interpretar como: substancial de Cristo, unido a Cristo, íntimo de Cristo o figura de Cristo. Esta unión con Cristo es el nervio vital de la teología y ética paulinas. El que no tiene esto presente, anda alrededor de ellas como alrededor de un palacio encantado, sin ha-

llar la puerta ni la llave. El edificio doctrinal del Apóstol ha de considerarse desde este punto de vista que le da unidad, íntima cohesión y enlace. Toda obra de arte tiene un determinado punto de vista, desde el cual se muestran de la mejor manera sus perspectivas y proporciones. Este punto es, en Pablo, Cristo. Cristo es para él el principio, el medio y el fin. Todo está *en Él*, es *por Él* y *para Él*. No es el Jesús histórico en visión aislada, sino que este Jesús es mirado junto con el Cristo eternamente preexistente en el seno de la santísima Trinidad y con él ensalzado en su mística significación salvadora para nosotros. Aquí estamos en el punto central de la doctrina paulina. Éste es el sentido de la profunda palabra de su Carta a los Gálatas: «Con Cristo estoy crucificado: ya no vivo mi vida, mi vida es Cristo» (2, 20). Aquí estamos también en el punto central del cristianismo. Pues lo esencial en él no es una nueva doctrina, una nueva ética, un nuevo culto. Todo esto viene en segunda línea. Lo nuevo e inaudito en el cristianismo es la *nueva vida*, que fue dada por un misterioso morir con Cristo por el espíritu. Por esto la religión de Jesús se diferencia de toda otra religión. Esto es lo absolutamente nuevo e insuperable, que no puede ofrecernos ninguna religión humana. Nunca ponderaremos bastante este punto central de nuestra fe si queremos evitar se eche a perder lo esencial con superposiciones de puntos de vista parciales y secundarios, usos, ceremonias y fenómenos marginales producidos a lo largo de los siglos. Cuando Harnack en sus conferencias dadas en Berlín hace muchos años vio la «esencia del cristianismo» en la doctrina acerca del Padre y del infinito valor del alma humana, demostró solamente que él, en su concepción liberal, no tenía idea del verdadero estado de esta cuestión. Pero también en nuestra literatura religiosa se penetra pocas veces hasta el meollo del asunto. Debemos concentrarnos más en este punto para llegar a ser verdaderos cristianos.

Ahora podemos juzgar lo que valen las frases: Pablo suprimió todo lo libre y vivo de la religión de Jesús y puso en su lugar sus vanas imaginaciones, su primitivo y tosco lenguaje figurado y «judaizó» así el cristianismo. El verdadero cristianismo no se ha de hallar en las Epístolas, sino en los Evangelios. Por tanto, ¡separémonos de Pablo, volvamos a Cristo! Desde Renan, Nietzsche, Paul de Lagarde (llamado también Bötticher), esta crítica ha desencadenado un verdadero odio contra san Pablo. En este punto, hay que admitir, sin embargo, que Pablo, y con él la joven Iglesia, fueron más allá de la doctrina de Jesús contenida en los Evangelios. Pero *todo* el cristianismo no está contenido en *las palabras* de Jesús; Jesús no solamente *enseñó*, sino que todavía más *obró*. A sus enseñanzas siguieron la muerte en cruz, la resurrección y el envío

del Espíritu Santo y su explicación dogmática y mística por parte de los apóstoles. En estos *hechos* es precisamente donde radica el centro de gravedad del cristianismo, no en el sermón de la montaña ni en las parábolas.

Tales pueden haber sido las reflexiones y consideraciones en que se movió Pablo durante su retiro de varios años. Como que en ninguna parte vemos que el Apóstol produjese una línea enteramente nueva de desenvolvimiento, antes bien su espíritu iba siempre dirigido a lo último, su Evangelio debió de estar acabado en él esencialmente ya antes de su actividad misional propiamente dicha. Por esto no es algo arbitrario el situar su formación en esos años de recogimiento. «Las grandes ideas que escribió después como maestro del mundo en sus cartas, las cuales sin saberlo ni quererlo él han venido a ser cartas a todo el género humano, fueron pensadas en su mayor parte allí, en aquel oscuro taller, en la gran cabeza pensadora del tejedor de Tarso»⁵⁰. Nosotros podemos solamente presentir estas revelaciones del Apóstol en Tarso y anteriormente en Arabia, en su importancia para la teología, pero apenas sobrevalorizarlas. No eran pseudo-acontecimientos del oscuro regazo del «sentimiento religioso», sino la actuación pneumática de la revelación divina en la disposición del alma del favorecido. Entonces se le debe de haber infundido en el alma un ánimo poderoso y un sentido elevado de la vida.

Hasta qué grado de mística profundidad progresaron a veces sus contemplaciones, vémoslo por su propia confesión, que hizo catorce años más tarde en la Carta segunda a los Corintios (12, 2-4), cuando se vio forzado por la jactancia de sus adversarios a levantar el velo de íntimos sucesos, de los cuales no habla de buena gana el varón religioso. «Sé de un hombre en Cristo, que hace catorce años fue arrebatado hasta el tercer cielo; si en el cuerpo, no lo sé; si fuera del cuerpo, no lo sé, Dios lo sabe. Sé de este hombre, que fue arrebatado al paraíso y oyó cosas inefables, que no ha sido dado a ningún hombre poder expresar.»

¡Cómo le atormentaba, en su deseo de trabajar, el pensamiento de que más allá del Tauro y del Amano yacía todo un mundo que todavía no había sido abierto y conquistado para Cristo! Parece que de tiempo en tiempo interrumpía su sosiego y emprendía viajes de indagación a Cilicia y Siria, hasta que finalmente sonó su hora.

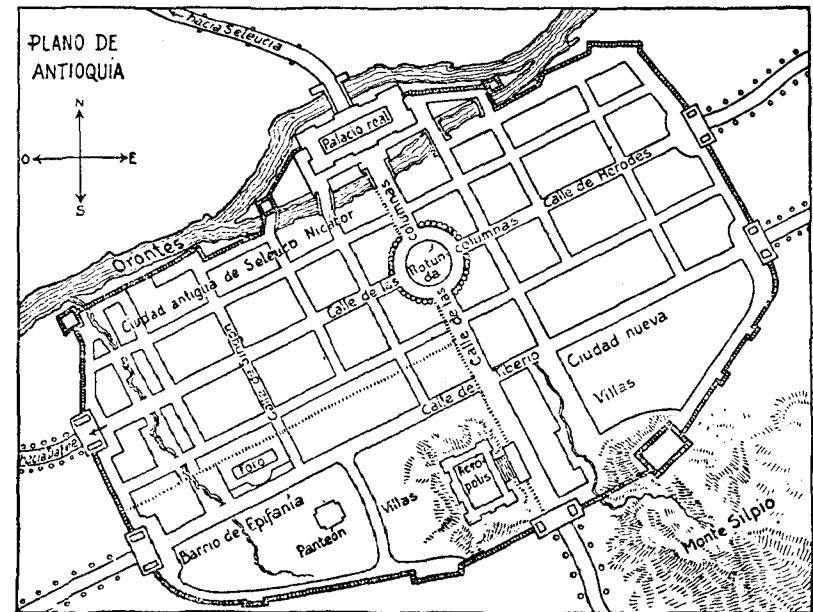
11. En Antioquía

Act 19, 24.

La escena cambia, pero Pablo no entra en ella. Es otra vez una capital, con más de medio millón de habitantes, la mayor ciudad del Imperio romano después de Roma y Alejandría, la metrópoli de Oriente, la residencia del legado imperial de Siria: la hermosa Antioquía (gráb. 8). La historia de Pablo nos conduce constantemente a grandes ciudades y a reuniones de muchedumbre de hombres. Después de Jerusalén debía ser Antioquía la segunda madre de la joven Iglesia. En el orden en el desenvolvimiento de las comunidades primitivas hacia la Iglesia universal es: *Jerusalén — Antioquía — Roma*. Como que Antioquía interviene tan profundamente en la vida del Apóstol, y es por veinte años su patria electiva y central, así como el punto de partida para sus grandes empresas, haremos bien en familiarizarnos algo con esta ciudad.

En el ángulo oriental del Mediterráneo, allí donde la costa de Siria forma un ángulo recto con la del Asia Menor, unos 20 kilómetros tierra adentro, a la orilla del río Orontes, que pasa allí muy ancho, encerrada entre las prolongaciones del monte Aman en el norte y del monte Casio en el sur, apoyada en las verdes pendientes del monte Silpio, en contacto con todas las plazas importantes del Imperio romano, está situada la ciudad de los Seléucidas, herederos gloriosos del gran Alejandro, la cual era un centro ideal para una Iglesia que se quería extender entre los gentiles. Lo que Tarso era para el interior del Asia Menor, esto era Antioquía para Mesopotamia y Arabia. Cuando un antioqueno hablaba de su ciudad, brillaban sus ojos de orgullo y entusiasmo. Describía al forastero sobre todo la magnífica *Calle de las Columnas*, construida por Herodes el Grande con real munificencia, esto es, el coso adornado con cuádruple columnata de mármol que formaba tres calles paralelas, la de en medio para carros pesados, las de la derecha e izquierda para peatones, jinetes y carruajes elegantes. Este coso atravesaba la ciudad en una longitud de varios kilómetros en dirección de oeste a este y terminaba al pie de un monte, desde cuya cumbre una colosal estatua de Júpiter dominaba el coso y la ciudad. Desde la isla del río, en el norte, otra calle de columnatas conducía al sur y formaba así con la primera una colosal cruz de mármol blanco reluciente que dividía la ciudad en cuatro barrios urbanos. Ambas calles de columnatas estaban adornadas con obras maestras del arte griego, de una finura cual no las pudieron producir los siglos posteriores. Al norte, el Orontes, con sus poderosos brazos, encerraba una isla que contenía el antiguo palacio real. Aquí residía el gobernador romano, poseedor de la suprema autoridad gubernativa sobre

el oriente del Imperio, rodeado de todos los miembros del gobierno y del estado mayor. La ribera norte del Orontes y las pendientes del monte Silpio estaban sembradas de casas de campo de los ricos. Toda la ciudad se hallaba cercada de una muralla con 300-400 torres, obra admirable de la arquitectura helénico-romana, la cual ofrecía arriba espacio cómodo para una cuadriga. Al sur la muralla, gracias a un esfuerzo de ingeniería militar, escalaba las escarpadas



rocas hasta la más alta cumbre del Silpio y formaba así una corona mural dentada de grandioso efecto. Todavía hoy es una de las más interesantes excursiones seguir las antiguas murallas romanas sobre la cumbre del Silpio, donde las antiguas torres de fortificación se levantaban hasta 25 metros.

Eran otro orgullo de la ciudad las *construcciones hidráulicas*, los muchos baños públicos y privados, los surtidores, la red muy ramificada de canales y tuberías que, alimentados por la riqueza de agua del Orontes y por las cascadas cristalinas de Dafne, llevaban el agua benéfica a todo palacio y a toda choza. A más de Antioquía, sólo Tarso y Damasco podían gloriarse de semejante abundancia de agua. Antioquía era también el «París» del Oriente, la *Ville Lumière*, a causa de su célebre *alumbrado*, llegando a escribir Li-

banio que en su ciudad apenas se notaba diferencia entre noche y día. Libanio, cantor de su ciudad natal, escribe lleno de entusiasmo: «Al atardecer, en Antioquía, la luz del sol es relevada por otras luminarias. El día y la noche únicamente se distinguen por el diferente sistema de iluminación. Las manos trabajadoras apenas se dan cuenta del cambio y siguen en su tarea. Y el que lo desee, puede cantar y danzar durante toda la noche, pues aquí Hefesto y Afrodita se reparten las horas de la noche»⁵⁰. Libanio menciona a Hefesto como divinidad tutelar de la industria de fabricación de armas, que estaba muy extendida, y en cuanto a Afrodita, al culto a la diosa del amor, que en ninguna parte se practicaba en tan gran escala como en Antioquía. Allí también se imprimían las monedas romanas con la imagen del emperador. Cuando Jesús pregunta a los fariseos: «¿De quién es esta imagen y esta inscripción?», probablemente tendría en la mano una moneda acuñada en Antioquía.

Las diferencias *sociales* eran muy grandes, como en toda la antigüedad. Dos tercios de la población se componían de esclavos. Al contrario, los ricos mercaderes, los fabricantes, los grandes propietarios, los hijos de las ricas casas patricias de Roma empleados en la milicia y en el gobierno, con o sin ocupación, lo tenían todo a pedir de boca. «Las pruebas más interesantes de ello están en los restos bien conservados de aquellas antiguas ciudades, unas ciento, con sus suntuosas villas y palacios, que acompañan tierra adentro al valle del Orontes a cuarenta horas de camino. El lugar más querido de los antioqueños era su Dafne, célebre en todo el mundo (hoy el solitario Bêt-el-Mâ), paraíso natural encantador de magníficos sotos y alamedas de laureles, de jardines y surtidores, graciosas cascadas y juegos de agua, frescas grutas y enramadas. Los sonidos de la flauta y del arpa atraían de un modo seductor hacia la retirada soledad. Alegres multitudes de hombres con vestido de fiesta iban al templo de Apolo y cantaban los melódicos cantos griegos»⁵⁰. Debajo de antiquísimos cipreses susurraba la fabulosa fuente de Castalia. La molicie siria, los faquires de la India y Egipto, todos los embustes del Oriente se entremezclaban en esta frontera de dos mundos, convirtiendo a esta ciudad del Levante en la cloaca de toda indignidad. Cuando Juvenal quiso manifestar lo peor sobre Roma dijo que las aguas del Orontes habían afluido al Tíber, depositando en él todo su cieno. De las descripciones de Libanio, Pausanias, Filostrato y Luciano así como también de las alusiones de san Juan Crisóstomo, Renan ha trazado en su estilo pintoresco el siguiente cuadro de las costumbres de Antioquía: «Aquello era un amontonamiento jamás visto de embaucadores, charlatanes, comediantes, bufones, brujos, sacerdotes fraudulentos,

bailarinas, héroes de circo y teatro; una ciudad de carreras, gladiadores, bailes, cortejos y bacanales; un lujo loco, toda la locura del Oriente, de la superstición ignominiosa, de las orgías fantásticas. Era como el sueño de un fumador de opio, una embriaguez de Sardanápalo».

Pero lo peor era que *la religión y los misterios* del Oriente daban a esta inmoralidad un glorioso esplendor. Las religiones orientales de aquel tiempo eran glorificaciones de los instintos naturales y de las facultades generativas, sus deidades eran en su mayor parte deidades de la vegetación o crecimiento y aparecían siempre como hombre y mujer; así, la Madre de los Dioses, Cibeles, del Asia Menor, y el salvaje Atis de los frigios; la doble figura de Isis y Osiris de Egipto; el culto orgiástico a Dionisos Sabacio, importado a Grecia y Roma desde el Asia, pasando por Tracia, y el culto de Sandan-Heracles en Tarso. «Pero en lo más bajo de todo estaban los cultos de los sirios y fenicios, pueblos vecinos de Israel. Lo que nos refiere la Biblia acerca de Moloch y los sacrificios a él ofrecidos, es la pura verdad: las deidades sirias y su culto significan la elevación del homicidio y de la deshonestidad a acto religioso. Sobre todo el culto de Adonis y de Astarté era una divinización del vicio. Hasta los tiempos del emperador Adriano, esto es, hasta la mitad del segundo siglo cristiano, y más tarde todavía, se sacrificaron a la diosa fenicia Astarté niños y adultos. Sus templos fueron lugar del vicio profesional hasta el derrumbamiento del paganismo»³⁷. La inmoralidad hasta la renuncia sexual y la autocastración fue consecuencia de la salvaje exaltación en la que se embriagaban durante las fiestas de la vegetación, que se celebraban en primavera. ¡Y en este antro internacional del vicio era donde debía empezar el cristianismo a hacer su entrada! ¡Verdaderamente, esta ciudad, más que nunca otra alguna, necesitaba de la buena nueva de Jesucristo!

Una muchedumbre abigarrada de pueblos formaba el *vecindario* de Antioquía. Pero cuatro tipos pueden distinguirse claramente. Allí estaba el taciturno romano, lleno de soberbia por su dominación universal. Allí estaba el griego o medio griego, este refinado hombre sensual que hacía tiempo había perdido su fe en los antiguos dioses. Allí estaba el sirio indígena, afeminado, pero acomodaticio y sumiso, una clase de gente baja, que vivía en los arrabales. Separado de éstos, con la orgullosa pretensión de ser el único favorecido del Altísimo, se hallaba aparte el judío. Formaba una numerosa colonia bajo el mando de un propio etnarca (Flav. Ios., *Antiq.* 12, 3), y ejercía gran propaganda religiosa. Todos los que en ésta ciudad anhelaban una seria religiosidad, especialmente las mujeres, frecuentaban el sábado las sinagogas, en las cuales toda-

vía estaban pendientes de las paredes los vasos de cobre y del techo las lámparas de plata que en otro tiempo Antíoco Epífanes había robado al templo de Jerusalén⁵⁶. El número de los prosélitos convertidos del paganismo era considerable. Había de ellos dos clases: los *prosélitos enteros* o los «prosélitos del santuario», que se sometían a toda la ley mosaica y a la circuncisión, y eran admitidos en la sinagoga por una especie de bautismo con una instrucción sobre el mismo, y los *prosélitos a medias* o los «prosélitos de la puerta», llamados en los Hechos de los Apóstoles «*temerosos de Dios*», los cuales estaban en amistosa relación con la religión judía y asistían con frecuencia a los actos del culto. Podemos, pues, distinguir cuatro grupos en el aspecto religioso: enteramente judíos, enteramente prosélitos, medio prosélitos (o medio paganos) y enteramente paganos.

Mientras Pablo meditaba en Tarso sobre el misterio de Cristo, la semilla del Evangelio «había volado, llevada como por manos de ángeles, sobre la tierra y el mar»⁵⁰, a las ciudades marítimas de Joppe (Jafa) y Cesarea, de allí a la verde isla de Chipre; al país maravilloso del Nilo hasta Etiopía, por medio del tesorero de la reina de Candace, a Cirene, en el norte de África, hasta Puteoli junto a Nápoles y a Roma hasta las proximidades del palacio imperial. Sería falso creer que la primera difusión del cristianismo se había efectuado por especiales viajes de misión. Los que lo extendieron fueron principalmente cristianos de Jerusalén, artesanos y comerciantes judío-cristianos, llamados «helenistas», desparramados por la tormenta de la persecución. Sus conocimientos lingüísticos, su diligencia y su habilidad comercial les abrieron las puertas, y su modo de ser, benigno y alegre, los corazones. Muchos judíos llevaban entonces una vida verdaderamente nómada, recorriendo todas las ciudades costeras. Pero, con todo, cierta parcialidad iba aneja a esta actividad de misión: dirigíase ella solamente a los judíos. Este exclusivismo no provenía de mala voluntad, sino de un juicio erróneo. «A estos judío-cristianos les faltaba una mirada ampliamente generosa»¹⁷. Habían tomado también a mal el que Pedro hubiese admitido sin más en la Iglesia al pagano capitán Cornelio y a su familia. Pedro, para justificarse, alegó su visión y la confirmación por parte del Espíritu Santo, el cual aun antes del bautismo descendía sobre los paganos. Contra esta lógica nada había que oponer. Pero ellos consideraban aquello como un caso de excepción. Tampoco Pedro se atrevía a sacar las consecuencias prácticas, a causa de la resistencia del preponderante grupo fiel a la Ley. Explicaciones teóricas solas no llevan una causa adelante; deben añadirse hechos. Y éstos vinieron ahora, como por sí mismos, justamente de Antioquía. Un valiente grupo de apóstoles laicos de Chipre, pai-

sanos de Bernabé, y de Cirene, entre ellos probablemente Lucio y los dos hijos de Simón Cireneo, a uno de los cuales, Rufo, y a su madre, Pablo envía saludos en la Carta a los Romanos (16, 13), fueron aquí los primeros que dieron principio a la misión entre los gentiles. En este alcázar de la cultura universal no estaba tan notablemente caracterizada la oposición entre judíos y paganos, la pared divisoria era más débil, y esto condujo a la fundación de la primera iglesia mixta, de judío-cristianos y pagano-cristianos, la cual, libre del estricto mosaísmo, debía ser la segunda cuna del cristianismo. A esto se añadió todavía otra cosa: la calamidad que sobrevino con el terremoto del año 37 preocupaba todavía los ánimos y había despertado el interés por las cosas sobrenaturales. Finalmente, aun en la ciudad más desmoralizada hay almas de nobles disposiciones. Con semejantes personas vinieron a entablar conversaciones los cristianos helenistas en los bazares, en el mercado y en los baños. Alegremente contaban a los griegos y sirios, que escuchaban atónitos, lo que habían hallado en Jesús para tener una vida feliz. La noticia corrió rápida por todos los bazares⁵⁰.

Y todo esto había sucedido sin especial preparación, sin ninguna intención humana. Como tantas veces en las mayores crisis de la historia, el estado de las cosas compelió sencillamente a ello. Era el anónimo soplo del Espíritu Santo en la historia. Algo comparable a esto hay en lo puramente natural. ¿Quién sabe cómo se forma un canto popular, una epopeya popular? ¿Cómo la leyenda, siempre joven? Se desprende de la profundidad del alma popular y de repente existe. Viene luego un gran poeta, un genio del pueblo, y le da el nombre.

Dado el vivo movimiento de caravanas, la noticia de aquella fundación llegó rápidamente a la iglesia de Jerusalén. Los apóstoles resolvieron enviar una embajada a Antioquía, para cuidar de que todo se obrase conforme a derecho, y eligieron para ello a *Bernabé*. No hubieran podido hallar ningún hombre mejor para esta espinosa misión. Como es propio de nuestra naturaleza hacernos inconscientemente alguna representación de personajes de los tiempos pasados que se acomoda a su carácter, nos representamos muy bien a san Bernabé como un hombre grave de afable semblante, de ojos bondadosos, de porte tranquilo, no tan docto como su amigo Saulo, pero de juicio sereno y sano, que no hacía de lo accesorio lo principal, sumamente simpático, y sobre todo de profunda y sencilla religiosidad. Éste era el hombre propio para infundir confianza. Vino Bernabé y vio lleno de admiración la gran ciudad, con la calle de las columnas y el Júpiter colocal. Pero más le interesó una calle lateral en el barrio de Epifanía, donde vivían los cristianos. Desgraciadamente, en la Antioquía de hoy ha quedado borrada toda

huella de la misma, de manera que no se puede determinar el lugar en que se enlazan semejantes recuerdos. La basílica, de la cual hablan los santos Padres griegos (Atanasio, Crisóstomo, Teodoro), y que ya en el siglo IV se designaba con los epítetos de «la antigua» y «la apostólica», se hallaba, según una antigua tradición, en la *calle de Singón*, en las inmediaciones del Panteón. Bernabé reconoció con rápida mirada un campo de trabajo lleno de esperanzas para la misión. No se cuidó de controversias, puso la mira en lo esencial y fue el hombre de la cura de almas práctico. Vio al punto que allí andaba de por medio «la mano del Señor». Esta expresión alude a los carismas, como prodigios y milagros, profecías y don de lenguas, de que sin duda fue testigo en la primera reunión que se tuvo para celebrar los actos del culto divino. Dirigióles una ardorosa alocución inflamada de amor a Cristo, la cual venía a resumirse en esta palabra: «¡Uníos al Señor! ¡Permaneced fieles al Señor!» Ésta era su religión: no ganar a los hombres para sí o para un partido, sino para Cristo. Escribió una relación tranquilizadora a Jerusalén, con el consejo de que aceptasen los hechos y la situación tal cual era.

A la verdad, Bernabé intuía obscuramente que con esto la controversia no quedaba decidida. A pesar de todo, el problema existía y a cada momento se podía instar a que se le diese solución. La cuestión sobre el valor de la Ley mosaica, Jesús no la había resuelto expresamente. Su propia observancia de la Ley podía interpretarse de diversa manera. Y, sin embargo, la cuestión de la Ley había de resolverse según el sentir del Maestro. Era éste un grave problema que había dejado a su Iglesia como herencia [n. 9]. Bernabé no era el hombre a propósito para dar una solución dogmática y fundamental a esta dificultad. Pero conocía al hombre que podía resolverla. ¡Bendita sea la hora en que Cristo le puso el nombre en los labios!

12. Pablo y Bernabé

Act 9, 25 - 30; 12, 1 - 25.

a) En Antioquía

Un día — era quizá un día primaveral del año 42 — estaba sentado Pablo en su taller junto al telar o andaba pensativo por las calles de Tarso. Entonces llegó a él su antiguo amigo Bernabé, tocóle al hombro y le dijo: «¡Hermano Saulo, Cristo necesita de ti! *Magister adest et vocat te!* ¡El Maestro está ahí y te llama! ¡Ven conmigo a Antioquía!» ¡Qué deliciosas horas debieron de haber sido aquellas en las que los dos amigos, sentados en el te-

rrado, se comunicaban sus impresiones después de largos años de separación! ¡Cuán maduro y superior le pareció a Bernabé su amigo de la juventud, con qué sentimiento de gratitud para con el «Padre de las misericordias» le oyó Pablo hablar del triunfo de Cristo entre los gentiles!

Sin Bernabé se hubiera consumido Pablo poco a poco, dando vueltas a sus propias ideas. La soledad y el apartamiento del mundo son, sin duda, buenos de tiempo en tiempo, pero no deben ser más que un punto de tránsito. El hombre tan sólo puede hallar claridad sobre sus facultades por su actividad. Aquél fue el segundo gran servicio de amistad que Bernabé hacía a su joven compañero. Aun al más fuerte genio le es necesaria la amistad. Por segunda vez, Bernabé alargó la mano al amigo y le volvió a la comunidad, separado de la cual aun el hombre más grande nada fructuoso puede hacer⁷⁹. La Iglesia ha reconocido el mérito de Bernabé y le ha dado el título de apóstol, pues pertenece al número de los fundadores propiamente dichos de la Iglesia entre los gentiles.

La hora había sonado para san Pablo: había hallado el objeto de su vida. Por largos años había esperado esta hora y llegó de una manera sencilla, no de un modo patético o a son de trompeta. Así son los caminos de Dios, con frecuencia oscuros para nuestros ojos, pero siempre grandes y admirables. Así lleva Dios a sus amigos. ¿No pasó algo semejante en santa Teresa de Jesús, que por largos años anduvo a tientas en la obscuridad? ¿En san Francisco de Asís, que llevaba ladrillos y argamasa para reparar una pobre iglesia en ruinas, hasta que finalmente reconoció su error en el sencillo sermón de un eclesiástico? ¿En san Ignacio de Loyola, que sin tener idea acertada de las necesidades de su tiempo fue a Palestina, y sólo cuando allí fue rechazado tomó el derrotero conveniente? ¿En san Camilo, que sólo después de mudar tres veces de orden halló su camino? Nosotros mismos no podemos darnos la vocación. No es el hombre el que elige a Dios por su herencia. «No me habéis elegido vosotros a mí, sino que yo os he elegido a vosotros» (Ioh 15, 16).

Se puede sin duda suponer que los dos amigos eligieron el camino más breve por mar, y en un barco fluvial, Cidno abajo, y desde allí en un buque mercante fueron a Seleucia en un día. Rápidamente escalaron los viajeros la altura desde donde vieron una vez más las cumbres nevadas del Tauro y del Líbano. Después un camino de cinco horas, atravesando un terreno quebrado, los condujo primeramente a través de bosques de hayas y alamedas de arbustos de laurel, adelfa y regaliz, luego por viñedos, y finalmente por los famosos huertos, poblados de granados y melocotoneros, naranjos y limoneros, que exhalaban balsámicos aromas. En la

última altura se detuvo Pablo, admirado de tanta belleza. Allí veían delante de ellos el valle del Orontes con su esplendor avasalladora: la cinta de plata del río, guarnecido de una sarta de perlas de encantadoras villas y cubierto de una multitud de veleros empavesados, y oyeron el sordo ruido y martilleo de la populosa ciudad. Los dos amigos elevaron una oración a Cristo su Señor, para que bendijese los comienzos de su trabajo. Allí, junto al Silpio, se elevaba la estatua colosal de Caronte, barquero del infierno, la cual se había erigido en memoria de la extinción de la peste. ¡El símbolo de la muerte saludaba al apóstol de la vida!

Por la isla del Orontes, pasando junto al palacio real, entraron los viajeros en la ciudad. Aquí estaba el campamento de las caravanas que desde la China traían la brillante seda, por la antiquísima «ruta de la seda», pasando por el Turquestán oriental y Ecbatana. Figuras de negra tez, que formaban parte de las caravanas extranjeras, estaban junto a sus camellos. Allí había muchedumbre de esclavos, jóvenes y adultos, que se compraban y usaban mucho en Antioquía. Bernabé condujo a su amigo directamente a la calle de Singón, donde solían juntarse los jefes de la comunidad cristiana, los llamados «ancianos» o «presbíteros». Saulo fue saludado con gozo y reverencia. ¡Pues había visto al Señor! Pero en Antioquía no es el primero. Otros antes de él han merecido ya reputación y autoridad. Bernabé tiene, como delegado apostólico, una posición excepcional. Los Hechos de los Apóstoles (13, 1) nos transmiten «una antigua lista de los hombres que entonces ocupaban los primeros puestos en Antioquía, y allí hallamos a Pablo en último lugar. Personas que hoy están casi olvidadas, se nombran antes de él»³⁰.

Ahora vino lo que en la vida del Apóstol se podrían llamar los hermosos días de Antioquía. Por un año entero trabajaron juntos en buena inteligencia los dos amigos en esta joven comunidad, sobre la cual estaba todavía el primer fresco rocío de la gracia. Fue quizá el año más feliz de la vida de Pablo. Había en él algo del delicado aliento primaveral del primer año de la vida pública de Jesús en Galilea, algo del suave derretirse del primer amor y del perfume bendito que suele rodear a un sacerdote ideal recién ordenado. Allí no había ningún anquilosamiento, ninguna rutina, ninguna estrechez de espíritu, todo era amplio y de grande elevación de ánimo. Fresco soplaba el hálito del Espíritu Santo en las velas y empujaba la navecilla de un modo placentero. «Allí se mostró de qué ennoblecimiento eran capaces por la predicación de la cruz aquellas almas gentiles tan despreciadas por los judíos»⁵⁰. Ellas, tan confiadas e ingenuas como niños, participaban de los tesoros de la gracia de Cristo, mientras los judíos siempre mercantilmente contaban con su Yahveh.

Pablo estaba en su pleno vigor varonil. Y si ya antes, aludiendo a la acción de Bernabé, hablan los Hechos de los Apóstoles de «un gran número de recién ganados para el Señor», se puede uno imaginar el impulso que recibió ahora la joven Iglesia. Por la tarde, cuando los ricos pisaverdes y las muchachas lindamente ataviadas salían a pasear hacia Dafne, para celebrar las orgías de Adonis y Atargatis, la buena gente sencilla, los artesanos y tenderos y esclavos, que hasta entonces no habían encontrado un amor desinteresado en esta ciudad de desenfrenado libertinaje, iban a oír la instrucción de los catecúmenos, o asistir a los actos del culto, que tenían carácter instructivo. Ora era una casa privada con terrado llano, al que conducía por fuera una escalera, ora el patio interior de una casa con una fuente cantarina, ora un pórtico en la plaza o un bosque de naranjos junto al Orontes, donde Pablo enseñaba y predicaba, mientras soplando el blando céfiro hacía pasar sobre sus cabezas nubes de aromas de flores y llevaba el nombre de Cristo más allá de la ciudad. Allí estaban ellos sentados, en otro tiempo presos desconsolados de una civilización pagana, que sentían una interior nostalgia de un mundo superior, y escuchaban con ojos brillantes, cuando Pablo hablaba sobre el magnífico Hijo de Dios, que había tomado forma de esclavo, sobre su vida de sacrificio, su muerte expiatoria, sobre la nueva nobleza del alma y sobre la nueva libertad con que andan por el mundo los hijos de Dios. A menudo pasaban grupos de bebedores, sacerdotisas de Baco y sacerdotes de Isis con platillos y crótalos (grabado 4). En la noche del sábado al domingo se reunían para el santo sacrificio de la misa y la recepción de la comunión. Siguiendo el ejemplo de Jesús y la costumbre judía, precedía un ágape³⁴. Nada unía a los orientales tan íntimamente entre sí como la comida en común. Si los apóstoles se gloriaban de que por tres años habían comido y bebido con el Señor (Act 10, 41), esto era precisamente la expresión de la más íntima amistad. Lo sumo que el Señor podía dar, lo dio después de la celebración de un ágape: la institución de la Eucaristía y el nombramiento de Pedro para pastor de los fieles, junto al lago de Genesaret. El ágape juntaba entre sí a los convidados, la eucaristía los juntaba con Jesucristo subido al cielo. De estos actos de culto, la comunidad se nutría espiritualmente toda la semana. Hasta entre los quehaceres de cada día resonaba: «¡Maranatha, venga nuestro Señor! ¡Ojalá venga la gracia y se acabe el mundo!» (1 Cor 16, 22; Apoc 22, 20). Y ¡cuán magníficamente libre era Pablo! Algunos de los fieles habían frecuentado la sinagoga y habían vivido según las leyes de Moisés. Pero esto era una carga insostenible. Siempre oían: «¡No hagas esto! ¡No toques esto!» Todo era «puro» o «impuro». No se podía aceptar ninguna invitación, por-

que no se sabía si servirían carne de cerdo o enjundiosa anguila del Orontes. No se debía comprar carne en las tiendas, pues podía proceder de animales inmolados a los ídolos, ni aves de corral, si no habían perdido toda la sangre. Así lo habían dicho los discípulos de Jerusalén. Pablo y Bernabé nunca hablaron así⁵⁶. La muerte de Jesús nos ha libertado de la antigua Ley, solía decir Pablo.

Bajo la acción de estos dos hombres, la iglesia antioquena fue la primera en la historia que se desligó del suelo materno del judaísmo. Los mismos Pablo y Bernabé no sabían cómo ello sucedió. Estaban muchas veces asombrados de la fuerza expansiva de la evangélica «semillita de mostaza» en terreno pagano, como si hubiese sido destinada desde hacía tiempo para este clima. Éste es precisamente el gran valor de los hechos, el que saquen a luz las ideas ocultas y las lleven a su desenvolvimiento. En la ciudad del Orontes la situación apremiaba de suyo a oponer a la cultura universal del helenismo una Iglesia universal. Así la Iglesia fue tomando poco a poco las formas del mundo griego. Este hecho viene también a expresarse en que los seguidores de Jesús recibieron aquí por primera vez de boca del pueblo y poco después de las autoridades el nombre de *Christiani* (cristianos). Este nombre no se lo dieron los judíos, quienes siguieron llamándolos, como antes, «nazarenos», como todavía hoy lo hacen los pueblos de lengua semítica. Ellos mismos se llamaban «hermanos», «discípulos», «santos», «fieles», «amigos». Sabemos de qué perspicacia está dotado el pueblo sencillo para lo esencial, y cómo ya los niños y estudiantes saben expresar intuitivamente con una sola palabra lo característico de sus maestros. Un día corre un nombre de boca en boca. No se sabe quién lo ha inventado, pero da en lo esencial. El pueblo es un artista. Y los antioquenos eran célebres y temidos por sus chistes. «¿Puede venir de Antioquía alguna otra cosa que un bufón?», preguntaba en otro tiempo el emperador Severo. Así los antioquenos expresaron excelentemente con la palabra «cristiano» lo más profundo de la nueva religión así como más tarde la palabra «católico» (los universales, los que aspiran a lo universal) significó la extensión por todo el mundo y lo universal de la Iglesia. Ora fuesen negros o blancos, señores o esclavos, romanos o judíos, griegos o escitas: su única señal distintiva era que eran «esclavos de Cristo». La ocasión exterior de la formación del nombre diola sin duda la circunstancia de que los fieles, como escribe Pablo en sus cartas, en los actos del culto y en su casa cantaban siempre cánticos a Cristo. Como quiera que fuese, usaron con mucha más frecuencia el nombre de Cristo que el nombre de Jesús. De lo contrario, los buenos antioquenos hubieran llamado sin duda la nueva religión por este nombre, y los Padres de la Compañía

de Jesús se hubieran debido contentar con el nombre de cristianos. Por lo demás, como *Christos* y *Chrestos* (=honrado) se pronunciaban de la misma manera, quedó hecho el equívoco: la palabra *cristianos* podía significar tanto adoradores de Cristo como hombres de bien con un sabor de beato. Que la palabra al principio se haya tomado y usado como apodo, lo indica Santiago: «¿No blasfeman el nombre augusto por el cual sois nombrados?» (2, 7); asimismo Pedro (1 Petr 4, 16): «Si tiene alguno que padecer como cristiano, no se avergüence de ello, sino alabe a Dios en este nombre». Un expositor inglés hace resaltar muy hermosamente cómo en este nombre viene a expresarse el carácter universal del cristianismo³². El sentido del nombre, «discípulos del Ungido», es hebreo; la palabra de que se origina, es griega; la terminación, latina. Por tanto, esta palabra hebrea, griega y latina hace correspondencia de un modo admirable con la inscripción de la cruz, que Pilato había mandado colocar en estas tres lenguas como inconsciente anunciador del universalismo cristiano. «Es solemne la hora en que recibe su nombre una nueva creación, ya que sólo mediante el nombre una persona o una sociedad llegan a poseer el ser que los distingue de todos los demás»⁷⁸. Con esto el cristianismo se despojó del vestido arameo, habló en griego y entró definitivamente en el mundo civilizado grecorromano, cuyo profundo influjo da el sello hasta el día de hoy a la civilización occidental.

b) *El viaje de colecta a Jerusalén*

La iglesia en Antioquía estaba animada de un levantado espíritu: «Reinaba un gran júbilo», se lee en un antiguo manuscrito (Cod. D). La relación entusiasta de Bernabé a la iglesia madre de Jerusalén atrajo pronto a Antioquía numerosos maestros ambulantes cristianos, llamados «profetas», como en siglos posteriores las relaciones favorables del joven Bonifacio despertaron numerosas vocaciones de misión en su patria Inglaterra, todas las cuales tenían por blanco ir a evangelizar a Alemania. Estos hombres dotados de espíritu gozaban de grande reputación entre los que llevaban la dirección oficial de la Iglesia. Pudieron permanecer largo tiempo en las comunidades, mantuvieron fresco el entusiasmo de los primeros años del movimiento cristiano y formaron cierto elemento de libertad en la Iglesia. Pero había también entre ellos algunas como aves de paso espirituales algo singulares, que a veces platicaban en nombre del espíritu donde el espíritu no hablaba, y no raras veces eran algo molestos a la dirección de la Iglesia. ¡Cuánto amor y longanimidad eran entonces necesarios para conciliar tales

oposiciones y mantener el orden! ¹⁷. Uno de estos profetas que habían venido, por nombre Agabo, trajo noticias afflictivas de Jerusalén. La distribución de los bienes, practicada en los primeros días, no se había acreditado, porque era opuesta a la naturaleza humana. Sin cierta previsión para lo futuro no se puede vivir. Ésta era una experiencia amarga. Agabo anunció asimismo por impulso del espíritu una grande hambre, la que sobrevino realmente el año 44, en tiempo del emperador Claudio. Jerusalén quedó fuertemente afectada por el cese de las peregrinaciones. Los fieles de Antioquía se conmovieron hondamente por la necesidad de la iglesia madre. No hubo en Antioquía maliciosas y satíricas pláticas sobre los sencillos santos de Jerusalén, que «no tenían un ápice de prudencia respecto de lo por venir». Al autor de los Hechos de los Apóstoles se le escapa por primera vez aquí (según Cod. D) la palabra «nosotros»; señal evidente de que Lucas, como natural de Antioquía, fue testigo de la reunión. De Jerusalén vino la fe, allí estaban los apóstoles del Señor. ¿Qué cosa era más natural que el que devolviesen por los bienes espirituales otros temporales? Cada uno contribuyó a cuál mejor. La alianza de fe se convirtió en alianza de caridad, porque era una fe animada por la caridad, según la mente de Pablo. Estos primeros cristianos, a pesar de todo su entusiasmo, eran hombres muy prácticos y considerados. Bernabé y Saulo fueron encargados por los directores de llevar los donativos, ataron el dinero en los cintos de cuero y partieron.

La desconfianza que inspiraba Saulo pareció haber desaparecido en Jerusalén. Humildemente los *santos* le alargaron las manos. Los dos amigos hallaron la iglesia de la ciudad santa en profunda aflicción.

Santiago el Mayor, hermano del evangelista Juan, los «hijos del trueno», como los había llamado de buen grado Jesús por su fogoso temperamento, principalmente desde aquella vehemente explosión de sentimiento, cuando querían que bajase fuego del cielo sobre las inhospitalarias ciudades samaritanas: este Santiago pocos días antes había subido al cadalso por mandato del nuevo rey Herodes Agripa I [n. 5]. Una vez todavía, y a la verdad la última vez en la historia del pueblo judío, había revivido por tres años (41-44) en tiempo del emperador Claudio la realeza herodiana unida. Este Herodes era nieto del asesino de los niños de Belén, había pasado su juventud en Roma, había sido educado allí en la corte de Tiberio, junto con los príncipes de la casa imperial, y había sido uno de los jóvenes amigos de Calígula. Era dado a los placeres y sabía hermanar muy bien la más disoluta vida cortesana con la apariencia de la más severa religiosidad y fidelidad a la Ley de los judíos. Para reconciliar a éstos con su nueva dominación, su primera hazaña

fue una persecución contra los cristianos en la capital. Pero esta vez quería herir a las cabezas principales de la Iglesia. Así fue degollado Santiago sin procedimiento judicial, por puro capricho del monarca, como en otro tiempo Juan el Bautista por Herodes Antipas. Juan y Santiago, los dos hermanos, habían en otro tiempo, por instigación de su madre Salomé, solicitado del Salvador, con juvenil ligereza, el sentarse a la derecha e izquierda del Señor en su reino mesiánico, que, como esperaban, pronto había de venir con gran pompa. El bondadoso Maestro, que ponía los ojos en el fondo de todas las cosas, respondióles sonriendo: «¡No sabéis lo que os pedís!» (Mt 20, 22; Mc 10, 38). Pero vio con todo en esta cándida demanda su alma heroica. «¿Podéis beber el cáliz que yo beberé?», les preguntó. «¡Podemos!», dijeron ufanos. El ensueño hacía largo tiempo que se había desvanecido. La muerte de Jesús y la fiesta de Pentecostés les habían descubierto la cruenta seriedad de la vida apostólica y la naturaleza espiritual del reino del Mesías: Desde entonces se habían vuelto mansos y humildes, pero mucho más valientes. Ahora Santiago había bebido el cáliz. Apenas hubo comenzado a trabajar, fue ya llamado ¹⁷. «*Sunt lacrimae rerum!*» ¡Sí, si las cosas pudiesen llorar! Esto, humanamente hablando, es la tragedia de los hechos, pero también su humor divino. La Sagrada Escritura es un libro libre enteramente de sentimentalismos. Con pocas palabras pasa por encima de la muerte de Santiago, prueba de cómo la Iglesia entonces se había familiarizado ya con la idea del martirio por Cristo. La muerte de mártir o por lo menos la perspectiva de ella pertenece, según la Sagrada Escritura, al estatuto normal de la vida de apóstol.

El segundo golpe debía dirigirse contra Pedro, pero no dio en el blanco. Dios no deja que el hombre destruya sus eternos planes. Él los ejecuta aun cuando haya de enviar un ángel. Pues de otra manera, ¿cómo había de cumplirse su promesa? Esto acaeció hacia la Pascua del año 44. Las noticias se difundían entonces despacio, y así en Antioquía no se sabía nada todavía de ello. Entonces vinieron Bernabé y Saulo y su pequeña caravana con víveres y abundante cantidad de dinero. Fuera de Santiago, «el hermano del Señor», a quien Herodes no se atrevió a tocar, a causa de su santidad reconocida aun por los judíos, no encontraron a ningún apóstol más. En casa de María Marcos les contó el joven Marcos, sobrino de Bernabé, y la avisada criada Rode el espanto de aquella noche de la liberación y de la huida de Pedro. Ellos no debían descubrir su escondrijo. Si alguno preguntaba adónde había ido, habían de decir «a otro lugar» (Act 12, 17). Herodes había hecho ejecutar entonces a toda la guardia de la cárcel, compuesta de 16 hombres, señal de cuán poco apreciaba el enojado tirano la vida humana, y cuánto

valía para él la persona de Pedro (Act 22, 4, 6, 19). Esto pudo ser muy sensible para Pedro y la joven Iglesia. Hay problemas que no podemos resolver con nuestro entendimiento, ni contestar aun con la ayuda de la mejor teodicea. Hemos de humillarnos varonilmente ante los enigmas y obscuridades que hay en el mundo de Dios.

A consecuencia de estos acaecimientos, el centro de la Iglesia se desplazó de Jerusalén. Jerusalén bajó a ser una simple ciudad episcopal. La dirección pasó a Antioquía, y más tarde a Roma. Así un rey loco, que se hinchó hasta querer ser Dios (Act 12, 22) y por ello fue castigado con muerte repentina, fue la ocasión de que se efectuase un desenvolvimiento célebre en la historia. Para Pablo, la imposibilidad de hablar con Pedro sobre las cuestiones que le preocupaban y el fin puramente práctico de su viaje pudieron haber sido causa suficiente de que no mencionase este viaje en la Carta a los Gálatas (cap. 1). Con esta suposición podría resolverse de la manera más sencilla la dificultad, que muchas veces se ha exagerado, queriendo ver una contradicción entre los Hechos de los Apóstoles y la Carta a los Gálatas * [n. 6].

Bernabé y Pablo partieron y llevaron consigo al joven Juan Marcos, que en Antioquía debía estrenarse en la misión de los gentiles. La familia de María Marcos era el modelo de una familia cristiana. El padre había muerto. La madre era una de las ricas discípulas de Jesús y gobernaba, a lo que parece, una gran casa en Jerusalén, que frecuentaban los apóstoles. Aquella estancia superior que puso a disposición de los apóstoles como lugar de reunión, se puede designar como la primera iglesia cristiana. Algunos suponen que pertenecía también a ella el huerto de los olivos, Getsemaní. Así el joven Marcos fue creciendo en un ambiente apostólico consagrado por el mismo Señor. Conocía casi todos los hechos y milagros de Jesús, sabía muchas de sus palabras de memoria, hablaba y escribía un griego fluido con un ligero tinte de dialecto arameo. Él fue sin duda el que en la noche de la Pasión se había introducido en el huerto de los olivos con una capa echada sueltamente sobre las espaldas, lleno de angustia por Jesús y los apóstoles, y cuando los soldados quisieron cogerle, dejó su capa en las manos de ellos. Este fue el hombre adecuado para escribir más tarde fielmente el Evangelio de Jesús según la predicación de Pedro. Bernabé hacía grande aprecio de su joven sobrino. ¡Cómo escucharán los antioquenos cuando les cuente de la vida de Jesús y de los apóstoles lo que había visto con sus propios ojos!

* Algunos críticos creen que este segundo viaje a Jerusalén en los Hechos de los Apóstoles es el segundo que se menciona en la Carta a los Gálatas (c. 2), pero al intentar dar respuesta a la difícil cuestión de la armonía entre ambos relatos, se crean con ello nuevas dificultades.

13. La misión en Chipre

Act 13, 1 - 12.

Desde la vuelta de Jerusalén a Antioquía, Bernabé y Pablo tenían muy bien conocida la diferencia de las dos comunidades. Antioquía era la ciudad de la actividad febril, del espíritu de empresa. Jerusalén reconoció sin envidia y agradecida la obra del Espíritu Santo en la comunidad hija suya. Antioquía comienza a sentirse cada vez más como ciudad directora de la misión cristiana. Sólo habían transcurrido quince años desde la muerte del Señor y era ya larga la serie de las comunidades recién fundadas en el valle del Orontes y a lo largo de la costa sirofenicia. Por el contrario, Jerusalén es la ciudad de las antiguas tradiciones, adornada con el brillo de sagrados privilegios, y singular en recuerdos. Antioquía es la ciudad abierta al mundo. Jerusalén, debido a la conversión de numerosos sacerdotes y fariseos, pasa a ser la ciudad del aislamiento y de una aristocracia religiosa, herencia del judaísmo.

Ha pasado un año. Estamos en la primavera del año 45. En la iglesia antioquena reinaba desde algún tiempo un notable movimiento. «Había desasosiego, como en una colmena antes de enjambrazar las abejas»⁵⁶. Pablo había predicado con frecuencia en los últimos tiempos sobre la acción misionera que le encomendó Jesús. «Una fuerza está sobre mí —exclamaba—. ¡Ay de mí, si no anuncio el Evangelio!» (1 Cor 9, 16). Al igual que, según se cuenta de san Gregorio Magno, ocurriósele a éste la idea de enviar emisarios de la fe a Inglaterra, al ver a jóvenes esclavos de aquel país; así también Pablo, cuando en el puerto vio los barcos y gente de todos los países, hasta de Iliria, Galia, España, sintió una especie de impulso espiritual y le vino el pensamiento de misionar en el extranjero. También voces proféticas fueron oídas con frecuencia en este sentido. Y así vemos un día a la iglesia de Antioquía reunida en la calle de Singón para una solemnidad especial, *el primer acto religioso de misión* que conocemos. El consejo de los más ancianos, después de larga deliberación, había ordenado un ayuno general para conocer la voluntad del Señor. Cinco de los varones más autorizados, profetas y maestros, están en medio de la asamblea. Raras veces ha visto la Iglesia en tan reducido espacio una mezcla más rara: tres blancos y dos negros de África. ¡Una figura

en miniatura de su misión a las naciones! ¡Comencemos por el orden de su categoría! Allí está el simpático Bernabé de Chipre. Junto a él Simón, por sobrenombre Niger, que no significa negro en el sentido de hoy día. Los africanos del norte eran otra raza, de color obscuro, que acostumbamos llamar moros. ¿Era quizá Simón de Cirene? Si lo era, entonces entendemos su interés por la misión cristiana. Junto a él, su paisano Lucio de Cirene. El cuarto era Manahén, en otro tiempo hermano de leche y compañero de juventud del tetrarca Herodes Antipas, que hizo matar a Juan el Bautista y escarnecer a Jesús. Los dos muchachos habían sido sustentados por la misma madre y habían gozado de la misma educación. El uno fue un tirano, un adúltero, un homicida, un cómplice en la muerte del Señor; el otro un anunciador del Evangelio de Cristo. ¡Cuán diversos son los caminos de los hombres! Éste es el misterio de la gracia y de la libertad. Añadamos a éstos todavía como quinto a Saulo de Tarso, y tenemos «el grupo más interesante de misioneros que jamás haya habido»⁵¹.

El banquete eucarístico está terminado. Tráese la urna electoral. La asamblea está en oración, extendida en el suelo. Entonces súbitamente clama una voz, solemne y grave, como de otro mundo, la voz de uno dotado de profecía: «Separadme a Bernabé y Saulo para la obra para la que los he llamado.» Asocióse a ésta una segunda, y una tercera voz. La comunidad repite entusiasmada, con viveza meridional, las palabras: «¡Bernabé!», «¡Saulo!» Una elección era superflua. Los dos así elegidos salieron de la fila, profetas y maestros les impusieron las manos, como todavía hoy se usa en la ordenación sacerdotal. Es el formal reconocimiento de la misión que Saulo había ya recibido directamente de Cristo. La vocación interior la da Dios, el llamamiento exterior ha de venir de la Iglesia. Hay que admirar la osadía de la pequeña iglesia de Antioquía, la cual, apenas fundada, piensa ya ahora en planes de conquista universal y ofrenda para ello sus mejores fuerzas, las lumbreras del grupo de sus predicadores. Sin duda pudieron haberse divulgado estas voces: ¿Por qué enviar precisamente los mejores de nosotros a la misión? Mas el Espíritu Santo no es amador de tales prudentes cálculos de conveniencia. La iglesia de Antioquía se sujetó a su decisión: «Les impusieron las manos y los dejaron partir».

Si nosotros hubiésemos sido testigos de aquella solemnidad de la calle de Singón, quizá hubiéramos observado a un joven de unos quince años, que seguía con ojos brillantes la sagrada función, y sin duda ya entonces concibió aquella ardiente veneración por Pablo que admiramos en sus escritos. Más tarde estuvo sentado a los pies del apóstol Juan, y treinta años después de esta escena fue

consagrado obispo de Antioquía, y después de otros treinta años, en tiempo del emperador Trajano, fue arrojado a los leones en el anfiteatro romano, pasando a ser mártir. Es el célebre obispo *Ignacio de Antioquía* († 107 d. de J. C.). Uno de los cuadros más conmovedores de la historia de la Iglesia es aquel en que el anciano obispo, en su viaje a Roma para ser martirizado (¡también él era ciudadano romano, como Pablo!), en Esmirna, donde la nave estuvo anclada largo tiempo, llamó al obispo de allí, Policarpo, último discípulo del apóstol Juan, así como a los obispos de Éfeso y Magnesia con sus presbíteros para darles su bendición de despedida. Desde allí escribió sus célebres siete cartas a las comunidades del Asia Menor y a los romanos. Estas cartas están imbuidas del espíritu de Pablo hasta en sus últimas expresiones. Pablo se llama a sí mismo «prisionero de Cristo», Ignacio da el nombre de «perlas» a sus cadenas. Lo que llama la atención en estas cartas es el fuerte énfasis que se da al principio de autoridad, del episcopado monárquico. Antioquía fue muy pronto uno de los más fuertes puntales de la organización de la Iglesia. Cuando Ignacio escribe: «Junto a la espada, junto a Dios», parece que uno está oyendo a Pablo (Carta a los de Esmirna).

Y ahora comienza la gran historia de los viajes paulinos de misión, su «expedición de Alejandro al revés» (H. Weinel); desde oriente hasta las Columnas de Hércules, «hasta los más apartados confines del occidente» como dice Clemente de Roma. Con esto se abre una nueva hoja en la historia de las misiones cristianas. Hasta entonces la Iglesia se había propagado solamente a lo largo de las costas y corrientes de los ríos. Ahora comenzó a penetrar en los corazones de los países. Bernabé, por lo pronto, era el superior de la misión. Podría de nuevo haber sido una hermosa mañana de primavera —hacia este tiempo comenzaba en la antigüedad la navegación—, cuando Bernabé y Pablo, acompañados de presbíteros y pueblo, por la calle de las columnas pasando sobre el puente del Orontes y por en medio de los jardines, bajaron al puerto de Seleucia. Aquí, donde hoy pasan ignorantes turcomanos sin tener la menor idea de lo ocurrido en este lugar, se ven todavía en días claros, debajo del nivel del mar, dos rompeolas que se extienden hacia el mar: el uno se llama de San Pablo y el otro de San Bernabé. El pequeño grupo se arrodilló en el muelle para elevar al cielo una última oración: «¡Cuán agradables son los pasos de los que traen la buena nueva!» (Is 52, 7; Rom 10, 15). Escena como ésta no la habían visto nunca los pasajeros y marineros gentiles. Un último abrazo, y la nave se deslizó por las azuladas ondas, llevadas por refrigerantes vientos.

¡Cuán gozosamente latía su corazón apostólico! Pablo y Ber-

nabé eran íntimos amigos, lo suficiente jóvenes para sentir también el natural atractivo de una aventura desconocida. ¡Y tenían la certeza de una misión divina! A esto se añadía todavía para Bernabé una circunstancia muy agradable: su sobrino, el joven *Juan Marcos*, iba también con ellos como misionero auxiliar. Varias atrevidas expediciones han salido de aquel puerto, así antes como después: poderosos reyes, generales y grandes ejércitos de cruzados. La historia las ha olvidado y borrado su huella. Pero ha permanecido la obra para la cual salieron entonces los tres pobres misioneros, a fin de ganar el mundo para Cristo. Las expediciones misionales de Pablo han sido llamadas la Odisea cristiana. Desde los tiempos de Homero no salió ningún barco a tan atrevida travesía, propia de los vikingos. El barco chipriota merecía que su nombre fuese eternizado no menos que el barco de Colón, pues en importancia mundial esta travesía no queda por debajo de la del valiente genovés.

Bernabé propuso, como próximo término de viaje, su isla natal de *Chipre*. Si hubiese dependido de Saulo, el viaje hubiera quizá tomado otra dirección. Chipre no estaba situada en el punto de cruzamiento de importantes vías comerciales. El tarsense veía claramente que «la semilla del Evangelio había de esparcirse en los grandes centros del tráfico internacional»⁵⁶. Pero se acomodó considerando que también Marcos se habría opuesto vivamente.

La costa oriental de Chipre se eleva sobre el mar, blanca y reluciente, como la costa gredosa de Dover, en Inglaterra. Hoy los vapores atracan en Larnaca. Los apóstoles desembarcaron en *Salamina*, algunos kilómetros al norte de Famagusta, patria de Bernabé, donde los parientes y conocidos saludaron a su antiguo amigo y por causa suya acogieron cordialmente también a Pablo, el cual con su persecución contra los cristianos había sido ocasión de que los fugitivos de Jerusalén hubiesen llevado allá el Evangelio (Act 11, 19). Sólo pocas ruinas recuerdan hoy la ciudad en otro tiempo brillante, en la cual, desde los días de los Macabeos (1 Mac 15, 23), la población griega estuvo mezclada con gran número de fenicios y con colonias judías. Esto se confirma también por las noticias de grandes matanzas de judíos en tiempo del emperador Trajano⁶³. Pasaron varias semanas hasta que nuestros misioneros hubiesen hablado en las numerosas sinagogas de la ciudad. Parece que los judíos de la diáspora eran aquí muy tolerantes. No sabemos que hubiese ningún choque. Como Bernabé tenía la dirección, debió de evitar todo choque en el grupo de sus paisanos. Todo sermón cristiano entre los judíos había de estar afianzado en la historia; el Mesías había de describirse como el cumplidor de las esperanzas judías, de la mejor tradición profética. La resurrección

no tenía ninguna dificultad especial para los fariseos. La principal dificultad comenzaba sólo en la posición respecto de la ley mosaica.

La semilla estaba esparcida, la gente tenía algo para pensar. A la vuelta se pondría la mies a cubierto. Ahora subieron al país alto montañoso, a lo largo del río Pedeo, al que Chipre debe sus ricas cosechas. Allí había ya Herodes el Grande establecido muchos judíos a causa de las minas de cobre que había tomado en arriendo a Augusto. Desde el extremo oriental de la isla hasta el occidental, Chipre mide 150 kilómetros en línea recta. Si Pablo y sus compañeros visitaron todas las quince ciudades más importantes y en cada ciudad predicaron sólo una vez, el viaje a través de la isla duró por lo menos cuatro meses. «Como ondulantes bosques relucían los huertos de frutales, en los cuales todavía hoy crecen en inagotable abundancia naranjas y limones, higos y moras, melocotones y albaricoques... Aun en nuestros días, en que... no han sido remediadas aún las devastaciones turcas y más de la mitad de la isla, tan feliz en otro tiempo, está convertida en un desierto, se puede ver cuán fértil tuvo que haber sido un día la isla. Uno de los más hermosos árboles de Chipre es el ciprés, que con su nombre ha llevado a todo el mundo la noticia de su patria»⁵⁰.

En todas partes se formaban pequeñas agrupaciones cristianas. La levadura estuvo produciendo su efecto, y comenzó a fermentar. En posteriores viajes de misión, Bernabé terminará la obra. Los misioneros siguieron la antigua carretera romana que conducía a Pafos. Finalmente la montaña tenía una bajada gradual a la costa. Desde arriba vieron junto al mar la antigua y la nueva Pafos. Allá arriba en la altura de Amato, el actual Limasol, se hallaba el famoso santuario de Afrodita, que, según la mitología, aquí había aparecido por primera vez entre los hombres y era celebrada como Venus Amatusia, como la reina universal de la antigüedad. No era aquí la diosa de la belleza y de la gracia de los griegos, sino la voluptuosa diosa Astarté de los fenicios, hijos de Cam, con sus misterios nefandos, su hechizo de fecundidad y su brutal glorificación de los más bajos instintos, y cuyo culto en determinados días atraía no solamente a los habitantes de la isla, sino también a embajadas de pueblos extranjeros. Desgraciadas muchachas ejercían allí la triste profesión de prostitutas sagradas, como sacerdotisas de la diosa. Era la horrible corrupción y abominación del culto sirofenicio a Baal y Astarté, que había conquistado ya a Grecia y desde Cartago habría envenenado con su aliento pestilencial a todo el Occidente, si Roma no hubiese cumplido con el destino que le había señalado la providencia por medio de su férreo «*Carthagem esse delendam*».

En la *Nueva Pafos* residía el gobernador romano. Éste era a la sazón *Sergio Paulo*, un noble romano, según refiere Plinio, hombre muy culto e importante, una autoridad en cuestiones de ciencias naturales, miembro de la Comisión imperial de la regulación del Tíber, entendido en cuestiones filosóficas y religiosas, sincero buscador de la verdad, no de la duda indolente de Pilato. Lucas le llama un hombre perspicaz, porque buscaba manifiestamente un acceso a lo sobrenatural. Su cargo de gobernador está atestiguado por una inscripción de Soloi en la costa septentrional de Chipre. Las ocupaciones del gobierno de la pequeña isla le dejaban mucho tiempo para trabajos intelectuales. Como todo procónsul, tenía a su alrededor una corte de jóvenes, hijos de patricios romanos, que querían formarse en la administración provincial para su carrera posterior.

En la monotonía de la vida de provincia parece haberse rodeado también Sergio de una especie de corte de las musas con hombres doctos, poetas y teólogos, el más importante de los cuales era un docto judío por nombre Barjesús. Era uno de aquellos magos judíos que, a manera de los filósofos ambulantes, iban de una parte a otra ostentando comúnmente su presumido saber mágico. Mas no debemos representárnosle como un hechicero o curandero — semejante hombre no hubiera podido introducirse en la confianza del gobernador —, sino un culto teósofo, que estaba familiarizado con todas las doctrinas esotéricas de Egipto, Babilonia y Persia. La magia judía gozaba entonces de gran reputación, y su sabiduría se derivaba de los hierofantes de Egipto, más aún, directamente de Moisés [n. 21]. No por eso tendremos en poco la cultura de Sergio, si recordamos que el mismo san Agustín por espacio de nueve años profesó la doctrina oculta maniquea, y que la teosofía y otras «doctrinas filosóficas» hallan partidarios en nuestro siglo ilustrado. Era el tiempo en que los filósofos se convertían en sofistas y los sofistas en magos. Un hálito de ocultismo oriental era entonces muy apreciado en las casas de la aristocracia. El paganismo se había extinguido en tres etapas: La mitología (la fe cándida del pueblo) fue aplastada y triturada por la ilustración. La filosofía degeneró en sofistería. Entonces entró en turno la magia. Entre los intelectuales estoicos, se replegó el pensamiento, volviendo a su primitiva idea: que el mundo, en definitiva, tenía un origen y un fin, y por tanto, debía de haber un autor y una unidad moral. Un gran conocedor de los tiempos de Pablo, el inglés Ramsay³⁸, escribe: Este sabio, en la corte de Sergio, personifica el influjo más fuerte de las potencias ocultas sobre la voluntad humana y es uno de los representantes de aquella opinión universal mágica que el cristianismo venía a destruir. Precisamente Pablo al final de su vida sostuvo una

dura lucha contra este engendro de la mística oriental, en la Carta a los Colosenses y en las cartas pastorales.

La predicación de los dos misioneros se había hecho tema de conversación diaria. El gobernador los invitó a venir al palacio de gobierno para una conversación sobre religión. Ésta era la primera entrada del Evangelio en la sociedad aristocrática romana. Ya se deja entender que en esta ocasión Bernabé y Saulo cambiaron los papeles. No el ciudadano chipriota, sino el romano ocupó aquí el lugar preferente. Conocemos el *método de misión* de Pablo entre *los gentiles* por su manera de predicar en Listra, Tesalónica (1 Thess 1, 9) y Atenas. Ante un auditorio gentil principiaba por el conocimiento natural de Dios, del monoteísmo, del Dios inmanente «en quien nos movemos, vivimos y somos», del *Dios en nosotros*, para pasar de ahí al *Dios sobre nosotros*, al Dios Creador que está sobre el mundo, y de ahí derivar las relaciones de Dios con nosotros hombres y la consecuencia práctica de la veneración de Dios. Hasta ahora había hablado Pablo con serenidad filosófica. Luego, al pasar a tratar de la *embajada de Cristo*, se enardeció, y echó llamas de fuego cuando habló de la resurrección de Jesús y de su experiencia de Damasco, Señor que es el único «Kyrios», en quien está encerrada toda la salvación del mundo. La personalidad del Apóstol, espiritualizada, inflamada enteramente por sus ideas, hubo de hacer una profunda impresión en el gobernador. Como hombre prudente, como jurista romano, quiso oír también a la parte contraria y dio al mago licencia para hablar. En seguida comenzó un combate singular entre el reino de la luz y el de las tinieblas, como apenas nos lo podemos representar más dramático. También el mago, como judío, estaba versado en la Escritura. Pero, ¿para qué había Pablo luchado en otro tiempo con Esteban, a qué fin había enderezado su investigación y meditación de largos años? Pablo vio la impresión que su discurso hizo en el romano. El romano hubo de ver que la religión de Jesús no era un descolorido sistema de ideas, sino una fuerza de Dios, superior a toda magia. La lastimosa conducta del mago, que vaciló bajo la penetrante mirada de Pablo y abandonó cegado la reunión, abrió los ojos enteramente al gobernador sobre la inconsistencia de la magia, que en el fondo no es otra cosa sino embaucamiento y aberración. La conversión del gobernador romano Sergio Paulo fue el primer triunfo del cristianismo en las clases elevadas de la sociedad romana.

Por segunda vez desde la caída de Simón el Mago había ahora chocado el cristianismo con la magia del Oriente y había alcanzado la victoria. El desenmascaramiento del mago debió de producir enorme impresión en el ánimo del gobernador. Un hombre de la antigüedad romana como Sergio Paulo pudo así ser convencido de

la mejor manera de la verdad del cristianismo. Sin duda nunca hubiera éste conquistado el mundo antiguo civilizado, si no hubiera demostrado su superioridad sobre los cultos y misterios mágicos. Este mundo estaba muy influido por la magia. Por eso la nueva religión, para ganarse los corazones de los hombres, tenía que ir por otro camino que hoy. Para el mundo de entonces sólo era tenido por divino y verdadero lo que estaba garantizado por maravillosas apariciones. También por esta razón lo maravilloso está indisolublemente entrelazado con las narraciones del Nuevo Testamento.

En este episodio vemos salir súbitamente del alma del Apóstol un rayo de aquel fuego semítico devorador que a nosotros los occidentales casi nos espanta en los profetas del Antiguo Testamento, como Elías³⁸. Pablo en lo más íntimo de su ser es una naturaleza profética a la manera de Elías; sólo que el influjo de la gracia domó ahora y mejoró lo natural que en el tiempo precristiano inclinaba al demonismo. Este día fue también un triunfo personal para él. Desde luego, ya no es Bernabé, sino él, el personaje principal. Esto se muestra en el hecho de que su nombre en adelante se coloca antes del de su amigo. Bernabé pierde importancia cada vez más, para desaparecer más tarde enteramente. Según la tradición, en lo sucesivo llevó felizmente a término la misión de Chipre.

A partir de este momento, Lucas llama al Apóstol sólo con su nombre civil de *Paulo*. Éste mismo se habrá dado a conocer así al gobernador, cuando éste le pregunta su nombre y alcurnia. Cambió su nombre sagrado, que indicaba demasiado en el mundo griego la conexión de sangre con el pueblo de Israel, por su nombre romano, en el cual vibraba un nuevo tono: toda la amplitud del Imperio romano y su vocación de apóstol de las gentes. Con dicho nombre apela al mundo grecorromano como miembro suyo, libre por nacimiento. ¡No quiere ser en él ningún extranjero ni el heraldo de una religión extranjera, oriental! El momento está bien elegido psicológicamente. Era el momento en que se ponía frente a la magia oriental, para demostrar que el Evangelio nada tiene que ver con las religiones mágicas del Oriente. El mago no pudo olvidar su derrota. Hay una tradición (MIGNE, PG 86, 189), según la cual Bernabé fue muerto por los judíos y a instigaciones del mago. Marcos enterró su cadáver en un sepulcro romano, cerca de Salamina. En tiempos del emperador Zenón (489) se descubrió el sagrado cuerpo, con el Evangelio de San Mateo, que Marcos había depositado sobre su pecho⁷⁴. ¿Fue bautizado Sergio entonces, como se ha venido admitiendo tácitamente? Los Hechos de los Apóstoles no hablan de ello. Tal vez la venganza que era de temer de aquel influyente mago y de su partido apremiara la pronta partida. Más probable es que

estuviese adelantada la estación y que ellos, antes que se suspendiese la navegación, quisiesen atravesar el Tauro antes de la venida del tiempo frío. Pablo nunca volvió a visitar Chipre. La consideró como fundación y campo de trabajo de Bernabé, y no quiso edificar «en terreno ajeno».

14. En el país de los gálatas

Act 13, 13. Cf. 2 Cor 6, 4-10; 11, 23-28; 2 Tim 3, 11.

Pablo, cuya autoridad había subido notablemente por la conversión del gobernador Sergio, ejecutó ahora su plan, ciertamente ya hacía mucho tiempo concebido, de ir al Asia Menor. De mejor gana hubiese ido al punto a Éfeso, pues prefería las ciudades costeras y los grandes centros comerciales. Pero no había ninguna comunicación regular por mar con dicha ciudad, sino solamente con la costa del sur, y a la verdad con la ciudad marítima de Atalia. Esto pudo haber determinado también la dirección del ulterior viaje del apóstol. Pablo no tenía ningún plan de viaje dispuesto de antemano, sino que muchas veces se dejaba guiar por las dificultades del camino, y en ello reconocía un aviso de Dios. Nadie emprendía entonces el camino, sumamente peligroso y largo, al través de Panfilia, inficionada de malaria, pasando por el Tauro, sin motivo apremiante, y éste era para los comerciantes el deseo de ganancia, para los soldados el deber, y para los misioneros el llamamiento de Dios. La palabra «difícil» o «peligroso» no existía para Pablo. Además, como natural de Tarso, tenía desde su juventud cierta simpatía, una relación mental con aquellos pueblos toscos y desconocidos de la otra parte de los montes. Allí vivían numerosos judíos, que habían seguido a los colonizadores romanos, como las cornejas al labrador. Chipre mantenía vivo comercio con el Asia Menor, y así las jóvenes comunidades cristianas de Chipre habían rogado a los apóstoles que llevasen también el Evangelio a sus hermanos de la otra parte del mar. Concurrió en Pablo también inconscientemente cierto gusto de aventuras del tiempo de su niñez. Como sucede frecuentemente que un investigador en la madurez de su edad viril dirige sus pasos hacia países en los cuales ha soñado cuando niño. Pensemos en Schliemann y en sus excavaciones de Troya. En todo grande hombre aparece también el niño, que en sus fantasías ya anticipa el futuro.

Fue al final del otoño del año 45, cuando nuestros tres amigos pasaron de la Nueva Pafos al Asia Menor. Se comprende que Pablo no comenzase en Cilicia. Ningún profeta es tenido en algo en su patria. En la travesía vieron ante sí la escarpada cordillera del Tau-

ro como una pared de hielo amenazadora. Se había puesto como un enorme tocado de nubes y con esto parecía aún más repulsivo. Pablo era un buen compañero e ingenioso narrador. Un hombre que recomendaba a sus fieles que procurasen que no faltase «la sal» en la conversación, cuidó sin duda él mismo de hacer abundante provisión de ella. «Mira, Marcos — exclamaría —, allí al pie de los blancos montes nevados está mi patria, Tarso, y detrás de la blanca muralla está Antioquía de Pisidia. De allí los labradores y comerciantes traían frecuentemente a mi padre el pelo de cabra, con la que negociaban. Es gente bondadosa, no tan áspera como parece. Y allí está la llanura de Panfilia. Allí hay insalubridad, allí mueren las gentes como moscas. Dicen que un ángel de Satanás consume sus miembros y hace que parezcan verdes y amarillos⁵⁶. Y casi lo creo. También entre nosotros, en Cilicia, está en su casa este ángel de Satanás. De los pantanos sube al anochecer con vestidos ondulantes de niebla. Cuando yo era muchacho, me tocó una vez con la mano. Tiene manos como de fuego, de modo que a uno le hierva la sangre y los ojos se encienden. Atravesaremos a toda prisa este país. El Señor nos defenderá de este ángel exterminador y del demonio del mediodía.» Marcos no tiene hoy buen día. Parece muy abatido. Cree que el ángel exterminador de que habló Pablo le tiene ya asido. No habla palabra. Parece que está también algo de mal humor porque su primo Bernabé ha cedido la dirección a este terrible Pablo, el cual, «lleno de temeraria osadía, por nada se arredra», y por este muro de nieve quiere penetrar en la región de aquellos bárbaros. Además, había ya oído narrar tantas cosas de los ladrones de Isauria, que roban a los viajeros solitarios cuanto tienen y hacen desaparecer sus cadáveres en los barrancos. Marcos no puede todavía comprender el elevado espíritu del maestro. Pero vendrá tiempo en que lo entenderá (Col 4, 10).

El Asia Menor, a cuya costa sur llevaba el curso nuestra nave, era entonces un mosaico de antiguos principados, tribus, provincias, dialectos, usos supersticiosos y raros cultos indígenas. Aunque el helenismo había ya penetrado ampliamente, con todo cada ciudad seguía teniendo su propio dios, sin que el nombre griego o latino que se le impusiera pudiese desmentir su origen asiático. Pululaban lugares santos, misterios y cultos extraños. Panfilia era provincia imperial de carácter militar, gobernada por un pretor o general con mando. En cada provincia se había organizado un cuerpo de sacerdotes de Augusto con una especie de constitución metropolitana. Los templos del emperador y de la divina Roma eran dotados de ricas fundaciones.

Un especial rasgo característico de la población del Asia Menor era su *indole religiosa*, con grande apego a la superstición y a los

cultos secretos en formas muy primitivas. Aquí ejercía por aquel tiempo sus artes engañosas cierto Apolonio de Tiana como taumaturgo pagano, y no mucho tiempo después Peregrino Proteo y Alejandro de Abonticos, como falsos profetas y con su seductor influjo, atraían a la población, desmesuradamente crédula.

Nuestros viajeros apostólicos desembarcaron en la bahía de Atalia (hoy Adalia), junto a la desembocadura del Caistro. La ciudad, protegida contra los piratas por una corona de baluartes, miraba orgullosa hacia abajo desde sus zócalos roqueños, y tomaba el sol en el oro de sus bosques de naranjos y limoneros. De aquí prosiguieron en una lancha río arriba hacia *Perge*, situada algunas horas al norte. Aquí comenzaba la estrecha carretera por las gargantas del Tauro. Mientras al pie de las montañas orlaban el camino silvestres cactus y punzantes opuncias de la altura de una casa, más arriba las pendientes estaban cubiertas de pinos y gigantescas matas de retama, y a una altura aún superior se mecían al viento majestuosos cedros. Cada vez más escabrosos eran los caminos y cada vez más fresco soplaban el viento de los montes. Bernabé se dejó arrastrar del celo de su amigo Pablo, pero Marcos hizo vehementemente oposición. ¿Qué iban a hacer allá arriba, en la sierra? No hay ninguna sinagoga, ningún barrio judío que ofrezca protección, las sendas son casi intransitables y están trazadas junto a los precipicios, los puentes y pasaderas han sido arrebatados por las aguas o por la violencia humana, y hay salteadores que acechan. No se había figurado la cosa de esta manera. Él, hijo de una gran ciudad, que nunca había estado en lucha con la naturaleza bravia, se desanimó. No podía ni quería ir más adelante. El arrojado ímpetu de una naturaleza de adalid como la de Pablo era demasiado fuerte para él. No se sintió capaz de arrostrar las dificultades y peligros, que quizás en la posada de *Perge* le había ponderado el hospedero, y manifestó a su primo la resolución de volver en el próximo navío a Cesarea. Bernabé no pudo aprobar esta resolución. Vióse obligado a elegir entre abandonar a Pablo y la misión o separarse de Marcos. Con el corazón apesadumbrado se resolvió por lo último. El deber apostólico lo exigía.

La deserción del joven Marcos lastimó hondamente a Pablo. Todavía después de años sentía el dolor. Tuvo a Marcos por pusilánime y pensó en aquella sentencia: «El que pone la mano en el arado y mira hacia atrás, no es apto para el trabajo del reino de Dios» (Lc 9, 62). Pero detrás de la resolución de volverse se ocultaba en Marcos, sin duda, otra causa más profunda, que no quiso expresar y que tampoco expresa Lucas. Para esto tiene demasiada discreción; prefiere dejarnos conjeturar. Si hubiera sido sólo falta de ánimo y de capacidad física para sostener fatigas, Lucas apenas

hubiese mencionado el suceso. Es él un escritor que lo pesa muy bien todo, y lo que dice o calla tiene frecuentemente cierta notable razón de ser³². Marcos se había criado en Jerusalén en medio de los antiguos apóstoles, en la tradición judía, la cual sensiblemente unía aún con mucha fuerza a la joven Iglesia con la sinagoga. Pero el impetuoso Pablo estaba resuelto a separar a la Iglesia de la sinagoga. Marcos era el más fiel discípulo de Pedro, su intérprete griego, y quería seguir siéndolo. Pedro le llama su «hijo Marcos» (1 Petr 5, 13). Así dibújase ya aquí en la vida de Pablo el grande problema cuya solución le había sido encargada, y que en todas partes arrojaba su obscura sombra en su camino, y al que más tarde, como veremos, había de sacrificar los más tiernos sentimientos de la amistad. El llamamiento a una grande obra por parte de la divina providencia significa a la verdad una altísima dicha y una altísima bendición, porque es una altísima prueba de confianza de parte de Dios, pero para el hombre que ha de realizarla significa también una grave carga y una enorme suma de penas. Ésta es la suerte de los santos y elegidos de Dios. La amistad de Dios es al mismo tiempo una «carga de Dios». La palabra de Dios es «más penetrante que la espada de dos filos, que divide entre sí el alma y el espíritu, las junturas y los tuétanos» (Hebr 4, 12). La grandeza apostólica de Pablo consiste, no en mínima parte, en que hiciese estos sacrificios interiores, en los cuales muchas veces su corazón sangraba. En la vida de los santos hay sin duda pesadumbres temporáneas, pero no llevan la ventaja, sino que van detrás de los grandes intereses del reino de Dios. Así Marcos venció más tarde este acceso de flaqueza juvenil y fue valioso colaborador del apóstol Pablo en tiempo de su prisión en Roma⁵⁰.

Ahora los dos amigos hubieron de continuar a solas su camino. Un grandioso paisaje de carácter alpino se abrió ante ellos. Un país que todavía hoy nos es desconocido y extraño. Estamos en la feliz situación de poder contar en la descripción de estos caminos con las relaciones de eminentes viajeros, tales como W. M. Ramsay, A. Deissmann, D. L. Schneller y últimamente H. V. Morton, que con su ardor de investigación han seguido fielmente a Pablo en estos viajes. Que eran muy incómodos para nuestros apóstoles, se verá claramente si se piensa en el estado primitivo de las comunidades de entonces y en las diferencias de clima. El cambio de temperatura es allí en las diversas alturas muy repentino. «Hoy pasa el viajero todavía junto a florecientes melocotoneros, mañana está en lucha con la violenta tormenta de nieve en la altura de un desfiladero frío. Al paso que Tarso y la Antioquía siria apenas están a 80 metros sobre el mar, la Antioquía de Pisidia tiene una altura de 1.200 metros, Iconio de 1.027 metros, Listra de 1.230 metros. A esto se

añade la defectuosa provisión de víveres: pan duro mojado en agua, un puñado de aceitunas, y lo que fuera de eso ofrecía la naturaleza, era el sustento de los dos misioneros»⁹ [n. 22].

Cuanto más subían el monte, tanto más bravío y solitario era el paraje. «Frecuentemente subían por un valle de rocas, donde el Caistro había cavado su lecho entre dos montañas roqueñas. Altas y empinadas pendientes, en cuya parte más elevada se dibujaba un pino sobre el fondo del cielo azul, sombreaban por un lado la escabrosa carretera, y por el otro bramaba en lo profundo el Caistro, saltando frecuentemente en cascadas espumeantes sobre rocas y precipicios. En tales desfiladeros encontraban por cierto algunas veces una banda de salteadores isaurios, de ojos negros y espesas barbas, como Pablo los había visto años antes en Arabia correr a pie o a caballo con largas lanzas por el desierto. Algunas saetas pasaban vibrando muy cerca de los viajeros, hasta que aquéllos descubrían que no eran ricos comerciantes, a quienes se pudiera quitar dinero. A veces llegaban a un lugar donde se había de pasar el río sin puente. Tenían que atravesarlo nadando, como los habitantes actuales, y en el mejor caso vadearlo con el agua hasta la cintura, llevando detrás de sí los vestidos y sus pocos haberes sobre un tronco, y hundiéndose profundamente el bastón en el lecho del río contra la rápida corriente»⁵⁰.

Tres días caminaron cuesta arriba, bordeando la corriente del Caistro. Finalmente habían llegado a la altura del desfiladero y tenían que bajar por el norte a la meseta de Pisidia, ora por en medio de bosques de pinos, ora por praderas alpestres con ovejas, cabras y peligrosas manadas de búfalos. «Han de apresurarse, para llegar antes de anochecer a un pobre y sucio albergue para camelleros. Pues la noche aquí no es amiga de ningún hombre. Los perros feroces y los inhospitalarios pastores impiden furiosos el paso, y los demonios de la fiebre amenazan a los acalorados y cansados viajeros, torturados por el aire frío de la noche»⁹. Sirve de posada el duro suelo o el abrigo de una peña colgante.

¡Cómo se habrán unido más íntimamente entre sí los dos amigos en este largo viaje!⁵⁰ Pues nada une tanto los corazones como viajar dos juntos por varios días en el elevado mundo alpestre de Dios, como los gozos experimentados en común y los peligros arros-trados en común. ¡Cuán frecuentemente, a la vista de las rocas quebradas, al oír el bramido del agua y el rumor del oquedal debieron de estremecerse ante la sensible proximidad de Dios, recordando la grandiosa manifestación de Dios en el Sinaí, y debieron de prorrum-pir en alabanzas a la «Roca», que es Yahveh, como cantan magníficamente los salmos de David: La «Roca» para los piadosos israelitas era un nombre divino, imagen de la omnipotencia de Dios.

Pablo en su Carta a los Corintios (10, 4) evoca el recuerdo de la roca de Dios juntamente con su pueblo peregrinando por el desierto y proveyendo de agua a los sedientos israelitas. En la roca ve una imagen de Cristo: «Bebieron de la roca espiritual que les iba acompañando; pero esta roca era Cristo». ¿Es que para Pablo esta imagen de la roca divina que da agua, que refresca nuestra vida de peregrinos por su gracia, no ha tomado aquí una forma concreta, cuando cansados y sedientos se han refrescado en el chorro de agua que brota de la roca? Los varones piadosos de los antiguos tiempos no gozaban de la naturaleza por causa de sí misma, veían en la naturaleza sólo figuras y revelaciones de misterios divinos. Así estos acontecimientos habrán contribuido a profundizar e ilustrar sus conocimientos cristianos.

Una alegre exclamación de júbilo brotó de su pecho, cuando al cuarto día salieron del mundo alpestre y vieron abajo, en el extenso valle, la magnífica superficie azul de un lago alpino y en el fondo el macizo del imponente monte *Sultan-Dagh*. Era el actual *Egerdir-Göl*. «En las orillas de este lago, situado a una altura de 900 metros, nos sentimos trasladados a las atractivas riberas del lago Mayor de la Alta Italia. En cuanto alcanzaba la vista, este grande lago azul, de unos 750 kilómetros cuadrados, rodeado de un paisaje alpino, se extendía hacia el norte, y después del penoso viaje por los montes era un verdadero descanso para sus ojos. En lugar de los pocos botes planos de hoy, corrían, veloces, numerosos navíos sobre las ondas para facilitar el comercio entre sí de las florecientes ciudades de las orillas. En la otra orilla se halla, junto al lago, la actual ciudad de Egerdir, que ha dado su nombre al lago.» Si Pablo y Bernabé no prefirieron la navegación por el lago, hubieron de subir a pié por su lado este los montes resquebrajados que se levantan atrevidamente del borde de las aguas, con vistas continuas al lago, y a la vía romana, que desde Éfeso conducía por Antioquía a Tarso. En Egerdir termina hoy un ramal de ferrocarril, que parte de Éfeso, mientras que la línea principal parte de Esmirna (Ismir), y pasando al norte de Antioquía por Iconio va a Tarso, y desemboca en el ferrocarril de Bagdad, construido por Alemania.

En el día quinto de su jornada tuvieron a Egerdir detrás de sí, y en el día sexto estaba ante ellos el término de su viaje, *Antioquía de Pisidia*, al pie del imponente *Sultan-Dagh*. Allí se encontraron ante los primeros robustos arcos del acueducto romano. La región del *Pisidia* era la parte más meridional del antiguo reino del monarca de los gálatas, Amintas; entonces pertenecía a la provincia romana de *Galacia*. Para reprimir el pillaje, los emperadores Augusto y Claudio emplearon un medio muy eficaz. Fundaron en todas partes colonias de veteranos romanos. Colonia romana con derecho

italico era también Antioquía. Los colonos principales eran veteranos de la legión céltica «Alaúda», reclutada por César en otro tiempo en las Galias, la cual llevaba una alondra en la bandera. Toda la ciudad olía a curtidurías. Los judíos, atraídos por el comercio de pieles adobadas, gozaban de importantes privilegios aquí como en todas partes desde los días de César, su gran favorecedor y deudor. No en vano, cuando César sucumbió asesinado, lloraron noches enteras junto a su féretro⁷¹ [n. 13].

Antioquía era también una ciudad santa, consagrada al servicio de una divinidad indígena masculina de la luna, por nombre *Men*, o *Lunus*, como decían los romanos. Sobre la puerta de la ciudad se elevaba su imagen: en la cabeza llevaba el gorro frigio, sobre los hombros le nacían dos cuernos, la mano se apoyaba en una lanza⁷². Este *Men* probablemente no sería otro que Mitra, el antiguo dios persa de la luz, descendido de las salvajes montañas del Irán, y que era adorado en Babilonia como dios del sol. Shamash, en Siria como Baal, en Frigia y Tracia como Atis o Sabazios, entre los griegos como Helios, y aquí, en tierra de los gálatas, confundido con el antiguo dios de la luna⁷³. El culto de *Men* y *Mitra* estaba en la idea fundamental de una religión única universal de origen iranio, y a la cual los volubles gálatas, que procedían de las orillas del Rin, habían sacrificado su propio culto druídico. A los gálatas, con sus divinidades célticas matriarcales, tampoco les era extraño el culto frigio a la madre de los dioses, Cibeles. De estas conexiones religiosas e históricas, naturalmente, los dos heraldos de Cristo no tenían la menor idea cuando en otoño del año 45 les saludó el principal enemigo del cristianismo, en la figura de *Men*, desde lo alto de la puerta de la ciudad. «Como en Tarso, también aquí en la noche claramente iluminada se celebraban las orgías y salvajes cultos a la naturaleza en los cuales los paganos antioqueños dedicaban sus ovaciones al sol, a la luna y a las estrellas, y con las numerosas hieródulas o prostitutas sagradas del templo se entregaban a los más depravados excesos»⁷⁴. Pablo en su Carta a los Gálatas hace referencia a ello cuando con mirada retrospectiva dice: «Verdad es que cuando no conocíais a Dios, servíais a los que realmente no son dioses» (Gal 4, 8). Todavía hoy se encuentran cerca de la ciudad turca de Yayladagi grandes bloques de mármol, columnas acanaladas de perfecto acabado, restos de un templo de la antigua acrópolis de Antioquía⁷⁴.

Como hoy, los turcos, bajo los plátanos, a la orilla del río alpestre que atraviesa la ciudad, están tendidos en sus esteras, toman café y fuman con narguilé o pipa turca, así también entonces los buenos gálatas, los griegos y los soldados veteranos romanos estarían allí tendidos y mirarían con curiosidad a los dos recién venidos.

Pablo y Bernabé preguntaron por sus paisanos y fueron conducidos al barrio judío, donde hallaron amistosa acogida en casa de un gremial, en una familia de tejedores de tapices y tiendas de campaña.

Aquí viene bien una palabra sobre el *método exterior de misión* de Pablo. Aunque no tenía preparado de antemano un mapa de misión, con todo no se puede creer que hubiese procedido sin plan. Dos miras determinan muchas veces su camino. Pablo sigue comúnmente el surco que había hecho la emigración judía desde largo tiempo. Los judíos helenizados de la diáspora habían cubierto el Imperio romano de una red de sinagogas. Además, Pablo eligió sitios donde, al mismo tiempo, podía ejercer su oficio de tejedor. Esto requería bastante tiempo, pero con ello tuvo ocasión de conocer mejor a la gente y conservar la independencia económica, aunque defendía el principio evangélico de que el predicador de la fe tiene derecho a vivir también del Evangelio. Pero está orgulloso de poder decir que ningún gasto ocasionaba a la comunidad. Así pensaba también Bernabé. Este método imprime a la vida de misión de Pablo cierta regularidad y uniformidad: llega a una ciudad, va al barrio de los judíos, busca y halla un taller donde, conforme a la costumbre oriental, es admitido en la comunidad de familia, y comienza inmediatamente el trabajo en el telar.

El primer sábado va a la sinagoga, se presenta como doctor de la Ley y se le asigna su sitio honorífico. Después de la lección de la Sagrada Escritura se acerca a él el ayudante de la sinagoga por encargo del presidente de la misma, y le ruega que dirija un discurso religioso a la concurrencia.

A Pablo no le quedaba otro camino. Predicar en el Imperio una nueva religión que no quería asimilarse a la religión del Estado, estaba prohibido por la ley imperial de la *religio illicita*. Sólo la sinagoga tenía el derecho, autenticado por un documento del Estado, de juntar prosélitos. Por espacio de varios decenios los gentiles no pudieron distinguir el cristianismo del judaísmo. Pero ambos a dos, tanto los cristianos como los judíos, tuvieron que padecer algunas veces con esta equivocación (Act 18, 2; 19, 33).

Nada, por tanto, faltaba para recoger para Cristo la mies que ya blanqueaba en los campos (Ioh 4, 35): el Imperio romano con su tráfico internacional, el grecismo con su lengua y cultura universal y su ansia de redención, el judaísmo con su fe en un solo Dios y su ley moral, y la multitud de prosélitos atraídos por ellas, fueron, sin quererlo, un educador que guiaba hacia Cristo y un pórtico del cristianismo.

Así empezó la gran expedición de Pablo y Bernabé por el Asia Menor, no superada por la expedición de los Diez Mil al mar Negro, en audacia, peligro, penalidades y fatigas. Lo que habría hecho re-

saltar Jenofonte, modestamente lo calla Lucas. Parece que Pablo ni siquiera habló mucho de ello a su amigo. Si sus enemigos no le hubiesen forzado a hablar, seguramente nosotros no sabríamos nada de todo esto (2 Cor 6, 5; 11, 26).

15. En Antioquía de Pisidia

Act 13, 14. Cf. 2 Cor 6, 4-10; 11, 23-25; 2 Tim 3, 11; Gal 4, 13-14.

En el barrio de los judíos de Antioquía es día de fiesta. Todos los bazares están cerrados. Con vestido de fiesta, multitud de judíos y también muchos gentiles «temerosos de Dios» van a la sinagoga. Ésta se halla situada a la orilla del Antio, a fin de poder proveerse fácilmente de agua para las purificaciones. Sobre la puerta hay colocados dos ramos de olivo y esta inscripción: «Templo de los hebreos». En el piso bajo hay sitios destinados para las abluciones. El que ha tocado carne prohibida o un cadáver o un sepulcro, debe antes lavarse. Una ancha escalera de piedra conduce al lugar de la oración. Una cortina verde cubre el altar, sobre el cual están los rollos de la Biblia. Delante de él está el candelabro de siete brazos. Cuelgan lámparas de los techos. En medio, sobre una rampa, está el atril. Las mujeres están sentadas al lado, detrás de enrejados de madera. El rumor de la llegada de dos escribas se había ya difundido. Pablo y Bernabé llevan el sobretodo (= talith) listado con rayas blancas y pardas, para diferenciarse de los prosélitos. Los ojos de todos están dirigidos hacia ellos. Pablo se presenta como escriba, y Bernabé como levita. Renuncian a ocupar los sitios honoríficos al lado de los rabinos, acordándose de aquella sentencia: «¡Guardaos de los escribas! Hacen gala de andar con vestiduras largas y quieren ocupar los primeros asientos en las sinagogas» (Mt 23, 2-12; Mc 12, 38-40; Lc 11, 43; 20, 46). Después de la oración, el ayudante toma uno de los rollos, quita la envoltura guarnecida de bordados de varios colores y lo desenvuelve hasta el pasaje donde se había terminado el último sábado. Después de la lectura, el presidente envía el ministro a Pablo con la invitación de que dé comienzo a su discurso. Pablo se adelanta y extiende el brazo. Éste era el ademán usual del antiguo orador para enseñar.

Los sermones de misión del Apóstol tenían una forma armónica, un marco determinado, que se llenaba según la necesidad del momento. Pablo se había dispuesto un doble esquema del *sermón de misión*: uno para los judíos y otro para los gentiles. San Lucas, en los Hechos de los Apóstoles 13, 15 ss, nos ha conservado en breves rasgos el esbozo de un sermón de misión para el público de

Se repartieron mis vestiduras
Y echaron suertes sobre mi túnica...

la sinagoga ^{35 a}. Consta de tres partes, que están divididas entre sí por el apóstrofe «¡Varones, hermanos!», que se repite tres veces. Los judíos eran un linaje orgulloso de sus antepasados, con los más antiguos recuerdos que ha tenido alguna vez un pueblo. Estaban convencidos de que tenían que decir algo al mundo. Y esto eran tres cosas: su fe espiritualizada en un solo Dios, su elevada ley moral y su esperanza de un Redentor. Así estaban en medio de un mundo de politeísmo y perversidad como «único pueblo moderado en medio de hombres ebrios que se tambaleaban» (Lotze). Toda su historia era únicamente un recuerdo de las «*magnalia, mirabilia, terribilia Dei*: de las grandezas, prodigios y hechos poderosos de Dios» (Ps 105). Al hablar a semejante pueblo había que referirse siempre a su historia. Comenzó por tanto Pablo dando una ojeada a la manera como Dios condujo a Israel en la antigua Alianza, cuyo oculto contenido era el Mesías. Ya a las primeras frases la gente se dijo, llena de gozo: «¡Escuchad! ¡Un sermón mesiánico!» Paso a paso les fue desarrollando las *promesas* que abarcaban el mundo, las cuales estaban orientadas hacia Cristo. Cuando hubo llegado a David, dio insensiblemente al hilo de su discurso un sesgo hacia Jesús, sin abandonar el terreno profético, diciendo que había de venir del linaje de David. Pasó en silencio el falso desenvolvimiento del judaísmo desde la cautividad de Babilonia. Luego recordó a sus oyentes aquel gran movimiento popular que quince años antes había hecho vibrar a toda Palestina: el movimiento del bautismo en el Jordán, la figura profética de Juan el Bautista. Hasta el Asia Menor habían llegado las ondas de este movimiento.

En la segunda parte, con poderosas proposiciones va a su intento: ¡Ni Abraham ni su descendencia eran el sentido de la historia, sino el *reino de Dios*! Dios ha enviado realmente a Aquel a quien van a parar todas las promesas, como ríos al amplio océano, del decreto amoroso que abarca a todos los pueblos: ¡*Jesús*! Ahora está dicha la gran palabra divisoria entre los pueblos y los tiempos. Y ahora muestra Pablo de la manera compendiosa que le es propia cómo la profecía de la muerte expiatoria del Mesías se ha cumplido en Jesús por la ceguera de los padres de Israel. Sabemos que por aquel entonces los judíos leían cada sábado en la sinagoga y se sabían de memoria el clásico salmo 21, reconocido como mesiánico, escrito mil años antes por David, el inspirado antepasado de Jesús, en una grandiosa visión de los padecimientos del Mesías:

Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?

Mas yo soy un gusano y no un hombre.

¡El escarnio de la gente y la burla del pueblo!...

¿No suena de una manera penetrante en este salmo el grito del Gólgota, como una voz humana? El judaísmo oficial, en sus sueños nacionalistas de grandeza, refería este salmo a las opresiones políticas del pueblo, innominado, deshecho y sujeto a servilismo; a los «dolores mesiánicos», de los cuales debía liberarlos el gran caudillo nacional. Pero Pablo muestra a sus oyentes cómo los habitantes de Jerusalén y sus jefes, en su trágico desconocimiento del Mesías, entregan a éste como un sedicioso al pagano Pilato, el cual sin saberlo, con sangrienta ironía, expresa esta ceguera en la inscripción de la cruz y como consecuencia de este embrollo de culpa y error se cumple el designio divino de la redención. También describiría a sus oyentes lo que él probablemente sabría de los protocolos del sanedrín sobre la forma en que los sacerdotes judíos se habían mofado de su Mesías moribundo: «Si eres el Mesías, baja de la cruz», y también que la contestación que Jesús moribundo dio en aquella hora al sanedrín estaba precisamente en el salmo 21. Como representante mesiánico de su pueblo, como «Rey de los judíos» pronuncia Jesús, y por su boca el pueblo mismo, el juicio condenatorio: «¡Dios mío! ¿por qué me has abandonado?» Este pueblo abandonó a su Mesías y seguirá errante y abandonado de Dios hasta que al fin de los tiempos su Mesías sea reconocido. Realmente, si es que en la historia ha habido una prueba del divino poder, es este pueblo judío abandonado de Dios y sin patria. Y la segunda respuesta de Jesús agonizante es que no llevará a cabo su sueño de un dominio judío universal, sino el ansiado sueño de los profetas: la conversión y unión de todos los pueblos bajo su cruz, un reino de Dios que abarque a todo el mundo. Pues el salmo 21 termina con esta radiante visión del futuro:

Todos los confines de la tierra quedarán convencidos
Y se convertirán al Señor.
Y se arrojarán a sus plantas
Todas las familias de las naciones,
Porque del Señor es el reino
Y Él impera sobre las naciones.

Pablo al principio seguramente también había interpretado mal esta profecía, pero en Damasco se le despejó el entendimiento. Abrir los ojos a todos los pueblos sobre este propósito amoroso de Dios, tal es su misión. «Y nosotros dos estamos ante vosotros como sus heraldos.» Como testigo del Resucitado está él aquí en Asia Menor, y mañana estará en Macedonia y Grecia, y después en Roma, y por último en España; y no descansará hasta que todos hayan escu-

chado su embajada. Se trata pues de algo muy poderoso, para tener este convencimiento, este concepto de la responsabilidad de su misión y esta fidelidad hasta el extremo.

En la tercera parte se remite Pablo a la íntima experiencia de sus oyentes: «Vosotros sabéis que la ley de Moisés no os ha traído la justificación. Pero en Jesús halláis lo que deseáis: la remisión de los pecados, la paz y reconciliación con Dios.» La oposición entre la ley y la gracia brilla aquí por primera vez. ¡Ésta es la garra leonina de san Pablo! El sistema judaico de la pretensión de supremacía religiosa ha sido superado y terminado por una embajada más elevada, por una nueva intervención de Dios en la historia.

Los que presidían se miraron en silencio. Un secreto temor alentaba en su pecho. Levantóse gran confusión de voces. Los judíos disputaban entre sí sobre las pruebas tomadas del Antiguo Testamento. Los prosélitos y *temerosos de Dios* estaban llenos de alborozo: ¡No hace ninguna diferencia entre nosotros y ellos! Éste no era mal principio para la primera vez. Afuera rodean y suplican a los dos, que se queden entre ellos y el sábado siguiente hablen de nuevo. Este sermón fue la admiración de la ciudad. Toda la semana recibieron los misioneros visitas en su morada. Preguntaban si realmente era verdad lo de Jesús, o si Pablo realmente le había visto. Ellos no podían contar con suficiente exactitud lo que había sucedido en Jerusalén, y de ello sólo una noticia oscura había penetrado hasta allí.

El sábado próximo, la sinagoga, ya de mucho tiempo antes de la hora acostumbrada, estaba rebosando de gente. Muchos tuvieron que quedarse fuera. Los presidentes notaron con disgusto que los gentiles tenían superioridad numérica. Se sintieron temerosos en su privilegiado dominio religioso. Consideraban la esperanza del Mesías como una herencia nacional, que se les había dado a ellos solos. De mala gana hubieron de conceder de nuevo a los dos extranjeros el atril del orador. Pero estaban resueltos a oponerse esta vez violentamente.

Primero habló Bernabé con su manera atractiva y afectuosa. ¿Quién podía estar enojado contra semejante hombre? ¡Había tanta mansedumbre en su modo de ser! Hacía hincapié más en lo común que en lo diferencial. Después subió al estrado Pablo. Del epílogo con que trazó Pablo la línea de separación, podemos deducir que el texto del sermón por él elegido era el capítulo 49 de Isaías. Los judíos sabían por Is 42 que la vocación de Israel era llevar la revelación a todos los pueblos. Pero precisamente en el capítulo 49, Israel tiene conciencia de su elevada misión: «¡Oídme, orillas; escuchad, naciones distantes!... ¡Yahveh me dice: Poco es el que tú

seas mi siervo para levantar de nuevo las tribus de Jacob; antes bien te haré luz de los gentiles, para que mi salud resplandezca hasta en los últimos términos de la tierra!» Pero ¿cómo han de venir a cumplimiento estas promesas? ¡El pueblo está desmembrado, la casa de David abatida, el templo lleno de abominaciones paganas! Pablo les hace entender la contradicción entre las promesas y la triste actualidad a la luz de la providencia. Precisamente el desmembramiento del pueblo fue el primer rayo del sol naciente. Sin la dispersión entre los gentiles nunca hubiera nacido el anhelo de un Salvador como una estrella de Jacob en el mundo gentil. Como hombres sin patria en país extranjero están los siervos de Yahveh, los grandes predicadores del advenimiento del Mesías, de la luz de los gentiles. Era imposible que el plan universal de Dios valiese sólo para los judíos. El vaso tereno había de quebrarse, para que su contenido fuese bien común de todos los hombres.

Pablo habla ahora sin rodeos de Jesús, diciendo que el privilegio de Israel se había acabado; que lo decisivo no era la pertenencia por la sangre al pueblo escogido, sino la fe en Jesús; que éste había venido para derribar el muro de separación entre judíos y gentiles. «En Cristo no hay ninguna diferencia entre judíos y gentiles, señores y esclavos, hombres y mujeres. En Cristo somos todos juntos uno.» Los presidentes ven ya hundirse con estruendo el muro de separación en que habían trabajado desde hacía siglos. Entonces se levantan prontamente de los bancos con feroz apasionamiento. Vocerío y silbidos interrumpen al orador: «¡Afuera! ¡Es un renegado! ¡No queremos semejante Mesías!» La envidia y la soberbia nacional les obstruyen el camino de la verdad. Aun los hombres piadosos se resisten a recibir una enseñanza cuando ésta choca con ingénitos prejuicios¹⁷. Los gentiles, por el contrario, aprueban a los misioneros con aclamaciones de alegría. La sinagoga retumbaba con su cántico de alabanza, que se comunicaba también a los que estaban fuera. Pablo estaba como hecho de bronce en el estrado y callaba. Su mirada estaba vuelta hacia dentro, como si hablase con una persona invisible. Era una nueva hora decisiva de su vida. No tenía mucho tiempo para reflexionar; en un breve instante, durante la contradicción que rugía furiosa a su alrededor, tomó la decisión de su vida, que significaba una completa revolución para la futura Iglesia.

El Señor le reveló por un momento lo por venir: cómo será perseguido por apóstata, cómo el odio de su pueblo le seguirá a donde vaya. Y este pueblo será terrible en su odio. Pablo dice que sí a su destino. Luego obtiene de nuevo que le oigan, y habla con palabras pronunciadas despacio, movido por excitación interior y lleno de incommovible resolución: «Era necesario dirigiros primero

la palabra a vosotros. Pero como vosotros mismos no os reputáis dignos de la vida eterna, nos volvemos a los gentiles.» La determinación está tomada. En adelante la aflicción acumulará como un mar sus olas sobre él. Bernabé se puso firme al lado de su amigo, y ambos opusieron a los directores la palabra del Profeta: «Yo te he destinado para que seas luz de los gentiles, tú debes servir para ser la salud hasta en los últimos confines de la tierra» (Is 49, 6). Con esta palabra del Profeta quedaron los judíos desarmados.

Aquel día Pablo enarboló, por decirlo así, su bandera en el mástil de la nave de la Iglesia³². Ésta llevará en adelante el sello de su espíritu, porque él ha comprendido de la manera más profunda el *espíritu universal* del Maestro. La Iglesia de Cristo es una Iglesia universal, que admite en su seno a todas las naciones, pero no está ligada a ninguna. Esto es para nosotros una verdad clara. Pero para los judíos significaba nada menos que una revolución espiritual. «La carne y la sangre» divide a los hombres y a los pueblos; el espíritu es el que unifica. Cristo es el lazo de unión entre el cielo y la tierra, de hombre a hombre, de pueblo a pueblo.

En adelante quedó prohibido a los dos misioneros entrar en la sinagoga. Instruían, por tanto, a la gente en su vivienda alquilada, yendo de casa en casa, en azoteas y al cielo raso. Cada vez más se formaban células del creciente cuerpo místico de Cristo. Los fieles se juntaban todas las tardes alrededor de Pablo y Bernabé, más adelante también alrededor de los presbíteros y maestros (catequistas) formados por ellos. Pablo en su Carta a los Gálatas (6, 6) menciona directamente a estos maestros y les adjudica el derecho de exigir en recompensa su sustento a los instruidos. «El que recibe instrucción en las cosas de fe — dice —, debe ayudar con sus bienes al maestro», esto es, por los bienes espirituales que recibe, debe dar al maestro bienes materiales. ¡Qué *magnífico campo de trabajo*, al igual que a su tiempo en Antioquía de Siria! Ahora pudieron ellos, sin ser molestados por los judíos, presentar ante los ojos de los deseosos de salvación a Cristo crucificado de una manera tan plástica, que estos hijos de la naturaleza frecuentemente rompían en llanto (Gal 3, 1). Aquí ya no se hablaba de aquellas innumerables pequeñas prescripciones judías, las leyes sobre los manjares, los lavatorios, las lunas nuevas, de estos «mezquinos y pobres rudimentos» (Gal 4, 9). Este Dios que anunciaban Pablo y Bernabé, no era un comerciante que calcula o un propietario que regatea y disputa con sus criados sobre cada céntimo, sino un gran rey, que con su «libre real palabra de perdón»⁵⁰ santifica a todos los pecadores. ¡Cuán insensatas les parecían ahora las fábulas del padre de los dioses, Júpiter, que siempre buscaba aventuras amorosas, y de la madre de los dioses, Cibeles, que por causa de su querido

Atis, que fue despedazado por un jabalí y después resucitó, según la mitología, se afligió sobre manera, y cuya imagen era bañada en el río por sus sacerdotes, paseada sobre un tiro de asnos por la comarca y mostrada por dinero! ¡Por cuán ridículo tenían ahora al dios lunar, llamado Lunus o Men, que tenía tan estúpida mirada!⁵⁶ Nadie podía decir si habían vivido alguna vez y cuándo. Cuanto más de cerca se miraba todo esto, tanto más increíble parecía. Pero de este Cristo ellos saben que vivió sobre la tierra quince años antes, que sus amigos viven todavía y que se apareció a este mismo Pablo y le ha enviado a ellos (Gal 4, 4-7). Y ¡cómo los ha librado de todo trasgo diabólico y del miedo de espectros! En el día de hoy ya no podemos formarnos concepto sobre cuán oprimida por la superstición vivió el alma del hombre antiguo. Era realmente una tiranía diabólica, semejante a la creencia medieval en las brujas, la cual también no era más que una reincidencia en el paganismo. Cada vez con más firmeza se estrechaba la comunidad cristiana alrededor de sus apóstoles. Su santo entusiasmo carecía de límites (Gal 4, 15). Y ¡qué horas solemnes eran aquellas en que se admitía una nueva multitud de hermanos en la fe! Entonces toda la comunidad con vestidos blancos bajaba a las «susurrantes ondas del Antio, que descendiendo del Sultan-Dagh desembocaba en el cercano lago de Egerdir»⁵⁰.

El nuevo movimiento cristiano se extendió pronto al campo. Los labradores que venían al mercado tuvieron noticia, por sus parientes y amigos comerciantes de la ciudad que se habían hecho cristianos, de la santa dicha que habían hallado, y rogaron a los apóstoles que saliesen a predicarles también a ellos. Así los dos recorrieron las numerosas aldeas y pequeñas ciudades situadas en las pendientes del Sultan-Dagh y en las orillas del lago. «Todavía se encuentra hoy en las inmediaciones de Yayladagi algún pueblo agradable y rodeado de huertas abundantemente regadas, que está en el fondo de un valle o situado pintorescamente sobre una colina»⁵⁰

Hay una opinión digna de atenderse y apoyada en buenas razones, de que Pablo dirigió su Carta a los Gálatas en primera línea a las comunidades del *sur de Galacia*. Si esta opinión es acertada — y cada vez veremos más claramente que lo es —, entonces es cierto que la *enfermedad* mencionada en la Carta a los Gálatas (4, 13) sobrevino al Apóstol por primera vez aquí, en Antioquía. Pero también, además, no sería maravilla que Pablo hubiese cogido el germen de la fiebre de la malaria a su paso por Panfilia, infestada de esta enfermedad, causada por estados de agotamiento. Así pudo Pablo haber sido retenido un tiempo en su morada por la ardiente fiebre. Tres veces había pasado ya por este estado, cuando escribió la segunda Carta a los Corintios; tres veces había rogado

al Señor que le quitase este «aguijón en la carne» *. También ahora, cuando estaba con calentura y el trabajo apretaba tanto, oró al Señor. Mas en su interior oyó sólo esta voz: «¡Bástate mi gracia! Pues en la flaqueza corporal se muestra mi poder en su perfección» (2 Cor 12, 9).

¡Qué abundantes fuerzas salieron de esta cama de enfermo! Pablo no hubiera querido que faltasen en su vida estos días penosos. Pues ahora se mostró la fidelidad y la gratitud de los recién convertidos de la manera más conmovedora. El enfermo de malaria sentía horror de sí mismo y se imaginaba que los demás tenían la misma sensación frente a él. ¡Feliz el enfermo que en un cuarto aislado se podía ocultar a las miradas de los curiosos! Pero en la publicidad de la vida oriental, Pablo no tenía departamento privado para sí. Sin puertas ni tabiques, en comunidad de vivienda y taller, de cara a la calle, expuesto a las miradas de todos. El aqueólogo inglés Hogarth puso de manifiesto, por inscripciones que descubrió, que la malaria, según creencia popular pagana, pertenecía a aquella clase de enfermedades con las cuales los dioses castigaban a los que estando impuros se acercaban a un templo³⁸. El supersticioso oriental acostumbraba escupir en presencia de un azotado por un dios, así como también ante un epiléptico (atacado de la «enfermedad sagrada») y al mismo tiempo como defensa contra el diablo. Haciendo alusión a esta costumbre, Pablo escribe a los gálatas: «¡Ya sabéis a qué pruebas me veo sometido a causa del estado de mi cuerpo! A pesar de ello vosotros no me habéis aborrecido, ni escupido ante mí: ¡oh no!, como a un ángel de Dios; sí, como Cristo Jesús me habéis acogido» (4, 14). Estos hijos de la naturaleza, ingenuos y bondadosos, al principio miraban adentro desde la puerta, tímidos y curiosos; luego venían todos los días, y le traían todos los unguentos, hierbas y amuletos posibles, cuando vieron postrado en cama a su querido apóstol, tan cansado y enfermo de muerte, con los ojos vidriados y las mejillas ardientes. Pero ¡qué diferencia! Ellos mismos conocían también la fiebre. Sus propios enfermos se revolvían sin descanso y gritaban y se ponían furiosos y decían locuras y veían malos espíritus. Ante ellos escupían con frecuencia como talismán contra el demonio de la enfermedad. ¡Muy diferente este Pablo! Víctima aún de la fiebre, sigue hablando de su Cristo, conversa con Él, le canta salmos. Entonces vinieron a conocer los gálatas que el ser cristiano es algo singular, que el cristiano aun en la enfermedad y en la muerte es un hombre enteramente distinto. No, ante este Pablo no podían escupir (Gal 4, 14), le con-

* La expresión «aguijón en la carne» la refiere ya Tertuliano, según una antigua tradición, a un agudísimo dolor de cabeza.

sideraban como un ser sobrehumano. Si posible fuera, se hubieran sacado los ojos para dárselos a él, cuando veían sus ojos inflamados (4, 15). ¡Aquí por vez primera tuvieron un presentimiento del valor de la cristiana aceptación de los padecimientos, de la humilde conformidad con la voluntad de Dios en el lecho del dolor!

Pero esta enfermedad fue todavía en otro aspecto un gran beneficio. Fue la ocasión de que Pablo abandonase su proyecto de ir a la costa de Jonia y se dedicase enteramente a misionar estos distritos del sur de Galacia. Pues siguió siempre el principio práctico de la «puerta abierta», esto es, de ir siempre allí donde se abría una puerta para el Evangelio. Así tuvieron origen las iglesias de Galacia. Galacia (= Galia) era un concepto muy amplio. Originariamente designación de la región de los galos o celtas (grab. 12), en tiempo de san Pablo era un nombre de provincia romana para las tribus de los celtas, frigios, pisidios y licaonios, unidos anteriormente bajo la soberanía del rey de los gálatas, Amintas, los cuales hablaban griego, pero eran gobernados por funcionarios romanos. Los gálatas propiamente dichos estaban representados de un modo especial entre los veteranos de la legión céltica.

Así pasó un año y más aún. La primera iglesia de los gálatas, en su mayor parte pagano-cristiana, estaba fundada. Pero ya se hacían notar los primeros indicios de una incipiente persecución. Los judíos tenían entonces una táctica muy acreditada en la lucha contra sus adversarios cristianos. Con su sagacidad en los negocios y su dinero mantenían relaciones con las clases influyentes. Ricas judías estaban casadas no raras veces con funcionarios griegos y romanos, y tenían a su vez amigas entre las mujeres de los gobernadores y de la alta burocracia romana. Así podía la sinagoga ganar fácilmente para sí de un modo indirecto, valiéndose de las mujeres piadosas, a la policía de la ciudad. A ésta se le hizo ver claramente que los apóstoles introducían un culto extranjero e ilícito, que designaban como nuevo rey del Oriente a un cierto Cristo, que había sido ejecutado en tiempo de Pilato como rebelde a la soberanía romana, y que promovían la alta traición. Por diversa gentuza dudosa se aparenta una sublevación popular. Los concejales declaran que no pueden ya responder de la pública seguridad si los extranjeros no salen de la ciudad. Cuando los judíos no pueden ganar para sí a las autoridades municipales, ellos mismos ejecutan el castigo de los azotes en el piso bajo de la sinagoga. Este método se repite en adelante con fatigosa regularidad en la vida del Apóstol. ¡Consideremos el martirio de semejante vida! Antiguos manuscritos añaden aquí que Pablo hubo de padecer gran aflicción y persecución en Antioquía. Si comparamos con esto lo que escribió en aquellos triunfales cánticos de la historia de sus padecimientos,

en su segunda Carta a los Corintios (6, 4-10; 11, 23-25), entonces casi tendremos la seguridad de que una de aquellas cinco flagelaciones por parte de la sinagoga o uno de aquellos tres castigos de azotes por parte de los lictores se efectuó aquí, en Antioquía. Las autoridades de la ciudad con frecuencia se cuidaban poco del derecho de ciudadano romano. Esto naturalmente sólo era posible en las pequeñas ciudades de provincia, que no tenían procónsul romano, como Antioquía, Iconio y Filipos. ¡Qué grandeza de alma se necesitaba para que Pablo nunca hiciese uso de los recuerdos de sus padecimientos, fuera de cuando se veía forzado a ello! Todavía al fin de su vida, cuando el anciano apóstol estaba en Roma en la cárcel, se le presentaban de nuevo ante los ojos aquellas horas y recordaba a su predilecto discípulo Timoteo sus padecimientos en este viaje (2 Tim 3, 11). Hoy en el campo de ruinas de la antigua Antioquía todo es desolación. Tan sólo los cimientos de la terraza de un templo y algunos arcos rajados del acueducto romano, son como documentos escritos en piedra de que éste fue el lugar donde Pablo por primera vez selló con sangre su testimonio por Cristo.

16. Iconio

Act 14, 1-7. Cf. 2 Tim 3, 10-11.

Cuando Pablo y Bernabé salieron de Antioquía con los sangrientos cardenales de los azotes marcados en las espaldas, les era libre la elección entre encaminarse al oriente o al occidente. Hacia el occidente les estaba abierto el camino desde el país montañoso de Frigia por Apamea a Éfeso. Hacia el oriente estaba situada Iconio, detrás de una llanura salina y unos pantanos difíciles de pasar, al borde de un lago poco profundo. ¿Qué pudo haber movido a los dos amigos a decidirse por este camino? Manifiestamente consideraron la meseta del sur de Galacia como un territorio de misión coherente, en el cual querían fundar varios firmes puntos de apoyo. Además, aquel pueblo franco e impresionable era muy adecuado al corazón de Pablo.

Entraron primero en una inmensa meseta aislada, alrededor de la cual estaban como haciendo guardia volcanes de formas atrevidas con sus cumbres nevadas, como gigantes de los tiempos primitivos: en el norte el Sultan-Dagh, en el sur el Tauro, al sudeste el Kara-Dagh, y a lo lejos, hacia oriente, el Karadscha-Dagh. Era un territorio yermo, uniforme y sin vida, que cabalmente tiene el carácter de los desiertos y estepas del Asia central. «En verano esta llanura es un espantoso desierto de polvo, sobre el cual cae un calor ardiente insoportable. En invierno hay aquí por varios meses grandes

masas de nieve en que se hunden los pies. Y en primavera, cuando han pasado las lluvias de invierno, toda la llanura, privada de desagüe, semeja frecuentemente un solo gran pantano, en el cual los caballos muchas veces se sumergen hasta el pecho»⁵⁰.

En el supuesto de que Pablo y Bernabé pasaran un año en Antioquía, debió de ser en otoño del año 46 cuando llegaron al lugar donde todavía hoy puede verse un gran castillo en ruinas. Aquí fue donde Barbarroja el 18 de mayo de 1190, tras su difícil marcha a través del Sultan-Dagh, con el ejército ya bastante mermado, después de haber sido atraído por el «Gran Señor de los turcos» a una emboscada, forzó la marcha hacia Iconio, al grito de: «¡Cristo vence, Cristo reina, Cristo impera!» En el solemne tedeum que el emperador Barbarroja hizo celebrar en Iconio y al que asistió todo el ejército de los cruzados, ordenó al obispo de Maguncia que predicara sobre el pasaje bíblico de Act 13, 51: «Pero éstos, sacudiendo contra ellos el polvo de sus pies, se fueron a Iconio». Después de una jornada de 120 kilómetros se divisó en el lejano horizonte el floreciente *oasis de Iconio*⁵⁰. Iconio era una ciudad de jardines y tenía unos alrededores como Damasco, sólo que estaba situada a 1130 metros sobre el nivel del mar (grab. 10).

Los iconios estaban orgullosos de la historia de su ciudad. Decían que ya había existido antes del diluvio y después se había vuelto a edificar. Prometeo, según la leyenda, en lugar de las personas ahogadas había hecho nuevos hombres de barro. Desde entonces los habitantes de allí llevan con ingenuo orgullo el nombre de Iconio (de *eikón* = imagen). El emperador Claudio mandó establecer aquí una colonia de veteranos romanos, por lo que la ciudad se llamó con satisfacción Claudiconio. Arcontes romanos ocupaban los altos cargos de la ciudad. Popea, esposa de Nerón, fue representada en las monedas como diosa de la ciudad. La población consistía de galatas helenizados, funcionarios y veteranos romanos y de judíos. Puesto que el Iconio de entonces era, como lo es todavía, un centro de tejeduría de lana, Pablo halló fácilmente acogida y ocupación.

En esta ciudad ocurrió el conocido *episodio de santa Tecla* (grab. 9). Tenemos noticia de esta joven pagana convertida, sólo por la tradición de las Actas apócrifas de los apóstoles (*Acta Pauli et Theclae*) y por un pequeño aditamento a 2 Tim 3, 11, en un manuscrito: «¡Acuérdase de lo que sufrí por causa de Tecla!» Según una relación de Tertuliano, un sacerdote del Asia Menor, hacia fines del siglo II, por amor a Pablo y a su célebre discípula Tecla, escribió un relato novelesco sobre esta santa con detalles absurdos, mezclando lo verdadero y lo falso. El autor fue exonerado de su cargo por el abuso de la autoridad de Pablo para

su producción literaria. Los Padres de la Iglesia oriental, entre ellos san Juan Crisóstomo, fijaron los trazos más salientes de la vida de santa Tecla, pues gozaba entre ellos de la misma entusiasta veneración que santa Inés, niña romana de trece años, entre los Padres de la Iglesia latina. Harnack creía que su figura no ha sido libremente inventada, y que en realidad ha habido una Tecla convertida por Pablo y que cooperaba en las misiones. Su nombre y sus tres terribles martirios, todavía hoy se mencionan en las oraciones litúrgicas de difuntos. Su historia nos recuerda algo la de san Francisco y santa Clara de Asís. Ramsay opina que el núcleo histórico de esta leyenda podría ser el siguiente:

Los dos apóstoles, después de su expulsión de Antioquía, siguieron la vía imperial, llamada «Via Sebaste», que conducía a Listra. Junto al lago Caralis una carretera empalmaba a la izquierda con Iconio. Aquí les esperaba cierto Onesíforo (= 2 Tim 1, 16?) que por una visión en sueños había sido informado de su llegada. Examinó a los que pasaban y reconoció a Pablo en su exterior: un hombre pequeño, cejijunto, con una nariz aguileña algo larga, escasos cabellos, con piernas torcidas, de rostro muy agraciado, que ora se asemejaba a un hombre, ora a un ángel. Onesíforo condujo a los apóstoles a Iconio y los hospedó en su casa, que fue el primer lugar de reunión de la iglesia cristiana. Las Actas de Santa Tecla mencionan como cosa notable la veneración que al partir el pan se hizo al Santísimo con una genuflexión. En una casa principal vecina, que sobrepujaba en grandeza a la modesta casa de Onesíforo, podía desde una ventana la hija de la casa oír todo lo que Pablo decía desde la otra parte. Una vez oyó de la boca del Apóstol la alabanza de la virginidad. Quedó de ello tan embelesada, que abandonó el proyecto de casarse con el hijo de una familia rica. Ambas familias estaban llenas de desesperación, tuvieron a la doncella por hechizada e hicieron que se vigilase a Pablo. Hubo una gran afluencia de jóvenes a la morada del Apóstol. Su sermón sobre la pureza cristiana fue por algunos interpretado equivocadamente como prohibición del matrimonio. Pablo fue perseguido por entrometerse en la vida privada, y encarcelado por ejercer artes mágicas. Tecla sobornó al portero de la casa de sus padres regalándole un brazalete, para que la dejase salir de noche. Al guardián de la cárcel le dio un espejo de plata para que la dejase entrar a hablar con Pablo.

Toda la noche la estuvo instruyendo el Apóstol en la religión cristiana. La instrucción todavía no había llegado al fin, cuando su madre y su prometido la hallaron por la mañana a los pies del Apóstol. Los padecimientos y ulterior destino de santa Tecla, que en el citado relato se describen con verdadera fantasía oriental, aquí

ya no nos interesan. La ciudad se dividió en dos partidos: en favor y en contra de los apóstoles. El populacho ganado por el oro se levantó en armas. San Pablo fue azotado con varas por los lictores. Al fin los misioneros tuvieron que salir de la ciudad huyendo.

También san Lucas notifica el grande éxito del sermón de misión en Iconio, la sublevación del populacho de la ciudad, y que los apóstoles después de larga actividad sólo a duras penas se libraron de ser apedreados. Su silencio sobre Tecla no es prueba contra la base histórica de la leyenda sobre la santa. Lucas es un escritor circunspecto y no quiere dar ocasión a malas inteligencias. Dice solamente: «Huyeron a las ciudades de Licaonia, a Listra y Derbe y sus cercanías». Los Hechos de los Apóstoles hacen resaltar de un modo singular en este pasaje los prodigios y milagros que se ejecutaron por parte de san Pablo y san Bernabé. Pues éste era el territorio donde ciertos taumaturgos y embaucadores como el coetáneo de Pablo, Apolonio de Tiana, abusaban de la credulidad de la multitud y con sus ideas confusas trastornaban el juicio a la gente. Entre semejante población los apóstoles hubieron de mostrar, con el don de carismas que habían recibido, que el Evangelio era superior a todo trago pagano.

Podemos suponer que los dos apóstoles trabajarían uno o dos años en Iconio y emprenderían también excursiones a las cercanías: a las numerosas localidades sitas en las pendientes del Ala-Dagh y del Loras-Dagh, donde fundaron pequeñas comunidades cristianas de campesinos que más tarde pudieron ser cuidadas espiritualmente desde Iconio, luego que allí estuvo la iglesia firmemente ordenada. Junto con Antioquía, Iconio fue por largo tiempo un punto de apoyo de la Iglesia cristiana en el interior del Asia Menor y tuvo el patriarcado sobre catorce ciudades. El que no siempre permaneciese este estado de cosas, el que Iconio fuese la residencia de sultanes y la capital de los derviches danzantes en el Asia Menor turca, pertenece a las fatalidades de la historia, en la cual la suerte y la culpa de los hombres se confunden de un modo inextricable. Antes de la primera guerra europea, Iconio contaba 60 000 almas, y con la construcción del ferrocarril de Bagdad, que pasa por Iconio, volvió a entrar más en el centro del comercio internacional. Los cristianos armenios fueron los últimos en mantener aquí la fidelidad a la fe redentora de Cristo⁵⁰, hasta que durante la dicha guerra fueron degollados por los turcos de la manera más cruel. El que la herencia de Pablo, el fruto de sus afanes y padecimientos por Cristo, la iglesia de Galacia, fuese enéramente aniquilada, forma parte esencial de la gran tragedia del Apóstol y de su supervivencia en la historia. Todavía hoy se ve, distante una hora de Iconio, un monasterio roquero llamado «las cuevas de san Pablo», y una hora más adelante,

en un fértil valle, habitado antes por tapicereros griegos, iglesias cavadas en la roca con frescos antiquísimos, al paso que en el norte de Galacia nada semejante ha sido hallado.

17. *Listra y Derbe*

Act 14, 8-26. Cf. 2 Cor 11, 25; 2 Tim 1, 5; 3, 11-15.

Por segunda vez los apóstoles habían ya tenido que abandonar su obra con una huida precipitada. Su camino los condujo ahora al territorio inhospitalario de *Licaonia*. Luego que se han dejado atrás las huertas de Iconio, el país poco a poco vuelve a tomar el carácter de la estepa. Es un territorio pobre, en parte empantanado. Sólo hay allí dehesas para ovejas, cabras y asnos silvestres. Allí los judíos nada tenían que ir a buscar. Con la erección de colonias romanas, Claudio había puesto algún orden y seguridad en este territorio de mala fama. En los montes a la redonda y sus valles, principalmente en los valles laterales del Kara-Dagh, el Monte Negro, que se elevaba ante ellos empinado y tétrico como un cono de mal agüero, estaban las guaridas de los más terribles ladrones de la antigüedad. Cicerón estuvo en Iconio como procónsul de Cilicia y en campaña contra las bandas de forajidos. Desde allí escribe en una carta a Ático el 3 de agosto del 51 a. de J. C.: «Llegué a Laodicea el 31 de julio. Con esta fecha puedes empezar el nuevo calendario. Desde aquí hoy me encamino al campamento, Licaonia. Desde allí hay que ir hacia el Tauro a combatir al capitán de bandidos Mera-genes y terminar de una vez». A lo largo de varios siglos, durante la dominación turca, no se supo nada de las iglesias gálatas fundadas por Pablo y Bernabé, con excepción de la de Iconio. Últimamente, desde 1833, gracias a las investigaciones del inglés Arundell, sabemos la situación de Antioquía en Pisidia; desde 1885 y 1888, por las indagaciones del americano Sitlington Sterret, las de Listra y Derbe. El camino desde Iconio hasta Listra, por vía aérea, tiene solamente de treinta a cuarenta kilómetros; pero para vehículos motorizados presenta incluso hoy serias dificultades. De manera imponente se levanta por encima de las Montañas Negras el doble cono de «Felipe y Tecla». A lo largo de una mala carretera que de pronto se convierte en sendero de caballerías y camellos, o extraviándose en pantanos sin camino, llegaron nuestros peregrinos hasta Kilisse, la Bin-bir-Kilisse de hoy. Los restos de unas cincuenta iglesias y monasterios que dieron al lugar el nombre de «Míl y una iglesias», son los tristes testigos de piedra de una de aquellas brillantes iglesias gálatas, cuyos comienzos podemos remontar a los días de san Pablo. A un par de horas de este lugar encontró Sterret,

en el poblado de Khatyn Serai, una piedra de altar con el nombre «Lustra», que sin duda indica la situación de la antigua colonia militar⁷⁴.

Estos licaonios eran un pueblo bonachón, supersticioso e ignorante que hablaba un dialecto de las altas montañas de Anatolia, el cual Aristóteles y Cicerón mencionaban con desprecio. Únicamente en las pocas ciudades se hablaba y entendía el griego. Los griegos que aquí llegaron importaron sus leyendas mitológicas frías de Zeus y Hermes, y helenizaron las leyendas indígenas licaonias. Tales leyendas encajaban a maravilla con fenómenos raros de la naturaleza. Frente a la ciudad había dos tilos viejísimos, cuyos troncos y ramaje habían crecido entrelazados. Los fantasiosos griegos, que en cada árbol raro y en cada fuente veían una manifestación de la divinidad, decían: «Éstos son Filemón y Baucis». Según esta leyenda, Júpiter y Hermes habían bajado del cielo a la tierra para indagar los sentimientos de los hombres. Rechazados en todas partes, vinieron los cansados viajeros a una pequeña cabaña junto a Listra, donde vivían un matrimonio de piadosos y buenos pastores, Filemón y Baucis. Admitidos y hospedados muy afablemente, Júpiter se les dio a conocer al día siguiente, y les dio libertad para que expresasen un deseo. Ellos dijeron que sólo deseaban permanecer sanos hasta la ancianidad, y después morir juntos el mismo día. Concediósele Júpiter, y además que los dos, transformados en árboles, pudiesen enlazar su suerte para siempre. De esta hermosa leyenda se desprende genuina humanidad y la antiquísima ansia del hombre de relacionarse con Dios; un anhelo de la encarnación y la epifanía de Dios y de su Logos (Hermes era mensajero y llevaba la palabra de Dios). Este anhelo de Dios, herencia de días antiquísimos y de una patria espiritual común de la humanidad, brota por todas partes, tanto en los mitos populares de los paganos (pensemos en Odín, el peregrino) como de los judíos (pensemos en las teofanías del Antiguo Testamento, en la visita de Dios a Abraham bajo la encina). Pero entre los griegos, este dios que desciende entre los hombres, dio lugar a que poco a poco se convirtiese en asunto picaresco: Zeus se disfraza, se enamora de hermosas criaturas humanas y comete adulterio, como en la leyenda de Anfitríon.

Y ahora se habían presentado ante las puertas de Listra los mensajeros de Aquel que al fin dio cumplimiento al anhelo del corazón humano con el envío de su Hijo: «Pero entonces apareció la bondad y benignidad de Dios, nuestro Salvador» (Tit 3, 4). Por la creencia en la mencionada leyenda los listranos habían consagrado su ciudad a Júpiter y edificádole ante la puerta de la misma un pequeño santuario, donde un sacerdote pagano ejercía su oficio. Este mito de Júpiter fue ocasión de una mala inteligencia trágico-

burlesca, que, dado el desconocimiento de las costumbres del país, por poco hubiera costado a Pablo la vida.

Los apóstoles, en la ciudad casi toda gentil, hallaron amistosa acogida en una familia judía, probablemente por una recomendación de los hermanos de Iconio. Es cosa notable, cómo en medio de semejante sociedad pagana continuase viviendo la piedad del Antiguo Testamento en una familia dispersa. Esta familia de Listra constaba de tres personas: la abuela judía *Loida* su hija *Eunice*, cuyo esposo pagano había muerto, y el hijo de ésta, *Timoteo*, de quince años, joven muy piadoso, de una delicadeza y ternura casi femeninas (2 Tim 1, 4), lo que puede observarse a veces en muchachos que, envueltos en el amor materno, crecen en un ambiente enteramente mujeril. Cierta timidez parece haber quedado al muchacho durante su vida (2 Tim 1, 7). Su padre debió de haber sido sin duda un funcionario romano o griego. En la diáspora efectuábanse no raras veces tales matrimonios mixtos. La madre y la abuela vivían evidentemente por completo en la esperanza del «consuelo de Israel» y habían instruido al muchacho desde niño en la Sagrada Escritura. Las mujeres contaron al Apóstol que el muchacho todavía no había recibido la circuncisión. Pablo no dio a esto ninguna importancia: díjoles que el bautismo lo remediaría todo. Cobró sumo afecto al joven Timoteo. No sabía aún que vendría un día en que le impondría las manos para ordenarle sacerdote y consagrarle obispo. Esta apacible vida de familia se diferencia agradablemente del sombrío fondo del fanatismo judío, y muestra que la religión del Antiguo Testamento era algo muy diverso del llamado judaísmo, que significaba un falso desenvolvimiento y un abandono de la gran línea de los profetas. Aquella familia fue el primer punto de reunión para la iglesia cristiana de la ciudad.

San Lucas deja entrever que los apóstoles también aquí extendieron su actividad a todo el contorno, quizá hasta dentro de los valles del Kara-Dagh y del Bosola-Dagh y de las prolongaciones del Tauro. En estas excursiones, Timoteo debió de servir muchas veces de compañero y guía de viaje por ser conocedor del país. Era un hermoso preludio de los viajes ulteriores en que Timoteo estará casi constantemente al lado del Apóstol. Aquí fue donde dos hombres tan diversos en edad y en natural, uno de los cuales había nacido en la pendiente sur y el otro en la pendiente norte del Tauro, se unieron íntimamente por toda la vida como padre e hijo. «No tengo ninguna persona tan unida de corazón y espíritu conmigo como él», escribe Pablo más tarde a los filipenses (2, 20). Todo parecía ir bien, cuando un nuevo acaecimiento puso fin repentino a su labor.

La puerta de una ciudad oriental era un lugar de pública reunión en los días de los mercados mayores, en las actuaciones judi-

ciales y para la hora de conversación por la tarde. Un día se celebra en Listra una fiesta de Júpiter con feria. La ciudad está llena de campesinos de los contornos y muchos pobres andan vagando por las calles. Las escaleras de los templos y casas privadas son preferidas por los lisiados (cf. el cojo de nacimiento en la «Puerta Hermosa» de Jerusalén). Los apóstoles aprovechan la ocasión para predicar ante una numerosa muchedumbre. Entre los oyentes de Pablo hay un pobre cojo que nunca ha podido andar. Sus ojos pensativos están dirigidos ansiosamente al Apóstol como a una aparición celestial. Pablo habla quizá precisamente de Jesús, el médico de los enfermos, el ayudador en cualquier necesidad, de la profecía mesiánica de que cuando Él aparezca los ciegos verán, los mudos hablarán, los cojos andarán. Entonces en los ojos del lisiado brilla un rayo de esperanza, y parece aguardar sólo la palabra del libramiento de su mal. La mirada fija y la expresión afligida turban a Pablo en su discurso. Súbitamente se apodera de él el santo fuego: interrumpe su sermón, concentra sus miradas y toda su fuerza psíquica en el necesitado de curación y le dice en voz alta con gesto imperioso: «¡Ponte sobre tus pies!» Como por una fuerza superior salta el cojo de nacimiento con asombro de todos y anda de aquí para allá.

Aquí tenemos un sorprendente paralelo con la curación del paralítico de nacimiento efectuada por san Pedro. La Sagrada Escritura hace resaltar que en este episodio se juntan la poderosa fuerza que irradia de un don carismático y la ciega confianza. Con la simple sugestión la cosa es difícil de explicar. En un milagro, Dios se sirve también de las fuerzas de la naturaleza por Él creadas, hasta donde alcancen. Desconocemos dónde está el límite, el punto en el cual debe saltar la chispa divina para tender el puente entre los límites naturales y los sobrenaturales efectos finales. Prodúcese una confusión de voces que gritan. El cojo sacude sus muletas y apenas sabe volver en sí de alegría y gratitud. Es señal de la exactitud histórica el que refiera san Lucas que la gente, fuera de sí de admiración y levantando el grito, afirmó mutuamente en su dialecto lo increíble: «¡Dioses han bajado a nosotros en figura de hombres!» Y sabe también al punto qué dioses son: Júpiter, el eterno viajero, con su mensajero Hermes, ha visitado a su pueblo. ¿No véis cómo el alto y majestuoso Bernabé, con su barba y cabello oscuro, es en todo semejante al Júpiter cuya estatua se levanta delante de las puertas? A él le está bien callar, pues el callar expresa la dignidad de la divinidad. Pero el pequeño, ágil y elocuente Pablo no puede ser otro que Hermes. En el alma oriental está profundamente grabada la diferencia entre la divinidad principal, llena de dignidad, y la divinidad secundaria, trabajadora, productora. Aplica a sus

dioses la vida del rey y de sus servidores. A la idea del Dios superior corresponden: quietud, perpetuidad y dignidad; en cambio, la actividad, el trabajo es cosa del subordinado, del Demiurgo (constructor del mundo) y del mensajero de los dioses.

Al punto informan al sacerdote de Júpiter, y pronto se forma una procesión con tañido de flauta y dos toros coronados de flores como víctimas y avanza hacia la puerta de la ciudad delante del templo de Júpiter, para ofrecer sacrificio a los dos dioses. De todo lo hablado los apóstoles nada han entendido. Pero ahora reconocen el significado de estos homenajes. Pablo y Bernabé, llenos de indignación, se precipitan por entre la muchedumbre para hacerles ver claramente el fatal error. «Hombres, ¿qué es lo que hacéis? ¿No os hemos dicho que estos dioses que adoráis no existen? ¡Nosotros mismos no somos más que flacos hombres iguales a vosotros!» Un misionero moderno probablemente habría procedido de diferente manera: hubiera, risueño, ilustrado afablemente a la buena gente sobre su equivocación y no habría predicado ningún sermón sobre un concepto espiritualizado de Dios. Pero Pablo y Bernabé, como judíos, tenían infiltrado un terrible aborrecimiento a toda suerte de idolatría. Por aquel tiempo recorrían el país embaucadores que obraban milagros fingidos, se hacían pasar por dioses ambulantes y dejaban que se les hiciesen sacrificios y homenajes. El discurso improvisado del Apóstol en esta ocasión fue muy substancioso. Pero Pablo y Bernabé no podían probablemente acercarse más a la primitiva psicología de aquellos hijos de la naturaleza que nosotros tal vez a la de una tribu de caníbales de una isla del Pacífico. Es peligroso quitar sus juguetes al pueblo, que permanece siempre niño grande, disuadirle de una idea predilecta en que se ha encaprichado. Los pueblos primitivos son comúnmente bondadosos e inocuos, hasta que súbitamente una mala inteligencia o una instigación de fuera despierta los instintos naturales que dormitaban y los impele a la explosión. Es peligroso llamar locuras a sus ideas erróneas. Es peligroso darles a conocer su ridiculez, cuando quieren adorar a un hombre con supersticiosa excitación⁵¹. La disposición de los ánimos, por tanto, mudóse pronto: «¡Si no son dioses, entonces son hechiceros!» Para esta gente no había un término medio. Ahora sólo faltaba que viniesen judíos de Iconio para atizar el fuego, y la desdicha era completa: vinieron, en efecto, como si lo hubieran olido. «¡Guardaos de éstos! — dijeron —. Éstos son dos engañadores, hechiceros y criminales del todo peligrosos. En todas partes los han apedreado y expulsado. Si los toleráis, tendréis que habéroslos con la ira de Júpiter.» Y los crédulos listranos dieron oídos de buena gana a los calumniadores judíos.

Cuando, después de algunos días, Pablo intenta hablar de nue-

vo, advierte el cambio de disposición de los ánimos. Algo hostil hay en el ambiente. Se oyen gritos y silbidos ensordecedores. La muchedumbre arremete contra él. Vuelan piedras alrededor de su cabeza. Una piedra aguda le hiere en la frente. Un hilo de sangre corre por su rostro. Ya no hay que pensar en escapar de este furioso tropel de gente. Inundado en sangre cae en tierra. Es pisoteado y cubierto de una granizada de piedras. Sus ojos se cierran. Pero su espíritu le traza con la celeridad del rayo una viva imagen de otro apedreamiento, en que él mismo tuvo parte, y un rostro como el de un ángel se inclina sobre él. Pablo le conoce y dice interiormente: «Esteban, ¿estás contento de mí? ¿He expiado tu muerte?» Éste era el oculto dolor de su vida. Y oye una voz que dice: «¡Yo le mostraré lo que ha de padecer por mi nombre!» Todavía una grave pedrada, una fuerte pisada y la imagen desaparece de su espíritu. Un par de robustos mancebos le sacan arrastrándole como a un animal muerto fuera de la puerta de la ciudad y le arrojan fuera, al lado de la carretera. Allí puede servir de pasto a los buitres del Kara-Dagh.

Bernabé, que en este día probablemente había predicado en otra parte, y la familia de Timoteo tuvieron un mal presentimiento, cuando Pablo no vino a casa. Pronto supieron por cristianos atemorizados lo que había sucedido. Tuvieron que mantenerse en casa en vista de la furia del populacho y de los judíos, que todavía estaban en la ciudad. Sólo por la noche (como dice el códice Beza) salieron Bernabé, Timoteo, las dos mujeres y otros discípulos para llorar al difunto. Bernabé se inclina, transido de dolor, y contempla una cara lívida, inundada de sangre. ¿Qué hará en adelante sin su grande amigo? Los discípulos lo levantan y las mujeres lavan su rostro. Y he aquí, que en él hay todavía vida. Abre los ojos. ¡Pablo no está muerto! ¡Oh, se necesitaba más para matar al que había recibido del Señor una misión de alcance mundial y que todavía por mucho tiempo no se había cumplido!

Aquí surge un notable paralelo. Unos diez años antes Pablo había sido testigo en el apedreamiento de Esteban, y como resultado principal la Iglesia había ganado entonces en él al luchador más valiente. ¿Quién es hoy testigo de esta nocturna escena de Listra? Un tímido adolescente, el joven Timoteo. Y como efecto principal de este apedreamiento gana Pablo en él a su más fiel colaborador, que será un día, como un hijo, el consuelo de su vejez. Entonces pudo haber herido al joven Timoteo un rayo de conocimiento acerca de lo que significa ser apóstol, padecer por Cristo. Veinte años más tarde, cuando Timoteo es ya obispo, Pablo le escribirá una carta, y le recordará esta hora: «¡Acuérdate, oh Timoteo, de lo que padecí en Listra!» (2 Tim 3, 11). Un observador superficial hubiera

podido decir entonces: El milagro del lisiado parece haber sido del todo inútil, de la misma manera que la curación del cojo de nacimiento en la puerta del templo, la cual asimismo sólo había acarreado a Pedro la prisión. Semejante juicio por el resultado del momento sería propio de hombres de pocos alcances. ¡Dios libra sus letras de cambio a largo plazo! «Muchas cosas han de pasar primero por un resultado adverso para salir bien, para manifestarse en su plenitud»¹⁷.

Ya no podían permanecer en Listra. En la misma noche Pablo hubo de ser puesto en seguridad por temor a los judíos, que todavía estaban en la ciudad. Sin descansar y sin ser debidamente asistido, tuvo que ser llevado a Derbe, distante unas ocho horas, en compañía de Bernabé y quizá también de Timoteo, en un carretón de los que se ven allí todavía hoy. Las cicatrices de este apedreamiento las llevó Pablo durante toda su vida en su cuerpo. Eran sus padecimientos por Cristo y sus estigmas. En atención a ellos, las palabras que escribió más tarde a sus queridos gálatas obtienen su fondo real y su conmovedora significación: «¡En adelante nadie me moleste más! ¡Porque yo llevo en mi cuerpo los estigmas del Señor Jesús!» (6, 17).

En vista del sangriento intermedio de Listra, alguno podría sentirse tentado a preguntar si Pablo no procedió con demasiada imprudencia y vehemencia contra el error de aquel pueblo primitivo. Hubiera debido aprovechar la situación para el Evangelio. El que así piensa, desconoce por entero la gravedad del estado de cosas de entonces. Con semejantes ambigüedades no se debe ir a un san Pablo. El mal terrible del paganismo era precisamente el rebajar la divinidad a la esfera puramente humana y el elevar lo humano a lo divino, el borrar los límites y la distancia infinita entre el Creador y la criatura. Esta supresión de límites condujo al fin a la ruina de lo *humanum*. Esto nos lo demuestran personajes como los emperadores Calígula y Nerón. La divinización de los emperadores romanos (apoteosis) estaba entonces en todo su apogeo, y en ninguna parte fue tan promovida como en el Asia Menor. El vicio principal pagano no podía curarse, si no se anunciaba la *majestad divina* sin ninguna clase de consideraciones. San Pablo, como Jesús, no conoce ningún interés mayor que volver por la honra de Dios y guardar la distancia que hay entre su persona y su Señor celestial. El que conoce la manera de hablar fina y ponderada del historiador Lucas, ve al punto que quiere establecer aquí tácitamente un paralelo entre la conducta de Pablo, que rechaza un homenaje divino destinado a él, y la de Herodes Agripa, que con su vanidad acepta complacido los honores divinos, más aún, los exige. Herodes fue castigado por un ángel. Pablo está persuadido de que también a él un ángel del

Señor le azotaría al punto, si no diese a Dios la honra debida. Por la misma conciencia de su ser de criatura, por la misma actitud de humildad frente a Cristo, Pablo protestó más tarde contra el intento de un partido paulino en Corinto de proclamarlo héroe: «¿Por qué os nombráis con mi nombre? ¿Acaso Pablo ha sido crucificado por vosotros? ¿O habéis sido bautizados en el nombre de Pablo?» (1 Cor 1, 13). Aquí Pablo actúa nuevamente conforme el sentido de Jesús, el cual, en la conocida escena de Mc 10, 18 (que Mt 23, 9, recuerda sólo de una manera vaga), rechaza cualquier adoración a su naturaleza humana con separación o independencia de Dios, pues al decirle un hombre que se postró a sus pies: «¡Buen maestro!», le contestó: «¿Por qué me llamas bueno? Nadie es bueno, excepto uno solo: Dios».

No podemos admirar bastante la resistencia física del Apóstol, si consideramos que después de la horrible pérdida de sangre del día anterior hizo un camino de 40 kilómetros a través de una desierta llanura salina y por una escabrosa carretera en un carruaje sujeto a mucho traqueteo. El término del viaje era la pequeña ciudad montañosa de *Derbe*, apartada del mundo, en los extremos límites de la provincia de Galacia. Hacía poco que era todavía una peligrosa guarida de ladrones, pero bajo el imperio de Claudio había sido convertida en una colonia romana de veteranos. Un montón de ruinas de granito, mármol, pórfido y objetos de cerámica descubierto en 1888 es el lastimoso resto de la antigua *Derbe*⁷⁴.

Los adversarios judíos, que dejaron a Pablo por muerto, no siguieron más sus huellas. Y así los dos misioneros pudieron con todo sosiego fundar aquí, en esta pacífica ciudad de provincia, una comunidad pagano-cristiana. Puesto que más tarde conocemos a cierto *Gayo* de *Derbe* como discípulo y compañero de viaje de Pablo (Act 20, 4), existe la posibilidad de que Pablo y Bernabé hallasen acogida en su casa. Como quiera que sea, Pablo, a causa de su miserable estado estuvo por largo tiempo retenido en cama. El que desee una segura base para la enfermedad mencionada en la Carta a los Gálatas (4, 13), podría hallarla también aquí. El aposento de Pablo enfermo fue el punto de partida, bendecido por Dios, de una extensa actividad apostólica. Por tanto, también la comunidad cristiana de *Derbe*, como las otras tres de Galacia, nació entre dolores. A esta hora de parto espiritual se refiere Pablo sin duda cuando escribe más tarde a sus gálatas amenazados por maquinaciones judaicas: «Hijos míos, de nuevo padezco dolores de parto por vosotros, hasta que Cristo obtenga forma en vosotros» (4, 19). Ciertamente, era un trabajo ímprobo conducir a esos hombres de la servidumbre espiritual, de los «elementos débiles y mezquinos» de su superstición, de su culto a la luna y a las estrellas, a la libertad

de los hijos de Dios, trabajo tan doloroso como el de una madre que de las tinieblas del seno materno saca a luz a su hijo. Si alguno ha querido tener a Pablo por un fanático, falto de sentimientos, lea tan sólo la Carta a los Gálatas a la luz ahora obtenida, y quedará conmovido por esta viva lucha de un alma que se entrega con un ardor inflamado y que se deshace en amor. Entonces entenderá el profundo dolor que estalla de la Carta a los Gálatas: ¡es el grito de una madre a quien se quiere quitar su cosa más querida, el hijo de sus entrañas!

También en Derbe podemos figurarnos que continuó la actividad de los apóstoles por lo menos un año entero, y que se extendió hasta los vecinos valles que rodean el lago Ak-Göl y la antigua Heraclea (= Eregli)⁵⁰. Que con esto no quedaron rotas las relaciones con Listra, Iconio y Antioquía tocantes al cuidado de las almas, y que Timoteo fue un mensajero siempre diligente, lo vemos por el solo hecho de que las comunidades allí dieron de él un brillante testimonio cuando Pablo volvió (Act 16, 2). Si además pensamos en que desde Licaonia también las confinantes Capadocia e Isauria recibieron la luz del Evangelio (Pedro dirige su primera carta asimismo a estas regiones), las cuales más tarde dieron a la Iglesia tan eminentes doctores, entenderemos el valor que tuvieron la predicación y los padecimientos del apóstol Pablo para el acrecentamiento del bien de las almas. Él mismo atribuye a sus padecimientos tan grande importancia, que los llama sencillamente un complemento de los padecimientos del Cristo místico en su Iglesia (Col 1, 24). Pero también una advertencia terriblemente seria habla a la cristiandad de todos los tiempos con motivo de la triste suerte de esta Iglesia de Galacia. Estas magníficas comunidades, que fueron fundadas entre tan indecibles padecimientos del Apóstol de las Gentes, ¿dónde están ahora? Al que viaja por estos países tan importantes en otro tiempo para la cristiandad, le embarga algunas veces con profunda pena el sentimiento de que cabalga sobre un vasto sepulcro, en el que está enterrada una Iglesia cristiana en otro tiempo grande, a la cual se ha juzgado que ni siquiera merece el trabajo de ponerle una lápida. ¿En qué está lo profundamente trágico de tantas fundaciones de iglesias cristianas en el Asia Menor, Armenia y norte de África? Sin duda principalmente en que se apartaron del espíritu de Jesús y de su más grande apóstol, en que hicieron poco caso de las advertencias del Apóstol en su Carta a los Gálatas, de las amenazas de san Juan en el Apocalipsis a las comunidades del Asia Menor, en que se empedernieron en el servicio de la letra y en exterioridades, degeneraron en sutilezas y celotipias nacionales, y en que finalmente se separaron también con ceguera de la única fuente de la renovación, que mana de la roca de Pedro. «Si

la sal se ha vuelto insípida, ¿con qué la salaremos?» (Lc 14, 34; Mt 5, 13; Mc 9, 50). Y así galoparon los jinetes del Apocalipsis con la verde bandera del profeta sobre aquella cristiandad convertida en una estepa salina. Aquí tenemos una seria advertencia que aplica a todos los tiempos y a todas las naciones.

Cerca de cuatro años habían pasado desde que Bernabé y Pablo habían dejado su comunidad madre de Siria. Frecuentemente en horas difíciles habrán suspirado por los hermanos, a los cuales sólo raras veces habían podido enviar una señal de vida por medio de viajeros comerciantes o guías de caravanas. Pablo también algunas veces, postrado en cama, pudo haber dirigido su mirada al sur: allí, a la otra parte del Tauro, a una distancia de sólo 200 kilómetros, estaba su querida Tarso. El muchacho de Tarso, cuando ponía los ojos en el norte, ¿había soñado en otro tiempo en tales aventuras, cuando la espada del Mesías brillaba ante su espíritu? Los misioneros hubieran podido llegar en pocos días a su patria por la región de Cilicia o de Siria. Pero la responsabilidad apostólica de las comunidades recién fundadas los volvió por el mismo camino. El cambio en la provisión de los cargos públicos había entre tanto alejado algunos peligros. Ahora comenzó un último trabajo de ahondar y organizar. En todas partes ordenaron de sacerdotes a excelentes varones, para que fuesen maestros de las comunidades. En ello habían de buscar la conciliación entre la disposición de ánimo y el amor a la libertad de los judío-cristianos. Habían además de inculcarles la gran máxima evangélica: «Por muchas tribulaciones hemos de entrar en el reino de Dios». Después del último acto religioso de despedida celebrado en Antioquía tomaron de nuevo el camino hacia *Perge* por las bramadoras gargantas del Tauro. Aquí se fundó la última comunidad. Volviéronse a su casa con trofeos de siete fortalezas conquistadas para Cristo: Salamina, Pafos, Antioquía, Iconio, Listra, Derbe y *Perge*. Pero todavía otra ganancia inamisible se llevó Pablo a su casa de este primer viaje de misión: había aprendido a domar su corazón impetuoso, su temperamento fogoso, bajo el influjo de los padecimientos, a sujetarlo bajo el yugo de la mansedumbre de Cristo y a transformarlo en una fuerte y perseverante paciencia.

IV. LA LUCHA POR LA LIBERTAD

18. *¿Moisés o Cristo?*

Act 14, 27-28; 15, 1-2.

Todavía con el bramido atronador de los torrentes del Tauro en los oídos, Pablo y Bernabé en el decurso del año 48, después de casi cuatro años de ausencia, como dos generales victoriosos volvieron a Antioquía por Seleucia y por entre los jardines y bosques de palmeras. No de otra suerte que en tiempo venidero Colón y sus compañeros, cuando volvieron en su viaje de aventuras, fueron recibidos los dos pregoneros del Evangelio por los superintendentes y fieles de la comunidad cristiana. Creyeron haber vuelto de un yermo a vivir de nuevo entre hombres; tan agradable y tan hermoso era aquí todo en comparación del escabroso y bravío país de Licaonia. Parecieron a sus amigos algo envejecidos y como agitados por tormentas de graves acontecimientos. «Pablo, ¿de dónde provienen las cicatrices de tu rostro?» El amor y la inteligencia de la alta significación de su empresa les daban contento. Fue un extraordinario regocijo en la comunidad, una brillante fiesta de misión, cuando los dos apóstoles dieron cuenta ante la asamblea de la calle de Singón de sus fundaciones, experiencias y padecimientos por Cristo. Pablo y Bernabé junto con la comunidad elevaron al cielo una solemne acción de gracias por «las grandes cosas que Dios había obrado por medio de ellos, y porque había abierto a los gentiles las puertas de la fe».

Cuando se hubo disuelto la asamblea de bienvenida, los apóstoles permanecieron reunidos largo tiempo con los superintendentes y hablaron sobre el estado del trabajo apostólico en Antioquía. «Ahora, ¿cómo van las cosas entre vosotros?» Entonces contaron los presbíteros cómo tampoco en Antioquía los hermanos entre tanto habían estado ociosos. En toda la Siria, subiendo hasta el Amanó, más aún, hasta dentro de Cilicia, florecía una corona de nuevas comunidades (Act 15, 23), de las cuales antes no se hablaba. «Y ¿qué experiencia habéis adquirido respecto de los judío-cristianos?» Entonces los presbíteros se miraron recelosos sobre si debían hablar de ello. «Si se continúa así, tememos que todo conduzca a una crisis. Los hermanos de Jerusalén no entienden nuestra situación. Nunca han salido de su patria. Dicen que nuestros recién convertidos del gentilismo no son verdaderos cristianos, y que ellos

no habían debido ser bautizados sin admitir antes la ley mosaica. Si no se pone remedio, la Iglesia se divide en dos partes.»⁵¹ Ésta era una amarga gota de acíbar, que ya en la primera tarde cayó en el cáliz de la alegría. Pablo vio su trabajo amenazado en lo esencial: si esta tendencia alcanzaba el predominio, entonces se había acabado con su obra, o había un cisma.

Ahora, pues, estaba en pie el problema en toda su grandeza como hacía tiempo él ya se lo había temido. Con los que antes de ser bautizados se habían convertido al judaísmo, no había ninguna dificultad. Pero el mayor número se componía de pagano-cristianos y medio prosélitos, los llamados «temerosos de Dios», los cuales no habían estado sino en floja conexión con el judaísmo. Hacer depender su admisión en la Iglesia de la circuncisión y de la ley ritual significaba reducir la Iglesia a la estrechez de la sinagoga y negar la universalidad de la redención. Admitirlos como medio cristianos en la Iglesia, al lado de los plenamente cristianos, que se componían de judíos y de convertidos al judaísmo, significaba formar en la Iglesia una agrupación exterior y otra interior, significaba crear prosélitos de la Iglesia y así poner en medio de la Iglesia cristiana el antiguo muro de separación como lo tenía el judaísmo. Esto significaba hacer del cristianismo una religión de raza, cuyo sumo valor estuviere ligado a la sangre judía. Admitirlos en la Iglesia, pero evitar la compañía de ellos en la mesa, significaba hacerlos parias cristianos. Había, pues, al mismo tiempo un problema *religioso* y otro *social*. Pablo fue el que lo conoció en toda su precisión y lo resolvió. Es, por tanto, una equivocación de nuestros días considerar a Pablo como agente de la raza judía, mientras que, al contrario, fue el que abrió camino a la libertad cristiana y a la universalidad de la Iglesia. Así se presentó el problema, visto desde *Antioquia*.

¿Cuál era el aspecto de la cuestión, vista desde *Jerusalén*? En la comunidad cristiana de esta ciudad vivían aún muchos discípulos que habían sido testigos de cómo el Señor mismo, nacido bajo la Ley, observó la Ley, aunque en sentido espiritualizado; que habían oído de su boca, que no había venido a anular la Ley, que no dejaría de cumplirse ni una letra de ella; discípulos a quienes las leyes sobre la pureza e impureza de los manjares, las prescripciones sobre el sábado, el apartamiento de la impureza pagana simbolizado y asegurado en el rito de la circuncisión parecían pertenecer a la más hermosa e inamisible herencia de sus padres; discípulos que veían en el cristianismo la más elevada y espiritualizada forma de sus antiguos usos, la más hermosa florecencia del judaísmo. La noble raza que había dado al mundo lo sumo, ¿debía acabar de repente, después de haber llevado su más precioso fruto? Así pensaban muchos, pero no los apóstoles de primera elección²⁶.

Según el testimonio unívoco de los Hechos de los Apóstoles, consta que los antiguos apóstoles de Jerusalén no defendían en modo alguno un punto de vista particular y estrecho. Si ya la religión del Antiguo Testamento representada por los profetas no era una religión nacional, si Jesús mismo había anunciado la universalidad de su religión y el apostolado universal de sus Doce, no podemos suponer que la comunidad primitiva de Jerusalén hubiese podido olvidar todo esto y no ver más allá de los límites del judaísmo. El acontecimiento de Pentecostés fue ya anunciado como un suceso que tenía significación para los pueblos de todo el mundo, conforme al profeta Joel. Pero Jesús no había querido traer la salvación en su persona sin historia, sino como consumidor de la promesa de salvación para todos los pueblos predicha en el Antiguo Testamento. Y la Iglesia por Él fundada debía ser la sostenedora de sus ideas de salvación para todo el género humano¹⁹.

Mas *la dificultad* estaba en esto: Cristo resucitado, que había dado el precepto de misionar a todos los pueblos, no había dado ninguna instrucción sobre las *condiciones* en que los gentiles debían ser admitidos en la Iglesia. Las circunstancias de cómo la misión se había de ejecutar, estaban en la obscuridad. No se sabía si la enseñanza que recibió Pedro con la visión de Joppe tenía valor general o sólo valía para un determinado caso de excepción. Se admitía esto último. Por eso no debemos juzgar con demasiada severidad a la comunidad de Jerusalén, si tardó en incorporar sin más en la comunidad del Mesías, como miembros equivalentes, a los fieles que procedían de los gentiles. Se quería resolver la cuestión caso por caso y dejarse guiar por los hechos de Dios en la propagación del Evangelio. Ésta era la opinión de los apóstoles en Jerusalén. Personalmente observaban la Ley, aunque sin exagerado cuidado, sin exceso, así como lo habían visto en su Maestro; pero sabían que la salvación venía únicamente de Cristo. El período en que una nueva religión ha de crear sus nuevas formas de expresión y su culto, es el más difícil. En el judaísmo, los ejercicios piadosos estaban muy bien formados. Por esto se atuvieron a ellos provisionalmente. También Pedro callaba y difería la decisión, esperando.

Pero de este prudente parecer se apartaban los muchos judío-cristianos convertidos del *fariseísmo*. Ellos, en el bautismo con el vestido de fariseos, de ninguna manera se habían despojado del espíritu de los fariseos⁵⁰. Bajo el influjo de estos hombres, el cristianismo de Jerusalén iba volviendo cada vez más al antiguo judaísmo. Más aún, ellos tiranizaban a toda la comunidad e intimidaban hasta a los apóstoles. En un punto, sin embargo, se ha de hacer justicia al judaísmo; hasta en su mayor extravío, nunca ha ido tan lejos que rebajase el Dios de la Revelación del Antiguo Testamento

a un Dios de los judíos o Dios de raza. Con ello estos judío-cristianos hubieran tenido que negar a todos los profetas. Su error fundamental consistía antes bien en esto: Dios es sin duda también el Dios de los gentiles, su Mesías el rey de todos los hombres; los gentiles podían ciertamente tener parte en su reino, pero no de la misma manera que los judíos. El monoteísmo y la ley moral querían compartirla bondadosamente con los gentiles, pero la esperanza mesiánica era una herencia de la familia de su pueblo. Sólo se podía ser ciudadano de este reino con plenitud de derechos siendo descendiente de Abraham o aceptando la circuncisión y con ella la incorporación al pueblo escogido. La Ley y la circuncisión debían facilitar la salvación como una especie de sacramento. La sangre y las leyes ceremoniales debían alcanzar y traer las bendiciones de Cristo, y por tanto el cristianismo sólo debía ser término, la coronación y la cumbre del judaísmo. Con esto quedaba puesta en duda la substancia del cristianismo, la única y exclusiva redención y mediación de salud por Cristo.

Estas ideas recibieron su más fuerte impulso de la venerable personalidad de Santiago el Menor, próximo pariente del Señor, que era la cabeza indisputable o — si podemos emplear esta palabra, que entonces todavía no existía — el obispo de Jerusalén. Refiere Hegesipo (EUSEBIO, *Historia Ecclesiastica* 2, 25) que Santiago era uno de los cuatro «hermanos del Señor que al principio no creían en Él y se oponían a su misión» (Mt 13, 56; Mc 3, 21; Ioh 7, 5). Sólo más tarde se le habían abierto los ojos. Él supo juntar, con el amor a Jesús, fidelidad a la Ley y vida ascética muy severa. Su cabello descendía en largas guedejas. Nunca había llegado a su cabeza una tijera. Nunca una gota de aceite para ungir tocó su cuerpo. Este Santiago, ya viviendo, había venido a ser su propio mito. Fue nazareno, esto es, consagrado a Dios, de por vida. Apenas podemos figurarnos qué santo respeto infundía este hombre con su vestido, porte y manera de vivir a todos los contemporáneos, judíos y cristianos, aunque no sea verdad más que la mitad de lo que notifica de él la tradición. No llevaba sandalias ni vestidos de lana; porque sólo se vestía de lino, únicamente él podía entrar en el santuario del templo, lo que estaba prohibido por lo demás a todo laico. Era célibe (lo cual, con todo, parece estar en contradicción con 1 Cor 9, 5) y vegetariano, no tomaba bebida alguna embriagadora, y estaba por largas horas orando en el templo de rodillas. Decíase que pasaba allí sus días, como Jeremías, para hacer penitencia por el pueblo y apartar de Jerusalén el castigo que amenazaba. Se le llamaba «el Justo» y «la defensa del pueblo». Contaban que no necesitaba más que elevar sus brazos al cielo para que se hiciese un milagro. Era la más impresionante expresión de lo numinoso de la

religión, la última y más pura personificación de la piedad del Antiguo Testamento, antes que ella se hundiese para siempre. En una palabra: una figura de patriarca de la Antigua y de la Nueva Alianza en una persona. Nadie se atrevía contra él, ni los fariseos ni los saduceos, ni los judíos rígidos ni los liberales. Ni siquiera Herodes Agripa. Cuando todos los apóstoles salieron de la ciudad, él solo permaneció allí. Por su causa muchos fariseos se habían hecho cristianos, aun sacerdotes de diversas categorías, los cuales, a lo que parece, al principio siguieron desempeñando al mismo tiempo el cargo de sacerdote judío. Por fuera, la iglesia de Jerusalén parecía una piadosa secta judía. De su secreto interior, su vida eucarística, nada sabía el mundo. El espíritu amplio de Esteban parecía extinguido por entero. El heredero de este espíritu fue Pablo.

En la iglesia madre se había formado, pues, alrededor de Santiago como centro (Gal 2, 12), un partido conservador, obstinado hasta el último extremo. Este partido, abusando del nombre de Santiago, envió algunos de sus extremados representantes a Antioquía, cuando llegó a Jerusalén la noticia de que Pablo y Bernabé habían vuelto, habían fundado una grande Iglesia de gentiles y llevado adelante sus ideas asimismo en la comunidad antioquena. Los enviados fueron recibidos por los superintendentes con veneración; pues detrás de ellos era visible la sombra de un hombre del todo grande. Pero se sintió un escalofrío cuando los recién venidos se lavaban las manos después de cualquier contacto casual con un pagano-cristiano y no aceptaban ninguna invitación a ir a una casa cristiana. Pues con un incircunciso no se podía comer en una misma mesa, y mucho menos de un plato común, como entonces era usual en el Oriente. Esta gente no había sentido el soplo del Espíritu de Pentecostés y en todas partes preveía peligros. Pero cuando aun en el ágape de la tarde del sábado se aislaron, comiendo en mesas puestas aparte, y declararon en pública asamblea a los antioquenos: «Si no os hacéis circuncidar, no podéis salvaros», descargó la tormenta. Debíó de haber sido recia, pues Lucas en este pasaje habla directamente de un «tumulto» (Act 15, 2). Pablo y Bernabé habían llamado siempre a los pagano-cristianos, «santos, elegidos e hijos de Dios», «ciudadanos y domésticos», pero por estos piadosos de Jerusalén fueron tratados como «impuros», como «pecadores», como «extranjeros y sin carta de vecindad», y se los desposeyó del cristianismo. Inútilmente opusieron los dos apóstoles que, tiranizando de este modo toda la manera de vivir, hasta en las particularidades de la lista de los manjares, y hasta en la vida más íntima de la familia, nunca se podía ganar al libre mundo griego, y que con la circuncisión, tenida por indecorosa y mofada por los gentiles, se repelía precisamente a los hombres. ¿Cómo sería posible todavía

una vida social? La circuncisión significaba para los adultos una operación no exenta de peligro. La ida a los baños públicos quedaba entonces excluida, de suerte que, como decía san Pablo (1 Cor 7, 18), algunos judíos procuraban ocultar hasta la señal de su origen con la ayuda de una intervención quirúrgica. La Ley de Moisés consideraba los matrimonios mixtos como una deshonestidad y un crimen. Si, por tanto, un judío convertido a Jesús quería casarse o se había casado con una cristiana de origen griego, con la cual estaba de acuerdo en el amor a Cristo, había de oír que se ultrajaba esta unión, a sus ojos matrimonial, como fornicación⁷⁸. Y las leyes de los manjares traían consigo todo un ovillo de casos de conciencia. Para vivir conforme a la Ley, era preciso tener carnicerías propias, y en cada compra, en cada invitación había que informarse del origen de la carne (1 Cor 8, 4; 10, 25)³⁰. En una palabra, se estaría separado del resto del mundo por un muro social. El cristianismo vendría a ser una pequeña secta, pero no una religión universal. Mas lo peor era que esta gente había abierto no solamente un abismo social, sino también dogmático. Pues en último término se presentó la cuestión sobre si se salvarían los hombres por la Ley o por la gracia de Cristo. Pero todo fue inútil. Parecía una imposibilidad vencer la barrera de los prejuicios judíos y la educación judía.

Sin embargo, el Espíritu Santo sopló y la barrera cayó. Dios dio a los apóstoles sabiduría y firmeza, y por su gracia Pablo fue el instrumento elegido para terminar una obra que era necesaria para la formación de una Iglesia verdaderamente católica, esto es, universal. Había de darse una rápida decisión fundamental por la suprema autoridad de Jerusalén. Para Pablo, en este viaje a Jerusalén rápidamente determinado, se trataba de dos cosas: de la victoria de la *libertad cristiana* y del reconocimiento de su *dignidad de apóstol* por parte de la Iglesia madre.

19. El concilio de los apóstoles

Act 15, 1-34. Cf 2, 1-10.

En el acompañamiento de Pablo vemos esta vez a un joven hasta ahora desconocido. Es un antioqueno, por nombre *Tito*, a quien Pablo había ganado para el cristianismo en el último tiempo. Pablo hacía grande aprecio de este adolescente. En él va a tener a uno de sus más fieles discípulos y más enérgicos auxiliares, al cual empleará también en difíciles misiones (2 Cor 7, 15). Llámale una vez su «hijo genuino en la fe común». A este excelente joven tomó consigo Pablo, por decirlo así, como trofeo de victoria, como «viva demostración de los nobles frutos que habían crecido ya en el árbol de la

Iglesia de los gentiles»⁵⁰. Creyó que al atractivo de este joven pagano-cristiano apenas se podría resistir en Jerusalén. Pablo había de engañarse.

La ida a Jerusalén (tal vez en el otoño del 48) fue un verdadero viaje triunfal. En Fenicia los viajeros se internaron en el país, visitaron las comunidades de Tiro y Sidón, Tolemaida y Cesarea, luego anduvieron tierra adentro por Samaria y Judea. En todas partes se escuchaban con entusiasmo sus descripciones de la entrada de Cristo entre los gentiles. Así finalmente Pablo y sus compañeros, después de algunas semanas, llegaron a Jerusalén. Si quisiéramos comparar la entrada de esta delegación con la de los participantes en el Concilio de Constanza, sería de un efecto lastimoso. Y, sin embargo, ninguno de los concilios ulteriores tuvo que afrontar una decisión de tan grande alcance como el Concilio de los Apóstoles. En cierto modo, éste fue el modelo de los concilios futuros, y sin él no habría sido posible celebrar los demás.

La *Iglesia de Jerusalén* se componía de tres grupos: los apóstoles, el consejo de los ancianos y los hermanos. Entre los apóstoles sobresalían tres «columnas»: Santiago el Menor, Pedro y Juan. Había en el ambiente amagos de tempestad. Se puede sin duda suponer que precedió a las negociaciones una solemnidad religiosa con ágape y eucaristía. Con silencio sepulcral escuchó la comunidad la relación de los misioneros. Después que hubieron terminado, oyóse en la asamblea un murmullo de general aprobación. La conversión de los gentiles fue tenida como la señal más segura del reino mesiánico. Pero el grupo muy influyente de los judaizantes y fariseos sólo de mala gana estuvieron conformes con la aprobación general. Luego que la comunidad hubo a una glorificado a Dios y dádole gracias, suscitaron ellos la cuestión, y aquí se mostró la desavenencia en su irreconciliable profundidad. Ni siquiera el hecho de que el mismo Espíritu Santo había decidido en favor de los gentiles, hizo efecto en estos hombres testarudos. Sólo replicaron: «Hay que circuncidarlos y obligarlos a guardar toda la Ley de Moisés». El que Pablo se hubiese atrevido a llevar consigo para la asamblea de los santos a este Tito, lo tomaron como un reto, y exigieron que se ejecutase en él el rito sangriento. Ésta fue para Tito una situación en extremo penosa. Conocióse que era menester todavía mucha oración y tranquila deliberación, antes que pudiese tomarse una resolución. La asamblea, que había comenzado tan llena de entusiasmo, degeneró en una escena torracosa. Y así se separaron esta vez sin decisión. La solución había de lograrse en un círculo más estrecho.

Pablo escribe en su Carta a los Gálatas (2, 5), en una cláusula algo tortuosa y gramaticalmente incorrecta, que en ningún momento había cedido a la exigencia de hacer circuncidar a Tito. Se advierte

en la atormentada sintaxis, que el dolor y la excitación todavía después de años seguían agitando al Apóstol. Otros piensan que Pablo, al escribir este pasaje, estaba abrumado por el sentimiento de una derrota, de suerte que la gramática le salió mal. Lucas omite la historia de Tito, conforme al carácter conciliador de su libro y quizá también por respeto a su pariente. Para Pablo, el problema estaba planteado así: La cuestión fundamental sobre si la circuncisión era necesaria para la salvación, y sobre si su método de misión era acertado, había de decidirse dogmáticamente. Ella era sólo una parte de otra cuestión mucho más grave: si la salvación procedía únicamente de la gracia de Cristo. Si esta cuestión estaba decidida, entonces podía él, sin exponerse a sí y el Evangelio, admitir tranquilamente la circuncisión en un caso particular por excepción, si un punto de vista superior, la conservación de la paz, lo hacía conveniente. Así obró él más tarde en el caso de Timoteo. Es uno de los más oscuros enigmas en la divina dirección de la Iglesia el que deje tan ancho campo a la libertad y limitación humanas. Pero, ¿no nos ofrece la historia muchos enigmas semejantes? Aquí nada mejor podemos hacer que lo que hizo el divino Maestro con clara previsión de lo futuro, cuando oró: «¡Padre, haz que sean una misma cosa!» Pero si no, no nos dejes caer en la tentación de desconcertarnos por tu divina providencia, la cual todo lo endereza para el bien, aunque el enlace de los hilos permanezca oculto.

Pablo utilizó el intermedio para negociar privadamente con los tres apóstoles principales. En la Carta a los Gálatas los llama tres veces «los más autorizados», no como insulto a los antiguos apóstoles, como podría dar a entender la poco feliz traducción de la Vulgata, sino con un ligero tinte de ironía contra los que dudaban de su dignidad de apóstol. Los antiguos apóstoles debieron ellos mismos persuadirse de que él estaba enteramente en el terreno del Evangelio como ellos. Nada pudieron borrar ni nada añadir. El título de *Apóstol de los Gentiles*, que Pablo reclamaba, fuele ahora confirmado oficialmente. Con esto se dio el mismo valor a la visión de Damasco seguida de su conversión y vocación, que a la vocación de los antiguos apóstoles y a las demás apariciones de Cristo resucitado. En estas conversaciones debió de ser cuando Pablo concretó en esta fórmula clásica la ganada inteligencia sobre la limitación de los territorios de misión entre él y Pedro: «¡A ti el Evangelio entre los judíos, a mí el Evangelio entre los gentiles!» Estaban enteramente concordes en que la redención únicamente viene de la gracia de Cristo. En aquel día los tres apóstoles principales alargaron la mano a Pablo para hacer la alianza y sellaron la división de los territorios de misión, aunque no en el sentido exclusivo. Pues cada uno había recibido del Señor el apostolado universal. Si los tres

hombres no se hubiesen avenido con Pablo, las consecuencias para el cristianismo hubieran sido incalculables. Pero el amor a Jesús, que todos por igual llevaban íntimamente en el corazón, fue más fuerte que todas las desavenencias.

Finalmente llegó el día de la *decisión*. Después que los partidos hubieron discutido suficientemente, se levantó Pedro. Su discurso es una obra maestra. Habla como un hombre que tiene poder y autoridad, apela no quizá a Pablo, sino a su propia experiencia y propio conocimiento del decreto de Dios. En tres puntos presenta la cuestión de una manera clara y diáfana: 1. Dios mismo ha tomado ya la delantera en este negocio, cuando me dio el encargo de bautizar al pagano Cornelio. 2. La antigua Ley no se puede cumplir en su totalidad, dada la impotencia moral del hombre. 3. La salvación es únicamente obra de la gracia, que dirige las cosas libremente. Con este prudente discurso quedaron allanados los caminos a Pablo y Bernabé y dispuestos favorablemente los corazones para aceptar su parecer. Pablo con prudente respeto cedió la precedencia a Bernabé, porque éste era el hombre de confianza de la Iglesia de Jerusalén. No tuvieron más que hacer, que dejar hablar los hechos mismos: que el Espíritu Santo no había puesto ninguna diferencia en la repartición de sus dones, la profecía y la virtud de hacer milagros. Una puerta que Dios mismo había abierto, no debe el hombre cerrarla.

Si el discurso de Pedro había sido un grave golpe para el partido judaizante, tenía todavía en la mano una última carta que jugar, en la cual ponían toda su confianza: su «emperador secreto», *Santiago*. Pablo mismo no había podido verle ni hablarle sino brevemente y de pasada, no había penetrado el secreto de este hombre. Callado, sin descubrir sus pensamientos interiores ni siquiera con un gesto, Santiago había estado sentado todo el tiempo, con su seriedad solemne y al mismo tiempo tan afable. Salía algo solemne de esta pálida figura de asceta que imponía veneración. Ambas partes esperaban, suspendido el aliento, su voto. Llana y sencillamente se adhiere a la opinión de Pedro, de que el decreto de salvación de Dios tenía valor incondicionalmente para todos los hombres. Pero, a diferencia de Pedro, alega — como genuino descendiente de David — el Antiguo Testamento, el testimonio de los profetas, especialmente de Amós, que había predicho una realeza mesiánica de estirpe davídica para todos los pueblos. Dijo que la legitimidad de la conversión de los gentiles era voluntad de Dios. La Ley mosaica, cuyo meollo era la circuncisión, quedaba con esto desposeída de todo derecho e invalidada. Pero a los judaizantes dio Santiago todavía una píldora de consuelo con la observación de que la Ley no estaba en peligro; pues siempre habría una raza santa de gentes,

que leen la Ley de Moisés en la sinagoga y realizan su ideal. Para hacer posibles unas relaciones fraternales entre ambas partes, recomendó una *propuesta de mediación*, que podrían aceptar aun los antioquenos. Propuso que los pagano-cristianos, para acelerar la fusión de las dos mitades, tuviesen amorosa consideración a los sentimientos de los judío-cristianos, y a la verdad en tres puntos especialmente delicados para los judíos: 1. Ninguna participación en las comidas de los sacrificios paganos, a la cual podía dar tan fácilmente ocasión el trato social con amigos y parientes paganos. 2. Conservarse puro de la inmoralidad sexual acostumbrada en los paganos, más aún, muchas veces hasta sancionada religiosamente en las solemnidades de los templos. Con ello no se implica tan sólo la prohibición del matrimonio entre ciertos grados de parentesco, sino ante todo el descarado trato de los paganos con prostitutas, y el vicio nacional griego de pederastia. 3. Observancia de una ley sobre los manjares, a saber: el uso exclusivo de carne ritual en las comidas (comunes), por tanto, la abstención de comer carne de animales ahogados, esto es, no matados según la regla judía, y de no comer sangre, esto es, de comer carne que no haya perdido totalmente la sangre [n. 9]. El horror a comer sangre era desde hacía miles de años una propiedad característica de la raza semítica fundada en la opinión de que en la sangre moraba una fuerza misteriosa, el alma misma. Muchos atribuían a los demonios una especial avidez de sangre, y temían tragarse un demonio si comían carne que no hubiese perdido toda la sangre (ORÍGENES, *Contra Celso* 8, 30)⁷⁸ También era común en muchos pueblos la aversión a comer la carne de ciertas clases de animales. Es curioso que ni un hombre tan entero como san Bonifacio pudo librarse de tales prejuicios heredados de los tiempos judío-cristianos, y que, aunque era germano, tenía graves dudas sobre si se podía comer la carne de caballos, conejas, cigüeñas o tocino, y por eso se había dirigido hasta con consultas a Roma.

Esta prohibición de manjares no era de fácil imposición. Con ella «quedaba excluida toda carne de mercado, y para proveerse de carne sólo se debía acudir al carnicero judío, o si él nada vendía a los cristianos, a un matarife especial»³⁰. En el mercado (*macellum*) no se podía distinguir la carne de víctimas de otra carne. En sí la prohibición era inocua, y por eso podía aceptarse por especial consideración a los «flacos en la fe», como dice san Pablo (Rom 14, 1). Pablo, para quien todas las formas exteriores y todo lo que no pertenecía al mundo del alma y de la conciencia eran cosa frívola, cuanto a su persona hasta estaba dispuesto a vivir de un modo vegetariano, si con ello podía ganar un alma o preservarla de escándalo. La propuesta de mediación se aceptó después de larga dis-

cusión. Si también Pablo dio formalmente su asentimiento, no se infiere claramente del texto. Mas es bien singular que nunca menciona en sus cartas el decreto de los apóstoles, ni siquiera en su doctrina sobre la carne de las víctimas (1 Cor 8).

Los apóstoles habían sabido elevar la discusión de la estrechez de ánimo humana a un plano superior, donde podía obrar el Espíritu Santo. El sentimiento de esta *dirección superior* fue muy fuerte y se expresó en la carta a la comunidad de Antioquía: «Ha placido al Espíritu Santo y a nosotros». Los cuatro antiguos *caracteres distintivos* de la Iglesia habían aparecido de manera magnífica: Por la admisión incondicional de los gentiles bajo la autoridad de los apóstoles se reconoció la Iglesia como *católica* y *apostólica*; el conservarse pura de la idolatría y el refrenamiento de la vida sensual en medio de una civilización disoluta y corrompida hizo brillar alrededor de su frente la aureola de la *santidad*; el lazo de la *unidad* y el amor debía comprobarse en que los hermanos bien acomodados de las nuevas comunidades remitiesen a la empobrecida Iglesia madre de Jerusalén el tributo de sus dádivas. Pablo, que con su persecución de otro tiempo había contribuido también a la ruina económica de la comunidad madre, se alegraba interiormente de que pudiese reparar algún tanto su falta de semejante manera. Por eso la colecta para Jerusalén representa tan gran papel en sus cartas.

Todo el decurso del sínodo fue un modelo de encadenamiento de lo divino y lo humano. Por la dinámica humana también en la Iglesia el desenvolvimiento ha de ser impelido continuamente hacia delante, por la estática divina ha de permanecerle conservada con el origen divino la unidad orgánica y la continuidad.

La resolución del sínodo fue llevada a Antioquía en una carta apostólica por dos delegados con un considerable séquito a la manera de los orientales, en compañía de Pablo, Bernabé y Tito. También en la elección de los dos delegados se expresó la unidad recién consolidada: eran Judas Bársabas de Jerusalén, cristiano de primera hora, probablemente hermano del apóstol Matías y por tanto miembro de una familia que conoció a Jesús mismo, y Silas o Silvano, un helenista, procedente, como Pablo, de la diáspora, con un nombre judío y otro latino y el derecho de ciudadanía romana. Ambos estaban dotados del don de profecía. Como representantes imparciales de la Iglesia de Jerusalén, debían exponer oralmente el alcance del decreto. En la asamblea de Antioquía, en la cual se presentó, se leyó y explicó la carta, reinó indescriptible júbilo. Judas y Silas no podían acabar nunca de contar la impresión que Pablo y Bernabé habían hecho en los antiguos apóstoles, con lo que habían ejecutado en su misión, y la victoria espléndida que alcanzaron. Judas se volvió a Jerusalén; pero a Silas le pasó lo que en

su tiempo a Bernabé; quedó vencido del encanto de esta libre y magnífica ciudad de vigorosos aires y actividad poderosa, que se ofrecía como dilatado campo de acción misionera.

20. *El día crítico de Antioquía*

Gal 2, 11-21; Act 15, 35.

Una tradición popular, que ve lo pasado en una luz aureolada, suele presentar a Pedro y Pablo unidos en amistad cordial, nunca enturbiada. Es doloroso tener que decir que no siempre fue así, que hubo un día que puso su amistad a dura prueba. Y esto sucedió de esta manera:

El decreto apostólico de Jerusalén, con su transacción para la reconciliación de las dos direcciones, no había traído una completa aclaración. Se puso en evidencia que sólo fue una *solución a medias*. Para el logro de la práctica unificación no se había hecho resaltar con bastante viveza el punto de vista *teológico y religioso*, de que la redención se debía exclusivamente a la gracia sin las obras de la Ley. Tampoco la cuestión *social* sobre la comunión de mesa y el porte de vida se había resuelto enteramente. No se había dado respuesta clara a la cuestión decisiva para las comunidades de la diáspora sobre qué parte debía determinar el porte de vida en las comunidades mixtas y si la exención cristiana de la ley ritual se extendía sólo a los pagano-cristianos, al paso que los judío-cristianos estaban obligados a continuar llevando toda la carga de la Ley. Si así era, entonces había de nuevo dos clases de cristianos: la fiel a la Ley, la de los puros y perfectos, y la exenta de la Ley, la de los impuros e imperfectos. Aun cuando los pagano-cristianos cumplían con las leyes sobre los manjares prescritos por el concilio apostólico, los judío-cristianos de la más rigurosa observancia no se creyeron autorizados interiormente para tratar con ellos libremente y tenerlos por iguales a ellos. A sus ojos seguía existiendo un abismo entre el impuro vástago de un pueblo pagano y el verdadero hijo de Abraham. Había algo grandioso en este orgullo de raza, pero una Iglesia universal no se podía establecer sobre él. Todas estas cuestiones prácticas no se habían decidido en Jerusalén a causa de la borrascosa disposición de los ánimos que allí reinaba.

Hacía algún tiempo, *Pedro*, en viaje de inspección, había llegado también a Antioquía y llevado consigo a su predilecto, el joven Juan Marcos. Quedó encantado de la confianza de estos pagano-cristianos, de su espíritu juvenil y del espíritu de comunidad cristiana. Acomodóse sin dificultad a las usanzas del lugar. Los antioqueños estaban orgullosos de ver entre ellos a la venerada cabeza suprema

de la Iglesia. Pedro trataba con las familias de la manera más llana y afectuosa, participaba en las tardes de sábado en los ágapes, los cuales, por el espíritu de hermandad, constituían la mejor preparación para el banquete eucarístico. No preguntaba si los manjares eran puros o impuros según la Ley judaica, ni rehusaba «asado de liebre, carne de puerco o una anguila del Orontes»⁵⁶. Nunca en su historia la ciudad de Antioquía había visto dentro de sus recintos tal multitud de varones apostólicos reunidos. Los judaizantes de Jerusalén tenían congoja por Pedro. No pasó mucho tiempo sin que la «gente que rodeaba a Santiago» enviara espías. No se atrevieron, es verdad, a combatir los decretos de Jerusalén, pero con su soberbio apartamiento de los pagano-cristianos hicieron la situación sumamente desagradable. Estaban resueltos a hacer llegar las cosas al último extremo. Pablo vio con dolor cómo su amigo Pedro, con el ejemplo de estos excesivamente piadosos, se volvió inseguro, se dejó intimidar, se retiró cada vez más del trato social, de toda participación en los convites, y hasta en el ágape se apartaba de los demás, yéndose a comer en mesas separadas con los recién venidos y los judío-cristianos. Pablo vio con aflicción que hasta Bernabé imitó la conducta equívoca de Pedro como único expediente en las actuales circunstancias. Los demás miembros de la comunidad, con el singular proceder de Pedro, se sintieron mortificados en sus sentimientos cristianos, y postergados y tratados como cristianos de segunda clase. Lo que más profundamente conmovió a Pablo, fue esto: Como la disciplina eclesiástica ha de proceder de la convicción interior, con aquella hipocresía quedaba también oscurecida la fe en el punto más esencial y puesta en duda la alcanzada victoria de Jerusalén. Para él no había aquí ningún expediente. Fe y conducta no se pueden separar. Aquí estaba expuesta la fe y con ella toda la obra de la redención. Pablo y Pedro eran en el fondo de la misma convicción, iban llevados de la misma intención de evitar una disolución de la comunidad. Pero Pablo era mejor conocedor de los hombres. Conocía muy bien a sus anteriores correligionarios farisaicos para no saber que interiormente no habían dado su asentimiento en Jerusalén, que sus pretensiones eran insaciables, y que por rodeos querían deshacer los decretos de Jerusalén.

Ahora, por tanto, estaba de nuevo ante él el antiguo espectro que amenazaba destruir su obra. ¿Qué debía él hacer? El acongojado Pedro no podía ser movido a volver a la anterior manera de vivir. Perplejo y sonriente, se negaba a toda invitación. Por largo tiempo pudo Pablo haber luchado consigo en la oración, hasta que se resolvió al último extremo, aun con peligro de ofender a sus dos mejores amigos. Siempre había dado a conocer que para él no había ningún respeto a carne y sangre, cuando se trataba de Cristo.

A esto naturalmente sólo podía atreverse un san Pablo, y lo hizo seguramente sólo movido por una voz divina interior. Él tenía conciencia de que ejecutaba un encargo de su Cristo celestial, el cual en su vida terrenal había tenido que sostener repetidas veces a Pedro vacilante. Los adversarios creían ya ganado el campo, apoyados en la conducta de Pedro. En una asamblea pública la contienda vino a encenderse espontáneamente. Hubo seguramente escenas violentas, dado el carácter apasionado de los orientales. Pedro procuró justificar su conducta. Había llegado la hora para Pablo. Dio cumplimiento a su alto deber de una manera digna. La palabra «le resistí cara a cara» no tiene en griego ninguna significación hostil, como quizá lo hace sospechar la traducción de la Vulgata, sino sólo quiere decir: abiertamente, y no por detrás. La seriedad y la claridad de su demostración consiguieron también esta vez la victoria.

Los dos apóstoles más autorizados, frente a frente: era una escena que nos hace estremecer. No se puede rebajar la escena reduciéndola a una ligera diversidad de opinión o a un mero arrebatado de temperamento. Pablo reprendió a Pedro su simulación, hízole ver que no seguía el recto camino de la verdad evangélica, que había contradicción entre su íntimo pensar y su conducta, que bajo una aparente condescendencia violaba los derechos de una parte de la Iglesia y ponía en peligro la fe. En Pedro y Bernabé no se trataba de un error dogmático, pero su vacilación podía dar peligroso motivo a un error religioso fundamental de los otros, el cual hubiera herido al cristianismo en su substancia.

Pablo en su Carta a los Gálatas nos ha esbozado el contenido del discurso que entonces dirigió a los judaizantes. Hasta en esta abreviada exposición se advierte, por la sintaxis incorrecta y las oraciones más empujadas que habladas, que son difíciles de entender y de traducir, el ardiente aliento de una santa pasión e interna emoción (cf. el análisis hecho por PRAT³⁶).

1. Todos nosotros — dice —, tú y yo y Bernabé y todos los otros, que estábamos acostumbrados a considerar a los gentiles como pecadores por naturaleza, somos judíos de origen. Pero sabemos, por nuestra íntima conciencia religiosa, que el hombre no puede salir aprobado ante Dios, ni merecer su favor, ni por el propio cumplimiento moral de la ley natural, ni por las obras legales (sacrificios, prescripciones de purificación, circuncisión), ni en general por ningún acto humano. Con esta persuasión nos hemos hecho fieles de Cristo y hemos renunciado a la observancia de la Ley. Volver ahora atrás y arrastrar consigo también a otros es una contradicción.

2. Precisamente confiando en la superabundante gracia de la redención de Cristo nos hemos libertado de la Ley y hemos obrado hasta ahora conforme a esta confianza. Si esto fuese pecado, enton-

ces el pecado recaería en Cristo, autor de nuestra fe. Si por el abandono de la Ley fuésemos pecadores, entonces estaría fundado vuestro reproche contra mí de que hago a Cristo fautor del pecado. Al contrario, vosotros hacéis a Cristo servidor del pecado, por cuanto con el restablecimiento de la Ley tacháis de pecado su inobservancia de la Ley. Aquí vale el principio: Si vuelvo a edificar algo que antes he derribado, nuestro, por el hecho, que he cometido una falta. Si con la aceptación del Evangelio he reconocido la insuficiencia de la Ley y la he derribado como un edificio caedizo, y ahora vuelvo a levantar el edificio caedizo, nuestro que he obrado con precipitación y de un modo pecaminoso, y digo con esto: ¡La gracia de Cristo sola no es suficiente!

3. La Ley está muerta, abolida, desposeída de derecho, privada por la muerte de Cristo de su fuerza obligatoria. Sobre la base de la Ley de Moisés, Cristo ha sido condenado a la muerte de cruz. Con esto la Ley se ha anulado a sí misma, se ha mostrado insensata e ineficaz, se ha vencido a sí misma. Ya que el cristiano está con Cristo en comunidad de vida y muerte, también él está muerto a la Ley, y la Ley ha terminado para él. De la muerte de Cristo ha venido a resultar *nueva vida*. Cristo es nuestra vida nueva. Este razonamiento del Apóstol es místico. Pero manifiestamente esta mística paulina no era extraña a sus oyentes, ni tampoco a sus gálatas, sino que fue por ellos juzgada exacta. No ya la Ley y su cumplimiento es el principio formativo de la personalidad cristiana, de la vida cristiana personal, sino Cristo mismo, esto es, el misterioso habitar místico de Cristo en nosotros por el santo *Pneuma*, el soplo del Espíritu de Pentecostés.

Éstos eran argumentos de mucho peso, pero el de más peso era Pablo mismo en su *enajenamiento de amor a Cristo*, cuando manifestó el más íntimo secreto de su alma: «¡Con Cristo estoy crucificado! ¡Yo vivo, o antes bien soy vivido, otro vive en mí, es fundamento de mi vida: Cristo! ¡Mi vida sólo tiene valor para mí, por la fe en Cristo, que me ha amado y se ha sacrificado por mí!» Aquí estalla una vez más con ímpetu en su interior el místico amor de Jesús, el ardor retenido de su *experiencia de Damasco*. Su interior se hace visible. Y ahora sabemos por qué Pablo sentía tan profundamente, y más profundamente que cualquier otro apóstol, la oposición entre la Ley y la gracia, porque ninguno de ellos había pasado por semejante experiencia.

Es mérito inmortal desan Pablo el que haya penetrado la cuestión en sus últimas causas y consecuencias. Es otra etapa de su lucha histórica contra la idolatría judaica de la propia raza, como si ésta fuese un vehículo necesario de la redención. ¡Con qué perspicacia lo veía todo este hermano Pablo!

Pedro y Bernabé fueron lo suficientemente grandes y humildes para ver su falta, y la situación estuvo salvada. Ciertamente pudo haber quedado por el momento cierta desazón, un amargo dejo. Pues hasta los hombres santos no pueden sufrir tan fácilmente una corrección pública. Pero más tarde desaparecieron todas estas desazones, el martirio común alejó todo turbio residuo terreno y la historia ha difundido su glorioso esplendor sobre aquella desavenencia y con razón ha puesto juntos como hermanos a ambos apóstoles como en la vida así también en la muerte.

La escena de Antioquía se consideró muchas veces como un penoso acontecimiento, como si con ella hubiese sido perjudicada la *autoridad de san Pedro*. Un concepto exagerado de la autoridad está en la misma base de este sentimiento, el cual, sin embargo, no está fundado en el Evangelio. Los tiempos posteriores han sido más sensibles y angustiosos en la cuestión de la autoridad. Pero en un principio no fue así. ¿No había dicho el divino Maestro: «El que de vosotros es el mayor, hágase servidor de todos... No os dejéis llamar doctores y maestros: uno es vuestro maestro, Cristo»? ¿Cómo fue ello, pues? Dos varones amables, francos, beneméritos, amantes de Cristo habían discutido una grave divergencia de opinión en presencia de toda la Iglesia. ¡Ojalá Dios hubiese querido que no hubiese habido en la Iglesia un escándalo mayor! ³² No debemos trasladar nuestra manera de pensar de hoy al tiempo de entonces, ni tampoco a conocidos casos y escenas de la Edad Media. Son anacronismos del sentimiento y del juicio. Nadie en Antioquía lo tuvo por una indigna humillación de san Pedro. Pensaban entonces de un modo mucho más sencillo y natural, sentíanse juntos como en una familia. El Espíritu Santo, la altura espiritual de la joven Iglesia ayudaba a pasar por encima de todas las asperezas. La humildad de Pedro, la manera afectuosa con que alargó la mano, quizá con ojos húmedos, a su hermano Pablo, desarmó a todos los que habían proferido palabras acerbadas sobre su conducta. Pedro conoció que Jesús había hablado por boca de Pablo, y una lágrima hermosa se le cayó de los ojos, como entonces, en aquella noche del viernes santo.

Escenas semejantes debían repetirse varias veces en el decurso de la historia de la Iglesia. La Providencia permitió este suceso al comienzo de la Iglesia para enseñanza y para consuelo de todas las generaciones posteriores. Un hombre espiritual dijo una vez: ¡Uno de los libros más provechosos de la hagiografía sería un libro, no sobre las virtudes, sino sobre las faltas de los santos! Para un gran espacio de tiempo tenemos ya semejante libro: ¡la Sagrada Escritura! Con inflexible sinceridad nos describe al lado de la grandeza asimismo la flaqueza de sus héroes humanos. Es un consuelo saber que también en los grandes del reino de Dios la gracia del cielo tuvo

trabajo de larga duración. Pero en una cosa todos estos santos fueron iguales: en su amor y entrega sin límites a Jesús. En el caso más grave pudo ser Pedro tan decidido como Pablo y los dos hijos del trueno: cuando se trató de morir por Cristo. Vemos cómo en la escuela de Cristo formadora del carácter queda un gran campo para el desenvolvimiento del temperamento personal. Si uno hubiese dado la enhorabuena a Pablo en aquel día por su victoria, éste habría dicho: ¡En Cristo no hay vencedores ni vencidos!

Con este episodio desaparece san Pedro de la biografía del Nuevo Testamento. Es el último rasgo de la vida que la historia sagrada refiere de él. Ulteriormente hallamos sólo dos cartas, que llevan su nombre, y que muestran un fuerte arrimo a la doctrina de Pablo. ¿Es ésta una salida sin gloria de la escena? No, ciertamente. Es uno de sus más hermosos rasgos el aceptar de un hermano la verdad, humilde y sinceramente, sin segundas intenciones, por puro amor a Jesús.

Hay días, en la historia de la Iglesia, en que se puede notar palpablemente la dirección sobrenatural. El cristianismo encerraba, en sus comienzos, grandes contrastes. Sin el Espíritu Santo, estas oposiciones hubiesen deshecho el joven organismo. Si representásemos la cosa de una manera algo convencional, podríamos decir: Pedro-Santiago significa la ley, Pablo la libertad cristiana, la cual, sin embargo, es la suprema responsabilidad ante Dios. Sobre la ley de la tradición religiosa está fundada la Iglesia como sobre una roca. Pero: «¡No apaguéis el espíritu!», clama Pablo (1 Thess 5, 19). ¡Pedro y Pablo no se contraponen; son hermanos! La ley viene fácilmente a endurecerse si no la revuelve el espíritu paulino. Puede haber tiempos en que la libertad paulina esté amenazada, en que el tentador asalte a Pedro. Entonces ha de levantarse Pablo. Pero también hubo tiempo en que la tradición petrina estuvo amenazada. Entonces había de intervenir Pedro. En el sentido exclusivo no hay una Iglesia petrina ni una paulina, ni una superación de ambas por una Iglesia juanina del porvenir... Pues Pedro, Pablo y Juan son discípulos del Señor de igual condición, y el espíritu de Cristo lo contiene todo.

¡Todavía una pregunta! ¿Por qué los *Hechos de los Apóstoles* nada dicen del día de Antioquía? Que Lucas no tuviese conocimiento de él, es imposible, especialmente siendo él mismo antioqueño. Aquí hay un problema. Mas la Sagrada Escritura nos ofrece muchos enigmas semejantes. No es necesario para la salvación resolverlos todos. Hemos de tener siempre ante los ojos, que Lucas no es solamente historiador, sino también un hombre eclesiástico consciente de su responsabilidad. Como Tácito, sabe caracterizar con pocas palabras personas y situaciones, sabe poner las luces y acen-

tos adecuados. Si no dice nada, es ello también de importancia. Como escritor sagrado escribe en primera línea para su tiempo, no para producir impresión en siglos posteriores. Donde lo requiere un determinado fin, un determinado interés de la Iglesia, que nosotros los posteriores no conocemos, entonces sacrifica tranquilamente no la verdad histórica — ¡no plegue a Dios! —, pero sí la satisfacción de nuestra curiosidad. Su libro se publicó bastante tarde, quizá quince años después de aquel suceso. Entre tanto la situación había ya cambiado, y la reconciliación de los dos partidos estaba en curso. Las antiguas oposiciones habían pasado, y las antiguas heridas no debían abrirse de nuevo. Y así, Lucas, con su acostumbrada nobleza y con el fino sentimiento del hombre responsable, pasó en silencio este suceso.

21. Ruptura de una amistad

Act 15, 35-39.

Después que hubo cesado algo de resonar en la comunidad de Antioquía el júbilo por el reconocimiento de la libertad tan difícilmente conseguida, dice Lucas muy significativamente: «Pero Pablo y Bernabé se quedaron en Antioquía y anunciaron junto con muchos otros la palabra del Señor.» Parecía como si nunca debía ponerse el sol sobre la serena armonía de estos dos varones, que por largos años habían luchado y padecido uno al lado del otro por Cristo. No presentían que, antes que el año fuese de caída, debía haber una grieta en su amistad, que habían de separarse, sin volver nunca a unir su trabajo de misión. El servir el Evangelio exige muchos sacrificios del corazón. Y varias veces hay también en ello algo de culpa personal.

Algún tiempo después del día de Antioquía, a Pablo su impulso misionero de viajar le indujo a salir de nuevo a lejanas tierras, para asegurar las conquistas del primer viaje y ensanchar el círculo de su acción. Que no guardaba rencor a su amigo *Bernabé* por su conducta en la cuestión de la Ley — ¡rápidamente podía olvidar cosas desagradables! —, lo vemos en su invitación a ir con él y hacer revivir los gozos y padecimientos experimentados en común en su ministerio espiritual, visitando a los hermanos convertidos. ¿Qué cosa une más fuertemente que el trabajo común por Cristo? Bernabé estaba dispuesto a ello con gran gusto. Sólo tenía el deseo de poder llevar consigo a su primo *Marcos*. «A éste le afligía hacía tiempo su deserción de Perge y su tío quería darle ocasión de enmendar la falta»⁵⁰. Pero Pablo, como adalid responsable de la misión, creyó haber de denegar la petición. Esta negativa no tenía

ningún rencor personal. Se había formado un concepto extraordinariamente alto de la responsabilidad de un apóstol y se exigía a sí mismo el mayor grado de capacidad de abnegación. No creía a Marcos todavía bastante maduro para el difícil cargo de misionero; no le creía todavía capaz de la última abnegación. Quizá temía también que Marcos tuviese demasiado grande influencia sobre Bernabé y pudiese estorbar sus planes, si dos estuviesen contra uno. La vida de misión es cosa muy seria y no debe ser perjudicada por respetos de parentela. Pablo en este punto fue inflexible. ¿Tenía razón? ¿No juzgó a Marcos con excesiva dureza? Bernabé pensaba en esta cuestión con mayor blandura, y ambos, sin embargo, eran igualmente prudentes y sabios, varones de juicio y experiencia. Hay cosas en la calificación del carácter, sobre las cuales sólo el Omnisciente puede tener un juicio infalible, y que nosotros los hombres siempre venos a través del prisma de nuestra falible razón y simpatía. Bernabé persistió en su deseo, y la contienda de los dos apóstoles fue tan viva — los Hechos de los Apóstoles usan aquí la expresión «paroxismo», esto es. exasperación —, que se separaron y desunieron sus territorios de misión, y en adelante tomaron diversos caminos. Bernabé eligió por misión su isla natal de Chipre y se hizo a la vela con Marcos para allá. Así una antigua amistad de misión se estrelló en una cuestión personal. Con esta separación de los dos apóstoles perdemos de vista las huellas de Bernabé. De la aureola luminosa de su gran amigo, vuelve a la obscuridad de la leyenda.

Vista humanamente, nos podría parecer más simpática la conducta de Bernabé. Pablo había juzgado quizá con demasiada severidad al joven Marcos, que aun a él más tarde se le mostró tan hábil y a quien debemos el segundo Evangelio. También con Bernabé nos parece demasiado duro, casi injusto. Pues estaba obligado a ser muy agradecido a Bernabé, que repetidas veces había intervenido felizmente en su vida y le había sacado de la obscuridad. Pero como su espíritu andaba de conocimiento en conocimiento, así también su completo crecimiento en Cristo había de efectuarse por grados. «No logró dominar siempre el impetuoso latido de su corazón... Sin ningún polvo de tierra sólo Uno ha andado sobre esta tierra, el cual no tenía ningún vínculo de naturaleza con Adán»^{35 a}. Es siempre cosa dolorosa el que se rompa una antigua y santificada amistad, aunque sólo sea transitoriamente, el que los amigos se separen y no se hallen más. Precisamente su profundo afecto hacía mucho más dura la separación.

La Sagrada Escritura es de maravillosa sinceridad respecto de las faltas de sus héroes, y por eso se nos ha dado también como un libro de enseñanza, corrección y educación (2 Tim 3, 16) y para el consuelo (Rom 15, 4) de que Dios aun de nuestras faltas puede

hacer nacer una bendición para el reino de Dios. Si Bernabé en el caso presente nos parece más alto en el reino de las almas, donde se aprecia la bondad interior, tampoco la conducta de Pablo carece de grandeza. Él estaba enteramente entregado a su grande obra. Era hombre de acción y compartía la suerte de aquellos hombres de acción que han de obrar algunas veces contra su corazón, aparentemente sin corazón. ¡No seamos, pues, pequeños en nuestra manera de pensar! ¡Felices nosotros si nuestras desavenencias tuviesen siempre semejante noble causa! ⁵¹ No creamos que Pablo fuese insensible y de dureza diamantina. ¡Cuántas veces debió de dirigir la mirada hacia atrás, a aquel día en que Bernabé era el único que creía en él, cuando todos los otros le miraban con desconfianza, especialmente a aquel día inolvidable en que Bernabé fue a Tarso para buscarle, y finalmente a aquel otro día de Listra en que Bernabé, llorando y congojoso, de noche se inclinó sobre el amigo creído muerto! ¡No se rompen tales lazos del alma sin que sangre el corazón!

El curso de los años lo puso todo en orden. Más tarde «volvieron los dos a entablar relaciones entre sí y se informaban mutuamente de sus trabajos de misión» ⁷⁸. Esto se sigue de 1 Cor 9, 6. Pablo hace mención de su amigo alabándole, porque al igual que él no llevaba consigo en sus viajes a mujer alguna y siempre vivía de su trabajo, sin aceptar socorro alguno de las comunidades. En el juicio sobre Marcos los hechos dieron más adelante razón a Bernabé; pues Marcos se ha vuelto un varón animoso, desinteresado y magnánimo, que se portó como un valioso colaborador de Pedro y de Pablo y cuyo nombre como autor del segundo Evangelio es elogiado en toda la cristiandad. También un santo y un genio se pueden engañar. Pablo no tardó en reparar su error. A los colosenses escribe más tarde, desde la cárcel de Roma: «Os saluda Marcos, primo de Bernabé, acerca del cual os tengo ya hechos mis encargos. Si fuere a vosotros, recibidle amistosamente» (Col 4, 10). Y en su última prisión la imagen de Marcos está de nuevo ante él, pues escribe a Timoteo: «¡Tráeme a Marcos! Vale mucho para mi servicio» (2 Tim 4, 11). Esto muestra que había desaparecido toda nube entre ellos. Han vuelto a hallarse en mutua inteligencia, y, lo que todavía es más, ¡en la cárcel! (Philem 24).

Vista la cosa desde *un punto de vista más alto*, también aquí intervino un poder superior. Andando el tiempo hubiera sido imposible a Bernabé trabajar durante toda su vida al lado de Pablo como un subordinado, estar siempre en segundo lugar a la sombra de uno más grande que él ³². Para ello era él demasiado importante. Si no se hubiera llegado al rompimiento, la separación sin duda nunca se hubiese ejecutado y sus cualidades de adalid no hubieran

hallado campo suficiente donde manifestarse. Él se había merecido sin duda un campo de trabajo independiente. Dificilmente ha habido un amigo más noble, más fiel y más desinteresado que Bernabé. No era un espíritu fogoso e impetuoso, no desenvolvía ninguna idea original como Pablo, pero su suave gravedad, sus ojos afables, su mirada viva, su tono paternal, su carisma especial de amonestar proféticamente, que está indicado en su nombre, tenían algo de encantador, de avasallador, de consolador, y le ganaban rápidamente los corazones. Tenía un natural muy adhesivo, permaneció fiel a su patria y quiso también ser enterrado allí. Muéstrase su sepulcro a dos horas de Famagusta hacia el norte. En sus ideas y en su manera de predicar siguió siendo siempre un discípulo y oyente de su amigo Pablo. La opinión defendida ya por Tertuliano, que presume ser Bernabé el autor de la Carta a los Hebreos, que contiene tantas ideas paulinas, puede que no sea más que una mera hipótesis. También Orígenes admira en esta carta canónica, pero anónima, la forma elegante, diversa de las demás cartas paulinas, el buen griego, la sintaxis armónica, llana y exenta de todas las asperezas y violentas irregularidades, que podría bien reflejar el alma hermosa y tranquila de Bernabé. Siendo natural de Chipre, le era también familiar la mentalidad alejandrina, que se nota en la Carta a los Hebreos. Como quiera que sea, esta carta podría reflejar el espíritu del noble varón mejor que la llamada Carta de San Bernabé, que un escritor mediano y desconocido ha adornado con el nombre del apóstol, aunque cierta forma amable podía producir la apariencia de ser ella de Bernabé ²⁰. La Iglesia ha hecho bien en admitir en su canon la Carta a los Hebreos, a pesar de su origen desconocido, porque está inspirada por el espíritu de san Pablo y refleja la afinidad de espíritu de ambos varones.

V. EL SEGUNDO VIAJE DE MISIÓN

22. «¡Oh Timoteo!» (1 Tim 6, 20)

Act 15, 39 hasta 16, 5.

Era quizás en marzo del año 49. De nuevo había llegado el tiempo en que los reyes iban a la guerra, los comerciantes y misioneros a tierras extranjeras. Pablo sintió la impetuosa ansia que le llevaba siempre más allá: ¡hacia el Occidente, siempre hacia el Occidente! ¡Éfeso-Corinto-Roma-España! Roma era el término secreto, no declarado, de su vida. Sólo en el inmenso espacio romano podía esta águila real mover sus alas. Bernabé y Marcos se habían ya hecho a la vela para Chipre. Ahora sonó también para Pablo la hora.

Pablo no viajaba de buena gana solo, ya a causa de sus acometidas de malaria, ya también porque era fiel a la ordenación del Señor, que envió a sus discípulos de dos en dos. *Silas* fue el compañero adecuado para él: fiel, magnánimo, dispuesto a todo sacrificio, apartado de la estrechez de ánimo judía. Fue para Pablo muy agradable tener consigo a un miembro de la Iglesia de Jerusalén, y además a uno que estaba vinculado a Pedro (1 Petr 5, 12). De ahí inferimos también que la diferencia con Pedro no había dejado ningún resentimiento personal. Como vínculo con Jerusalén, fue *Silas* para Pablo una preciosa confirmación de su reconocimiento por parte de la Iglesia madre. Y, lo que era especialmente valioso a los ojos de las autoridades civiles: era también ciudadano romano. *Silas* había sido ganado evidentemente por el intrépido espíritu emprendedor de Pablo para visitar los centros de cultura de Jonia y del mar Egeo. La suerte de Pablo fue también la suya. Quien se acercaba al campo de atracción de este hombre, era arrastrado, ya no salía de él. Pablo acostumbraba emplear en lugar del nombre *Silas* el más lleno de *Silvano*, porque en él resonaba la amplitud de la vida romana [n. 10].

Esta vez se decidió Pablo por el *viaje por tierra*, para visitar y robustecer de pasada también las nuevas comunidades del norte de Siria y de Cilicia. Pasaron en dirección norte junto al lago de Antioquía. Después comenzó la subida al monte Aman por la excelente carretera romana, al principio por entre sotos de laureles y mirtos, más arriba por entre bosques de encinas y pinos. El castillo romano de *Pagre*, románticamente situado y cuyas ruinas todavía hoy están en pie, guardaba la entrada al desfiladero, situado a 900 metros de al-

tura. Los amigos, mirando atrás, contemplaron abajo la deliciosa llanura de Antioquía. Al cabo de una hora los recibió el bravío desfiladero, hoy llamado desfiladero de Beilân y antiguamente «Puerta siríaca». Por la antigua vía romana cuyo negro pavimento de basalto está hoy todavía a la vista, entre el murmurar de los frescos arroyos de la montaña bajaron Pablo y Silas hacia el golfo de Alejandreta (hoy Iskenderun). La bonita ciudad portuaria, rodeada por una corona de montañas, fue fundada por Alejandro como punto de partida de las grandes caravanas hacia Mesopotamia. Aquí se encuentra la llanura y el campo de la histórica batalla de Iso, en la que se decidió la suerte de Asia y Europa por la victoria del Macedonio sobre Darío (333 a. de J. C.). Esta batalla de Alejandro ha venido ocupando desde entonces la fantasía de la posteridad. Fue la hora del nacimiento del helenismo universal orientalizado, y de la rotura del dique entre las corrientes culturales del oriente y del occidente, que se fundieron una en otra. De esta manera, aquel gran emprendedor, sin darse cuenta, fue el que allanó el camino al Evangelio. Pues «sin la fundación de este imperio de cultura y habla griega, y por la dominación romana, conseguida gracias a esta batalla y gracias también a ella extendida hacia el oriente, ni tan sólo se hubiese podido soñar en la gran peregrinación de Pablo por los territorios del imperio romano»⁵⁰.

Más allá de la hermosa línea arqueada del magnífico golfo tocaron los misioneros en la ciudad de *Mopsuestia* (hoy Missis), de cuya antigua importancia da sólo testimonio la acrópolis con las ruinas de un castillo. Pernoctaron en Adana, y por el mismo camino que hoy sigue la corta línea del ferrocarril, llegaron a la población donde Pablo pasó su juventud, *Tarso*.⁵⁰ Todas estas ciudades ya las conocía Pablo por un anterior viaje a través de este territorio (Gal 1, 21). En todas partes los misioneros daban a conocer los decretos de Jerusalén, que permitían a los paganos y judíos que se habían hecho cristianos comer del mismo pan y beber en el mismo cáliz en la amistad de Cristo.

Pablo y Silas se proveyeron en Tarso de una tienda de campaña y de víveres, que consistían sin duda en duras galletas, aceitunas y frutas secas, y se despidieron. Tarso era el punto de partida de la gran carretera del Tauro, por donde las caravanas iban a Licaonia y Capadocia. Cicerón escribe en una carta a Atico (5, 21): «El Tauro no se puede franquear antes de principios de junio a causa de la nieve». Así no podemos fijar la partida del Apóstol para antes de fines de mayo. El primer día los condujo por entre las casas de veraneo de los ricos ciudadanos de Cilicia y desplegó ante ellos todas las magnificencias de un alto valle alpino. En el segundo día comenzó la parte más difícil del viaje. El Tauro de Panfilia, al que

había subido Pablo años antes, no se puede comparar con lo bravío del Tauro de Cilicia, que cierra fantásticamente el horizonte, ni con la «Puerta de Cilicia», que se llamaba también «Garganta del Diablo», y que era tan estrecha, que en tiempos de guerra se la podía cerrar con una barricada. A lo largo de trechos extensos se ven todavía hoy los empedrados sólidamente dispuestos de la antigua carretera romana. Ingenieros alemanes trazaron el ferrocarril de Bagdad con setenta túneles serpenteando por la cadena montañosa, que el Tarso-Tscha atraviesa en numerosas cascadas (grabado 13). «El viajero moderno, cómodamente sentado en el tren de Anatolia o desde la autopista, puede mirar hacia abajo, y verá con escalofrío los restos del antiguo camino que los asirios, los persas y los romanos fueron abriendo en la roca»⁹. La antigua vía militar por la que ascendieron Pablo y Silas, se dirige más hacia occidente, por la garganta de Tschakyt y a través de un angosto y salvaje desfiladero. Las paredes de esta angostura de rocas calcáreas se elevan a una altura de cientos de metros, y en algunos sitios sólo están a doce pasos de distancia; a lo alto, sobre ellas, aislados pinos orlan la cresta dentada y envuelven el desfiladero en un crepúsculo. El río se precipita estrepitoso por la garganta y entre la pared de roca y su orilla deja una senda de sólo pocos pies de anchura⁵⁶. Algunas veces maderos en lugar de puentes conducen sobre el agua. En el sitio más estrecho se ven hoy todavía restos de un altar cortado en la roca y dos tablas votivas, cuyas inscripciones ha destruido el tiempo. «Por estas puertas pasaron siguiendo la ruta comercial las hojas de espada de Damasco y el bálsamo de Jericó; por estas puertas pasó también ahora el divino Verbo.»⁹ Sus primeros predicadores eran aquellos dos viajeros solitarios que marchaban allí con el vestido arremangado, con la capa arrollada, con el ligero equipaje de la pobreza, pero con la armadura del espíritu. ¿Presintieron, acaso, que su semilla sería un tiempo desarraigada por el fanatismo religioso y nacional de incitados asesinos mahometanos cuyo furor hizo horrible matanza en miles de cristianos armenios, después de lo cual los cuerpos de estos asesinados fueron llevados al mar por las rápidas olas de los ríos Cidno y Saro engrosados por el deshielo de la primavera, y que la tierra de Cilicia debía empaparse de nuevo casi diariamente de la sangre de mártires cristianos? ⁹ Hasta un san Pablo hubiera tenido que pasmarse de horror por la tragedia de la historia del género humano, pero Dios cubrió benignamente la vista del hombre con la estrechez del conocimiento y los velos del porvenir. Tan sólo hay uno que puede resistir victoriosamente la vista de la faz de la Gorgona del pecado y de los demonios; y éste pasó por los tormentos de Getsemaní y del Gólgota; pero incluso a Él tal visión del futuro le ocasionó sudor de sangre.

El antiguo camino se extendía, en parte excavado en la roca o sostenido por traviesas de madera, a lo largo de la pared oriental de la peña. En lo alto del despeñadero asoman en empinada altura las ruinas de una antigua fortaleza árabe. Y ahora se encuentran Pablo y Silas ante la célebre Puerta de Cilicia: un desfiladero de algunos centenares de metros de profundidad y tan sólo unos veinte de anchura, seguido por la corriente del río, que tan sólo deja el terreno libre para el camino en una anchura de unos cuatro metros y medio⁶⁹. Algunas inscripciones en la roca, medio borradas por los años, son la prueba de que los grandes conquistadores de la historia pasaron por aquí: los faraones, los asirios, los grandes reyes persas Jerjes y Darío, Alejandro, Harún Al Rachid y Godofredo de Bouilloñ. Después de atravesar la alta cadena del Tauro, se ensancha la angostura y se convierte en magnífico valle, para subir después a los pasos del Bulgar-Dagh (3 560 m.), poderoso macizo calcáreo. Un jinete necesitaba cuatro días para seguir estos 120 kilómetros de camino de montaña. Puesto que los puentes, donde los había, se hallaban entonces, como todavía hoy, en un estado en que peligraba la vida, los viajeros tenían algunas veces que pasar a nado, con caballo o sin él los rápidos ríos. Así se puede bien entender, por qué el apóstol Pablo, en su segunda Carta a los Corintios, al enumerar los peligros que arrostró, recuerda también estos ríos, cuando dice: «He viajado mucho. Me he hallado en peligro de ríos, en peligro de ladrones, en peligro en el desierto..., en hambre y sed» (2 Cor 11, 26). No tenemos ninguna indicación sobre si Pablo, en sus viajes, tuvo alguna vez la comodidad de una cabalgadura. Pero aun en este caso la bajada del Tauro a la inmensa llanura del sur de Capadocia, sin árboles y rodeada de cráteres apagados, no habría sido para él ningún deleite. Todo el país después de los turbiones no es más que una laguna. Sin un guía conocedor del país, el hombre y el caballo pueden hundirse miserablemente en el pantano. Era el antiquísimo país de los hititas. De vez en cuando veíase tallada en la peña una tosca figura con uvas y espigas. Era Sandan, el antiguo dios hitita. Pablo lo conocía ya de Tarso.

Después de siete días de camino los dos viajeros, por Cibistra y Heraclea, donde quizá ya hallaron una comunidad de cristianos, llegaron finalmente a la agasajadora *Derbe*. La gente se apiñaba con júbilo alrededor de los misioneros. «¿Dónde está Bernabé?», fue su primera pregunta. Gayo y los presbíteros vinieron por la tarde a proponer toda suerte de dificultades y preguntas. Estaban todavía poco instruidos, y no había aún ningún Evangelio escrito. En *Listra* una fiel familia esperaba a su padre espiritual. *Timoteo* se había convertido en todo un hombre. Su juventud no malograda, su piedad

y prudencia agradaron al Apóstol. Había realizado las más bellas esperanzas de éste. Era tan amable por sus dones de naturaleza como por los de la gracia. Hay hombres en quienes la filiación divina brilla en sus ojos. Uno de éstos era Timoteo. Por primera vez sintió Pablo el gozo de aquel amor ideal y humano, que santificado por el Hijo de Dios, continuamente florece en la Iglesia, nacido de la común amistad con Cristo. Conoció también cuán necesario era, imitando el ejemplo de su Maestro, formar una escuela de discípulos que continuasen su obra, desde el día que las dejaran sus manos. Pablo confió a Timoteo su plan y presentó también a la madre de éste, Eunice, y a su abuela, Loida, su petición de que diesen su hijo al Señor. Éste era sin duda también el más secreto y ardiente anhelo de la familia, y así ambas partes coincidieron en el mismo deseo. Timoteo sabía casi de memoria las Sagradas Escrituras. La madre y la abuela la habían hecho leer al joven desde niño. Hermoso ejemplo de que las vocaciones sacerdotales no se hacen artificialmente, sino que brotan naturalmente del seno de una familia cristiana. Era también una señal de que la familia tenía una categoría social elevada. Timoteo hablaba y escribía en griego como un griego de nacimiento⁵⁶. Podía prestar servicios valiosísimos al Apóstol como secretario. Pablo le preparó para la *ordenación sacerdotal* y pidió el juicio de los presidentes de las comunidades de Listra e Iconio. Éstos hicieron grandes elogios del joven, el cual se había mostrado ya útil quizá como lector en los actos del culto y con otros servicios eclesiásticos. La asamblea de los ancianos con Pablo y Silas impusieron las manos al joven. Si las remisiones que hay en las cartas del Apóstol a Timoteo se refieren a esta solemnidad y no a la posterior consagración episcopal, fueron pronunciadas en ella tanto por Pablo como por los ancianos diversas alocuciones («profecías»), y Timoteo mismo hizo en ella una «buena profesión de fe ante muchos testigos» (1 Tim 1, 18; 6, 12; 2 Tim 2, 2). Los más conmovidos oyentes de esta primera ordenación sacerdotal de misión de que tenemos noticia, fueron sin duda la madre y la abuela, Eunice y Loida. El sacrificio del corazón de estas dos mujeres solitarias pertenece seguramente al número de los mayores y más bellos sacrificios que se han hecho en el reino de Cristo³².

El padre de Timoteo probablemente había muerto temprano. Por amor a él la madre había renunciado a la circuncisión del niño. Ésta era una dificultad, dados los prejuicios de muchos judíos y judío-cristianos. Según la ley, el niño debía seguir la religión de la madre. Esto podía acarrear a la obra misional acerba crítica, persecución y hostilidades. Pablo «nunca hubiera podido llevar consigo a Timoteo a una sinagoga sin herir de muerte al primer paso a los

hermanos que quería ganar»⁵⁰. Una multitud de gente congojosa levantaría reparos. Pablo se resolvió rápidamente y quiso prevenir los reparos. En Tito había denegado la circuncisión, porque él era de origen pagano y se exigía la circuncisión por principio. El caso de Timoteo era diferente. Aquí la ceremonia era una pura cuestión de oportunidad, y Pablo de cuestiones secundarias nunca hacía una cosa de principios firmes. Tiene sólo ante los ojos el gran fin, los medios se cambian constantemente. Sus adversarios no pudieron ni quisieron entender el elevado sentir del Apóstol. Más tarde le reconvinieron de que era inconsecuente, no tenía principios y sólo quería agradecer a los hombres (Gal 1, 10).

La dicha del joven nuevo sacerdote se cambió pronto en dolor de despedida. Debía acompañar a Pablo y quizá no volver a ver nunca a su patria. El alma varonil del Apóstol infundió al joven la fuerza y la elevación de sus propias ideas y despertó en él el deseo de consagrarse a fines sobrenaturales. Pablo en recompensa fue colmado de felicidad por la tierna afición y el agradecido amor, de que necesitan aun los espíritus serios para no perderse en solitarias alturas. En sus frecuentes accesos de enfermedad, en sus noches llenas de cuidados, en sus «solicitudes por todas las Iglesias», cuando se sintió al cabo de sus energías, estaba a su lado Timoteo con su cariñosa compasión. Siguió a Corinto, a Éfeso, a Jerusalén y a Roma. Era su secretario infatigable, perfectamente penetrado por el espíritu y el lenguaje del maestro, mientras que las cartas pastorales, en las cuales no tenía parte, nos indican una mano completamente distinta. Desde su primera prisión romana escribe conmovido acerca de Timoteo: «Porque no tengo ninguno que esté tan unido de corazón y espíritu conmigo como él... Se ha acreditado, habiéndome servido en la predicación del Evangelio como un hijo a su padre» (Phil 2, 20, 22). Con orgullo de padre le llama su «hijo genuino en la fe» (1 Tim 1, 2). Siempre es su hijo querido: a los ojos del padre, el hijo es siempre joven. Es interesante observar también en la historia de la Iglesia el problema de las generaciones: cómo a una generación original, arrogante, creadora, de voluntad inflexible y personalidad bien marcada, sigue otra que carece de estas cualidades de la primera generación, pero reproduce las impresiones y doctrinas recibidas con un ánimo dócil y con gran fidelidad. «Quod didicerunt, docuerunt; quod acceperunt, tradiderunt.» Esta antigua expresión es el distintivo seguro de los padres apostólicos de la segunda generación. No podemos echarles en cara a estos hombres del siglo II que les faltara originalidad, ya que en el plan de la Providencia su misión no era la de ser genios creadores³²

Las Iglesias del sur de Galacia habían sido robustecidas y afirmadas de nuevo. ¿Adónde irá ahora Pablo? Quería ejercitar su labor en nuevos campos. Ansiaba ir hacia el Occidente, siempre hacia el Occidente. Estaba fijo en su mente el antiguo plan, que fue impedido probablemente ya en el primer viaje por su enfermedad. ¿Debía ir a la costa jónica por el valle del Lico y del Meandro? Por Apamea llevaba una directa carretera romana de Metrópoli a Éfeso. Pero el «Espíritu de Dios se les opuso». El oriental se dejaba guiar en las decisiones importantes por presentimientos, presagios, superiores inspiraciones, influjos divinos y voces interiores, mucho más de lo que hoy día entendemos. Vivía en lo supraterrrestre, se sentía guiado por poderes superiores, cuya voluntad quería averiguar por las estrellas y los sueños. Esta constitución del espíritu oriental dio ocasión en el paganismo a muchas supersticiones. Pero tenía por fundamento un antiquísimo conocimiento profundo de fenómenos del subconsciente. Con este legítimo fundamento psíquico puede enlazarse la divina Providencia. Pablo y sus compañeros trataron sus planes de misión delante de Dios. Una de las cosas más admirables de los Hechos de los Apóstoles es la manera cómo Pablo en sus caminos de misión se abandona enteramente a la dirección divina, la cual se manifestó también aquí por ciertos hechos, noticias, dificultades del camino, quizá también por terremotos, voces proféticas en los actos del culto o por sueños^{35a}. En Apamea se dividían las carreteras, y aquí tuvo efecto sin duda el primer veto del «Espíritu». ¡Cosa singular! En Éfeso ciertamente hubiera tenido el Evangelio una ilimitada posibilidad de irradiación. Pablo no caviló, es siempre el hombre de la rápida resolución. Si el Espíritu de Dios cierra un camino, deja abiertos muchos otros. Entre las provincias del Asia Menor entraban ahora en consideración las septentrionales de Misia, Bitinia y la Galacia del Norte. Así fueron probablemente por Acmonia o Sinada, Acreno y Cotieo a *Dorilea*, el más importante punto de conjunción de carreteras y hoy de ferrocarriles en el norte de Frigia, y juntamente límite occidental de la provincia de Galacia propiamente dicha. Mas a Pablo no le atraía el interior del país, sino el mar. Y así se decidió por Bitinia con sus ricos centros comerciales y ciudades costeras: Prusa, Nicea, Nicomedia y Calcedonia. Aquí se presentaba el poderoso macizo montañoso del Olimpo ante ellos, como una mano extendida que impedía el paso. De nuevo se presentaba un veto divino, pero sin ninguna indicación positiva. Fue que no encontraron un sitio por el cual franquear la montaña.

Debió de ser en otoño del año 49, cuando estaban perplejos en el límite de cuatro países, Frigia, Misia, Bitinia y Galacia. Se impuso la idea de doblar hacia el norte de Galacia en dirección al este, hacia Pesinunte y Ancira en el país de los tectosagos, tolistobogios y trocmos. En el sur de Galacia, Pablo había tenido ya ocasión de conocer y apreciar a algunos restos dispersos de aquellas tribus nómadas. Muchos comentaristas suponen que Pablo siguió este camino y tuvo que permanecer aquí a causa de su enfermedad (Gal 4, 13). Pero Lucas, a pesar de que escribe la historia de las misiones, no dice una palabra de una tan importante fundación de una iglesia en el norte de Galacia [n. 11]. Entonces deberíamos por lo menos dejar transcurrir un año, resultando imposible encontrar este lapso de tiempo, pues en marzo del 51 es seguro que Pablo estaba en Atenas. De todas maneras no queremos destruir hipótesis tan caras a sus autores. Si es que Pablo realmente fue hacia Oriente, tuvo ocasión de conocer un pequeño pueblo altamente interesante.

Este pueblo también debe interesar a los europeos, pues algunas gotas de su sangre circulan todavía por las venas de la mayoría de los pueblos de occidente. Gálata es el nombre griego de galo o celta, transplantado al Asia Menor. Hacia el año 280 a. de J. C., algunas tribus celtas pasaron de la región de Tolosa hacia tierras del Danubio, para dirigirse al Asia Menor por los Balcanes y Grecia. Delfos pasó momentos de gravísimo peligro. Saquearon a su gusto y por fin se establecieron en ambas orillas del Halys, donde fundaron Pesinunte, Ancira (actual Ankara) y Tavio. Su último rey Aminatas, a sueldo de Roma, ensanchó sus dominios sobre la Armenia Menor, Psidia, Licaonia e Isauria. Estas tribus celtas habían despertado en los griegos mucho miedo y también interés, que se refleja en el arte (grab. 12). Atalo I de Pérgamo consiguió echar de su reino a los gálatas el año 240 por medio de una gran victoria. En acción de gracias erigió un monumento votivo en la Acrópolis de Atenas. Hoy día se guardan aún en Roma dos de las grandes obras de arte de la escuela de Pérgamo, que recuerdan esta invasión de los celtas: «Galo moribundo» y el «Grupo de Galos» (Pausanias x, 19).

Según san Jerónimo, estas gentes rudas pero de corazón noble, hablaban, además de griego, el dialecto celta de su antigua patria (*Ep. ad Gal.*, prefacio). Eran tal como los describió César: ansiosos de saber, curiosos, de espíritu despierto, pero también vanidosos, fogosos, amigos de espectáculos, fanfarrones, algo entusiastas en sus sentimientos y muy amables. Como guerreros eran irresistibles al primer arranque, pero sin verdadera resistencia. Todavía hoy encontramos semejantes características en el pueblo irlandés. No hay pues que admirarse si este pueblo de gran capacidad, del cual he-

mos conocido sus desperdigados restos en el sur de Galacia, con su ligereza tan característica y su facilidad para cambiar, aceptase la nueva religión, para abandonarla a poco y entrar de nuevo en el error. Una inscripción del templo de Augusto en Ancira, el llamado «Testamento de Augusto», nos demuestra que en esta tierra había también comerciantes judíos. Los gálatas del norte tenían aún su antigua organización por tribus y linajes, pero no fueron fieles a su anterior culto druídico. Tan pronto cantaban y danzaban en el templo de Cibeles, como oían de labios de sus bardos las antiguas canciones y leyendas de sus dioses y como escuchaban atentamente y con curiosidad a los judíos en las sinagogas ⁵⁶.

Cibeles, la madre de los dioses, tenía en Pesinunte su templo principal. Su sacerdocio había sido tomado en parte de los frigios y en parte de los gálatas. Sus cultos orgiásticos, sus danzas sagradas terminaban en una borrachera de sangre y se mutilaban en el arrebatado de su fanatismo. No ha de extrañar que precisamente en esto tuvieron su origen las sectas delirantes de los montanistas y los derviches. Es una sarcástica alusión a los sacerdotes de Cibeles lo que Pablo, en su Carta a los Gálatas (5, 12), dice a los judaizantes partidarios de la circuncisión: «Sería mejor que se dejaran mutilar del todo». En todas partes, en paredes rocosas, en valles y bosques había altares y templos de la madre de los dioses frigia. Hordas enteras de sacerdotes mendicantes paseaban por el país la imagen de la diosa cubierta con un velo, al son de címbalos, flautas, tímpanos y tambores. En estos cultos a una divinidad femenina y a su favorito, hijo o esposo, el dios de la vegetación que muere y resucita, llámese ella Cibeles, Atis o Ishtar, Tammuz o Astarté, Adonis o como sea, encontraba la honda raíz del alma humana su primitiva expresión, a menudo deformada por el demonismo. Los encontramos por todas partes en donde la humanidad, desde las formas más rudimentarias del misterio de la fecundidad, se eleva a un superior grado de cultura. Para el hombre que empezó a surcar la tierra con el arado o a domesticar y criar animales sagrados, como el toro y la vaca, esto, no significaba ninguna actividad meramente económica, sino un servicio sacerdotal en el gran misterio cósmico de la fecundidad y del crecimiento en el seno de la naturaleza. El drama místico de la Diosa Madre y del dios del crecimiento, que muere y resucita, que todos los años se celebraba en primavera, era el símbolo religioso del ciclo agrícola: arar, sembrar y cosechar. El que tenga en cuenta este origen religioso de todo progreso humano, desde el cultivo de la tierra hasta la invención de la escritura, hasta la constitución de los estados y fundación de colonias por los griegos, en este genuino paganismo religioso, no verá, a pesar de las demoníacas superposiciones en torno a lo fun-

damental, un obstáculo para el Apóstol de los paganos, sino más bien una especie de preparación, una *praeparatio evangelii* del Hijo de Dios resucitado que se llamó a sí mismo la semilla que muere. Únicamente conociendo el ambiente religioso de aquel mundo nos daremos cuenta del enorme trabajo que representaba conducir «estos elementos tan pobres» hasta la plena verdad, que es en realidad lo que hizo el Apóstol entre las tribus del Asia Menor ³⁷.

Pero, como hemos indicado anteriormente, todo este primer viaje por el norte de la Galacia es sumamente problemático y tiene muchos puntos oscuros. Nos decidimos, por tanto, por este otro punto de vista mejor fundamentado: Pablo se encamina desde Dorilea hacia el oeste. ¡Tiene ansia de llegar al mar! El camino conducía por Aezani, cuyas grandiosas ruinas del templo de Júpiter y el santuario de la caverna de Cibele todavía hoy causan maravilla, por el puente romano del Rindaco a lo largo del límite sur de Misia, a Tiatira, patria de Lidia, la vendedora de púrpura. En Pérgamo, tal vez contempló Pablo con profunda aversión el grandioso altar de Zeus, construcción escalonada, el «trono de Satanás» (Apoc 2, 13), y la misma impresión debió de recibir más tarde el apóstol Juan. En los relieves que figuraban la batalla entre los gigantes y los dioses, el Apóstol debió de contemplar a sus queridos gálatas representados allí como bárbaros vencidos por la civilización helénica. Sin embargo, ¡cuánto más hermosa que la victoria de los reyes de Pérgamo fue la alcanzada por el apóstol Pablo! Desde Adrumento, y a través de la Misia, poco poblada, pasaron junto a la ladera meridional del Ida, la montaña de los dioses, desde cuya cumbre, según nos describe Homero, los dioses contemplaron las luchas de los griegos para apoderarse de Troya. Finalmente llegaron a la famosa llanura troyana, regada por las corrientes del Escamandro y del Simois.

Así, aparentemente sin plan, habían atravesado toda el Asia Menor desde el sudeste hasta el noroeste. Ahora ven por primera vez en su vida emerger del mar en nebulosa lontananza el continente europeo y la primera isla europea, Samotracia. Pablo no tarda mucho en reconocer el por qué del segundo veto del Espíritu: él había de emprender la misión de Europa. Al norte, extendíanse a sus pies las ruinas de la antigua ciudad de Príamo. De allí partió el piadoso Eneas con su anciano padre a cuestas, para ir a parar a las costas de Italia después de un viaje largo en el que se extravió muchas veces. El poeta de la corte romana Virgilio hizo de Eneas el padre de la casa imperial de Augusto, para envolver a esta dinastía con el nimbo de gloriosas tradiciones. Estas ruinas tenían a los ojos de los romanos algo sagrado y fueron adornadas con templos romanos. En lo alto se elevaba el túmulo funerario de Patroclo.

En una ocasión, Alejandro Magno, lleno de veneración hacia su héroe Aquiles, desembarcó revestido de su completa armadura y ofreció un sacrificio en honor de los héroes de Troya. Sus generales construyeron más tarde en este sitio, frente a la isla de Tenedos, la bella ciudad portuaria de Alejandría de Tróade. César tuvo incluso por un momento el sueño romántico de trasladar la sede del gobierno de Roma a aquel lugar de sagrados recuerdos de sus antepasados. Augusto elevó la ciudad a colonia de veteranos italianos. De este modo, allí se dieron la mano Roma y Grecia. Todavía hoy se encuentran grandes restos de la dominación romana: acueductos, arcos, arquitrabes, columnas de granito, sillares del estadio y del teatro.

Aunque Pablo no hubiera leído en la escuela de Tarso a los poetas griegos, a pesar de que los cita de vez en cuando, debió de conocer, sin embargo, los cantos de Homero, que formaban parte de la instrucción general, y eran cantados por cantores callejeros. Tampoco era insensible a la grandeza humana, y no podía contemplar aquellos lugares sin sentirse emocionado. Pero la leyenda de los griegos que por culpa de una hermosa mujer padecieron lo indecible durante diez años, no causó ninguna admiración en el ánimo de este oriental, que no era portador de ninguna leyenda, sino de una realidad, realidad del Evangelio. Pablo era «el hombre de un solo pensamiento»: el de ganar el mundo para Cristo. El corredor de Maratón que llevó la noticia de la victoria de la flota griega a Atenas, durante su carrera no se paró por nada, hasta que llegó al remate de su embajada victoriosa y se desplomó muerto por agotamiento. Pablo se sentía como el correo de Dios, con una noticia de victoria que dar: que el Hijo de Dios había llegado, que había vencido a los dioses del Olimpo y que la humanidad tenía ante sí un brillante porvenir. ¿Qué era Troya frente a esto?

Pablo estaba encantado de ver aquí de nuevo su querido mar. Mar universal e Iglesia universal se unían en sus ideas formando *una sola* representación. De nuevo se ofreció ante Pablo la gran visión del poder universal romano. Admiraba su atrevido genio, su amor a la libertad, su sentido del orden, su talento legislativo, su ansia impetuosa de progreso y su paciencia expectante. Sentíase afín a este espíritu romano. Llevar el Evangelio a Roma: ésta era su secreta ambición. Aquí pudo este deseo haber tomado forma palpable. Más tarde escribió a los romanos: «Desde hace muchos años tengo el anhelo de ir a veros» (Rom 15, 23). Pero este anhelo era reprimido continuamente por el espíritu de Jesús. «Roma debía ser el dominio de Pedro» ²⁰.

Después de brevísimo descanso bajaron los tres viajeros a Tróade. Aquí, a lo que parece, no había gran número de judíos, ni sina-

goga alguna. Pablo tenía sin duda acá y acullá conversaciones religiosas, a fin de preparar el terreno para la misión. Facilísimamente podía hallar a la gente en el puerto. Allí diariamente se hacían a la vela naves para Europa y de ésta arribaban otras. Pablo estaba indeciso sobre lo que debía hacer. Entre tantas naves ancladas, ¿cuál elegir? Entonces intervino el Señor mismo y por el camino condujo a él al médico antioqueno *Lucas*, a quien Pablo conocía desde Antioquía y quizá hasta le había bautizado. Este encuentro se deduce con cierta probabilidad del hecho de que el narrador de los Hechos de los Apóstoles desde aquí se cuenta entre los compañeros de viaje del Apóstol con la palabra «nosotros». Este encuentro dio a los planes de viaje del Apóstol un cambio decisivo. Lucas había sido antes prosélito. Su origen antioqueno es afirmado también por Eusebio. Sus no vulgares conocimientos en el arte de navegar hacen inferir que nació en una ciudad marítima, o que viajó mucho. Los médicos griegos recorrían todo el mundo. Podríamos luego suponer que Lucas ejercía su profesión en algunas ciudades marítimas como Tróade, y había cuidado también de Pablo, que quizá todavía no estaba restablecido de su enfermedad. Este bendito encuentro llegó a formar una de las amistades más ricas en consecuencias de la historia del cristianismo. Prescindiendo del tiempo que corre entre la primera y la segunda estancia de Pablo en Filipos, hallamos a Lucas permanentemente junto a Pablo. Compartió también su primera y segunda prisión en Roma. Tres veces lo menciona Pablo en las cartas escritas desde su prisión. La primera vez en la Carta a los Colosenses (4, 14): «Os saluda Lucas, el querido médico». Esto suena como profunda gratitud del doliente Pablo por los fieles afanes médicos de su amigo para con él. Envía saludos de parte de él a los colosenses. Por tanto, ha de haber sido también allí bien conocido. En la Carta a Filemón, Pablo le nombra entre sus colaboradores. Desde la segunda prisión de Roma escribe Pablo, algo afligido, a Timoteo: «Sólo Lucas está conmigo» (2 Tim 4, 11). Según una antigua tradición, Lucas fue célibe y después de la muerte de Pablo trabajó en Acaya. Según unos murió en Bitinia, según otros en Beocia, a la edad de 84 años, y fue enterrado en Tebas. Un especialista ha investigado en el Evangelio de San Lucas y en los Hechos de los Apóstoles las expresiones médicas que hay en ellos, y hallado que Lucas ha de haber estudiado las obras griegas de medicina. «El estudio de la medicina se equiparaba en las altas escuelas griegas al estudio de la filosofía. Así, pues, Lucas en el mundo social de entonces tenía quizá la categoría de un médico de nuestro tiempo.»³²

En su carácter nos llaman la atención tres rasgos difinitivos, genuinamente griegos. Primeramente su afición a viajar, especial-

mente su amor al mar, que le hacía muy simpático. Sus exactas indicaciones sobre la navegación y las líneas de navegación muestran que ejerció su arte principalmente en ciudades marítimas, quizá también como médico de navío. En la antigüedad nadie viajaba por placer, sino por razón del oficio. Él conoció indudablemente uno de aquellos «itinerarios» o mapas de viaje que los prácticos romanos confeccionaban para uso de los viajeros y de los que nos da una clara idea la famosa *Tabla Peutingeriana* [n. 12]. Conocía asimismo la división de las provincias romanas. El segundo rasgo distintivo es su aptitud para escritor. Poseía una relevante formación griega y se expresaba con facilidad y elegancia. Era un observador perspicaz y un cronista muy concienzudo. Sobre la vida de Jesús desde el nacimiento hasta la ascensión había reunido exactas noticias, referidas por testigos de vista y de oídas, y las había anotado cuidadosamente, para juntarlas más tarde formando un libro. Escribió en un griego más puro que el de los demás escritores del Nuevo Testamento. De las tres altas escuelas griegas, Atenas, Alejandría y Tarso, esta última es sin duda la que hay que tomar en cuenta para su formación. Y así su primer conocimiento de Pablo puede proceder de allí. Prescindiendo de Lc 1, 3, nunca habla, como antiguo escritor, de sí mismo en primera persona, sino que siempre permanece modesto. Una tercera señal de su carácter es su afabilidad, su temperamento conciliador, la nobleza y ternura de su alma, su amor constante hasta la muerte. Es un admirador del gran Apóstol, pero siempre permanece independiente, moderado en las palabras y en las ideas. Todo el Oriente con sus pasiones mudables, con sus repentinos estallidos está descrito en sus objetivas relaciones. Es pintor de la palabra, no del colorido. Este varón tranquilo, ecuaníme, había de ser «el biógrafo de uno de los hombres más apasionados y del más ardoroso discípulo de Jesús»²⁰. ¡Cuán valiosos son semejantes lazos de amistad personal para los hombres mismos así como para el reino de Dios! Por la radiante luz que sale de Pablo, también Lucas ha subido a una celebridad universal, y su trabajo ha venido a ser muy importante para el curso de la historia. Así la Providencia nos ha ofrecido dos imágenes muy expresivas de la Iglesia naciente: una por la mano de Pablo en sus cartas vibrantes de luchador y otra por la tranquila y segura mano del cirujano que manejaba el bisturí y la pluma con igual seguridad y destreza. El Oriente y Grecia han unido sus más hermosas dotes: la profundidad y ardor de la visión profética en san Pablo y la clara suavidad del pensamiento en san Lucas.

No es dudoso que Lucas, que evidentemente tenía estrechas relaciones con Macedonia, fue el primero en dirigir hacia allí los pensamientos del Apóstol. Una tarde estaba Pablo de nuevo con

sus amigos en la ribera donde Asia y Europa se daban las manos, por decirlo así, hablaba con marinos macedonios y miraba a la otra parte donde los montes se perdían de vista en la luz dorada de la tarde.

Un anhelo sagrado llenaba su alma apostólica. Y las imágenes del día llenaban las visiones de la noche. En una de ellas se le hizo absolutamente claro el sentido de su anhelo. En ella desde la otra parte del mar, flotando en el aire sobre los montes, se dirigió hacia él la figura de un macedonio, que tendió hacia él sus manos pidiendo auxilio y diciendo: «¡Ven a Macedonia y socórrenos!» Era el grito de Europa demandando el cristianismo. En otro tiempo, había venido de Macedonia un héroe juvenil, de veintidós años de edad, el cual trajo al Oriente los dones del Occidente, a saber, la lengua y la filosofía griegas. Ahora, espiritualmente más pobre, el Occidente pedía al Oriente el más precioso don que éste podía ofrecerle. Sabemos hoy día que en los sueños se refleja muchas veces simbólicamente el más profundo anhelo del hombre. Así también este sueño nos deja ver el alma de Pablo, que únicamente tenía un solo gran pensamiento en su vida: llevar a Cristo y su embajada a los términos de la tierra ⁵⁰.

La civilización occidental ha tomado otro rumbo desde este encuentro con Lucas y desde esta visión en sueños. Al día siguiente comunicó Pablo su sueño a sus compañeros. Todos tuvieron esta impresión: ¡La cosa viene del Señor! Lucas, como griego instruído, conocía el célebre sueño de Agamenón, en el que vio a Néstor, figura enviada por Zeus para engañar al rey (Ilíada 2, 1-75), pero como cristiano sabía que Dios no manda ningún sueño engañoso. «Después de esta aparición, al punto procuramos partir para Macedonia. Inferimos de ella, que Dios nos había llamado para predicar allí el Evangelio.» ¡Ven acá a nosotros! El camino no era largo, ¡una travesía de dos días! Pero esta palabra se había de entender no solamente respecto del espacio, sino también respecto del espíritu y de la civilización. En este sentido había de hacerse un largo camino. A la manera de ser y pensar sirio-frigio-oriental estaba relativamente cercano el judío, pero la cultura grecomacedónica y la romana estaban todavía lejos del Apóstol. Pablo había de mudarse espiritualmente, para hacerse para los griegos, griego; para los romanos, romano. ¡Ven acá! Este llamamiento se dirige constantemente a la Iglesia. Ella ha de acomodarse al modo de pensar, vivir y sentir de pueblos y razas extranjeras, y no debe retener las prendas naturales preciosas y buenas dadas por Dios. Esto no sería ir a ellos. La Iglesia ha de hablar, a los pueblos que quiere convertir, el lenguaje de ellos mismos. Esto fue el defecto de los monjes irlandés-escoceses, que en su índole céltica no comprendieron

el lenguaje y los sentimientos de los pueblos germanos, hasta que llegó san Bonifacio, que hablaba y sentía como ellos.

24. Lidia, la tratante en púrpura de Filipos

Act 16, 11-15.

Fue un gran día en la historia del género humano, cuando Pablo y sus tres compañeros pusieron los pies por primera vez en Macedonia, en suelo europeo. En otro tiempo vivió aquí un valiente, sano y noble pueblo, que por la atrevida empresa de su joven rey no solamente fue célebre en el mundo, sino también, en el pensamiento de la Providencia, ya siglos antes había de preparar al Evangelio el camino sobre la tierra. Con una sencillez y grandeza admirables, dice la Sagrada Escritura al principio del primer libro de los Macabeos: «Y sucedió que después que Alejandro de Macedonia hubo derrotado a Darío, rey de los persas y medos, tomado por asalto todas las fortalezas, vencido a todos los reyes de la tierra y llegado hasta los últimos confines del orbe, enmudeció el mundo delante de él... Después cayó enfermo y conoció que había de morir.» Aun los más grandes hombres, llámense Alejandro o César, son sólo preparadores del camino y criados de Dios. Ellos habían de abrir los surcos en que el divino Sembrador pudiese esparcir su semilla. Entre todos los pueblos de la antigüedad los macedonios fueron los que más se asemejaron a los romanos. Desde el año 167 a. de J. C., los romanos fueron señores del país y lo dividieron en cuatro distritos de gobierno, de los cuales los más importantes fueron Tesalónica y Filipos.

De lejos se veía ya el templo de Diana de la pequeña ciudad marítima de Neápolis (hoy Kavala), la cual está situada pintorescamente sobre un saliente roqueño bañado por el mar. Un círculo en el pavimento de la iglesia de San Nicolás señala hoy el lugar donde Pablo desembarcó. Junto a la pequeña ciudad nuestros viajeros, ora por la célebre carretera romana, la Vía Egnacia, ora por un sendero cavado en la roca, subieron al monte costero Pangeo hasta la altura del desfiladero, donde se abrió ante sus ojos una vista admirable hacia el norte. Vieron abajo la llanura del valle, rico en manantiales, en la cual se levantaba enfrente, sobre la última prolongación de la montaña, *Filipos* con su acrópolis. Era un paisaje bucólico, evocador de la antigua poesía pastoril. Según la tradición, desde esta florida pradera de asfodelos fue arrastrada al infierno Perséfone, para dominar allí como reina sobre las sombras de los muertos. Así que sobre la campiña y los corazones soplaban como un aliento de tristeza y melancolía hasta la llegada del Evan-

gelio, que habló de inmortalidad y resurrección y cuyos primeros enviados entonces recorrían la comarca. Allí abajo, junto al arroyo Gangas, cayeron Bruto y Cassio luchando por la libertad de Roma contra Marco Antonio y Octavio (42 a. de J. C.). Ahora estaban allí los mensajeros de una nueva libertad, los heraldos de un nuevo conquistador del mundo, que sin espada había hecho más por la libertad del mundo que todos los campeones de la libertad juntos⁵¹. El emperador Augusto había elevado a Filipos a la categoría de colonia militar romana con derecho municipal itálico y exención de tributos. Los veteranos se preciaban de genuinos romanos y habían llevado consigo, con sus divinidades romanas Minerva, Diana, Mercurio y Hércules, la honradez y conducta romanas. Por la carretera militar romana que atravesaba toda Macedonia de este a oeste y a la otra parte del Adriático iba por Brindis a Roma, se sentían unidos con la capital del mundo y el Júpiter Capitolino. De esta manera, Filipos había venido a ser una ciudad provincial típica romana, una Roma en pequeño con foro, teatro, acrópolis y murallas fortificadas. Los ciudadanos estaban orgullosos de su constitución favorable a la libertad, y a la manera de los cónsules romanos elegían cada año dos alcaldes o *arcontes*, llamados también por el pueblo *estrategas*. Cuando éstos iban al foro para pronunciar sentencia, precedíanles como en Roma dos lictores con fascas y segur.

Pero en medio de estos romanos vivían aún los descendientes de los naturales de Macedonia y Tracia que el rey Filipo había establecido aquí en otro tiempo para cavar en las vetas del Pangeo en busca de oro. Eran siempre todavía difíciles de tratar. Los hombres, ásperos, soberbios y tercios; las mujeres, libres y ansiosas de independencia, hablaban mucho de política y tenían parte en las elecciones y turbulencias políticas; Si aquí las mujeres se hacían cristianas, podían ejercer grande influencia. De la vecina Tracia habían penetrado ideas y costumbres de las doctrinas secretas de los órficos con sus himnos, en los cuales el alma se eleva con gran impulso a la idea de la inmortalidad. Pablo halló aquí, sobre todo entre las mujeres, adeptos entusiastas²⁰. Filipos prometía ser un provechoso campo de misión.

En los días siguientes indagaron las perspectivas y puntos de contacto para la predicación del Evangelio. Así llegó el sábado. Vivían pocos judíos en Filipos. No había ninguna sinagoga, porque faltaba el número de los escribas requerido según la ley rabínica para formar un tribunal. Pero si no consiguieron poseer una sinagoga, a lo menos habían de tener un lugar, cerrado, rodeado de un muro o cercado de un seto, como lugar de oración, llamado *proseukhé* [n. 13]. Los rabinos sabían que el pueblo sin ejercicio público de religión pronto había de caer en la indiferencia o en el ateísmo.

Lucas tuvo conocimiento de dicho lugar, y condujo a sus compañeros fuera de la puerta de la ciudad, a lo largo del curso del río Gangas. Allí vieron pronto el lugar rodeado de una pared baja de jardín. Con admiración suya hallaron dentro del cerco sólo algunas mujeres, parte judías, parte gentiles temerosas de Dios, que rezaban sus devociones de la mañana. Majestuosamente, en el fondo alzaba el Pangeo su nevada cumbre, y al lado murmuraba el arroyo su melodía. Estas mujeres no sabían mucho seguramente, pero tenían un vivo interés religioso; y al que lo tiene, Dios le lleva más adelante.

Aquí, ante estas mujeres pudo Pablo dar libre curso a su corazón. Raras veces debió de tener un público más agradecido. En este grupo llama la atención una mujer bien vestida, especialmente interesada en lo que toca a religión, la cual no era de Filipos, sino una piadosa pagana venida de Tiatira de Lidia. Por esto se la llamaba *Lidia*. Era una rica comerciante, que sin duda después de la muerte de su esposo, del cual nada sabemos, continuó en la ciudad su negocio en telas de púrpura. Su patria Tiatira era conocida desde los tiempos de Homero (Ilíada 4, 141) por el comercio de púrpura. La púrpura era una tela preciosa, y el comercio con ella exigía un importante capital. Lidia era una de aquellas almas cristianas por naturaleza, que, luego que oyeron hablar de Jesús, le reconocieron como el camino, la verdad y la vida. Es una evocación encantadora la de ese momento en que Pablo descubre en ese acto religioso de la mañana además de Lidia a otras dos mujeres, Evodia y Sintique, que más tarde rivalizaron entre sí, y a las cuales Pablo en su Carta a los Filipenses exhortó tan afectuosamente a la paz. Así, pues, tenemos ya varias personas conocidas en esta ciudad.

Hemos de estar muy reconocidos a san Lucas por las hermosas palabras con que introduce la conversión de Lidia, y que nos descubre su comprensión del corazón de la mujer y de la obra de la gracia: «El Señor le abrió el corazón, para que escuchase atentamente las palabras de Pablo». Era una mujer prudente y reflexiva. Una hábil mujer de negocios lo examina todo menudamente. Mas aquí no hay para ella ninguna tardanza. Con extraordinaria rapidez se resuelve a recibir el bautismo. Quizá fue ya en el mismo día, en la noche del sábado al domingo, cuando Pablo y sus compañeros con las mujeres recién convertidas bajaron al susurrante Gangas, donde se efectuó la solemnidad del bautismo. La resuelta Lidia, con su condición enérgica y vigorosa voz de ama de casa, pronto también dispuso que todos sus criados recibiesen el bautismo. Más aún, dada su energía, es de sospechar que no solamente en Filipos, sino también en su patria Tiatira fue un apóstol de Cristo, y tuvo parte en la alabanza que san Juan en el Apocalipsis escribe por orden de

Jesús al ángel de la comunidad de Tiatira: «Conozco tus obras, tu caridad, tu fe, tus servicios y tu paciencia» (2, 19).

Su segunda acción de cristiana fue que invitó a los misioneros a dejar su albergue y alojarse en su espaciosa casa de comercio. «Si me tenéis por fiel al Señor», dijo. Esto estaba cuerdamente hablado. Lidia tenía realmente buenas razones: Su casa era el único lugar adecuado para las reuniones culturales de la futura comunidad cristiana. El que también su pundonor cristiano, su instinto maternal, su ambición femenina hallasen cierta satisfacción en albergar a la primera Iglesia cristiana y obsequiar a los misioneros, ¿quién podría vituperarla por ello? «¡Así nos obligó!», añade Lucas, risueño. Era una honra para Lidia el que Pablo aceptase la invitación. Ella fue una columna de la Iglesia apostólica, una amiga maternal del Apóstol, de todos los mensajeros de la fe y de la reciente comunidad. Cuando Pablo escribe después: «Vosotros lo sabéis, filipenses míos: cuando comencé a predicar el Evangelio entre vosotros, y después salí de Macedonia, ninguna comunidad entró conmigo en una relación del mutuo dar y recibir, sino solamente la vuestra... También a Tesalónica me habéis enviado más de una vez algo para socorrer mi necesidad» (4, 16), sin duda muchas de estas dádivas pasaron por las manos de Lidia.

¿Quién hubiera pensado que el Evangelio haría su entrada en Europa tan callada y ocultamente? No solamente como en el Areópago ante los filósofos, no dramáticamente como en Chipre ante el hombre de estado, sino idílicamente, como el rocío de una fresca mañana en el Oriente. Estos suaves y con todo vigorosos tonos de sentimiento los ha introducido *la mujer* en el Evangelio, ya en tiempo de Jesús. Y en Filipos continuaban sonando. Cuando el Evangelio vino a Europa, llegó primeramente a las mujeres, porque los hombres no estaban presentes, como también entre los samaritanos fue una mujer a la que Jesús inició en el misterio del reino de Dios. Las mujeres fueron las últimas al pie de la cruz, en la sepultura, así como las primeras junto al sepulcro vacío. En las tristes historias de hipocresías, odios, persecuciones, injurias, deserciones y cobardes huidas no hallamos en el Evangelio mujer alguna. Los hombres, como mensajeros de la ley y misioneros y defensores de los intereses religiosos, están, a la verdad, más en la luz de reverbero; pero ¿dónde estaría la Europa cristiana sin la mujer cristiana en casa como madre, esposa, hermana, como auxiliadora virginal-maternal de la miseria de todas clases? San Pablo tuvo para este aspecto de la *feminidad* una profunda comprensión y fue el primero en emplear a la mujer activamente en la misión. Él aprecia a la mujer dotada de ingenio, como Priscila, que instruye al docto Apolo. Dondequiera en sus cartas dispensa saludos y reconocimiento para

las mujeres. Reconoce los servicios de Cloe en Corinto, de Febe en Cencreas, a quien confía su Carta a los Romanos, y el carácter muy femenino de la madre de Rufo, que fue también para él una madre. Cuando escribe al rico comerciante Filemón, no olvida los saludos para su mujer Apfia. Aprecia especialmente el trabajo de la mujer de familia y la educación de los hijos, por la cual la mujer adquiere el cielo; aprecia a las hijas vírgenes de Felipe de Cesarea, dotadas de profecía; su cuidado se dirige también a las buenas viudas, que se señalaban en el campo de la caridad y por elio eran mantenidas por la comunidad (1 Tim 5, 3-16). Como profundo conocedor del género humano tiene una mirada para todos los buenos aspectos del carácter femenino. «Las nobles mujeres de Filipos como santas figuras están a las puertas de Europa, como si quisiesen recordar a todas sus hermanas de esta parte del mundo, que las mujeres de Europa tienen en la Iglesia cristiana un santo destino, el de ser sacerdotisas, a quienes ha sido confiado en primer lugar el sagrado fuego, que ha hecho feliz y grande a nuestra parte del mundo.»⁵⁰

Mas tampoco debemos olvidar a aquellos nobles varones, como *Epafrodito*, a quien Pablo llama su «compañero de armas, conmillitón y colaborador», que visita al Apóstol preso en Roma y le trae dones. También *Clemente* y *Sicigo* (si realmente esta última palabra es un nombre propio) y muchos otros están al lado de aquellas mujeres, y a la verdad con tal constancia, que Pablo «sabe estar escritos sus nombres en el libro de la vida» (Phil 4, 3).

Ninguna comunidad ha sido tan querida por Pablo como la de Filipos. Ella fue en el suelo de Europa su primer amor, su «gozo y su corona» (4, 1). «Dios me es testigo de cómo os amo a todos vosotros del fondo del corazón» (1, 8).

25. La adivina

Act 16, 16-23. Cf. 1 Thess 2, 2.

La fundación de la Iglesia de Filipos es uno de los episodios más interesantes y más instructivos de la vida de la primitiva Iglesia. Podemos aquí observar el nacimiento de una comunidad por la mayor parte pagano-cristiana en el mundo romano, y echar una profunda mirada a la disposición de ánimo y pobreza espiritual de este paganismo. Pablo y Silas habían ya ganado en la ciudad una gran multitud de excelentes cristianos, de entrañables amigos, los cuales se reunían, ya al aire libre bajo los plátanos a la orilla del río, ya en la casa de Lidia. Las buenas mujeres hacían un excelente trabajo de propaganda. Después de las fatigas del día había un cómodo descanso y cordial conversación en este círculo de amigos.

Pero, ¡cosa notable!, de estos aspectos claros y risueños de la actividad apostólica, del trato humanamente íntimo, muy poco dicen los Hechos de los Apóstoles¹⁷. Hemos de entresacarlo todo trabajosamente de los renglones de la Carta a los Filipenses. Estos rasgos humanos son como deliciosos valles puestos entre asperezas montañosas. Y sólo a estas últimas va dirigido el interés del historiador de la misión apostólica. Los Hechos de los Apóstoles son una epopeya heroica. Describen con preferencia los días de grandes luchas e indican sólo brevemente los idilios que hay en medio. Quieren mostrar cómo los primeros felices éxitos apostólicos hay que agradecerlos en todas partes a los padecimientos, cómo siempre el nuevo país ha de empaparse de sudor y sangre apostólicos. En aquellos tiempos había pedradas como saludos de bienvenida, barracas de madera en vez de hermosas y cómodas casas parroquiales.

Y fue otra vez una mujer la que dio un nuevo rumbo a la historia del Evangelio en Filipos. Esta vez no fue ninguna prudente y juiciosa Lidia, sino una muchacha muy histérica, una médium espiritista. Junto al camino para el lugar de oración, adonde iban con frecuencia los misioneros para instruir a los recién convertidos o ganar nuevos prosélitos, vivía una joven esclava que estaba en comunicación con el mundo de los espíritus. Tenía, según se decía, espíritu pitónico o adivinador. Era, pues, una especie de pitonisa u oráculo bajo la protección de Apolo, el dios de los vaticinios. En sus trances hipnóticos, la muchacha era también ventrílocua, y podía fingir las más diversas voces de los espíritus de ultratumba en los más diversos idiomas. Como leía los pensamientos y veía lo venidero, podía descubrir a la gente sus ocultos pensamientos y predecir su suerte futura. Semejantes adivinas tenían entonces, como hoy, una gran parroquia. Como pertenecía a la condición de esclava, era una notable fuente de ingresos para sus señores. Por una esclava de esta condición se pagaba un alto precio. En nuestro caso la esclava parece haber estado al servicio de la corporación de los sacerdotes paganos, los cuales explotaban a la muchacha. Cuando pasaba Pablo, sus altas fuerzas espirituales parece que excitaban muy fuertemente a este pobre ser. Corría ella tras los mensajeros de la fe y gritaba: «¡Estos hombres son siervos del Dios altísimo, que os anuncian el camino de la salvación!» Esto no quiere decir que la muchacha tuviese un presentimiento claro y consciente de la verdad cristiana. Poseída de un demonio, estaba bajo la fuerza de éste y contra su voluntad había de dar testimonio del poder superior que reconocía en Pablo y Silas. El epíteto de *Hypsistos* (= el Altísimo = Jehová), originariamente judaico, había sido adoptado en aquellos tiempos por los cultos paganos del Asia Menor y aplicábase a Zeus, a Atis y a Sabazios (corrupción del nombre hebreo *Sabaioth*

= de los Ejércitos, con que en la Biblia se designa a veces al Dios verdadero, Yahveh) [n. 21]. Ello nos permite sospechar la procedencia y la religión de aquella muchacha espiritista. Al número de los misterios órficos y dionisíacos que desde antiguo ejercían una gran influencia en Macedonia, pertenecía la idea de que ciertos hombres estaban ligados a una determinada divinidad, bajo cuya protección vivían y eran sus mensajeros, así como el anhelo de entrar en relación mágica y redentora con tales divinidades. Pero la religión revelada del cristianismo, que con su claridad superior a la razón es la extrema oposición al mundo de los demonios y al reino oscuro de lo irracional, no necesita ningún reclamo del infierno y del reino de lo subconsciente. Tampoco Jesús había admitido ningún testimonio de los demonios, los cuales en todas partes donde aparecía, gritaban en los cuerpos y almas de los posesos. Pablo conoció al punto el motivo hostil a Dios que había en el fondo de este testimonio y no debía con esto poner en riesgo el Evangelio. Había de rechazar toda sospecha de que la religión de Jesús tuviese algo que ver con la fuerza de la magia. El Apóstol tenía conciencia de que en este punto había de manifestar la superioridad del cristianismo sobre el reino de los demonios, aun con peligro de levantar todo el infierno contra su predicación. Pero la muchacha misma merecía compasión e indulgencia, porque no estaba en lucha contra la verdad, como el cegado mago de Chipre. Pablo mandó con un grito al demonio que saliese en el nombre de Jesús. La rígida expresión del semblante de la esclava, el pasmo de que era presa su alma, se deshizo; la muchacha sintió volver como de gran lejanía la fuerza de la razón y de la libre voluntad. El dulce poder de Cristo entró en su alma, la santa fuerza del espíritu llenó sus ojos de lágrimas de agradecimiento a su Salvador. Sintióse arrancada de un poder siniestro, devuelta a sí misma, y se puede suponer que en adelante se consagró al servicio de Jesús, como aquel poseso del Evangelio que después del exorcismo estaba sentado cuerdo y tranquilo a los pies del divino Maestro, o como aquella María de Magdala, de quien Jesús echó siete demonios y que luego fue la primera mensajera de la resurrección (Mc 16, 9 y 10).

Aquí Pablo se había encontrado de nuevo, como ya antes en Chipre y en Listra, con aquel poder siniestro que tiranizaba al mundo antiguo, al género humano no redimido, y era la señal característica del paganismo. Era la *invasión de los poderes demoniacos* en la esfera humana. Si la esclava estaba al servicio de unos sacerdotes paganos codiciosos de dinero, quizá en el templo de Apolo, entonces es posible entender sin dificultad el que sus señores pudiesen movilizar a todos los habitantes paganos y a las autoridades de la ciudad contra los dos apóstoles. Hasta entonces

habían sido los enemigos de Pablo las más de las veces judíos. Éstos le acometían solamente cuando tocaba su religión; los paganos, al contrario, cuando se trataba del dinero. Esto había de repetirse más adelante en Éfeso. La adivinación no estaba protegida por la ley. Una reclamación de daños y perjuicios hubiera tenido, por tanto, poca probabilidad de éxito. Así hubieron ellos de trasladar la acusación al terreno político y nacional: «Estos hombres ponen a nuestra ciudad en confusión. Son judíos y anuncian una manera de vivir que nosotros, como romanos, no podemos admitir ni practicar.» En esto había algo de verdad. Pablo y Silas anunciaban realmente una religión muy contraria a las costumbres y usos de la colonia romana. El verdadero cristianismo despierta a la gente de su despreocupada tranquilidad y manera de vivir. El cristianismo no es una mera forma de pensar, que a nada obliga, sino una forma de vida. Habrá habido entonces por su causa en las familias de Filipos separaciones entre marido y mujer, padres e hijos e hijas.

No era fácil a los jueces de la ciudad conservar la cabeza clara en el tumulto, y todavía menos a los acusados obtener facultad para hablar y procurarse atención. Como se trataba de un par de judíos forasteros y desconocidos, los jueces de la ciudad no perdieron tiempo en informarse sobre qué clase de personas eran, y los condenaron sumariamente a ser azotados. Fuertemente resonó por el pórtico la aguda voz de mando romano: «*Lictor, expedi virgas ad verbera!*: ¡Desligad las fascas! ¡Golpeadlos con varas!» Como se ve, con frecuencia estaba mal administrada la célebre justicia romana en las ciudades provinciales. No en vano había Cicerón promovido una apasionada acusación contra el gobernador Verres (*In Verrem* 2, 1, 9).

Ocurre una pregunta. En ninguna parte leemos que Pablo y Silas protestasen como ciudadanos romanos contra la ejecución del castigo. Sabemos que los funcionarios subalternos de las ciudades romanas que tenían lictores, con frecuencia menospreciaban el *derecho de ciudadano romano*. Pero, con todo, ¿hubiesen podido hacer la tentativa! No es fácil dar una respuesta satisfactoria. Se podría quizá decir que en el tumulto habría sido inútil. De los Hechos de los Apóstoles (16, 37) parece deducirse que no les fue otorgada la facultad de hablar para defenderse. O ¿eran Pablo y Silas apáticos respecto de la honra y de la afrenta, insensibles para todos los sentimientos de la dignidad humana? ¿Quién podría afirmar esto de un hombre que ni siquiera quería recibir una limosna por pundo-nor! Aquí parecen fallar nuestras medidas, si no nos colocamos en un punto de vista sobrenatural. Pablo no apelaba a su derecho de ciudadano romano, sino cuando lo creía útilísimo para la causa del Evangelio. Y podía redundar en provecho de ella, si ahora los men-

sajeros de la fe hacían este sacrificio de su sangre. Pues por este procedimiento ilegal sin averiguación se hacía culpable la autoridad de una grave falta. Pablo podía ahora imponerse a la autoridad, y ella había de tener consideración con los seguidores de él. De ahí también la congoja de los magistrados al día siguiente.

Era un mundo cruel y duro en el que el Apóstol llevaba su vida exterior, como también más tarde hizo resaltar en la Carta a los Romanos la inhumanidad e insensibilidad como carácter del paganismo. El mundo antiguo se perdió, en efecto, por falta de amor. Este mundo sólo podía ser vencido por el más alto amor manifestado en el martirio. Pablo no era hombre para estar dispuesto para el martirio sólo con el pensamiento, como lo hace el hombre de mediano valor, que a la vista de aquél pone luego seis caballos en tiro para enderezar el carro de su destino o la voluntad de Dios en otra dirección. También en este respecto fue Pablo un gran realista. Habíase adiestrado para ello con sus extraordinarios trabajos corporales. «He sufrido penalidades en gran número, cárceles con superabundancia, malos tratamientos sin medida, con frecuencia he estado en peligro de muerte, tres veces fui azotado con varas» (2 Cor 11, 23). Consideraba su vida como una lucha en la olimpiada, en el estadio, y no temía ninguna fatiga del adiestramiento de la voluntad para alcanzar la corona: «¿Qué importa? Aunque el hombre exterior se vaya desmoronando, el interior se va renovando de día en día» (2 Cor 4, 16). A un hombre de semejante criterio, no le puede vencer el mundo entero.

26. En la cárcel de Filipos

Act 16, 23 - 40.

En el mercado de la ciudad baja de Filipos se ven ahora todavía cuatro tambores de columnas dispersos, que fueron en otro tiempo mudos testigos del martirio de los apóstoles. Timoteo y Lucas, o estaban ausentes y sólo más tarde tuvieron noticia del hecho, o hubieron de esconderse para no ser envueltos también en el procedimiento judicial. Pero los padecimientos no habían aún llegado al fin. Pablo y Silas fueron echados a una celda oscura y maloliente de la cárcel, que se hallaba en el barrio alto de la ciudad, en la acrópolis, y sus celdas estaban en parte cavadas en el monte y cerradas al exterior con puertas de madera y cerrojos asimismo de madera. Los pies estaban fuertemente asegurados con tornillos en el cepo de madera, las muñecas y el cuello metidos en argollas de hierro, las cuales estaban sujetas por medio de una cadena a un gancho del muro. Habían de estar sentados con la

parte superior del cuerpo levantada. La espalda sentía gran dolor, las heridas y cardenales abiertos escocían y punzaban como agujas ardientes⁵⁶. Muy cerca resonaban maldiciones, gritos, quejidos y gemidos, procedentes de las celdas vecinas. Pero, ¿qué era aquello? Cuando se relevó la guardia con el santo y seña en la tercera vigilia de la noche, empezó de repente un jubiloso canto como nunca lo habían oído los muros de la cárcel de Filipos: primero en voz baja y lastimera, después en voz sonora y alegre, de suerte que los muros se estremecieron. Los compañeros de padecimientos que maldecían, enmudecieron uno después de otro. Callados y atónitos escucharon:

Quando el Señor puso fin a nuestra cautividad,
Nos parecía que soñábamos.
Pero los gentiles exclamaron:
¡Cuántas cosas ha hecho el Señor por ellos! (Ps 125).

La crítica ha dudado sobre la realidad de esta escena por crerla inverosímil. Pero el canto apostólico de medianoche gana toda su grande y hermosa significación si lo examinamos a la luz de la primitiva liturgia. Según las disposiciones generales de la Iglesia del siglo II, que en opinión de los entendidos en la materia se remontan a la época apostólica, era costumbre cristiana que los creyentes se levantaran a media noche para orar. «A medianoche, levántate, lávate las manos y reza; si tu mujer es pagana, irás a otro aposento y allí orarás.» El motivo es singularmente bien fundado: «Pues así nos lo han transmitido nuestros padres, porque a esta hora toda la creación se recoge para alabar al Señor: las estrellas, y los árboles, y los ríos, y los ángeles, y las almas de los justos». Este bello significado puede haber salido de las palabras de la «Sabiduría de Salomón» (18, 14): «Mientras todo se hundía en el silencio de medianoche y ésta había suspendido su carrera, bajó tu poderosa palabra desde el trono real». También se esperaba que la vuelta de Cristo sería a medianoche, y este pensamiento probablemente también lo tendrían presente nuestros prisioneros. Así el cristianismo creó un nuevo sentido religioso y moralizó el concepto del Eón, que los antiguos representaban como una entidad del destino, rodeada de serpientes y con cabeza de león²² [n. 23].

Era algo enteramente nuevo, incomprendible, oír a presos, en vez de dar alaridos y maldecir, cantar cánticos piadosos. ¿Qué dios ha de ser el que les da fortaleza? Deben de ser sin duda siervos y mensajeros de un nuevo dios. Ésta era una nueva melodía, cual el mundo todavía no había oído. El cristianismo ha traído esta melodía al mundo. Es el canto de san Francisco de Asís, *De la verdadera alegría*. Es su canto al sol: «¡Alabado seas tú, Señor

mío, por causa de nuestra hermana, la muerte corporal!» Pablo y Silas están seguros de su causa. El Señor, que libertó a Pedro de la cárcel, tampoco se olvidará de ellos. Y como en aquella noche estaban los fieles congregados en oración en casa de María, madre de Marcos, así ahora los buenos cristianos de Filipos estaban reunidos en oración en casa de Lidia, alrededor de Timoteo y Lucas. Y el Dios que hace a los ángeles, a la tempestad y al fuego mensajeros suyos, hizo al terremoto portador de su voluntad. La crítica ha puesto reparos a este «milagro», diciendo que la relación hasta allí tan clara del testigo de vista es súbitamente oscurecida por su manía de encontrar en todas partes milagros y efectos maravillosos de la gracia. Pero en el territorio del Mediterráneo, en las islas del Egeo y en Macedonia los terremotos no son precisamente raros. La notable coincidencia con la oración de los apóstoles podemos sin duda considerarla como señal de haber sido oída su oración, como una obra de la Providencia. El milagro existe sólo en la imaginación de los críticos. Lo demás sucedió todo muy naturalmente. Un conocedor de las prisiones turcas escribe: «El que ha visto una prisión turca, no se maravillará de que las puertas se abran. Cada una de las puertas estaba cerrada sólo por un cerrojo, y como el terremoto corrió a lo largo del suelo, desentabló el jambaje, de modo que los cerrojos cayeron de la cerradura y la puerta se abrió. Las cadenas y cepos de tornillo fueron separados del muro, el cual fue sacudido de tal manera, que se abrieron grietas entre las piedras»³⁸. En los Balcanes desde hace dos mil años no se ha cambiado mucho en estas cosas.

El efecto psíquico de un fuerte terremoto es conocido. Al principio, la gente se queda como paralizada de terror y espera una nueva sacudida. Pablo y Silas, que vieron en el terremoto, como se deja entender, la respuesta del Señor, se levantaron, fueron, del local posterior en que estaban, al gran local delantero de la prisión, donde los demás presos, parte ya se habían libertado, parte se ayudaban mutuamente a desembarazarse de las cadenas y cepos de tornillo. Tranquilizaron a los presos y les impidieron hacer una tentativa de huir. Entre tanto el carcelero sale presuroso de su casa, a la débil luz de las estrellas ve abiertos los oscuros huecos donde estaban las puertas, y cree que los presos se han escapado. Según la manera de ser genuinamente romana, prefiere el suicidio a la ejecución por la defectuosa vigilancia. Entonces vino de la obscuridad una voz alta y clara: «¡No te hagas ningún daño! ¡Estamos todos todavía aquí!»

Hay que penetrar el estado de alma del bienintencionado y supersticioso carcelero. Cae, en una especie de irritación nerviosa, de un extremo al otro: de la desesperación por su desdicha a la

rebotante alegría y gratitud hacia los hombres que le han salvado la vida. Según el código Beza, los demás presos fueron encerrados de nuevo en sus celdas por los guardias. Sólo Pablo y Silas pudieron salir al patio. El carcelero vio manifiestamente en los dos a los mensajeros de una divinidad, como ya lo había pregonado la adivina durante varias semanas por la ciudad. Vio ayer a los dos cómo sufrieron el castigo sangriento sin ninguna queja y con un valor sin igual, oyóles cantar cánticos a su Dios, y ahora este Dios les ha efectivamente ayudado. Está estremecido de horror ante un poder superior, a cuyos servidores ha encadenado. Aquí se muestra toda la interior inconsistencia del paganismo, la falta de valor y la inseguridad de la vida pagana; en ninguna parte firmes principios y luces, todo sólo sentimiento, impresiones, congoja y esperanza, de unas a otras de las cuales es arrojado el hombre. En ninguna parte un firme apoyo sobre el cual el alma pueda echar las anclas. La vida se arroja como cosa sin valor, luego que se pierde la cabeza. Una relación interior con sus dioses, no la tenían estos hombres; sus dioses tenían ojos y oídos, pero nada veían ni oían, no se cuidaban de las necesidades espirituales de los hombres. Mas el Dios de estos varones era cosa muy diferente: hace a los suyos libres y alegres y felices y fuertes. ¡Si yo pudiese estar también bajo la protección de semejante Dios! Éste era sin duda el inconsciente curso de los pensamientos en la cabeza de este pagano. Y de lo más profundo de esta alma pagana brota estremecido este grito: «Señores, ¿qué he de hacer para salvarme?» ¿Hay algún camino? ¿Qué debo hacer para disponer favorablemente, en provecho mío, a este Dios? Así es como piensa el paganismo [n. 1].

Y ahora se efectúa una de las más notables escenas de conversión y bautismo. Pablo y Silas son considerados como seres superiores: ellos han mandado venir el terremoto. Toda la servidumbre se agrupa tímida y respetuosa alrededor de ellos, de noche, en el patio, junto a la fuente y a la luz de las estrellas. Fue la hora de catecismo más singular aquella en el patio de la cárcel de Filipos, la catequesis bautismal más compendiada de los Hechos de los Apóstoles, tan ricos en cosas notables. Pensemos en el estado de los dos apóstoles: en los horrores del día de ayer, las excitaciones de la noche, los vestidos empapados en sangre, el dolor punzante en las sienas, la sensación de hambre en el estómago. Pero ellos cumplen al punto con alegría su obligación. La compasión hacia estos hombres ignorantes no deja que piensen en la propia comodidad. No podemos creer que los paganos ignorantes se hiciesen cristianos en un momento. Pablo y Silas no eran hombres para bautizar a gente sin ninguna preparación, sólo para que estuviesen bautizados. Mas no se atenían a un esquema rígido. Si el tiempo apremiaba,

renunciaban a una larga instrucción dogmática, la cual podía darse más tarde. Lo principal era la conmoción del corazón, la disposición para recibir la gracia, la *fides implicita* del alma naturalmente cristiana. Y para esta preparación los sucesos de la noche habían hecho más que un largo catecumenado. A los paganos, en su religión todo se les iba en las acciones exteriores, en usos y ceremonias. Ya cuando Pablo habló del bautismo, el carcelero debió de preguntar con impaciencia, como el superintendente de los bienes de la reina de Etiopía: «Señor, ¿qué impide que seamos al punto bautizados?» Viendo el Apóstol el deseo de salvación en estos hijos de la naturaleza, aunque todavía no aclarado, concluyó su instrucción con estas palabras: «¡Cree en el Señor Jesús, y te salvarás tú y tu casa!» Y así, sin más, a la salida del sol efectuóse el bautismo de toda la familia en la fuente del patio de la cárcel.

La esposa del carcelero fue la primera que se acordó, después del bautismo, de que los dos presos nada habían comido desde el día anterior. Condujéronlos a la casa y les prepararon una cama. El amo de la casa les lavó por sí mismo las heridas con veneración y ternura. Debieron de celebrar una comida de regocijo, un ágape, un banquete eucarístico. Es el primer *banquete para solemnizar el bautismo* realizado en suelo europeo, de que tenemos noticia. Esta inolvidable hora de la mañana habrá tejido un lazo, incapaz de romperse, de amor y fidelidad interior alrededor de los apóstoles y los recién convertidos. Cuantas veces, más tarde, Pablo fue a Filipos, visitó seguramente a su querido carcelero, o si escribía una carta a Filipos o se leía otra carta de él, ¡con qué sentimiento habrá esta familia escuchado en los actos del culto las palabras de su querido apóstol! En vista de tales éxitos y alegrías sintió Pablo este consuelo: ¡Sí, valía esto padecer algo por el Evangelio!

Aquella noche llena de sucesos tampoco pasó sin dejar huellas en los que regían la ciudad. El terremoto había hecho lo suyo. Despertó la mala conciencia a causa de su proceder de ayer, burlador de la ley romana. Ya muy de mañana hacen decir al carcelero: «¡Suelta a esta gente!» Ahora había llegado para Pablo el momento oportuno. La autoridad estaba ahora en sus manos. Le hace experimentar esto muy claramente. Con visible placer describe Lucas la jugada de jaque de su maestro, cómo lanza súbitamente su ciudadanía como una bomba entre los muy poderosos y se hace difícil de contentar: No accede a sus ruegos de que desaparezca de la ciudad secretamente, sino exige que los señores municipales le acompañen honoríficamente en su salida de la ciudad. Como discípulo del Crucificado mostró que por amor a Cristo podía tomar sobre sí afrentas, y como hombre de prudencia y honor manifestó que por causa del Evangelio no se dejaba tratar como vagabundo. Ahora

se llegan a él los mismos señores principales con todo el ayuntamiento de la ciudad y sus amigos, balbucean sus excusas, ruegan a los apóstoles que por amor de la paz salgan de la ciudad por algún tiempo, para que no estalle un tumulto mayor, y les dan un honorífico acompañamiento. Pablo mismo sin duda tuvo trabajo para conservar su seriedad. Ahora pudo obligarlos a que le estuviesen perpetuamente agradecidos, por el cumplimiento del deseo de los mismos. Ellos necesitaban su silencio. En la detallada descripción de Lucas se observa que, éste, como buen griego, debía de tener un fino sentido del humor. Pero Pablo y Silas no se apresuraron para nada a salir de la ciudad. Hiciéronse acompañar digna y solemnemente a la casa de Lidia, donde los hermanos estaban reunidos. Pablo ordena presbíteros y directores y les da las necesarias instrucciones para dirigir y cuidar la congregación. Lucas, que no estaba envuelto en el proceso, se retrasó para vigilar el ulterior ordenamiento de la congregación. Se ve estó por el hecho de que desde ahora hasta el capítulo 20 cambia el «nosotros» de su diario por «ellos» (16, 40). Se puede quizá también concluir que Filipos era su segunda patria, en la cual ejercía también su profesión de médico. Por medio de Lucas, Pablo siguió estando en permanente contacto con los hermanos de Filipos. Era la única comunidad a la que nunca tuvo necesidad de dirigir una reprensión, y a la que permitía por excepción que le socorriese en su pobreza con dinero.

Cuantas veces Pablo recuerda más tarde su permanencia en Filipos, está ante sus ojos la afrenta padecida. «Aunque, como sabéis, antes en Filipos tuvimos que sufrir padecimientos y malos tratos», escribe a los tesalonicenses (1 Thess 2, 2). Esta afrenta fue el primer agradecimiento de Europa a Pablo por su Evangelio. Pero ninguna amargura, ningún resentimiento podía obtener dominio sobre esta grande alma. Al contrario, el hijo por el cual más ha padecido la madre es también el más querido de ella. Así Pablo tuvo una ternura sencillamente maternal para su comunidad. Los padecimientos eran para él el medio más importante para cuidar de las almas. Como toda institución, así también la Iglesia de Cristo sólo puede conservarse por los medios por los cuales se fundó. Según la *mística de pasión* del Apóstol, «las aficciones del tiempo mesiánico recaen sobre diversas personas y grupos: Cristo quiere tener compañeros en sus padecimientos»⁶⁵. A cada verdadero miembro de la Iglesia, del cuerpo místico de Cristo, está asignada una parte determinada de estos padecimientos, mayor o menor según el grado de la proximidad en que está a Cristo; por tanto, a los apóstoles y fundadores de las comunidades, la mayor. Ellos son gladiadores consagrados a la muerte, paladines de Cristo, un «espectáculo para el mundo, para los ángeles y hombres, la basura del mundo, la

escoria de todos hasta hoy» (1 Cor 4, 9 ss). Pablo ha de padecer, porque todavía hay tantos dolores no padecidos y porque Dios ha dispuesto que él lleve su parte en este resto que Cristo ha dejado. Los padecimientos apostólicos tienen también una significación escatológica: La parusía o segunda venida de Cristo sólo puede efectuarse cuando estén terminados los padecimientos de Cristo hasta el último resto. Como su vida es una vida de Cristo, así sus padecimientos son padecimientos de Cristo (Col 1, 24), y por eso escribe a sus filipenses: «Así quisiera yo concebir mi ser cristiano: como participación en sus padecimientos y como semejanza a Él en la muerte» (3, 11).

Por tanto, de una vida cómoda de párroco nada sabe todavía Pablo. No hay tal cosa en la primera generación. Más tarde habrá todo esto, cuando el cristianismo haya venido a ser una dominante forma de vida, cuando se haya creado un clima cristiano, cuando todo un país esté sumergido en un aire cálido católico. Pero, ¡ay, si entonces se adormece el cuidado vigilante, si lo heroico desaparece en el cristianismo! Puede venir de repente un vendaval y echar abajo el dulce idilio de la parroquia. A veces Dios hace temblar el suelo en grandes regiones de la tierra y tenemos que huir de nuestros escondrijos y refugios.

27. En Tesalónica

Act 17, 1-4. Cf. 1 Thess 2, 1-12; Phil 4, 16.

Filipos fue la única ciudad de la que salió Pablo en paz con la autoridad local, más aún, entre su honorífico acompañamiento. Su vida ambulante apostólica tiene cada vez más la apariencia de falta de quietud, descanso y estabilidad. En ninguna parte echa raíces, al punto ha de partir de nuevo. Hay para él un constante ir y venir, más aún, ser echado fuera, ser expulsado. Y, sin embargo, su extraordinaria movilidad, su continuo lanzarse siempre a nuevas empresas dista mucho de la laboriosidad exterior, de la intranquila ansia de trabajo, de la nerviosa y desgraciada actividad que nunca se interioriza y nunca termina. Fueron siempre necesidades exteriores, suertes adversas y persecuciones, las que así le empujaban acá y allá. Él mismo era justamente el hombre más concentrado que jamás na habido. Es sencillamente incomprendible cómo Pablo en esta exterior falta de descanso podía concentrar su espíritu en un tan notable sistema de ideas, como el que ha dejado en sus grandes cartas. También en esto es el más semejante a Cristo de todos los discípulos, el más extremado paralelo a la luminosa quietud divina de Jesús a pesar de toda su falta de reposo.

Podría haber sido en la primavera del año 50, cuando Pablo, Silas y Timoteo, caminando por la calzada militar empedrada de granito, la Vía Egnacia, hacia el oeste, en dos jornadas de cinco horas, llegaron a Anfípolis. El día antes sus espaldas se habían encorvado por el dolor bajo los silbantes golpes de los lictores. Sus cardenales, vendados por las amorosas manos de Lidia, escocían todavía; sus pies estaban doloridos por el duro cepo de tornillo en que habían sido metidos. Si tenemos esto ante los ojos, nos llenaremos de respeto ante estas jornadas. Era un camino hermosísimo, que atravesaba un valle delicioso con extensos campos de lino y, más allá, bajo la sombra refrigerante de avenidas de plátanos. De las nevadas cumbres del Pangeo soplaban un agradable aire fresco. Arroyos cristalinos se precipitaban de las pendientes de los montes y corrían presurosos al golfo Estrimónico. Junto a alguna fuente los viajeros se habrán parado varias veces para un breve descanso. Hacia la tarde del segundo día salieron de los montes hacia el ancho valle del caudaloso Estrimón, que atraviesa el gran lago de Taquino. Aquí el río se tuerce formando un poderoso lazo alrededor de una península, en la cual estaba situada la ciudad de *Anfipolis*, a la orilla sudeste del lago, a una escasa hora tierra adentro, rodeada de altos montes, con una magnífica vista al mar Egeo. Aquí se alojaron en una posada para pasar la noche. Una vuelta por la ciudad a la mañana siguiente los persuadió de que la pequeña población era de muy poca importancia para ser centro de un extenso distrito de misión. El término de su viaje era Tesalónica. Pablo prefería siempre las grandes metrópolis. Desde éstas, las pequeñas ciudades a la redonda podían ser misionadas fácilmente.

En el tercero y cuarto día anduvieron, pues, las diez horas entre el azul golfo Estrimónico y las montañas costeras, ora por entre un espeso bosque, ora por libres praderas, ora pasando junto a dos solitarios lagos alpestres, siempre gozando de la vista encantadora del mar, y atravesando así toda la anchura de la península Calcídica. De cuando en cuando asomaba desde lejos otro lago alpestre solitario. Había en el camino sitios de descanso embelesadores. El más hermoso era sin duda el estrecho valle de Aretusa, que sirve como de estanque para las aguas de los lagos interiores que fluyen hacia el mar. Allí estaba en un soto de encinas, plátanos, pinos silvestres y abetos el sepulcro del trágico griego Eurípides, el Ibsen de la antigüedad, entre los plañideros cantos de los ruiseñores. Aquí encontró sosiego su corazón atormentado por la duda. Reinaba un sagrado silencio en el dominio del gran fallecido. Era como si el mismo Pan hubiese muerto, y de pronto despertara en medio de un vendaval para ahuyentar a pastor y rebaños sobreco-

gidos de pánico terror. Caminando a la sombra de frondosos bosques de castaños, los viajeros, hacia la tarde del cuarto día, entraron en *Apolonia*, que se hallaba pintorescamente extendida sobre una eminencia a la orilla sur de un lago, separada por una alta montaña de la escarpada península de Athos, tan célebre más tarde por su república de monjes. Ahora estaba ante ellos la última etapa de su viaje: una marcha de doce horas.

Después de una jornada hermosa, pero de mucha fatiga, por el territorio de los lagos de Migdonia, llegaron, quizá a media tarde del sexto día de viaje, a la última cordillera, no muy alta, que se halla a la orilla este del golfo de Tesalónica. Aquí estaban, respirando con holgura, ante el término de su viaje. Allí abajo se hallaba la azul llanura del mar eternamente movida, y más allá, en larga y vaporosa lejanía, la nieve, teñida de púrpura por los rayos del sol poniente, del Olimpo de muchas cumbres (2 985 metros de altitud), el sagrado monte de los dioses. Allí Zeus, el que acumula las nubes, estaba sentado en un trono, en su «palacio de bronce». Con el mismo santo temor con que el israelita pensaba en el Sinaí, levantaba la vista el piadoso griego a este monte de los dioses.

...y el Cronida bajó las negras cejas en señal de asentimiento; los divinos cabellos se agitaron en la cabeza del soberano inmortal, y estremeciéndose el dilatado Olimpo.

(*Ilíada* 1, 528 - 530)

Todavía hoy nos quedamos absortos ante la fuerza de estos versos del ciego cantor, que presintió de manera tan profunda a la divinidad, y contemplamos sobrecogidos las reproducciones de la imagen de Zeus, inspirada a Fidias por estos versos. Era una chispa de aquel *Logos spermatikós*, de aquella eterna palabra del Creador que afectó a todo el universo y cuya revelación en la carne vinieron a anunciar los heraldos de Cristo. El Olimpo, como una mansión de los dioses, parecía flotar sobre el éter del universo⁷⁸. «Allí, pues», dijo Pablo a sus acompañantes, «el pueblo griego busca sus dioses. Venid, y hablemosles del Padre que está en el cielo, y digámosles que esta montaña tan sólo sirve de escalón para sus pies». El hombre del pueblo miraba con temor esta montaña de los dioses, pero las personas cultas ya sabían desde hacía tiempo que allí no había dioses algunos.

Abajo, a los pies de los viajeros, extendíase *Tesalónica*, hermosa con relucientes mármoles, como un brillante dije de perlas en el pecho ondeante de la diosa del mar. La ciudad, llamada Tesalónica por el nombre de la hermana de Alejandro Magno, era entonces la indiscutible capital de Macedonia, con uno de los más seguros y mayores puertos comerciales del mar Egeo, y estaba uni-

da con Roma y Asia por la famosa carretera romana llamada Vía Egnacia, prolongación de la Vía Apia, desde Dyrrachium (Durazzo) hasta Bizancio (Constantinopla). A doce pies de profundidad de la actual carretera, en algunos trechos, se halla todavía al descubierto la antigua vía romana. Por ella entraron nuestros viajeros en la primera gran ciudad europea que encontraron. Hoy abastece todavía con su comercio a la mayor parte de los Balcanes. Como las series de asientos en el hemicírculo de un teatro griego, suben las terrazas de la ciudad desde el mar hacia arriba, atravesadas por innumerables calles y avenidas, entre las cuales hay verdes jardines y sombríos cipreses. De la antigüedad de la ciudad y de su rica historia dan hoy todavía testimonio los restos de antiguos muros ciclópeos, templos romanos y arcos de triunfo. Sus aguas termales, teatros, campos de deportes y líneas de navegación atraían a muchos comerciantes, a aficionados a viajar, legionarios y empleados públicos. Naves de toda procedencia, viajeros con ideas y noticias de todos los países venían y salían diariamente para el ancho mundo. Si aquí una vez se estableciese el Evangelio, pensaba Pablo, cuando reflexionando ponía su consideración en la ciudad, entonces habría de propagarse rápidamente por todos los territorios del Mediterráneo. Y así fue, en efecto. Apenas hubo transcurrido un año, escribió desde Corinto a Tesalónica: «Desde vosotros se ha difundido la palabra del Señor, y no solamente en Macedonia y Acaya, sino en todas partes se ha divulgado vuestra fe en Dios» (1 Thess 1, 8).

Políticamente Tesalónica era una ciudad comercial franca con autonomía propia. Si Filipos, como ciudad de veteranos, llevaba marca romana, a esta ciudad imprimióle el sello el pueblo comercial *griego*. Ella, como todas las otras ciudades griegas, tenía principios democráticos, y elegía todos los años un consejo de seis *politarcas*, cuyo nombre está atestiguado también en inscripciones. Para refrenar algo su amor a la libertad, residía en ella el gobernador romano con sus lictores. La moral de los ciudadanos no gozaba precisamente de la mejor fama. Faltos de honradez en el comercio, siempre dispuestos a defraudar a otros, curiosos y ociosos en las calles, holgazaneando en los pórticos y en el hipódromo, cuidándose más de los negocios de otros que de los propios, viviendo más del apoyo extranjero que del trabajo propio, inseguros en el matrimonio, llenos de pasión sexual, por la noche entrando a ocultas en las casas de placeres: ésta era la impresión general que recibían los extranjeros en esta ciudad de marineros. De estos peligros hubo de prevenir Pablo ya en la primera carta a sus recién convertidos (1 Thess 4, 1-12).

En lo demás, Tesalónica ofrecía la imagen de una activa ciudad de artesanos. Florecía la tejeduría de tapices y tiendas de cam-

pañía, en los bazares estaban puestos a la venta los más hermosos tejidos orientales de los más variados dibujos y las más finas corambres adobadas. La población era una mezcla de todo el mundo; macedonios, griegos, gente del Asia Menor, sirios egipcios, judíos y comerciantes, funcionarios y legionarios romanos.

Nuestros viajeros, a fuerza de preguntar, hallaron el barrio de los judíos. Desde Filipos, Pablo había sido recomendado a un bienintencionado de su misma raza, que se llamaba por nombre griego *Jasón*. Éste tenía, a lo que parece, una pequeña fábrica de tejidos con grandes locales para el comercio. Aquí Pablo y sus dos compañeros hallaron cariñosa acogida, habitación, pan y trabajo. Ya al día siguiente estaba Pablo con su mandil de cuero junto al telar. También sus dos compañeros se hicieron útiles. No querían ser molestos al hospedador, pues contaban con una larga permanencia. «Vosotros os acordáis todavía, hermanos míos — escribe Pablo —, de nuestras penas y fatigas. Día y noche hemos trabajado, para no gravar a ninguno de vosotros» (1 Thess 2, 9). He aquí el genuino Pablo. ¿Quién de nosotros, después de una marcha de varios días, con la espalda llena de llagas, estaría dispuesto a fabricar todavía por largas horas la áspera tela de tienda de campaña además de trabajar en la cura de almas, para ganar su comida, y fuera de esto dejarse azotar o apedrear una vez al año? Si hoy Pablo fuese otra vez a Tesalónica no se admiraría de poder adquirir en todas partes periódicos hebraicos.

Había aquí una gran sinagoga, que era el centro religioso de todos los judíos de Macedonia entera, decorada con gran esplendor por los ricos comerciantes y banqueros judíos. En los primeros tres sábados, Pablo fue a la sinagoga⁵⁰. Allí encontró un público muy mixto, pero interesado en cosas de religión; además de los judíos extranjeros domiciliados en la ciudad, había prosélitos y temerosos de Dios en gran número, principalmente mujeres. Como era usual, él y Silas, como escribas de Jerusalén, fueron recibidos con mucho aprecio y les rogaron hiciesen un sermón religioso. De la breve indicación de los Hechos de los Apóstoles podemos concluir que Pablo puso por fundamento de su sermón el célebre capítulo 53 del profeta *Isaías* sobre el Mesías paciente. Es uno de los trozos más grandiosos y más decisivos del Antiguo Testamento: la profecía de los *padecimientos del Mesías*, sufridos por el bien del género humano pecador:

...Varón de dolores, y que sabe lo que es padecer;
Y su rostro como cubierto de vergüenza y afrontado;
Por lo que no hicimos ningún caso de él.
Fue taladrado por nuestras iniquidades;
Despedazado por nuestras culpas,

El castigo para nuestra paz descargó sobre él,
Y por sus cardenales hemos sido curados...
Fue maltratado, y se sujetó de buena gana
Y no abrió su boca,
Como un cordero que es llevado al matadero,
Y como una oveja que está muda ante sus trasquiladores.

Este es el pasaje que en otro tiempo conmovió de la manera más profunda al tesorero de la reina Candace de Etiopía, y cuyo sentido le interpretó Felipe como cumplido en la pasión expiatoria de Jesús. Este es el pasaje *mesiánico decisivo*, que según la declaración de la primitiva Iglesia ha hallado en Cristo el pleno cumplimiento. Y ahora Pablo hubo de tocar en sus oyentes judíos la llaga más enconada, quitarles la venda de los ojos, de modo que cada nervio óptico a la vista de la plena verdad se contrajo dolorosamente: Vuestro rey Mesías coronado de victoria es sólo un sueño de calenturiento. ¡El verdadero Mesías lleva una corona de espinas! Éste fue el desengaño, el gran escándalo, la piedra de tropiezo en que este pueblo se estrelló. Ya Pilato había expresado inconscientemente ese gran desengaño con su «Ecce homo». Y Pablo en tres sábados evocó ante los ojos de sus oyentes, que escuchaban en suspenso, la cruz de Cristo como la grande, santa e imprescindible obligación (Act 17, 3), no en el sentido de un destino ineluctable como en el fatalismo pagano, al cual ni siquiera los dioses podían escapar, sino a la luz de la eterna decisión amorosa de Dios, que fue ocultada a las antiguas generaciones pero fue revelada en Cristo; les mostró la cruz como el punto de intersección de todas las oposiciones, como la reconciliación de todas las disensiones, como la solución de todas las dificultades: padeciendo como cabeza de todo el género humano, está Jesús pendiente de la cruz, para expiar una antiquísima culpa.

Así la cruz del Gólgota proyectó por primera vez su gigantesca sombra sobre Tesalónica. Estos tres sermones del Apóstol fueron truenos que sacudieron todos los corazones, y dieron tema de conversación general en la ciudad. Por fortuna había todavía sinceras almas de Natanael aun entre los judíos de entonces: «Algunos de ellos creyeron». Pero principalmente Pablo hubo de dedicarse a ganar a los paganos que se interesaban por las cosas de la religión. Entre ellos halló los corazones más abiertos.

«El cristianismo exige en todo tiempo cierta preparación del corazón y la mente»¹⁷. Del judaísmo limitado a una nacionalidad y del gentilismo panteístico no había ningún acceso a Jesús sin especial milagro de la gracia. Pablo consideraba como primera preparación del corazón el engolfarse en las Sagradas Escrituras. Por tanto, conducía a sus oyentes al profundizado estudio de la Biblia.

El sincero y llano escudriñamiento de este libro, especialmente de las palabras de los profetas, era el camino más sencillo y más seguro. Así, pues, Pablo tomaba por base la Escritura, pero la llave para ello es el gran pensamiento central de la *muerte expiatoria de Jesús*. El estudio profundizado de la Escritura ha sido en todo tiempo la fuente que ha hecho rejuvenecer el cristianismo cuando estaba en peligro de declinar en la entrega a una demasiado afanosa actividad, en la fosilización de la ley, en la materialización por el predominio de prácticas exteriores o en el apasionamiento por la política. Como segunda disposición del alma exigía Pablo un sincero *anhelo de la verdad*. En Tesalónica había gente que recibió la palabra de Dios «con toda ansia, no como palabra de hombre» (1 Thess 1, 6; 2, 13). La tercera era cierto santo respeto a lo divino, una especie de *temor de Dios*, aunque en un principio era muy primitivo y estaba mezclado con superstición, como en el carcelero de Filipos. Donde había estos tres supuestos, lograba Pablo sin dificultad destruir las vanas ilusiones paganas y judías y libertar los corazones para el Redentor crucificado¹⁷.

28. De Tesalónica a Berea

Act 17, 5-15. Cf. 1 Thess 2, 1-12; Phil 4, 16.

Pablo no era sólo misionero, conquistador, sino también *pastor de almas*. Sabe consolidar y conservar lo que ha conquistado para el Señor. No anda en pos de rápidos y deslumbradores éxitos. Como misionero se compara a un «prudente arquitecto»; como pastor de almas se compara a un «padre», que mantiene en el bien a sus hijos con bondad y rigor; a una «madre», a quien los hijos del dolor son los más caros; a una «nodriza», que guarda con cuidado a su hijo de leche.

Según la primera Carta a los Tesalonicenses, los sermones de la sinagoga fueron sólo preparación y actos de propaganda para la actividad pastoral, a la que Pablo luego da comienzo de un modo muy intensivo y continúa largo tiempo. Lucas la omite, porque conforme a su fin principal de escritor quiere más describir la fuerza expansiva del Evangelio y siempre corre con gran prisa hacia nuevos teatros de misión. Después que Pablo hubo ganado a los mejores y más nobles elementos de la sinagoga, se llegó necesariamente a una separación, como hasta entonces había ocurrido en todas partes. En seguida comenzó el trabajo de ahondar en casa de Jasón, en los talleres, en casas privadas, en los aposentos de los esclavos de las casas señoriales, en los barrios aristocráticos, y sin duda también en los salones de mujeres principales (Act 17, 4).

Era una cura de^e almas sumamente personal, cara a cara, de hombre a hombre, de casa en casa. Vemos a Pablo y Silas, con sus hojas de apuntes y las direcciones de sus protegidos, ir por las calles y rincones de los más diversos barrios y suburbios, subiendo y bajando escaleras. Pablo se afanaba personalmente por cada uno, oía dudas, dificultades, peticiones; con su admirable poder de insinuación se introducía en el corazón de cada uno en particular, empleaba su maravillosa fuerza de persuasión, su encantadora afabilidad, su desinteresado espíritu de sacrificio. Todos estaban presentes a su corazón y a su memoria, los que tenían dudas, los que ponían reparos, los difíciles, los impetuosos, los congojosos y los desbordantes de entusiasmo, los críticos y también los vacilantes y tímidos. A ninguno perdía de vista. Ésta era una escuela admirable para el joven Timoteo, quien así podía familiarizarse con el espíritu y el método de su gran maestro. En la primera Carta a los Tesalonicenses nos describe Pablo su *método*: cómo está sentado en medio de sus discípulos y recién convertidos y exhorta, alienta y conjura a cada uno, como un padre a sus hijos, a que se porten de una manera digna de Dios. Los tonos más tiernos del corazón, la rica escala de los sentimientos estaban a disposición de este hombre admirable. Esto tejía un lazo de íntima amistad entre él y los neófitos. La estrecha amistad personal es un carácter muy especial de su método de misión. Pero esta personal unión de corazón a corazón no era para él un fin absoluto o la satisfacción egoísta de una necesidad de amistad con Cristo, para llevar como padrino la novia al celestial Esposo. El cristianismo para Pablo no era ninguna doctrina abstracta, ninguna relación puramente intelectual con Dios, sino sobre todo una relación tierna e íntima con el Señor, una cosa real enteramente viva, por la cual se está dispuesto a padecer y a morir. «Todo esto lo hago por amor del Evangelio», escribía él (1 Cor 9, 23).

Debió de haberle sido con frecuencia bastante difícil, dado su marcado modo de ser, penetrar hasta el meollo de la personalidad a través de la envoltura que dan al hombre la educación, el temperamento, las prendas naturales hereditarias y la índole nacional. Pero Pablo ha siempre indagado lo genuinamente humano en el hombre y lo ha hecho aliado suyo. «Me he hecho judío con los judíos, para ganar a los judíos; devoto de la Ley [o prosélito] con los devotos de la Ley — aunque no estoy sujeto a la Ley —, para ganar a los devotos de la Ley; con los que estaban sin Ley, como uno que no está sujeto a la Ley, para ganar a los que vivían sin Ley; flaco con los flacos [esto es, angustiosamente cuidadosos de las prescripciones judías sobre los manjares], para ganar a los flacos: me he hecho todo a todos, para salvar a algunos en todas partes» (1 Cor

9, 20). Pero esta *ascética de la afabilidad* no era en él un frío cálculo, en el que no tuviera parte el corazón. «Aunque como enviados de Cristo hubiésemos podido echar en la balanza nuestra autoridad, nos portamos en medio de vosotros con tanta blandura, como una madre que está criando a sus hijos. Nos sentimos arrastrados hacia vosotros, y quisimos de buena gana no sólo traerlos el Evangelio, sino también consagrarlos toda nuestra fuerza vital; tan queridos llegasteis a ser de nosotros» (1 Thess 2, 8). No escribe así ningún frío calculador. Nunca había visto el mundo tan pródiga entrega de sí mismo, tan apasionada lucha de alma a alma como entonces, cuando el Hijo del hombre en figura del Buen Pastor y cuando el Buen Pastor en la persona de su mayor discípulo iba por el mundo.

El cristianismo naciente de Tesalónica tuvo un *carácter muy carismático*. El Espíritu Santo se derramó sobre los recién convertidos en grande abundancia y los elevó a un arrobamiento místico. Pablo tenía tiempos en que brotaba de él poderosamente su don carismático. Cuando algunos meses más tarde escribe a Tesalónica: «Nuestro mensaje de salud no se anunció a vosotros solamente con palabras, sino también con milagros y dones del Espíritu Santo y en grande plenitud», se despertaron en ellos aquellas horas inolvidables de santa superabundancia en que Pablo, con su inflamado lenguaje de profeta, los conmovía en las reuniones de tal manera, que ya lloraban a lágrima viva de santo dolor por su vida pasada o de compasión hacia el Crucificado, ya prorrumpían en exclamaciones de gozo y consuelo, un tullido de nacimiento se levantaba súbitamente, o un poseído, después de la última feroz acometida de los demonios, se marchaba curado. Cuando luego Pablo, con su conocimiento del corazón humano, iluminaba los abismos y profundidades ocultas del alma de ellos, desenredaba el enmarañado ovillo de sus pensamientos y sentimientos contradictorios y ponía de manifiesto el tejido de culpa y hado, de espíritu y carne y de la doble ley: éstas eran experiencias dulces y dolorosas, pero los oyentes sentían bajo la experta mano del gran médico, que apartaba lo enfermo y deforme, cómo «la palabra de Dios es viva y eficaz y más aguda que espada de dos filos, cómo penetra hasta la división del alma y del espíritu, de las junturas y los tuétanos y es un juez sobre los pensamientos e intenciones del corazón» (Hebr 4, 12). Mas estas horas de entusiasta conmoción eran sólo la introducción, el comienzo de un lento proceso de curación y transformación. Cuando la gran hora del bautismo, en que se sumergieron en las aguas del río como en un vestido celestial, cuando los primeros días de la conversión hubieron pasado, entonces comenzó para el Apóstol el circunstanciado trabajo de todos los días. Poco a poco habían de desacostumbrarse de la leche materna y acostumbrarse a manjares fuertes. El Após-

tol estuvo muy lejos de presentar como exaltaciones insensatas los primeros sentimientos entusiastas de sus convertidos, a los que él mismo conocía muy bien. Pero hubo de decirles: «No el enajenamiento de la exaltación, sino *vuestra santificación*, ésta es la voluntad de Dios» (1 Thess 4, 3).

Pronto rivalizó la Iglesia de Tesalónica con la de Filipos en vivo y activo espíritu de fe y caridad sacrificada. Pero cada una de las comunidades paulinas tenía su propio semblante. La Iglesia de Tesalónica llevaba un *sello escatológico* muy notable. Una cosa producía especial impresión en los tesalonicenses, fácilmente excitables: el misterio de la inminente consumación del mundo. Corría entonces por el Imperio una disposición sintomática a esperar el fin del mundo. Pablo mismo parece haber estado sensiblemente bajo semejante idea y haber esperado la *parusía* (la pronta segunda venida de Cristo), pero sin indicar, con todo, un término fijo para la catástrofe del mundo. Bajo la impresión de sus discursos proféticos sobre el fin del mundo, el juicio universal y las señales precedentes, vieron los buenos tesalonicenses enrojecerse ya el cielo vespertino y estar inmediatamente próxima la catástrofe. El emperador Calígula, con su locura cesárea, había hecho perder su esplendor al Imperio de Augusto y Tiberio; en tiempo de Claudio mujeres sin conciencia en el trono imperial practicaban su juego malvado, ebrias de su embriagadora copa de poderío y sangre; cometas, lluvias de sangre, monstruos, pestilencias, inundaciones, estatuas de emperadores y templos destruidos por el rayo parecían indicar cosas siniestras. En vista de todo eso se hacía la pregunta: ¿A quién pertenece propiamente el Imperio? ¿Quién será emperador? ¿Británico, el hijo de Mesalina, o Nerón, el hijo de Agripina? Es posible que algunos cristianos hubiesen interpretado falsamente y repetido unas palabras del Apóstol: «¡No os cuidéis de tales cosas! Nosotros, los cristianos, tenemos otro Estado, que está en el cielo. Que los hijos del mundo llamen al emperador su dios: nosotros tenemos un más alto señor y rey, a quien el Padre mismo ha dado el reino, Jesús, nuestro Rey y Señor.» Ésta era un arma peligrosa en las manos de los judíos, y supieron usarla. Pues entonces estaba pendiente sobre ellos más que una espada de Dámocles. Claudio acababa de expulsar a los judíos de Roma. Cualquiera día el decreto de expulsión podía extenderse también a las provincias. En consideración a esto, creían haber de representar el papel de hombres fieles al emperador. El odio había de desviarse hacia Pablo y los cristianos. Con dinero judío fue sobornada la chusma y el populacho del mercado, como dice literalmente Lucas. Al grito de «¡Pablo! ¡Conjuración! ¡Alta traición!» se precipitó por las calles, recibió refuerzo de todos los bazares y tabernas, y se lanzó furioso hacia la casa de Jasón.

Cuando se vio aquí venir el peligro, Pablo y sus dos amigos fueron escondidos en alguna parte. Desengañados, arrastraron a Jasón y a algunos hermanos, como rehenes ante la autoridad de la ciudad, al mercado, y presentaron la acusación de alta traición: «Esta gente alborota a todo el orbe de la tierra. Ahora están también en nuestra ciudad, y Jasón los ha recibido. Todos ellos son rebeldes a los mandatos del emperador y afirman que otro es rey, a saber; Jesús». Pero los munícipes fueron aquí, bajo los ojos del gobernador, más advertidos que en Filipos. Sabían sin duda lo que se había de pensar acerca del patriotismo de esta chusma y de los que la dirigían. Como se conocía a Jasón como un ciudadano pacífico y honorable, le exigieron una suma de dinero como fianza de que despediría a los extranjeros lo más pronto posible y sin ruido.

Ya en la misma noche llamó Pablo a casa de Jasón a los «hermanos» de la iglesia y les dio sus instrucciones. Despidióse de ellos y dio las gracias al noble Jasón por todo su amor y fidelidad. Fue un amargo sacrificio para Pablo abandonar su comunidad, que se iba desplegando magníficamente. Sus presentimientos de que vendrían días difíciles para los recién convertidos y especialmente para Jasón, no fueron falsos. Cuantas veces oímos hablar más tarde de la Iglesia de Tesalónica, oímos hablar también de persecuciones y trabajos (1 Thess 2, 14; 2 Thess 1, 4). Pablo creía entonces que su partida era para breve tiempo. Pero sucedió de otra manera. Por ocho años enteros no vio más a sus amigos de Tesalónica. Y cuando después volvió, no tuvo ningún descanso y hubo de huir de una casa a otra: «Combates por fuera, constante temor por dentro», así escribe más adelante (2 Cor 7, 5). Pero estas constantes persecuciones juntaron interiormente entre sí a los miembros de la comunidad y mantuvieron vivo su fervor. A ninguna otra elogió el Apóstol en igual medida por su paciencia y fidelidad en la fe y su grandísima caridad de unos para con otros (2 Thess 1, 4). Ella le había dado también dos fieles colaboradores: *Segundo*, el compañero de su último viaje, y *Aristarco*, que compartió su prisión en Roma (Act 20, 4; 27, 2; Col 4, 10; Philem 24).

Debió de ser a principios del año 51, cuando, protegidos por la noche, Pablo y sus dos compañeros salieron de la ciudad, marcharon a lo largo del golfo, donde los faroles de los mástiles de los buques y de las innumerables barcas pesqueras les alumbraron el camino, se desviaron luego de la vía militar, y por una carretera regional, después de una jornada de doce horas, al día siguiente llegaron a la retirada ciudad de *Berea* (hoy Verria), situada en el tercer distrito de gobierno macedónico. En esta pequeña ciudad montañosa, recostada de un modo pintoresco al pie del Olimpo y abundante en fuentes, reinaba una vida tranquila. En la quietud

contemplativa de sus viñedos y olivares, a este pueblo sencillo de artesanos, labradores y canteros, que trabajaban en las canteras de mármol del Olimpo, no se le daba un ardite de los grandes sucesos del mundo y de las charlas diarias de más allá de la gran ciudad marítima. Pablo quería aquí propiamente sólo aguardar hasta que se calmase la tormenta de Tesalónica. Dos veces intentó volver allí, pero fue imposible por las maquinaciones satánicas de los judíos de dicha ciudad (1 Thess 2, 18). Así, pues, utilizó el tiempo para la fundación de una nueva comunidad. Hasta en Berea había una pequeña colonia y sinagoga de los judíos. Mas éstos eran «de más nobles sentimientos que los de Tesalónica y recibieron con prontitud de voluntad la palabra». Originóse un verdadero movimiento bíblico. Diligentemente estudiaban judíos y prosélitos sus Biblias griegas y buscaban los pasajes que citaba Pablo para demostrar el carácter no político del Mesías. Precisamente las personas principales se adhirieron aquí al cristianismo, prueba de que no se puede generalizar la proposición de que el joven cristianismo estaba compuesto sólo de proletarios. El gran número y el activo interés de las mujeres en la obra misionera muestra que nos hallamos aquí en suelo europeo. También Berea dio al Apóstol un valioso colaborador: *Sópato*, hijo de Pirro (Act 20, 4), que más tarde se halla entre sus compañeros de viaje.

Pero la alegría no duró mucho tiempo. Como el ladrido de los perros en una aldea acompaña a un viajero nocturno y despierta a todos los perros de la vecindad, así pasó también allí. Pablo mismo usó una vez esta comparación de los perros respecto a sus adversarios macedonios (Phil 3, 2). Aunque los agitadores y azuzadores que se enviaron tras él a Berea no fueron secundados como ellos esperaban, sin embargo, lograron sembrar cierta inquietud, y dado que en todas partes hay un populacho venal y ansioso de escándalos, los hermanos previnieron el estallido de mayores perturbaciones y consideraron conveniente poner a Pablo en seguridad; pues él solo estaba en peligro. De nuevo terminó la actividad de Pablo con una huida. El Apóstol resolvió abandonar enteramente Macedonia y encaminarse a un país donde el odio de los adversarios no pudiese tan fácilmente alcanzarle. Eligió el camino por mar. El códice Beza dice: «Pablo evitó Tesalia, pues tuvo impedimentos para predicar allí». En Verria todavía perdura la tradición de que Pablo se trasladó por Eginion al puerto de Methoni (entonces Eleutherokhori)⁷⁴. Algunos sospechan que Pablo, en Berea misma o en la larga jornada de 50 kilómetros para la próxima ciudad marítima de Dío, situada junto al golfo Termaico, se vio acometido por uno de aquellos accesos de su enfermedad, o bien que sufrió alguna alteración nerviosa, una depresión. Es posible que ello sea

verdad, dada su agitada vida ambulante. De no ser así, difícilmente se explicaría por qué sus compañeros, que debían acompañarle sólo hasta el mar, no se volvieron, sino que permanecieron con él y «le llevaron hasta Atenas». Pablo dejó un pedazo de su corazón en Berea: Silas y Timoteo. Quiso hacer este sacrificio de su corazón, porque la joven Iglesia de allí necesitaba de ellos indispensablemente. Mas cuando se despidió en Atenas de los hermanos de Berea, les rogó encarecidamente: «¡Decid a Silas y Timoteo que vengan tan pronto como sea posible!» Debió, pues, de haberse sentido acometido de alguna dolencia y necesitado de ayuda.

29. «Solo en Atenas» (1 Thess 3, 2)

Act 17, 16. Cf. 1 Thess 3, 1.

Para un hombre fatigado por un exceso de trabajo intelectual o por penas y cuidados, nada hay tan refrigerante y benéfico como un viaje por mar. Esto pudo haberlo sentido también Pablo, cuando, en el descanso de tres a cuatro días, navegó por el azulado Egeo a lo largo de la costa tesalónica, viendo ante sus ojos los grandes macizos del Olimpo, del Osa y Pelión, después por el estrecho de Euripo con sus hinchadas olas, teniendo ante su vista la llanura de Maratón, y luego alrededor del promontorio de Sunion, hasta llegar a la capital de Grecia. ¡Qué noches de ambrosía no serían para su corazón atormentado, y qué despertar cuando

«...hasta Olimpo se elevaba la diosa del rosado amanecer para anunciar a Zeus y a los eternos dioses la llegada de la luz!»

(Iliada 2, 48)

¡Qué maravillosa y sagrada es una mañana en el mar en un tranquilo, puro y casto amanecer! ¡Cómo habría ya experimentado Homero esta emoción! Tan puro se le presentaba el amanecer anunciado por una diosa a las deidades olímpicas. Gozoso se desborda el corazón del cantor de Israel: «Contigo me despierto en las primeras luces de la aurora». La Sagradas Escrituras y la liturgia están llenas de este encanto del amanecer. El que navegue a través del archipiélago griego, quiéralo o no, se sentirá conmovido por el espíritu de su gran poeta. Y Pablo de Tarso, el «hombre de las mil almas» como también se le puede llamar, además de la lengua griega, habíase asimilado también el alma helénica. En la mañana del cuarto día doblaron el cabo Sunion (ahora cabo Kolonnais), la punta extrema de la tierra firme de Ática. Las naves tuvieron que luchar contra el cambio de la corriente. Allí saludó al extranjero desde la

altura el templo del dios del mar, Poseidón, y de la diosa del país, Atenea. Hasta hoy el color blanco brillantísimo del mármol ha resistido a la erosión. Fue el primer saludo de Grecia a Pablo. De aquí el viento empujó la nave de hinchadas velas hacia el golfo Sarónico, y junto a las celebérrimas islas de Egina y Salamina hacia el puerto del Pireo, rico en mástiles.

Y ahora tenía ante sus ojos la ciudad de Teseo y de Palas Atenea, la diosa de la sabiduría, que con su brillante escudo, la cimera de su casco y su lanza de oro parecía decirle que la fuerza y la belleza, ideales terrenos del corazón humano, son dones de Dios que deben ir juntos, pero divididos o separados de Dios, llevan al pueblo a la decadencia. En la tradición de que mientras Esquilo luchaba en la guerra de independencia contra los persas en Salamina y Sófocles cantaba y danzaba en las fiestas de la victoria, fue cuando nació Eurípides, se refleja simbólicamente la verdad de que la valerosa ofrenda de la vida por la patria y por los dioses dio al arte griego el máximo impulso, y que esta triple alianza de religión, fuerza y belleza constituyó la base de la gloria de Grecia. Es el único ejemplo de la historia de la humanidad en que un pueblo pequeño, en menos de un siglo, alcanzara todas las cumbres del espíritu humano en ciencia, arte, filosofía, política y cultura física. ¡Y esta maravilla se llama Atenas! Todavía hoy quedamos absortos ante los restos del florecimiento de eterna juventud que han llegado hasta nosotros. «Aunque el cuerpo se haya convertido en polvo, el gran nombre perdura todavía.» Y no solamente el nombre, sino también la ley de las nobles proporciones y de la belleza.

¿No debió de palpar con algo de emoción el corazón del Apóstol cuando vio desde lejos relucir el astil y la punta de oro de la lanza de Palas Atenea, cuando en lo alto, desde la gavia, gritó el grumete: «¡Athenai!»? Todavía hoy, al cabo de cerca de dos mil años, a cualquiera puede ocurrirle lo que a mí: Todo lo que durante decenios hemos podido reunir en nuestra mente en cuanto a estudios y formación clásica y conocimiento de leyendas e historia, amor a la antigüedad y a su arte, admiración por la grandeza y tragedia humanas, todo esto, de pronto se despierta y asciende como de oscuras cámaras para salir y volar como una canción de añoranza a la inmortal Atenas y su más alto símbolo: la Acrópolis. Y Pablo de Tarso no era ningún bárbaro. No, realmente, no lo era. El hombre que escribe a los filipenses: «Por lo demás, hermanos, todo lo que es conforme a verdad, todo lo noble, todo lo justo, todo lo que es santo, todo lo que os haga amables, todo lo que sirve al buen nombre, toda virtud, toda disciplina loable, esto sea vuestro estudio» (Phil 4, 8), ha sabido apreciar todo lo elevado y hermoso de la humanidad, lo que es decente y las bellas costumbres, todo lo

que se llama dignidad humana en su significación para el reino de Dios.

Ciertamente la Grecia en que entraba ahora Pablo ya no era aquella Hélade orgullosa y amante de la libertad de las guerras médicas o de la edad de Pericles, ni la que estaba bajo el yugo macedonio, sobre la cual con todo se derramaba la gloria de Alejandro. Desde la caída de Corinto (146 a. de J. C.) había decaído hasta venir a ser la provincia romana de Acaya, estaba despoblada, saqueada y despojada de sus medios de subsistencia por codiciosos gobernadores romanos. Y precisamente en suelo griego, en los campos de batalla de Filipos y Accio, había sido forjada, del duro metal del carácter romano y de las perlas del arte griego, la corona imperial romana. Grecia, desde entonces, sólo era una sombra de su antigua grandeza. Sus provincias y ciudades estaban desiertas, en los mercados de las pequeñas ciudades pacían los rebaños de bueyes u ovejas. En el Peloponeso, Esparta y Argos tenían todavía alguna importancia. Olimpia había sido precipitada de la antigua altura. En Tebas se habitaba sólo el castillo. Las antiguas familias de la nobleza se habían extinguido. Sus hijos, con ardor republicano, habían acudido presurosos al llamamiento de Bruto y habían derramado su sangre en Filipos. Sólo *Atenas* y *Corinto* habían sobrevivido al hundimiento. Atenas tenía que agradecer su salvación a la gloria de los antepasados, Corinto se había levantado del polvo de sus ruinas por la gracia de Roma. Grecia era sólo un gran museo de arte para los turistas de entonces, y los mismos griegos eran en él custodios y guías de forasteros. Miles de griegos vivían vagabundos en las provincias de Occidente. El mundo se había hecho su patria. ¡Suerte paralela a la de los judíos! ¡De tal altura a tal profundidad había caído este país! Sólo que la Hélade no tuvo ningún profeta como Israel, que cantara sus desdichas en inmortales trenos (véase PAUSANIAS, libro 1.º).

Y, sin embargo, la ciudad de Atenas, en su decadencia, ejercía aún tan poderoso atractivo, que ningún romano se tenía por culto si no se había consagrado aquí a los estudios, y para los romanos insignes en las letras o en las armas, era indispensable haber vivido algún tiempo en Atenas. Hombres como Cicerón, Ovidio, Horacio, Virgilio habían recibido de allá las más fuertes impresiones e inspiraciones. Estadistas y políticos como César, Antonio, Pompeyo habían ensalzado la belleza de Atenas. Como hoy cada nación cristiana tiene su santuario nacional en Jerusalén o Roma, así cada pueblo tenía a honra poder regalar a Atenas alguna ofrenda sagrada, sea una estatua o un pórtico de columnas o un portal.

Pablo, desde el Pireo, a lo largo de famosas tumbas y restos de muralla, pasó por el puente sobre el Cefiso, teniendo siempre ante

los ojos la Acrópolis, y entró por el Dipilon, o doble puerta, a la ciudad de Teseo. Desde aquí se había encaminado por la gran calle de los Pórticos al Cerámico, o barrio de los alfareros, habitado principalmente por artesanos y judíos, y había hallado alojamiento en casa de uno de su raza. Había visto ya muchas ciudades hermosas, pero la riqueza y el esplendor de esta ciudad debieron de haberle desconcertado algo. Pudo haberle pasado lo que al sencillo Pedro cuando vio ante sí la Roma de los Césares. Sintióse solitario y abandonado en esta acumulación sin alma de frío mármol, en medio de esta ostentación del paganismo caído de su altura. No tenía nadie con quien pudiese hablar sobre lo que llenaba lo más interior de su corazón. Con el espíritu estaba siempre todavía entre sus queridos tesalonicenses y por eso escribía: «Yo estaba solo en Atenas». Por eso al despedirse rogó urgentemente a sus compañeros: «¡Decid a Silas y Timoteo que vengan lo más pronto posible!»

Algunos días estuvo Pablo yendo por la ciudad a una y otra parte para orientarse sobre el espíritu de estos hombres extraños (Act 17, 23). Hasta entonces no había visto todavía ninguna ciudad de pura cultura griega. No era el momento más favorable de la historia de Atenas. Ya no era la ciudad de Pericles y de Platón, ni tampoco la ciudad de Adriano. La ciudad por aquel tiempo no poseía ni un solo personaje eminente, a excepción del maestro de Plutarco, Amonio de Alejandría. Era un momento de pausa. Era como si la historia de la ciudad hubiese suspendido el aliento para oír curiosa lo que tenía que decir este nuevo «heraldo de dioses extranjeros».

En uno de los primeros días, Pablo subió a la empinada colina, que en otro tiempo había sido castillo y morada de los reyes, y luego había quedado para los dioses. Seguía siendo «la imagen más acabada de aquel apogeo del arte clásico; sol esplendoroso, cuyos rayos todavía hoy nos alumbran y nos calientan»⁷⁰. Aún se encumbraba como una corona real sobre la ciudad la *Acrópolis* (grab. 11), y en esta diadema brillaba como joya hermosísima el *Partenón*, el templo de Palas Atenea, con la estatua de oro y marfil de la diosa virgen, obra de la mano maestra de Fidias (grab. 16). La idea de esta diosa, hija de Zeus, el padre de los dioses, que había nacido con la armadura completa de la cabeza de él, parecía a los griegos como una revelación, y su imagen como la más elevada personificación de la sabiduría divina, flotando con radiante pureza sobre las bajezas del culto a los sentidos, propias de la adoración a Afrodita Pandemos y a Dionisos. Quizá también Pablo estuvo frente a aquella otra Atenea que parecía absorta en profundos pensamientos sobre el futuro de Grecia. No dejaría de ser un encuentro altamente simbólico. El artista había dado aquí forma a lo que siglos antes

el genio jónico de Homero había descubierto en la diosa Atenea: la personificación de la guía o dirección divina, cuando aconseja al joven Telémaco, cuando sostiene a Ulises en los grandes peligros, en su amor a la patria, a la esposa y al hijo; cuando conjura la ira de Aquiles, que blandiendo la espada quiere atravesar a Agamenón. Aquello era el *anima naturaliter christiana* que se manifestaba de esta manera en la cúspide de la vida griega. ¿Sentía Pablo la analogía de estas voces? Que esto era cierto lo demuestra su discurso en el Areópago.

Palas Atenea formaba digna pareja con la otra obra maestra del mismo artista, el célebre Zeus de Olimpia, cuya contemplación impresionaba grandemente, y ante el cual el caudillo romano Emilio Paulo «se quedó como paralizado sin atreverse apenas a respirar»⁵⁰. Había en sus rasgos una admirable expresión de sabiduría y fuerza, de suave bondad y majestad, mientras su serena mirada dejaba adivinar lo insondable. Al altamente dotado pueblo griego le fue otorgado por la Providencia que pudiera presentir la divinidad en forma de belleza. Con las sensibles manos de sus artistas palpó la lisura de los mármoles como para percatarse de la belleza arquetípica de Dios, que cantó Platón. ¡Y cuánto más elevada está la idea que de Dios concibió este pueblo sobre la de los egipcios y otros! Éstos veían a sus dioses en los toros salvajes, gavilanes, formas híbridas de hombre y animal. Para los griegos, el hombre en su forma armoniosa era la máxima manifestación de Dios: una vaga intuición del misterio de la Encarnación. En este conmovedor buscar a Dios en las formas del arte, y en el profundo conocimiento de Dios de los poetas griegos, Pablo enlazó felizmente su discurso haciendo de un modo maravilloso justicia al espíritu griego.

Con pocos pasos el Apóstol llegó al santuario del *Erecteón*. Allí verdeaba todavía el sagrado olivo que, según la mitología, a la voz de la diosa nació de la tierra y transformó las desnudas rocas de Grecia en florecientes plantaciones. Una lamparita alimentada con purísimo aceite de oliva, ardía día y noche ante la imagen de la divina bienhechora, idea ingeniosa, cuya raíz llega a las profundidades de lo humano y que el cristianismo pudo aceptar sin más. Hubo de despertar simpatía en Pablo el ver que los atenienses hubiesen erigido un altar asimismo a la «Compasión». ¿No era esto como un grito de anhelo del gentilismo todavía no corrompido hacia el «Dios de la misericordia» hecho hombre? También el dios délfico lo anunció una vez: «La acción es del hombre; pero pesa muy poco ante la gran misericordia». Esta estatua de la Compasión procedía del tiempo en que los griegos eran un pueblo de hombres libres. Pero ahora el servilismo del pueblo colmaba a sus dueños romanos de desvergonzados honores; Pablo no necesitó sino andar pocos pasos

más, y halló el templo del genio de Roma y Augusto. La adoración del emperador había venido a ser en Grecia desde César y Antonio un culto nacional. Como antes a la compasión, así ahora hubieran podido erigir también un altar a la adulación y al servilismo.

Apenas habían pasado ochenta años cuando el emperador Adriano durante su estancia en Atenas, con motivo de la dedicación del templo a Zeus olímpico, que había mandado construir, fue ensalzado como el mismo Zeus olímpico, como Panhellenios y Soter (Redentor), o como dios, simplemente. Recibió los honores del dios olímpico, su esposa los de la diosa Demeter; su favorito Antínoo — punto obscuro en su vida — después de su muerte también tuvo altares. La divinización era la única manera como un pueblo sometido reconocía a su dominador (Gregorovius). Ejemplo clásico que nos hace comprender que el servilismo y el culto a los hombres son cosas que van unidas, que la adoración del Dios verdadero hace libre al hombre y que el divinizar a seres humanos lo esclaviza. En tiempos de Pablo, Atenas no había descendido tan bajo como Corinto y otras ciudades, las cuales, como colonias romanas, habían introducido los sangrientos espectáculos de gladiadores. Cuando en el siglo II quiso Atenas seguir el ejemplo de Corinto, se levantó la voz del filósofo Demonax exclamando: «Antes de hacer esto debéis derribar el altar de la diosa Misericordia» (Luciano).

Lleno de profundos pensamientos salió Pablo de la Acrópolis por los *Propileos*, el «brillante ornato frontal de la corona roqueña del castillo ateniense de los dioses»⁷⁰, visible a lo lejos. Toda la belleza y magnificencia que Pablo había contemplado, estaba al servicio del pensamiento patrio. Aquí se celebraban cada cuatro años las grandes fiestas nacionales de las Panateneas, en memoria de la fundación de la ciudad de Teseo, con ejecuciones musicales, declamatorias, dramáticas y deportivas. Pero la fiesta obtenía la suprema consagración, cuando todo el pueblo subía al santuario de la diosa nacional y consagraba a la diosa un vestido azafرانado tejido por vírgenes, y los vencedores recibían, por decirlo así, de su mano el laurel. Por espacio de seis siglos se celebró esta fiesta; por tan largo tiempo permaneció el Partenón consagrado a la diosa virgen pagana, para ser dedicado más tarde al culto de la Santísima Virgen Madre de Dios. Tendría uno que ser un bárbaro completo para no conmoverse a la vista de la Acrópolis, sitio de tan grandes recuerdos del género humano. Uno se siente dominado por la fuerza del recuerdo de aquellos tiempos en los que al acercarse el fastuoso cortejo se abrían las doradas puertas y el poeta Aristófanes exclamaba: «Oh ciudad coronada de violetas, esplendorosa, la más digna de envidia: ¡Nuestra Atenas!»

Pensativo una vez más estaba el Apóstol al salir de la Acrópolis

junto al *templo de Nike*. Aquí tenía ante sí, con pintoresca variedad de mar y tierra, todo el paisaje del Ática en sus nobles perfiles. Es una vista que todavía hoy llena el alma. Allá a lo lejos, hacia el golfo Sarónico, veíase en la azul lontananza la colina del Acrocrinto, de forma de cúpula, a cuyos pies había la ciudad que le deparraría las más hermosas alegrías y los más acerbos dolores.

Bajando pasó Pablo por delante de la cárcel de *Sócrates*, donde el más noble de todos los griegos tuvo con sus discípulos aquel célebre diálogo sobre la inmortalidad, mientras volvía de Delfos la nave sagrada, antes de cuyo regreso no podía ejecutarse ninguna sentencia de muerte. Una vez le había alabado el dios de Delfos como al más sabio de los hombres, porque no ignoraba los límites de su saber, de aquel saber y no saber, aquella *docta ignorantia* de Nicolás de Cusa, que es una especie de humildad y nos enseña que el hombre vale muy poco, o no vale nada, en lo que a su saber atañe. En el transcurso de sus setenta años, su alma se había inclinado más y más hacia aquel Ser que es todo inteligencia, poder y bondad; habíase unido de antemano y en silencio a la «iglesia invisible» de todos los que aman a Dios y buscan la Verdad, y que, según el sentido de la redención, admite y acoge a todos los hombres de buena voluntad que no hayan tenido la suerte de pertenecer a la Iglesia visible de Cristo para cuya edificación Pablo había venido. En su fidelidad a este ser perfecto e invisible, de quien Sócrates se preciaba de ser esclavo, encontró el filósofo las fuerzas necesarias para aquella amarga hora, cuando el veneno ascendía poco a poco a su corazón. La actitud de Sócrates, muriendo en la celda de los condenados a muerte, en aras de sus propias convicciones, fue algo nuevo y jamás visto en Grecia (W. PATER, *Platon*). Fue como un preludio del cristianismo. No sabemos si Pablo se daba cuenta de esto al pasar por delante de la prisión de Sócrates. Pero lo que no cabe negar es que existen relaciones espirituales objetivas que, como dice el poeta, han servido siempre de nexo a «una más alta espiritualidad». Así, de Pitágoras parte una línea espiritual que llega hasta Pablo, pasando por Sócrates, Platón, Aristóteles y Cleantes. Todos ellos buscaron, como dijo Platón un día, aquel conocimiento seguro que es uno e igual en todas partes, que es santo y lo abarca todo, cuya unidad alcanza todas las cualidades y las trasciende, que es, en fin, católico (kat' hólon). Así Platón por primera vez, y después de él ARISTÓTELES (*Eth. Nic.* 2, 7), acuñó la palabra «católico». En ello parece haberse presentado la célebre definición de san Vicente de Lérins: «Quod semper, quod ubique, quod ab omnibus...».

Pero junto a estos recuerdos sublimes que se remontaban a un gran pasado creyente, otras imágenes deshacían el encanto. Toda Atenas era un recinto sagrado de templos, altares, estatuas, pórti-

cos, esculturas, sencillas y policromas, de madera, bronce, mármol, oro, plata y marfil. Salir de su casa significaba, no sencillamente ir a la calle, sino entrar en el recinto de un templo. Según una sentencia de Petronio, era más fácil en Atenas encontrarse con un dios que con un hombre. Estamos acostumbrados al pensamiento de que, antes de la venida de Cristo, Jerusalén había sido capital religiosa del mundo. Esto es sólo exacto en cuanto que Jerusalén comprendía aquella suma de ideas religiosas que debían formar la semilla de la religión de lo por venir. Pero a los ojos del mundo de entonces, Jerusalén tenía sólo la importancia que hoy cabe en suerte quizá a La Meca. En verdad era Atenas la ciudad que se consideraba como capital religiosa del mundo, así como también era su centro intelectual y artístico. La vista de los innumerables altares y santuarios era para un hombre como Pablo, educado enteramente en el monoteísmo y en la Biblia, un tormento del alma casi insoponible. Los Hechos de los Apóstoles, para denotar la exaltación de su alma, usan esta palabra fuerte: «se encendió en cólera». Lo que conmovió más profundamente a su alma de profeta que ardía en celo de la gloria de Dios, era la impresión total de que allí «las más santas necesidades del corazón humano estaban reducidas a un goce puramente estético. Movíale a lástima el pueblo. Algunos no pueden comprender esta cólera del Apóstol. Mas tampoco saben que en este mundo hay un dolor al que no puede calmar ningún arte»⁵⁰. Renan⁷⁸ acusa a Pablo de haberse hecho prisionero de las ideas iconoclastas del judaísmo, cuyos prejuicios le habían cegado: «¡Ya podéis temblar — exclama Renan con un patetismo muy francés —, vosotras, hermosas y puras imágenes de dioses y diosas verdaderos! Ahí está el hombre que empuñará el martillo contra vosotras. Ha sonado la palabra fatal: ¡no sois más que ídolos! ¡El error de este pequeño y feo judío es vuestra sentencia de muerte!» Nosotros, en cambio, no podemos realmente imaginar a un Pablo que, con una guía de turismo en la mano, anduviera admirando, unas tras otras, las obras maestras del arte griego o se quedara absorto en un goce puramente estético. Hay épocas en que hay que renunciar a la idea de la belleza por la belleza y del arte por el arte. Fue el tiempo en que Jesús a la vista de la magnificencia de los mármoles del Templo de Jerusalén no mostró admiración alguna, sino que profirió estas duras palabras: «De todo esto no quedará piedra sobre piedra». Fue el tiempo en que Pablo vio relampaguear la ira de Dios sobre la antigüedad. A veces esta parcialidad es necesaria para que lo bueno no sucumba a lo bello. No «para enriquecer a uno solamente», como dijo Schiller, sino por causa de la verdad superior y para llevar a la humanidad a más encumbradas esferas, fue preciso que desapareciese aquel mundo de dioses.

El griego era un hombre que se regía por los ojos. Lo que adoraba era propiamente la línea bella de la forma humana. Pero Pablo buscaba el *alma*: y ¡en esto no había alma! Quien hoy recorre un museo en el cual están colocadas, una al lado de otra, obras del arte antiguo y del cristiano, quedará maravillado, al compararlas, de la falta de alma del arte antiguo y de la profundidad psíquica del cristiano. En el arte primitivo de las catacumbas el alma amante de Dios, que tiene conocimiento de un secreto feliz, abre por primera vez sus ojos. Por eso no es él ninguna decadencia, sino un nuevo comienzo. Si el arte pagano no hubiese perecido, nunca sin duda hubiera podido nacer un arte cristiano, a saber, el arte de incitar al alma a hablar. Nunca habría habido un Giotto y un Fra Angélico. La Hélade en otro tiempo estuvo en el mejor camino, pero luego había perdido su alma, había errado el fin supremo. Así tampoco el arte ya no la aprovechó nada. Y así le fueron arrebatadas la fuerza y la belleza.

Ahora entendemos que Pablo en esta ciudad sin alma se sintiese tan desamparado y tan solo. Cansado y agotado por el peso de las impresiones opuestas de este primer día, quedó sumido en un ligero sueño en su pobre albergue, en coloquio orante con su Cristo.

30. *El dios desconocido*

Act 17, 16 - 21.

Pablo hacía ya mucho tiempo que estaba en la ciudad. Conforme a su costumbre se dirigió primero a los numerosos judíos, cuya existencia en la Atenas de entonces consta también por las inscripciones. Los primeros sábados fue a la sinagoga y habló allí a los hebreos y a los temerosos de Dios. Pero el resultado parece haber sido exiguo, quizá porque los judíos de allí, bajo la influencia de la elevada cultura pagana, se habían vuelto mundanos y frecuentaban poco la sinagoga. Por eso hubo de hacer tentativas con los paganos, con los filósofos, y procuró conocer sus opiniones religiosas. Así, pues, andaba por la ciudad día tras día en todas direcciones, en busca de oportunos puntos de contacto para lo que le abrasaba el alma.

Pero cuanto más miraba a su alrededor, tanto más desaparecía la primera elevada impresión que había tenido en la Acrópolis, tanto más veía ante sus ojos la profunda decadencia religiosa de aquel tiempo. En una de esas vueltas experimentó una profunda conmoción del ánimo. Súbitamente se detuvo: junto a la esquina de una calle vio un pequeño templo con un altar o una piedra votiva con esta inscripción: «*A un dios desconocido*». Sabemos hoy por di-

versas fuentes, que había entonces en Atenas, y también en otras partes, como en Pérgamo, altares con inscripciones votivas indeterminadas, dedicadas a dioses desconocidos (Agnostois Theois) [n. 14]. También los había en los alrededores de Atenas, en el camino al puerto de Falerón. Según san JERÓNIMO (*In Tit.* 1, 12) una de tales inscripciones rezaba: «Diis Asiae et Europae et Africae, diis ignotis et peregrinis» (A los dioses de Asia, Europa y África y a los dioses desconocidos y extranjeros). Queríase con esto decir que además de los dioses del país había aún otras deidades extranjeras o inadvertidas, cuya intervención desagradable se quería prevenir. Importaba conjurar a toda deidad, a todo genio por su nombre, y si no se sabía el nombre, venerarlos o hacerlos propicios a lo menos sin nombrarlos. Pablo había quedado muy admirado al leer esta inscripción, pero le dio un significado diferente de como se la entendía. Veía en ello una especie de agnosticismo a la manera de Goethe: «¿Quién le puede nombrar? ¿Quién le puede confesar?» Observado objetivamente, tenía razón. Desde Sócrates y los órficos, en el conocimiento religioso de los griegos, concretamente los estoicos, se había llegado a la conclusión de que los dioses populares conocidos no eran más que disfraces de un gran dios desconocido y sin nombre. Platón buscaba este gran desconocido en el mundo interior, mientras que Aristóteles lo buscaba en el mundo exterior. Pero entonces intervino la Academia con su pasión por la duda y el Desconocido se retiró de nuevo entre nubes. Como también el Dios de la revelación del Antiguo Testamento carecía de nombre para los gentiles, y para los judíos su nombre era inefable, el Apóstol leía en esta inscripción la obscura ansia de algo superior y mejor de lo que conocían los atenienses; un caminar a tientas, buscando a un verdadero Dios, «por si pudiesen tal vez hallarle». Este descubrimiento hizo en Pablo una profunda impresión y redobló su compasión hacia aquella pobre gente, que no sabía cómo apagar su sed de lo divino, invocaba a dioses sin nombre y era así inconsciente adoradora de un misterio sobrehumano.

Encontramos tales arrebatos de ansia religiosa en busca de un libertador de la desgracia, de la guerra, de la miseria de todas clases — raramente del pecado y de la culpa — en las más antiguas tradiciones de la historia de la humanidad, en todos los pueblos y también en los escritos apocalípticos del judaísmo tardío. De los tiempos anteriores a Mahoma ha llegado hasta nosotros la oración de un árabe: «Dios, si supiera cómo debo servirte, lo haría con gusto, pero desgraciadamente no lo sé»⁵¹. Pablo no era un comparador de religiones y no sabía nada de este enjambre de divinidades desconocidas. Percibía tan sólo el clamor del orgulloso helenismo en busca del *Deus absconditus*, del dios escondido, como él mismo

en Troya percibió el grito del macedonio. Para él esto era un nuevo acicate para no dejar decaer la esperanza (grabado 14).

Atenas era también el centro de la mitología griega, y la había examinado con tanto ingenio y fantasía, que las representaciones de los dioses en todo el mundo culto fueron plasmadas según el modelo ateniense. Era la clásica enseñanza de la historia de los dioses. ¿Y cuál era su sentido oculto? El mundo entero forma una gran unidad, un universo espiritual con escalonamiento de jerarquías de fuerzas divinas personales, procedentes todas de la cabeza de un dios superior, padre de todos los hombres, y todas las cuales fuerzas son hijos e hijas de Zeus. También el hombre en cierta manera procede de la simiente de los dioses, y es, por lo tanto, de origen divino. Las grandes figuras del pasado, los grandes bienhechores de la humanidad como Heracles, después de su muerte pasaron a engrosar las filas de los dioses, para servir de ejemplo y enseñanza de los vivientes. La masa popular tomó al pie de la letra esta diversidad de dioses, pero los filósofos veían únicamente en ello una exaltación poética, símbolos, distintos aspectos y atributos de una sola divinidad. Estos griegos estaban por lo tanto mucho más cerca de la verdad cristiana que aquellos millares a quienes les parecía percibir la voz de Dios solamente en el sordo rumor de la sangre. En sus tiempos heroicos los griegos creyeron en el poder sobrenatural de la divinidad, y al impulso de esta fe realizaron hechos que el mundo difícilmente podrá olvidar [n. 15].

Pero en los tiempos de Pablo los atenienses habían perdido la fe de su antigua época varonil. Aristóteles, la más alta cumbre del ingenio griego, no había tenido la dicha de hallar un discípulo de igual condición que él, como lo fue más tarde santo Tomás de Aquino. Y así la herencia de su espíritu se disipó en manos de inteligencias mediocres. Los sofistas habían abolido la religión y convertido la divina causa primera de todas las cosas en el veloz cambio de los átomos o en el inexorable y fatal gobierno de las leyes de la naturaleza. Con esto los antiguos símbolos vinieron a ser ídolos vacíos, ideas abstractas de virtudes o desvergonzadas brutalidades del vicio. El genio griego había reunido todos sus ímpetus y le era imposible ya una nueva superación. El cristianismo naciente pudo salvar a duras penas el insondable abismo del pensamiento pagano. Pablo no encontró a ningún Platón ni Aristóteles, únicamente sus fórmulas, que no satisfacían al espíritu. Había solamente, con pocas excepciones, «pordioseros del proletariado filosófico» (Gregorovius), como Luciano nos los presenta en conjunto. Los filósofos de entonces, *estoicos* y *epicúreos*, que nos muestran los Hechos de los Apóstoles, eran lo que ellos llamaban por burla al Apóstol: «siembrapalabras» o «cornejas», que en su pobreza

de ideas hacían un rebusco miserable en todos los campos del saber ajeno. Ostentaban todavía alrededor de los hombros la capa de filósofo con sus artísticos pliegues, pero el profeta ya no estaba en ella. Mostraban a los extranjeros todavía con orgullo la Academia de Platón, los plátanos del valle de Iliso, bajo los cuales Sócrates había dado enseñanza a sus discípulos, el Liceo de Aristóteles, el pórtico de Zenón, el jardín de Epicuro; pero de lo que más gustaban era de ir a pasear con elegantes bastones por el *ágora*, una plaza rodeada de pórticos, templos, bazares y edificios del gobierno, bañados el cabello y las manos en agua olorosa; tenían para cada hora del día una sentencia y un saludo oportuno, eran más supersticiosos que las viejas, iban un rato con los filósofos recién llegados que vendían su más reciente sabiduría y sondeaban las novedades políticas y opiniones religiosas de todo extranjero. «Pues mucho antes de que los predicadores cristianos recorriesen el mundo para dar cuenta del nuevo mensaje, ya habían seguido sus mismos caminos muchos otros predicadores paganos provistos de raída capa, cayado y morral, descalzos y sin medios, para llevar un nuevo mensaje» (Wendland) ⁸².

Del mismo modo que a Pablo le repugnaba el arte decadente griego con su materialización y sensibilización de lo divino, lo cual dio a entender en su discurso del Areópago, le pasó lo mismo con la filosofía y el culto de los atenienses: era una progresiva *secularización de lo religioso*. La religión no servía más que para la glorificación de la vida terrena, para la canonización del patriotismo. Los atenienses sabían hacer agradable la religión hasta a los que se daban a los placeres. Pero a un hombre como Pablo, que veía el hundimiento de todos sus anteriores ideales, a quien Cristo mismo había abierto los ojos para los fondos y abismos de la vida y que estaba enteramente entregado a buscar lo esencial, más que el Júpiter de Olimpia le interesaba cualquier trabajador del puerto, fatigado y sudoroso, al cual pudiera ganar para Cristo. Para él una reunión de artesanos, marineros y esclavos en un acto religioso era más importante que toda una universidad de profesores. Se puede llamar a esto fanatismo. Mas entonces Jesús fue también un fanático. Pero, ¿ha habido jamás un grande hombre, un revolucionario del pensamiento o de la acción, que no lo haya mirado todo, la inmensa variedad de la vida, desde un punto de vista exclusivo, desde una sola idea general, y desde este punto de Arquímedes no haya sacado al mundo de sus quicios? Así para Jesús el único pensamiento, al cual lo refería todo, lo «uno necesario», fue el reino de Dios; así para Francisco de Asís la imitación de Jesús en pobreza y humildad; así para Ignacio de Loyola la fidelidad en seguir como vasallo a Jesús, el regio, capitán general. Así fue también

Pablo el hombre de un solo pensamiento: el del hombre nuevo, de la vida nueva en Cristo. No es de maravillar que este ambiente puramente pagano le hiciese una impresión tan insólita. Tuvo conciencia de toda la grandeza de su obra y de la enorme amplitud de la oposición.

Pablo vivió largo tiempo en ese ambiente espiritual. Al fin llegaron de Berea Silas y Timoteo y dieron nuevas satisfactorias sobre la comunidad de allí. Entonces se renovó la fortaleza de su ánimo, frecuentaba asiduamente el *ágora* y entablaba conversaciones religiosas ^{35a}. El *ágora* era para Atenas el centro social y científico de la ciudad. El aspecto exterior del Apóstol, que con la capa muy raída se asemejaba tal vez a un predicador ambulante de la escuela cínica, el acento extranjero propio de los de Tarso, la cadencia nasal, de la que se burlaban los atenienses, le atrajeron un auditorio de curiosos. Los discípulos de los filósofos dieron cuenta a sus maestros del extraño forastero y de su embrollada filosofía, que no se podía poner en el número de ninguna de las escuelas conocidas. Sus razonamientos parecíanles como un revoltijo de jerga oriental. La agudeza ática había inventado al punto un apodo para Pablo: «corneja». Con esto querían indicar a un hombre que sin discernimiento había reunido sus materiales y los comunicaba a los demás. «¿Qué quiere decir este charlatán?», podríamos quizá traducir. Pero la cosa, con todo, parecía interesante. Muchos creyeron conocer que era «un heraldo de dioses extranjeros». Hay que saber que en la antigüedad había una enseñanza teológica y una tradición teológica, para llegar a comprender esta expresión en su fondo histórico-cultural. Según las enseñanzas de Platón, de los estoicos, de los cínicos, de Séneca y de Epicteto existe un tipo humano muy elevado: es el «hombre divino» (*theios anér*), que tiene un santo y profundo conocimiento de la divinidad; un ángel o mensajero de Zeus con una misión ante los hombres. Conforme a estas enseñanzas se creía entonces en tales formas divinas, como Pitágoras, Empédocles, Sócrates, Crisipo. Además de estos seres «divinos» genuinos, existían otros falsos, charlatanes embusteros y magos, a los que seguía el pueblo ignorante. Pablo se había encontrado con uno de éstos en la casa del gobernador Sergio y Pedro topó con Simón el Mago. El mismo Pablo, junto con Bernabé, cuando se hallaban en Listra, fueron tomados por Hermes y Zeus respectivamente. A él y a Silas, en Filipos, aclamóles como «siervos del Dios Altísimo» aquella médium espiritista, y el carcelero notó en él algo divino. Toda la antigüedad, el Oriente y Grecia, estaba profundamente convencida de la idea de lo divino en el hombre, en el sentido de que había algo de divino en algunos hombres. Cuán realísticamente se representaban los griegos

esta idea de los heraldos divinos o parientes de los dioses, nos lo muestra la historia de Menedemo, que vestido en forma llamativa, con túnica sacerdotal, cíngulo de púrpura, sombrero arcádico, calzado trágico, enorme barba, cayado de fresno, con la insignia de los doce signos del zodiaco, se presentó manifestando que llegaba del Hades y tenía el encargo, como «episcopos» (obispo o superintendente), de visitar a los hombres y dar cuenta de sus pecados a los dioses. Tales «hombres divinos» aparecían de vez en cuando en Grecia y Asia Menor. Los estoicos y cínicos veían una señal del parentesco divino, del genuino sacerdocio, en la voluntaria pobreza e indigencia, en la independencia y libertad con respecto de las cosas y los hombres, la cual con frecuencia degeneraba en grosería⁸³.

Pablo debió de ser para los atenienses una persona extraordinaria; sólo así se explica que le tuvieran por un heraldo de dioses extranjeros, un hombre divino. Él tampoco debió de ocultar que realmente había de anunciar una nueva religión. Lo que sacaron de su explicación, fueron un par de palabras: Jesús y Anástasis (resurrección), y en sus flacas cabezas ya estaba formada la nueva religión: Pablo predica una nueva dualidad de dioses, una deidad masculina y otra femenina, el dios se llama Jesús y la diosa Anástasis. No presienten que la predicación de este «charlatán» suplantaría un día su filosofía y derribaría sus cátedras. Ciertamente pasaron todavía cuatro siglos y medio hasta que el emperador Justiniano I, en el año 529, de una plumada cerró en Atenas la escuela de filosofía. Tan tenazmente se mantuvo allí el gentilismo. Aquella curiosa mala inteligencia fue sin duda la ocasión de que casi por la fuerza se requiriese a Pablo que se presentase ante el Areópago, el supremo y venerable senado de Atenas. El Areópago era una corporación conservadora de la nobleza, el clásico tribunal para todas las cuestiones de religión y moral, de culto y de instrucción, cuya autoridad reconocía todo el mundo. Una antiquísima leyenda rodeaba a este tribunal, que constaba de varones entrados en años. En otro tiempo era una especie de tribunal religioso, que había de decidir sobre homicidios, y tenía sus sesiones de noche en la colina de Ares, unida con la Acrópolis por un estrecho collado. El que haya visto la roca de Ares, difícilmente se puede imaginar cómo pudo tener lugar allí una gran asamblea. Quizá sea una fantasía demasiado dramática, que Pablo hubiera pronunciado su célebre discurso desde lo alto de esta colina, como desde una elevada tribuna a cielo abierto, sobre la magnificencia de las luces nocturnas en los pórticos de columnas. Más acertada es la suposición de que entonces el Areópago se reunía en el «Pórtico Real» (Stoa), en el Agora, donde Demóstenes había pronunciado sus dis-

ursos. Aquí habrá sido donde Pablo tuvo su «conferencia de prueba» ante un apiñado auditorio, ante la flor y nata intelectual de Grecia, ante los profesores y estudiantes. No debemos pensar en un procedimiento judicial. El Apóstol estaba, no como acusado, sino como hombre libre ante la suprema autoridad que había de decidir sobre la concesión de la facultad de enseñar para informarle sobre su doctrina. El hecho de que Cicerón rogara al Areópago que mandara llamar al filósofo Cratipo, nos demuestra que esta entidad ejercía un control de gobierno (grabado 14).

Pablo no era un bárbaro ni un iconoclasta. Pero tenía un ideal más elevado de la belleza: la belleza del alma. Hacer cristianos de hombres vivientes; de fríos egoístas, obtener hombres que sintiesen con fervor; formar a Cristo en sus almas; colocar en ellas, en lugar del hermoso mito de Palas Atenea saliendo de la cabeza de Zeus, la realidad del eterno Logos, de la sabiduría de Dios hecha hombre, todo esto para él era un arte mucho más elevado que el hacer de la piedra muerta imágenes de dioses. El animal heráldico consagrado a Palas Atenea era un buho, ave nocturna, cuyos ojos no pueden soportar la luz del día. Así era también entonces la sabiduría de Grecia, tan sólo una miope visión nocturna de la vida. Pero dar a conocer a Dios como Luz, Amor y Vida, era la visión de la vida en pleno día, que Pablo representaba.

31. En el Areópago

Act 17, 22 - 34.

Las eternas estrellas de la Hélade resplandecían como cuatrocientos años antes, cuando estuvo ante el mismo tribunal el más sabio de todos los griegos, Sócrates. Éste, el más religioso pensador de Grecia, se había de defender del reproche de impiedad y de introducir nuevas deidades, porque seguía la voz de Dios en su interior y en este sentido enseñaba a sus discípulos. Por más injusta que fuera la sentencia sobre Sócrates, se ha de apreciar, con todo, la extremada seriedad con que los jueces de entonces velaban por las tradiciones del tiempo pasado. Pablo, por el contrario, estaba ante los débiles descendientes de una gran generación de pensadores, ante unos hombres frívolos, que ya no tomaban tan en serio la religión, para los cuales las cosas religiosas sólo eran un interesante tema de conversación.

Hasta la fecha, Pablo, en su actividad misionera, casi siempre había estado en un terreno preparado de alguna manera por el judaísmo o el proselitismo. En Atenas hay un completo cambio de escena. En el Areópago está Pablo en un terreno pagano ente-

ramente intacto. Por eso cambia aquí su táctica acostumbrada. Su discurso nos traslada a un ambiente puramente pagano. Hubo de buscar *otro punto de contacto* desde el que fuera posible un acceso a Cristo. Entre los judíos apelaba a la *palabra* de Dios; entre los gentiles a la *obra de Dios* en la naturaleza; entre los judíos a la revelación en la historia de la salvación; entre los gentiles al testimonio que uno mismo tiene de Dios en la conciencia y en la íntima experiencia del corazón, en la necesidad que los hombres tienen de Dios y en el ansia religiosa de ponerse en contacto con la Divinidad, lo cual estaba muy difundido en Oriente. Los puntos de contacto que Pablo halló en los filósofos no eran en modo alguno una interior afinidad de ideas, una igualdad de la altura y disposición de alma religiosa, sino sólo una remota semejanza en las formas de expresión y representaciones, así como el fondo general humano del alma dispuesta por su naturaleza para la verdad cristiana, y cierta necesidad de redención, en la cual iban mezclados motivos terrenos y religiosos. En tiempo de Pablo, ya no tenían Platón y Aristóteles una gran escuela en Atenas, aunque en otras perduraban todavía sus ideas. Los oyentes del Areópago pertenecían principalmente a dos tendencias filosóficas: la escuela de los estoicos y la de los epicúreos. Es inestimable la influencia que el estoicismo ejercía en aquellos días en el mundo entero. No constituía, sin embargo, un concepto unitario, ya que había la Stoa antigua, la media, la moderna, una Stoa griega y otra romana. Al estoicismo se le reprocha su pantéismo y su desesperado fatalismo. Pero su ética era superior a su filosofía, y los padres de la Iglesia encontraron en ella muchas ideas coincidentes con el cristianismo (JERÓNIMO, *In Is.* c. 11). Mucho de lo que más tarde se consideró como herencia platónica fue tomado de los estoicos y después llevado al neoplatonismo. Del célebre *Himno a Zeus* de Cleantes se deduce hasta qué grado de elevación pudo llegar la Stoa. Este Cleantes fue primeramente un célebre atleta, después vendedor de sandías y por fin sacerdote de una secta estoica. Hacia el año 300 a. de J. C. escribió un himno cuyas palabras parecen el eco de la respuesta llena de fe de Israel a la revelación del Sinaí: «Escucha Israel, Yahveh, tu Dios, es un Dios único», eco que hubiera volado hacia Grecia:

«Tú, oh Zeus, eres alabado por todos los dioses.
 Muchos son tus nombres, y tu poder está contigo eternamente.
 En ti fue el principio del mundo, con leyes precisas
 Gobiernas el universo.
 ¡Yo te saludo! Que toda carne puede elevar su voz a ti,
 Pues somos de tu estirpe.
 Por esto quiero con gozo elevar a ti mi canto de alabanza,
 Cantar eternamente tu omnipotencia.
 Todos los cielos que rodean la tierra escuchan tu palabra,

Todas las estrellas, las grandes y las pequeñas. ¡Cuán poderoso eres tú,
 Oh Dios eterno!
 En la tierra no sucede nada sin ti, nada en el firmamento,
 Y nada en los mares.
 Únicamente lo que hacen los pecadores, que obedecen a su propia insensatez.
 Pero tú igualas lo desigual, lo feo haces hermoso.
 Y te es familiar lo extraño.
 Así tú has reunido todo, has puesto tu bendición por encima del mal.
 Tu palabra es una, en todo, y permanece eternamente.
 Libra a nuestras almas de la insensatez, para que podamos corresponder
 Al honor con el honor.
 Sea eternamente cantada en alabanza tu obra
 Como corresponde a los hijos de los hombres» [n. 15].

Vemos como la natural revelación de Dios al alma del pensador griego sólo queda un poco por debajo de la de los Salmos y de los Profetas en profundidad, ternura de sentimiento y elevación de lenguaje. En cambio, esta clase de estoicismo está muy alejada de la fría sabiduría de Spinoza, el cual afirma que el que verdaderamente ama a Dios no debe esperar ser amado por Él. Si Pablo hubiese tenido la fortuna de hablar con hombres como Platón y Cleantes, se habrían entendido rápidamente. En la *idea de Dios*, Hélade, en sus horas más luminosas, casi alcanzó a Israel, y en una cosa le sobrepujo: supo formar también artísticamente la idea de Dios, mientras que Israel en esto permaneció bárbaro, y según los designios de la Providencia había también de permanecer así. La síntesis de la idea de Dios y del arte sólo podía efectuarse por el cristianismo sin peligro para la pureza de la idea. Pero en otra cosa supera Israel a la Hélade: concibió a Dios en el legislador del Sinaí como al Dios de la *santidad*. Ambos pueblos tenían una fuerte conciencia de que habían sido enviados para decir algo al mundo. Hélade había hablado ya su última palabra: había conocido la *afinidad con Dios* del espíritu humano. Israel estaba a punto de decir, fuera de la ley del Sinaí, todavía una nueva y última palabra al género humano: la palabra del Hijo de Dios hecho hombre. Pero al que debía decirla, Pablo, le había ya expulsado de sus filas.

Según Prat, podemos compendiar así el pensamiento más corriente de la Stoa tardía en los días de Pablo: El estoico habla de Dios, pero con ello entiende la inteligencia del universo que todo lo ordena, la ley universal o alguna fuerza misteriosa y oculta que a todos los seres les da forma, unidad y acción. El estoico habla del alma, pero como si fuera un fluido impersonal y espiritual, que se disuelve con el cuerpo, perdiéndose en el universo del cual forma parte. Se le concede una vida, más o menos larga, pero no la inmortalidad. El estoico habla de la Providencia, pero con ello quiere

decir el destino, la inflexible ley universal (heimarmene). El estoico habla de oración, pero, ¿qué es lo que pedirá a los dioses? ¿Pedirá una intervención en las leyes universales? Según la Stoa, esto es imposible, es una impiedad. ¿Pedirá acaso virtud y felicidad de alma? Esto depende de uno mismo. «¡Escucha la voz de tu conciencia!», decían los estoicos. «Quizá detrás de ella hay algún gran ser. Nadie lo sabe.» Fue un estoico el que por primera vez introdujo la idea de la conciencia en la ética, Menandro, cuya famosa máxima dice: «Para todo mortal, su conciencia es su Dios». La oración típica del estoico era la fórmula de Epicteto:

«Guíame, oh Zeus, y tú, sabio Destino
adonde yo deba estar según vuestra voluntad.
No quiero vacilar en seguïros. Si no quisiera,
sería un impío, y aun así tendría que seguïros.
Acomodarse al Hado diamantino,
únicamente esto es ser sabio y conocer a Dios» [n. 23].

(cf. R. MUECKE, *Epiktet*, Heidelberg 1924)

Hay un mundo de distancia entre esta oración estoica y la del cardenal Newman, que empieza: «Lead, kindly light, lead on!» (¡Guíame, luz amable, guíame allá!). Es el mundo de la gracia suave que nos va guiando. «Nadie viene a mí, si mi Padre no lo atrae» (Ioh 6, 44). Para los males de esta vida, los estoicos tenían un contraveneno: el orgullo de su insensibilidad; y además, un remedio: el suicidio. No es que en esta triste resignación a la suerte no hubiese nada de conmovedor; ni que en su afán por salvar la dignidad humana no fuese digno de admiración, ni que no pudiera descubrirse algún rasgo noble en su filantropía, basada en consideraciones meramente racionales, sin tener que ver nada con la compasión cristiana, la cual, según ellos, era una debilidad; pero en todo ello vemos que nos contempla el inanimado y frío ojo de cristal de la inteligencia universal cósmica. Ciertamente que es una injusticia el tachar sin más de panteísta a la Stoa, sobre todo a la moderna, puesto que a través de ella pasa una corriente intensa de monoteísmo. El «conocimiento de Dios» era su lema favorito y su principal aspiración⁷⁵. Pero a su conocimiento de Dios le faltaba el cálido y místico fervor que brota del corazón de Cristo. Aquí se encontraba vengado el estoico desprecio de los sentimientos. Por esto, la Stoa no pudo salvar al mundo, que sólo puede ser redimido por el amor. Por esto, incluso hombres como Epicteto y Marco Aurelio no llegaron a comprender el martirio cristiano. Todo lo mejor de la Stoa se pasó al cristianismo, lo cual no constituyó ninguna mengua. Lo más importante que existe de común entre Pablo y la ética estoica, es el alto aprecio en que se tiene a la con-

ciencia personal, como íntima guía, juez y legislador. No obstante, se ha querido ver cierto parecido en la forma de predicar paulina y en los escritos populares de los estoicos llamados «diatribas», pero éstas provenían más bien de los cínicos, verdaderos hijos pródigos de la Stoa³⁶. Por ello, Pablo en sus discursos no se dirige precisamente a los filósofos profesionales, sino, por encima de sus cabezas, a la ondulante multitud de oyentes instruidos.

El segundo grupo de sus oyentes eran los discípulos de *Epicuro*, de cuyo nombre se abusó más tarde como símbolo de todo immoderado anhelo de bajos placeres. Los epicúreos comenzaron una campaña contra los dioses populares de los griegos, pero no negaron que hubiese dioses reales. Mas si podían o querían ayudarnos, si en general se cuidaban de nosotros, esto, a su parecer, era más que dudoso; esto perturbaría a los dioses en su dichosa quietud olímpica. El mundo era, según los epicúreos, obra del acaso; la dicha y el moderado bienestar el fin de la vida del hombre. Una de sus teorías, a la verdad, era ésta: «Procura también la felicidad de tus semejantes»; mas en la vida práctica su máxima decía: «Procura sólo tu propia felicidad. Vives breve tiempo y estás muerto largo tiempo». Estos corazones estaban todos cerrados al mundo sobrenatural [n. 24].

El porte y el aspecto de estos hombres, que miraban al orador extranjero de una manera medio burlona y escéptica, medio curiosa y supersticiosa, no eran para Pablo muy alentadores. El gusto de la crítica y la ironía era ingénito en los atenienses y a menudo se disimulaba bajo un disfraz de cortesía. Con elegancia ática concedió el presidente al Apóstol el permiso de hablar: «¿Podemos saber qué doctrina es ésta que anuncias?»

Intentemos hacer una paráfrasis, acomodada a nuestra inteligencia de hoy, del esbozo del sermón que nos ha transmitido san Lucas. El discurso es en su género una obra maestra, adaptada al tiempo y lugar, notable por su colorido local y finura ática. Aquí seguimos el fino análisis de Prat³⁵: Pablo empieza con un juego de palabras. La palabra *deisidaimonesteros* significaba primitivamente (en Jenofonte y en Aristóteles) tanto como «muy temeroso de los dioses», pero en el tiempo de Pablo tenía el significado secundario de «supersticioso» y «temeroso de los demonios». La afición de los griegos a todo lo maravilloso y su apasionamiento por lo divino se indicaba por una expresión que lo mismo podía significar piedad que superstición, según y como se le tomaba, si en el sentido del sentimiento religioso normal, o del extraviado. Los oyentes podían tomar la expresión como alabanza y seguramente así lo hicieron. «¡Atenienses!, yo que sois un pueblo sumamente temeroso de lo divino, dado a la adoración de vuestros dioses.» Con esto

Pablo tiene ya de su parte a los oyentes. Gana todavía más su atención al anunciarles la solución del enigma del «dios desconocido»: «Vosotros me culpáis de que soy un heraldo de dioses extranjeros y quisiera introducir dioses extranjeros entre vosotros. ¡Al contrario! Al andar por la ciudad he contemplado vuestros santuarios y he hallado un altar con la dedicación: “A un dios desconocido” [n. 14]. Por tanto, parecéis venerar algo que no conocéis. En cierto sentido tenéis razón. Pues este dios desconocido y el verdadero Dios oculto que yo os anuncio, tienen esto de común entre sí, que les rodea un misterio. Propiamente el Dios misterioso no os debiera ser enteramente desconocido. Él se ha atestiguado por la creación, la naturaleza, el cielo y la tierra, que son obra de sus manos. Como a ciudadanos de una ciudad que ha producido un Platón, no necesito demostraros la existencia de este único Dios supremo, que es infinitamente superior a los pobres dioses del Olimpo. Vosotros encerráis a vuestros dioses en la estrecha celda de vuestros templos. Pero el verdadero Dios, que es el Señor de toda la tierra, llena toda la faz de la tierra y no puede ser encerrado en templos hechos por manos de hombres. No hay ninguna imagen de Él, el Infinito: se ha de venerar sin imagen. Vosotros rodeáis a vuestros dioses con multitud de ministros y ministras del templo, les presentáis alimento, los invitáis a la comida sagrada, les hacéis respirar el vapor de vuestros manjares, los alegráis con vino exquisito, como si necesitasen de vuestro servicio y de vuestros dones. Pero Dios no necesita de estas cosas, mas *nosotros* necesitamos de *sus* dones. Él nos da a todos comida y bebida y alma y aliento y vida. Vosotros decís que los dioses habitan allá arriba en dichosa tranquilidad y no se cuidan de las cosas de los hombres, los cuales a manera de los átomos del universo son mezclados unos con otros y tirados ciegamente por el acaso. ¡No! Dios tiene gozo en la obra de sus manos y nada desprecia de lo que ha creado. Él tiene su plan con el linaje de los hombres. De un solo hombre ha hecho nacer todo el linaje humano y lo ha esparcido sobre la faz de la tierra. No es el Dios de un solo pueblo como vuestro Zeus olímpico y v estra Palas Atenea, que únicamente aman a los griegos y desprecian como a bárbaros a los otros pueblos. De una sola sangre proceden todos los pueblos, todos forman una gran familia. Dios ha puesto los límites de sus países y la duración de su vida nacional. Y aunque el clima y el idioma y la zona los separan, todos tienen un fin común superior, que los une en lo más profundo. Pues Dios ha introducido en los hombres una centella de su espíritu e impuéstoles la obligación de buscarle, por si pudiesen quizá hallarle a tienta y presentírla. Todos los hombres son por su naturaleza *buscadores de Dios*, pero vosotros los griegos lo sois de una manera muy especial. Vues-

tros piadosos videntes, como Homero, Pitágoras, Píndaro, lo buscaron en mitos misteriosos, vuestros artistas en la ley eterna de la belleza: vuestros filósofos lo buscaron por todos los caminos del pensamiento lógico, como Aristóteles, o del presentimiento anhelante, como vuestro divino Platón. Vuestros mistagogos lo buscan en los mágicos misterios apoteósicos de los secretos cultos; y vuestros funcionarios en el genio del emperador y de la diosa Roma. El fin de vuestro anhelo de uniros con Dios es bueno, pero lo buscáis por rodeos y caminos falsos. Y, con todo, ¡Dios es tan fácil de hallar! ¡Volved a vosotros mismos! Dios está en nosotros, y nosotros estamos en Él. Así lo anunció ya uno de vuestros poetas, Epimenides: “En Él vivimos y nos movemos y somos”. Y la razón de por qué está tan cercano a nuestro entendimiento y corazón es ésta: la *razón de la existencia divina* es también la *razón de nuestro conocimiento*. En él nos ha sido dada también la huella para que podamos fácilmente buscar a Dios a tienta y hallarle.» Aquí puso Pablo el dedo en la llaga del espíritu pagano. «Dios está cerca y es difícil de comprender.» Estas palabras de Hölderlin reproducen de manera exacta la actitud del alma griega. El punto más flaco del paganismo era que sólo adorasen símbolos, imágenes de la fantasía, conceptos abstractos o dioses, y no al Dios vivo, al «Autor de la vida», que se ha manifestado por su acto poderoso en Jesús y por Jesús, y a quien Pablo experimentó con tanta conmoción.

Y luego les descubre el *íntimo sentido del anhelo de Dios que los alienta*, alegando de nuevo una profunda y oscura sentencia poética del cantor del himno a Zeus: «¡Pues nosotros somos de su linaje!» [n. 15]. Dios es más que nuestra causa eficiente: nosotros hemos sido hechos según los prototipos existentes en su espíritu. El artista no puede ser menor que su obra. Mas si nosotros somos centellas de su espíritu, entonces Dios es puro espíritu, entonces nosotros estamos habilitados para participar de la vida divina, más aún: si Él lo quiere, llamados a ella. Todavía no ha pronunciado Pablo el nombre de aquel en el cual debe efectuarse esta participación, esta elevación, pero está a punto de salir de sus labios.

Mientras el Apóstol permaneció en el terreno filosófico, la asamblea le escuchó callada y atenta. Recordaron haber leído ya cosas semejantes en su divino Platón. Estas ideas no desagradaron a los estoicos que se hallaban entre ellos, aunque acostumbraban perderse en desvaríos panteísticos; y aun en muchos epicúreos de aquel tiempo habían ejercido influencia las ideas platónicas. Pero todo esto era para Pablo sólo el señuelo, la introducción y conducción al tema propiamente tal. ¡Ahora se deshizo el encanto! Pablo sólo pudo ya enunciar un par de proposiciones; pero en ellas puso toda la quintaesencia de su predicación a los gentiles. Fueron cuatro

ideas, que habían de ser muy desagradables a sus oyentes, orgullosos de su ingenio ¹⁷.

Les echa en cara su atraso religioso, más aún, su ignorancia religiosa. «Los pensamientos pequeños, las ideas vulgares sobre Dios pertenecen a la época infantil del género humano. Pero ahora estamos fuera de ella. Dios ha tenido indulgencia con esta farfulla pueril. El tiempo de andar a tuestas y descarriado, de incertidumbre e ignorancia ha pasado.» La gente se altera. ¿No es cosa nunca oída el que un bárbaro se atreva a reconvenir de ignorante al pueblo más culto de la tierra? Pero Pablo continúa tranquilo: «Pero Dios, habiendo disimulado sobre los tiempos de esta ignorancia, intima ahora a los hombres que todos en todas partes hagan penitencia». Purificación, transfiguración, divinización con la ayuda de ceremonias punzantes y que excitaban los nervios, esto lo conocían y lo amaban, pues procedía de sus misterios. Pero cambio de sentimientos con arrepentimiento: ¿qué será esto? Dame dicha, ruega Horacio, y yo mismo cuidaré de tener ecuanimidad. A Pablo no se le escapa la creciente inquietud de los oyentes, pero se domina y continúa:

«Por cuanto tiene determinado el día en que ha de juzgar al mundo con rectitud...» ¡Un juez del mundo, un juicio del mundo! Esto es cosa nunca oída. ¡Basta de palabras! Pablo se hace el desentendido y prosigue: «...ha de juzgar al mundo con rectitud por medio de aquel varón constituido por él, dando de esto a todos una prueba cierta, con haberle resucitado de entre los muertos.»

Pablo volvía a mostrarse ahora con todo su carácter, «con cierta áspera grandiosidad» ¹⁷. ¡Ahora se había pronunciado lo inaudito: ¡la resurrección de entre los muertos! Estalla una risotada: «¡Qué disparate!» Pablo no puede seguir hablando, si los oyentes se ríen. Ha de interrumpir su discurso, sin pronunciar el nombre de Jesús. No puede dejar que sea objeto de mofa ante tales locos. Al presidente y a los filósofos la cosa les es penosa. Ocultan su desengaño bajo una frase cortés, no sin ironía, levantando la sesión e invitando a Pablo a hablar sobre ello otra vez: «Era muy interesante. ¡Desearíamos de buena gana oírte otra vez!» Pablo conoció que había sido un fracaso. «Salió de en medio de ellos», triste y desengañado. Dijo más para sus adentros que a Timoteo: «He tenido mal éxito. Hubiera sido mejor que hubiese reservado la palabra resurrección y contado primero la historia de Jesús. Ya no tendré que ver con estos doctos presuntuosos. Es preferible que vuelva al sencillo pueblo trabajador. El solo saber hincha. En lo por venir no hablaré más de la sabiduría griega, sino únicamente de Cristo y de la locura de la cruz. Timoteo, éstos son los hombres de los cuales dice la Escritura: Pasan su vida en chaflatanerías.»

Cuando Pablo quiso volver a su morada, notó que algunas figuras iban a sus alcances. Volvióse, y se presentó primero un hombre serio, venerable, de mirada apacible: era *Dionisio*, miembro del Areópago. Del mismo modo una mujer envuelta en un manto negro, detrás de cuyo velo se dejaban ver unos ojos profundos, pensativos: era *Dámaris*. Y algunos otros más. La comunidad que aquí se formaba, no era numerosa, pero tanto más escogida. «Areopagita» era un título muy solicitado y apreciado en todo el mundo. El hecho de que se haya formado toda una leyenda en torno a Dionisio, y que el mayor teólogo del siglo VI se ocultara bajo su nombre, demuestra que él fue el alma de la congregación cristiana de Atenas y quizá su primer obispo. Mientras los sofistas, burlándose del extraño judío de Tarso, bajaban las gradas del Areópago, Pablo estuvo aquella tarde todavía por largo tiempo sentado en medio de los hermanos recién ganados y les contaba cosas de Jesús ⁵⁰. Esta ciudad genuinamente helénica que en su apolíneo afán de belleza cambió toda la terrible seriedad de la vida en una bella apariencia que en la radiante transparencia de su cielo y de su pensar racional amaba únicamente lo limitado, lo perfectamente perfilado, sin tener ninguna inclinación a pensar en la muerte, en el peso infinito de la eternidad, en el destino sobrenatural de la vida; esta ciudad le pareció a Pablo que no era terreno a propósito para el Evangelio. El hermoso Narciso, que se contempla en la fuente, enamorándose de su propio rostro, éste es el genio de Grecia. A este pueblo no le interesaba tanto la verdad como los goces de la actividad intelectual. El pensar, únicamente por pensar, era para ellos como una golosina, y los griegos se perdían con delicia en el laberinto de las ideas. Para ello tenían en su idioma el más afilado instrumento que jamás fue concedido a otro pueblo. Habían cultivado todos los dones del intelecto de una manera espléndida, pero a expensas del corazón. En opinión del poeta, les faltaba la fuerza del amor y de la abnegación:

«En nuestro pecho anida un deseo puro
de entregarse a un ser más alto, puro, desconocido,
voluntariamente y por agradecimiento» (Goethe).

Pero en el alma griega había otro polo irracional, que desde Nietzsche se le suele llamar el aspecto dionisiaco, la báquica embriaguez del culto a Dioniso, así como también el ansia apasionada de la propia divinización y detrasponer las fronteras entre lo humano y divino en los misterios de Eleusis; todo esto, a Pablo no le ofrecía ningún punto de enlace. En las pequeñas y en las grandes fiestas dionisiacas, durante la semana santa de Eleusis, que coincidía poco más o menos con nuestra Pascua de Resurrección, y en los cultos

de Atis y Adonis, los atenienses celebraban la muerte y resurrección de un dios. El Apóstol presencié seguramente tales procesiones en Atenas. Todo esto ya lo había conocido en su patria, Tarso, en el culto a Dioniso-Sabacio. Pero el clamor con el que corrían a evocar la resurrección de su héroe: «Valor, vosotros, místicos, vuestro dios está salvo; también vosotros saldréis beneficiados de esta pena», no tenía nada que ver con el mensaje de Pablo: «¡Cristo ha resucitado!» Los arrebatos dolorosos y lamentos con los que era llorada la muerte del dios y era acompañada su imagen hasta el mar, el aire sofocante y sensual, el repugnante espectáculo de los símbolos sexuales, que eran paseados en el relicario eleusínico, las grandes orgías nocturnas, en las que el elemento femenino, normalmente encerrado en el hogar, se entregaba a gozar libremente del desenfreno de los sentidos, todo esto indica un antiquísimo mito de la naturaleza, que representaba la muerte y vuelta a la vida de la vegetación, y quería idealizar la bestialidad de los instintos sexuales. ¡Qué lejos está todo esto de la obra redentora de Dios en la muerte reparadora de su Hijo, y de la elevación moral de la idea de la Pascua cristiana! ³⁷ [n. 17]. Así, pues, se presentaba frente a la predicación del evangelio una enorme montaña de obstáculos espirituales. No podían superarse estos contrastes sin un milagro de la gracia. Pablo había intimado al alcázar de los dioses, Atenas, la rendición a Cristo, pero conoció que todavía era inexpugnable. Adquirió de nuevo una experiencia. Resumióla poco después en la segunda Carta a los Tesalonicenses (3, 2) en esta acertada sentencia: «La fe no es cosa de todos». La fe presupone una disposición psíquica, una cierta sinceridad, y frecuentemente también una conmoción del alma. Pero esta ciudad era escéptica, superficial, estaba enamorada de sí misma. Concibió un profundo desprecio de la sabiduría de este mundo y tomó la resolución de oponer a ella en lo futuro con más intensidad la palabra de la cruz.

Se ha dudado de la autenticidad del discurso del Areópago, porque el historiador en la antigüedad solía inventar los discursos de su héroe haciéndose cargo de la situación y del ambiente [n. 16]. Mas precisamente el fracaso nos da la prueba de lo contrario, ya que, de haber inventado el discurso, el autor lo habría hecho terminar en un éxito. Ernst Curtius, gran conocedor de la antigüedad, dice que el que ponga en duda el valor histórico del relato acerca de Pablo, arranca una de las páginas más importantes de la historia de la humanidad. Y Gregorovius sentencia: «Ninguna aparición de un mortal en Atenas, en el cual haya tomado cuerpo una idea de alcance mundial, es tan digna de tenerse en cuenta como la del apóstol Pablo. En los anales de las misiones cristianas no hay ninguna acción tan atrevida como el sermón de Pablo en Atenas, la

acrópolis del paganismo, rodeada todavía en aquellos tiempos por el brillo esplendoroso de las artes y de la literatura... De la relación escueta de los Hechos de los Apóstoles podemos tan sólo vislumbrar lo que diría a los filósofos atenienses el entusiasta predicador: les diría que este hermoso mundo helénico estaba irremisiblemente condenado a muerte, porque era demasiado limitado y falto de amor, y porque estaba basado en los privilegios de una raza, en la esclavitud y en el soberbio desprecio de los bárbaros... ¡Quién se hubiera atrevido entonces a sospechar que precisamente la nueva religión que Pablo anunciaba en Atenas, en el transcurso de muchos siglos, sería el único Paladín al que los helenos deberían agradecer la supervivencia de su nación, de su literatura y de su idioma!» (*Athen und Athenais*, p. 19).

¿Qué imágenes pudieron habersele ofrecido a Pablo durante la noche, cuando se puso a descansar en su pobre albergue del barrio de los alfareros? Podría haber estado en una disposición de ánimo semejante a la de Elías bajo el arbusto de retama: «¡Señor, quítame la vida!» Emergió quizá detrás del golfo Sarónico un rostro: «¡Pablo, tienes ante ti todavía un largo, muy largo camino!» No logró fundar una gran comunidad en Atenas. Tampoco nunca en sus cartas la menciona, ninguna carta escribió «a los atenienses», ni tocó en su ciudad en el tercer viaje. Todavía en el siglo II la Iglesia de Atenas está sobre flacos pies. Atenas fue una de las últimas ciudades que se convirtieron, el último baluarte de la filosofía pagana contra el cristianismo (Renan)⁷⁸. En el mismo año 529 en que las ruinas del último templo de Apolo en Monte Casino fueron transformadas en monasterio por san Benito, emigraron los últimos siete filósofos atenienses expulsados en virtud de un edicto de Justiniano, hacia Persia, para buscar asilo en la corte del rey Cosroes. ¡Así pasa la gloria de un mundo!

32. *La fundación de la iglesia de Corinto*

Act 18, 1 - 17.

Pablo no podía sentirse bien en Atenas. Para ello era demasiado asiático. Conocía que esta ciudad puramente helénica, orgullosa de su cultura y de su raza, no podía ser ningún punto de apoyo para el espíritu universal del cristianismo. Sus pensamientos se volvían con frecuencia a las queridas comunidades de Macedonia. Repetidas veces estuvo a punto de tornar allí. El último recuerdo que se había llevado de Tesalónica fue un populacho azuzado por los judíos. Desde entonces sólo habían llegado a sus oídos confusos rumores sobre los padecimientos de la comunidad de dicha

población. Una embajada alentadora y una comunicación personal con las comunidades de allí eran muy necesarias. Prefirió renunciar al consuelo de la amistad, que permanecer más tiempo en incertidumbre sobre sus queridos hijos. Y así, antes de salir de Atenas, envió allá a Timoteo con el primer navío que partió, y solo se fue a Corinto. Pablo iba de intento a las grandes ciudades. Sabía que aquí se reñían las batallas del espíritu. Quien tenía a Corinto, tenía a Grecia. Si en el puerto de Corinto se sabía algo de Jesús, entonces era únicamente cosa de tiempo el que también islas próximas tuviesen alguna noticia de Él. Corinto merecía el alma del Apóstol. Corinto, como Pablo bien sabía, tenía una población cosmopolita, lo mismo que Antioquía. Todas las opiniones tenían aquí derecho de ciudadanía. En semejante terreno la semilla del Evangelio podía muy fácilmente echar raíces.

No sabemos si Pablo eligió el viaje por tierra, de 65 km, por la carretera que pasaba por Eleusis y Megara, o el camino, más breve, por mar, hacia el puerto de Cencreas, en el golfo Sarónico. En este último caso, que es el más verosímil, zarpó del Pireo y se dirigió al Istmo, pasando por entre Salamina y la isla de Egina. El mar parece aquí como un lago alpestre cerrado alrededor por peñas acantiladas con numerosas islas pequeñas: a la izquierda, las montañas de Egina con su elevado templo de Afaia, que en alguna ocasión había disputado el rango a la Acrópolis, y desde donde en días claros podían divisarse la Acrópolis y el Acrocorinto; a la derecha, las colinas de Salamina; detrás, los abruptos acantilados de Megara, y enfrente las montañas de la Argólida, pobladas de pinos. Pablo tuvo tiempo en esta travesía para ordenar sus impresiones. Nuncá había conocido tan profundamente como entonces los grandes obstáculos que una falsa sabiduría levanta contra la renovación del hombre. San Agustín más tarde experimentó lo mismo. En la Carta a los Romanos, que Pablo escribió aquí algunos años más tarde, previene contra aquella disposición mental de la filosofía griega, que es precisamente la que impide a los hombres llegar al conocimiento de la verdad: «Así, tales hombres no tienen disculpa, porque habiendo conocido a Dios, no le glorificaron como a Dios, ni le dieron gracias; sino que devanearon en sus discursos, y quedó su insensato corazón lleno de tinieblas; y mientras que se jactaban de sabios, pararon en ser unos necios; hasta llegar a transferir a un simulacro en imagen de hombre corruptible, y a figuras de aves, y de bestias cuadrúpedas, y de serpientes, el honor debido solamente a Dios incorruptible» (Rom 1, 21 - 23). Poco a poco fue desapareciendo la Acrópolis de su vista y presentándose a sus ojos un nuevo panorama. Primero, en la vaporosa y azulada lejanía, después dibujándose con más precisión, sus ojos

vieron el elevado macizo a cuyos pies descansa Corinto (v. PAUSANIAS, *Korintiaka*, II). El viajero de hoy que dirigiéndose a la moderna Corinto en vapor atraviesa el canal del Istmo, en lo profundo de una gran zanja de paredes casi verticales, sobre la que pasa el tren a unos 47 metros de altura, ya no puede, como Pablo, gozar de aquel acercarse poco a poco a la colina que es el distintivo de la ciudad:

«Ya desde su altura,
Acrocorinto hace señas al caminante.»

De Cencreas, el puerto oriental de Corinto, por unas vertientes de prados y el bosque de pinos de Poseidón, en una marcha de tres horas a través del risueño valle de Haxamilia, dejando a la derecha el sagrado recinto de los Juegos Ístmicos y salvando luego una suave subida, se aproximó Pablo a Corinto (grabs. 17, 18, 19). Desde aquí, a lo largo de toda la costa del Peloponeso, hasta Patras y Olimpia, se extienden hoy como entonces los inmensos viñedos de cepas bajas que producen las pequeñas y dulces pasas de Corinto. A la altura del Istmo, Pablo hizo un breve descanso. ¡Qué vista tan encantadora! Dos mares con sus aguas purpurinas le saludaban. Corinto debe su gloria y fuerza de atracción a la singularidad de su situación entre dos golfos, el ístmico y el Corintio, en un gigantesco teatro circular de altos montes, que están dispuestos a manera de pisos bien distintos, debidos a una arquitectura natural y cuyas cimas brillan bajo la nieve. Hacia el sur, la sierra de Cilene contemplaba la opulenta ciudad; hacia el norte, aparecían brillantes las lejanas cúspides del Helicón y del Parnaso. Solitario y separado del fondo de los enormes montes se levanta en primer plano un cerro truncado, que se eleva a mayor altura que el de la Acrópolis de Atenas, y que sostiene hoy, en vez del templo de Afrodita, los muros de un castillo bizantino-turco. Desde allí dos muros fortificados corrían paralelamente descendiendo al puerto de Licaón, mientras que el célebre muro del Istmo cruzaba éste de suerte que la guarnición, que constaba de cuatrocientos hombres, podía cerrar el Peloponeso contra todo ataque del norte. Pablo atravesó el puente del río Leuca, y por entre jardines y pasando por el lado sur del gran anfiteatro, entró en el arrabal de Craneon. Allí se levantaba el sepulcro de Diógenes, el cual ciertamente habría pagado su linterna de gozo por hallar al fin a un hombre ante el cual enmudeciera su predicación de la pobreza.

Apenas podemos figurarnos una oposición mayor que *Atenas* y *Corinto* en tiempo de Pablo. Atenas, comparable a una ciudad universitaria de la edad media, retumbante por el ruido y el canto de escolares vagantes; Corinto, un pululante e inquieto hormigueo

ro, una zumbadora colmena de abigarrada multitud de comerciantes de todos los países. El predominio político sobre Grecia, que un día había tenido, hacía mucho tiempo que había pasado. El general romano Mumio, en 146 antes de Cristo, había reducido la ciudad a un montón de escombros (grab. 17 y 18). Pero su situación entre dos mares, como puente entre Oriente y Occidente y como llave del Peloponeso, no podía quedar desaprovechada. César cien años antes había establecido una colonia italiana de libertos y veteranos sobre las ruinas de la antigua ciudad. Así bajo la protección del águila romana había tenido origen un antiguo Port-Said, puesto militar y puerto de tránsito al mismo tiempo, que ahorraba el trabajoso y tempestuoso viaje alrededor del Peloponeso. Pues se había colocado entre los dos puertos un deslizadero para transportar pequeños navíos con su carga de un mar al otro. El plan de Nerón y la tentativa de Herodes Ático, de cortar el Istmo, no se efectuó sino en el siglo XIX (1881 - 1893).

Los colonos romanos formaban ya sólo una parte que iba desapareciendo en la avenida de la población mixta de griegos, africanos, sirios y judíos. La mentalidad y la cultura no eran ya las de la antigua Grecia, sino de una nueva población de aventureros, que los corintios consideraban como intrusa. El levante sirio trajo a Corinto las pasiones y los vicios vergonzosos que acompañaban al culto de Astarté y Melkart, y Roma, la brutalidad de sus espectáculos sangrientos; los frigios, su culto de Atis y Cibele; los egipcios, sus extraños ritos de Isis y Serapis; la Tracia, sus misterios dionisiacos. En otro tiempo, Corinto era la ciudad de Poseidón, con delfín y tridente; ahora estaba consagrada a la diosa Afrodita, la *Venus vulgívaga*, una variedad de la Astarté fenicia. Su templo estaba en la Acrocorinto, y alrededor de él millares de prostitutas sagradas (hieródulas), en lindas casitas deliciosas entre jardines de rosales, se entregaban al servicio de la lasciva diosa, y los ricos extranjeros, soldados, marinos, comerciantes, viajeros y capitanes perdían el dinero y la salud y propagaban la enfermedad corintia por todos los ámbitos del país⁵⁶. Su emblema era la imagen de Lais, la célebre hieródula, que en la necrópolis de Corinto se veía en figura de loba destrozando a su víctima con las garras²⁰. En las grandes fiestas teatrales parece que, al igual de las vestales de Roma, estas cortesanas tenían asientos especiales, según parece desprenderse de una inscripción. Había una expresión que circulaba por el mundo: «No es cosa de todos el ir a Corinto». Muchacha corintia y prostituta eran sinónimos. En el teatro de aquel entonces había el tipo corintio de borrachín y vividor. En la parte baja de ambos puertos se reunía en las tascas de marineros, en los lupanares, toda la escoria de la marinería mundial. Cuando Pablo escribió desde

Corinto su Carta a los Romanos y describió la sombría imagen del paganismo, tenía ante los ojos esta ciudad²⁰. Y sin embargo la amaba más que a Atenas. Pues el peor obstáculo para el Evangelio no es la flaqueza de la carne propensa al pecado, sino la soberbia del espíritu. «Precisamente donde ha predominado el pecado, es más superabundante la gracia» (Rom 5, 20). Siguiendo a tan buenos conocedores de la antigüedad como E. Rhode y Nietzsche, se pueden señalar los dos polos entre los cuales oscilaba la vida griega: la belleza apolínea y el éxtasis embriagador dionisiaco; entonces en Corinto la aguja magnética señalaba resueltamente el polo dionisiaco. El centro de gravedad de este culto a Dioniso estaba en el enorme libertinaje sexual, cuyas olas azotaban las instituciones familiares y sus leyes: «Las bestias más salvajes de la naturaleza humana fueron desencadenadas en aquella repugnante promiscuidad de lujuria y crueldad que a mí siempre me ha parecido el genuino brebaje de las brujas» (NIETZSCHE, I, 55).

La primera Carta a los Corintios nos hace ver el profundo abismo del paganismo de entonces. En los cultos del Oriente, que, con todo, fueron originariamente divinizaciones de la fecundidad y del crecimiento, descubrimos la invasión de poderes diabólicos enemigos de la vida, los cuales en el enajenamiento báquico amenazaban a la sociedad humana en su raíz. El demonio de la sensualidad condujo en el culto del Moloch fenicio al degüello y a la inmolación de niños, y en el culto de Afrodita y de Baco al odio al matrimonio y a la procreación. No es, sin duda, ninguna casualidad el que precisamente del Asia Menor, de donde proceden estos cultos, saliesen más tarde los movimientos maniqueos y montanistas con una ascética enemiga de la vida. En ninguna parte durante sus años de misión ha tenido Pablo que luchar tanto contra estas tendencias peligrosas como en Corinto.

Como se infiere de la primera Carta a los Corintios (2, 3), Pablo estuvo bastante abatido y desalentado cuando llegó allí. El fracaso de Atenas agitaba todavía su ánimo como una espina en la carne. Todos nosotros somos criaturas de carne y sangre y dependemos del temperamento y la disposición de ánimo. ¿Por qué en Pablo había de ser de otro modo? Pues aun el Hijo de Dios, en su parte humana, estuvo sujeto a semejantes afecciones de abatimiento y de entusiasmo. Pablo, desde que vivía en Cristo, era el hombre más feliz que jamás ha habido. Él pudo en la cárcel cantar salmos e himnos. Pero a pesar de esto tenía, como todos los santos, períodos de profundísimo abatimiento. Nadie que vio andar al extranjero por el barrio de los judíos podía presentir que en tiempos futuros la importancia histórica de la ciudad dependía de que este pobre tendero que buscaba posada entrase hoy en Corinto. Tampoco

Áquila y Priscila, dos cónyuges tenderos en el bazar de tapices de Corinto, con quienes Pablo trabó conversación accidentalmente, o a la puerta de cuya tienda llamó a la ventura para buscar trabajo, tuvieron presentimiento de que debido a ello sus nombres se escribirían en los anales de la historia de la Iglesia, más aún, en los libros de la vida. Del Oriente se había trasplantado a Corinto la industria de la púrpura y la tejeduría de tapices y tiendas de campaña. Áquila abrió la puerta al extranjero con hospitalidad oriental, cuando reconoció en él a uno de su raza sin casa ni hogar, y le presentó a su mujer Priscila. Tuvieron a honra poder recibir y albergar a un doctor de la ley como compañero de trabajo. Con esto comenzó una de las más hermosas y fructuosas amistades en la vida de Pablo y de la joven Iglesia. Lo más sorprendente fue su descubrimiento de que Áquila y Priscila eran ya cristianos. Esto se infiere, sin duda, del hecho de que Pablo no menciona a estos cónyuges entre los bautizados por él en Corinto (1 Cor 1, 14). ¡Una familia cristiana en Corinto! El gozo agradecido por esta providencia de Dios resuena cuantas veces menciona a este matrimonio en sus cartas. ¡No es maravilla que estos cristianos, quizás únicos en la ciudad, se uniesen íntimamente y compartiesen entre sí la habitación, el trabajo y el sustento!

La nueva amistad fue para Pablo muy beneficiosa en múltiples aspectos. Ella enderezó su mirada hacia el Occidente y puso a Roma todavía más en su campo de visión. El ancho horizonte que este encuentro y la capital del mundo le abrían estaba como hecho para su espíritu sediento de infinito. El curso de la vida de los nuevos huéspedes había sido sumamente movido y singular. Natural del Ponto, junto al Mar Negro, Áquila se había establecido en Roma y allí había ejercido su oficio de tendero, el cual muchas veces en la antigüedad, en que todo viajero necesitaba de una tienda de campaña, se activaba por medio de fábricas. Probablemente había llegado a conocer a su mujer en Roma, la cual no vaciló en casarse con el acomodado negociante judío. Pablo la llama con preferencia Prisca, pero Lucas la llama Priscila. Su nombre aparece en la tumba de la *gens Acilia*, en las catacumbas de santa Priscila, y se refiere probablemente a una liberta de aquella noble familia. Parece que ambos gozaban de una cultura superior a la ordinaria, lo que se infiere de su trato íntimo con Pablo y el muy docto Apolo. Prisca parece haber sido el alma que dirigía la casa. En cuatro de seis casos se menciona su nombre en primer lugar. Ella fue una de las mujeres de influencia preponderante en el cristianismo primitivo. Ninguna de las mujeres que apoyaron al Apóstol en su predicación alcanzó un elogio semejante al suyo (Rom 16, 3). Al anochecer, después del trabajo en el telar, habían de referir al Apóstol cosas

de Roma, el término de sus anhelos. Contábanle que recientemente, con ocasión de los tumultos de los judíos en el *ghetto* romano, ellos, como todos los judíos, habían tenido que salir de Roma por un decreto del emperador Claudio (49 d. de J. C.), el cual, por lo demás, pronto fue revocado. La vida inquieta y ambulante de estos esposos es muy significativa respecto de los judíos de la diáspora en el Imperio romano. Más tarde encontramos a los dos en Éfeso, luego de nuevo en Roma y últimamente otra vez en Éfeso. En esta vida ambulante no podían llegar a tener ningún bienestar. Sólo en Roma parece llegaron de nuevo para ellos mejores días; pues allí pudieron poner a disposición de los hermanos su casa del Aventino como local para los actos del culto (Rom 16, 3-5).

Fuera del consuelo de la amistad cristiana, unía a Pablo con Áquila la comunidad del trabajo en el telar y para el reino de Dios. El taller de Áquila era un local del bazar de los tapices, abierto a la calle⁵⁰. Aquí estaba sentado Pablo durante el día con su huésped y «entretejía pensamientos divinos en los hilos de su telar». Bajo el temblor del telar contaba a los otros oficiales y curiosos visitantes que se paraban a la puerta abierta, todas las cosas altas que tenía en su alma. Si Cicerón hubiese sido testigo de tales horas llenas de bendición, seguramente hubiera cambiado su punto de vista de que en el taller de un artesano no había lugar para un hombre decente. Según el concepto cristiano que tenemos del trabajo mecánico, podríamos pensar que este desinteresado género de vida del Apóstol hubiera procurado tanto más fácilmente entrada al Evangelio. Pero en esto no contamos con el sentir del hombre antiguo. En Grecia seguía siempre todavía rigiendo el concepto aristocrático del tiempo clásico, que privaba de los honores de ciudadanía a todos los artesanos, hasta a escultores y artistas, porque según ellos la ocupación mecánica con sus bajos servicios deprimía también al alma y no dejaba desenvolverse ningún sentido para los ideales de la vida. Incluso Plutarco habla con poca consideración de artistas como Fidias y Arquiloco (*Pericles*, 2)⁵⁴. En un tiempo en que el trabajo llevaba el sello de la ignominia y de la inferioridad social, su ejemplo era una cosa completamente nueva y tuvo que pasar bastante tiempo hasta que llegó a imponerse este modo de pensar cristiano. Por lo demás, encajaban estas ideas del Apóstol con su pasado judío. Como el judaísmo reconocía la esclavitud sólo en una forma en extremo mitigada, así también el Antiguo Testamento había creado un ambiente de aprecio social alrededor del artesano y trabajador libre judío: «Haz aprender un oficio a tu hijo, de lo contrario se hace ladrón» (R. Jehuda). En Pablo este aprecio social tenía un fondo profundamente religioso, a saber: un concepto del hombre como templo del Espíritu Santo, y del espiritual y sobrenatural paren-

tesco y hermandad de todos en Cristo. «Quien desprecia a un hermano, no desprecia a un hombre, sino a Dios.»

Corinto tenía una rica *colonia judía*, que había aumentado recientemente por el último refuerzo de Roma. En las excavaciones de Corinto se descubrió una inscripción sobre mármol que estaría puesta sobre la puerta de entrada de una sinagoga, quizás la sucesora de aquella en la que Pablo cada sábado se presentaba a predicar. Aquí halló no solamente judíos, sino también judío-cristianos aislados, que habían sido expulsados de Roma, y griegos paganos, que «huyendo de la vida viciosa de la ciudad se refugiaron en la santa religión de Israel»⁵⁰. Pablo, algo abatido por su fracaso en Atenas, al principio estuvo bastante reservado en el nuevo ambiente. Sus discursos eran más bien de un género preparativo, sacando de los profetas el pensamiento de un Redentor paciente y «entretejiendo» sólo ocasionalmente el nombre de Jesús. Así puso prudentemente el cimiento, como un arquitecto que primero examina la solidez del suelo y pone luego el fundamento (1 Cor 3, 10). Mas su actividad misionera fue muy impedida por el trabajo corporal.

Un día el telar estuvo parado. Silas y Timoteo habían llegado de Macedonia y llevaban consigo dinero y buenas noticias de Tesalónica. Podemos imaginarnos quiénes tenían en ello la parte principal: Jasón de Tesalónica y Lidia de Filipos. Pablo era hombre de sentimientos y afectos. Él podía participar con toda el alma de la suerte de sus comunidades, vivía y padecía constantemente con ellas, estaba unido con ellas místicamente. Por esto revivió ahora, después de haber estado con mucha pena e incertidumbre. Su libertad de espíritu, su energía y entusiasmo fueron sin límites. Esto se notó al punto en los próximos sermones de la sinagoga. Ahora, después de los sermones de preparación, pasó a la plena acometida, al abierto Evangelio de Jesús, el crucificado y resucitado, el Mesías, que volverá a juzgar al mundo. Después de los actos del culto, algunos judíos y prosélitos notables hablaron largo tiempo con él y se hicieron instruir por él en sus casas. *Estéfanos*, un rico prosélito, y toda su familia fueron el primer gran éxito. Gustaba de llamar a *Estéfanos*, «las primicias de Acaya» (1 Cor 16, 15). Con esto se expresaba también que la comunidad cristiana de la capital tenía la prerrogativa de «representar el mensaje de Jesús en toda la provincia de Acaya. Pablo ve madurar una gran cosecha de Cristo en la provincia»⁴². Otros dos notables varones, *Fortunato* y *Acaico*, siguieron el ejemplo del primero. Por eso Pablo hizo una excepción de su práctica seguida hasta entonces y administró por sí mismo el bautismo. Debíó de ser una solemnidad conmovedora, cuando Pablo, Silas, Timoteo y los esposos *Aquila* y *Priscila* con los que se habían de bautizar salieron para el río *Leuca* (=río blanco) y allí, en el

valle tranquilo, sombreado por pinos, higueras y cipreses, celebraron la santa solemnidad entre alocuciones, profesiones de fe, promesas de fidelidad y canto de salmos. El próximo fue *Ticio Justo*, a quien pertenecía la gran casa que estaba al lado de la sinagoga, miembro de la colonia romana, por medio del cual Pablo fue puesto en relación con las personas cultas romanas. Probablemente pertenecería a la célebre familia de alfareros, los *Ticios*, cuyos trabajos en cerámica eran apreciados en todo el mundo (Estrabón)⁷⁴.

El recelo de la sinagoga se había despertado. Los ricos negociantes hacendistas judíos no podían sufrir, por orgullo nacional, que este extranjero turbase su tranquilidad religiosa y rebajase su autoridad con la doctrina comprometedoras de que todas las orgullosas esperanzas de su nación, los privilegios de miles de años de antigüedad terminaban con un Mesías muerto con la muerte de esclavos en la cruz de la ignominia. El próximo sábado se desencadenó la tormenta. Fue una escena semejante a la que a su tiempo se produjo en Antioquía de Pisidia y en Tesalónica. También aquí Pablo de la misma manera trazó la raya de la separación. Estuvo inmóvil en el estrado. Cuando sus adversarios se hubieron cansado de gritar, hizo un grandioso gesto simbólico, que no dejó de producir su efecto en el espíritu de los orientales. Sacudió el polvo de su vestido contra ellos, como lo hacen todavía los orientales en señal de que quieren apartar de sí toda responsabilidad y culpa en una cosa⁵⁰, y clamó hacia la multitud: «¡Caiga vuestra sangre sobre vuestra cabeza! Yo no tengo la culpa. Desde ahora me iré a los gentiles.» Fue como una especie de excomunión, con que contestó a la proscripción que la sinagoga había pronunciado contra él.

Tranquilo como en otro tiempo su Maestro, anda Pablo, rodeado de sus amigos, por en medio de la multitud rabiosa, que cierra los puños. Afuera *Ticio Justo* se presenta ante él y le ofrece su casa para las reuniones de la comunidad. Pablo la acepta con alegría. Efectuáse una división de los espíritus, una escisión de la comunidad judía. Una parte vuelve a la sinagoga, otra parte sigue a Pablo a la casa de *Ticio*, que está cerquita, donde continúa él su actividad en el patio interior rodeado de columnas. Algunos vacilan y más tarde todavía entran clandestinamente. La separación es un hecho, y queda fundada la primera Iglesia pagano-cristiana de Corinto.

33. ¡*Maranatha!*

Los días más llenos de trabajo y más solemnes eran para Pablo los domingos en Corinto. Encontramos aquí en el Nuevo Testamento las primeras huellas del *domingo cristiano* (1 Cor 16, 2). Los

orígenes de los actos de culto de los primitivos cristianos están envueltos en obscuridad. Pero las exposiciones del Apóstol sobre la vida carismática de Corinto, su libertad de espíritu con que reprende los abusos introducidos, nos dejan levantar algo el velo que cubre este tiernísimo misterio de la Iglesia primitiva. Si luego añadimos todavía la relación sobre el culto dominical en la región de Tróade, las indicaciones de la *Didakhé*, que se compiló en la primera generación después de san Pablo, y la carta de Plinio escrita desde Bitinia al emperador Trajano a principios del siglo II, se completa en alguna manera el cuadro. El desenvolvimiento se efectuó entonces despacio, y así algunos datos del tiempo posterior podemos trasladarlos al apostólico. Según la relación de Plinio sobre las declaraciones tomadas a criadas cristianas, hay que distinguir dos actos diversos en el «día establecido», esto es, en el domingo. El uno se tenía «ante lucem», antes del amanecer; el otro más tarde, quizás al anochecer del mismo día. En el primero se cantaba un «carmen Christo quasi deo», por tanto, de culto a la divinidad de Cristo; «secum invicem», esto es, alternativamente en coros; en el segundo tomaban los cristianos una doble comida, a saber, el ágape cristiano y el manjar eucarístico. A esto se añade un tercer dato: En el acto religioso de la madrugada se obligaban los cristianos «sacramento» a la observancia rigurosa de la moral cristiana. No es seguro que se trate aquí de las promesas del bautismo; puede asimismo significarse una especie de confesión pública de los pecados, como menciona de una manera clara la *Didakhé* en el capítulo 14: «El día del Señor os reuniréis, partiréis el pan y daréis gracias, después de haber confesado previamente vuestras transgresiones». Con todo, no se puede afirmar que en Corinto ya entonces hubo dos tiempos diversos para el culto.

Para conocer los modelos primarios de los actos de culto verbales de los cristianos no necesitamos remontarnos a los actos de culto verbales *paganos* con sus alocuciones y letanías, como los ha establecido la investigación científica para el culto de Isis, Atis, Cibele, Mitra, etc.; basta el modelo del culto en las sinagogas, el cual conocía un orden estrictamente establecido de oraciones, cantos, lecciones y alocuciones. El Apóstol limitó sin duda las lecciones a los textos mesiánicos de los profetas. Cada vez más forman el centro de ellas narraciones de la vida de Jesús, sentencias y discursos apuntados del Señor, los cuales poco a poco se redactaron en forma fija. Por este tiempo, Pablo, según el modelo del sanedrín de Jerusalén, que mantenía correos especiales y una regular correspondencia epistolar con todas las sinagogas del mundo, comenzó también a juntar a sí y entre ellas cada vez más establemente a sus comunidades por medio de comunicaciones por escrito. Estas car-

tas iban de comunidad a comunidad, se copiaban, se leían en los actos de culto, se depositaban en el archivo, y así poco a poco entraron en la categoría de Escrituras Sagradas.

Después de las lecciones, Pablo pronunciaba un sermón. Del rico tesoro de sus conocimientos cristianos sacaba ya este, ya aquel punto. Limitábase por lo pronto a los puntos más elementales de la vida cristiana (1 Cor 3, 2), renunciaba a la pompa y ornato oratorio y hacía que produjese efecto solamente la cosa substancial en toda su grandeza. Había aprendido que se había de poner ante los ojos de este pueblo, harto ya de retórica ataviada y halagadora de los filósofos, toda la terrible realidad de la cruz (1 Cor 2, 2) y la sencilla seriedad de la vida cristiana. A los ojos del Apóstol, la muerte de Cristo era inseparable de su resurrección, sin la cual sería una obra incompleta. Pablo presentaba la *resurrección* en primera línea como un hecho salvífico, como coronación de la muerte salvadora. La Iglesia no era para Pablo tan sólo la guardiana de una verdad histórica; pues entonces el cristianismo no sería más que enseñanza de historia. La verdad central e histórica de los hechos de la redención antes bien es para él la puerta brillante por la cual entramos con Cristo en la gloria. Su discurso sin adornos ejercía, por medio de la personalidad de la cual brotaba, una fuerza arrebatadora y persuasiva. Pero podía también el Apóstol, cuando estaba en el calor de su entusiasmo por Cristo, tomar los más elevados tonos que nunca sonaron en lengua humana. Recordemos el sublime cántico a la caridad del capítulo 13 de la primera Carta a los Corintios. Alcanzó aquí el Apóstol una curación y purificación de los afectos del corazón humano para las cuales ni comienzos se hallaban en toda la antigua literatura. En esto consisten, no en último término, la singular grandeza del Apóstol y la fuerza civilizadora del cristianismo renovadora de la vida.

Tales actos religiosos debieron de ofrecer en Corinto un cuadro muy movido. Pues lo que sobre todo les daba su fuerza arrebatadora era la sensible presencia del Espíritu Santo, «la manifestación del espíritu y de la fuerza». Lo que hoy día acaece ya sólo raras veces y aisladamente en la vida de los santos, era entonces cosa ordinaria: súbitas ilustraciones, inspiraciones, arrobamientos, el don de profecía, del conocimiento de los corazones, del discernimiento de espíritus, el hablar en diversas lenguas y curar a los enfermos. Marcos puso fin a su Evangelio con la indicación de que Jesús había prometido a los suyos extraordinarios prodigios y milagros. Estos dones, en los cuales una disposición natural se aumentaba, perfeccionaba y se ponía al servicio de la Iglesia o rompía el curso ordinario de la naturaleza, pertenecían a tres diversas esferas psíquicas: a la inteligencia (profecía, discurso sabio, discer-

nimiento de espíritus, conocimiento del corazón), a la fuerza de voluntad (milagros, curaciones de enfermos, fuerza de fe heroica) y a la facultad de expresión con la lengua (hablar en diversos idiomas, don de enseñar, poesía de salmos e himnos). Ellos formaban una riqueza espiritual en la cual las comunidades paulinas reconocían su vigor, su consuelo y su fuerza de atraer a los que estaban fuera. Pablo recordaba a los corintios expresamente la oposición entre su anterior paganismo mudo, cuyos dioses eran ídolos callados y cuyos templos eran locales sin sonidos (1 Cor 12, 2), y la rebosante abundancia de manifestaciones que ahora oían en sus reuniones ¹⁶.

Por tanto, estos actos religiosos corintios no eran reuniones desmañadas sin calor ni intervención de las personas particulares. Los griegos eran un pueblo sumamente músico, con finísima sensibilidad para el ritmo. Para aquellos tiempos apostólicos, tan amigos de entonar cánticos, ya estableció Pablo un conciso programa: «Llenaos del Espíritu Santo, hablando entre vosotros, con salmos, con himnos y canciones espirituales, cantando y loando al Señor en vuestros corazones, dando siempre gracias por todo a Dios Padre, en el nombre de nuestro Señor Jesucristo» (Eph 5, 18-20; 1 Cor 14, 26). Pablo menciona también un don especial de cantar salmos (1 Cor 14, 26), y otra vez además himnos y odas (Eph 5, 19). Quiere aquí aludir sin duda a cantos nuevamente compuestos, procedentes del solemne fervor de devoción, a semejanza de los cánticos del Antiguo Testamento, que habían sido compuestos según la situación de cada vez y el estado de alma de la respectiva persona bíblica. Fuera de los himnos de la Santísima Virgen, de Zacarías, de Simeón, transmitidos por los Evangelios, y del cántico de alabanza de la comunidad de Jerusalén durante la prisión de Pedro, sólo han llegado a nosotros fragmentos aislados en las cartas paulinas (Eph 5, 14; 1 Tim 3, 16; 2 Tim 2, 11).

Semejantes cantos, primero quizá compuestos y cantados en el círculo de la familia, introdujéronse después también en las reuniones litúrgicas. Si en las cartas, como también en los evangelios, encontramos algunas veces partes líricas e himnicas, hemos de pensar que el antiguo orador y poeta era al mismo tiempo el que ponía en música sus palabras. El texto se componía en ritmo musical y se recitaba con acompañamiento de flauta, cítara, lira, arpa y otros instrumentos de cuerda. «La música antigua estaba enteramente al servicio de la palabra. Hasta la prosa elevada se recitaba a modo de canto, tal vez como melodía gregoriana» ⁵⁴. Nosotros apenas podemos formarnos idea de la sensibilidad rítmica de los griegos, la cual más tarde se introdujo también en la retórica romana. Se sabe que Graco en sus discursos políticos se hacía acompañar por un tocador de flauta, que daba los tonos convenientes al momento, o

acompañaba ciertos pasajes patéticos (G. Pietzsch). Escritores antiguos, imágenes en vasos y relieves, nos dan una idea representativa del importante papel que desempeñaba la música en el antiguo culto de los dioses. La música tenía por objeto atraer mágicamente a la divinidad o echar a los malos espíritus. En el cristianismo, en cambio, sirvió para despertar y profundizar los sentimientos religiosos. De ello nos habla la imagen de Jesús como Orfeo, en el arte de las catacumbas (DR. J. QUASTEN, en «Klerusblatt» 6, IX, 1938). Así suponemos con razón que semejantes pasajes líricos de las cartas de san Pablo y de los evangelios, como por ejemplo el canto de júbilo del Señor, «¡Padre, te alabo!», no se leían sin tono, como entre nosotros, sino que se recitaban a manera de melodía gregoriana. Si san Agustín cuenta que fue arrebatado y que se le saltaron las lágrimas al oír en Milán el coro de la comunidad, se puede asegurar que no sería ningún canto aburrido ni monótono. «En el antiguo drama, el coro representa la voz ideal de la naturaleza pura, libre del embrollo de las bajas pasiones. Constituía la meditación constante de la acción» ⁵⁴. En los oficios divinos de los primitivos cristianos el coro no era una aglomeración cualquiera de cantores como en los coros de nuestras iglesias, sino una personalidad común fijamente determinada, ora la voz del alma cristiana que ama a Dios, la de toda la Iglesia, la esposa de Cristo, ora la voz de Cristo, que se elevaba sobre todas las otras. Hombres y mujeres, presbíteros y pueblo se respondían a la manera de un coro griego, pero ¡con qué nueva cadencia, con qué genuino reboamiento del corazón! El tono místico de esta oración y canto concordaba con la expresión de la liberación, de la confianza agradecida en los semblantes de los reunidos.

También la *lección de la Sagrada Escritura* hemos de figurárnosla de diferente manera que hoy entre nosotros. El hombre antiguo, dice Nietzsche, en general nunca leía solamente con los ojos, en silencio, sino que leía en voz alta lo escrito y se escuchaba, lo cual significa que articulaba las palabras con sus inflexiones, cambios de tono y alternancias de ritmo que tanto deleitaban a los auditores de la antigüedad. La palabra hablada tenía entre los griegos un poder inaudito, que nosotros no conocemos. «Hasta se otorgaban premios a una buena lectura» ⁵⁴. También la Iglesia entre sus cargos había instituido el de lector, el lectorado.

El notable realce dado a la mujer en el servicio religioso de Corinto causó grande sorpresa. Entre los judíos la mujer había sido rechazada en el culto divino, estaba sentada en la tribuna alta o en sitios accesorios. No se ocupaban en enseñar la Ley a las niñas. Así entendemos el rendimiento agradecido con que las mujeres se sentían atraídas a Jesús. Él fue recibido aun por ellas como Salvador

porque se desvelaba por sus almas. María a los pies de Jesús en Betania, la pecadora ungiendo los pies de Jesús, la mujer junto al pozo de Jacob, estas figuras caracterizan la nueva posición de la mujer en el cristianismo, anuncian una nueva primavera espiritual para las mujeres. Pero un verdadero feminismo no existía en Oriente; la mujer estaba contenta con su suerte modesta. Muy de otra manera en la Grecia amante de la libertad. Allí la mujer sentía cada vez más penosa su vida de harén. En Goethe, habla Ifigenia y dice: «No culpo a los dioses, pero la situación de la mujer es digna de lástima». Cuando Grecia fue hecha provincia romana, la libre posición de la mujer romana influyó también en la conducta de la mujer griega⁵⁴. Las religiones extranjeras favorecieron esta creciente aspiración de la mujer griega a la libertad. En un antiguo texto de Isis, que probablemente sería usado en los sacrificios a dicha divinidad, a la diosa se le dice lo siguiente: «Tú has dado a las mujeres la misma autoridad que a los hombres»²⁹. Así, pues, Isis, que como «diosa soberana» gozaría de una adoración entusiasta, sería también la patrona del movimiento feminista. El espíritu de aquel tiempo era especialmente favorable a la influencia de la mujer. En Roma la emancipación de la mujer llegó a su punto culminante en el tiempo de los emperadores. También en la vida religiosa se hizo muy perceptible la influencia de la mujer. Sus impulsos religiosos estaban de moda. La difusión de los cultos arcanos orientales con su carácter sentimental no nos sería comprensible sin la afeminación de la vida que iba cundiendo. Cierta necesidad de amor, una propensión mística y fanática, los antiquísimos instintos de la maternidad, que no eran satisfechos por las tendencias de una época envilecida, enemiga del matrimonio y de los hijos: todo esto creó un ambiente en el cual florecían lozanos los cultos orientales. En sus solemnidades secretas las mujeres ejercían cargos importantes. Pablo sabía esto, y tuvo en cuenta esta corriente [n. 17].

Así vemos desde su segundo viaje de misión, en que entró en suelo griego, un realce cada vez más notable de la mujer. Esto nos ha maravillado ya en Filipos. También en Tesalónica mujeres principales fueron un valioso apoyo de la Iglesia, y en Atenas una Damaris trabajó al lado del Areopagita. Especialmente activas fueron las mujeres de Corinto. El rasgo más sobresaliente de estas mujeres corintias fue su abnegación y el atrevimiento con que se apropiaban funciones importantes en el servicio religioso. Como algunas de ellas poseían el don de profecía, Pablo no les cerró la boca, conforme a su palabra: «¡No apaguéis el espíritu! ¡No despreciéis la profecía!» Sólo cuando algunas de ellas empezaron a dejar en el servicio religioso el acostumbrado velo de la cabeza, la señal y salvaguarda de su modestia y recato Pablo dio un enérgico «no»²⁹.

Después de la función religiosa oral, la reunión se sentaba para una cena común. Llamábase *ágape* o comida de amor (grab. 29). Estos ágapes eran una de las más conmovedoras invenciones del espíritu de comunidad de los primeros cristianos. Es difícil decir cuál era su modelo: si la comida solemne de los judíos en los sábados, que conocemos por los evangelios, o las asociaciones griegas de amistad, que con sus banquetes en común constituían principalmente para los desheredados de la fortuna cierta compensación de la vida social de las clases superiores. Entre los participantes de los ágapes cristianos pudo haber muchos que antes habían sido miembros de semejantes hermandades religiosas paganas. Por esta vía se ofrecía a los cristianos una notable ocasión de juntarse socialmente en una forma legalmente libre de reparos. Pero ¿qué hizo el cristianismo de esta costumbre! Fue la organización visible fuera de la Iglesia en pequeñas celdas y grupos locales, los precursores de nuestras parroquias. No nos ha de maravillar que esta genial invención del amor se repitiera con tanta frecuencia en las imágenes de las catacumbas, ya en unión con el banquete eucarístico, ya como símbolo del banquete celestial de los bienaventurados. Alguna vez se juntan todavía asuntos paganos y cristianos. Los investigadores de las catacumbas, De Rossi y Wilpert, han publicado representaciones de semejantes convites de los primitivos cristianos. De cinco a seis personas, a veces con niños, se agrupaban alrededor de una mesa, y a ellas les servían mujeres y muchachas cristianas. «¡Ágape, mézclanos el vino!», clama uno. «¡Irene, trae agua caliente!», el otro. Así era también en Corinto. En un instante se traían mesas pequeñas y se colocaban en forma de herradura o en semicírculo. Aquí estaban sentados el pobre esclavo, la pobre esclava, que en su casa eran frecuentemente reñidos y azotados, en fraternal unión al lado del tesorero de la ciudad, Erasto; del antiguo presidente de la sinagoga, Crispo; del rico Ticio Justo, y eran servidos por risueñas y afables mujeres, las cuales, como personificación de «Ágape» (amor) y de «Irene» (paz) circulaban por entre las mesas. Uno de los más ancianos estaba sentado en medio de cada grupo de comensales, como lo vemos todavía en las pinturas de las catacumbas. Otros detalles y menudencias como agua fría y caliente, aceitunas, sardinas, platos y fuentes, eran suministrados por el amo de la casa. El dueño de la casa o un diácono o presbítero pronunciaba sobre los manjares antes de comer la bendición de la mesa en la forma tal vez que nos ha sido transmitida del tiempo de los apóstoles: «¡Alabado seas, Señor, Dios nuestro, rey del mundo, que haces nacer el pan de la tierra..., que creas el fruto de la tierra y de la vid!» No sabemos qué marco litúrgico-religioso tenían estos ágapes en los cultos, pero deben de haber tenido algún significado

de consagración⁶³. Parece que muy pronto cedieron al servicio nocturno de la *Eucharistia lucernaris*.

Después del ágape se alejaban los no bautizados, y los otros se trasladaban para el *banquete eucarístico* a la sala principal, que en las casas orientales formaba uno de los pisos superiores y se utilizaba generalmente para recibimientos solemnes. Era más alta que las demás habitaciones, estaba bien oreada y provista de ventanas grandes. Encendíanse numerosas luces (Act 20, 8). Hombres y mujeres hacían una confesión común de sus pecados en las manos del Apóstol, se acercaban al altar en perfecto orden y depositaban sus cestitas llenas de harina de trigo, racimos de uva, incienso y aceite para las sagradas lámparas, pan puro de trigo y vino, mientras resonaba el *Kyrie eleison* en coros alternados. Pablo tomaba en sus manos partes de aquel pan y vino y hacía la consagración de aquellos alimentos que formaron en todo tiempo la comida más sencilla, principal y más casta del género humano y que también Cristo tuvo entre sus manos.

En el tono de inspirado llamamiento se desenvolvía el canto alternado, formando una especie de diálogo solemne entre Pablo y los presentes: «¡Elevad los corazones!» «¡Los tenemos elevados al Señor!» «¡Demos gracias al Señor, Dios nuestro!» «Cosa digna y justa es». Después pronunciaba Pablo con solemne cadencia la relación de la institución de la Eucaristía, tal como la había recibido él mismo del Señor por mediación de la Iglesia madre de Jerusalén: «En la noche en que el Señor Jesús fue entregado...» (1 Cor 11, 24). La comunidad respondía: «Te damos gracias, Padre nuestro, por la santa vid de David (= sangre de Cristo), tu siervo, que nos has dado a conocer por Jesús, tu siervo. A ti sea la gloria para siempre. Así como este pan estaba esparcido sobre los montes y fue juntado formando una sola cosa, así haz también que tu Iglesia de los términos de la tierra se junte en tu reino. Pues tuya es la gloria y el poder por Jesucristo, por los siglos de los siglos» (*Didakhé*, cap. 9).

Uno tras otro, se acercaban los fieles para recibir, de la mano de su Apóstol, trozos del pan de trigo consagrado y beber del cáliz presentado, y después de un ligero abrazo y un santo ósculo de paz se retiraban. Los hombres se besaban entre sí, y las mujeres igualmente. Mientras los restos del santo banquete se llevaban a los enfermos que hubiese, la alegría llegaba a su punto culminante en el canto de un himno de acción de gracias, del cual toda la solemnidad recibió su nombre (Eucaristía), y que terminaba con el clamor lleno de ansia por la segunda venida del Señor: «¡Acuérdate, oh Señor, de tu Iglesia, para librarla de todo mal y perfeccionarla en tu amor! Conducéla, desde los cuatro vientos y júntala en tu reino que le has

preparado. Pues tuya es la virtud y la gloria por los siglos de los siglos. ¡Venga la gracia, acábase el mundo! ¡Hosanna al Dios de David! Si alguno es santo, acérquese; si no lo es, haga penitencia. *Maranatha!* ¡Amén!» (*Didakhé*, cap. 10). *Maranatha* era palabra equívoca y podía significar: «El Señor ha venido», o también, como traduce el Apocalipsis: «¡Señor, ven!»

Así se reunía la comunidad como un «cuerpo» alrededor del «Señor» como su cabeza. Así la comunidad reunida para el servicio religioso está siempre delante de los ojos espirituales del Apóstol, cuando ora por ella, cuando le escribe, cuando le habla de la edificación de la casa de Dios. «En el servicio religioso común se fortalecía en los fieles la conciencia de su unidad y apretada unión singularísima. Desparramados durante el día en la ocupación de la vida ordinaria, en los aposentos de los esclavos, junto a la artesa, en el bazar, en el aislamiento dentro de un mundo extraño, a veces expuestos a la mofa, se juntaban al anochecer para el común banquete sagrado. Allí experimentaban el milagro del consorcio, el ardor del entusiasmo de una fe común, de una esperanza común, allí el espíritu los inflamaba y rodeaba de un mundo de milagros. Y por encima de toda oleada de entusiasmo reina el Señor Jesús como cabeza de su comunidad, lleno de poderío, con una evidencia, certidumbre e inmediata presencia que suspende el aliento. Jesús es el huésped a cuyo alrededor se reúne la comunidad»⁵. El banquete eucarístico junta a la comunidad entre sí y con Jesús, más íntimamente que los seguidores del Serapis egipcio, que se reunían en torno a la «mesa de Serapis», según se lee en cartas de aquel tiempo.

34. *Incipit Novum Testamentum*

Primera Carta a los Tesalonicenses.

El día en que Silas y Timoteo llegaron a Corinto, fue un día de alegría en la vida del Apóstol. Pablo no estaba muy a gusto solo en su trabajo de misión. No era ningún asceta duro como cuero, sino un hombre sanguíneo que necesitaba simpatía, interés y consuelo humano. Cuando las sombras de los dos recién venidos aparecieron en la puerta de su taller, un claro rayo de alegría iluminó su rostro. Siguióse un apretado abrazo. La lanzadera de tejedor estuvo todo el día pegada a la urdimbre, y la narración parecía no tener fin. Después del anochecer, al débil resplandor de la lámpara de aceite estuvo sentado Pablo con sus dos amigos hasta muy entrada la noche. «Ahora bien, Timoteo — comenzó —, ¿cómo están las cosas en Tesalónica?» Timoteo no pudo sino dar el mejor testimonio de los tesalonicenses. «Su fidelidad a la fe es incommovible.

Ha sucedido exactamente como lo predijiste; pero todas las persecuciones las han arrostrado brillantemente. Su unión, su amor fraternal ha hecho profunda impresión en los paganos de toda Macedonia. Conservan todavía de ti el mejor recuerdo, te son enteramente adictos y anhelan volverte a ver (1, 8; 3, 4-6). No creen nada de las calumnias que se han esparcido contra ti, como si fueses un impostor, un ambicioso adulador, lleno de codicia y apetito de riquezas. El recuerdo de tu dura vida de trabajo de allí, día tras día, ha deshecho todas estas pérfidas mentiras» (2, 3 y 10). Pablo se alegró muchísimo. «Ciertamente hay también algunas sombras en el cuadro... Y por desgracia también la muerte ha hecho su cosecha en nuestra comunidad. Algunos buenos pescadores se han ahogado en la última tormenta. Estas muertes han producido una profunda impresión. Las familias están acongojadas y preguntan: ¿Qué será ahora de nuestros difuntos? Pues ellos esperaban ver pronto el "gran día" de la vuelta del Señor y su triunfo sobre las fuerzas enemigas de Dios. El día de la parusía es lo que da más en qué pensar a la gente. Muchos procuran calcular anticipadamente el día y la hora, buscan presagios, corren de casa en casa y dicen que la vida terrena ya no tiene ningún valor, que ya no trae utilidad el trabajar, o comenzar un nuevo negocio, o reparar la casa. Con esto se empobrecen y son molestos a otros. Han entendido mal tu predicación sobre los novísimos.»

No debemos entender la pregunta de los tesalonicenses en el sentido de que dudaran de la resurrección, ya que Pablo había «adoptado un tono muy diferente», como nos indica 1 Cor 15. Estaban equivocados no en cuanto a la cuestión, sino en cuanto al momento de la resurrección de los «dormidos en el Señor» (1 Cor 6, 2, y 15, 24; véase p. 314 ss).

Pablo quedóse pensativo. «Timoteo, yo querría poder partir al punto para Tesalónica. Pero no conviene. No puedo abandonar aquí a esta gente. ¡Compra mañana en la próxima tienda de la esquina el necesario recado de escribir! Les escribiremos una carta.»

¡Bendigamos la hora en que Pablo tomó esta resolución! ¡Fue una fortuna para todo el mundo! Con ella comenzó uno de los períodos más importantes de su vida; más aún, de la historia del cristianismo. No presintió que después de miles de años, millones de hombres bendecirían el pequeño taller de Corinto en que se escribieron sus primeras cartas. Así comenzó el Nuevo Testamento, y su primera página fue una carta nacida de la necesidad del momento. Esto ocurrió tal vez en el año 51, veinte años después de la resurrección del Señor.

La Sagrada Escritura nos presenta aquí otra vez un enigma. Nosotros los hombres haríamos muchas cosas de muy diferente

manera. Nosotros, por ejemplo, habríamos comenzado el Nuevo Testamento con un solemne repique de campanas: «¡En el principio era el Verbo!» Pero Dios hace comúnmente lo contrario de lo que nosotros pensamos. Él es precisamente el «enteramente otro». Algunas veces anuncia sus obras de una manera grandiosa y solemne, como cuando dice: «¡Hagamos al hombre!», o cuando apostrofa al orbe de la tierra: «¡Oye, oh cielo, y escucha, oh tierra! Pues Dios habla» (Is 1, 2), o cuando envía un arcángel, para anunciar la encarnación de su Hijo. Mas otras veces hace nacer y crecer sus obras como un grano de trigo echado en el margen de un campo. Nadie lo ve, pero de repente aparece. Así comenzó el Nuevo Testamento en el pobre aposento de Áquila. Éste es enteramente el mismo Dios de la encarnación, que hizo vestirse de carne a su Hijo eterno en un miserable aposento de Nazaret y tomar forma de esclavo en el establo de Belén.

Hasta bien entrada la noche conferenció Pablo con sus amigos sobre las congojas de los tesalonicenses y anotó los puntos más importantes en la tabla encerada. Se advierte también en la carta que oró y meditó mucho en su redacción. Todas sus cartas son propiamente oraciones escritas en la presencia de Dios. Se ha llamado a su pensar «meditación orante».

A la mañana siguiente Timoteo fue a comprar recado de escribir [n. 18]: varias hojas de papiro, tinta, pluma, piedra pómez para alisar las superficies ásperas, para afilar la pluma, una esponja para borrar lo mal escrito, engrudo para pegar las hojas, sellos y cordones para sellar. Por Plinio conocemos las nueve clases de papel que había entonces. Si el dinero era suficiente, compró sin duda Timoteo el papel que por su clase y tamaño se llamaba «hierático», y tenía de anchura trece dedos (24 cm). El papel que Egipto suministraba era entonces caro, y si un navío mercante tardaba en llegar, se racionaba la provisión de papel. Apenas es probable que Pablo se valiese del pergamino, el cual se usaba principalmente para fines privados. Más tarde, en la pobreza de su segunda encarcelación en Roma, pidió ciertamente a Timoteo que le trajese sus libros y sus membranas, esto es, su Biblia.

Y así vemos a los tres poco después entregados al trabajo. La actividad material de escribir era incompatible en la antigüedad con el trabajo de pensar. Además los dedos de Pablo estaban demasiado pesados por el mucho trabajo manual. Así, pues, él *dictó*, según la costumbre de los antiguos. Podemos suponer que Silas y Timoteo corrieron alternativamente con el trabajo de escribir. Silas más tarde sirvió también a Pedro de escribiente (1 Petr 5, 12). Tal vez esto contribuya también a explicar el que en las dos cartas de Pedro abunden tanto los pensamientos peculiares de san Pablo.

Hemos de imaginarnos al escribiente sentado en el suelo con las piernas cruzadas, a la manera del conocido escriba egipcio. Los orientales escribían, lo que hoy nos es casi incomprensible, no sobre una base firme, sino apoyando el papel en la palma de la mano. Aunque el amanuense fuese hábil, apenas podía escribir más de dos horas sin interrupción. Por eso era necesario hacer muchas pausas al dictar. Estas pausas se ocultan las más de las veces detrás de las transiciones entre los diversos asuntos. Por el hecho de que las cartas de Pablo no podían escribirse de un modo seguido, sino que muchas veces eran menester varios días, se explica el frecuente cambio de disposición de ánimo en una misma carta. Timoteo corta y aguza con un cortaplumas y piedra pómez la pluma. Pablo se arrima al telar, apoyada la cabeza en la mano para meditar, o se pasea pensativo. Ahora comienza [n. 18]:

«Pablo, Silvano y Timoteo, a la comunidad de Tesalónica, en Dios Padre y en nuestro Señor Jesucristo. ¡Gracia y paz sean con vosotros!»

«Pero, Pablo — interrumpe Silas —, ésta, con todo, es carta *tuya*. ¿Qué tiene que hacer aquí *nuestro* nombre?» «No, Silvano, es carta *nuestra*. Pues todos sentimos lo mismo para con nuestros amigos de Tesalónica.» ¡He aquí de nuevo el genuino Pablo! Habla en favor de la modestia y la grandeza de alma de este varón, el que se juntase con sus jóvenes colaboradores, como si tuviesen la misma autoridad que él. Sesenta y cinco veces usa la palabra «nosotros», para incluir a sus amigos como cofundadores de la comunidad ⁴⁹ [n. 25].

Por primera vez en el Nuevo Testamento resuena aquí en nuestros oídos la tríada cristiana de *Fe, Caridad, Esperanza*. Con esta magnífica tríada comienza el Nuevo Testamento. Esto también nos pone de manifiesto el trabajo que Pablo se propuso hacer para una fusión del caudal de conocimientos de la antigüedad. El platónico «Eros» (amor), el ansia dolorosa y no satisfecha del alma por la invisible y eterna hermosura, y el «Eros» gnóstico sumergido en la pasión sensual, es sacado de la atmósfera profana y transformado en la «Ágape» cristiana, que es una consecuencia del amor de Dios, y como posesión espiritual, ha sido infundida ya en nuestros corazones. Todo el tono de la carta es tierno, fervoroso y está lleno de conmoción interior y de entregamiento, procedentes de aquel don de comprender y compartir las alegrías y padecimientos de los otros. Esta carta no es un escrito polémico, como las grandes cartas del tercer viaje de misión, ni tampoco un desenvolvimiento lógico de ideas, sino que refleja más los sentimientos y el estado psíquico de los ánimos, en los que hizo tan subyugadora impresión la predicación de los novísimos. Por esto las dos primeras cartas están

casi exclusivamente bajo la luz escatológica. Por tanto, sería falso creer, como lo hacen ciertos críticos, que la doctrina de los novísimos ha sido el centro de la instrucción cristiana o que el dogma cristiano se ha desenvuelto procediendo básicamente de la idea del juicio final.

Pablo conoce un *decreto eterno* de Dios, en el cual Dios ha pensado en sus tesalonicenses desde la eternidad y los ha elegido para que perteneciesen a la comunidad de Cristo ⁴⁹. Por tanto, la Iglesia tiene sus raíces en la eternidad, en un acto de Dios superior a la historia, que Pablo llama elección. El Evangelio significa una *invasión radical* del mundo superior en la esfera de la vida civil, un nuevo mundo en medio del mundo antiguo, transitorio. El que abiertamente confesaba a Cristo, era entonces tenido por un perturbador de la paz, por políticamente dudoso. Esto lo experimentó ya Pablo en Filipos. Pero los *padecimientos* pertenecen, en la conciencia de Pablo, al consorcio de Cristo. Así, pues, los padecimientos vienen a ser padecimientos con Cristo y por Cristo. La predicación del Evangelio es una cosa santa. «No se ha de emprender esta obra sino con corazón puro y con puras manos» ⁴⁹. Por esto Pablo no quiere ser confundido con los antiguos oradores religiosos ambulantes, que por codicia recorrían el país en abigarrada multitud. Por cuya causa, además del trabajo de misión, ha tomado todavía un trabajo manual fatigoso. Los más graves padecimientos vienen a los recién convertidos, según su experiencia, de su propio pueblo. Le ocupa, por tanto, especialmente el *problema de los judíos*, el cual le quita el descanso interior. Durante toda su vida está luchando por su pueblo, ve con espantosa claridad la culpa estremeadora de Israel, y con todo no puede creer que se halle éste enteramente reprobado y no haya de tener ya ninguna importancia en el plan divino de la salvación.

Pablo, al paso que habla, va siendo poseído de una profunda y apasionada excitación. Necesita una pausa, y asimismo Silas, que ahora quizá se cambia con Timoteo. Esta pausa en el dictar se indica, a lo que parece, por el nuevo apóstrofe: «¡Hermanos míos!» y por el cambio de temple que en lo siguiente se manifiesta. Ahora Pablo desahoga ante los tesalonicenses su corazón humanamente sensible. Pero todas sus relaciones humanas están fundadas en su relación con Dios. Él conoce bien la unión de corazones en el consorcio con Cristo. La Iglesia no es solamente una comunidad de fe, una comunidad de culto, sino también una *comunidad de amor*, una santa liga de hermanos, unidos y admitidos al amor de Cristo. ¡Cuántas veces quiso Pablo visitar a sus tesalonicenses! «Pero Satanás nos lo ha impedido.» Nosotros diríamos de una manera incolora: circunstancias adversas, la situación política. Pero para Pablo

no hay ningún acaso, ninguna situación adversa, sea de género político o climatérico o higiénico; para él nada hay de impersonal ni neutral. Él juzga que todo lo que sucede en el mundo es producido por fuerzas vivas personales, que trabajan o por Dios o contra Dios. ¡Dios o Satanás! En el fondo no hay otra oposición para Pablo. Éste es un concepto del mundo de grandiosa sencillez. Ésta es la decisión de las grandes almas del jaez de un Ignacio de Loyola en su meditación fundamental de las dos banderas: ¡aquí Jerusalén, allí Babilonia! Según Pablo, no son las fuerzas impersonales de los astros, ni los nervios, ni la masa hereditaria, y en general no son las fuerzas terrenas, sino los poderes personales, sobrehumanos los que dirigen los destinos de los hombres⁴⁹. Detrás del escenario del mundo están los que en verdad mueven los hilos. En una solemne oración hace Pablo cesar el curso de las ideas con una indicación de la segunda venida de Cristo. En diversos manuscritos hay aquí un «Amén»; señal de que Pablo termina aquí una serie de ideas y hace una nueva pausa en el dictar.

En la segunda parte de la carta, Pablo aborda finalmente el tema principal de la *segunda venida de Cristo*, que hasta ahora ya ha resonado un poco después de cada párrafo. Por todo el primitivo cristianismo circulan dos poderosas corrientes de ideas y sentimientos, que luchan alternativamente por el predominio: la ardiente esperanza de la futura erección definitiva del reino de Dios y el cumplimiento de las obligaciones del tiempo presente por medio de las fuerzas de la gracia concedidas por Cristo en el Espíritu Santo. La primera es profética y procedente del Antiguo Testamento, la segunda es específicamente cristiana. Pero ambas corrientes provienen de Jesús, que las llevaba consigo en el doble concepto de su misión: ser portador del reino de Dios en la actualidad, y dar cima al mismo por su nueva llegada, cuando Él como rey mesiánico presida el juicio final, y la caducidad de este viejo mundo quede absorbida por la magnificencia del nuevo mundo. La posesión del espíritu (pneuma) por medio del bautismo constituye el equipo de fuerzas celestiales para el presente, así como también las «arras», el sello, para la resurrección y glorificación en la nueva venida de Cristo. Estas dos corrientes luchaban entonces todavía entre sí sin haber alcanzado el equilibrio. Los ojos de los fieles de Tesalónica estaban dirigidos demasiado parcialmente a lo por venir, a la próxima venida del último día. Por causa de esta ardiente esperanza, la vida terrena y el deber cívico amenazaban casi perder su valor. Éste era el gran peligro.

No se pueden entender los pasajes escatológicos de las dos cartas a los tesalonicenses, si no se supone que Pablo tiene ante los ojos las *profecías de Cristo sobre su segunda venida*, que quiere

explicar más por menudo. Además hemos de fundarnos en la suposición de que toda gran profecía, especialmente las de los novísimos, admite y hasta exige un doble sentido y doble cumplimiento: uno *próximo* y otro *remoto*, uno *preliminar* y otro *definitivo*, uno *de historia temporánea* en los sucesos del tiempo próximo, y otro *de historia final* al fin del mundo¹⁶. El Apóstol no necesitaba estar consciente del alcance de sus palabras, que se extendía más allá del cumplimiento próximo. Tampoco importa saber qué ideas se hubiese formado de la proximidad o lejanía de los novísimos. Bastaba que estuviese consciente de que el tiempo de la catástrofe final debía permanecer oculto, según la voluntad de Cristo, a los apóstoles lo mismo que a todo fiel, y que, por tanto, nadie podía saber si el fin llegaría mañana o después de mil años. Así y todo, parece que Pablo tenía ante los ojos en primer término el cumplimiento primero e inmediatamente próximo de la profecía de Cristo, porque algunas de sus indicaciones sólo pueden referirse a un suceso del todo cercano. Casi todos los escritos apostólicos cuentan con un suceso cercano. Mas si la catástrofe final seguiría rápidamente a la primera catástrofe, era un misterio sobre el cual sólo se podían hacer conjeturas, y tener esperanzas o temores.

En el tiempo del Apóstol muestran los escritos judíos una fuerte inquietud como consecuencia de la *creencia general en el próximo fin*. Según la manera de pensar de los judíos, toda generación vivía en los últimos tiempos, inmediatamente cerca del final³³. Los apóstoles y discípulos no hubieran sido hombres de carne y hueso si se hubiesen podido sustraer al influjo de esta opinión común sobre la destrucción del mundo. La inspiración y la palabra del Señor acerca de la incertidumbre del día del juicio los retrajo, a la verdad, de enseñar algo determinado y autorizado sobre el momento preciso de la segunda venida de Cristo. Al contrario, pudieron admitir la posibilidad, más aún, la probabilidad, fundada en ciertas señales, de la pronta segunda venida de Cristo. También Pablo se inclinaba en un principio todavía a la opinión de que la mayor parte de los fieles como él mismo estarían aún en vida al sobrevenir esta parusía (1 Thess 4, 17; 1 Cor 15, 52). Sólo más tarde contó con un largo intervalo y su martirio (2 Cor y Phil). También a sus ojos el tiempo presente lleva las señales de un mundo que corre a su ruina. Pero igualmente ve el peligro de esta dirección exclusiva de la vista a lo por venir. Y él, el hombre de lo presente, lleno de energía y amigo de la realidad, sabe desecharlo, sabe atender al presente y al futuro.

En él la vida presente obtiene un elevado valor precisamente porque es una vida «en Cristo», porque está ya llena y penetrada de las fuerzas del mundo celestial. Su experiencia de Cristo le dio el

sentimiento de una regia libertad, seguridad y superioridad sobre el mundo. Este pensamiento estaba, naturalmente, ya antes de Pablo en el fondo de la fe cristiana. Ya Jesús había dicho: «¡Obra, mientras es de día!» Pero Pablo era el hombre que como ningún otro sabía poner de realce lo que estaba sin expresar en las palabras de Jesús. Por el «estar en Cristo» goza el cristiano ya en la tierra la bienaventuranza del estado de salvación. Así Pablo ha trasladado el punto de mira a lo presente, ha quitado a la esperanza del tiempo final su peligroso exclusivismo y ha hecho al cristianismo hábil para lo presente, cercano a la vida y contento con la realidad. Es una gran equivocación decir que la ética de Pablo saca su fuerza de la creencia errónea en la próxima ruina del mundo. Sin duda que la esperanza de la pronta segunda venida del Señor dio un enorme impulso a su acción misionera. Dada su limitada idea antigua del mundo, contaba con la posibilidad de poder llevar el Evangelio durante su vida por todo el orbe de la tierra. Quería todavía recoger la cosecha antes que llegase el «gran día». Más aún, quería acelerarlo, si fuese posible, quizá recordando una palabra obscura del Señor: «El reino de Dios padece violencia, y los impetuosos lo arrebatan» (Mt 11, 12). Pero, con todo, lo decisivo en su doctrina no es la idea escatológica. La predicación cristiana nada perdió de su eficacia cuando disminuyó la gran expectación y la venida de Cristo se fue retardando cada vez más. La esperanza de la parusía siguió subsistiendo, y cada época ha de contar con ella y rezar: «Desde allí ha de venir a juzgar a los vivos y a los muertos». El anochecer de la ardiente esperanza (según opinión de aquellos tiempos el Mesías debía llegar de noche) se ha convertido en aurora: Empieza un nuevo día que será gobernado por el sol de Cristo.

Por esto Pablo, antes de venir a discutir la segunda venida de Cristo, establece primero *un ideal de la vida moral*. Éste es la santificación del hombre interior por medio del «ser en Cristo» y por ahí también de toda la existencia terrena, principalmente de sus dos campos principales: *la vida sexual y la de negocios*. El cristiano es un hombre quitado al «mundo» pecador, al antiguo *eón*, injerto ya en el futuro *eón*, y así no hay para él ninguna manifestación terrena que pueda sustraer a la llamada de Cristo. La nueva ética paulina se puede resumir en esta palabra: «¡Hazte el que tú eres!» El cristiano debe hacerse lo que ya es de parte de Dios «en Cristo» por la posesión del espíritu. La «santidad» de su modo de ser, su ser en Cristo, debe el cristiano grabarlo en una santidad de sus costumbres, en una conducta espiritualizada. Las palabras del Apóstol, 4, 4, se pueden entender tanto de la vida matrimonial como de la vida sexual en general. Pues «vaso» significa en griego tanto la mujer como el cuerpo propio. Aquí brilla con esplendor la

nueva moral sexual del cristianismo. Pero también una nueva moral cristiana sobre la vida de negocios frente a las prácticas mercantiles paganas de una ciudad marítima y comercial como Tesalónica, en donde cada dracma debía ser mirada y remirada a fin de evitar engaños con moneda falsa. Era un defecto principal en los griegos estar vagueando ociosos en el mercado y en los baños y politiquear. «A la agitada y holgazana ocupación en muchas cosas debe reemplazar el trabajo tranquilo, consciente de un fin y que abarque toda la vida, el orden civil tranquilo de la vida privada»⁴⁹. Se trata, por tanto, en Pablo, no de poner un nuevo fin — el fin sigue siendo siempre la vida futura —, sino de una mudanza del centro de gravedad, de un cambio de acento.

Pero esta mudanza del centro de gravedad no hacía superflua una explicación sobre la suerte de *los que habían muerto antes de la parusía*. Los antiguos cristianos decían llegada o «parusía», en vez de decir nueva venida de Cristo. En la época del imperio se entendía por «parusía» la visita solemne del emperador a una ciudad. Era anunciada por heraldos, se celebraban juegos y fiestas, y se ofrecían sacrificios. La fantasía del pueblo quedaba fascinada por estatuas, fundaciones, monedas conmemorativas, adopción de un nuevo cómputo del tiempo y se perpetuaba el acontecimiento en la historia de la ciudad. Ninguna palabra mejor que ésta para expresar la vuelta triunfal de Cristo. Los tesalonicenses, influidos por ideas paganas y judías, creían que el estado de después de la muerte era una extinción del conocimiento, una especie de sueño psíquico, del cual ya no hay despertar, una existencia a la manera de sombra, inconsciente y desolada, que, por tanto, sus muertos quedaban defraudados de su más hermosa esperanza de ver la triunfal aparición de Cristo. El carácter distintivo del paganismo era precisamente la falta de esperanza o incertidumbre sobre la suerte de sus muertos. El sueño era entre los judíos y paganos una conocida imagen de la muerte. En san Pablo la muerte es un sueño en estado incorpóreo, pero sólo vista desde fuera; vista desde Dios es una vida más real que la terrena, a saber, un «estar con Cristo», lo cual expresan también las inscripciones de las catacumbas: «*Vivas in Deo, in pace, in aeternum*». El estado de después de la muerte es en Pablo no solamente un reflejo de la vida, sino una elevación de potencia en la gloria esplendorosa de Cristo. El estado entre la muerte y la parusía anticipa la beatitud, que se espera comenzará realmente con la parusía: se está «con el Señor» (2 Cor 5, 9). «La comunión con Cristo no puede ser abolida por la muerte»⁴⁹. Ésta ya no tiene ningún poder sobre Cristo resucitado y los suyos. Lo que Cristo compró en la cruz, ya no lo abandona. La línea de la muerte no pasa entre la vida terrena y el estado inmediato que le

sigue. Sólo está muerto el que está fuera de la comunión con Cristo o la ha roto. Y todavía otra cosa han olvidado los tesalonicenses: en la parusía tienen parte los difuntos por haber antes resucitado y vestídose del cuerpo celestial glorificado. «Por tanto, consolaos mutuamente con estas palabras.» Parece una réplica intencionada de aquel antiguo modelo de una carta de pésame de la egipcia Irene: «Contra esto no hay nada a hacer. Por lo tanto, consolaos mutuamente»⁸ [n. 26].

Las imágenes y colorido con que Pablo describe la parusía han sido tomadas en parte del Evangelio, en parte de los profetas y en parte de la apocalíptica judía de aquel tiempo: el «sonido de la trompeta» que acompañará la aparición de Dios, la «nube» como carro triunfal, la orden y llamada del arcángel (Miguel), la aparición de Cristo radiante de luz, el cuerpo glorificado, que estará allá dispuesto para los resucitados y para los que todavía estén en vida, con el cual serán «revestidos»; el ser elevados desde la tierra, el espacio intermedio entre cielo y tierra, en el cual tiene lugar el encuentro con Cristo. En las palabras «nosotros, los sobrevivientes» Pablo se incluye a sí mismo, a los tesalonicenses como miembros de la comunidad de creyentes de todos los tiempos, en unidad idéntica con todas las generaciones futuras, todavía por nacer; como si él mismo hubiese visto la parusía, como así lo esperaba en aquella época; o quizá no la vería, como teme en su segunda Carta a los Corintios.

Al fin describe Pablo la profunda *preocupación de aquel tiempo* que se señala en todas las épocas: la «inseguridad de la existencia humana», lo «inevitable del destino puesto por Dios», y la diversa conducta de los fieles y de los infieles respecto de esto. Los unos, los *hijos de la noche*, se atrincheran detrás de la palabra «paz y seguridad», se embriagan con el narcótico embelesador de su época, de su cultura, hasta que Dios interviene un día y desbarata toda la telaraña de las seguridades humanas y el hombre se queda en toda la desnudez de su existencia insegura. La *Pax romana*, esto es, el orden impuesto a todos los pueblos, parecía afianzar por entonces a todos los pueblos cierta seguridad de la existencia. Los *hijos del día*, por otra parte, son los vigilantes y sobrios, que están en continua preparación y comunión con Cristo. Pablo caracteriza esta conducta cristiana como inmediata preparación de alarma, con la imagen militar del centinela romano con coraza y yelmo. Los hombres de hoy hemos vuelto a vivir en un tiempo apocalíptico y en las palabras del Apóstol oímos un fuerte sonido de actualidad. Nosotros sentimos más que otra generación, a pesar de la refinada técnica, la inseguridad de toda existencia humana. El hombre «moderno» no cree en la intervención de Dios en la historia. Este sentimiento pasa

algunas veces también a los fieles. No nos juzgamos ya bastante seguros en las manos de Dios y quisiéramos de buen grado poner en nuestra vida el ciento por ciento de seguridades y fianzas de orden mecánico, técnico y organizador, y edificar para ella silos y trojes para lo por venir, como el rico agricultor del Evangelio.

Con la triple afirmación de *gozo, oración y acción de gracias* termina la carta. Aquí comienza el canto de la alegría cristiana, que acompaña al Apóstol hasta su prisión de Roma. De la alegría brota el agradecimiento. Todo el primitivo cristianismo fue una única gozosa acción de gracias. «¡Examinadlo todo, y lo que es bueno, conservadlo!» Esta amonestación la entendían muy bien los prácticos tesalonicenses, los cuales, dada la corriente fabricación de moneda falsa de entonces, a toda moneda habían de darle un par de vueltas. «¡Sed buenos cambistas!» es una palabra no escrita del Señor. El beso o el abrazo en aquel tiempo (probablemente bajo la influencia de formas de vida griegas) era el saludo más amistoso entre judíos cristianos y también en su trato con Jesús (Lc 7, 45; Mc 14, 45), y fue introducido por Pablo en el servicio divino. Así el Apóstol terminaba sus cartas con la fórmula: «Saludaos unos a otros con el ósculo santo» (1 Cor 16, 20; 2 Cor 13, 12).

En la próxima reunión para los actos del culto se leerá la carta, y su saludo será reproducido en forma de «ósculo santo de hermanos».

Silas lee de nuevo la carta. Nada hay que corregir. Las hojas se pegan entre sí con engrudo, de modo que formen un rollo. Ya quiere Silas arrollar la cinta. «¡Detente, Silas! — exclama Pablo —. Añade todavía: Os conjuro por el Señor que se lea esta carta a todos los hermanos.» Es posible que no todos los miembros de la comunidad estén juntos la primera vez. Por esto la carta debe leerse varias veces, copiarse y ser dada a conocer además a las comunidades vecinas. Era la primera carta que Pablo escribía a una comunidad. Dado esto, sin duda estaba muy en su lugar semejante indicación. Al fin toma al escribiente la pluma de su mano y con su modo de ser enérgico añade con grandes letras de su propio puño estas palabras: «¡La gracia de nuestro Señor Jesucristo sea con vosotros! Amén.»

El rollo se mete dentro de una envoltura de pergamino (*paenula*), en que está escrita la dirección, se ata con cordones y se sella con cera. ¿Quién debía llevar la carta? El correo del Imperio, como es sabido, no daba curso a ninguna carta privada. Los remitentes habían de ver por sí mismos cómo llevarían las cartas hasta su destino⁴⁰. Para esto la gente principal tenía esclavos y libertos especiales. Las comunidades cristianas establecieron ya pronto, a semejanza del sanedrín de Jerusalén, un servicio especial de correos. De otra

manera no se podría entender el que Pablo estuviese tan exactamente informado sobre todos los sucesos importantes de las comunidades lejanas. Mas en tiempo de las Cartas a los Tesalonicenses estaba la cosa todavía en los principios. En el próximo navío que había de hacerse a la mar, algunos hermanos de Tesalónica, que por causa del comercio vinieron a Corinto, llevaron consigo la carta a su patria.

Con la primera Carta a los Tesalonicenses, la Sagrada Escritura admitió un nuevo género de literatura: la forma epistolar, la más directa y más viva de todas las formas de comunicación humana. Y es significativo el que fuese Pablo el que la introdujera. Pablo no era ningún escritor, ni tenía para ello el necesario reposo. La forma epistolar, con su manera sencilla de expresión, era para su carácter impulsivo, sus disposiciones de ánimo, que cambiaban rápidamente, su febril modo de trabajar, su alma llena de los más fuertes contrastes, la forma más apropiada para expresar las ideas que le asaltaban. Él apreciaba extraordinariamente el arte de escribir. Según los rabinos, la pluma de escribir pertenecía al número de las cosas que Dios había creado en el crepúsculo del último día de la creación.

Tertuliano menciona a Tesalónica entre las ciudades en las cuales las cartas del Apóstol a ellas dirigidas se leían todavía en sus primitivos ejemplares. Los hermanos creían conocer por ellas «su voz y su gesto». La Providencia no ha querido que ni aun un solo trazo de su mano llegase a nosotros, al paso que nos han sido conservados centenares de papiros de contenido anodino. También aquí tiene valor la frase: «La letra mata, el espíritu vivifica».

35. *El anticristo*

Segunda Carta a los Tesalonicenses.

Apenas habían transcurrido tres meses desde la primera Carta a los Tesalonicenses, cuando brotaron allí nuevas inquietudes y malas inteligencias. Hombres ociosos y esparcidos de rumores, que preferían andar piadosamente mendigando a ganarse el pan por el trabajo y cumplir con sus diarias obligaciones, corrían de acá para allá con serios semblantes escatológicos, discutían diversos presagios que pretendían haber visto, y decían: «El día del Señor está ante la puerta». En una palabra, se portaban como gente cuyos días están contados. Alegaban la pretensa revelación de un profeta en los actos del culto, una palabra que se atribuía a Pablo o una carta (falseada) de él. Quizá se tomó la expresión apocalíptica *Maranatha* (= «¡Señor, ven!» y también = «el Señor viene») no como deseo,

sino como anuncio. Algunos hermanos habían llevado esta noticia a Corinto. Era, por tanto, necesaria una segunda carta.

Para entender la respuesta y opinión del Apóstol como autor apocalíptico, hemos de verlas en su aspecto histórico-religioso. Cada época tiene su propia idea del mundo conforme al grado de su inteligencia. Esta imagen del mundo representa el margen de espacio temporal en el cual nosotros, los hombres, en virtud de nuestra doble naturaleza espiritual y sensible debemos ajustar también nuestra concepción religiosa del mundo. Esta imagen del mundo puede cambiar sin que se altere la substancia de la fe. Es la envoltura transitoria que envuelve la idea; como el espacio de seis días en la narración de Moisés de la creación; como la idea del universo de Tolomeo en cuanto a la situación del hombre y de la tierra en el plan salvador de Dios. Ciertamente las alteraciones de la acostumbrada idea del mundo traen consigo algunas veces graves inquietudes. Así sucedió al aparecer el sistema cosmológico de Copérnico en la época de Galileo y la idea del evolucionismo en las ciencias naturales en el siglo XIX. También en la escatología del primitivo cristianismo hemos de distinguir dos cosas: la fe en la futura segunda venida de Cristo, en la consumación del reino de Dios, y el transmitido marco apocalíptico en que estaban encuadradas estas esperanzas.

Ya se ve cómo el cristianismo en sus primeros tiempos estaba enfocado hacia el futuro; ello se deduce de que el Nuevo Testamento empieza con la apocalipsis o revelación de Pablo y termina con la de Juan; entre ambas está la pequeña apocalipsis de los evangelios (Mt 24; Mc 13; Lc 21). La instrucción que se daba antes del bautismo comprendía siempre una enseñanza sobre los novísimos. La inteligencia de las escasas indicaciones del Apóstol en las dos Cartas a los Tesalonicenses es tan difícil, porque presuponen en todas partes la predicación oral. Pablo recuerda a menudo los rasgos principales de sus instrucciones orales: «vosotros sabéis», «vosotros sois testigos», «vosotros no tenéis necesidad de ninguna comunicación epistolar», «vosotros recordáis que os dije estas cosas cuando todavía estaba entre vosotros». Las esperanzas del futuro entroncaban con antiguas profecías que se movían en torno a dos ideas: la expectación del reino de Dios (*malkut Yahveh*, es decir, el reino de Yahveh) y el Salvador, y la idea de dos eras mundiales, o eones, sucesivas, la actual y la venidera, entre las cuales se halla el Salvador. Sólo el judaísmo tenía la idea de que estos dos mundos tan distintos iban uno detrás de otro, y que el día que separaba uno de otro es el día más importante de la historia universal, «el día del Señor». Esta idea de los eones pasó de Isafas y Daniel a todas las apocalipsis judías, de las cuales gozó de gran predicamento la

del cuarto libro de Esdras. También Pablo aceptó este dualismo del inicuo mundo presente, cuyo gobernante es Satanás, auxiliado por sus ángeles malos, y del período final y feliz que estaba llegando, sólo que en él ya había empezado este nuevo eón, habiendo tomado posesión de los creyentes por la comunicación del Espíritu Santo, mientras que el otro todavía perdura. Así, pues, ambas épocas se superponen. Esta superposición de ambos eones forma una época de tránsito, de duración ignorada. La tarea apostólica es, por lo tanto, penetrar más y más este mundo por una renovación del espíritu, por un cambio semejante al producido por una levadura, lo cual significa una lucha constante entre la luz y las tinieblas. Esto da origen a una especie de interregno, cuyos períodos históricos dependen del grado de la cristianización, hasta que ésta llegue al final con la última catástrofe y la nueva venida de Cristo, que se hará cargo del poder. En la segunda carta quiere apartar la creencia de que el fin de las cosas ya había llegado. Esto no puede ser, porque todavía no se han efectuado tres acontecimientos: *la gran apostasía* de los fieles, la aparición del «hombre de iniquidad» y su *atentado contra el templo de Jerusalén*¹⁶. Estos tres acontecimientos ya los esperaba Pablo, pues conocía el poder o la persona que con su presencia aún detenía la aparición del «hombre de pecado». También sabía que el «misterio de iniquidad» había empezado a actuar. Hay, por tanto, dos grandes misterios en actividad y en lucha entre sí: el «misterio de Cristo», de que Pablo tratará más tarde (Eph 3, 4), y el «misterio de iniquidad», del anticristo. Desenvuélvense simultáneamente y de un modo opuesto, sólo con la diferencia de que Cristo ya se ha dado a conocer al comienzo de su misterio, mientras que el anticristo sólo se mostrará al fin de su misterio. La obra de Cristo se difunde entre los pueblos, todos oyen hablar de él, mientras que la reacción del anticristo también ha comenzado.

El nombre «anticristo» falta aún en san Pablo; sólo aparece en las cartas de san Juan (I Ioh 2, 18, 22; 4, 3; 2 Ioh 7). La idea del anticristo es antiquísima y de la tradición del Antiguo Testamento ha pasado a la cristiana. Según la profecía de Isaiás (11, 4), el hijo de David, o sea Jesucristo, destruirá al «impío». Algunos de sus rasgos están tomados de la descripción de Antíoco Epifanes, en el libro de Daniel (11, 36), otros recuerdan a figuras como las de Balaam, Nabucodonosor, Gog y Magog (los pueblos del norte, en Ezequiel). El Señor mismo no ha hablado expresamente del anticristo, pero sus indicaciones acerca de la aparición de falsos cristos, enemigos satánicos del Mesías, han dado nuevo vigor a la antigua tradición. Así está Pablo como testigo vivo de este círculo de ideas en medio de la corriente de la primitiva tradición cris-

tiana³³. Habla como de una cosa que ya no necesita aclaración. Cuando dice: «El misterio de iniquidad ya está obrando», quiere significar sin duda una progresiva decadencia religioso-moral en todos los pueblos y clases de la sociedad, la disolución de todos los vínculos del orden. De este caos moral se levantará el hombre que vive sin ley, el antagonista de Cristo, «el hijo extraño del caos», como «representante de toda maldad», en el cual se aglomeran todas las tendencias enemigas de Dios; ejecutará hechos que rayan en lo milagroso y reclamará para sí los honores divinos. Con esto comienza la lucha final, el mundo entra en el último período. La caída del anticristo será la señal de la segunda venida de Cristo. Pero antes ha de venir la gran «apostasía». Los pueblos se alejarán cada vez más de los principios cristianos. Sólo entonces se descubrirá en su verdadera naturaleza el anticristo, que antes sólo ha tenido precusores. Sin embargo, es preciso distinguir entre el Impío y el mismo Satanás, del cual el primero es instrumento y encarnación. Pablo habla aquí, en uno de los pasajes más oscuros de la carta, de un factor que detiene todavía la aparición del anticristo y que está ya actuando desde que Pablo salió de Tesalónica.

Ésta es la perspectiva del Apóstol. Manifiéstase en esta consideración histórica una notable superioridad de la idea cristiana de Dios respecto del paganismo: el poder de Dios que interviene obrando en la historia universal desde el principio hasta el fin, mientras que en la Stoa y en Epicuro los dioses son espectadores de la agitada actividad humana sin ninguna participación en la misma y sólo se preocupan de su propia bienaventuranza. Dios en la persona de Jesús ha intervenido en el curso del mundo, le ha enviado como portador de la salud y rey del reino de Dios. Si anticipamos aquí las exposiciones del Apóstol en la primera Carta a los Corintios, la escatología primitiva cristiana comprende, pues, tres cosas: 1.ª, Cristo, después de la terrible catástrofe final, volverá con gloria a juzgar al mundo; 2.ª, por la resurrección de los muertos habrá una nueva corporalidad gloriosa; 3.ª, todo el mundo de la naturaleza y de los hombres se transformará.

Las palabras del Apóstol sobre el anticristo son en extremo cautas y están veladas. Los tesalonicenses sabían lo que querían significar, pero nosotros nos vemos precisados a hacer conjeturas. Se ha supuesto que se trata de un secreto con fondo político, que el Apóstol no podía mencionar en una carta sin exponerse a peligros. Una carta interceptada hubiera bastado para provocar crueles persecuciones. También en el Apocalipsis vemos esta cautela. Por tanto, tendríamos que encontrarnos aquí ya con el comienzo de una especie de disciplina del arcano. Seguramente no se encuentra en la Biblia otro pasaje con respecto del cual los Padres de la Iglesia

hayan mostrado tanta diversidad de pareceres. Hay tres posibilidades de interpretación: la histórica con relación a la época, la histórica con relación al tiempo del fin, y la combinación de ambas, correspondientes al doble carácter, al doble sentido y al doble cumplimiento de la profecía. Las palabras del Apóstol tienen únicamente carácter de profecía mientras se refieran tan sólo a la época final. Mientras se trate de un acontecimiento de un futuro inmediato no son tales profecías, sino una alusión a las circunstancias temporales a la luz de la profecía de Cristo.

En el decurso de los siglos se ha hecho bastante uso de la *interpretación contemporánea de la carta*. Cada época creyó deber interpretar las señales de su tiempo a la luz de la escatología paulina, refiriendo sus palabras ya a una persona histórica, ya a una organización o dirección del pensamiento, llegando hasta las ideas abstrusas de cátaros y valdenses de la Edad Media y de los reformadores, los cuales veían el «anticristo» personificado en el Papa, la «fuerza de contención» en el Sacro Romano Imperio, y el «misterio de iniquidad» en la orden de los jesuitas³⁶. Pero hemos de considerar que Pablo habla de un acontecimiento cercano. Él quiere interpretar a sus tesalonicenses las señales inquietadoras de aquel tiempo, y recordarles que les amenazan grandes tribulaciones por un primer cumplimiento de la profecía de Cristo, mientras el definitivo está envuelto en completa obscuridad. Al describir al Inicuo tiene en la memoria evidentemente un suceso que había visto él mismo catorce años antes: el mandato de Calígula, de que se erigiese su colosal estatua en el templo de Jerusalén y el templo llevase en lo por venir el nombre de templo de Cayo, el nuevo Júpiter, en venganza de que los judíos eran los únicos que no le reconocían como a dios. Pablo sabía que el culto del emperador divinizado se difundía e iba en aumento. Vecindarios enteros de ciudades asiáticas y griegas tenían a honra poder llamarse *neokoros* (guardias del templo) del dios emperador. «¡Mátame o te mato!», dijo Calígula a Júpiter, repitiendo esta frase homérica¹⁶. Esto era la rebeldía a toda ley en el más alto sentido. En un monarca pagano a la manera de Calígula piensa evidentemente Pablo. Como Calígula, tendrá en sus manos todo el poder del estado y hará que todos hincuen ante él su rodilla. «Pero — exclama san Pablo —, ¿no os acordáis de que ya os anuncié todo esto cuando estaba todavía en medio de vosotros? También os he dicho lo que se opone todavía a su manifestación.»

Cuando Pablo escribía tales palabras, Claudio ocupaba el trono. Su hijastro Nerón (grab. 32) había sido ya proclamado sucesor suyo. Séneca acababa de ser llamado de su destierro en Córcega y nombrado por Agripina preceptor de Nerón. Su cargo de enseñar se

refería sólo a la retórica. Mas sabemos que semejantes maestros de retórica en las familias principales tenían como primera obligación cuidar de la conducta moral de sus alumnos. Por este camino, Séneca vino a ser consejero de la corte. Estas cosas se sabían en Corinto y en Tesalónica. La «fuerza de contención», por consiguiente, no puede ser otra que el ordenamiento jurídico y legal del imperio romano, personificado aún en Claudio. En los primeros cinco años de gobierno neroniano, Séneca, con su prudente administración del estado y su influencia sobre Nerón, contuvo también el temperamento volcánico de su alumno. Pero cuando él y su amigo Burro fueron alcanzados por idéntico trágico destino, la furia del emperador ya no conoció límites. Nerón confió a Vespasiano la dirección de la guerra y así ocasionó la profanación del templo de Jerusalén¹⁶. La presencia del ejército pagano en el lugar del templo, el enarbolar las águilas romanas con la imagen de César en el lugar santo y el establecer el culto del emperador en el lugar del antiguo templo, lo anunció Cristo y Pablo después de Él como el cumplimiento de la profecía de Daniel (Mt 24, 15). Cuando Pablo prevé la aparición del adversario con un derroche de satánicas influencias y todo un brillo aparente de engañosos milagros, conviene recordar que, según testimonio de Plinio, nadie estaba dado con más ardor a las artes mágicas que Nerón, el cual quería dominar aun a los dioses con la magia negra. Tan tremenda fue la impresión que la tiranía neroniana causó en los contemporáneos, que la leyenda de la vuelta de Nerón y de su subida de los infiernos llenó de angustia por largo tiempo los ánimos. Un exegeta inglés ha escrito: «Si san Pablo hubiese vivido lo suficiente para poder leer el Apocalipsis de san Juan, se le habría desgarrado el corazón»³⁹. Esto es desconocer el carácter profético del Apóstol. En el fondo Pablo y Juan estaban de acuerdo. Lo que es diferente es tan sólo el punto de partida: Pablo escribe desde una vertiente, y Juan desde la otra, de un solo y mismo proceso, pues bajo Domiciano la suerte contra el cristianismo ya estaba echada y el propio Pablo, en la concepción totalitaria del Estado romano en el terreno religioso prevé que habrá de ser el enemigo capital del primitivo cristianismo. Pero, cuando escribe el apóstol, la justicia romana aún sirve de «fuerza de contención» y la Iglesia vive a la sombra de la sinagoga, considerada por los romanos como secta judía. Tampoco la organización cristiana había progresado tanto que el legislador romano pudiese conocerla como corporación independiente. Apenas se iba constituyendo, pero corría a pasos agigantados hacia aquel estado de organización en que el choque era inevitable. Pablo ya entonces desde Filipos y Tesalónica tenía pruebas en la mano de que los judíos no descansarían hasta que hubiesen abierto los ojos al Estado romano

para que viese que los cristianos no debían confundirse con ellos; que los cristianos eran los que por su recusación de la religión del Estado minarían el poder del Estado romano. En el año 64 lograron realmente los judíos, en tiempos de Nerón, que la autoridad pública romana dirigiese su atención a los cristianos mediante Popea, la esposa del emperador, que era prosélita del judaísmo. Habíase, por tanto, cumplido todo lo esencial en la interpretación paulina de la historia contemporánea.

Cada tiempo tiene el derecho de entender y aplicar las palabras del Apóstol asimismo en su significación de presente. Así precisamente en la estructura vital de la ordenación del Estado romano se vio más tarde aquella fuerza social que resistía a la anarquía y ponía un dique al poder del mal. Esta energía social había sido dada con la *Pax romana*. Los primeros cristianos también conocieron claramente esto en tiempos tranquilos y por eso, como dice Tertuliano, oraron por la estabilidad del Imperio romano. En esta época se presentó en el ánimo de san Agustín, modificando el pensamiento paulino del cuerpo místico de Cristo, la idea de la «Ciudad de Dios»: «Dos amores han edificado dos ciudades: el amor a Dios hasta el desprecio de sí mismo: Jerusalén; y el amor a sí mismo hasta el desprecio de Dios: Babilonia». Con el asalto de los pueblos del norte se hundió el Imperio romano. Pero la Iglesia, heredera de la antigüedad, que se había incorporado la fuerza legislativa y social de Roma y la filosofía de Grecia, transmitió la idea de la *Civitas Dei*, la idea del Imperio y su orden social a las nuevas nacionalidades que se formaron y tomó a su cargo su educación. Así fue creada por la Iglesia en alianza con los germanos la civilización europea, el orden cristiano del Estado y de la sociedad con la renovación del Imperio romano. La *Pax romana* fundada por Augusto se ha convertido en la *Pax Christi in regno Christi*. Mas adónde es impelida la sociedad, luego que han sido sacudidos el poder educativo de la religión y la base religiosa del Estado, lo hemos visto ya hoy anticipadamente en diversas partes del mundo. Tan pronto como los elementos furiosos del bolcheviquismo en todas sus formas tienen posibilidad de desencadenarse sobre el mundo, ningún poder está ya en estado de impedir la desolación. El cristianismo, como poder de orden, de paz y de armonía, no solamente tiene la incumbencia de asegurar a sus miembros la salud eterna, sino que también es la base principal del orden del Estado y de la sociedad. Si esta autoridad está socavada, entonces nadie podrá tener en jaque al poder del mal, se erigirá el dominio de la impiedad desencadenada, de la barbarie armada con todos los medios de la ciencia y de la técnica, y con el poderío de Satanás. Y ésta será la ironía de los hechos: a saber, que el hombre que no

cree en la verdad de Dios creará en el poder de la seducción y de la mentira, como dice san Pablo (2 Thess 2, 11). Entonces habrá sonado la hora de la aparición del anticristo, cuyo dominio, empero, será de corta duración: «El Señor lo aniquilará con el sople de su boca» (Is 11, 4).

Pero hemos de reconocer que toda explicación contemporánea y toda interpretación histórica tienen grandes dificultades, y que conviene decir con san Agustín: «Confieso que realmente no sé lo que quiso decir.» Y hemos de considerar siempre que san Pablo habla también como profeta y paralelamente a san Juan tiene ante los ojos el futuro desenvolvimiento total, el último y definitivo cumplimiento al fin de los tiempos. A fin de soslayar dificultades, los exegetas modernos aceptan la interpretación que traslada los acontecimientos a un plano más elevado, al plano suprahistórico. Pablo se mueve en el plano de la escatología del Antiguo Testamento y del cristianismo, describe, al igual que Daniel y Juan, la misteriosa, eterna y supercósmica lucha del mal contra el bien, que toma distintas formas según los tiempos, y encuentra su eco en la tierra en la lucha entre la fe y la incredulidad, pero cuyo campo de batalla está en otro lugar. Satanás dirige esta lucha sirviéndose en la tierra tan pronto de uno como de otro hombre. Así, pues, su contrario, su «obstaculizador», debe de pertenecer al mismo orden espiritual. Según Daniel y Juan, no es otro que el arcángel Miguel, que en épocas de grandes dificultades y al fin de los tiempos amparará a la Iglesia³⁶. Según esta interpretación, Pablo se referiría quizás al arcángel Miguel, al mencionar el «poder obstaculizador» de una fuerza espiritual y sobrenatural, el cual, en conformidad con la antigua creencia cristiana, será el que dará la señal para la resurrección y para el juicio final, y que desde los tiempos apostólicos a lo largo de los siglos dirige la lucha contra Satanás.

Vemos cómo, a pesar del marco judío tradicional, el *espíritu* es enteramente no judío en Jesús y en Pablo. Falta el pensamiento del dominio universal judío, que desempeña tan importante papel en los apócrifos *Salmos de Salomón*, en la *Ascensión de Moisés*, en el *Apocalipsis de Enoch* y en el *IV libro de Esdras*³³. El Mesías no es descrito como hombre de estado y general como en la escatología judía. Falta también la idea de un interregno político, esto es, de la dominación del Mesías sobre la tierra entre el actual curso del mundo y el futuro (4 Esdr 7, 26). Para Jesús y para Pablo sólo son objeto de consideración *bienes espirituales*, y éstos están en parte ya ahora en poder de los fieles. Jesús deja aún lugar para un largo desenvolvimiento, para la misión entre los gentiles («los tiempos de los gentiles»); más aún, precisamente en sus últimos días de encargos y aperecimientos para ello. También Pablo, cuanto más

vive, cuenta cada vez más con un *largo intervalo* para la misión cristiana. La Iglesia se instala en el mundo, al cual trata de re-formar. El marco procedente del judaísmo, con su rico lenguaje simbólico, se quedó demasiado estrecho y fue preciso darle más amplitud, pero de tal manera, que el lapso de tiempo de siglos y miles de años, en el cual vive el cristianismo hasta la vuelta de Cristo, quepa en él, manteniendo su valor independiente. La gran tarea de Pablo fue allanar el camino hacia esta gran transformación espiritual. Era difícil, y a él mismo también se le hizo difícil. El pensamiento de que él ya no vería la parusía, que no podría vestirse el cuerpo celestial de la resurrección sobre el cuerpo terreno, le arrancó un suspiro (2 Cor 5, 1). Pero reacciona seguidamente con el consuelo de que ya en esta vida tenemos «arras» del Espíritu, y que después de la muerte estaremos «con el Señor».

«Como judío, se formó y creció en el círculo de ideas sionísticas: Cuando llegue el día y suene la trompeta, se reunirán todos los hijos de su pueblo, procedentes de los cuatro puntos cardinales, para recoger su herencia. Como un legado celestial estaba grabado este pensamiento en el corazón de todas las mentes directoras»⁵. Pero Pablo, como cristiano, como místico escatológico, ha trasladado estos pensamientos, esta esperanza, a una más alta tonalidad cristiana. Y ¡qué fuerza moral para el presente extrae de todo ello! No hay nada de quietismo ni de sosiego resignado, o entusiasmo quiliástico (del interregno de mil años). Combate a lo uno y a lo otro. Un cristianismo activo y animoso recibe de él su frescura de manantial. «La liberación de las fuerzas morales para trabajar en el mundo que envejece»⁹ es para él el fruto de su esperanza del fin. La esperanza de la parusía, la expresión ansiosa de *Maranatha*, se convierte para él, de un lejano futuro, en una inmanente fuerza del presente. «Con mano atrevida arrebató Pablo a los emperadores romanos y a otros dioses el divino y señorial título de *Kyrios*»⁵. «Pues aunque haya algunos que se llamen dioses, ya en el cielo, ya en la tierra, y que así se cuenten muchos dioses y muchos señores, sin embargo, para nosotros no hay más que un solo Dios, que es el Padre, del cual tienen el ser todas las cosas, y que nos ha hecho a nosotros para Él; y no hay sino un solo Señor, que es Jesucristo, por medio del cual han sido creadas todas las cosas y nosotros también por medio de Él» (1 Cor 8, 5-6).

Así, pues, Pablo lucha contra la *desestimación* de la vida terrena, creencia que profesaban los ilusos de Tesalónica. Toda la vida terrena del cristiano es, según Pablo, una doble vida: la vida profesional civil, que el cristiano tiene común con los otros, y la propia, verdadera y oculta vida mística en Cristo, que sólo se puede entender como procedente de las fuerzas del segundo y celestial eón y

está activa en nosotros ya ahora de una manera misteriosa. «Nuestra vida está escondida en Cristo.» La vida civil no está rebajada hasta el punto de ser una vida aparente; es campo de lucha y lugar de prueba. El cristiano durante el tiempo de su vida está puesto en una condición de contrastes. Ha de tener parte en todos los asuntos de la vida civil y ha de colaborar en la transformación de este mundo en el sentido cristiano. Si Pablo dice: «Nuestro Estado se halla en el cielo» (Phil 3, 20), ¿quiso con esto rechazar la participación del cristiano en la vida política y dejar la política a los gentiles? Esta cuestión no entra de ninguna manera en el campo visual del Apóstol. La cuestión de la idea del Estado cristiano o absolutamente la cuestión de una política cristiana activa y directiva no estaba entonces en el campo visual ni en el dominio de la posibilidad de la joven Iglesia. Mas tampoco se hubiera opuesto a sus ideas fundamentales. Pues si el cristiano vive en dos eones, y pertenece a dos esferas de vida, debe, si ocupa una posición en este eón, dedicar sus servicios a este Estado con entera lealtad. También el Estado, como hace notar san Pablo en su Carta a los Romanos (13, 1), es un «orden humano establecido por Dios»^{35 bis}. Por eso tampoco Jesús, cuando en Cafarnaüm está enfrente de un representante de la autoridad militar romana, le exige que primero deponga su cargo, antes que se haga fiel cristiano. Del mismo modo obró también Pablo respecto del oficial romano Cornelio. Ni tampoco Pablo dio al procónsul Sergio Paulo el consejo de presentar su dimisión. Y aunque el cónsul T. Flavio Clemente, esposo de Domitila, rehusó todo activo concurso al servicio del Estado y por eso fue ejecutado por su pariente, el emperador Domiciano, su conducta era comprensible a causa de las especiales circunstancias del tiempo y de los peligros a que estaba expuesto entonces el funcionario cristiano, pero de ningún modo se puede considerar como modelo para todos los tiempos. El problema del estadista cristiano y de la política cristiana no emergió sino después de Constantino. Toda la *consideración del mundo* en Pablo es, como en Jesús, *religiosa*. El mundo y todo lo que en él hay, aun el orden político terreno, es de Dios. El propio objeto de la vida del cristiano es dar a Dios lo que es de Dios, buscar el reino de Dios, pero también cumplir con su deber respecto de las ordenaciones terrenas. Pero como sea que por la entrada del pecado en el mundo éste se ha convertido en el palenque de los demonios, así quedó Cristo, en tensión entre ambos eones; el antiguo eón, con su antiquísima, demoníaca idolatría de la razón de Estado, que se consideraba a sí mismo como norma definitiva para la acción y el derecho, y el nuevo eón del reino de Dios, con la aspiración a la conciencia autónoma. Cristo ha redimido sólo a los individuos, pero no al

Estado como tal. Son los mismos hombres los que han de cuidar que las instituciones políticas y sociales estén penetradas de las salvadoras fuerzas cristianas. Con esto la cuestión de una política cristiana en el fondo sólo es afirmada como posible. Pero su realización depende del grado de cristianización de las ordenaciones terrenas. Este sueño de la humanidad, de una completa compenetración y cristianización de las formas estatales, de una unidad de la religión y la política pareció a punto de realizarse. Pero ello ocurrió sólo en breves períodos de tiempo, los mejores de la Edad Media. Desde entonces, este ideal de una política del reino de Dios vivió únicamente en los sueños de Dante, y vive como un interrogante histórico que exige una solución a cada época, perdurando en los coros de los mejores.

36. Pablo y Galión

Act 18, 12 - 17.

La ruptura con la sinagoga había causado gran sensación. El antisemitismo estaba copiosamente representado precisamente en Corinto. Y así esta separación no podía sino aprovechar a los cristianos. La afluencia procedente de la población pagana fue cada día mayor. También de la sinagoga comenzaron a desgajarse cada día mayores partes integrantes. No pasó mucho tiempo, y el presidente de la sinagoga, *Crispo*, se presentó pidiendo el bautismo. En la misma categoría de Estéfanos pone Pablo también, al mencionarlo, a cierto *Gayo*, su huésped en su segunda permanencia en Corinto (Rom 16, 23). En ambos hizo Pablo de nuevo una excepción de su costumbre de confiar el bautizo a sus colaboradores (1 Cor 1, 14-16). Un día se presentó un importante personaje solicitando el bautismo, *Erasto*, tesorero de la ciudad de Corinto (Rom 16, 23). Es dudoso que se refiera a él el nombre que se menciona en la inscripción encontrada en las cercanías del teatro⁵⁹. La composición de la comunidad era cada vez más mixta. Según la primera Carta a los Corintios podemos distinguir tres capas sociales. En primer término, la clase elevada de los propietarios y empleados de administración, cuyas casas eran bastante espaciosas para albergar a la comunidad, y que también eran bastante ricos para preparar el ágape común. A esta clase pertenecían los personajes antes nombrados y más tarde todavía *Sóstenes* y cierto *Zenas*, un judío docto en derecho, que es nombrado junto con Apolo (Tit 3, 13). También se deberá contar en este número a la viuda *Cloe* con su servidumbre. Pertenecían al estado llano, principalmente latino, asimismo *Tercio*, más tarde secretario de Pablo, a quien dictó la Carta a los

Romanos, y *Cuarto*. Pero la mayor parte de los recién convertidos pertenecía a las capas inferiores, libertos pobres, artesanos y esclavos. Los esclavos eran en Corinto muy numerosos, aunque el número de 460 000 que algún escritor apunta, podría ser exagerado. «Porque lo que parece una locura en Dios, es mayor sabiduría que la de los hombres, y lo que parece debilidad en Dios, es más fuerte que los hombres. Considerad, si no, hermanos, quiénes son los que han sido llamados de entre vosotros, cómo no sois muchos los sabios según la carne, ni muchos los poderosos, ni muchos los nobles, sino que Dios ha escogido a los necios según el mundo, para confundir a los sabios, y Dios ha escogido a los flacos del mundo, para confundir a los fuertes, y a las cosas viles y despreciables del mundo y aquellas que eran nada, para destruir las que son, a fin de que ningún mortal se jacte ante su acatamiento» (1 Cor 1, 25-30). Pablo hasta ahora todavía no había bajado tan profundamente a las capas del pueblo más desechadas como en Corinto. Si más tarde recuerda a los corintios, algo jactanciosos, para hacerlos más modestos, lo que una gran parte de ellos había sido antes de su conversión, los presenta en una luz muy poco lisonjera: «¿No sabéis que los injustos no poseerán el reino de Dios? No queráis cegaros: ni los fornicarios, ni los idólatras, ni los adúlteros, ni los afeminados, ni los sodomitas, ni los ladrones, ni los avarientos, ni los borrachos, ni los blasfemos, ni los estafadores, han de poseer el reino de Dios. Tales habéis sido algunos de vosotros; pero fuisteis lavados, fuisteis santificados, fuisteis justificados en el nombre de nuestro Señor Jesucristo, y por el espíritu de nuestro Dios» (1 Cor 6, 9-11). ¡Cuánto le costaba vencer su repugnancia ingénita al fariseo de otro tiempo, tan soberbio y satisfecho de su justicia, que antes, rechazando todo contacto con esta chusma, habría gritado: «¡Impuros! ¡Apartaos de mí!» Se reprocha hoy a Pablo el que haya reunido en torno de sí a los individuos de razas corrompidas, toda la escoria de los países del Mediterráneo. Pero, si para el mundo en general era necesario un Salvador, ¡entonces a la verdad no era para los justos, sino para los pecadores! Y si lograba el cristianismo salvar a esta escoria del Mediterráneo, no había absolutamente nadie en quien no se pudiese poner a prueba la fuerza del Evangelio. Fue una obra maestra del Apóstol establecer un puente sobre estas oposiciones sociales, nacionales y morales, unir en la participación de una mesa común a libres y esclavos, y hacer que se juntasen en una comunidad judíos y griegos, romanos y asiáticos. Sabemos que hubo dificultades. «Despreciar al que nada tiene» (1 Cor 11, 22) fue tenido por pecado; más tarde, después de la partida del Apóstol, esto ciertamente cambió.

Los corintios comprendieron cada vez más que no formaban

una comunidad aislada aparte, sino que estaban dentro de una gran confederación de comunidades cristianas que abarcaba todo el mundo. Dos veces se presentaron en casa de Pablo diputados de Tesalónica. La conferencia con los macedonios efectuóse ante una junta más numerosa de hermanos⁴². En tales ocasiones notaron los corintios que su apóstol era un personaje universalmente conocido. En su mano concurrían todos los hilos, sobre él pesaba la responsabilidad de todas las Iglesias. Advirtieron con asombro, cómo no se podía romper para él su unión con la vida de toda la Iglesia, cómo su corazón era la gran pila donde se vertían todas las penas y cuidados de toda la Iglesia, y al mismo tiempo era el motor que lo ponía todo en movimiento. San Juan Crisóstomo ha resumido esto en la frase *¡Cor Pauli, cor mundi!* Por primera vez brilló aquí la gran idea de la *unidad católica*: lo que interesaba a una comunidad afectaba también a las otras. Pero todavía otra cosa llegó a conocimiento de los corintios. Mientras que ellos estuvieron en la ciudad hasta entonces sin ser molestados, y hasta bienquistos, «mostraron las relaciones venidas de Tesalónica algo muy diferente: que el juntarse a Jesús los llamaba a una lucha en que había de vencer la exasperada resistencia de los judíos y como consecuencia de ella también la presión del poder del Estado»⁴². De ello debían sentir pronto una prueba también los cristianos de Corinto.

El buen éxito del Apóstol hizo que no durmiesen los príncipes de Israel. San Pablo advirtió cómo se le venía encima una tempestad. Escribió entonces a los tesalonicenses: «Queridos hermanos, orad por nosotros, para que la palabra del Señor se propague más y más, y sea glorificado, como lo es ya entre vosotros, y nos veamos libres de los díscolos y malos hombres» (2 Thess 3, 1). También algunas veces su alma estuvo a punto de paralizarse, cuando veía con qué material de hombres frágiles debía edificar la Iglesia y cómo siempre ocurrían reincidencias en los antiguos vicios paganos. Además, la multitud de cuidados acerca de las otras Iglesias agitaba su espíritu y le sugirió la idea tentadora de salir de Corinto. Hasta cuando dormía, en sus sueños, le perseguían estos pensamientos. En una de estas horas nocturnas después de una viva lucha en la oración fue cuando se le apareció el Señor en un sueño y le consoló: «¡No temas! ¡Prosigue predicando y no dejes de hablar! Yo estoy contigo, y nadie te tocará para hacerte daño. Pues tengo todavía mucha gente en esta ciudad.» Esta visión le dio nuevo ánimo para perseverar en su difícil puesto. «Si Dios está con nosotros, ¿quién contra nosotros?» (Rom 8, 31). Pudo, pues, esperar tranquilo el suceso venidero.

En la primavera del año 52 había quedado vacante el gobierno de Acaya. Semejantes puestos importantes solía Roma proveerlos

con personajes muy conciliadores y prudentes, así como tal vez Inglaterra los más altos cargos oficiales en la India. Por eso el senado había confiado el cargo de procónsul de Acaya a uno de los hombres más amables y cultos de su tiempo, Marco Aneo Novato, que se llamaba también *Junio Galión* por su padre adoptivo. Su nombre y su actividad están atestiguados de modo cierto en una carta del emperador Claudio a la ciudad de Delfos, escrita entre abril y agosto del año 52, que se encontró incompleta en una lápida en Delfos; esta inscripción corresponde a las fechas más importantes de la historia de los tiempos del Nuevo Testamento⁹. «Galión, amigo mío y gobernador de Acaya», le llama Claudio (tab. 10, fig. 29). Si Galión, según esto, era procónsul entre los años 52-53, podemos fijar la estancia de año y medio del Apóstol en Corinto desde la primavera del 51 hasta el otoño del 52. El nombramiento de Galión fue aceptado con entusiasmo en todas partes en Grecia. Descendía de un linaje célebre por su cultura, era el hermano predilecto del filósofo Séneca, maestro del príncipe imperial Nerón, y tío del escritor romano Lucano. Poseía un rico ingenio y noble carácter, y es descrito como uno de los personajes más fascinadores de la antigüedad. Séneca y todo el mundo literario tenían una veneración entusiasta a este hombre. Estacio le llama «el dulce Galión». Era considerado como la flor de la antigüedad que jamás hubiera brotado de la Stoa, como el ideal del *gentleman* romano. Era tan grande el entusiasmo de Séneca por su hermano, que escribe: «Ningún mortal puede ser tan bondadoso con su amigo, como lo es Galión con todo el mundo. Jamás se podrá querer bastante a mi hermano Galión».

Los judíos de Corinto oyeron hablar de la amabilidad del nuevo procónsul y pensaron aprovecharse de su bondad para sus planes de venganza, pero no sabían que la aversión a los judíos era una herencia en la familia de Séneca, y que el fanatismo tendría poca fortuna en un hombre tan desapasionado. Un día asaltaron a Pablo en el taller y le arrastraron entre la gritería de un populacho pagado a la plaza pública ante el tribunal (*bema*) del gobernador. La acusación contra el Apóstol era ésta: «Este hombre induce a la gente a profesar una religión contraria a la ley (*religio illicita*)». Pero erraron el golpe. La tranquilidad y dignidad de Pablo infundieron respeto evidentemente al romano. Conoció al punto la intriga, y antes que Pablo pudiese hablar, rechazó la acusación. Su fría superioridad le hizo hallar la palabra conveniente: «Judíos, si se presentase una injusticia o un crimen, admitiría yo vuestra quejela. Pero no me meto en vuestras contiendas religiosas, ni tengo gana de ser juez de ellas». ¡Cuán ansiosamente esperaba Pablo la ocasión de poder hablar ante el gobernador, cuán seriamente mira-

ba a los ojos de este excelente hombre, a quien aun Jesús hubiera tenido que tomar afecto como en otro tiempo al joven rico! ¡Un momento de la gracia, que con alas ligeras tocaba el alma del estoico! Pero Galión, el romano, apenas prestó atención al pobre judío. Con fina sonrisa, pero con un decidido movimiento de mano, hizo seña Galión a los acusadores que saliesen del pórtico, y a los lictores que despejasen la sala del tribunal. La escena degeneró en un sainete. Sóstenes, el nuevo presidente de la sinagoga, que con su gran manto de muchos pliegues no pudo bajar con bastante celeridad la escalera del tribunal, fue apaleado fuertemente por los griegos que acudieron, los cuales de buena gana desahogaron su aversión por los judíos: una de las pocas situaciones cómicas, que Lucas con su fino buen humor de griego entreteje en su obra histórica. Pero precisamente estos azotes fueron la salvación de Sóstenes. Ellos le hicieron reflexionar y fueron sin duda el principio de su conversión. La gracia puede servirse de tales pequeñeces y ridiculeces humanas.

La escena quedó despejada de judíos. Un momento estuvieron enfrente el uno del otro, Pablo y Galión, el soberbio romano y el pequeño judío. El alma del estoico ¿percibió el soplo de la gracia? Era la segunda y última ocasión de oír hablar de Jesús. Séneca, que en su hermano veneraba la imagen del hombre sabio, bueno y santo, le dedicó un escrito, *De vita beata*, en el que dice que se debe venerar a hombres virtuosos como *antistites*, esto es, hombres con una misión divina, en contraposición a lo que hace el pueblo ignorante, que admira como *divinus* al que se postra de rodillas, grita y aclama con una vela en la mano a cualquiera de los dioses, se hiere brazos y espalda y agita los sistros. Galión tenía ante sí ahora a uno de tales «divinos», a un *theios*, un hombre lleno de la gracia de Dios, y no le reconoció. La ocasión no se repitió. Los Hechos de los Apóstoles describen con fino arte psíquico muchas de estas escenas en que la gracia roza a los hombres, que pasan ciegos junto a ella. ¡Así es la gracia! En el uno viene en el huracán, en el otro con blando soplo en el susurro del céfiro, en un tercero con una paliza. Es triste pensar que este noble Galión por la disposición estoica de su espíritu dejase escapar la única ocasión de su salvación. Hay también un suceso que deja una profunda impresión trágica en la historia de este fino hombre de mundo. Murió como su hermano la muerte del estoico, eso es, se dio por orden de Nerón la muerte por su propia mano. Ésta era la conclusión de la sabiduría en el exceso del dolor enseñada por el estoicismo, según describe Séneca en una famosa carta (*Ep. 70, ad Lucilium*): «Nada mejor ha organizado la ley eterna que el que tengamos una sola entrada a la vida, pero que las salidas sean muchas. ¿Tendría

yo que esperar la llegada de una cruel enfermedad o de una persona cruel, pudiéndome librar como puedo de todo lo que me es adverso? Éste es el único punto de la vida del que no podemos quejarnos: que a nadie retiene contra su voluntad. Esto está muy bien. Nadie necesita ser desgraciado si no es por su culpa. Si estás contento, ¡vive! Si estás descontento, puedes volverte por donde has venido» [n. 19].

La Iglesia de Corinto gozó en lo sucesivo de tranquilidad. En oposición a las autoridades locales, que ya muchas veces habían tratado mal a Pablo, había él experimentado el favor de la autoridad romana del Estado. Esto aumentó su simpatía por el poder del Estado romano, pero también el crédito de la joven Iglesia entre los paganos. Su actividad se extendía cada vez más. Fuera de la ciudad de Corinto, no olvidaba la provincia de Acaya, a cuyas comunidades saludaba en la segunda Carta a los Corintios (1, 1). Además de Silas y Timoteo, tenía a su alrededor un gran número de misioneros auxiliares, a los que podía enviar en todas direcciones al ancho territorio de la península: a Sicilia, a Argos, quizás hasta Olimpia y Esparta. Nominalmente sólo conocemos a Cencreas, donde la fiel diaconisa Febe trabajaba como un ángel de caridad en el barrio de los marineros. Entre todas las poblaciones, Corinto, la ciudad de la tierra firme griega de mayor radio (21 kilómetros de circuito mural, 600 hectáreas de extensión), la ciudad con 23 templos (grab. 19), cinco grandes pórticos de columnas con tiendas lujosas de todo género, cinco mercados, cinco termas, dos basílicas, varios teatros y anfiteatros, uno de los cuales contenía 22 000 asientos, la ciudad con su población que venía y salía por dos puertos, era un campo de trabajo como hecho para la empresa extraordinaria de un san Pablo. Aunque Pablo no lo haya dicho, es natural que no escatimaría a sus corintios las demostraciones del poder de sus dones carismáticos en una ciudad que contaba con un templo tan famoso del dios Asklepios o Esculapio, en cuyo recinto se practicaba la «incubación» con los enfermos, de tal suerte que, después del sueño, quedaban curados prodigiosamente. Todavía hoy se conservan en el Museo de Corinto los exvotos que en el templo dejaban las personas que se habían curado. ¡Cuán lejos del espíritu del Apóstol estuvieron, sin embargo, aquellos cristianos del siglo IV, cuando, en una época en que no era peligroso ser cristiano, descargaron su celo ignorante contra el pagano Soter (Salvador) y con la destrucción de los templos paganos quisieron celebrar un fácil triunfo sobre el paganismo! Esto no se lo había enseñado el Apóstol.

VI. EL TERCER VIAJE DE MISIÓN

37. Viaje a Éfeso

Act 18, 17-23; 19, 1.

En ninguna ciudad había permanecido Pablo hasta ahora tanto tiempo como en Corinto: dieciocho meses hasta el interrogatorio ante Galión, y luego todavía varias semanas. Era una idea que entusiasmaba, hacer brillar el poder de la gracia de Cristo entre esta población abyecta. Pero, por otra parte, semejante mezcla social era un gran peligro para la duración de una iglesia o congregación cristiana, si el fundador no podía permanecer bastante tiempo. Según nuestro modo de ver, Pablo hubiera debido detenerse más tiempo en un lugar¹⁷. Sin embargo, se sentía como el gran sembrador de Dios, que echa la semilla, pero deja a otros la cosecha, como su divino Maestro. Cuando la Iglesia de Corinto se afirmó de alguna manera en sus propios pies, ya no le atrajo la Grecia despoblada, la cual fuera de Ateñas y Corinto no tenía ninguna gran ciudad de importancia. Una intranquilidad llena de presentimientos le impelía a visitar de nuevo sus anteriores campos de trabajo y a buscar otros nuevos. Dos veces el «Espíritu de Dios» le había ya desviado de Éfeso. ¿Lo haría de nuevo una tercera vez? Un gran sentimiento de gratitud por su salvación de las manos de sus enemigos y por la libertad de su Iglesia gracias a la noble tolerancia del procónsul Galión llenaba su corazón. Probablemente había hecho por esto un llamado voto de nazareno, que le obligaba a hacer presentar en Jerusalén las ofrendas prescritas. Aquí vemos cuántos hilos ligaban a san Pablo todavía con los antiguos usos religiosos de sus padres. Pero el objetivo de su viaje, aunque no lo dijera, era seguramente su patria adoptiva, Antioquía de Siria. Desde allí tenía la intención de iniciar un nuevo campo de actividad.

A Pablo debió de resultarle bastante difícil la despedida. Para poder separarse más fácilmente de los corintios, «hubo de mostrarles por su voto lo irrevocable de su resolución»⁴². Áquila y Priscila se habían determinado a acompañar a Pablo hasta Éfeso y prepararle allí una vivienda para una posterior permanencia. Parece que en Corinto no había precisamente prosperado su negocio, pues Pablo vivió con ellos siempre en gran pobreza. Éfeso, al contrario, era célebre por su industria de tiendas de campaña. También Silas y Timoteo formaban parte del séquito del Apóstol. El

que ha navegado alguna vez en la primavera u otoño por el mar Egeo, sabe qué vistas encantadoras se ofrecieron a los ojos de nuestros viajeros en la región de las doscientas islas e islotes de las Cícladas, que rodean la sagrada Delos, donde, según la fábula, nació el dios Apolo. La travesía duró cerca de diez días, pues los antiguos no solían navegar de noche. Pudo haber sido en un hermoso día de fines del verano del año 52, cuando Pablo vio emerger en la azul lejanía detrás de la isla de Samos los montes de Jonia, sobre todo el alto Tmolos. ¡Jonia! ¡Qué dulce sonido encierra todavía hoy esta palabra! Oímos aún resonar el arpa de Homero, la lira de Safo y las canciones de Anacreonte que brotan de ella. Aquí la vieja Hélade vio reflejada su imagen espiritual, así como igualmente vio su propio trasunto en las tierras occidentales del sur de Italia y de Sicilia (Magna Grecia). Aquí fue la patria de la columna y del estilo jónicos. Por las callejuelas de Éfeso pasaba Homero, el cantor ciego, aquí meditó Heráclito el «Oscuro», sobre los principios de todo ser y de la eterna razón universal, aquí por primera vez sonó el nombre de «Logos». Aquí fundó Pitágoras su escuela ascética de la sabiduría universal, Herodoto puso los cimientos de la historia. Aquí Tales de Mileto, el «padre de la filosofía occidental», declaró que el agua era el principio de todo ser. En este centro de relaciones mundiales yacían los principios del pensamiento presocrático. Aquí los caóticos sueños de los órficos y de sus cosmogonías (doctrinas del nacimiento del mundo) fueron por primera vez superados por la razón griega.

Pablo no despreciaba la razón, el *nous* griego (entendimiento), no era enemigo de la inteligencia, sino de su degeneración en el juego frívolo del intelecto. Lo que él traía era mucho más: el santo pneuma, el hervor del espíritu, que no sale del hombre sino que viene sobre él y se apodera de él. «¡Pneuma! ¡Pneuma! ¡Qué sería el *nous* sin ti!», exclamó una vez el joven Goethe, lleno de sentimientos. Cientos de embarcaciones de todo el mundo llegaban todos los días a Éfeso, pero jamás hubo una que trajera carga tan preciosa [n. 20].

En el puerto de Panormo, que no era otra cosa que la desembocadura del Caistro en forma de laguna, dejaron nuestros viajeros el navío y entraron en un pequeño bote, que por un canal de dos kilómetros de longitud los llevó a un pequeño puerto interior⁵⁰. Aquí desembarcaron directamente ante los más soberbios edificios de Éfeso, ante el ágora y el grandioso hemicírculo del teatro griego (grab. 22). Éfeso parecía, como Palermo, una «Conca d'oro», un frutero de oro en el ancho círculo de sus montañas, el escarpado Koressus al sur (Bülbül-Dagh), el Pion (Panajir-Dagh) al este, y el Gallesion al norte. Como en Antioquía, todas las montañas estaban

sembradas de villas de gente rica. Sobre la cresta de ellas corría en atrevidas sinuosidades la muralla de Lisímaco, que hoy día puede aún reconocerse.

En Éfeso había también una floreciente *colonia de judíos* con autonomía y libre ejercicio de religión. Todas las limosnas en metálico de los judíos asiáticos al templo de Jerusalén pasaban por el banco judío de Éfeso. El año 61 a. de J. C. Cicerón defendió en un proceso a Flaco, gobernador de la provincia de Asia, el cual no había permitido la salida del *aurum Iudaicum*, o sea, los fondos del templo judío³³. Aquí, por tanto, nuestros forasteros hallaron sin dificultad posada entre sus paisanos acomodados. Los judíos de allí hasta entonces sólo habían tenido un conocimiento muy superficial del cristianismo y esperaban con ansia oír de Pablo algo más. Como el buque en que había venido proseguía su navegación al principio de la semana siguiente, sólo pudo pasar un sábado en Éfeso. Su predicación mesiánica halló buena aceptación, y hubo de prometer volver pronto.

La acogida en *Jerusalén* parece haberle producido algún desengaño y no haber sido muy cordial. Lucas en esta ocasión ni siquiera menciona el nombre de la ciudad santa y dice muy lacónicamente: «Subió y saludó a la congregación.» El estado de la Iglesia madre no era muy satisfactorio. Cada día se iba aislando más. Da tristeza ver que la religión de Jesús no pudo echar hondas raíces precisamente en su tierra de Palestina. «Tiene que haber habido en esta religión algo afín al libre espíritu griego... ¡Qué prueba de fortaleza ha sido lo que ha tenido que pasar esta religión en su infancia! Sal de tu patria y aléjate de tu parentela a una tierra que te indicará, y haré de ti un gran pueblo. El islamismo es oriundo de Arabia y en todas partes ha permanecido como religión de los árabes... La religión cristiana, casi inmediatamente después de su aparición, es arrojada del pueblo al cual pertenecía. Así es que pronto supo distinguir entre el hueso y la cáscara»²⁶.

Nos acercamos ahora en la vida del Apóstol a su punto culminante exterior, a la gran catástrofe, a la fiera oposición contra él y la obra de su vida en la Iglesia. Todo lo grande en la Iglesia ha de nacer de grandes dolores. Así también la completa liberación del revestimiento judaico. Desde el día de Antioquía, que no pudieron olvidar los judíos cristianos extremistas, ni perdonar a Pablo, había crecido el partido de éstos hasta convertirse en un poderoso movimiento con descomunal espíritu de propaganda. Comenzó ahora una campaña sistemática, una contramisión contra Pablo, y se hizo un gran esfuerzo para crear una iglesia rival en todas las iglesias por él fundadas. Sólo la muerte del Apóstol y la destrucción de Jerusalén redujeron al silencio este antagonismo. Desde entonces, los

judíos cristianos se fueron volviendo más y más sectarios. Su odio, sobre todo, se refleja más de cien años después en los escritos falsificados del pseudo Clemente.

¡Cuán cordial fue, al contrario, la acogida hecha en *Antioquía* en la calle de Singón por los hermanos! ¡Él era su apóstol, su caudillo y héroe querido! Ellos le habían enviado, y él los había formado y convertido en el frente avanzado de toda la Iglesia. Aquí halló probablemente también a Pedro, a Juan y a Marcos, y quizás a Bernabé. La antigua tradición eclesiástica sabe de una *cathedra Petri* en Antioquía. Había venido el otoño. El invierno estaba a las puertas. La expresión «se detuvo cierto tiempo» parece afirmar que invernaó en Antioquía. Pablo acostumbraba comenzar sus viajes en primavera. Entonces, pues, se despidió de sus amigos para no volverlos a ver nunca. Pasa ahora al mayor y más fructuoso período de su vida, que no debía terminar sino en el tajo del verdugo en Roma. A lo que parece, juntósele aquí otro joven amigo: Tito (2 Cor 8, 23), el cual — cosa notable — nunca es mencionado en los Hechos de los Apóstoles y, sin embargo, desde ahora representará un relevante papel en la vida del Apóstol. A Silas no le vemos más a su lado; Pablo, sin duda a ruegos de Pedro, lo ha cedido a éste, cuyo hombre de confianza y secretario será en lo sucesivo (1 Petr 5, 12). Antes de su partida, parece que Pablo tuvo noticia del plan de sus adversarios de poner por obra una contramisión en el Asia Menor. Esto pudo haber sido una de las razones por las cuales no fue a Éfeso por el camino más corto, sino que a pesar de todas las dificultades, se encaminó presuroso por segunda vez a Galacia por el Tauro, atravesando el desfiladero de Cilicia, para prevenir en lo posible la acometida de los adversarios y «confortar por orden» a sus comunidades. Por este orden sólo pudo sin duda haber entendido Lucas las iglesias del sur de Galacia, que nos son ya conocidas, Derbe, Listra, Iconio, Antioquía, y sus comunidades filiales. El fin de atravesar por segunda vez el Asia Menor no fue la nueva fundación de iglesias — un tan ramificado sistema de iglesias no se funda en un santiamén en un viaje de tránsito —, sino el robustecimiento de las ya existentes, tomando el camino más corto para la costa jónica. Fuera de esto, no es imaginable que Pablo no visitase sus iglesias del sur de Galacia, puestas en gran peligro y que tenía encerradas en su corazón. No pudo haber llegado a Derbe antes de mediados de junio del 53. Aquí se le juntó un nuevo discípulo, Gayo de Derbe. Mientras Pablo se detenía en Galacia, enmudecieron sus adversarios y se pusieron al acecho, para continuar su trabajo de agitación después de su partida. Su presencia contenía a todos. Aun los que ya vacilaban, le halagaban en su presencia (Gal 4, 18). Él mismo temió más tarde que los gálatas hallasen duro

su enérgico lenguaje y no conociesen en él el amor sin límites que sentía para con ellos. Aquí también empleó tiempo en preparar la colecta para los pobres hermanos de Jerusalén. No hay que pensar en que Pablo ordenara la gran colecta de la iglesia únicamente en las comunidades del norte de Galacia, jamás nombradas y que permanecían en la oscuridad (Ancira, Pesinunte) y que hubiese prescindido de las de Galacia del sur, que nos son conocidas. Aquí viene a propósito hacer constar que Pablo y Lucas entendían la expresión «Galacia», «país de los gálatas» en el sentido de la denominación provincial romana de «Galacia del Sur». Si para este viaje de inspección contamos las necesarias pausas, Pablo podría haber empezado tal vez en la próxima primavera el viaje ulterior por Apamea, a través de las montañas de Frigia y el valle del Meandro, y haber llegado a Éfeso en abril del 54 después de una marcha de 530 kilómetros. El viaje total, contado desde Tarso, fue aproximadamente de 1150 kilómetros.

El que se incline a aceptar la idea del viaje de Pablo hacia la Galacia del norte, tiene que suponer que éste dejó a un lado las tan amenazadas comunidades de Galacia del sur, y que a marchas forzadas se dirigió a Éfeso, pasando por Kibistra (Eregli) o Tiana, Cesarea, Ancira, a través de la llamada Frigia «calcinada», cubierta de masas de lava, y por el camino real persa. El camino desde Eregli hasta Ancira era, y es todavía hoy, extraordinariamente malo (C. BAUER, *Im christlichen Orient*, p. 127). De todas maneras, era un camino horroroso, un viaje lleno de peligros; por senderos ásperos, a través de gargantas, angosturas, torrentes impetuosos, pantanos, estepas salinas. Fue el mismo camino que siguió 350 años más tarde el ferviente admirador del Apóstol, san Juan Crisóstomo, cuando se dirigía al destierro, desde donde pasado el primer invierno, en Kucusus, escribe: «Verdaderamente salgo de las puertas del infierno». Esto hubiera sido un rodeo de casi 600 kilómetros, y desde Tarso hasta Éfeso, un trayecto en total de unos 1 700 kilómetros, esto es, 68 días de viaje, puesto que en la antigüedad, debido al mal estado de los caminos, se calculaba que un peatón recorrería 24 kilómetros al día y el correo imperial 37. Aquí está, pues, la causa de no haberse llegado a ninguna fundación de iglesia. Todo rendimiento humano tiene sus límites.

El esfuerzo de san Pablo realizado en sus viajes es verdaderamente extraordinario. Si teniendo en la mano la guía excelentemente trabajada de Baedeker *Konstantinopel und Kleinasien*⁶⁹, contamos solamente el número de kilómetros de sus tres viajes por el Asia Menor, llegamos al resultado siguiente: primer viaje, de Adalia hasta Derbe y vuelta, 1 000 kilómetros; segundo viaje, de Tarso a Tróade, 1 400 kilómetros (contando una excursión a Ancira, re-

sultan a lo menos 526 kilómetros más); tercer viaje, de Tarso a Éfeso, 1 150 kilómetros (contando un rodeo por Ancira, hasta 1 700 kilómetros). Si contamos además los muchos viajes accesorios, la diferencia de altura y el aumento de las carreteras sobre el ferrocarril, llegamos a un número de jornadas que da motivo a Deissmann para confesar, en atención a lo que vio en sus propios viajes por el Asia Menor: «Una de las más duraderas impresiones de mis viajes, efectuados, las más de las veces, con modernos medios de comunicación, es la indecible admiración al ver el esfuerzo puramente físico del viajero Pablo, el cual decía verdaderamente, no sin fundamento, que había dado de puñetazos a su cuerpo y le domaba como a esclavo»⁹.

Pablo estaba en el corazón de la *provincia de Asia*. Y Éfeso se podía llamar la primera metrópoli de esta provincia. Otras ciudades miraban con envidia a su rival. La Éfeso en que entró Pablo había sido nuevamente edificada por el genial caudillo y sucesor de Alejandro, el rey diadoco Lisímaco, y respiraba el espíritu del internacionalismo de la Grecia de la decadencia. Cuando san Juan en su Apocalipsis describió la acumulada riqueza y el lujo del Imperio romano, flotaban evidentemente ante sus ojos los ricos almacenes y el comercio universal de Éfeso, de suerte que se podría decir con algún derecho que Éfeso era la Babilonia del Apocalipsis; no la ciudad de Roma, sino la diosa Roma la que dominaba a Éfeso. Las palabras del apóstol Juan pueden solamente aplicarse a una rica ciudad que fuera puerto de mar: «Y todo piloto, y todo navegante del mar, y los marineros, y cuantos traficaban en el mar, se pararon a lo lejos, y dieron gritos viendo el lugar de su incendio, diciendo: ¿Qué ciudad hubo semejante a ésta en grandeza? Y arrojaron polvo sobre sus cabezas, y prorrumpieron en alaridos llorando, y lamentando decían: ¡Ay, ay de aquella gran ciudad, en la cual se enriquecieron con su comercio todos los que tenían naves en la mar: cómo fue asolada en un momento! ¡Oh cielo!, regocíjate sobre ella, como también vosotros, ¡oh santos apóstoles y profetas!, pues que Dios condenándola ha tomado venganza por vosotros. Aquí un ángel robusto alzó una piedra como una gran rueda de molino, y arrojóla en el mar, diciendo: Con tal ímpetu será precipitada Babilonia, la ciudad grande, y ya no aparecerá más. Ni se oírán en ti jamás voz de citaristas, ni de músicos, ni de tañedores de flauta, ni de clarineros, ni se hallará en ti artífice de arte alguna; ni tampoco se sentirá en ti ruido de tahona; ni luz de lámpara te alumbrará en adelante; no volverá a oírse en ti voz de esposo y esposa. En vista de que tus mercaderes eran los magnates de la tierra, y de que con tus hechizos anduvieron desatinadas todas las naciones. Al mismo tiempo se halló en ella la san-

gre de los profetas y de los santos, y de todos los que han sido muertos en la tierra» (Apoc 18, 17-24).

Mas había todavía otra Éfeso. Era también con Atenas y Jerusalén una de las tres *más santas ciudades* de la antigüedad. Con su *Artemision* o santuario de Artemisa o Diana, era Éfeso el centro del encanto asiático, el paraíso de las delicias, de los vicios y misterios del Oriente. Los mismos sentimientos con que Pablo consideró un día los ídolos de Atenas, se despertaron en él cuando entró en la ciudad por la Puerta de Magnesia, atravesó la calle de los sepulcros y levantó sus ojos hacia la gigantesca plataforma sobre la que estaba el celeberrimo santuario de Artemisa, una de las siete maravillas del mundo. Pero esta Artemisa no era la diosa virgen y patrona de la caza de los griegos, sino una degeneración de la Astarté fenicia. Su imagen, ennegrecida, tallada en madera de la vid, era, según la leyenda, semejante a la de la Madre de los Dioses, de Pesinunte, y como la Kaaba de la Meca, caída del cielo. Era una antiquísima deidad de la naturaleza, la imagen de la fecundidad. Con su macizo vientre cubierto de fórmulas mágicas, con sus innumerables pechos, con su cabeza adornada con corona de almenas, con sus pujantes brazos apoyados en una clava, aparecía cuajada de ofrendas en todo el cuerpo (grab. 21). El templo era juntamente una gran casa de banca por la confianza que se tenía en la diosa. Detrás de su imagen y bajo su protección estaba el erario de la provincia de Asia. Aquí, como en el templo de Jerusalén, se confiaban los ahorros y los caudales pupilares a los sacerdotes para su conservación. El templo, quemado en la noche del nacimiento de Alejandro Magno y más tarde edificado de nuevo, era tan grande como la catedral de Colonia. El techo estaba sostenido por 127 columnas jónicas, las cuales descansaban sobre figuras de mármol muy artísticamente labradas. Una sola columna se puede ver todavía en el Museo Británico de Londres. El santuario estaba adornado con obras maestras de Fidias y Policeto, Escopas y Praxiteles. Lisipo había erigido la estatua de Alejandro, y los grandes pintores Parrasio, Zeuxis y Apeles hicieron los cuadros. Abigarradas hileras de peregrinos de todo el mundo subían entre cantos y danzas por la calle de la procesión, que tenía media hora de longitud, desde la ciudad al templo⁵⁶. La parte más antigua de la ciudad era propiamente una ciudad sacerdotal. Todo un ejército de sacerdotisas, que primitivamente tuvieron que defender la imagen de la diosa como intrépidas amazonas, y sacerdotes, que todos eran eunucos, estaban bajo la dirección del sumo pontífice. Alrededor de aquéllos se reunían una enorme multitud de guardianes, cantores, músicos, maceros, hechiceros y faquires.

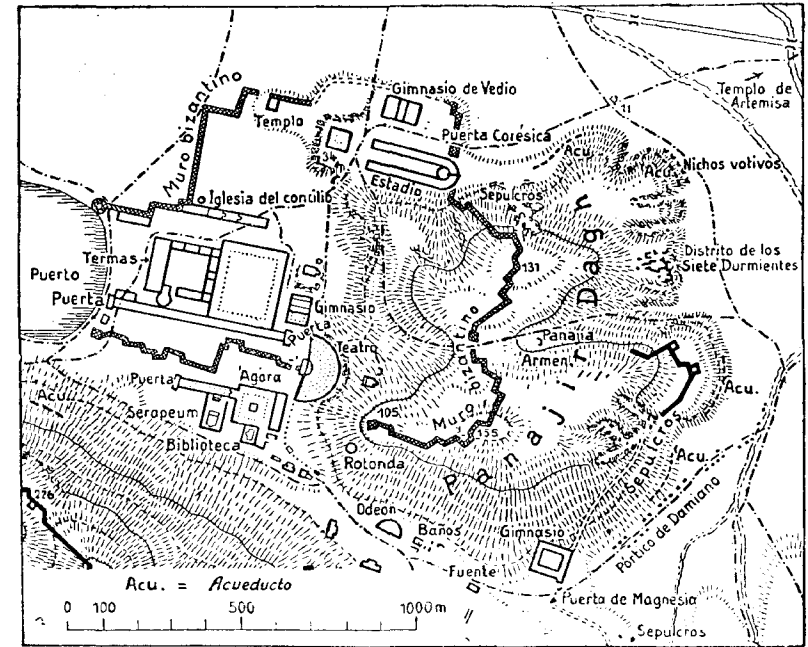
Éstos, a la manera de los derviches danzantes, a costa de sus pul-

mones, con címbalos e instrumentos de viento, solían mantener vivo el entusiasmo religioso en sus báquicas procesiones. ¡Cuántas veces debió Pablo de haber sido estorbado en sus discursos por la turba de sacerdotes que pasaba delante de él vociferando con horrible algazara! El templo poseía también el derecho de asilo para todos los criminales y atraía a su distrito a todos los elementos sospechosos que procuraban escapar de la justicia.

Mas a pesar de todas estas terribles deformaciones orgiásticas había en las primitivas religiones asiáticas en el fondo un núcleo natural, un instinto religioso, sin el cual estos cultos no serían comprensibles: es la inapagable necesidad del alma de una religiosa glorificación de la *maternidad*. Es el grito de añoranza de la humanidad hacia la madre. ¿No era esto como si en este mito de la Madre de los Dioses, Artemisa o Cibeles, que llora a su querido Atis, hubiese un indicio lejano, muy lejano, de la *Magna Mater* del cristianismo, que llora a su hijo al pie de la cruz? ¿No sería acaso Eva, la pecadora, que sucumbió al hechizo de la fertilidad, engañada por la serpiente, y va entre los hombres suspirando por un redentor y en busca de su imagen opuesta a la de ella misma, o sea, María? Es una prueba más del carácter universal del cristianismo, el cual nada desecha de lo legítimo y natural que ha puesto el Creador en el pecho humano, sino que lo levanta a un orden más elevado, sobrenatural. Así también ha tenido en cuenta este anhelo, el más humano de todos, y lo ha preservado de la degeneración y profanación por el dogma de la maternidad divina de María, que precisamente aquí en Éfeso fue proclamado por primera vez (año 431 d. de J. C.). No se haría justicia a la profundidad del culto a María, si se quisiese concebirlo solamente como un adorno religioso, fundado en un sentimental afecto a una «Reina de Mayo». Se trata antes bien del gran misterio de la maternidad, que pertenece a todo el linaje humano, presentido por Platón en su oscura palabra de la «nodriza» y «sustentadora», pero que sólo en el cristianismo ha alcanzado una inopinada profundidad y dignidad por el dogma de la Encarnación.

«Nadie preveía aún que el hombre de tan poca apariencia que entraba hoy en Éfeso iba a derribar del trono a Diana después de más de mil años de dominación, y hacer nacer un nuevo día ante cuyo resplandor toda la mascarada y embuste de los sacerdotes eunucos había de disiparse como la niebla ante el sol»⁵⁰. Y, con todo, esta magnificencia pagana ya después de breve tiempo quedó tan profundamente hundida, que el arqueólogo inglés hubo de emplear bombas de vapor para poder sacar los pocos fragmentos de debajo del nivel del agua subterránea. Una sola piedra del templo había quedado en su lugar. Sólo algunos trozos de columnas llevan

todavía la inscripción de la dedicación por Creso. A un antiguo epigrama que ensalzaba al templo como la más gloriosa maravilla del mundo, añadió un comentador medieval: «Pero ahora es el más asolado y el más miserable de todos, por la gracia de Cristo y Juan el Teólogo». El buen hombre, por desgracia, olvidó nombrar a aquel que trajo en primera línea la ruina del culto pagano y que hoy con sus amigos, inadvertido de todos, entró en la ciudad,



Éfeso en el tiempo de San Pablo

armado de una fe invencible en el poder del eterno Hijo de Dios. En una inscripción del siglo v, descubierta en Éfeso, en la Biblioteca de Celso, se nos ha conservado un testimonio extraordinariamente vívido de la época de la lucha espiritual entre dos concepciones del mundo, inaugurada por san Pablo. La inscripción sobre la diosa Artemisa o Diana de Éfeso: «Demeas ha quitado la imagen engañosa del demonio (!) Artemisa, y ha puesto en su lugar el signo ahuyentador (la cruz) de imágenes idolátricas, en honor de Dios y de la Cruz, del símbolo victorioso e inmarcesible de Cristo» (J. KEIL, *Führer durch Ephesus*).

En estas costas jónicas habían meditado los filósofos griegos sobre los principios del mundo. Tales dijo: en el principio era el agua; Heráclito: en el principio era el fuego; Anaximandro: en el principio era lo ilimitado, lo informe; y otro dijo que en el principio hubo la lucha, origen de todas las cosas. Pero cuando se apagó el espíritu filosófico de Jonia, llegó uno que era más grande y escribió unas palabras de sublime grandeza: «En el principio era el Logos».

¡Esto era Éfeso!

38. *Apolo*

Act 18, 24-28; 19, 2-7.

El culto de Artemisa no era el único elemento asiático que imprimía a Éfeso el sello religioso. Al lado de él había el *culto al emperador*, que en ninguna parte florecía más que en esta ciudad y provincia. El Asia anterior era el lugar del nacimiento de la religión del despotismo, que tanto envilecía al género humano. Hace varios decenios, algunos doctos alemanes descubrieron y publicaron una notable inscripción antigua: son restos de un decreto de la confederación de las ciudades griegas asiáticas del tiempo de Augusto. En el año 9 antes de Cristo, las cortes de la provincia de Asia, cuya metrópoli era Éfeso, hablan del natalicio del emperador con palabras que a todo lector recuerdan nuestra fiesta religiosa del nacimiento de Jesús¹⁹. Por este decreto se traslada el comienzo del año al 23 de septiembre, día del nacimiento de Augusto, y se introduce el calendario juliano. Pero la manera como esto se hizo, muestra que el nacimiento de Augusto era considerado como el comienzo de una nueva era. El decreto resume de un modo clásico la substancia del culto del emperador romano, para el cual se edificaron templos y se instituyó un cuerpo de sacerdotes y se hicieron ricas fundaciones (grab. 20). Reproducimos el contenido principal según la traducción de Harnack: «Este día ha dado al mundo entero un nuevo aspecto. Hubiera sucumbido en la perdición si con el que acaba de nacer no hubiese brillado para todos los hombres una felicidad universal. Hace bien el que en este aniversario reconoce para sí el principio de la vida y, de todas las fuerzas vitales. Por fin pasó ya el tiempo en que uno debía arrepentirse de haber nacido. De ningún otro día recibe cada individuo y toda la sociedad tanto bien como de este aniversario igualmente feliz para todos. Es imposible agradecer en forma debida los grandes bienes que este día ha traído. La Providencia que rige la vida en todos sus aspectos, ha dotado a este hombre para bien de la hu-

manidad con tales dones, que nos lo ha enviado a nosotros y a las generaciones venideras como Redentor. Pondrá fin a toda contienda y lo conformará todo de manera magnífica. En su aparición se han cumplido las esperanzas de nuestros antepasados. No solamente ha sobrepasado a los antiguos bienhechores de la humanidad, sino que es imposible que venga otro más grande. La natividad del Dios ha traído mensajes de alegría (lit.: «evangelios») que a él están enlazados. Con su nacimiento debe empezar un nuevo cómputo del tiempo». La conocida inscripción de Halicarnaso manifiesta pensamientos parecidos (Wendland⁸², p. 410).

Este doble fondo del culto de Artemisa y del emperador se ha de tener ante la vista, si se quiere apreciar la *atrevida empresa del Apóstol*. Se necesitaba un valor indomable, una fe victoriosa en el poder de Cristo para atreverse a acometer este castillo de asiática nigromancia. Pues a la adoración de la omnipotencia del Estado romano nada podía oponer sino la pequeña y pobre historia del hijo de un carpintero de Nazaret crucificado, y al embriagador frenesí de las pasiones propio del culto de Artemisa, a la mágica literatura efesina, ninguna otra cosa que el casto misterio de un pequeño pedazo de pan, sobre el cual pronunciaba nuestro Apóstol palabras misteriosas. Este hombre ha de haber experimentado en sí a Cristo efectivamente como un poder todo real e invencible y una fuerza de presencia inquebrantable, para arrojarle a semejante aventura. ¿En qué está el misterio? Desde esta Éfeso escribió a los corintios: «Yo creo, por eso hablo». ¡Era esto! Sí, él creyó y por eso habló. Sus ojos «no solamente veían lo afrentoso y espantoso del servicio de Diana, ni solamente lo insensato de esta superstición que dominaba a todo el mundo: veían más profundamente. El pueblo, que no se cansaba de ofrecer sacrificios a sus dioses, que anhelante procuraba obtener cualquier comunicación aun sólo supuesta con los poderes invisibles, le conmovía. Con fino oído percibía como fondo de todo esto el grito de la pobre alma humana hacia su Dios, aunque le buscaba todavía por muy malos caminos. Pablo tenía fe en el género humano, porque tenía fe en Jesús, el cual había tenido este género humano por bastante bueno para dar por él su vida»⁵⁰.

Así entró Pablo con sus compañeros en la ciudad de Éfeso, quizás en abril del año 54, recorriendo la antigua calle de circunvalación y pasando por junto al gran gimnasio, establecimiento municipal de gimnástica, por delante del Odeón y del ágora rodeada de columnatas, con sus tiendas de mercaderes y puestos de venta. Junto al estadio, cavado en la roca, se ven, todavía hoy, las enormes piedras del empedrado de la calle por la que pasó Pablo a través del arco romano, aún conservado. Fue muy agradable para él el hallar un alojamiento preparado en la casa de Áquila.

Los pocos cristianos que entonces vivían en Éfeso eran gente muy singular y tenían un semicristianismo muy imperfecto, no acabado, exento de la Iglesia, si así podemos decir, y anterior al catolicismo, sin conexión con la Iglesia de los apóstoles: un cristianismo sin los dones del Espíritu Santo y sin sacramentos. Hemos de acordarnos de que en los primeros años del cristianismo toda una serie de gentes, judíos de la diáspora y prosélitos, se adhirieron al movimiento bautismal de Juan en el Jordán, se hicieron bautizar por él y poco después se dispersaron por todo el mundo y misionaron por cuenta propia. No se trataba del cristianismo en su forma primitiva como creen erróneamente algunos, sino de un cristianismo primitivo laico que permaneció estacionado en el movimiento del bautismo del Jordán, y que después degeneró en odio contra Jesús (los principios quizá ya se encuentren en Mac 9, 38-40; Lc 9, 49). Estos llamados cristianos de Éfeso, lo eran más de corazón y deseos que por fe y conocimiento.

Pablo oyó hablar aquí por primera vez de un representante singular y tolerante de este cristianismo de los discípulos de san Juan. Antes de la llegada del Apóstol había trabajado aquí y luego se había ido a Corinto. Era un judío de Alejandría, notable conocedor de las Sagradas Escrituras, fogoso orador y de un carácter en extremo atractivo. Su nombre era Apolonio, abreviado *Apolo*. También en él había hecho presa el movimiento bautismal, que se había extendido hasta Egipto, y se había convertido por propia iniciativa en precursor y anunciador del camino para el pleno Evangelio. Este Apolo entra desde ahora, pasando como un meteoro, en la esfera luminosa del Apóstol y representa un importante papel en el distrito de misión. Con él viene a la primitiva Iglesia un nuevo elemento de cultura, el *alejandrino*, que más tarde, como «Escuela Alejandrina», con su movimiento filosófico y su ingeniosa exposición alegórica de la Escritura, ofrecerá una importante aportación a la defensa de la verdad cristiana. Alejandría era en aquel entonces el centro de aquella teología judía de amplios horizontes y abierta al mundo, que intentaba fundir la sabiduría de todas las naciones: la enseñanza del Logos de los griegos acerca de las fuerzas originarias divinas y la razón creadora del mundo y la ética de la Stoa, con un mosaísmo ilustrado. Su jefe reconocido era el célebre Filón, que quería conciliar al «sacrosanto Platón» con la sabiduría de las Escrituras del Antiguo Testamento, tanto, que de él se decía: «o Filón platoniza, o Platón filoniza». El empeño de estos teólogos judío-alejandrinos iba dirigido a convertir la filosofía y el idioma griegos en un vehículo apropiado para las ideas judías. Precisamente en esto cumplieron una obra de la Providencia. Pues ayudaron a que el griego fuera la forma clásica de expresión para

el dogma cristiano. Querían hacer comprensible el mosaísmo al mundo pagano y llegaron así a una mentalidad más libre, con la consiguiente consternación de sus hermanos de Palestina. Incluso llegaron a edificar un templo judío en Leontópolis, cerca de Alejandría, que era una réplica helenística del templo de Jerusalén³². Apolo pudo quizá ser un discípulo de este noble Filón, y con ello quedaría bien definida su posición como cristiano. Su religión sería un cristianismo con vuelo platónico, pero carecería de profundidad mística.

Apolo era un entusiasta defensor de la moral de Jesús, de su nueva concepción de la religión como adoración de Dios «en espíritu y verdad» y la explicaba con «gran exactitud», pero no tenía ningún conocimiento del meollo esencial del cristianismo, del místico concepto de la muerte expiatoria, de la resurrección del Señor y del envío del Espíritu Santo. Pero lo que le faltaba de pleno conocimiento de Jesús, lo suplía con su ardiente amor al Señor. Lucas le llama «un alma ardorosa». Cuando dice: «Apolo estaba instruido en la doctrina del Señor (*katekhoumenos*) y enseñaba exactamente la historia acerca de Jesús, pero sólo conocía el bautismo de Juan», dedúcese de ahí que estaba bien informado sobre algunos puntos esenciales del cristianismo, sobre su lado histórico, sobre la mesianidad y la naturaleza divina de Jesús. Así era el director espiritual de un grupo de cristianos alejandrinos que escudriñaban con esmero la Biblia, pero no se habían conformado con la Iglesia, no habían encontrado todavía su lazo de unión con la Iglesia. Sus secuaces constituían aún con la sinagoga judía una única comunidad sin diferencia alguna. Él era la gran admiración de Éfeso. Un día fueron también Áquila y Priscila a la sinagoga para oírle. Fue un sermón mesiánico maravilloso, pero echaron de menos la plena resonancia, el confiado tono cordial de Pablo. La campana sonaba bien, pero era distinto su sonido. Sonaba al Logos, mas faltaba el santo Pneuma, que daba su admirable sonido a la predicación de Pablo. Después de los actos del culto trabaron conversación con él, le convidaron a ir a su casa y le descubrieron la nueva vida del espíritu en la Iglesia de Cristo, tal como la habían conocido por Pablo. El hombre docto fue su amigo doméstico y discípulo en lo relativo al bautismo. ¿No es una escena encantadora: los sencillos esposos cristianos, en el sencillo aposento de artesano, y el docto alejandrino a sus pies? No en vano se ha llamado a Lucas el pintor entre los evangelistas. Dieron cuenta a Apolo de la Iglesia de Corinto, que Pablo había establecido, y de su fecunda vida carismática. Apolo tomó entonces la resolución de ir a Acaya, para poder conocer de una vez toda la vida eclesiástica en su misma fuente y se llevó consigo cartas de recomendación para los que gobernaban las Iglesias

de aquella provincia. Parece que no fue sino en Corinto donde un discípulo de Pablo le admitió en la Iglesia por medio del bautismo y la confirmación. Pronto fue el objeto de la conversación diaria y se elevó a la categoría de personaje directivo. ¡Su modo de proceder era algo nuevo para los corintios ansiosos de impresiones! Su ática manera de hablar, su elevación platónica, que ponía la mira más en el «conocimiento» (gnosis), que en la fe sencilla (pistis), lisonjeaban el sentimiento de presunción de los corintios. «¡Éste es el hombre conveniente para Corinto!», decían sus amigos. Sin que él lo quisiese ni pudiese impedir, formóse en la Iglesia de Corinto un particular partido de Apolo, que hacía mucho alarde de su superioridad oratoria sobre Pablo. Como sus partidarios llamaron demasiado la general atención, salió Apolo de Corinto y se volvió a Éfeso, para no poner en peligro la unidad de la Iglesia: muy hermoso testimonio de su carácter desinteresado.

En Éfeso había además otro círculo de *discípulos de Juan el Bautista*. La primera tarea de Pablo fue ahora llevar este pequeño grupo de medio-cristianos y extraños santos a la altura de la fe y la vida cristianas. En este trabajo acaecióle un suceso interesante. Halló un grupo de unos doce hombres que llamaron su atención por su vida austera y retirada. Observó que en su cristianismo faltaba algo, que no iluminaba sus facciones ningún rayo de alegría y carecían de los dones carismáticos usuales en los cristianos de entonces y preguntóles al punto: «¿No habéis, pues, recibido al Espíritu Santo?» Ellos manifestaron en sus semblantes mucha estupefacción. No entendieron lo que quería decir. Respondieron que del Espíritu Santo nunca habían oído decir nada. «Pues ¿qué bautismo habéis recibido?» Entonces se descubrió que era una pequeña comunidad de hermanos, que se ocupaban piadosamente en oraciones y ayunos conforme a las enseñanzas de Juan el Bautista. Pablo les explicó que el bautismo de Juan como expresión de la fe en el Cristo venidero hacía tiempo que había pasado. Ellos le rogaron que los instruyese plenamente y los admitiese en la Iglesia. Entonces les sucedió como si de un aposento oscuro, de un lóbrego sótano hubiesen entrado en una iglesia alegre, claramente iluminada. Su espíritu fue inundado de una nueva luz de conocimiento, embargado de una fuerte conmoción del corazón, colmado de una entusiasta seguridad en su fe, de suerte que vinieron a quedar en un estado de extática elevación y hubieron de manifestar su nueva vida profetizando y hablando en diversas lenguas.

La pregunta de Pablo: «¿Habéis recibido el Espíritu Santo?», era en el primitivo cristianismo lo decisivo. No era el bautismo el sello y la prueba justificante del cristiano, sino la *posesión del Espíritu*. El bautismo es sólo el principio de la formación del cristia-

no. Por esto la *confirmación* es la coronación y la conclusión del bautismo, en cierta manera el bautismo completo, como Pentecostés es la conclusión de la Pascua y antes se llamaba también «Pascua completa». Ambos sacramentos juntos forman el rito de la consagración del cristiano y por eso sólo pueden recibirse una vez. Mas el hacerse cristiano ha de pasar luego más allá, y madurar en el ser cristiano. Esta mística entrada en la comunión de muerte y resurrección con Cristo por el bautismo y confirmación, ha de renovarse y perfeccionarse diariamente por la mística comunión de vida, sacrificio y mesa en la eucaristía. Sólo entonces está concluido el curso místico de la redención. Estos tres sacramentos se llaman los tres sacramentos de la redención. Todavía se enumeran en nuestros catecismos en el orden primitivo.

Por lo demás, Éfeso no era la única comunidad judía de la diáspora donde se hallaban discípulos del Bautista. Una parte de sus discípulos había sido llevada ya por el mismo Profeta a Jesús. Pero ya durante su vida prodújose cierta tirantez y envidia entre sus discípulos y los de Jesús (Ioh 3, 26). Después de su muerte, sus discípulos se agruparon más estrechamente alrededor de su persona idealizada y formaron congregaciones especiales e independientes; a la otra parte del Jordán, hasta Asia y Egipto batía sus olas el movimiento del Bautista. Aun Juan el Evangelista alude a este movimiento en su prólogo: «Aquél no era la luz; sólo debía dar testimonio de la luz.» Esto no tendría sentido, si entonces no hubiese habido todavía secuaces del Bautista que se empeñaban en ver en él la verdadera luz. En el siglo II fueron desapareciendo poco a poco. Lo que sucedió al Apóstol con los doce discípulos de Juan muestra cuán esencial es para el cristianismo la conexión orgánica con la Iglesia apostólica, y cómo un cristianismo libre de iglesia, independiente, puramente personal o bíblico conduce necesariamente a la separación infructuosa, a la ascética austera y a la formación de sectas, a una imagen débil de Cristo. El cristianismo que Pablo halló en Éfeso era tan sólo un vestíbulo, y así con razón a él se le llama el verdadero fundador de la Iglesia de Éfeso. Tampoco aquí edificó sobre fundamento extraño.

39. «La solicitud por todas las iglesias» (2 Cor 11, 28)

Act 19, 8-10; 20, 19-21.

En Éfeso, Pablo permaneció por lo pronto fiel a su antiguo método: vivió desde el primer día del trabajo de sus manos, y desde muy de mañana hasta cerca del mediodía estaba sentado junto al telar. Le interesaba mucho demostrar en una ciudad comer-

cial e industrial como Éfeso, que el cristianismo y la vida activa no se excluyen, que la religión de Jesús no es una religión para tranquilos visionarios.

Mas tampoco podemos negar este reconocimiento a sus huéspedes de Éfeso. Representémonos la agitada vida en su casa. Ya no podía hablarse de un ordenado gobierno de la casa; todo el día, hasta muy entrada la noche, constantemente acudían a ella personas extrañas, visitas de aquellos que tenían que preguntar algo, que pedían luz en asuntos de conciencia, que se presentaban a fin de ser enseñados para poder ser bautizados, que traían saludos y noticias de las diversas Iglesias de Frigia, Galacia, Macedonia y Grecia y recibían instrucciones. Ciertamente, el que seguía a este hombre era también arrastrado al vértice de esta vida agitada, enormemente enérgica. ¡Nunca se sentía fastidio alrededor de Pablo! Al anoecer había enseñanza de los catecúmenos, así principiantes como adelantados, servicio religioso oral y tantas veces como era posible, a lo menos el domingo, solemnidad eucarística. Cada día habían de formarse más clases de catecúmenos en diversas casas privadas, clases que Pablo confiaba a sus compañeros. Sólo debió de reservarse la dirección superior de toda la enseñanza, los sacramentos de la imposición de manos (confirmación y ordenación sacerdotal) y los grandes discursos públicos. Según el sentimiento religioso de los judíos, los primeros frutos eran especialmente preciosos como consagrados al Señor. Así también Pablo en su Carta a los Romanos (16, 5), con el orgullo que un padre siente por su primogénito, hace saludar de intento a su primer neófito de Éfeso: «Saludadme a mi querido *Epéneto*, es la primicia de Asia (de la provincia de Asia) para Cristo.»

También en Éfeso las sinagogas fueron las que inconscientemente habían preparado el camino al Evangelio, pero hasta que no llegó Pablo, los cristianos de allí no fueron plenamente conscientes de su carácter cristiano, esencialmente distinto del judaísmo. Con sus discursos en las sinagogas, Pablo trabó relaciones con las más diversas clases de la población, con las mejores y más serias, los prosélitos. Éstos formaban como el núcleo de la nueva Iglesia de Éfeso. Los primeros tres meses fueron extraordinariamente preciosos. Pero no pasó mucho tiempo sin que notasen los judíos que el cabal cristianismo católico significaba el fin de su religión limitada a su nación. Pablo no evitó ningún coloquio religioso, si se le buscaba con sincera intención. Mas en las sinagogas todo coloquio degeneraba en soeces insultos. Esto condujo al rompimiento⁵⁶. Desde entonces Pablo no puso más el pie en la sinagoga. El interés por la nueva religión había aumentado tanto, que Pablo por primera vez intentó un método de misión enteramente nuevo. Las casas privadas eran

demasiado pequeñas y no estaban abiertas al común del pueblo. Por esto, a la manera de los retóricos paganos, introdujo discursos públicos a los cuales todo el mundo podía asistir, y a diferencia de los discursos paganos, de balde.

El invierno estaba cercano. Pablo no podía ya continuar su actividad al cielo raso como hasta entonces. Anduvo en busca de un local apropiado. Cierta gramática llamado *Tirano*, probablemente un recién convertido, estuvo dispuesto a alquilar su espaciosa aula. Esta aula estaba quizás en uno de los cinco gimnasios, los cuales, además de campos de juegos y deportes y los baños, contenían también clases para las lecciones de los profesores, retóricos y poetas. La Sociedad Arqueológica Austríaca ha descubierto en las cercanías de la Biblioteca de Celso la planta de un edificio, que por una inscripción se designa como *Auditorium*, y en el que probablemente podría situarse la primera escuela pública de teología de Pablo. Los gimnasios hacía mucho tiempo que no eran ya lo que decía su nombre: sitios de deportes para ejercicios gimnásticos y atléticos, sino junto con los ejercicios corporales comprendían también la formación del ingenio y la diversión. Las lecciones de poetas y filósofos formaban una parte importante de los cursos. Estas aulas eran ábsides de forma semicircular o galerías agrupadas alrededor de un patio de columnas y se llamaban *skholé* (esto es, tiempo libre, ocio, recreación). Así la palabra griega *skholé* poco a poco vino a su significación cultural de serio y sistemático trabajo del ingenio. Hoy en la palabra «escuela» nada ya se nota de su significación primitiva³². Por el códice Beza conocemos hasta la exacta distribución de horas del Apóstol, pero por desgracia no su «programa de lecciones». Hacia las once de la mañana, Tirano había terminado sus lecciones. Entonces había media hora de pausa. Desde las once y media hasta las cuatro y media el aula estaba a disposición de Pablo. Éste era el tiempo libre para cualquiera ocupación. Pero Pablo mismo no conoce ningún tiempo libre. Toda la mañana ha estado trabajando, pensativo, en el telar para ganarse la comida y el alquiler. Después se lava la cara y las manos y se encamina presuroso al aula, donde le aguarda un público muy variado: estudiantes, tenderos y comerciantes, artesanos, empleados públicos y privados, filósofos, hombres y mujeres de las mejores clases de la sociedad, esclavos y libertos. Dos años enteros ejerció Pablo esta afanosa actividad. Las grandes fiestas en honor de Artemisa, especialmente en el mes de mayo, que atrían a las gentes de todos los países, conducían también a los discursos de Pablo a muchos curiosos de toda la provincia de Asia: frigos de los valles del Meandro y del Lico, lidios, gentes de Mileto, Esmirna, Priene, Halicarnaso, de la legendaria Pérgamo, de la Tróade y de todas las

islas del mar Egeo. Acá y allá levanta uno la mano, hace objeciones, pide una más exacta explicación⁵⁶. Los griegos son ingenios sutiles, filosóficos. No en vano estuvo aquí la cuna de la filosofía occidental. Que Pablo tampoco temía dirigir acometidas al culto de Artemisa, cuando se ofrecía la ocasión, se infiere del discurso del platero Demetrio, así como de la carta del Apóstol a los efesios: «¡No viváis ya como estos gentiles! Pues veis cuán inconsistente es su religión, cuán obscurecido está su entendimiento, cuán desviada de Dios su vida, cuán ciegos e ignorantes son. Faltos de todo sentimiento superior, se dan a la disolución, para zambullirse con ardor insaciable en toda suerte de impureza» (Eph 4, 17-19).

Al lado de esta actividad de discursos públicos iba un intenso trabajo minucioso y constante de visitas a las casas y de dirección de las almas en particular, del cual nos traza Pablo una imagen conmovedora en su discurso de despedida de Mileto. No se trataba de tertulias pietistas, sino de una seria lucha por las almas de los recién convertidos, de los flacos, de los vacilantes, dudosos y desalentados. Cuántas veces iba Pablo por el ágora, por los barrios del puerto, por las calles de comercio, por los barrios de los pobres hasta las colinas del Pion y del Coreso⁵⁰. Cuántas tardes estaba sentado con los recién convertidos, y en sus discursos de sobreemsa, que eran usuales conforme a la costumbre oriental, procuraba introducirlos en la profunda inteligencia de Cristo, y les contaba sus viajes de misión y los progresos de la fe en otros países. La Carta a los Efesios nos da quizás un bosquejo de lo que Pablo entonces enseñaba.

La Iglesia estaba entretanto tan robustecida, que Pablo hubo de pensar en una rígida organización. Instituyó una corporación de *presbíteros*, indígenas y residentes, a quienes dio el título de *epískopoi* (superintendentes; Act 20, 28), por el cual en el tiempo de entonces se designaban los empleados comunales y los funcionarios de asociaciones. Después de su partida debían ser los pastores y directores de almas responsables de las Iglesias locales, mientras él mismo retenía en su mano la dirección superior de todas las Iglesias.

En ninguna parte durante su actividad anterior había hallado Pablo para su fuerza expansiva tan rico campo de trabajo ni tan fértil país como en la provincia de Asia, abundante en ciudades. Éfeso era la capital de la provincia más populosa, de unas quinientas ciudades y pueblos. Aquí se le había «abierto una ancha puerta» (1 Cor 16, 9) al mundo de los gentiles. Él mismo permaneció en Éfeso y retuvo en su mano los hilos de su obra misionera muy ramificada, y de casi todas las comunidades recibió enviados que permanecieron con él más o menos tiempo; así los dos macedonios Gayo y Aristarco, Segundo de Tesalónica, Sópatro de Berea. «De

Frigia y Pisidia, Antioquía e Iconio vinieron ágiles gálatas cabalgando, o llevaron en carros, tirados por onagros, pieles y cueros adobados y pelos de cabra, y contaron con abundancia de pormenores la situación en que allí se encontraban sus hijos espirituales. De Filipos envió Lucas pequeñas hojas de papiro, en las cuales estaban apuntadas con la exactitud del médico relaciones sobre el crecimiento y progreso de las comunidades»⁵⁶. De Corinto vinieron comerciantes, marineros y hombres calificados, como Apolo, Erasto, tesorero de la ciudad, y Sóstenes, antiguo presidente de la sinagoga. Si los añadimos a sus antiguos amigos, vemos a Pablo rodeado de un relevante estado mayor de colaboradores, con una junta bendecida por Dios de hombres, con quienes trataba sobre la suerte de todas las congregaciones y a quienes enviaba como fundadores de nuevas congregaciones o iglesias a las ciudades circunvecinas. «Os mandan saludos las iglesias de Asia. Os saludan con grande afecto en el Señor, Áquila y Priscila, con la iglesia de su casa, en la que me hallo hospedado» (1 Cor 16, 19), escribe a la iglesia de Corinto⁵⁰. Dos territorios de misión se ponen aquí de manifiesto: 1.º, el *litoral* al sur y norte de Éfeso; 2.º, el *interior* del país hacia el oriente hasta Frigia, con las siete Iglesias a las cuales están dirigidas las siete cartas del Apocalipsis. Éfeso era la llave para los cuatro valles por los que discurren los ríos Caistro, Meandro, Hermo y Caico, y para las ciudades situadas a sus orillas en su curso y cerca de sus desembocaduras. Por desgracia, hemos de lamentar las lagunas de los Hechos de los Apóstoles también respecto de esta vasta actividad de los misioneros auxiliares de Pablo. Se nota precisamente que Lucas aquí no puede hacer una relación de lo visto por él mismo. Pero en las Cartas del Apóstol y en el Apocalipsis aparecen siempre nuevas comunidades, cuya fundación ha de remontarse en lo esencial a este tiempo. Así, pues, los compañeros del Apóstol fueron a *Mileto*, la Venecia de la antigüedad que todavía evocaba la gloria intelectual de los tiempos de Tales, Anaximandro y Anaximenes, pero que ahora debía su fama al oráculo de Apolo de Dídima y a la riqueza de su industria de tejidos de lana. Se encaminaron a *Esmirna*, la reina del mar, al pie del sombrío Sipilo, y a la industriosa *Magnesia*, donde los martillos de los herreros se oían retumbar ya de lejos; a *Trales*, a los negociantes en pasas y plantadores de higueras, a los cuales se dice haber predicado el Evangelio el diácono Felipe. Otros fueron Caistro arriba a *Filadelfia* o llegaron por el desfiladero del Tmolos a *Sardes*, la celebrísima residencia de Cresos, atrevidamente situada, con el templo de Cibeles y las sepulturas de los reyes de Lidia, a *Tiatira*, patria de la tratante en púrpura Lidia; después arriba a *Pérgamo*, donde, según el Apocalipsis, estaba el «trono de Sa-

tanás», el gran templo y altar de Zeus, cuyos restos hablan todavía hoy un elocuente lenguaje en el Museo de Pérgamo, de Berlín. Si llegaron también a *Tróade* y *Asso*, o si Lucas predicó allí, no lo sabemos. Como quiera que sea, Pablo, poco después en su viaje a Corinto, halló en Tróade una comunidad de cristianos. Así se desarrollaron las siete Iglesias de Asia. En todas estas ciudades florecían colonias judías, poderosos gremios de artesanos, semejantes a los de nuestras ciudades medievales. Una larga paz después de la desgracia de las guerras civiles había hecho los corazones capaces para recibir la dicha de una existencia tranquila en Dios. Como una corona de siete estrellas rodeaban estas congregaciones hijas a la congregación madre de Éfeso, y como un candelabro de siete brazos difundían la clara luz de la fe en las tinieblas paganas. Lleno de gozo podía Pablo escribir desde Roma a estas comunidades: «En otro tiempo erais tinieblas, mas ahora sois luz en el Señor» (Eph 5, 8). Ha de causar maravilla que tan corto espacio de tiempo fuese suficiente para extender el Evangelio por toda la provincia. Pero los Hechos de los Apóstoles ponen fuera de duda que «todos los habitantes de Asia, judíos y gentiles, oyeron la palabra del Señor», y Demetrio pudo azuzar al pueblo con la indicación de que «este Pablo con su doctrina no sólo en Éfeso sino en toda el Asia ha persuadido y hecho mudar de creencia a mucha gente».

Con la mayor exuberancia florecía la fe cristiana en un rico distrito del sudoeste de Frigia, en el valle del Lico. Allí estaban juntas tres ciudades llenas de vida activa: Colosas, Laodicea y Hierápolis. *Colosas* (hoy *Khonas*) era una pequeña y acogedora ciudad de provincia, chapada a la antigua, al pie del monte Cadmo, el cual con su ingente macizo cubierto de nieve forma un imponente fondo y con sus numerosos arroyos alimenta el Lico y el Meandro. El apóstol de este territorio fue *Epafras*, un noble griego de Colosas, que había sido ganado para la fe por Pablo, el cual le tenía especial predilección por ser amigo y colaborador suyo. Pablo da de él este hermoso testimonio: «Habéis sido instruidos por Epafras, nuestro querido consiervo, que es para con nosotros un fiel ministro de Cristo» (Col 1, 7). Éste más tarde compartió la prisión del Apóstol en Roma. Por él quizá Pablo se hizo amigo también de *Filemón*, rico ciudadano de Colosas, que con su mujer *Apfia* le debía la mayor dicha de su vida y por esto puso su casa a disposición de las reuniones religiosas. Su esclavo *Onésimo* debió de llevar a Pablo muchas misivas. Filemón un día llevó también consigo a su amigo o pariente *Arquípo* a la casa de Pablo, el cual se prendó tanto de las buenas cualidades del joven, que más tarde le confió el cargo de presbítero en Colosas y le llamó su «compañero en los combates» (Col 4, 17; Philem 2; 2 Tim 2, 3).

De Colosas fue Epafras a la vecina *Laodicea* (Eski Hissar), la cual fabricaba la más hermosa púrpura y era célebre por una escuela de oculistas. A esto alude sin duda Juan, cuando dirige a esta comunidad la amonestación: «Unge tus ojos con colirio, para que veas» (Apoc 3, 18). También aquí había Epafras fundado una comunidad, que se reunía en casa de Linfas (= Linfodoro) (Col 4, 15). Al cabo de quince años, esta iglesia recibió ya del apóstol Juan la más grave amonestación entre las siete iglesias de Asia: «Al ángel de la iglesia de Laodicea escribirás: Esto dice la misma verdad, el testigo fiel y verdadero, el principio de las criaturas de Dios. Conozco bien tus obras, que ni eres frío ni caliente; ¡ojalá fueras frío, o caliente! Mas por cuanto eres tibio, y no frío, ni caliente, estoy para vomitarte de mi boca» (Apoc 3, 14-16). Las actuales ruinas de esta ciudad, con su horrible confusión, constituyen «el sobrecogedor cumplimiento de aquella terrible amenaza de juicio»⁵⁰.

En la otra parte del valle está situada sobre una elevada grada de roca la antigua ciudad santa de los frigios, *Hierápolis*, célebre por una de las más raras maravillas de la naturaleza. El agua del río y numerosas fuentes calientes que aquí nacen, se precipitan en grandiosas cabriolas de risco en risco, forman magníficas cascadas y se solidifican con una palabra mágica, en extrañas formas de estalactitas, produciendo una ancha catarata petrificada⁵⁰ o forman un reino subterráneo de pequeñas grutas y pequeños palacios de hadas con bóvedas de estalactitas. También aquí había trabajado Epafras como mensajero de la fe. Toda vez que Pablo escribe acerca de él: «... siempre solícito en rogar por nosotros en sus oraciones... Yo soy testigo de lo mucho que se afana por vosotros, y por los de Laodicea, y de Hierápolis», suponemos que Epafras debió de ejercer sobre aquellas regiones una especie de cargo de superintendente u obispo.

Treinta años más tarde estuvo aquí, como obispo, el bondadoso anciano Papias, un tanto hablador, que reunió las «máximas del Señor» de manera fiel de boca de los discípulos de los apóstoles, y que llegó aún a conocer a Juan el Evangelista. Hierápolis era una ciudad de gran cultura, donde por entonces floreció el esclavo Epicteto, que al igual que Séneca proporcionó al mundo pagano algunos de los más nobles pensamientos de la ética estoica y que habrían honrado a un filósofo cristiano.

El pueblo frigio se inclinaba a la mística y a la fantasía, y practicaba, bajo la doble influencia del parsismo (religión de Zoroastro, pérsico-iránica) y del judaísmo tardío, un culto supersticioso a los ángeles y demonios, todavía floreciente en el siglo IV, según lo demuestran los escritos y las actas del concilio de Laodicea. Es como

si el suelo volcánico estuviera constantemente sacudiendo el espíritu de sus habitantes. El hombre es también en su parte mental, en cierto grado, hijo de su país y lleva su colorido en la vestidura de sus pensamientos. De aquí salió el antiguo sacerdote de Cibeles, fundador de la fanática secta de los montanistas. Aquí tuvieron su origen las formas más extravagantes del gnosticismo asiático, hasta las locas ideas de los ofitas, que adoraban la divinidad de Cristo en forma de serpiente. Sin embargo, Frigia llegó a ser muy pronto, por el trabajo preparatorio de los discípulos de Pablo, un reducto del cristianismo del tiempo de los apóstoles: Trófimo, Tíquico, Telesforo⁷⁸. El carácter de cristianismo primitivo de Frigia queda atestiguado por una serie de pinturas e inscripciones funerarias, que debemos agradecer a los descubrimientos del investigador Ramsay, que tanto ha estudiado la figura de san Pablo. El ejemplo más interesante que nos demuestra lo viva que en Frigia era la veneración del Apóstol, es la famosa inscripción de su obispo Abercio de Hierópolis, en la cual dio una expresión tan arcaica y misteriosa de su fe en la Iglesia romana y en la eucaristía (Disciplina del Arcano). Su preocupación por la unidad y pureza de la fe le llevó, impulsado por el divino Pastor, hacia Roma, en tiempo del emperador Marco Aurelio:

Y allí vi un pueblo con un sello deslumbrante (el bautismo).
 Por todas partes hallaba a personas que pensaban como yo (contra el montanismo),
 Ya que llevaba a Pablo por compañero de viaje (sus cartas).
 La fe era mi guía.
 Ella me daba, por todas partes, como alimento, el pescado de la fuente.
 En extremo grande y limpia, que la santa Virgen pescaba...
 Como manjar ofrecía a todos los amigos,
 Vino puro mezclado con agua y al mismo tiempo pan.

¿Cómo podía, bajo aquel sol homérico, en aquella Jonia llena de lujo y molicie, echar raíces el Evangelio, el cual, nacido en el seno de la pobreza, es en un clima de pobreza donde mejor se desenvuelve? La contestación nos la da el cuadro de los estratos sociales de la iglesia de la que Pablo nos traza un bosquejo en la Carta a los Corintios. En Éfeso, igualmente que en Corinto, el evangelio fue aceptado con interés por las capas sociales inferiores, que veían en él un consuelo y una liberación ante la grande injusticia social de entonces.

Pero hay una seria advertencia en la suerte de las ciudades cristianas del Asia Menor. El cristianismo no supo conservar la altura de sus primeros tiempos de fundación, degenerando pronto en tibieza y en ideas mundanas. El paño mortuorio, blanco como la

nieve, con el cual cubrieron a la antigua ciudad de Hierópolis los sedimentos de cálidas fuentes, este símbolo de muerte espiritual, se fue ensanchando progresivamente por toda el Asia Menor, así que a la Media Luna le fue muy fácil arrumbar con este cristianismo paralizado en fórmulas, y hoy día apenas quedan allí media docena de cristianos. El recuerdo de Pablo, el «lleno de Dios», como se le ensalzaba en palabras hueras, fue arrinconado poco a poco, y finalmente olvidado del todo, y se cumplió la amenaza del profeta: «Cambiaré el candelabro de sitio» (Apoc 2, 5).

40. *Las «alturas de Dios»
y las «profundidades de Satanás»*

Act 19, 11 - 22.

Pablo estaba en el cenit de su actividad. Los discursos públicos en el aula de Tirano, su vasto influjo en toda la provincia, la entereza de su carácter, debieron de hacer también gran impresión en los que tenían influencia en la vida política. Pues sabemos que varios *asíarcas*, esto es, miembros de las cortes provinciales y directores de los juegos públicos, habían contraído amistad con él. Asimismo el canciller de la ciudad parece haberle sido afecto. Este trato amistoso del Apóstol con *hombres directivos* y paganos de gran cultura intelectual es muy instructivo. El cristianismo conforme al modelo del Señor nunca ha desdeñado ganar influjo sobre estos hombres, como nos lo mostró Pablo ya en Atenas. No es una religión de campesinos, sino que se dirige igualmente a todas las capas sociales y clases de cultura. Pero el amor y la confianza del pueblo sencillo e incorrupto permanecerá siempre el fundamento más sólido de una genuina Iglesia popular. Una amistad demasiado grande con los ricos y poderosos de este mundo puede engendrar en la misma Iglesia, por una especie de corriente de inducción, una disposición de espíritu que habría de enajenarle el corazón del pueblo. El pueblo es extraordinariamente sensible para la verdadera voz del buen pastor, pero tiene también un oído muy fino para todos los tonos bajos. Pablo se guardaba cuidadosamente de semejante apariencia. «No quiero dominar vuestra fe, sino coadyuvar a vuestro gozo», solía decir.

Por entonces andaban girando de una parte a otra gran número de charlatanes, seductores del pueblo, judíos y paganos, que se aprovechaban de la sencilla fe del pueblo anhelosa de milagros para sus fines egoístas. El taumaturgo pagano *Apolonio de Tiana*, al cual ya hemos encontrado en Atenas, «mezcla de soñador y charlatán»³³, pudo precisamente entonces haber morado en Éfeso⁵⁰.

El astrólogo *Babilo*, que obtuvo tan aciago influjo sobre Nerón, era natural de Éfeso. Las curaciones prodigiosas del dios de la salud Asklepios o Esculapio, los filtros y hechizos preservativos, la astrología y la adivinación daban abundante sustento a toda una caterva de sacerdotes, charlatanes y hechiceros. Éfeso era una ciudad donde la teosofía, el ocultismo y la nigromancia tenían muchos partidarios y los espiritistas introducían a la gente en las «*profundidades de Satanás*» (Apoc 2, 24). Florecía aquí una rama especial de la ciencia oculta, de los papiros mágicos y semejante vana literatura, que eran célebres en todo el mundo con el nombre de *Ephesia grammata*. En semejante mundo, que era tan aficionado a lo mágico y demoníaco, hubo Pablo de hacer brillar como contrapeso su grande don carismático. La situación llamaba de suyo a la liza a las más profundas fuerzas de defensa carismática del alma del Apóstol. Sus *hechos poderosos en Éfeso* que refiere Lucas son la prueba de ello. Los maestros de la nigromancia quedaron maravillados de la fuerza psíquica que procedía de Pablo. Lo que no alcanzó la predicación, hicieronlo las «pruebas del espíritu y de la fuerza», las curaciones de enfermos y expulsión de demonios. Los enfermos de la antigüedad pagana, como todavía hoy en los países paganos de misión, pertenecían al número de los más pobres. Los santuarios de Asclepio estaban siempre rodeados de toda humana dolencia. Algunos estados nerviosos, espasmos y fenómenos de parálisis pudieron haber desaparecido por la general excitación psíquica, lo cual indican sin duda los muchos exvotos hallados, como por ejemplo los que están reunidos en el museo de Corinto la Vieja. Mas sólo el cristianismo ha curado el mal en su raíz, alejando por la fuerza de la gracia del Redentor la más profunda causa, la perturbación psíquicomoral, la decadencia moral de la personalidad, y desatando el tétanos del alma. Cuando Pablo iba por las calles, yacían a lo largo de las casas enfermos, paralíticos, hombres corroidos por la lepra con llagas purulentas y le tendían suplicantes las manos o muñones de brazo, como todavía hoy se puede ver en el Oriente. Y Pablo con la invocación del nombre de Jesús los hacía sanos, sin otra recompensa que la de que en adelante alabasen el nombre de Jesús. «¡Habéislo recibido de balde, dadlo también de balde!» Su fama de taumaturgo fue tan grande, que la gente venía a casa de Priscila y pedía ropa blanca y prendas de vestir, pañuelos y mandiles de trabajo del Apóstol, naturalmente sin saberlo él. Acá y allá sin duda una oyente durante el discurso le quitaba a hurtadillas, con fe piadosa, el pañuelo para ponerlo en su casa sobre un enfermo⁵⁶.

La fuerza de su influjo era tan grande que algunos lograban conjurar a los demonios refiriéndose a Pablo. Entre los judíos ejerci-

tóse la conjuración de los espíritus desde tiempo muy antiguo; exorcistas judíos recorrían todo el Oriente y ganaban mucho dinero. Ya habla de ellos Jesús (Mt 12, 27 y Lc 11, 19). También conocen los evangelistas a unos, quizá discípulos de Juan, que en «nombre de Jesús» echaban los demonios (Mc 9, 38 y 9, 49). Todavía en el siglo segundo los exorcistas judíos recorrían el país (JUSTINO, *Diálogo* 85)⁶³. La predilección de los efesios por semejantes horribles espectáculos y su agradable atractivo dio ocasión a un suceso penoso, que describe Lucas con cierto tinte de buen humor. Los siete hijos de un príncipe de los sacerdotes judíos por nombre Sceva, tropa de conjuradores de demonios que andaba por acá y acullá, efectuaron un exorcismo en público. El poseso se burlaba de todos sus esfuerzos. La multitud, desengañada, se declaró, como solía suceder, contra los chapuceros: toda su reputación estaba en peligro. Entonces en su desesperación intentaron valerse del mismo «hechizo» de que, según opinión, se valía Pablo, del «nombre de Jesús que Pablo anuncia». Pero el nombre de Jesús no se puede usar como hechizo. Recibieron esta respuesta burlona del espíritu demoníaco, por boca del poseso: «A Jesús bien le conozco, y también a Pablo; mas vosotros ¿quienes sois?» Con esto, el poseso se precipitó furioso sobre ellos, maltrató terriblemente a dos de ellos, les arrebató los vestidos del cuerpo, mientras que los otros hubieron de dejar el campo con mofa e ignominia. Una escena semejante atestigua Flavio Josefo de cierto Eleazar, que en presencia de Vespasiano sacaba a los posesos el demonio con la ayuda de un anillo (*Ant. iud.* 8, 2, 5). La falta de sinceridad religiosa en aquéllos había sido amargamente castigada. Esto fue un gran triunfo para Pablo. El nombre de Jesús estaba ahora en la boca de todos y era pronunciado con veneración. Ahora era claro que Pablo no ejecutaba milagros por un hechizo, sino por la fuerza del Cristo celestial. Realizóse ahí la lucha de la que escribe Pablo: «Nuestra lucha no va contra la carne y sangre, sino contra los poderes, contra las potestades, contra los dominadores de este mundo tenebroso, contra los espíritus malignos del aire» (Eph 6, 12).

El nombre de Jesús triunfaba en todas las calles. Cien sermones del Apóstol no hubieran tenido tal efecto como esta prueba por los hechos. ¡Éste es el poder de la realidad! Pablo lo notó pronto en el número de los que acudieron a su escuela. El gran taumaturgo les parecía como si estuviese rodeado de un poder superior, como si fuese uno de aquellos hombres divinos que, según la creencia de los antiguos, son enviados del cielo de tiempo en tiempo con divinas fuerzas y encargos. Cuando él pronunció el nombre de Jesús, ¡cómo sonó muy de otra manera que en la boca de los desgraciados conjuradores de demonios, con una plenitud de mil voces!

Y cuando luego exclamó con interior conmoción, refiriéndose a Jesús: «Por lo cual, también Dios le ensalzó, y le dio nombre superior a todo nombre: al fin de que al nombre de Jesús se doble toda rodilla en el cielo, en la tierra y debajo de la tierra, y toda lengua confiese que Jesucristo es Señor, para gloria de Dios Padre» (Phil 2, 10), entonces pasó un temblor y estremecimiento por los presentes. Muchos creyeron, y uno después de otro gritó con ansiedad: «¡Pablo, invoca a tu Jesús también sobre mí y ayúdame!» La conmoción del alma, una especie de despertar interior provocó una general confesión pública de los pecados, que para nosotros los hombres poco expansivos de países del norte es incomprensible, pero a los de países del sur no les es difícil. Pablo, gran conocedor y dominador de las almas, tenía práctica en estas cosas. Dióle mucho trabajo tranquilizar a la gente y dirigir por el recto camino la conmoción todavía no purificada. Aquel día no hubo ya continuación del discurso. Medio llevaron en brazos, medio empujaron a Pablo a salir al ágora. De todas partes traían sus escritos ocultos y papiros de magia, sus libros interpretativos de sueños y sus *Ephesia grammata*. Pronto ardió un fuego que chisporroteaba y en el cual se quemaban silbando pergaminos y amuletos. La suerte nos ha conservado semejantes papiros con sentencias mágicas, en los cuales hay un batiburrillo estólido de palabras ininteligibles: *aski, kataski, aiks, tetraks* [n. 21]. Habían caído del cielo en alguna parte, como nuestras cartas de buena suerte, hacían a uno invulnerable, eran buenos contra la gota y la parálisis, protegían contra las brujas y el mal de ojo. Otros traían libros de magia de Noé y Salomón (grab. 23) y los arrojaban a las llamas. Así quedaban tranquilos y creían haber expiado su culpa. Debió de ser un importante auto de fe, cuando Lucas evalúa el valor de los libros quemados en 50 000 dracmas de plata. Fue un potente fanal ante toda Éfeso, señal de que el poderío del antiguo paganismo había de rendirse a la luz del Evangelio. Sólo una vez en la historia volvió a repetirse semejante escena de quema pública de libros. Fue más de 1400 años más tarde, en la plaza del mercado de Florencia, bajo la acción irresistible de la predicación de penitencia de Savonarola.

Aquí se nos presenta de nuevo la diferencia fundamental entre religión revelada y religión natural. Un sello característico muy corriente de toda religión natural, que tiene su origen en las profundidades irracionales del alma humana y en el impulso natural de la sangre, es la propensión a la superstición y a la magia.

Esta inclinación prosperaba en el fondo de todos los pueblos antiguos, sobre todo en los semitas y los fenicios. En tiempos de nuestro clásico humanismo del siglo dieciocho se ha fantaseado y glorificado el cuadro ideal de la religión griega, encontrando esto

su más genuina manifestación en el poema de SCHILLER *Los Dioses de Grecia*. Hoy sabemos que la religión griega junto al luminoso elemento apolíneo tenía todavía otro elemento, oscuro e irracional, el dionisiaco, de manera que en ella reunía contrastes enormes. Juntamente con los dioses de las alturas conocían y adoraban también a los dioses de las profundidades; junto a los poderes bondadosos y graves, también los poderes terribles, las fuerzas subterráneas y abismales de la procreación, la sangre, la muerte y el destino, unas veces potencias de carácter celeste y otras veces de naturaleza demoníaca. La primitiva y elevada religión monoteísta de Zeus difícilmente pudo resistir la penetración de la influencia de las asiáticas y fenicias del culto de Astarté. La Artemisa o Diana de Éfeso era una prueba de que algunas conocidas divinidades griegas adquirieron rasgos orientales que no eran griegos. «Dioniso nos descubre las posibilidades oscuras y caóticas del alma griega, y saca a relucir, temeroso, con terrible claridad el ansia oculta en los rincones del corazón humano, de una manera soberbia, espantosa, que sorprende a la razón (TASSILO VON SCHEFFER, *Die Kultur der Griechen*).

¿De dónde le vino a Pablo este enorme influjo sobre los hombres? Éste era, como en todos los grandes hombres y santos, su secreto personal. Era el poder de su firme personalidad, de su vida desinteresada procedente de un centro divino unitario, de Cristo. Éste es el secreto del verdadero, legítimo y benéfico influjo, que viene de la luz de Dios y conduce a la luz. Hay todavía otro secreto del influjo, del dominio sobre los hombres: el secreto del influjo demoníaco, que procede de la profundidad, de la acción demoníaca de Satanás y conduce a las «profundidades de Satanás». Éstos son los extraños hijos del caos. Semejantes hombres y falsos profetas vienen en tiempos caóticos y arrastran a su bando a todas las naturalezas flacas y sin personalidad propia, y además a todas las naturalezas decaídas en sí y desavenidas con Dios. La historia de las religiones de tiempos antiguos ofrece ejemplos poco edificantes.

Pablo era muy grande conocedor de las almas y sabía por tanto que la elevación de los ánimos, tal como entonces reinaba, no podía mantenerse andando el tiempo. Al *hosanna* ha seguido siempre el *crucifige*. Por breve tiempo se acumuló sobre Pablo un exceso de entusiasta veneración. Pero era demasiado prudente para embriagarse con estos felices éxitos y respirar con gusto esta fragancia de incienso. Sabía que ahora estaba movilizado contra él *el poder del infierno*. Para él el demorio no era ninguna fantasía, sino una dura realidad. La primera Carta a los Corintios, que se escribió por este tiempo en Éfeso, y la segunda, redactada después del estallido de la pasión popular, nos muestran el reverso de la medalla. Vino

pronto un tiempo «de gran humillación, de lágrimas y pruebas» (Act 20, 19). Tal oleada de pena y aflicción se precipitó sobre él, que da ya por perdida su vida y el vivir le causa tedio. Tanto los Hechos de los Apóstoles como la Carta a los Efesios nos dan la clave para entender tales tribulaciones. Él tenía conciencia de que un poder infernal estaba trabajando contra él detrás de la escena. Diversos malos espíritus se habían juntado contra él para una acometida concéntrica. Éstos son hechos conocidos en la vida de los santos. Apenas hay un santo o místico en cuya vida no represente un papel el Diablo. Y no cree seriamente en un Dios personal, ni tiene fe de experiencia, el que no reconoce la existencia del gran contrario de Dios, cual es Satanás el Diablo.

La altura de su vida en Cristo fue para Pablo también la altura de sus padecimientos por Cristo. Debió de llevar una vida de gran indignidad, cuando pudo escribir entonces a Corinto: «Hasta esta hora estamos padeciendo hambre y sed y apenas tenemos lo necesario para vestirnos» (1 Cor 4, 11). Semejante pobreza procedía de una grandeza de alma que era desacostumbrada en sus codiciosos hermanos de raza. Pablo sólo podía dedicar la más pequeña parte de su tiempo al trabajo manual, el cual había de interrumpirse con frecuencia durante días enteros. El trabajo más importante y más urgente era la dirección de las almas, la correspondencia con las comunidades extranjeras.

Pero aún más orgulloso que de su pobreza, se sentía de hallarse al servicio de Jesús crucificado⁵⁶. Precisamente entonces escribía a sus gálatas: «Lejos esté de mí el gloriarme sino en la cruz de nuestro Señor Jesucristo» (Gal 6, 14). En sus dos Cartas a los Corintios nos ha dejado no menos de cuatro catálogos conmovedores de padecimientos. «A nosotros, los apóstoles, creo que Dios nos trata como a los últimos hombres, como a los condenados a muerte: haciéndonos servir de espectáculo al mundo, a los ángeles y a los hombres. Nosotros somos necios por amor de Cristo, mas vosotros sois los prudentes en Cristo; nosotros flacos, vosotros fuertes; vosotros sois honrados, nosotros viles y despreciados. Hasta la hora presente andamos sufriendo el hambre, la sed, la desnudez, los malos tratos, y no tenemos donde fijar nuestro domicilio. Y nos afanamos trabajando con nuestras propias manos: nos maldicen, y bendecimos; padecemos persecución, y la sufrimos con paciencia: nos ultrajan, y retornamos súplicas: somos, en fin, tratados hasta el presente como la basura del mundo, como la escoria de todos» (1 Cor 4, 9-13). Cumplir con padecimientos las obligaciones terrenas: esto lo había visto Pablo en el ejemplo de su divino Maestro. Cuando Pablo en sus discursos venía a hablar de la pasión de Cristo, de su sangrienta flagelación, entonces podía suceder que súbita-

mente aflojase su vestido cerca del cuello y la nuca, de manera que fuesen visibles las líneas rojizas que procedían de los golpes de los azotes. Entonces las llamaba con toda tranquilidad «las señales del Crucificado que llevaba en su cuerpo» (Gal 6, 17; 2 Cor 4, 10). Como los esclavos llevaban con frecuencia marcado con hierro candente en el cuello el monograma de su señor, y los legionarios la señal de su legión en el brazo y en el pecho, así Pablo llevaba con orgullo como esclavo de Cristo las señales de su Señor celestial⁵⁶ [n. 27].

Como la experiencia más terrible del tiempo en que estuvo en Éfeso, menciona Pablo el haber «luchado en Éfeso con bestias feroces» (1 Cor 15, 32). Algunos exegetas toman esta expresión en sentido figurado, otros literalmente, como de un hecho realmente acaecido, del que nos han dejado una descripción interesante y novelesca las *Actas de san Pablo* [n. 8]. WEIZSÄCKER (*Das apostolische Zeitalter*) escribe: «No es imagen, es un hecho. ¿Qué sentido tendría el comparar a sus enemigos humanos con animales salvajes si no debiera entenderse por lo menos la lucha con fuerzas físicas, con ataque a vida o muerte? El estadio para las competiciones, cárceles de fieras y luchas de gladiadores estaba ya terminado. Todavía hoy existen dos inscripciones sobre unos sillares, con la dedicación del recinto de los espectadores a Artemisa y al emperador Nerón». Todavía existen las mazmorras para las «bestias líbicas», según rezan algunas inscripciones, a las cuales Pablo podía hacer alusión cuando él, según opinión de nuevos investigadores, compara su lucha espiritual de Éfeso con una lucha con las fieras, pues él no podía ser condenado a tal lucha literal, por ser ciudadano romano, sin perder su derecho de ciudadanía⁵⁰. Sea como sea, la expresión recuerda un pasaje de la carta del obispo mártir Ignacio de Antioquía, que imitando a sabiendas el estilo de su venerado maestro, describe sus penalidades bajo la vigilancia de los soldados en el barco que lo trasladó como prisionero: «Desde Siria hasta Roma tuve que luchar con bestias, estoy encadenado con diez leopardos». Esto está dicho en sentido figurado, aunque se trata de un suceso real. Si al Apóstol «no se le quiere acusar sencillamente de una fanfarronada», hay que sospechar también en él una experiencia muy real. Una catástrofe que casi le hubiera aniquilado. Todo intento de suavizar tales palabras fracasa ante el lenguaje altamente realista del Apóstol: «A nosotros, los apóstoles, creo que Dios nos trata como a los últimos hombres, como a los condenados a muerte: haciéndonos servir de espectáculo al mundo, a los ángeles y a los hombres» (1 Cor 4, 9). Y poco después de acaecida dicha catástrofe, escribe: «Pues no quiero, hermanos, que ignoréis la tribulación que padecemos en Asia, los males de que nos vimos abru-

mados, tan excesivos y tan superiores a nuestras fuerzas, que nos hacían pesada la misma vida. Pero si sentimos pronunciar allá dentro de nosotros el fallo de nuestra muerte, fue a fin de que no pudiésemos nuestra confianza en nosotros, sino en Dios, que resucita a los muertos» (2 Cor 1, 8).

Algunos modernos investigadores suponen, no del todo sin fundamento, una *prisión del Apóstol en Éfeso* (alegando 2 Cor 6, 5, y 11, 23). Cuando Pablo en su Carta a los Romanos (16, 4) declara poco después, lleno de profundo agradecimiento, que debe su vida a Áquila y Priscila («expusieron la cabeza por mi vida»), y en la misma carta llama a Andrónico y Junia sus «paisanos y copriisioneros», no se puede aquí suponer una metafórica manera de expresión. Hay todavía una tradición más reciente que habla de una prisión de Pablo en el Coreso (hoy Bülbül-Dagh, esto es, «montaña de los ruseñores»), aunque también se ha descubierto que la localización de esta cárcel se había confundido con una torre de vigía romana (W. MICHAELIS, *Die Gefangenschaft des Paulus in Ephesus*, Gütersloh 1925).

¡Cuán horribles cosas hubo de padecer Pablo, cuando a él, el hombre laborioso y experimentado en padecimientos, parecióle la muerte como un refugio agradable de su tedio de la vida! ¡Cuando a los egoístas y porfiados corintios describe no menos de cuatro veces el exceso de sus padecimientos, hay que ser algo más que sordo para no percibir la socrática ironía, su herencia griega, en esta su «jactancia»!

A estos padecimientos exteriores se añadía aún a mayor abundamiento la *pena del alma*, que le daban sus queridos hijos los corintios y gálatas. Su corazón y su ánimo estaban llenos de aflicción, cuando pensaba en que la obra de toda su vida, que había edificado como «prudente arquitecto» de Dios, amenazaba derrumbarse por la agitación de sus adversarios judíos. Lo que aumentaba todavía su pena, era para un hombre tan sensible como Pablo el verse en tan grande soledad y desamparo. Precisamente por este tiempo estaba casi solo, privado de sus más íntimos amigos. Timoteo, Erasto y Tito habían ido a Macedonia y Grecia. No es maravilla que tuviese momentos de grave abatimiento. Conocemos esto en él desde Corinto, cuando estaba sin poder dormir y había en su alma tanta tristeza. Pero luego quedó otra vez poseído de una fuerza interior, y oyó esta voz de su Señor: «¡No temas! ¡Tengo mucha gente en esta ciudad!» Así continuamente creyó él en la fuerza de Dios, que puede producir de la muerte la vida. Él no se había desesperado en Corinto, tampoco se desesperó en Éfeso. Así también aquí en Éfeso su hombre interior salió de todos los padecimientos nuevamente fortalecido. «Pero teniendo un mismo espíritu

de fe, según está escrito: Creí, por eso hablé; nosotros también creemos, y por eso hablamos; estando ciertos de que quien resucitó a Jesús, nos resucitará también a nosotros con Jesús... Por esto no nos desanimamos; aunque nuestro hombre exterior se vaya desmoronando, el interior se renueva de día en día» (2 Cor 4, 13, 14 y 16). Sólo quien cree como Pablo, puede hablar y tiene derecho para hablar así de sus padecimientos. También en Éfeso le mantuvieron en pie sólo las voces celestiales, llamándole a nuevo trabajo (Act 19, 21). El camino que le señalaron fue Macedonia, Acaya, Jerusalén, y finalmente, más allá del Oriente, el oculto anhelo del Apóstol: ¡Roma! «Después de haber estado allí, es necesario que yo vaya también a Roma» (Act 19, 21). El espíritu le señalaba precisamente entonces la capital del mundo como el foco desde el cual la luz de Cristo debía irradiar para siempre. Tal fue la gran visión que le sostuvo en aquellos días tan llenos de pesares: *Prope Romam semper!*

41. «¡Habéis sido llamados a la libertad!»

Carta a los Gálatas.

Lo que Pablo ya hacía mucho tiempo veía venir con inquieto cuidado, se había efectuado. A la hermosa armonía, a la ideal relación de confianza entre él y sus queridos gálatas habían antes causado una seria disonancia sus adversarios judío-cristianos. Cada día menudeaban más las noticias de que ahora finalmente habían invadido sus primeras fundaciones predilectas al norte del Tauro y allí llevaban a efecto una viva contramisión.

Pablo tenía la costumbre de enviar a sus discípulos a largos viajes de información. ¿Había traído Timoteo tales noticias de su patria? ¿O tal vez habían llegado unos colonos gálatas al taller de Áquila, para ver a Pablo, y con vivos ademanes le contaron los hechos recientemente acaecidos? Declararon que habían venido de Jerusalén unos predicadores ilustres extranjeros con cartas de recomendación de los amigos de Santiago el Menor y llevaban la grave noticia a las casas de los hermanos más autorizados y a las reuniones religiosas. Éstos decían que Pablo había predicado un Evangelio mutilado, que no era un adecuado apóstol como los de Jerusalén, porque nunca había visto a Jesús. Que tenía que aprender el Evangelio sólo de los antiguos apóstoles, que eran los únicos «competentes». Que en Jerusalén había quedado muy mal, pues había pasado por alto la cuestión principal: de que también los pagano-cristianos estaban obligados a aceptar la Ley de Moisés. Que esto era debido a que quería transformar el Evangelio según

el gusto de los gentiles, para juntar el mayor número posible de ellos. Que obraba a veces de una manera y otras veces de otra. Que en Listra había hecho circuncidar a Timoteo, para lisonjear a los judíos; y que, en cambio, entre los gentiles nada decía de la circuncisión para complacerles. Que habían sido enviados de Jerusalén, para reemplazar el Evangelio mutilado por el genuino⁵⁶.

A Pablo se le llenaron de lágrimas los ojos. De la mejor gana se hubiera puesto al punto en camino con estos correos de Galacia y partido para ver a sus queridos gálatas, estos niños grandes de ojos ingenuos y corazones volubles. Pero el tropel cotidiano de negocios, la solicitud por todas las iglesias se lo impidió. ¿Quiénes eran estos perturbadores? Eran, evidentemente, emisarios de aquellos «falsos hermanos introducidos» y celadores, que rechazaban fanáticamente todo lo no judío y que se habían introducido también en la joven Iglesia, a fin de utilizarla como instrumento para sus fines nacionales e intentaban ejercer una especie de tiranía hasta sobre los apóstoles. Echaron todo el ruido de la agitación por la Ley a las comunidades pacíficas de Pablo, a las casas y familias, de suerte que desde ahora las «riñas y contiendas» (Gal 5, 15) fueron el pan diario donde antes se ejercitaban las obras del espíritu. Pablo habría podido soportar el ataque contra él mismo, pero lo que le desgarraba el corazón era ver cómo se engañaba a aquellas almas sencillas y primitivas acerca de su más preciado tesoro, de su libertad en Cristo. Cuando Pablo dirigía una mirada a lo que él había traído a sus comunidades, veía detrás de sí «una cinta ígnea del Espíritu», veía brillar carismas sobre carismas, milagros sobre milagros. Sus recién convertidos oraban, cantaban, daban llenos de gozo acciones de gracia eucarísticas a su Cristo, hablaban en diversas lenguas, curaban a los enfermos y hacían milagros. Y ahora este elevado fervor de la nueva vida ¿debía hacer lugar a una sobria y fría práctica de la Ley? Si no queremos suponer que Pablo exageraba, hemos de imaginarnos como gravísima la situación en que se encontraba. La esencia y el futuro del cristianismo se hallaban en peligro^{35 a} Oscilaba el fiel de la balanza. ¿De qué se trataba? De nada menos que de si el cristianismo debía ser una religión formalista y ritual, una religión de prácticas exteriores, como las religiones de misterios paganos, como la religión del tiempo posterior del judaísmo, desposeída del espíritu de los profetas, y más tarde el Islam; si lo que en un tiempo había empezado como hermosa primavera en Galilea, debía proseguir viviendo algún tiempo en la historia como una secta con un Cristo mutilado y miserable y perecer con la teocracia judía; o si la herencia de Jesús, llevada por las alas del Espíritu, debía continuar su atrevido vuelo de águila sobre el mundo, esto es, su inmortal conquista de que se había

de adorar a Dios en espíritu y en verdad, de que Dios sólo pide al hombre su corazón y su fe, de que el reino de Dios no consiste en la cuestión de comer y beber, sino en el gozo del Espíritu Santo, en una santa disposición de los ánimos, con la cual decimos: «¡Abba, Padre!» Por esto es por lo que había luchado Pablo en Jerusalén y Antioquía con fuerza de león, había recorrido sus caminos completamente solo y como ningún otro había ofrecido el sacrificio de su sangre y de su corazón. Después de Jesús, nadie luchó por la libertad con un ahinco mayor que el de Pablo, el cual, a pesar de que había crecido en el rigor de la Ley, colocaba, en cuanto a la salvación eterna, las disposiciones del ceremonial judío al mismo nivel del culto pagano a la naturaleza, «los elementos más miserables de este cosmos», el culto del dios Luno, de la Luna, y de Cibeles, diosa de la tierra. Aquí en el suelo de Frigia se dio la gran batalla, que debía ser decisiva. Lo que vino luego, en Corinto y en Roma, fue sólo el epílogo»⁵ [n. 9].

Como un general que antes de un combate decisivo junta en torno suyo a su estado mayor, convoca Pablo a todos sus colaboradores y compañeros de lucha presentes en Éfeso para la deliberación común: Timoteo y Tito, Tíquico y Trófimo de Éfeso, Gayo y Aristarco de Macedonia, Sóstenes y Erasto de Corinto, Gayo de Derbe y Epafras de Colosas. Era un brillante estado mayor de nobles campeones. Caracteriza la condición del gran conductor de hombres el que haga participar a sus amigos en sus decisiones como si hubiesen procedido de ellos. La redacción de la carta debió de tener lugar entre los años 54 y 55. Para esto tenemos un punto de partida. Pablo reprende a los gálatas porque se dejaron embaucar con respecto al calendario judío, con su año sabático. Sabemos por JOSEFO (*Ant.* 15, 1, 2) que el año 54 fue año sabático. Pablo probablemente escribió en este tiempo, ya que los engañados gálatas lo celebraron a la usanza judaica.

La carta aumenta la impresión de la *personalidad apasionada* del Apóstol. Está escrita, por decirlo así, de un tirón, con letras de fuego. En el pensamiento fundamental, en las razones bíblicas en que se apoya y en las formas de expresión es como un esbozo de la posterior Carta a los Romanos; en el temperamento y la apasionada conmoción es una precursora de la Segunda Carta a los Corintios. Algunas palabras sólo se pueden explicar por la santa pasión del momento, así las expresiones de inmensa sorpresa y consternación, la maldición dos veces pronunciada contra los anunciadores de otro Evangelio, las oraciones desligadas, que atestiguan una notable excitación del sentimiento. *Dos grandes temas* determinan el contenido de la carta y el curso de sus ideas, los cuales se condicionan y cruzan mutuamente: 1.º, el tema *personal* de la

originalidad y legitimidad de su apostolado; 2.º, el tema *real* de su Evangelio de la justificación por la fe.

La primera parte es una notable apología *pro vita sua*, una defensa de su apostolado. Pablo se opone con todas sus fuerzas (como también en la Segunda Carta a los Corintios) a ser contado entre los de la segunda generación, a ser un discípulo de los apóstoles, un apóstol de segundo orden. No concede a los antiguos apóstoles, por razón de su anterior trato con Jesús, ninguna preferencia esencial respecto del apostolado. La comunicación personal con Jesús cuando vivía en la tierra, no es lo decisivo. Decisiva es sólo una cosa: El apostolado, y el aperebimiento para él, sólo lo recibieron también los demás apóstoles por la revelación y encargo del Cristo celestial, del Resucitado, en la virtud del Espíritu Santo, el día de Pentecostés. Por esto tampoco recibió su autoridad de apóstol en Jerusalén, para evitar aun la apariencia de que había recibido su cargo y su concepto sobrenatural acerca de Cristo y la salvación de los hombres por mediación de los antiguos apóstoles¹⁹. Se reconoce dotado por el Espíritu Santo de los mismos derechos que los Doce. Así, por tanto, la impugnación de su apostolado ha obligado a Pablo a bajar a la profundidad de la conciencia que tiene de su vocación y de allí llevar arriba los motivos teológicos en que se apoya su posición autónoma, para manifestarnos su profundo conocimiento del misterio de Cristo. Hay algo grandioso en esta conciencia inquebrantable de su vocación apostólica. Aquí estamos a la vista de un misterio que no puede ahondar ninguna psicología⁶⁷. Damos a continuación algunos pasajes de la carta, que compiten en entusiasmo arrebatador con el discurso de Marco Antonio contra Bruto.

«Pablo, apóstol no por los hombres ni por la autoridad de hombre alguno, sino por Jesucristo, y por Dios su Padre, que le resucitó de entre los muertos; y todos los hermanos que conmigo están, a las iglesias de Galacia. Gracia a vosotros, y paz de parte de Dios Padre, y de Jesucristo nuestro Señor, el cual se dio a sí mismo por nuestros pecados, para sacarnos de la corrupción de este mundo, conforme a la voluntad de Dios, y Padre nuestro, cuya es la gloria por los siglos de los siglos. Amén.

»Me maravillo como así tan de ligero abandonáis al que os llamó a la gracia de Cristo, para seguir otro evangelio; mas no es que haya otro evangelio, sino que hay algunos que os traen alborotados, y quieren trastornar el evangelio de Cristo. Pero aun cuando nosotros mismos, o un ángel del cielo os predique un evangelio diferente del que nosotros os hemos anunciado, sea anatema.

»Os lo he dicho ya, y os lo repito: Cualquiera que os anuncie un evangelio diferente del que habéis recibido, sea anatema. Porque, en fin, ¿busco yo ahora la aprobación de los hombres, o la

de Dios? ¿Por ventura pretendo agradar a los hombres? Si todavía prosiguiese complaciendo a los hombres, no sería yo siervo de Cristo.

»Porque os hago saber, hermanos, que el evangelio que yo os he predicado, no es una cosa humana, pues no lo he recibido ni aprendido de algún hombre, sino por revelación de Jesucristo. Porque bien habéis oído decir el modo con que en otro tiempo vivía yo en el judaísmo; con qué exceso perseguía la Iglesia de Dios, y la desolaba, y me señalaba en el judaísmo más que muchos coetáneos míos de mi nación, siendo en extremo celoso de las tradiciones de mis padres.

»Mas cuando plugo a aquel que me separó y destinó desde el vientre de mi madre, y me llamó con su gracia, el revelarme a su Hijo para que yo le predicase entre las naciones; al punto no tomé consejo de la carne ni de la sangre, ni pasé a Jerusalén en busca de apóstoles anteriores a mí...» (Gal 1, 1-17).

A continuación, Pablo nos refiere en forma extraordinariamente vívida los sucesos que ya conocemos: la soledad en Arabia, su entrada en Damasco y Jerusalén, su viaje a la patria, sus intervenciones en el concilio apostólico en el asunto de la circuncisión, el caso de Tito, el reconocimiento de su evangelio por los apóstoles antiguos, el reparto de territorios de misión con pacto y apretón de manos. Esto es prueba suficiente de que la doctrina de su vocación divina es tan verdadera como la de los célebres apóstoles. Otra prueba convincente de su independencia en su idea sobre la redención la vemos en su conocida discusión con Pedro en Antioquía (véase pág. 152). Su informe culmina en esta prueba: Si se pudiese llegar al estado de gracia de Dios mediante el cumplimiento de ciertas disposiciones religiosas y mediante las leyes del ceremonial, entonces, la muerte de Cristo hubiera sido superflua, Dios habría sacrificado en vano a su Hijo y cometido un yerro.

Pablo pasa ahora a la parte *real*: a tratar el gran tema de la justificación por la fe. Para excluir de antemano una *mala inteligencia* histórica que la *Reforma* ha suscitado, decimos: Pablo no habla aquí de las obras morales del hombre después de la justificación, de la vida en estado de gracia. La cooperación humana y el carácter meritorio de la conducta moral sobre la base del estado de gracia una vez existente resulta de toda su ética y de sus presupuestos fundamentales³⁶. Pablo en ninguna parte enseña un quietismo pasivo. En la polémica con sus adversarios trata de la justificación que se hace la primera vez, del renacimiento del hombre, de la apropiación de la salud y de la ejecución de la redención en el alma particular, del tránsito del estado de pecado al estado de gracia. Esto es únicamente obra de Dios sobre la base de la muer-

te expiatoria de Cristo sin ninguna cooperación propia del hombre, sin ningún acto moral propio como causa o condición de la salud, a excepción del acto de fe acompañado de amor y arrepentimiento, el cual empero está también producido por el Espíritu, de suerte que el vivo impulso procede siempre de Dios.

Con dos poderosos argumentos desarraiga Pablo el punto de apoyo de sus contrincantes. El uno va dirigido a los pagano-cristianos y el otro a los judío-cristianos, tan apegados a la Biblia. A los paganos recién convertidos les recuerda la íntima experiencia de la propia conversión:

«¡Oh gálatas insensatos! ¿Quién os ha fascinado para desobedecer la verdad, vosotros, ante cuyos ojos ha sido ya representado Jesucristo como crucificado en vosotros mismos? Una sola cosa deseo saber de vosotros: ¿Habéis recibido al Espíritu por las obras de la Ley, o por la obediencia a la fe? ¿Tan necios sois, que habiendo comenzado por el espíritu, ahora vengáis a parar en la carne? Tanto como habéis sufrido por Jesucristo, ¿será en vano? Pero yo espero que al cabo no ha de ser en vano» (Gal 3, 1-4).

El segundo argumento ha sido tomado de la Biblia, de la interpretación típico-alegórica de la gran figura de la fe de la antigua Alianza, la figura favorita del pueblo judío. Abraham era el tipo del antepasado espiritual de todos los creyentes verdaderos. Las promesas que se le dieron no están relacionadas con la ascendencia carnal, herencia o lazos de sangre. La salvación prometida a él no es el derecho preferente de una raza, sino es un bien general para toda la humanidad, tan universal como la propia Iglesia. En él se señala el camino de salvación para todos los tiempos: la fe. Moisés no llegó hasta 430 años más tarde con sus tablas de la Ley. Tenía que habérselas con un pueblo completamente embrutecido y embotado con respecto a Dios por su larga permanencia entre los paganos. Este pueblo necesitaba que durante siglos se le educara bajo la rigurosa disciplina de la Ley. Así, según el plan divino, la Ley tenía en principio un carácter transitorio, un valor pedagógico para los años de menor edad espiritual. Pero ahora había llegado la plenitud de los tiempos. La humanidad ha salido ya de la escuela elemental y ha ingresado en la alta escuela de Cristo, en la cual ya no hay diferencia entre judíos y paganos, griegos y no griegos, señores y vasallos, hombres y mujeres.

Después que Pablo ha abatido a sus adversarios con la tajante arma de su argumentación, vuélvese de nuevo súbitamente tierno como una madre y desahoga sus sentimientos: «Hijitos míos, por quienes por segunda vez padezco dolores de parto, hasta formar a Cristo en vosotros, quisiera estar ahora con vosotros, y diversificar mi voz, porque me tenéis perplejo sobre el modo con que debo ha-

blaros» (Gal 4, 19-20). Es cosa notable ver qué resortes reúne en sí este hombre: ¡lógica acerada, energía férrea y la ternura de sentimientos de una madre! Esto tiene él de común con la conducta de su divino Maestro. Recordemos la imagen que Cristo ha usado de la gallina que cobija a sus polluelos. Los amigos del Apóstol debieron de estar bajo la impresión conmovedora de semejante ternura de Cristo. Pablo hace una pausa en el dictar y pasa luego a la última acometida:

«Decidme, los que queréis estar sujetos a la Ley, ¿no habéis leído lo que dice la Ley? Porque escrito está: Que Abraham tuvo dos hijos: uno de la esclava y otro de la libre. Mas el de la esclava nació según la carne; al contrario, el hijo de la libre nació en virtud de la promesa; todo lo cual fue dicho por alegoría. Porque estas dos son los dos testamentos. El uno dado en el monte Sinaí, que engendra esclavos: el cual es Agar; porque el Sinaí es un monte de Arabia, que corresponde a la Jerusalén de aquí abajo, la cual es esclava con sus hijos. Mas aquella Jerusalén de arriba, es libre; la cual es madre de todos nosotros. Porque escrito está: Alégrate, estéril, que no pares, prorrumpes en gritos de júbilo, tú que no eres fecunda, porque son muchos más los hijos de la que ya estaba abandonada que los de la que tiene marido. Nosotros, pues, hermanos, somos los hijos de la promesa, figurados en Isaac. Mas así como entonces el que había nacido según la carne, perseguía al nacido según el espíritu, así sucede también ahora. Pero, ¿qué dice la Escritura? Echa fuera a la esclava y a su hijo: que no ha de ser heredero el hijo de la esclava con el hijo de la libre. Según esto, hermanos, nosotros no somos hijos de la esclava, sino de la libre; y Cristo es el que nos adquirido esta libertad...

»...Respecto de Jesucristo ni la circuncisión ni la incircuncisión valen nada, sino el ser una nueva criatura. Y sobre todos cuantos siguieron esta norma, venga paz y misericordia, como sobre el Israel de Dios. Por lo demás, nadie me moleste en adelante, porque yo traigo impresas en mi cuerpo las señales del Señor Jesús. La gracia de nuestro Señor Jesucristo sea, hermanos, con vuestro espíritu. Amén» (Gal 4, 21-31; 6, 15-18).

En esta carta entona Pablo el elevado *cántico de la cruz*, que desde entonces ya nunca deja de repetirse en la Iglesia: *O cruz, ave, spes unica!* La cruz es el gran misterio, en el cual resume Pablo todo lo que está en oposición con el mundo.

Las heridas que recibió en Listra al servicio de Jesús imprimen el sello a su apostolado. ¡Qué pálida y falta de verdad parecería esta expresión final, si pudiésemos imaginarla dirigida a cualquier desconocida congregación de Galacia del Norte! ¡Cuán vivo afecto debió de hacer semejante frase final, si los lectores

de la carta eran los gálatas del sur, que sabían de dónde procedían los estigmas! Así está Pablo al fin delante de nosotros como un viejo general, que descubre su pecho ante las legiones rebeldes y les muestra las cicatrices de sus heridas, que demuestran mejor que nada que no tienen que avergonzarse de semejante caudillo; antes bien, han de recordar el día terrible en que las recibió. Por ellas derramó parte de su sangre ²⁷. Así como, según Herodoto, un esclavo que se refugiaba en el templo de Heracles y se proveía de las insignias del dios no podía ser tocado por nadie, también se sentía Pablo con las «señales de Cristo» protegido y asegurado contra todos los enemigos.

Con esta carta magistral, Pablo dio a luz por segunda vez, para Cristo, entre dolores, a sus queridos gálatas. Fue arrogante su discurso y, como los atenienses oyendo el discurso «la corona» de su Demóstenes, los oyentes del Apóstol quedaron conmovidos y lloraron a lágrima viva. Podemos figurarnos las conmovedoras escenas que se desarrollaron en las congregaciones cristianas de Galacia a la lectura de esta carta y a la vista de las «grandes letras» (6, 11) de su mano temblorosa. En adelante nada oímos ya de maquinaciones en aquella parte de la misión paulina. Como parece, los adversarios tomaron la huida y como una nube de langostas se precipitaron sobre otras comunidades. Pronto los veremos aparecer en Corinto.

Los aldeanos de Galacia que llevaron la carta de su querido Apóstol por el valle del Meandro a Antioquía, metrópoli de la Galacia frigia, no tenían presentimiento de qué precioso tesoro llevaban consigo: *¡un documento de libertad de medida histórica tocante al mundo entero!* Fue en Frigia donde sonó por vez primera la voz de la libertad cristiana. En Hierápolis, Frigia, por este tiempo nació el hijo de una esclava, el cual se llamó Epicteto. Tullido de nacimiento, tenía este liberto, débil de cuerpo, un alma grande con indomable deseo de libertad. Cuando la expulsión de los filósofos de Roma bajo Domiciano, reunió en torno a su cátedra de Nicópolis, donde Pablo había pasado el último invierno, a la flor de la juventud romana, y les enseñó cómo debían defender su dignidad de hombres y su libertad interior en la corte del emperador, en los conflictos de la vida de funcionarios. Ahora, comparando los discursos sobre la libertad de los estoicos con la doctrina de Pablo en esta misma materia, se ve la gran superioridad de esta última. En esto seguimos las brillantes investigaciones de un erudito alemán ⁴³. El concepto de libertad de Epicteto es «un canto de alabanza al autodomínio del hombre» que se refugia en lo interior y subjetivo; una libertad aparente, y con una dialéctica aguda que, desechando todas las barreras, ataduras y fatalismos, no puede salir

del desgaje y desacuerdo entre pensamiento y voluntad, quedando prisionera de su propio yo. Contrariamente, la idea de la libertad del Apóstol es «un canto de alabanza al propio dominio de Dios», que a nosotros los cristianos nos ha proporcionado una esfera de libertad objetiva e imperecedera. En la comunidad con Cristo, Pablo posee parte de un mundo superior, que le permite reconocer sin reservas la presión que sobre nosotros ejercen las circunstancias externas de dependencia y, a pesar de todo, conseguir una completa superioridad sobre ellas. La libertad cristiana que Pablo anuncia, fuerza al hombre a una constante actividad, le coloca en una sana tensión entre el poder de la fatalidad de este mundo presente y las fuerzas del mundo futuro; la libertad de Epicteto, al contrario, desemboca en una resignación muda del hombre que se encuentra entregado y sobrecogido por su propio yo. La enorme diferencia está pues en esto: en Pablo, se llega a ser libre comprendiendo, por medio de la fe, la libertad que ha conquistado Cristo; en Epicteto, es una martirizadora liberación propia por medio del saber, por corrección de falsos puntos de vista, y cerrando los ojos al futuro ante la realidad brutal. La libertad cristiana es liberación del yo y unión con Dios (religio); la libertad autónoma de la Stoa y del hombre moderno es unión con el propio yo, dueño de sí mismo; pero tan miserable y antojadizo. Goethe presintió de manera profunda la esencia de la libertad cristiana cuando por boca de Ifigenia dijo: «Y dócil, siento siempre mi alma hermosamente libre» (5, 3). Todo el desacuerdo y desgaje del pensamiento estoico de Epicteto tiene su expresión más definitiva en su postura ante el poder de la muerte, al que trata de substraerse por medio del suicidio.

Hay algo — ¿quién se atrevería a negarlo? — que es simpático e incluso conmovedor en la lucha de Epicteto por una libertad moral, que en un hombre como él, antiguo esclavo que vive en la pobreza y el destierro, aumenta su fuerza de atracción. Nos llega como eco fiel de su doctrina sobre la libertad, cuando leemos los versos que mandó grabar en una roca en las cercanías de Antioquía de Galacia, un agradecido discípulo y compañero del sabio, cien años después de ser redactada la Carta a los Gálatas:

Lee, oh caminante; llévate en tu camino una sentencia útil.
Aprende que sólo es libre en verdad quien es libre por medio de la virtud.
Mide la libertad del hombre según esté respecto a physis (*)

* Los estoicos entendían por *physis* el orden divino del universo y de la naturaleza, identificado con Zeus, la «natura naturans», la natura que eternamente da a luz, en unión con la «natura naturata», la naturaleza que eternamente se va creando. En la Stoa no estaban perfectamente deslindados los conceptos de Dios, Natura, Sino (Ananke), Providencia.

Según sea libre en su manera de pensar, y dentro del pecho tenga un corazón recto; pues únicamente éste hace a un hombre libre. Así debes pues juzgar la libertad y no te equivocarás... Pero es esclavo, sí, archiesclavo — no me asusta el decirlo — El que se vanagloria de grandes antepasados y es villano en su corazón. Escucha, oh forastero, Epicteto fue esclavo por su madre. Él, que en su sabiduría se eleva cual águila por encima de los hombres... ¡Ojalá también ahora pudiésemos tener, oh dicha indecible, a un hombre así, nacido de una esclava!

El hombre que aquí se implora como el más grande obsequio a la humanidad, hacía tiempo que había nacido, había recorrido el país gálata y pasado por delante de aquel muro de roca. Este hombre había escrito a los gálatas: «Cristo nos ha conducido a la libertad, hermanos míos, y estáis destinados a la libertad». ¿Por qué parte del mundo ha pasado un hombre que supiese reunir tal confianza en los hermanos y tal libertad de espíritu, que para todos fue todo, pero jamás siervo de los hombres? Pues el más libre entre los libres es el que está desembarazado de su propio yo y con Pablo puede decir: «Ya no vivo mi propio yo; es Cristo quien vive en mí». Cualquiera otra clase de libertad, sea la del estoico Epicteto, sea la del idealismo alemán en Kant y Fichte, no es nada más que querer huir a una región ilusoria de falsa interioridad. Epicteto percibió también lo inconsistentes que eran sus ideas sobre la libertad; por esto últimamente aceptó el canto de Cleantes a Zeus y a la fortuna, de cuya mano quiere ir conducido a través de la vida. Pero este Zeus era mudo, y no bajó ninguna mano de las nubes, y ningún dios de Delfos pudo decir: «Si el Hijo os da libertad, seréis verdaderamente libres» (Ioh 8, 36) [n. 23].

42. *La sabiduría del mundo y la locura de la cruz*

Primera Carta a los Corintios, cap. 1-9.

¡Corinto! Sabemos de qué elementos de diversa especie, por decisión de César, se formó esta colonia romana, esta plaza de comercio europeo, esta ciudad de mercaderes y marineros cien años después de su destrucción. ¡Corinto! Hemos visto de qué capas de población sin aristocracia ni tradición se había reclutado aquí la comunidad cristiana, entre qué dificultades fue creciendo hasta llegar a tener unidad. ¡Corinto! Este nombre evoca un mundo encrepado, lleno de contrastes y contradicciones, lleno de un entusiasmo griego por la libertad y de la estrechez del *ghetto* judío, lleno de sincero entusiasmo cristiano y partidismos infantiles, lleno de dones carismáticos y ebrio de misterios dionisíacos, lleno de saber,

y voluntad de sacrificio. Y en medio de este vaho en ebullición y fermentación, del cual pugna por nacer un nuevo mundo, se yergue en su solitaria grandeza Pablo: espíritu superior, pero no mirando con desprecio hacia abajo, como un filósofo antiguo, hacia aquel mar de pasiones en ebullición, sino con compasión e interés, con su amor de Cristo, igual que el Hijo de Dios, que descendió sobre la humanidad llena de contradicciones, con el corazón ardiente de un misionero de los barrios pobres de una gran ciudad.

En Corinto no había ninguna población antigua de labradores como en Galacia, ninguna honrada burguesía como en Filipos, sino una abigarrada multitud fluctuante con un permanente flujo y reflujo de creyentes de otros países. Soplaban aquí, no el aire áspero y puro del Sinaí, sino la atmósfera sofocante de la Afrodita de la Acrocorinto. El cuadro que san Pablo nos traza de la ciudad en sus dos Cartas a los Corintios, es poco satisfactorio. Una crítica falta de entendimiento ha reconvenido al cristianismo de que el Evangelio de la paz fuese así desmentido por la realidad desde el principio. Mas esto es sólo el lado exterior, manifestaciones de fuerzas exuberantes en una época en que todavía no se había formado ninguna tradición cristiana. Por lo demás, había aún muchas familias fieles y ejemplares: como la casa de Cloe, de Estéfanos, de Gayo, etc. Pero no se puede absolutamente entender el estado salvaje de allí sin tener ante los ojos el oscuro fondo histórico y cultural de entonces, la fragilidad de la parte inferior del alma, que era muy capaz de recibir todos los posibles desórdenes, exaltaciones y éxtasis. Ya hemos visto esto en Éfeso. «¿Helenismo, qué es?: Juicio y ponderación», dijo Schiller. Pero hoy sabemos que esto únicamente es cierto de la época clásica, y aun a medias. Cuanto más degeneraron las formas clásicas tanto más se desarrolló una inclinación enfermiza hacia una especie de «misticismo» que desunche la bestia en el hombre. Se refleja claramente el doble elemento de la espiritualidad griega en el mito sobre el origen de los hombres, que ella hace proceder de las cenizas de los titanes diabólicos; los hijos de Gaia (la tierra), que devoraron al niño divino Dioniso-Zagreos; así que en sus venas circula sangre de titanes y de dioses.

Mientras Pablo mismo estuvo en Corinto, con el poderío superior de su espíritu pudo mantener a la comunidad en su altura moral e imponer el orden. Cuatro años habían pasado desde entonces. La imagen de la comunidad se había cambiado. La ligereza griega y el apego a más ancha libertad introducido desde el Oriente, habían traído un estado de cosas que antes había sido desconocido en la Iglesia. No había ciudad alguna griega sin partidos ni grupos. Desde que el pueblo había quedado políticamente sin poder y sobre nada tenía ya que decidir, se desunía por las cosas más frívolas, se

dividía en partidos en pro y en contra de cantores, danzantes y gladiadores del circo, como más tarde sucedió en la subyugada Bizancio. Cuestiones personales venían a ser lo principal, un vértigo de falsa libertad en lo moral debía reemplazar a la libertad política. Pablo había establecido el principio de la exención cristiana de la sujeción a la Ley judía. Esto era entonces una atrevida empresa. De libertad de conciencia nada supo toda la antigüedad, ni judíos ni gentiles. Pablo tomó genialmente una idea fundamental de Jesús («La verdad os hará libres») y la introdujo en la predicación cristiana. Con esto ha formado anticipadamente el espíritu del Occidente cristiano y ha sido el primer gran educador de la Europa cristiana.

Mas ¡qué lucha gigantesca fue asegurar esta libertad contra todas las malas inteligencias! Contra dos adversarios tuvo Pablo que defender la libertad recién ganada: en Galacia contra los judaizantes de ánimo estrecho y en Corinto contra los fogosos apóstoles de la libertad, que procedían parte del liberalismo judío, y parte de los círculos dionisiacos. A este vértigo de libertad se asoció otro elemento más, que favoreció la formación de partidos: el intelectualismo griego, que anima todo el desenvolvimiento del espíritu griego. Ya Sócrates había fundamentado la actuación moral en el conocimiento. En Corinto se sostenía entonces la opinión de que «lo esencial en el estado cristiano era el conocimiento; que el conocimiento cristiano determinaba el grado de la perfección cristiana y le daba el poder para la formación autónoma de su vida»⁴².

La consecuencia fue una interioridad falsa. Pues si la participación del hombre en Dios no consiste en la fe, sino en su conocimiento superior, entonces la mirada se dirige hacia dentro, y pierden valor el mundo externo y la actividad en él, el hombre busca la manifestación de Dios en sí mismo. Este devoto filósofo pierde interés por la vida en sociedad y se aísla; los hechos históricos se convierten en alegorías, se esfuerza en llegar a la unión con Dios por medio del pensamiento y de la filosofía mística. Ésta fue la tentación del espíritu griego; y la iglesia griega, que se quiso desligar de sus relaciones con occidente tan llenas de vida, sucumbió más tarde a este peligro. En la vida del espíritu griego había también un rasgo esencial individualista, y los griegos no podían entender por qué Pablo abogaba tan ardientemente por la comunidad y unidad eclesiológica. Pero en el pensamiento griego había todavía una última tentación. La ética griega no solamente era regulada por el conocimiento, sino también dominada por el anhelo de felicidad. Este eudemonismo tenía poca comprensión para la predicación del Apóstol sobre la cruz. ¿Cómo podía, pues, el hombre griego «detenerse ante la cruz de Cristo y reconocer en ella la grandeza de la gracia

divina, y qué es lo que le podía inclinar a escuchar un enviado de Dios cuyo destino era convertirse en objeto de desprecio constante? Como griegos, tenían que desear que su apóstol no corriera constantemente peligro de muerte ni ejecutara trabajos manuales»⁴² [n. 1].

Apolo había vuelto de Corinto y dado cuenta al Apóstol del peligro que amenazaba. Llegaron nuevas noticias. Los escándalos morales entre los recién convertidos aumentaban. Hoy participaban en el banquete eucarístico, y al día siguiente se les veía en el templo de Afrodita o comían en el templo de Serapis. Pablo hubo de cortar por lo sano. Dirigió una seria carta a la comunidad, en que le decía que no tuviesen ningún trato con los deshonestos, engañadores, blasfemos y violentos (5, 9). Nuestras dos Cartas a los Corintios son sólo una parte de una gran correspondencia con la comunidad. Cosa notable, esta primera carta del Apóstol se ha perdido. ¿O se ha interceptado? En la antigüedad tenían extrañas ideas sobre la propiedad literaria, especialmente entre los griegos. En Tesalónica se había, poco antes, falseado una carta del Apóstol, aquí se perdió otra sin dejar vestigios. También los judíos habían entonces activado en grande la falsificación literaria. Apenas había autor clásico bajo cuyo nombre no circulase una falsificación, para mostrar a los griegos que Orfeo, Homero, Heráclito, Platón, Focílides y las Sibilas habían ya aprendido de las tradiciones judías. Nadie en la antigüedad era dueño de su propiedad intelectual. Cualquiera podía falsearla, apropiársela, poner su nombre a una producción de ingenio ajeno, o poner nombre ajeno a la suya propia. ¿Qué maravilla que también los cristianos se inficionasen de esta mala costumbre? Fue para la Iglesia una tarea sumamente difícil, pero digna de agradecimiento, separar en este batiburrillo lo legítimo de lo ilegítimo. Este cernido de las escrituras canónicas duró hasta la mitad del siglo II.

Además de las cartas del Apóstol, tenían curso también *embajadas personales*. Así Pablo, antes de enviar la primera Carta a los Corintios, había mandado allí al joven gálata Timoteo, como cofundador que era de la comunidad, para que recordase a los corintios las doctrinas fundamentales de la fe y de la moral, sus «caminos de él en el Señor, como los expuso en todas las Iglesias igualmente, en conformidad con los demás apóstoles (4, 17). Quizá debía también Timoteo activar la colecta para Jerusalén. De ser ello así, sin duda le fueron agregados el tesorero de la ciudad, Erasto, como hacendista, y algunos otros hermanos. Timoteo debía hacer el viaje a Corinto por Tróade y Macedonia, quizá porque también de allí habían llegado noticias aflictivas. Como quiera que sea, al redactarse nuestra carta ya habían partido. Poco después una noble señora cristiana, Cloe de Corinto, por sus criados había enviado

a Pablo noticias sobre la división de la comunidad y la propagación de la fornicación. Puesto que a los individuos faltaba en tan alto grado la santidad y austeridad de las costumbres personales, Pablo había de alejar el peligro con el feliz estado de la comunidad eclesiástica. Pero si también ésta se arruinaba, entonces nada más absolutamente había que esperar. Así entendemos la apasionada lucha del Apóstol por la unidad y comunidad eclesiástica.

Tres partidos se habían formado al lado del antiguo núcleo fieles de la comunidad que seguía a Pablo. La formación de grupos procedía del exagerado aprecio griego de lo personal y quizá también de la idea pagana de que el recién admitido entraba en una relación mística muy estrecha con el misionero que le había administrado el sacramento del bautismo³⁰. Del primer grupo fue Apolo, como cabeza del partido, el primero en ir contra Pablo. Ambos tenían de común un ardiente entusiasmo por Cristo, pero su modo de ser era diverso. Apolo era una naturaleza especulativa, sus discursos brillaban por su vuelo de ideas platónicas, su dicción clásica y su elegancia oratoria. Pablo, por el contrario, era el realista, el hombre de las grandes experiencias, que arrastraba por el poder de la realidad y el ardor de su pasión. Si la interpretación alegórica de la Biblia que hacía Apolo, la cual dejaba muchas cosas por expresar y no ofrecía últimas decisiones, se asemejaba al rizo agradable de las olas sobre el abismo de profundas aguas, el discurso de Pablo venía sobre olas de tempestad, como nos lo muestran su Carta a los Gálatas y sus Cartas a los Corintios, conmovía a los oyentes, los obligaba a las más graves resoluciones, los hacía descontentos de sí mismos. Después de un discurso de Apolo brillaban los ojos de los corintios, y se decían unos a otros: «¡Qué hermoso, qué magnífico!» Después de un discurso de Pablo se iban a sus casas serios y callados. Ambas maneras de predicar son admitidas en la Iglesia: tanto la forma elegante de un Bossuet, como la profundidad de pensamiento de un Bourdaloue, como el amable estilo de Francisco de Sales o la terrible seriedad de un Segneri. Pero para los medio-griegos superficiales, que gustaban de pensamientos volatizados, la manera de Pablo era demasiado grave. Los partidarios de Apolo, los nuevos maestros de sabiduría, hicieron del nombre de su predicador predilecto la contraseña: «¡Yo estoy por Apolo!». Así, según los juicios de muchos corintios, los dos hombres venían a ser enemigos adalides de partido, mientras que estas dos grandes almas se entendían y apreciaban en lo interior⁷⁸.

A mayor abundamiento, el elemento judío de la comunidad recibió un refuerzo del Oriente, de Palestina y de Jerusalén. En el puerto de Cencreas habían desembarcado judío-cristianos que afectaban ser hombres de distinción, los cuales mostraban cartas de

recomendación de los antiguos apóstoles, quizá habían sido bautizados por Pedro, se gloriaban de su amistad personal con él y despreciaban a Pablo como a apóstol ilegítimo y de segundo orden, porque no había tenido ningún trato con Jesús. Decían que era «el menor de los apóstoles», y que no era seguro si había visto al Cristo celestial. «Que los constantes peligros de muerte y las persecuciones le quitaban toda grandeza apostólica»⁴². Que estaba muy por debajo de Moisés, y quería, con todo, echar a un lado a Moisés. Que ¿quién había visto alguna vez resplandecer su rostro como el de Moisés? Que el mismo no pretender la usual prerrogativa del apostolado de ser sustentado por la comunidad, mostraba que no estaba seguro de su causa. Cuando en el hombre se apela a los sentimientos vulgares, semejante apelación nunca deja de tener resultado. Pronto aquellos judío-cristianos, al grito de combate: «¡Yo estoy por Cefas (Pedro)!», habían juntado un grupo considerable. Pablo no duda un momento de que Pedro nada sabía de este abuso de su nombre, y habla sólo con veneración de él. No vitupera el conato de juntar en una unidad firmemente ordenada con subordinación a Pablo las comunidades dispersas. Mas el que se valiesen del venerado y anciano príncipe de los apóstoles contra su propio apostolado, confiado por Cristo, sintiólo Pablo como un golpe contra el mismo Cristo, de quien querían ser ambos fieles administradores.

Para coronar la insensatez, había todavía un tercer grupo de ilustrados predicadores de libertad y «superapóstoles», que desdeñaban apellidarse con el nombre de un hombre. Reclamaban para sí a Cristo mismo y se valían del Señor contra sus servidores con la contraseña: «¡Yo estoy por Cristo!». Esto era el colmo de la insulsez. Sus caudillos eran quizá judío-cristianos inmigrados, que presumían estar en una especial relación con Cristo, porque habían conocido todavía al Señor mientras vivía en carne mortal. Éstos eran los más peligrosos adversarios. No conceden a Pablo que Cristo hablase por medio de él, que «tuviese el espíritu del Señor» (7, 40). Aquí se trata más que de una mera niñería. Quien se vale del Maestro contra los discípulos, se rebela con esto contra todo el orden eclesiástico. No hay ninguna separación entre Cristo y la Iglesia, entre Cristo y los apóstoles. Estos extravagantes amigos de Cristo habrán sido también los que se creían elevados sobre toda atadura moral por una ascética superior, rechazaban el matrimonio, negaban con un espiritualismo exagerado la resurrección corporal de los muertos, sólo cultivaban la experiencia personal y presentaban la cruz, la forma permanente de la vida cristiana, como una «locura». Decían que el fin de la Iglesia era una especie de «glorificación de las condiciones terrenas, acomodarse a la situación dada»⁴². Que

por eso se podía también aspirar a una posición asegurada en el mundo, participar en los sacrificios hechos a los ídolos, reconocer los tribunales paganos como competentes para los litigios de los cristianos, que se había de ser moderno y decir un sí a la vida.

Así estaban las cosas en Corinto. Era necesario obrar rápidamente. Pero antes que Timoteo llegase a Corinto, hubo que dirigir, por medio de una carta, una palabra apostólica a la comunidad para facilitarle al enviado el negocio. Pero cuando Pablo emprende una cosa procura presentarla de un modo claro para todos. Él sabe elevar aun la mezquindad de espíritus pequeños a la altura de una grande idea. *Sóstenes*, el antiguo presidente del consejo de la sinagoga, el cual, ganado para Cristo por Apolo, había acompañado a éste a Éfeso, es elegido como hombre de confianza para ser intermediario entre Pablo y Corinto. Debe, juntamente con Pablo, defender y firmar la carta. Prueba de que Pablo y Apolo estaban de completo acuerdo. ¡Esto debían saberlo también los corintios! Pablo hasta quería enviar a Corinto a Apolo como intermediario, pero a Apolo no le gustó ir en estas circunstancias. Pablo lucha toda una noche con oración y lágrimas por las almas de sus hijos. Pues, ¿no es él su padre? ¿No ha sido Cristo eficaz en medio de ellos gracias a él?

De nuevo es el aposento de Áquila el lugar santificado donde el Espíritu de Dios toca con ligero aletazo al espíritu del Apóstol Pablo dicta, y Sóstenes escribe.

En los primeros cuatro capítulos trata de las divisiones en la comunidad y su profunda causa: la estima exagerada de lo puramente humano y personal, la falta de discernimiento sobrenatural, la soberbia espiritual, el esfuerzo por conseguir una vacía sabiduría verbal. A los «apolónicos», que daban un valor superior a su bautismo administrado por Apolo, ha de explicar la verdad elemental de que sólo hay un bautismo cristiano y éste recibe únicamente su valor de la muerte en cruz de Cristo. Se alegra de no haber administrado por sí mismo ordinariamente el bautismo. ¡Cuán vivo efecto produce este pasaje! Por lo demás, es un ejemplo clásico del trabajo del autor humano que se corrige a sí mismo bajo la influencia de la inspiración sin saberlo él mismo. «Doy gracias a Dios por no haber bautizado a ninguno de vosotros, fuera de Crispo y Gayo. Así nadie puede gloriarse: Yo he sido bautizado por Pablo.» «¡Alto, Pablo, esto no es verdad!», le avisa el Espíritu inspirador. Pablo reflexiona: «Sí, he bautizado también a la casa de Estefanas». Así está la escritura bíblica bajo la corrección continua del Espíritu Santo. «Pues, ¿ha sido Pablo crucificado por vosotros? ¿Habéis sido bautizados en el nombre de Pablo?», pregunta él. O, ¿puede la filosofía, la oratoria griega haceros bienaventurados?

¿No sería entonces la muerte de Cristo un acto superfluo? De ser ello así, Cristo hubiera llamado en primera línea a los filósofos y a los nobles de este mundo. Sin embargo, ¡contemplad vuestras comunidades! ¿No se compone la mayor parte de ellas de gente humilde sin formación filosófica, hasta de esclavos? ¡Qué otra cosa es esta sabiduría griega sino sofistería, que no conduce a la formación práctica de la vida! ¿Con esta falsa medida queréis medir a los predicadores de la fe cristiana? Pablo alude aquí a lo que le pasó con los filósofos de Atenas. ¿No veis que su sabiduría mundana está muerta ni sabe ya adónde va, de suerte que el mundo ha llegado al punto en que se dice: «Dios ha declarado locura la sabiduría del mundo, y lo que el mundo tiene por loco, lo ha elegido Dios para confundir a los sabios»? No creáis que el cristianismo no tenga ninguna sabiduría independiente y que tenga que pedir prestada su sabiduría a los griegos. No, nosotros predicamos la sabiduría misteriosa y oculta de Dios, que es más profunda que la griega y que ninguno de los principales ingenios griegos ha conocido, la cual es tan insondable, que sólo el Espíritu de Dios mismo la penetra. Pablo hace suyo el concepto suprarracional de la sabiduría del Antiguo Testamento y lo pone en contraste con la «sabiduría» griega, que únicamente procede del juicio autónomo del pensamiento que carece de supuestos. No menos de dieciséis veces habla Pablo con giros siempre nuevos acerca de la inutilidad de la sabiduría mundana, para fundamentar y profundizar la fe sobrenatural. Él establece el ideal de la sabiduría cristiana, la cual, en el fondo, consiste en el conocimiento del misterio de la redención, de la inserción de todo el género humano en la unidad del cuerpo místico de Cristo. El que ha entendido esto, es sabio en el sentido religioso, es un «hombre espiritual». Mas en estos cursos superiores de ideas no pude iniciaros a vosotros, bisonños y principantes en la fe. Primero habéis de aprender los elementos. Y que éstos todavía no los poseáis, se ve en vuestras envidias y discordias pueriles [n. 15].

Por eso no tenéis ningún derecho para hacer diferencias de categoría entre los predicadores del Evangelio. Semejantes comparaciones carecen de todo valor. Todos los apóstoles desempeñan el mismo cargo, están al servicio del mismo Señor, aunque cada uno tiene sus propias aptitudes. Con una excelente imagen describe Pablo el papel del operario del Evangelio en el sistema cristiano durante el curso de los siglos. Como «prudente arquitecto» director, como ingeniero principal, Pablo ha trazado el diseño y puesto el fundamento: esta es la ciudad salvadora, muy profundamente por él comprendida, de la obra de la redención, el misterio oculto, el Evangelio del cuerpo místico de Cristo. Pablo está orgulloso de este su descubrimiento, que debe a la revelación de Damasco y

cuya predicación es el objeto de su vida. Sobre este fundamento han de seguir edificando todos los teólogos cristianos. Pero este edificio debe ser armónico y tener unidad. Pablo distingue dos clases de arquitectos teológicos: arquitectos hábiles, que continúan edificando armónicamente sobre el fundamento dado y levantan con muy buen material un edificio digno de Dios, y oficiales chapuceros, que sobre buena roca o sobre mármol siguen edificando con barro y paja y ligeras maderas, y este trabajo de mal obrero lo revisten de una hermosa fachada. El «día del Señor», la conflagración general y el juicio universal, la gran catástrofe lo pondrá de manifiesto. La obra del prudente arquitecto resiste al fuego, como los antiguos templos de mármol de Corinto hicieron frente a la destrucción decretada por Mumio. Pero la obra del mal oficial se hunde, y el mal oficial puede estar contento si «se escapa con quemaduras». Pablo ha tomado esta imagen de las teofanías del Antiguo Testamento, en las cuales el fuego rodea el carro del Señor cuando se presenta al juicio. Es el fuego de Dios que prueba y pone de manifiesto los pensamientos e intenciones de los hombres. En este pasaje clásico (3, 15) la Iglesia católica ha visto una alusión a su doctrina del Purgatorio.

La apreciación de los enreídos corintios sobre el trabajo de Pablo es del todo insensata. Ningún tribunal humano es aquí competente, sino sólo Dios. ¡Cuán ridículas son estas formaciones de grupos alrededor de un hombre célebre, cuando ni siquiera el gran Pablo se permite un juicio sobre sí mismo! «Por lo demás, hermanos, todo esto que acabo de decir lo he presentado en persona mía y en la de Apolo por amor vuestro, a fin de que aprendáis a no entonaros uno contra otro a favor de un tercero más allá de lo que va escrito» (4, 6). ¡Cuán vana es esta mezquina contienda, este culto a la persona, si se tiene ante los ojos lo grande! Pablo ve ante sí todo el cosmos. En él todo se superpone hasta formar una pirámide en cuya cúspide está Dios: «Todo es vuestro, bien sea Pablo, Apolo, Cefas, el mundo, la vida, la muerte, lo presente, lo futuro: todo es vuestro, y vosotros sois de Cristo, y Cristo es de Dios» (3, 22-23). El que está aislado no es nada, el universo no es nada si no está articulado en Cristo; incluso Cristo no sería nada si él no estuviera encumbrado en Dios, que es todo en todo.

¡Pero Pablo tiene todavía un arma más afilada! Combate a los griegos con su arma de ellos, con la ironía socrática, en la cual es maestro, y manifiesta con esto que él también es un «sabio» en el sentido griego. El sabio no-saber de Sócrates aparece aquí en vestido cristiano: «El que se cree sabio, hágase loco para ser sabio». Con delicado buen humor despidе a ciertos convertidos de reciente hornada, que todavía llevan consigo de acá para allá el cascarón

de la gnosis helénica, y con su embriaguez de ingenio desprecian la fe sencilla de la gente llana; como ocultos pretendientes de la corona, hasta se ven a sí mismos reinar ya al lado de Cristo. Pablo los trata como un padre a su hijo pequeño que está montado en su caballito con una espada de madera y se cree rey: Apenas estáis bautizados, y ya estáis hartos y llenos de sabiduría y gracia mesiánica y os sentís reyes, participando sobre un corcel en el dominio real de Cristo, sin que hayáis sido buenos para montar a caballo. ¡Ojalá estuviese yo también tan adelante, para que pudiese yo también jugar un poco a reyes con vosotros! Mas nosotros los apóstoles estamos como delincuentes condenados en el circo del mundo, ¡y vosotros nos miráis desde arriba, desde la tribuna imperial! [n. 28]. ¡Nosotros los apóstoles no somos sino necios, «locos en Cristo», pero vosotros sois los «prudentes en Cristo»! Nosotros somos flacos, mas vosotros sois fuertes. Nosotros somos despreciados, pero vosotros sois muy honrados. Mas de repente pasa de la ironía a una profunda seriedad, y como el grito de un corazón apretado y lleno en demasía se arranca de su pecho la grande historia de los padecimientos de su vida: «Hasta la hora presente andamos sufriendo el hambre, la sed, la desnudez, los malos tratos, y no tenemos dónde fijar nuestro domicilio, y nos afanamos trabajando con nuestras propias manos: nos maldicen y bendecimos; padecemos persecución, y la sufrimos con paciencia; nos ultrajan, y retornamos súplicas: somos, en fin, tratados hasta el presente como la basura del mundo, como la escoria de todos» (4, 11-13). Luego se abre de nuevo su bondadoso corazón. Teme haberlos ofendido con su apacible ironía: «No os escribo estas cosas porque quiera sonrojaros, sino que os amonesto como a hijos míos muy queridos» (4, 14). De la profundidad de su paternal corazón les recuerda el tiempo en que como niños estaban sentados alrededor de él, su padre espiritual. «Aunque tergáis millares de ayos en Cristo, no tenéis muchos padres: pues yo soy el que os ha engendrado en Cristo Jesús por medio del Evangelio.»

En las palabras del Apóstol sobre la «sabiduría de este mundo» y la «locura de la cruz» no debemos ver la expresión definitiva de la actitud del espíritu cristiano. A Pablo le gustaban las paradojas en sus discursos, como a los estoicos. Los griegos ya lo entendieron. Pablo no estaba en contra de la genuina filosofía griega, en contra de la auténtica herencia espiritual de los grandes pensadores de la Hélade, aquella *recta ratio* de la cual el Vaticano, con el Príncipe de la Escolástica, dice que ofrece los fundamentos racionales de la fe (*fundamenta fidei demonstrat*), sino contra aquellos representantes de la filosofía popular que se mofaron de él en el Arcópagο. Tenemos aquí, otra vez, lo que ata a Pablo a su época, lo cual no nos

permite suponer que despreciaba la inteligencia. Pablo seguramente no hubiera estado en contra de las palabras de Goethe: «No valdría la pena haber llegado a los ochenta años si toda la sabiduría de los hombres fuera tan sólo necedad ante Dios», él, que en la Carta a los Filipenses (4, 8) da un alcance tan grande al ideal de la sabiduría cristiana de la vida: «Por lo demás, hermanos, todo lo que es conforme a verdad, todo lo que respira pureza, todo lo justo, todo lo que es santo, todo lo que os haga amables, todo lo que contribuye a la buena reputación, toda virtud, toda disciplina loable, esto sea vuestro estudio».

Pablo no reprocha el sistema de Apolo, que trataba de fundamentar la verdad evangélica filosóficamente, aunque en ello no hallase un sabor excesivo. El juzgar esto lo deja en manos de Dios. Por su parte, él puso los sillares del conocimiento de la fe cristiana sobre el único fundamento: Cristo. De ahí su particular tono de seguridad, que no se presenta de nuevo en las deducciones de los filósofos y ni siquiera en las manifestaciones de la piedad mística; una seguridad que se refleja, por un lado, en la objetividad de la salvación cristiana, mirando al hecho histórico del Crucificado; por otro, en la mística comunidad de vida con Cristo, de la que brota el pneumático «ser uno» con el Crucificado, en el estado de cosas, un hecho objetivo-subjetivo constante de la tensión contradictoria, en la dialéctica de la moción de sus pensamientos: sabiduría y locura; debilidad y fortaleza; espíritu y carne; el Jesús terrenal y el Cristo celestial⁴⁴. Por más que Pablo fuese un pensador muy disciplinado, sabía por íntima experiencia que precisamente lo más precioso está por encima y más allá de todo razonamiento; que el mundo de lo divino, tal y como está reflejado en Cristo, debía tener una disposición de espíritu completamente distinta de la que había tenido hasta entonces. Es lo que Agustín reconoció en las palabras del profeta Isaías como lo esencial del cristiano: «*Nisi credideritis, non intelligetis*» (Si primeramente no creéis, no podréis llegar a comprender) [n. 25].

43. «*Muchos dones, pero un solo espíritu*»

Primera Carta a los Corintios (continuación).

Hasta aquí había llegado Pablo en su carta, cuando llamaron fuertemente a la puerta de la casa de Áquila. Tres hombres de Corinto, *Estéfanos, Fortunato y Acaico*, estaban afuera. Traían una carta de la Iglesia de Corinto. Como los enviados pertenecían a la parte más antigua de dicha Iglesia, la carta evidentemente venía de los directores en nombre del grupo fiel a Pablo. Éste respiró gozoso.

Por tanto, Corinto parece querer volver en sí. «¡Hermano Estéfanos, léenos la carta!» El semblante del Apóstol se turbó. Las noticias no eran satisfactorias. Su primera carta (perdida) parece haber irritado a los corintios. Los nuevos predicadores de libertad artificioosamente le dieron un alcance que no tenía. Dijeron que la carta contenía recomendaciones irrealizables; que en Corinto, donde «vivir a lo corintio» significaba tanto como tener una manceba, no podían retirarse a una utopía. Pablo vio que en Corinto todavía existía la inclinación a criticar y entender mal todas sus disposiciones. En la carta solicitaban los corintios del Apóstol una decisión sobre las cuestiones principales que los agitaban y desunían. Los *falsos predicadores de libertad* — no se sabe de dónde vinieron, si eran personas inmigradas, amigas de más ancha libertad, procedentes del judaísmo, u hombres sexualmente envilecidos del mismo Corinto — habían anunciado la libertad del trato sexual y fundamentado esto con la nueva libertad cristiana, que no tolera ninguna limitación: «Todo es lícito, todo está en mi poder (exusía)». El trato sexual fue presentado como una satisfacción moralmente indiferente de una necesidad natural, como el comer y beber. Un destacado miembro de la congregación cristiana de Corinto vivía en unión incestuosa con su madrastra. Tales uniones incluso estaban prohibidas por la ley romana. Pero con gran ligereza era burlada esta ley sobre la unión entre consanguíneos, porque se puede decir que casi no existía la unión matrimonial. La sensualidad había conducido en el gentilismo cada vez más al menosprecio del matrimonio. El menosprecio del matrimonio se daba la mano con la prostitución en las clases inferiores, y con el amancebamiento en las clases instruidas. Ya en tiempos de Pericles llegaron a Grecia procedentes de la afeminada Jonia algunas heteras muy instruidas, como Aspasia, que ejercieron gran influencia sobre los hombres de vida pública, artistas y poetas. Este amor libre (parecido al de las geishas del Japón), en tiempos de Pablo llegó hasta Roma, y gozaba de la protección de la ley. Emperadores moralmente bien considerados tenían además de su esposa una hetera. San Agustín, antes de su conversión, vivió durante años con una mujer en tales relaciones de concubinato bajo el mismo techo que su madre.

Pero en Corinto esta disolución del matrimonio enemiga de la vida fue anunciada bajo contraseña cristiana. Otros a su vez reprochaban todo trato sexual, aun el matrimonial, como algo despreciable y degradante. Este punto de vista procedía de la visión dualista del mundo, muy extendida en Grecia, que establecía una enemistad entre la carne y el espíritu y también del sectarismo judío. Preguntaban, por tanto, los corintios: si estaba prohibido todo trato sexual; si era mejor casarse o no, en vista de la pronta segunda venida

de Cristo; qué había sobre el divorcio; si se podía poner pleito ante tribunales paganos; si se podía comer la carne de las víctimas de los sacrificios paganos y aceptar las invitaciones a los banquetes en que servían semejante carne. Tenían también diversas dudas acerca de la celebración de los actos del culto. Las mujeres de Corinto exigían que se las igualase a los hombres en el servicio religioso, hablaban en las reuniones y se presentaban allí sin velo. Los ágapes degeneraban en comilonas, en las cuales se manifestaban las diferencias entre pobres y ricos. Se preguntaba qué era mejor: hablar en lenguas o profetizar. Uno que hablaba en lenguas, había gritado: «¡Maldito sea Jesús!» También la resurrección de los muertos era muy difícil de imaginar para los griegos.

La carta no fue verdaderamente una lectura agradable para Pablo. Pero para nosotros es una dicha; pues le obligó a tomar posición respecto de todas estas cuestiones, y por esto llegamos a tener tales conocimientos de la vida de la primitiva Iglesia, como de otra manera no nos hubieran sido dados. Así la primera Carta a los Corintios ha venido a ser la más copiosa y más interesante de todas las cartas paulinas. En la postura del Apóstol frente a cuestiones aisladas se pone claramente de manifiesto la doble existencia característica del cristiano, que, según Pablo, vive en dos mundos. Pablo es de la opinión de que el cristiano no está positivamente libre de pecado. El cristiano vive constantemente en una gran tensión moral, en una doble forma de ser: por su vivir en la tierra pertenece todavía al viejo mundo pecador, pero según el espíritu pertenece a la nueva manera de ser neumática y espiritualizada. Vive «en Cristo», pero también en este mundo. En esencia es un «peregrino entre dos mundos». Pablo describe el estado del cristiano como el del hombre nuevo justificado, que en la muerte de Cristo ha sido con Él sumergido y sepultado y en la resurrección de Cristo ha emergido a una nueva vida con Cristo y «se ha vestido de Cristo». Ha muerto al pecado, y el pecado ya no tiene ningún derecho sobre él. Pero, a pesar de estos principios místico-neumáticos, Pablo en ninguna parte cierra los ojos a la dura realidad. No se espanta por el hecho de que el pecado todavía existe; «no dice en ninguna parte que el pecado haya muerto. Vive todavía y acecha sólo la ocasión para reconquistar el terreno perdido»³⁰. Así vive el cristiano en una tensión violenta, inamovible en esta vida. Esto demuestra de nuevo que la mística de Pablo está muy alejada de las ideas fundamentales del «misterio de la redención en la religión de los persas» (Reitzenstein), que concibe al alma como un ser divino, desterrado del mundo de la luz y en la materia hasta que es llamada como enseña la mística helenística de la unión con Dios.

Esta tensión que hay en la vida cristiana obra según la respuesta

del Apóstol en las más diversas direcciones: 1.^a, en la *esfera sexual*, en la posición del cristiano respecto de la vida sexual, respecto del matrimonio y celibato; aquí pone Pablo el fundamento de la moral sexual y matrimonial cristiana; 2.^a, en la cuestión del *derecho privado* en litigios judiciales acerca del dinero y la hacienda; 3.^a, en la *cuestión social*, que en la antigüedad era principalmente una *cuestión de mujeres* y una *cuestión de esclavos*; 4.^a, en la cuestión de las *relaciones civiles con los gentiles*, que se refería sobre todo a la participación en los sacrificios paganos y en los banquetes en que se servía la carne de las víctimas, y además en el culto del emperador. En todas estas direcciones Pablo ha puesto el fundamento de un orden social cristiano. También son visibles los primeros rudimentos del futuro derecho canónico.

Los que dirigían la congregación se habían hecho cómplices por la tolerancia de un notorio caso de *incesto*. La irritación del Apóstol llegó a su más alto grado³⁰. Su constante práctica era someter a todos los escandalosos públicos a una especie de excomunión, que significaba la exclusión de la comunión de las gracias de la Iglesia y el rompimiento de todas las relaciones sociales. Así había amenazado con la exclusión a los que en su tiempo eran holgazanes y propaladores de rumores en Tesalónica. Más tarde mandó a Tito evitar todo trato con obstinados herejes y autores de divisiones. Los superiores habían faltado por débil tolerancia. Ahora viene el estricto mandato: «¡Alejad al malhechor de en medio de vosotros!» Pablo conoce un castigo más severo aún que la excomunión: es la entrega a Satanás. La congregación debe juntarse, él estará en espíritu con ella, y por la sagrada maldición debe el pecador ser abandonado en alguna manera por cierto tiempo a la venganza del eterno enemigo. Satanás le herirá, como en otro tiempo a Job, con enfermedad, o hasta le matará, como a Ananías y Safira. Pero el espíritu del excomulgado debe entregarse con esto a la penitencia y así salvarse. El derecho de castigar de la Iglesia ha de tener siempre por fin la corrección y la salvación del alma. Una vez por lo menos en su vida hizo uso Pablo de este terrible poder: contra los blasfemos Himeneo y Alejandro. El profundo horror a la fornicación fue la comprensible reacción contra el quebrantamiento de la moral sexual en la antigüedad, una herencia de su educación. Pero el motivo íntimo en Pablo es profundamente religioso: el cuerpo del cristiano no es ya propiedad libre, sino miembro del cuerpo de Cristo, y no debe profanarse por el trato con una prostituta.

También la cuestión del *derecho privado* preocupó al Apóstol. Pablo no estaba conforme con hacer decidir los litigios civiles acerca de la posesión y la honra ante el juez pagano. Ya los judíos tenían en la diáspora su propia judicatura con tolerancia del Estado.

Pablo funda su prohibición no puramente en la autoridad civil de la Iglesia por fuera, sino en la dignidad judicial superior del cristiano³⁰ respecto del mundo, la cual proviene de la mística comunión con Cristo. Este principio de la interior jurisdicción eclesiástica aun en pleitos privados pronto se hizo general. Raras veces sucedía que los cristianos presentasen querellas ante jueces paganos. Sólo después de Constantino, cuando el Estado vino a ser cristiano, cambió la situación.

Al *problema del matrimonio* le da solución Pablo no desde el punto de vista de la ética natural, sino desde el suyo místico-neumático. Él mide todas las cosas según su relación con el cuerpo místico de Cristo y con la vida de la congregación religiosa. El matrimonio y la virginidad no son para él cosas opuestas. La estimación que se ha de tener de ambas, procede de una misma raíz: del misterio de Cristo. El matrimonio no es inferior al celibato como tal, sino sólo a la virginidad. Mas ésta sólo existe en cuanto que es entendida y practicada como sacrificio amoroso por el bien supremo, como el acto heroico del entregamiento religioso por elevadísima pureza de voluntad. El fin eterno de la personalidad es el mismo en el estado virginal como en el matrimonial. El matrimonio sólo pasa a segundo lugar cuando es sobrepujado por un valor superior, y éste es la entrega indivisa a Dios, el *vacare Deo*. Dios tiene sobre el hombre un derecho más alto que toda comunidad terrena. Ésta es la castidad ofrendada a Dios, amante de Dios, celebrada desde los tiempos primitivos como magnificentísima prestación de la voluntad. Ella, como excepción, no puede ser sino el privilegio de pocos agraciados. En ella, por tanto, no hay ningún desprecio del matrimonio. Pablo no dice que el hombre célibe está más alto que el casado. Al contrario, puede suceder que en casos concretos, desde el punto de vista de la prestación de la voluntad, del sacrificio, de la cooperación a la vida de comunidad, esté más alto moralmente el hombre casado. De lo dicho se saca que la renuncia por algún tiempo al trato conyugal, para poder dedicarse mejor a la comunicación con Dios, es buena³⁶. Es notable cómo este hombre, a pesar de su altura mística, es al mismo tiempo el mayor realista: no se espanta de los duros hechos, no cierra los ojos a ellos, da siempre a las cosas su verdadero nombre. En vista del ascetismo malsano, enemigo del matrimonio, de los misterios griegos y algunas sectas judías, no cae en el otro extremo diciendo que el celibato es del demonio y que sólo el matrimonio es bueno. Alaba el matrimonio en la Carta a los Efesios como un misterio en Cristo, lo eleva a la esfera neumática; esto es más que la tentativa de los estoicos, de espiritualizar el matrimonio. En el fondo más íntimo, la idea del enlace perpetuo es lo más elevado: ella da la más pro-

funda justificación a la virginidad como a matrimonio espiritual con Cristo. «También la virginidad — dice san Agustín — tiene sus alegrías de boda.» También Cristo tiene una esposa, la Iglesia, y su segunda venida es la fiesta de las eternas bodas. Vista la cosa desde este punto, Cristo durante su vida sobre la tierra había de permanecer sin casarse. «Como Jesús, tampoco Pablo puede tener junto a sí a ninguna mujer; el lugar de la mujer lo llena la congregación de Cristo. Todo lo magnífico y santo que da el matrimonio, se le abre en su vocación de apóstol, en su relación con Cristo y la Iglesia; con celo y amor obsequia, abriga y cuida a su comunidad, lucha por ella para Cristo»⁶⁵. Sería forzar el sentido del texto, si quisiéramos negar que las expresiones del Apóstol sobre el relampagueo tempestuoso anunciador del próximo cambio de todas las cosas, habían recibido una particular fuerza motivadora: «El tiempo se ha acortado. La figura de este mundo está pasando». Pero no se puede hablar de hostilidad al matrimonio si se piensa que el mismo hombre también escribió Eph 5, 28 [n. 29]. Por tanto, el aprecio de la virginidad procede en san Pablo no de consideraciones de utilidad, o de una especie de frialdad de sentimientos. ¡Cómo ha apreciado y agradecido este hombre el valor del verdadero amor de mujer, el servicio de una mano de mujer que obra con calor! (Rom 16, 12). El más alto grado de la libertad del corazón y del espíritu, éste es el verdadero motivo de su posición. Aquí todo tiene un fondo místico. Pero lo profundamente arraigada que estaba entonces la pagana, endemoniada hostilidad al matrimonio en la vida sexual de los antiguos se mostró pronto después de Pablo precisamente en uno de sus más apasionados discípulos del siglo II, en Marción. Este hombre tenía un odio ciego contra el Dios de la creación del Antiguo Testamento y lo colocaba como contraste irreductible frente al «Dios nuevo», el Dios redentor del Nuevo Testamento. Y decía: hay que hacer morir de hambre al Dios creador debido a la falta de matrimonios, a la huelga de nacimientos. «*Fabricator mundi est in diminutione*» (El arquitecto del mundo se encuentra en situación apurada), exclamaba gozoso. De haber triunfado la iglesia rival fundada por Marción, que durante una época hizo una seria competencia a la católica, las consecuencias habrían sido enormes.

El llamamiento al cristianismo nada cambia, según Pablo, en el *estado de vida social* del cristiano. El cristiano es interiormente libre respecto de estas cosas exteriores. El cristianismo no quiere cambiar el estado de las personas, sino sólo los sentimientos. El cambio de las relaciones sociales sigue luego de suyo. Este principio lo aplica el Apóstol a las más diversas situaciones de la vida. ¿Eres esclavo? No tomes tu bautismo como ocasión para ser libre, sino para

cumplir más a conciencia tus obligaciones, siempre en el supuesto de que no está en peligro tu estado de cristiano. Esta actitud es tanto más admirable cuanto que precisamente entonces los rabinos defendían la opinión de que un israelita es despreciable si no utiliza la posibilidad de dejar el estado de esclavo [n. 30]. ¿Eres judío? Procura no borrar las huellas de tu circuncisión, lo que se hacía con bastante frecuencia para poder frecuentar los baños públicos y evitar la burla. ¿Eres incircunciso? ¡No te hagas circuncidar! Las circunstancias exteriores no representan «en Cristo» ningún papel; lo que vale, es sólo el hombre nuevo. ¿Vives en matrimonio mixto en cuanto a religión con un cónyuge que ha permanecido gentil? En este caso no debe desligarse el vínculo matrimonial, y en ningún caso por parte del esposo cristiano³⁰, a no ser que peligre su estado de cristiano. Pablo alega aquí, no una tradición apostólica, sino su propio conocimiento del espíritu de Cristo. Con esto no quebranta la ley de Cristo, pues este caso no está previsto en el Evangelio. En el porvenir habrá otros casos semejantes. Pero la Iglesia dirigida por el Espíritu de Dios ha de tener la posibilidad de dar también solución a nuevos casos según el espíritu de Cristo. No se trata aquí de ningún matrimonio sacramental asegurado por el misterio de la mística unión con Cristo. El cristiano en este caso no puede tener menos libertad que el gentil. El Apóstol, en virtud de su inspiración, le declara libre. Éste es el célebre «privilegio paulino», que todavía hoy es de importancia en los países de misión.

Otra cuestión espinosa que se propuso a Pablo era la *cuestión de la carne de los sacrificios*. La clara y superior posición es también aquí muy significativa. Se trataba de una cosa que intervenía en la vida diaria, en el trato social de casi cada familia. «Carne de los sacrificios era casi toda la carne que estaba a la venta pública»³⁰. Pues también los gentiles degollaban a los animales ritualmente. Toda religión pagana se desenvolvía con usos religiosos y prácticas exteriores. Cualesquiera casos de familia o sucesos políticos eran pretextos para un sacrificio y banquete de sacrificios. La carne no consumida en el sacrificio se empleaba en la familia o se vendía a los carniceros a bajo precio (*). En algunas fiestas públicas se daban comidas al pueblo. Como los cristianos procedían en su mayor parte de la clase pobre del pueblo, habría sido una crueldad prohibirles tener parte en ellas. «Clístenes sacrificó 100 becerros en las bodas de su hija. En los altares de Siracusa se sacrificaron en un día de fiesta 450 becerros. Livio menciona sacrificios expiatorios de

* El profesor de universidad Dr. E. Krebs (Friburgo) me hizo notar un hecho moderno semejante: Precisamente en las mejores fondas del Japón, que se hallan en los vestibulos de los templos paganos, se sirve a los huéspedes carne de sacrificio. Ningún cristiano encuentra escrúpulo en ello.

300 toros, 50 cabras, 40 animales más grandes. Al hacerse cargo del gobierno Calígula, en menos de tres meses fueron sacrificados en Roma, entre la alegría general, más de 160 000 animales»⁵⁴. Esto era un constante motivo de dudas y preocupaciones por parte de los timoratos. ¿Deberían renunciar a ser clientes? ¿Tendrían que rechazar las invitaciones de los parientes y amigos? ¿Podían ellos por motivos de su cargo o por razones de cortesía participar en un religioso banquete de sacrificio? Pablo muestra una salida a la difícil situación. Para él hay un terreno de indiferencia moral, en cuanto se trata de las cosas mismas, como comer y beber. Aquí el cristiano es enteramente libre. Puede comer de todo lo que se pone en venta en la carnicería, puede aceptar tranquilo la invitación de un amigo pagano a una comida de familia. Pues los dioses a quienes se sacrifica la carne, no son dioses, sino representaciones ilusorias (ídolos). Pero luego que estas cosas entran en el dominio de la conciencia, la propia o ajena, toman un carácter moral. Al punto que yo creo en estas vanidades u otro hace escrúpulo de mi comer, ya no me es lícito comer, porque queda ofendida la fidelidad a la propia conciencia o el delicado respeto a la conciencia del hermano. Algo diferente sucede con la participación en el banquete de sacrificio en forma de culto en el templo. Nunca puede ser una acción indiferente, sino que sería una manifestación de la comunión con los demonios, a los cuales Pablo ve activos detrás de la idolatría pagana. «Quien en el banquete del sacrificio está sentado a su mesa, entra en su círculo mágico, se hace su compañero»³⁰. Esto no lo puede hacer ningún cristiano, en quien mora Cristo por la sagrada comunión.

La colección de papiros egipcios de Oxirrinco contiene una serie de tarjetas de invitación que proyectan mucha luz sobre este asunto [n. 31]:

Invitación a una comida de sacrificio (siglo II d. de J. C.):

Queremón te invita al banquete del Señor Serapis en el Serapión, mañana, día 15, a la hora noxa.

Invitación a una boda (siglo II d. de J. C.):

Heraiis te invita a la boda de sus hijos en su casa, mañana, día 5, a la hora nona (se trata de una boda entre hermanos, frecuente en Egipto).

La segunda invitación al banquete familiar, en el cual se serviría también carne de los sacrificios, podía ser aceptada por un cristiano, pero no la primera. Aquí se manifiesta otra vez en toda su magnitud la libertad de espíritu del ex fariseo. Mientras los primeros apóstoles en Jerusalén observaban temerosos las antiguas

disposiciones sobre comidas, Pablo, fuera del círculo de Antioquía, ha pasado por encima de aquéllos en completa conformidad con el espíritu de Cristo (Mat 15, 11; Mc 7, 15). «Yo bien sé, y estoy seguro según el Señor Jesús, que nada en sí mismo es inmundo, sino que viene a ser inmundo para aquel que por tal lo tiene» (Rom 14, 14).

En el capítulo 9, Pablo interrumpe de pronto el curso de sus pensamientos para volver luego a reanudarlo. Se le quiere discutir su misión apostólica diciendo que él no había sido discípulo de primera hora, que no había visto al Señor, y que por este motivo no se atrevía a aceptar ninguna remuneración de las congregaciones. En esto se siente Pablo herido en su más sensible pundonor. ¿Es que lo sucedido en Damasco no significa nada? ¿Acaso la renuncia voluntaria y el trabajo manual rebajan su dignidad apostólica? Todo lo contrario: desde el suceso de Damasco se halla en una singular relación de servicio como enviado de Cristo. Ser apóstol, para Pablo, no significa servirse de las comunidades y ser reverenciado, menos todavía quedarse con los tesoros de Cristo, ocultarlos cuidadosamente y alegrarse secretamente de la propia redención, sino predicar y más predicar sobre las riquezas, sobre el magnífico conocimiento de Cristo, llevar su superabundante vida a todos los órganos del cuerpo de Cristo, en el cual, cada uno es una pequeña arteria, que vive tan sólo si puede nutrir a otra. Esta vocación apostólica es la que le ha tocado en suerte sin poner nada de su parte, y aun contra su voluntad, cuando en Damasco fue «prendido» por Cristo. Una mano se le puso encima y ¡pobre de él si hubiese querido huir como Jonás! Amós sintió este ímpetu (3, 8): «Ruge el león, ¿quién no temerá? Jehová ha hablado, ¿quién no profetizará?» Jeremías describe este «ser asido por Dios» y la sumisión del hombre que ha sido llamado: «Yahveh, tú me deslumbraste y te debo seguir. Tú fuiste más fuerte que yo y te saliste con la tuya; yo soy todo el día objeto de irrisión, todos hacen mofa de mí; porque ya tiempo hace que estoy clamando contra la iniquidad, y anunciando a voz en grito la devastación; y la palabra de Jehová no me acarrea más que continuos oprobios y escarnios. Y así dije: No volveré más a hacer mención de ella, y no hablaré más en nombre de Yahveh. Pero luego sentí en mi corazón como un fuego abrasador encerrado dentro de mis huesos, y desfallecí, no teniendo fuerzas para aguantarlo» (Ier 20, 7-9). También Pablo experimentó esta «carga de Dios», este asalto que Jesús hace en su corazón: «Una coacción pesa sobre mí: ¡ay de mí, si no predicara el evangelio!» Pero al mismo tiempo es también una suave y dulce presión, una sensación de felicidad que se derrama sobre él en todas sus penas. De aquí brota el pleno convencimien-

to de su misión apostólica y un inaudito pundonor. No puede consentir que nadie le ataque sobre este punto. «Preferiría morir a que alguien quisiera arrebatarle este honor mío.» De aquí se deduce su nuevo concepto de la libertad cristiana: «Donde está el espíritu del Señor, allí está la libertad» (2 Cor 3, 17). Pablo no tiene en sí nada de ambición espiritual de dominio, nada de «gran guardase-llos». «No es porque dominemos en vuestra fe; al contrario, procuramos contribuir a vuestro gozo, puesto que permanecéis firmes en la fe» (2 Cor 1, 24). El evangelio no es una camisa de fuerza. Cada cual se debe desenvolver a su manera bajo el imperio de la suave ley de la gracia. Esta ley no es como la mosaica, que viene desde fuera con exigencias al hombre (heteronomía), tampoco actúa en el sentido inmanente de la propia ley del ser (Stoa), tampoco en el concepto frío del deber (autonomía de Kant). No es innata, sino que ha nacido por medio de un renacimiento. No viene del Sinaí, sino de Sión y del Gólgota. El verdadero cristiano está, como miembro del cuerpo místico de Cristo, bajo la acción del espíritu de Cristo, del Espíritu Santo, no necesita leer su voluntad en ningún código, ya que lleva la ley de Cristo en sí mismo, es *ennomos Christou* (1 Cor 9, 21).

Que el orden no era el lado más fuerte de los corintios, se infiere de la reprensión del Apóstol por el carácter tumultuario de sus *reuniones para el servicio religioso*. Debieron de ir muy mal las cosas, cuando aun las mujeres echaban a un lado el antiguo respeto a la jerarquía de los sexos, deponían el miramiento que se había de tener al decoro exterior, cuya expresión era el velo de la cabeza, y pronunciaban discursos, o cuando un carismático pudo incluso llegar a exclamar: «*Anathema Iesus!*» Una mujer sin velo negaba su sexo, su posición social, manifestaba su falta de reverencia a los santos ángeles, que son los guardianes y custodios de las buenas costumbres, del orden de los sexos puestos por Dios y de las tareas que están asignadas a los sexos por sus dotes físicas y psíquicas. No que no pueda haber excepciones. Esto lo muestra el Antiguo Testamento con sus grandes mujeres, esto lo muestran las hijas del «evangelista» Felipe dotadas de profecía, esto lo muestra la misión histórico-eclesial de una santa Catalina de Siena. Pero la Iglesia, al excluir a la mujer del sacerdocio oficial y de la jerarquía, sabía que obraba según el espíritu de Cristo. Mas en los elevadísimos negocios personales del alma no hay ante Dios «ni hombre ni mujer» [n. 32].

La más hermosa expresión del amor fraternal hallóla la primitiva Iglesia en el *ágape*, pero pronto ya se rebajó éste en Corinto a la expresión de sentimientos poco sociales. Con esto Pablo ha llegado al corazón del primitivo cristianismo, al origen de su unidad

y fuerza social, a la fuente que rejuvenece, por la cual la Iglesia se renovó siempre y el espíritu del apostolado se derramó a todos los miembros del cuerpo místico: la *Eucaristía*. Ella dio a los fieles la seguridad de que el celestial Señor moraba entre ellos como su rey invisible. Ella era también la fuente de su pureza. Cuando el gobernador Plinio quiso, por declaraciones de testigos, caracterizar al cristianismo una generación después de san Pablo, ¿qué es lo que hizo resaltar? La participación en común en una «comida inocente» (*cibus innocuus*). Mejor no hubiese podido caracterizar a la religión de Jesús. Y esto lo hizo un pagano. Los tiempos en que palpataba lleno de vida el corazón eucarístico de la Iglesia eran tiempos de condición elevada, encumbrados, brillantes, como aquellos tiempos del siglo XIII, cuando santo Tomás compuso sus himnos a la Eucaristía. Eran tiempos de fe, de ciencia creyente, de las Órdenes de gran esplendor. Por el contrario, cuando estas pulsaciones eran más y más débiles, han sido tiempos de fatiga espiritual, de indiferentismo, de frialdad jansenista de sentimientos, de sequedad de espíritu liberal, de las dudas de la Ilustración, de la decadencia del fervor misionero. Los tiempos en que los fieles sólo con temor y de lejos miraban al tabernáculo, como los judíos en el desierto al Sinaí que vomitaba fuego, fueron tiempos de muerte espiritual: «De aquí es que hay entre vosotros muchos enfermos, y sin fuerzas, y muchos que mueren» (1 Cor 11, 30). El alma apostólica, según palabras de Pío XI, es el «alma piadosa devota de la Eucaristía».

Sabemos cómo Pablo apreció y fomentó los *carismas*, que entonces, bajo el ansia de la ardiente esperanza de la venida final de Cristo, encendían en llamas los corazones endurecidos en el paganismo y secos en el judaísmo. Como «prueba del espíritu y de la fuerza», eran especialmente aptos para la propagación del cristianismo. Unos veintisiete de semejantes carismas enumera Pablo en sus cartas. Él mismo los poseía todos en riquísima abundancia³⁶. «¿En qué — pregunta a los corintios — habéis sido disminuidos en comparación de las otras comunidades? ¿No se han obrado entre vosotros las señales apostólicas en prodigios y milagros y manifestaciones de poder?» Muchos corintios hasta se embriagaban en su superabundancia religiosa, se sentían como superhombres religiosos, buscaban en las exageraciones del hablar en lenguas la cumbre de la perfección. El carisma genuino del «don de lenguas», que se manifestó por primera vez en Pentecostés como una extraordinaria manifestación del Espíritu Santo, que se derramó en verdaderos torrentes de fuego hasta las profundidades emotivas del alma, es, según san Pablo, distinto de una impropia y descastada manera de «hablar lenguas», que viene del oscuro campo del subconsciente

irracional, al cual sucumben con facilidad las naturalezas débiles. Esto es lo que por lo visto ocurría en Corinto. San Pablo se opone a esta estimación exagerada de lo puramente sentimental, cuyo origen era difícil de reconocer, pero procedía ciertamente de las profundidades de la sensibilidad subconsciente y fácilmente podía llevar a fenómenos morbosos. Por eso les mostró un «camino más excelente» que la misma fe, esperanza y el conocimiento. En su elevado himno al *amor de Dios*, que sin duda es un eco de lo que en las reuniones religiosas había fluido de su corazón en momentos de elevadísima emoción, nos da el modelo clásico de un discurso profético. Este discurso es la cumbre más eminente de lo escrito en el Nuevo Testamento. Sólo él llega a la altura de las palabras de Jesús, y sólo una vez más tarde se ha acercado a esta cumbre un santo: ¡Francisco de Asís en su canto al sol! En san Pablo ardía un fuego que no era de este mundo, el cual encendió el mismo Hijo de Dios en el mar de llamas de la vida trinitaria (Lc 12, 49). Era la más elevada pasión, que llenaba toda su existencia, el dar a conocer a todos los hombres el universal amor redentor de Cristo y encender al mundo en el amor de Cristo. Quizás en los años juveniles se había apoderado de él también a veces el anhelo de ser hombre para sí, de tener fines, intereses y gozos privados. Pero semejantes deseos habían sido hacía tiempo reducidos a cenizas en el fuego de Damasco. Con este amor que se sacrifica mide toda otra prestación, y la tiene por pequeña, por un montón de basura de intereses egoístas. Si hablase con lenguas de hombres y de ángeles y no tuviese este amor, dice que sería semejante a uno de aquellos sacerdotes de Cibeles que hacían sonar las campanillas, batían el tímpano y sacudían el címbalo. Y si tuviese una fe milagrosa que trasladara montes y pudiera elevar el Pelión sobre el Osa, y si diese todas sus cosas, sus escasos bienes, sus pergaminos y sagradas Escrituras, que le eran la cosa más querida, más aún, si se hiciese quemar en el circo de Nerón como antorcha viva, o como Peregrino Proteo, el cínico, voluntariamente sobre una hoguera, pero todo esto sólo por celo egoísta, todo eso no sería nada. Para él sólo hay una cosa que vale la vida y el empeño de todo el mundo: deshacerse y consumirse en servicio del más alto amor, cuyo símbolo es la cruz y el corazón traspasado del Hijo de Dios. Semejante amor no busca lo suyo, es profundamente diverso de todo otro amor, que busca sus propios goces. Este amor tiene diversas formas. Puede absorber, transformar y penetrar toda individualidad. Mas no quiere echarlo todo en un único crisol. Pablo no era el discípulo del amor, que descansó sobre el pecho de Jesús en carne mortal. Su natural no era cariñoso como el de Juan. Su amor era el servicio de la idea, que consume al hombre hasta la última gota de sangre.

Pero en su última razón de ser, ambas cosas son iguales, ora Pablo diga: «Estoy crucificado con Cristo, que amó y se sacrificó por mí», ora Juan: «Amemos a Dios, pues Él primero nos ha amado a nosotros» [n. 25].

Nadie, ni aun el mayor poeta, hubiese podido describir esta imagen del amor, si no hubiese tenido ante los ojos el vivo modelo: ¡la figura amorosa de Jesús! Prueba de cuán íntimamente estaba familiarizado Pablo tanto con la aparición terrena como con la condición espiritual del Señor. Pero él estaba también autorizado por haber escuchado de los labios del Maestro su vocación de apóstol para repetir su precepto del amor. «¡Cantad al Señor un cantar nuevo!» San Pablo lo ha cantado, y con esto ha dado a la ética cristiana la norma de la caridad como principio vivificante. Desde entonces la vida cristiana es en lo esencial *imitatio Christi*, «imitación de Cristo», no en el sentido de una imitación servil, sino de una constante representación de la figura de Jesús, de un obrar por su amor, hasta aquella fidelísima imitación que se halla en la vida de san Francisco de Asís. Con esto el cristianismo ha dado una nueva alma al género humano. Y esta alma palpita por primera vez ingenuamente con su mirada limpia en el arte de las catatumbas. Ochocientos años más tarde — maravilloso eco y victoria del cristianismo en el Islam — debía otra vez resonar esta canción en el corazón de una mujer islámica, Rabia al-Adaviya, aquella santa que solía aparecer ante el pueblo con una manguera de agua y una antorcha en la mano, para con la antorcha encender el cielo y con la manguera apagar el infierno, a fin de que así «Dios fuese amado únicamente por amor de Dios».

Dos son, pues, los polos alrededor de los cuales gira la corriente de los pensamientos eucarísticos del Apóstol: el banquete del Señor y el amor sobrenatural de Dios que se alimenta de aquella fuente. Todo lo demás aparece sólo como preludeo y epílogo. Por eso la primera Carta a los Corintios se podría llamar el documento eucarístico de la época apostólica. Pero esto no es aún lo último y más profundo. Cuando habla un hombre como Pablo, tanto si es sobre las cosas del quehacer cotidiano como sobre las más extraordinarias, siempre hablará de su recóndito secreto, del Espíritu Santo. Esto nos recuerda a aquel hindú, hombre de Dios, al que después de muchas horas de hablar le preguntaron por qué no hablaba de Dios, y dijo: «¿Pero es que no lo habéis oído? ¡Si todo el tiempo he estado hablando de Él!» Cuando san Pablo habla sobre la Eucaristía, los carismas y la caridad, entonces todo resplandece a la luz del «Espíritu», y todo se vuelve su reverbero y reflexión, como el brillo de la gota de rocío en el cáliz de la flor. «El elevado canto de la caridad es al mismo tiempo lo más conmovedor que

ha expresado san Pablo sobre el Espíritu Santo como fuerza fundamental de la vida religioso-moral, como poder de Dios que vence al mundo»¹⁹. «El Señor es espíritu», dice san Pablo; «Dios es caridad», afirma san Juan; y ambos en el fondo han dicho lo mismo. No el éxtasis, no los arrobamientos, ni siquiera el discurso lleno de espíritu del profeta es lo primario en el cristianismo, sino la posesión del Espíritu. El Espíritu Santo obra la fe: «Nadie puede decir: Jesús es el Señor, sino en el Espíritu Santo». Él es el principio ordenador en el complejo organismo de la Iglesia, el lazo de la unidad en la multiplicidad de sus ministerios. Y para que este Espíritu no se confunda con los espíritus abismales, da san Pablo una clara señal para distinguirlo: el Espíritu Santo es el espíritu de Jesús, es inseparable de Jesús, nunca puede contradecirle. Para el discernimiento de espíritus, establece san Pablo esta regla: Todo lo que está en conformidad con Jesús, lo que promueve el conocimiento de Jesús y el amor a Jesús, procede del Espíritu Santo; pero lo que aparta de Jesús, le blasfema o niega, no procede de Él. Mas como Cristo y la Iglesia son una unidad inseparable, vale también esto: Todo lo que promueve la edificación de la comunidad, el espíritu de unión, es efecto del Espíritu Santo; pero lo que provoca división, discordia y culto a la persona, lo que tiene generalmente efectos negativos, es obra del maligno espíritu (cf. Prat³⁶ y [n. 20]).

La parte doctrinal más difícil para los griegos era la *resurrección de los muertos*. Esto lo había experimentado ya Pablo en Atenas, cuando al pronunciar esta palabra estalló una risotada. Mas tarde debía experimentarlo otra vez ante el procurador Festo. Por esto despliega como sus últimas ideas su gran teología de la resurrección. Alrededor de tres acontecimientos se mueve el mensaje de salud, alrededor de tres polos gira según Pablo la historia del mundo: alrededor de la muerte, resurrección y segunda venida de Cristo. San Pablo repite una vez más las pruebas principales presentadas en su predicación oral. También los primeros apóstoles pusieron la cruz y la resurrección en el centro de su predicación y conocieron la conexión de la resurrección de Cristo con nuestra resurrección. Pero san Pablo ha penetrado estos hechos de salud en toda su profundidad y fundamentado su importancia para nuestra salvación. «Si los muertos no resucitan, tampoco Cristo ha resucitado.» ¿Cuál es aquí el enlace lógico? Cristo ha obrado en todo por causa de nuestra salvación. La resurrección ha sido efectuada como complemento y coronación de su muerte por nuestra salud. Sin ella hubieran sido inútiles e incompletas la cruz y la muerte expiatoria de Jesús. Este acto del poder del Padre en su Hijo es para Pablo la prueba irrefragable de que Jesús es el portador y rey del reino de Dios, que la fuerza del nuevo eón ha co-

menzado y está actuando. El fundamento que más tarde se da a la Carta a los Romanos (cap. 6 y 8) es otra vez genuinamente místico-paulino. El principio vital es el *pneuma* o espíritu divino. Por la posesión del espíritu todos los cristianos participan de la muerte, de la resurrección y de la futura gloria de Cristo. Por la incorporación en el cuerpo místico de Cristo todo cristiano está seguro de la resurrección. La resurrección de Cristo es el comienzo del nuevo eón y la segunda venida de Cristo su terminación. La muerte y resurrección son no solamente hechos de salvación en que se cree, sino también poderes de salvación que intervienen en la vida de todo el que cree en Cristo. Todo cristiano está envuelto de una manera más que histórica en la muerte y resurrección de Cristo. Últimamente Pablo presenta a los ilustrados, pero supersticiosos corintios un argumento muy drástico *ad hominem*. Sucedió en Corinto algunas veces que al morir un pariente en el paganismo se hacía uno bautizar de nuevo en su representación. Negaban la resurrección, pero por medio del bautismo consagraban el cuerpo para la eternidad. ¿Cómo puede estar conforme una cosa con otra? Por tanto, quien niega la resurrección de los muertos, quita a la fe cristiana todo su contenido, hace engañosa la esperanza cristiana y presenta a los apóstoles como falsos testigos de Dios. Si esta fe es sólo una quimera de locos, entonces todo vencimiento de sí mismo, toda noble elevación del corazón son vanos y sin ningún valor, la vida de los apóstoles, que es un morir diario, sería insensatez, y tendrían razón estas palabras incitadoras: «Comamos y bebamos, pues mañana moriremos». Por tanto, la resurrección sólo puede negarla quien «no tiene ningún conocimiento de Dios» [n. 34].

La última dificultad de los corintios, la imposibilidad de representarse el cuerpo resucitado, la debilita san Pablo con la consideración de que nuestro cuerpo terreno experimentará una profunda transformación según la condición del germen de la vida, cuya vida oculta no sale de la envoltura sino después del rompimiento de la cobertura por la muerte y corrupción. El germen sobrenatural de la vida, que está introducido en nosotros por el bautismo, se desplegará, correspondientemente a la individualidad de cada bautizado, en diversos grados de asimilación al cuerpo glorioso de Cristo. En tres de sus cartas (1 Tes; 1 Cor; Rom), levanta Pablo el velo de este misterio por medio de diversos argumentos, pero siempre con la misma triunfal seguridad ³⁶.

Según esto, parece que la resurrección se verificará en dos fases: la resurrección de los que «se durmieron en Cristo», que están en posesión del Espíritu Santo, tienen ya la primera «prenda» de la glorificación; y la resurrección del resto de la humanidad, después de la derrota de las fuerzas enemigas de Dios y del «último ene-

migo»: la muerte, todo ello por medio de Cristo Rey ⁶¹. Ésta es la consumación del nuevo mundo o eón que empezó ya en germen con la resurrección de Cristo. Desde estos horizontes, los más alejados del universo, Pablo ve brillar como inscripción misteriosa sobre las puertas que conducen a la eternidad: «Para que Dios sea todo en todo» (cf. Eph 1, 23; Col 1, 16-20).

Y con un magnífico himno de victoria cierra el curso de sus pensamientos: «Tragada ha sido la muerte en la victoria. Muerte, ¿dónde está tu victoria? Muerte, ¿dónde está tu aguijón?» Desde que Cristo resucitó e infundió en nosotros el Espíritu Santo, la muerte es como una abeja, que pierde su aguijón si lo usa.

Timoteo debió de haber llegado entretanto a Corinto. Pablo teme que podría estar expuesto a afrentas a causa de su juventud y como enviado suyo en una espinosa misión. Por eso ruega que le reciban con afabilidad y le den salvoconducto. Él mismo quiere todavía permanecer en Éfeso hasta Pentecostés y espera hasta entonces su vuelta. Para las grandes fiestas de mayo en honor de Artemisa ha proyectado una extensa propaganda cristiana contra las mismas: «Una ancha puerta se me ha abierto, pero los adversarios son muchos».

La importante carta está terminada. Pablo hace leérsela de nuevo. Después toma la pluma de la mano de Sóstenes: «Escribo este saludo de propio puño, yo, Pablo. ¡Si alguno no ama a nuestro Señor Jesucristo, sea anatema (incurra en el castigo de Dios). *Marana tha!*» Así exclamará la comunidad al ser leída la carta, después del santo beso fraternal.

Si damos una mirada retrospectiva a la abundancia de ideas de la primera Carta a los Corintios, alabaremos a Dios, que saca bien del mal. El enfado y disgusto que tuvo Pablo con los corintios, ¿no se ha compensado superabundantemente? ¿Habría nunca escrito estos capítulos magníficos, que ponen el fundamento de la teología de todos los siglos? ¿Habría entonado aquel elevado canto de la caridad sin los yerros y confusiones de Corinto? San Pablo está aquí en toda su grandeza: como íntimo místico en Cristo y juntamente como hombre de la realidad. Como tal ha tenido unos ojos muy abiertos para las faltas morales de sus comunidades. Pero como místico nunca se pierde en una abstracta lejanía. La tarea principal que le incumbe es siempre la formación de la vida moral de sus hijos espirituales. Pero el que se desedifica de la realidad de la vida que llevaba la primitiva comunidad de Corinto, y de los escándalos que de tiempo en tiempo estremecen a la Iglesia de Dios, aprenda a conocer primero al traidor en su propio pecho, deje que san Pablo le explique la doble ley de nuestra naturaleza, la doble forma de existencia de nuestra vida, y recuerde lo que un notable

autor ponderaba con razón: «San Pablo trabaja aquí en la educación de la muchedumbre que él ha de levantar del lodo y cieno a la altura del Evangelio. Una gran parte de su trabajo consistía en llevar a su gente allí donde Jesús halló ya a sus discípulos.»

44. «Grande es la Diana de Éfeso»

Act 19, 23 - 40.

La vida de los santos no podemos representárnosla sin lo trágico: ello ha de llenar toda vida que ha de ser grande e importante. ¿Puede entonces maravillarnos que la vida del grande Apóstol esté llena de lo trágico? Pertenece a lo trágico en la vida de los santos el hecho de que concurren lo divino y lo humano, lo providencial y lo personal. Pero, ¡cuántos impulsos y cuántas complicaciones procedieron también de Pablo mismo, de su carácter y temperamento! Había en él una inquietud ingénita. No podía permanecer mucho tiempo en un lugar; el pensamiento de llenar completamente su vida seguía impulsándole sin cesar. Extendía enormemente el círculo de sus ministerios. Ésta es la señal de su gran corazón. Mas aun los hombres más santos y los mejores se equivocan algunas veces en la elección de sus medios o desconocen su propia verdadera ventaja. Al lado de esta «tragedia de las grandes almas, hay también una tragedia de la culpa y de la debilidad. De estas dos supo estar libre san Pablo»¹⁷.

Era en el mes de mayo del año 57. San Pablo acababa de volver de un breve *viaje incidental a Corinto*. Su vuelta coincidió, a lo que parece, con la gran fiesta efesina de mayo, que convertía la ciudad cada cuatro años en una feria extraordinaria y en una gran bacanal. El mes de mayo estaba consagrado a Artemisa, o sea, Diana. Toda la ciudad y los jardines de los suburbios hasta las alturas estaban a la sazón cubiertos de exuberante abundancia de flores. Todo un mundo había afluido de todas las ciudades costeras, islas y el interior del Asia Menor para honrar a la gran diosa y regocijarse con alegre algazara. Las viviendas habían sido ya meses antes alquiladas a huéspedes de fuera y a extranjeros. Durante el día, sacrificios, paseos de máscaras, luchas de atletas y procesiones; por la noche, a la luz de las estrellas, bailes y serenatas. Una junta de diez ricos ciudadanos tenía la dirección y sufragaba los gastos. Es cosa asombrosa el que cada cuatro años pudiesen hallarse diez millonarios semejantes. Los comerciantes efesinos eran enormemente ricos, y la distinción de estar entre los diez *asiarcas*, como se les llamaba, constituía un incentivo y una recompensa suficientes. Éfeso ostentaba con orgullo el nombre de *Neokoros*, o guardiana del

templo. Sobre esta fiesta tenemos un documento informativo. En las ruinas de Éfeso fue encontrado un decreto en una lápida de mármol blanco que rezaba así: «Como es notorio que no solamente en Éfeso, sino también en toda la Grecia se dedican templos, lugares, imágenes y altares a Artemisa, como además, en señal de adoración, hay un mes que lleva su nombre, llamado entre nosotros Artemision; además en consideración de que sería apropiado que el mes entero que lleva el nombre de la divinidad fuese observado como santo y dedicado a la diosa, el pueblo de Éfeso ha resuelto regular su culto por medio del presente decreto. El mes de Artemision será festivo en todos sus días. Durante todo el mes hay que celebrar fiestas, panegíricos y solemnidades. Con ello nuestra ciudad alcanzará un nuevo brillo y florecimiento para todos los tiempos» (*Corp. Inscript. Graec.* II 2954). Estas fiestas llevaron el nombre de *Ephesia, Artemisia, Oecumenica*.

Pablo sabía por experiencia que la concurrencia de muchedumbres a las fiestas de mayo favorecía también la difusión de sus ideas, y quiso hacer uso de ello para la propaganda cristiana. Con su idealismo, que algunas veces le hacía tener poca consideración a la situación real, a los intereses comerciales de los hombres, como entonces se presentaban, no había reparado en que sus principales adversarios no eran propiamente el malvado personal del templo de Artemisa, los depravados sacerdotes y toda la chusma de los eunucos y prostitutas sagradas, los magos, comediantes, tañedores de flauta, adivinos y astrólogos, sino los hombres de negocios, los comerciantes, y sobre todo el gremio de los artífices y plateros, los pequeños comercios al por menor y tratantes en objetos de devoción, a quienes sólo les importaban sus bolsillos y para quienes, por lo demás, Artemisa no era nada. La tempestad venía de un lado que Pablo no sospechaba.

El auto de fe que Pablo no hacía mucho había ocasionado o a lo menos favorecido en la plaza del mercado con la quema de los libros de magia, no había quedado sin consecuencias para la venta de la mala literatura efesina. Si se considera que en todas las ciudades circunvecinas del Asa Menor y de las islas había comunidades cristianas no insignificantes gracias a la incansable actividad del Apóstol y de sus colaboradores, las cuales ahora ya no venían a la fiesta de Artemisa, más aún, que retraían en lo posible también a otros de ella, es comprensible que en este año la fiesta dejase ver una notable disminución de concurrentes y un marasmo en los negocios. Sintió esto más que nadie el gremio de los plateros. Los viajeros que de Éfeso se volvían a su patria, solían llevarse consigo para sí y los suyos un recuerdo, una Artemisa dorada o plateada, una imagen de su templo, que se podía llevar como amuleto contra

cualquier daño. Así la diosa daba al gremio de los artífices indígenas pan y trabajo. Rápidamente se estableció la conexión entre el mal curso de los negocios y la predicación de Pablo. Demetrio, que quizás ocupaba él mismo en sus talleres a muchos dibujantes y cinceladores, que hacían de barro, plomo, plata y oro estatuas y templitos y nichos con la imagen de la diosa caída del cielo, se hizo ahora el portavoz de sus compañeros de gremio y los obreros. Hay que tener presente que Éfeso entonces era una ciudad en que ya hacía tiempo habían tenido entrada ciertas ideas socialistas. Los patronos, dado el mal curso de los negocios, hubieron de despedir a muchos obreros o rebajar los salarios. Demetrio sabe desviar muy diestramente la furia de la población obrera hacia Pablo y la joven cristiandad.

Los millares de obreros que estaban ociosos en las plazas y calles, las decenas de millares de forasteros curiosos y deseosos de escándalos eran materia favorable para el trabajo de instigación del hábil platero. La religiosa ciudad vieja, situada alrededor del Artemisión, con sus innumerables puestos de feria, fue pronto un herviente hormiguero. Demetrio subió a la gran rampa del templo, desde el cual brillaba siniestramente la imagen colosal de la diosa, y habló a la multitud: «Efesios, como sabéis, de esta industria mana todo nuestro bienestar. Pero ahora veis y oís cómo este Pablo con su doctrina de que no son dioses los que se hacen con las manos, ha persuadido y enajenado a mucha gente del culto a nuestra diosa, no tan sólo en Éfeso, sino también en toda la provincia de Asia.» Este discurso fue un hábil entretrejimiento de codicia e instintos religiosos, de patriotismo local y superstición. «Pero no solamente nuestra industria amenaza salir perjudicada, también el santuario de la gran Artemisa caerá en desprecio, más aún, ella misma y su majestad perecerá, a la que, sin embargo, toda Asia y todo el orbe de la tierra tributan veneración y adoración.»

Lo que atañe a la propia subsistencia suele aguzar los sentidos. Así ocurrió por lo menos en nuestro caso. La primera asamblea de obreros de que habla la Biblia vio venir un futuro todavía muy lejano, pero que fue realmente como Demetrio pronosticaba. Los temores de los plateros no eran infundados. Sólo sus métodos de lucha fueron inadecuados. ¿Qué significaba el que como frenéticos pateasen, armasen tumulto y por espacio de algunas horas gritasen con gran confusión: «¡Grande es la Artemisa de Éfeso!»? A lo último se dio la consigna: «¡Al teatro! ¡Al teatro! ¡Pablo ante el tribunal popular! ¡Pablo ante los leones!» Como a una señal dada, la enfurecida muchedumbre se lanzó agitada desde el templo por el barrio de los judíos, donde habitaban Águila y Pablo, hacia el teatro en el interior de la ciudad. En el hemiciclo de este teatro,

cuyas filas de asientos iban ascendiendo en las pendientes del Pión, con vista al mar, cabían unas 25 000 personas (grab. 22). Paseantes no interesados, peregrinos venidos a la fiesta, que no sabían de qué se trataba, el personal de las tiendas, fondas y bancos situados en el ágora, se unieron a este impetuoso alud de gente; hombres serios que venían de la biblioteca pública y jóvenes que salían del estadio, de los gimnasios, baños y sitios de deportes, fueron juntamente arrastrados y se hallaron a la vez en el grande hemiciclo ante el grandioso escenario. Las estatuas de dioses y diosas, héroes y emperadores, que deslumbraban por su blancura, miraban mudas hacia la furiosa multitud. Arriba, en el escenario estaban como delincuentes acusados, pálidos y temblando, sangrando por abiertas heridas, Gayo y Aristarco, los dos amigos y colaboradores macedónicos de Pablo, a quienes el populacho había reconocido y arrastrado consigo en el camino. Que también hubiesen asaltado la casa de Águila y Priscila, y golpeado y llevado consigo a los dos buenos esposos, es posible. Mas probable es, sin embargo, que los dos se sacrificasen voluntariamente y fuesen con la multitud para apaciguar la furia del pueblo. San Pablo atestigua de ellos, agradecido: «Salud de mi parte a Águila y Priscila, mis auxiliares en Cristo Jesús, que arriesgaron su vida por la mía».

Pablo escapó de la muerte sólo porque providencialmente no estaba en casa. Estaba sin duda en la escuela de Tirano, donde daba sus conferencias, no presintiendo nada de lo que iba a suceder⁵⁶. La furia de la muchedumbre llegó hasta él al patio interior del gimnasio. Hizo una pausa y escuchó. Entonces algunos de sus discípulos le llevaron el aviso de que la multitud exigía que compareciera ante un tribunal popular y que Gayo y Aristarco estaban en peligro de muerte. Pablo, en posesión del derecho de ciudadano romano, quiere ir al teatro para presentarse él mismo y librar a sus amigos. Sabe bien que el derecho de ciudadano romano no le protege contra la rabia del pueblo enfurecido. Pero en este momento no consulta a su cabeza, sino sólo a su corazón, y éste anhelaba el martirio. Los discípulos le detuvieron y le impidieron la salida. En seguida llegó un nuevo aviso. Algunos asiarcas amigos suyos le enviaron a decir que prefriese no venir, que esto no haría sino complicar la cosa. Los asiarcas, que al mismo tiempo eran los superintendentes de la provincia para el culto del emperador, tenían también las llaves de las jaulas de las fieras. En el fondo al populacho nada le interesaba tanto como ver espectáculos sangrientos, combates, gladiadores y leones numídicos en la arena⁵⁰.

Entretanto en el teatro todo andaba revuelto y Demetrio era incapaz de dominar la situación. El populacho había arrastrado también, a su paso por el barrio de los judíos, a una multitud de

éstos. Los jefes de los judíos temieron ser envueltos en el movimiento de revuelta contra los cristianos y habían venido igualmente al teatro. Empujaron adelante a uno de los suyos, por nombre Alejandro, furibundo enemigo de Pablo. Ése debía declarar a la asamblea que Pablo no era ninguno de los suyos, sino un renegado, expulsado de su comunidad. Como vacilase, le llevaron a la tribuna. Ahora ha de hablar. Hace una señal con la mano. Luego clama uno de la multitud: «¡Un judío!, ¡un judío!» Todo el teatro lo repite gritando, y de nuevo truena, como las olas del mar al romperse en la costa, el grito frenético de la muchedumbre hacia el antepecho de mármol del proscenio: «¡Grande es la Artemisa de Éfeso!» San Lucas menciona con fina ironía un rasgo característico del alma de la muchedumbre: «La mayor parte del pueblo no sabía absolutamente para qué se habían juntado». Las gentes de Éfeso sucumbieron a una de aquellas sugerencias colectivas en que es tan rica la historia del género humano. San Pablo lo ha experimentado más de una vez, y de nuevo habrá de experimentarlo en Jerusalén.

El *secretario del concejo*, el primer funcionario de la ciudad, cuya designación oficial nos ha sido conservada por medio de decretos, inscripciones y monedas, es un buen psicólogo y conocedor de los hombres. Por fortuna, no es ningún demagogo, sino un funcionario consciente de su responsabilidad. Sabe de luchas de fieras: cuando la bestia está cansada, entonces se le puede dar el golpe de gracia. Deja al pueblo que se canse de gritar por espacio de dos horas. Cuando la fuerza de las voces se va paralizando cada vez más, se presenta saliendo por una puerta del proscenio, con paso tranquilo y no alterado semblante — ¡también esto hace impresión sugestiva y calmante! —, mira fijamente el mar agitado como un experto director de asambleas. Su tranquilidad infunde respeto. Retorna lentamente la conciencia de la dignidad humana. Por espacio de unos minutos reina un silencio, que hace el efecto como de una pausa para volver en sí. La pasión de la multitud se estrella al fin en la sobriedad del secretario, dura como una roca: «No se debate la religión. El prestigio de Artemisa es indiscutible. No hay ningún sacrilegio ni blasfemia. Por tanto, se trata solamente de una cuestión económica, de una querrela civil tocante a un perjuicio comercial. Éfeso es y permanece la *neokoros* de Artemisa. Si Demetrio y sus compañeros de gremio pueden fundamentar su querrela, hay para ello tribunales competentes. Si tenéis otra acusación pública, existe para ello la asamblea popular conforme a regla. Mas, con semejantes sucesos como los que hoy hemos presenciado, corren peligro la honra, la reputación y los privilegios de la ciudad». Ésta fue una palabra prudente. El pueblo despertó de su embriaguez

y se avergonzó de sí mismo. Bastó un movimiento de mano del secretario para que la asamblea quedase disuelta. La gente sabía tanto como antes. El tumulto quedó extinguido, pero por otra parte quedaron también estas dos contraseñas: «¡Grande es Artemisa!» — «¡Grande es Jesucristo!» Sobre ellas decidirá el porvenir.

Con todo, ¡qué impetuoso y subversivo fue este Pablo! Primeramente ha combatido la Ley mosaica y despojado el templo de Jerusalén de su valor definitivo. Y ahora pone la segur al santuario de Artemisa, y con ello en general a la raíz del gentilismo. El platero de Éfeso tuvo muy acertado presentimiento. ¿Dónde está hoy Artemisa? ¿Dónde su templo? Su majestad ha tenido fin y con ella todo un orden social y una cultura decrepita. Jesús ha triunfado de Artemisa y del culto de los césares y de toda la piedad negociante pagana. Éfeso, a cambio de la gloria de Artemisa, alcanzó otra doble y superior: la gloria de su comunidad cristiana, de ser fundada por el mayor apóstol de Cristo, y aquella otra de poseer el sepulcro del no menos célebre apóstol san Juan. En Éfeso éste escribió más tarde su Evangelio y sus Epístolas en una pequeña calle del barrio de los cristianos: «¡Ésta es la victoria que vence al mundo, nuestra fe!» Una losa de piedra en medio de las ruinas de la basílica de San Juan, que edificó el emperador Justiniano, señala todavía hoy el sepulcro del Apóstol con la *confessio* y la abertura a manera de pozo, de la cual Simeón Metafrastes dice haberse levantado cada año en el mes de mayo un milagroso polvo curativo, una especie de maná. Cuenta la leyenda que se había enterrado al Apóstol con su Evangelio sobre el pecho. Los piadosos peregrinos creían oír por la piedra latir el corazón del gran discípulo del amor. El recuerdo de Pablo y de Juan no se puede separar del de otro hombre verdaderamente apostólico: Ignacio de Antioquía, que, descansando en Esmirna en su último viaje de penalidades y de gloria, recibió la visita de una embajada de Éfeso que estaba formada por el obispo de la ciudad Onésimo, el diácono Burro y los fieles Croco, Euplo y Frontón. En su carta de agradecimiento a los efeios suena una gran alabanza a su iglesia.

Como capital de la provincia romana de Asia, poseyó Éfeso después, en la época cristiana, la jurisdicción civil y eclesiástica sobre casi todas las provincias del Asia Menor, que con sus obispos sufragáneos estaban bajo la autoridad del metropolitano de la ciudad de Éfeso, el cual era consagrado en presencia de todos los obispos de Asia. No menos de nueve concilios ha visto esta ciudad dentro de sus muros. Una vez aún, en el año 431, alcanzó Éfeso un notable apogeo religioso: por el gran concilio en el cual llegó a la victoria definitiva la veneración de María como Madre de Dios (contra Nestorio), la expresión *Dei Genitrix* pasó al lenguaje usual cris-

tiano y se puso el fundamento del dogma de la unión de ambas naturalezas en la persona de Cristo. Con esto se erigió una obra del porvenir de la civilización cristiana. Aquello fue un comienzo magnífico. Pero ya 18 años más tarde (449) se empieza a cumplir el trágico destino de esta ciudad debido a la humana flaqueza. Éfeso tuvo la triste fama de ser teatro del célebre «concilio de bandoleros» (como le llamó León el Grande), en el que las discusiones sobre la fe entre las fanáticas hordas de monjes y obispos herejes degeneraron en golpes y porrazos. En el siglo VI la vida religiosa popular recibió un nuevo empuje con el culto de los «Siete Durmientes», jóvenes que en época de persecución se refugiaron en las grutas del Pión y despertaron milagrosamente en tiempo del emperador Teodosio. Sus catacumbas todavía hoy maravillan a quienes las visitan. Mas en el siglo VII un nuevo poder, el Islam, con su invasión en las siete iglesias del Apocalipsis, comenzó a cumplir la amonestación amenazadora del Apóstol; las sedes episcopales, antiguamente tan insignes, se vieron reducidas a grandísima necesidad. En 1403 fue devastada la célebre ciudad por las hordas mogolas de Tamerlán. Y hoy, a consecuencia de las increíbles y cruentas persecuciones realizadas por los turcos, apenas viven algunos miles de cristianos en el Asia Menor. Hay algo terriblemente trágico en las tres contraseñas que se substituyen una a otra: «¡Grande es Artemisa!» — «¡Grande es Jesucristo!» — «¡Grande es Alá y su profeta!» ¿Y hoy? Hoy también Alá ha desocupado el campo, también la Media Luna ha desaparecido.

El hombre puede discurrir y preguntarse: ¿Por qué Cristo ha vuelto a perder lo que Pablo y Juan habían aquí erigido? La respuesta es una de las estremecedoras enseñanzas de la historia. Vistas las cosas humanamente, es el gran hecho trágico del cristianismo el que sus mayores enemigos siempre se levantan de sus propias filas. Así san Pablo fue perseguido a muerte como una fiera por sus hermanos judío-cristianos; a su más ferviente venerador san Juan Crisóstomo le dieron caza a muerte por las estepas salinas del Asia Menor los obispos y monjes, sus rivales. La fe ya no era cosa del corazón como en san Pablo. Era cosa de política entre los teólogos bizantinos que politiqueaban y los emperadores bizantinos que teologizaban. Por esto perdió el cristianismo de Oriente su fuerza, que antes poseía de manera tan maravillosa. ¿De qué sirven todos los muertos pergaminos de Sagradas Escrituras, todos los huesos de santos mártires, todas las hermosas leyendas, todo el polvo milagroso, todos los vestidos tejidos por la emperatriz santa Elena, si se ha disipado el espíritu? Todas nuestras providencias y usos exteriores sin el espíritu de Cristo no producen ningún efecto mayor que el grito de las turbas de Demetrio: «¡Grande es la Artemisa

de Éfeso!» La fe que se reduce a simples exterioridades, se hunde inevitablemente. «Sólo la fe del corazón tiene la promesa del Señor»⁵⁰.

Al reflexivo viajero que sobre las alturas de la ciudadela bizantina dirige una mirada al campo de ruinas de Éfeso, le sopla el aliento de la historia, y también su hálito de muerte. Los cinco estratos de la historia de Éfeso yacen entre escambros y polvo: el antiquísimo de Cresos, el helenístico de Lisímaco, el romano de Adriano, el bizantino y el mahometano.

Sólo una atalaya romana sobre el Bülbül-Dagh, la llamada «prisión de San Pablo», y un arco de puerta, llamado «puerta de la persecución», conservan todavía hoy por una mala inteligencia el recuerdo de la prisión y huida del Apóstol. Una pequeña y sucia aldea turca ha perpetuado en su nombre, *Ayasholuk*, la memoria de san Juan, el *Hágios Theólogos*, el «santo teólogo». En lo demás, Éfeso, con su verde cordillera baja, es hoy literalmente una pradera de asfódelos, y la homérica flor de muerte que aquí se da en abundancia, difunde el soplo de muerte de la historia, que disipa todo lo puramente humano. El alto tallo de *narthex*, que crece también allí, en cuyo interior vacío, según la simbólica leyenda, Prometeo trajo a la humanidad el fuego del cielo, constituye en este sitio un hermoso símbolo de aquel sagrado fuego que Pablo encendió en esta ciudad. El oscuro Heráclito tuvo razón al anunciar desde allí con frases sibilinas la doctrina del «eterno fluir de todas las cosas». Solamente una cosa ha permanecido igual: como en tiempos de Homero y Pablo, se mecen todavía las garzas, cigüeñas y cisnes en los pantanos y charcas, y sobre las aguas del Caistro florecen y flotan los nenúfares.

Como las aligeras aves — gansos, grullas o cisnes cuellilargos — se posan en numerosas bandadas y, chillando en la pradera de Asio cerca de la corriente del Caistro, vuelan acá y allá, ufanas de sus alas, y el prado resuena...

Iliada II, 459-463

¡Que hayan desaparecido así la gloria y el ornato de un mundo sin dejar vestigios! Pero Heráclito no tenía razón: para nosotros siempre será digno de respeto el lugar donde Pablo escribió su gran consigna: «Dios es espíritu», y donde Juan anunció al Logos hecho carne. Este *Pneuma* y este *Logos* no son como el logos de Heráclito, que desaparece como un soplo, sino que a partir de este momento se han hecho cargo de la soberanía del mundo y han instalado su morada entre los pueblos. ¿Dónde está el misterio? Pues en que Pablo y Juan no han creado un símbolo irreal, sino

uno cuya realidad personal y cuya precisión histórica han sido aseguradas por dos hechos fundamentales: Pablo basó su predicación en el hecho de la muerte en la cruz, y Juan su Evangelio en el hecho de la Encarnación. «La Palabra se hizo carne; lo hemos visto, lo hemos tocado con nuestras manos. Realmente manaba sangre y agua de su costado.» Estos dos hechos preservaron al cristianismo de que se disolviera en un puro misticismo. De ahora en adelante, sobre estos dos puntos se mueve la historia.

45. *Huida de Éfeso. La segunda Carta a los Corintios*

Act 20, 1-2.

Los acontecimientos entre la primera y la segunda Carta a los Corintios son algo inextricables. Las indicaciones que hay en la segunda Carta a los Corintios hacen sospechar la siguiente sucesión de hechos: Entre Pascua y Pentecostés del año 57 había vuelto Timoteo de Corinto, pero no había traído noticias agradables sobre las actividades de los intrigantes. La gran carta del Apóstol había tenido muy buen éxito pero no había reducido al silencio a sus adversarios. Esto le movió a enviar a Tito a Corinto con nuevos poderes. Por un corintio o uno de los perturbadores foráneos se había cometido un acto que, si quedaba impune, había de quebrantar la autoridad del Apóstol y hacía imposible la vuelta a Corinto (2 Cor 7, 12). San Pablo no describe las particularidades del crimen, sino sólo dice que «uno había hecho el agravio y otro lo había padecido». ¿Fue quizá Timoteo mismo en el cual se cometió una grave ofensa o mal tratamiento ante la comunidad reunida? Brutales desafueros parece indicar sin duda este pasaje (11, 20): «Vosotros aguantáis si alguno os trata con altanería y os hiere en el rostro». Un urgente llamamiento parece haberse dirigido a Pablo por el grupo fiel a él: ¡Ven! ⁴² Pablo no se podía resolver a ello. Antes había estado ya una vez «con amargura» entre ellos, al recordar a los superiores con severísimas amenazas su obligación. No quería hacerlo por segunda vez. No quería agravar la situación. Con esta zozobra se dirigió a Tito y le rogó que se pusiese en camino por él para Acaya. Pablo hubo de mencionarle todas las buenas cualidades de los corintios para persuadirle (7, 13). Sólo el amor a Pablo venció sus reparos. Tito emprendió su viaje con los necesarios poderes por escrito y una carta del Apóstol a la comunidad, en la cual pedía muy seriamente que volviera al buen camino. Por esto se habla de una especial «carta de lágrimas», la cual empero, porque se refería a un asunto sumamente personal y en extremo penoso para los corintios, sin duda se ha perdido: «Os he escrito

derramando muchas lágrimas, muy afligido y con un corazón angustiado» (2, 4) [n. 33]. El castigo del malhechor había de efectuarse por un procedimiento judicial, en el cual se manifestase hasta qué punto los superiores fuesen culpables en el suceso. La comunidad había de decidirse en pro o en contra de Pablo.

Tito partió con la instrucción de volver por Macedonia a Tróade, donde hallaría a Pablo. Entretanto sucedió la catástrofe de Éfeso y Pablo se vio obligado a irse antes de tiempo. A una hora temprana de una mañana de mayo del año 57, se puso en camino para Tróade con Timoteo, Gayo, Aristarco y Segundo, Tíquico y Trófimo. Cierta Carpo (2 Tim 4, 13) era su huésped y cabeza de la congregación. Cuando siete años antes estuvo aquí la primera vez, le había prohibido el Espíritu Santo predicar, pero ahora «se le abrió una puerta» (2 Cor 2, 13). Sin embargo, su corazón estaba como oprimido, desconsolado y lleno de congoja. Sus palabras sonaban sin calor; su voz, quebrada como una campana rota. También los santos tienen semejantes horas de sequedad de espíritu. Léanse los escritos de los místicos, como san Bernardo, cuyo corazón parecía inagotable en calor y entusiasmo. En tales tiempos de nervioso abatimiento y desazón psíquica se presentaba en san Pablo aquel estado de agudos dolores de cabeza que él designa como un «aguijón en la carne». No era hombre de largo esperar. En la ocasión más próxima se embarcó para Macedonia, a fin de ir al encuentro de Tito ⁵⁶. Su primera visita fue a Filipos, donde después de largos años de separación halló a su amigo Lucas. A la perspicacia del médico y a los ojos amantes de sus amigos no se les escapó la perturbación en su modo de ser, su exterior intranquilidad y su interior aflicción (7, 5). La gran cordialidad con que le rodearon sus filipenses, le hizo mucho bien. Poco a poco volvió a revivir. Un día llamaron a la puerta. La criada de Lidia abre y trae la noticia: ¡Tito ha venido! La vista de Tito renueva la alegría de Pablo. Sabía que sus amigos habían estado en el viaje en constante peligro. No era cosa de poca monta, si uno de sus mensajeros volvía sano y salvo ⁴². Tito traía una buena noticia. Armado de todas las facultades del Apóstol, había sido recibido en Corinto con «temor y temblor», en vista del tremendo poder que le había concedido Pablo. La carta había movido a lágrimas a la comunidad y producido profunda sensación. El incestuoso había sido excluido por resolución de la mayoría, era evitado por todos y padecía terriblemente bajo la presión psíquica. Reparó su falta y pidió perdón a la congregación. Ésta estuvo dispuesta a otorgárselo, pero se reservó la aprobación del Apóstol. También el malhechor que había «hecho el agravio», fue castigado gravemente. La averiguación dio por resultado que la congregación en sí no tenía culpa

alguna en el asunto. Las divisiones habían desaparecido. Pero los perturbadores llegados de fuera estaban todavía en la congregación. Llamaban al Apóstol voluble e inconstante, pues trastornaba siempre sus planes de viaje y sólo seguía el impulso de su impetuoso antojo. Otros decían que ya no se atrevía a ir a Corinto y sólo en sus cartas era vigoroso y de lejos valiente. Sin embargo, la mayoría estaba con fidelidad detrás de él y anhelaba su visita, para alcanzar de él consuelo y perdón (7, 7-12). Tal fue la relación de Tito.

Pablo se hallaba consolado, levantóse, extendió sus brazos y recitó una ardiente oración de acción de gracias: «Dios, que consuela a los afligidos, nos ha consolado con la llegada de Tito». Ya hacía tiempo que no se había visto al Apóstol tan alegre. Sus ojos recobraron su brillo anterior; su voz, su entera potencia. «¿Ves, hermano Tito?, ha sucedido como te dije: mis corintios no me han engañado; está comprobado que a mis elogios les correspondía la realidad. Pero no quiero ir a Corinto sino cuando se hayan disipado todas las nubes, cuando yo no haya de causar ya ninguna tristeza. Por lo pronto, sin embargo, voy a escribir de nuevo a los corintios, y tú, hermano Timoteo, debes firmar conmigo y defender la carta, para que vean los corintios que somos enteramente de un sentir, y como fundadores de su Iglesia tenemos la misma posición respecto de ellos, de suerte que cualquier injuria que se te hace a ti, me ofende también a mí y mi perdón es también el tuyo.»

Nunca habla y escribe el hombre más fácil y más bellamente, que cuando es movido por una gran pasión y su alma se dilata en gozo y amor. Si la primera Carta a los Corintios es la más interesante por la riqueza de ideas, la segunda es la más apasionada de todas sus cartas. Algunos críticos dicen que consta de varias cartas que aparentemente más tarde habían sido reunidas: Una carta «de consuelo y reconciliación» (cap. 1-7), una carta que trata de la colecta (cap. 8 y 9), y por fin la llamada «carta de los cuatro capítulos» (cap. 10-13). Es cierto que la carta consta de varias partes, y aunque no «en una sentada», escritas rápidamente una tras otra y en igual estado de ánimo y entregadas como un escrito que forma unidad. La diversidad del tono se explica por el hecho de que la carta va dirigida a diversos grupos. En la primera parte habla san Pablo a los que le son fieles en tono conciliador. Mas los adversarios judaizantes estaban todavía en la comunidad. Las acometidas de ellos a su persona y a su apostolado seguían aún produciendo efecto. Pero la persona y la cosa eran aquí lo mismo. Por esto había él de poner fin a estas acometidas y ajustar cuentas de una manera aniquiladora con sus adversarios. *La exposición de los motivos en que se funda su autoridad apostólica* es, por tanto, el fin principal de esta carta. El arma de que se sirvieron sus adversarios, en primer

término, fueron sus padecimientos, persecuciones y su estrechez. Esto, a los ojos de aquellos hombres mundanos, le quitaba toda grandeza apostólica⁴². San Pablo les arrebató esta arma y precisamente de sus padecimientos hizo una confirmación y glorificación de su obra apostólica. Ésta es la razón de por qué habla tanto de sus padecimientos. Éste es el hilo rojo que entrelaza toda la carta y le pone el sello de una *carta de pasión*, de una gran confesión de su martirio.

Después de una oración de acción de gracias, san Pablo recuerda a los lectores los terribles sucesos de Éfeso. Por primera vez pensó que la medida estaba llena y que se habían acabado sus fuerzas; creyó estar cercano a la muerte. Ruega que en las comunidades se hagan actos de culto públicos en acción de gracias por su salvación de la muerte (1, 11). Está indignado por la pérfida lógica de abogados con que se interpreta el bien motivado cambio de sus planes de viaje como falta de firme carácter, con la afirmación de que él dice ahora sí, ahora no. «¿Tomo acaso mis resoluciones por capricho, de suerte que en mí manda el *sí sí* y el *no no*?» Pablo alude a las palabras de Jesús: «¡Vuestro modo de hablar sea un claro sí o no!» Pero ¡cuán ingeniosamente sabe él interpretar estas palabras! Dice que en la doctrina que les ha anunciado, nada ha habido del *sí* y del *no*. Porque Jesucristo, Hijo de Dios, que él les ha predicado, no fue sí y no a la vez. En Él hubo un sí y todas las promesas han hallado su sí en Él. Él es el gran sí y amén. La causa por la cual Pablo difirió su visita, no fue el capricho o el temor, sino la delicada consideración a ellos mismos. «Se me echa en cara el deseo de dominar: dicen que quisiera dominar vuestra fe, tiranizar vuestras conciencias. ¡Oh, mal me conocéis! El fin del cargo apostólico no es dominar, sino servir y hacer nacer la alegría.» También aquí habla Pablo según los sentimientos de Jesús: «El Hijo del hombre no ha venido a dominar, sino a servir..., para que vuestro gozo sea completo». El fin del castigo eclesiástico no es la aflicción, sino el arrepentimiento saludable, que no causa muerte, sino vida. Ésta es la ética cristiana del castigo, que Pablo verifica aun en el caso del incestuoso. La exageración o el abuso del poder de castigar que tiene la Iglesia, sería «una astucia de Satanás». Sólo en cuanto los representantes de la Iglesia se dejan guiar por el Espíritu Santo, escapan de esta tentación. San Pablo presupone en todas sus cartas la disposición de Dios para perdonar; así también aquí, cuando asegura el perdón al incestuoso y ruega a la comunidad que haga lo mismo, presupone como incluido el perdón de Dios. El «perdón de los pecados» es un pensamiento que ha acompañado a la Iglesia desde sus primeros días³⁰.

El anterior gozo por la victoria y la confianza animan ahora de

nuevo al Apóstol, cuando vuelve la mirada atrás y contempla su obra apostólica. «¡Gracias sean dadas a Dios, que se sirve de mí en su carrera triunfal por el mundo y me pasea como trofeo de victoria!» Éste es el sentido de las palabras de un pasaje del griego PLUTARCO (*Marco Antonio*, 84), donde Cleopatra, antes de morir, visita la tumba de Marco Antonio y jura preferir la muerte a la cautividad¹¹: «No, dijo, no quiero dejarme pasear por tu vencedor en su triunfo». Detrás del carro triunfal de los generales victoriosos seguían los prisioneros y los reyes vencidos. Se agitaban incensarios, y el vencedor era envuelto en una nube de incienso, como un dios. Pero para que el humo no se le subiera demasiado a la cabeza, un esclavo a su lado debía recordarle su naturaleza mortal: «*Caesar, hominem te esse memento!*» (Recuerda que sólo eres hombre). Pablo se alegra del modesto papel que hace tras el carro de la victoria de Cristo: se alegra de que a él Cristo le haga servir de trofeo de victoria, o que como turiferario deba esparcir por todas partes «el perfume del conocimiento de Cristo». Así como el incienso asciende del altar y poco a poco llena todo el templo, contempla ahora todo el Mediterráneo y el Egeo perfumados por el suave olor del Evangelio, que asciende de su corazón inflamado por Cristo, aunque las fuerzas de su vida se consuman como una brasa. El mundo entero respira este perfume de incienso: para unos es olor de vida, para otros es hedor de muerte.

Esta glorificación del apostolado le sugiere siempre nuevas imágenes. No necesita ninguna carta de recomendación, como sus adversarios. «¡Vosotros los corintios sois mi carta de recomendación, una carta de Cristo, escrita con brillante escritura, de modo que todo el mundo pueda entenderla y leerla, escrita no en tablas de piedra como los diez mandamientos, sino en las tablas vivas del corazón! No con buril de hierro en letras hebreas, sino con el estilo del espíritu: La letra mata, el espíritu es el que vivifica.» Si san Pablo no hubiera escrito más que esta única sentencia, habría hecho bastante para la inmortalidad. «Vuestros seductores alegan a Moisés. ¡Muy bien! Moisés ponía un velo sobre su rostro cuando hablaba al pueblo poco juicioso. Todavía hoy envuelven la Ley, al leerla en la sinagoga, en una cubierta de bordados abigarrados. Ésta es una imagen de la cubierta que llevan alrededor de sus corazones. Por eso no advierten que el Antiguo Testamento ha terminado en Cristo. La predicación cristiana no necesita de semejante envoltura. Nosotros nada tenemos que ocultar. Nosotros no falsificamos la palabra de Dios como un tabernero el vino. No nos predicamos a nosotros mismos, sino a Cristo solamente, pero a nosotros mismos solamente como a vuestros siervos por amor de Jesús.» La proposición final de este notabilísimo pasaje expresa la más profunda causa

de la conciencia que tiene de su vocación apostólica: ¡el haber relumbrado en su corazón el resplandor de Cristo en Damasco! «Quizá me objetéis: ¡Pero tu aspecto no corresponde a esto!» Esto da ocasión al Apóstol para manifestar en vigorosas antítesis la oposición entre su exterior de poca apariencia, enflaquecido por la enfermedad y los padecimientos, y su interior lleno de espíritu. Y luego pasa a la gran confesión de su vida. Como la vida de Jesús fue una continuada vida de sacrificio, una vida de obediencia, hasta la muerte en la cruz, así aparece la semejanza a Cristo en el Apóstol especialmente en las grandes descripciones de su arrastrado, peligroso y oprimido servicio apostólico. Disposición para el servicio y humillación de sí mismo fueron su martirio diario. Léase en sus Cartas a los Corintios la conmovedora lista de sus padecimientos: 1 Cor 4, 9-13; 2 Cor 1, 8-11; 4, 7-12; 6, 4-10, y los más conmovedores: 11, 21-33. Para Pablo el padecer es como un sacramento, mediante el cual se completa su místico convivir, su simbiosis con Cristo. Toda la fuerza la saca de la unión con «*Christus passus et redivivus*». Cuanto más padecer, tanto más fuerza y dignidad; cuanto más padecer con Cristo, tanto más proximidad a Cristo. Porque sabe que ha de padecer más que todos los otros, sabe también que tiene una especial función en la Iglesia y respecto de la Iglesia. A las persecuciones se añaden todavía sus dolencias crónicas. A la oración hecha por Jesús tres veces en Getsemaní corresponde su triple petición dirigida al Señor para que le libre del aguijón de la carne y de los ataques de Satanás⁶⁵. Con este cúmulo y exceso de «padecimientos por Cristo» se presenta a los corintios. Ellos reconocen su enorme superioridad. Sentimos finalmente la gracia y la dignidad del «*sacerdos alter Christus*». Con esto ha logrado derrotar a sus más encarnizados adversarios, arrebatárles el argumento de que él era un ser desgraciado, y transformar este argumento en un triunfo de Cristo.

Su comunión de padecimientos con Cristo fundamenta también su *comunión de padecimientos con la Iglesia*.

Entre las dos partes principales de la carta está puesta una sección sobre la *colecta para Jerusalén*. Esta obra comprensiva de caridad era para Pablo una grande solicitud del corazón, porque no podía consentir que se rompiesen los hilos con la difícil Iglesia madre y se dividiese la Iglesia en dos partes. Quiso convertir esta colecta en un solemne homenaje a la Iglesia madre por parte de las Iglesias hijas y presentar personalmente en Jerusalén el importe de todas las Iglesias en compañía de sus representantes. La manera como Pablo promueve y dispone esta colecta es un testimonio de su fina discreción. A él no le estaba bien el papel de colector de dinero. Sólo con repugnancia se ocupaba en cosas

de dinero. Sabía con qué ojos de Argos vigilaban sus adversarios cada uno de sus pasos y difundían cosas indignas. Por eso exigió que cada comunidad hiciese sellar sus donativos y llevarlos por comisionados elegidos de intento. Para quitar a la colecta toda apariencia de negociación, eligió expresiones religiosas para designarla: «dádiva de bendición», «servicio de amor», «socorro para los santos», «liturgia de ofrenda». Esta carta de colecta es el modelo de un sermón sobre la caridad. ¡Qué delicada discreción para no parecer importuno! Conoce muy bien las necesidades del pueblo bajo. Si se hubiera tenido siempre en el decurso de la historia de la Iglesia esta delicadeza, esta conciencia de responsabilidad respecto del pueblo, que lucha penosamente con la estrechez de la vida, si se hubiera interesado más por los pobres entre los pobres, por los barrios miserables de las grandes ciudades, en vez de ocuparse en profanos negocios económicos, por cierto no se habrían seguido tantos quebrantos de la confianza. Si el sacerdote ya no se compadece del pueblo que sufre miseria, si en su vivienda y porte de vida se trata mejor que los más de su comunidad, si no administra el capital de confianza del pueblo católico como un santo legado, entonces ha de venir el Señor y limpiar su era con el bieldo. También los motivos por los cuales trabaja Pablo son sobrenaturales. El más hermoso fruto del dar según él es que crecemos en sentimientos caritativos, atraemos sobre nosotros la bendición de la acción de gracias eucarística y mostramos nuestra sumisión al evangelio de Cristo. Así la participación en las obras de caridad es una especie de liturgia, un «don inefable». Así entendida, la caridad ni es una carga para el que da, ni un sonrojo para el que recibe.

Entre los capítulos 9 y 10 parece que hay cierto espacio de tiempo y un gran acontecimiento. Pues sin causa conocida pasa súbitamente Pablo del tono conciliador de antes a un vehemente *appassionato*, a una acerba filípica, después que ya está conseguida la reconciliación con la comunidad. Probablemente llegaron entretanto posteriores noticias de Corinto, de que los perturbadores de la paz de la comunidad habían recibido recientemente de Jerusalén un refuerzo, sin estar estas personas autorizadas por Santiago o Pedro. Llamaban a Pablo presuntuoso y a sus cartas atrevidas, decían que era un loco deseoso de gloria, que su colecta era sólo una astuta maniobra y un perjuicio para la comunidad. Bajo la máscara de la ironía griega hace ahora Pablo el papel de ambicioso que le han asignado. Con esto caen golpes de maza aniquiladores sobre sus adversarios. Le reprochan ambición, egoísmo, ansias de dominar, al paso que ellos mismos se jactan de la amistad de los grandes de Jerusalén, se presentan como hombres superiores, corren de casa en casa y se convidan a sí mismos, llevan siempre la palabra y

abofetean a los que les contradicen (11, 20). Con distinguida discreción ni siquiera menciona Pablo por su nombre a los emisarios del Oriente y sólo los denomina con «un cierto», «cierta gente». Acerca de los que, según pretenden ellos, les envían no dice palabra. Guarda silencio prudente y respetuosamente acerca de ellos, aunque tras las maquinaciones se alza *magni nominis umbra*, la sombra del abuso de grandes nombres.

Tito y dos hermanos, probablemente Lucas y Aristarco, llevaron la carta a Corinto. La impresión que hizo la carta, parece haber sido decisiva. Éste fue el legado del Apóstol a sus corintios, a su Iglesia, por la cual dio la sangre de su corazón. Mas ya en el siglo II parece haber olvidado Corinto el mérito de Pablo. En un punto, sin embargo, nunca se olvidará su grande hazaña. Cuando acomete la tentación de acomodar el cristianismo al mundo, cuando se manifiesta el peligro de la falta de espíritu, de la afición al mundo y de la actividad exterior, se adelanta Pablo y llama a la vida interior y espiritual: «¡No os dejéis engañar por Satanás, sed hijos del espíritu!»

46. *Invierno en Corinto. La Carta a los Romanos*

Act 20, 3.

La cordialidad con que Pablo había sido recibido por sus fieles macedonios, había refrescado maravillosamente sus fuerzas vitales, de modo que pudo pensar en nuevas empresas. Una observación en la Carta a los Romanos (15, 19), indica que extendió sus viajes hasta Iliria (Dyrrhachium, hoy Durazzo). Iliria era entonces un concepto muy amplio, y comprendía todo el país costero de Dalmacia hasta el Epiro. Parece que fundó también en Nicópolis del Epiro una congregación o iglesia, en medio de la cual pasó diez años más tarde su último invierno. A principios del invierno del año 57 se acercó de nuevo Pablo al Archipiélago, donde le aguardaban los delegados de las congregaciones para acompañarle por Corinto a Jerusalén: Sópatro de Berea, Aristarco y Segundo de Tesalónica, Tíquico y Trófimo de Éfeso, Gayo de Derbe, Timoteo, Lucio y Jasón. En Corinto le esperaba otro grupo de amigos. Era el más brillante estado mayor de compañeros de combate que jamás apóstol alguno había llevado consigo. A la vista de semejante séquito se formaron los corintios un concepto de la importancia universal de su Apóstol. Pablo habitó esta vez en la casa espaciosa de Gayo, huésped suyo y de toda la comunidad, a quien él mismo había bautizado (I Cor 1, 14; Rom 16, 23).

Era invierno. Era imposible emprender largos viajes. Pablo tuvo

tiempo de asegurar a la Iglesia contra futuras perturbaciones mediante una ordenación firmemente coordinada. El temperamento de escritor de Lucas es tan indulgente y suave como la mano de un médico que no quiere renovar antiguas llagas. Evita por lo tanto cuidadosamente detenerse en la descripción del combate definitivo, o sea, la total derrota del partido judaizante.

Ahora, pues, estaba otra vez Pablo en Corinto en la hospitalaria casa de su amigo, y podía darse a sosegada consideración, mirando atrás a su actividad misionera de veinte años y reflexionando sobre los maravillosos designios de Dios con el linaje humano, sobre las más íntimas experiencias de su alma y sobre la suerte de su pueblo. Aquí, en el punto de división del Oriente y Occidente su mirada también se dirige involuntariamente a Roma, aquella ciudad que desde hacía años había visto como un lejano punto brillante en el horizonte de su vida y como el blanco de sus anhelos²⁷. No le atraía el encanto de la gran capital, que fascinaba los ojos de todo provinciano, sino dominábale una especie de presentimiento de que Roma debía estar destinada por la providencia para centro de la Iglesia. Parecía como si su obra del Oriente estuviese ya terminada. En todos los centros de tráfico se había establecido el cristianismo. La ulterior difusión sobre el país llano era ya sólo cosa de tiempo. «Desde Jerusalén en derredor hasta Iliria ha terminado la predicación del Evangelio... Ahora ya no tengo ningún campo de trabajo en estas regiones.» Para entender esto, hemos de pensar en el espacio despoblado del Imperio romano, el cual con su mala política demográfica, a pesar de su extensión unas diez veces mayor que la de la Alemania de 1937, tenía aproximadamente los mismos habitantes, unos setenta millones. Ahora Pablo concibe el plan de trasladar al Occidente el punto de gravedad de su actividad. La Roma dominadora del mundo hace nacer en su espíritu la gran concepción de una *Iglesia universal*, católica. Sólo un pensamiento le hace vacilar: Fiel a su principio, no quiere edificar sobre fundamento ajeno. Sabe que en Roma ya está puesto un fundamento apostólico. Esto puede referirse sólo a Pedro. Como Claudio, que había expulsado a los judíos de Roma, murió en el año 54, podría san Pedro, acompañado de su mujer (en el lenguaje de los primeros cristianos llamada «hermana»); 1 Cor 9, 5) y de su intérprete Marcos, haber llegado a Roma hacia el año 55. Pero la separación de las regiones misionales no era exclusiva. Esto contradiría la universal misión de los apóstoles.

San Pablo tenía necesidad de Roma como de *punto de apoyo* para su ulterior actividad en Italia y España: «Pues así espero, cuando haga el viaje a España, veros al pasar y recibir vuestro acompañamiento para allá». ¡Verdaderamente era un trabajo hercú-

leo, para un hombre que envejecía, llevar sobre sus hombros el orbe cristiano! Esperaba sólo el mes en que empezaba de nuevo la navegación. Entonces daría a la fiel diaconisa Febe, que había de partir para Roma en la primavera, una carta para la comunidad de allí, que debía establecer la unión espiritual y una relación de amistad con esta comunidad central de Occidente. Mas a Pablo le flotaba todavía ante los ojos un pensamiento más grande. Por el buen éxito de su trabajo era sin disputa alguna el primer hombre de la cristiandad y se sentía también responsable en la fundación de la *unidad católica*. En el horizonte oriental había la recelosa comunidad de Jerusalén, agrupada alrededor del Templo, y en el occidental la comunidad romana con su numeroso contingente judío-cristiano e incluso esenio de abstinentes y vegetarianos. A semejantes almas congojosas las llamaba Pablo las «flacas en la fe», en oposición a las «fuertes». Así Pablo está resuelto tanto a restablecer con un nuevo viaje a Jerusalén la paz con la comunidad de dicha ciudad, como también a ofrecer a los judío-cristianos de la comunidad romana el «ramo de la paz» por una carta que ha de mostrarles que él no es ningún renegado infiel a su pueblo, que no quiere privarles de sus promesas, que el desligarse de la Ley no es un acto de infidelidad, y que siente día y noche profundísimo dolor por la suerte de sus hermanos. A esto se añade todavía un tercer fin. Pablo conocía que se acercaba la vejez. Tenía a veces tristes presentimientos de que su ofrenda para Jerusalén no sería allí recibida por los «santos» de la manera que esperaba, más aún, que sencillamente se metía en la boca del león (Rom 15, 31). Era, pues, tiempo para dejar a la cristiandad en forma clara su testamento espiritual y poner en cobro la cosecha de ideas que había madurado en él su vida tempestuosa: su Evangelio de *los complicados caminos por los que Dios obra la salud*. El gran pensamiento que tocó en la Carta a los Gálatas, se agitaba todavía en su cabeza. Aquella carta fue más bien un desahogo del corazón apasionadamente movido. Ahora quería considerar tranquilamente las cuestiones y exponerlas en «un sistema bien meditado y profundo»²⁷. Por tanto la Carta a los Romanos podría llamarse un tratado teológico sobre la cuestión substancial del cristianismo: sobre la *situación nueva del género humano respecto de Dios, creada por Cristo*.

Pablo había juntado en torno suyo a sus íntimos amigos. Éstos podían conocer junto con su autor el origen de la carta, tal como salió fresca de su alma. El esclavo cristiano Tercio tuvo esta vez la alta honra de poder servir de amanuense al Apóstol. Con complacencia nota esto al fin de la carta. Después de una introducción hecha en tono solemne, anuncia Pablo en toda forma su tema: «No me avergüenzo del Evangelio; él es una virtud de Dios para la

salvación de todos los que creen». Como al Apóstol su propia vida, cuando dirige a ella una mirada atrás, se le divide en dos grandes mitades, en el tiempo sin Cristo y en el tiempo en Cristo, así ve él también correr la historia del género humano en dos grandes períodos, que se agrupan alrededor de dos modelos típicos y espirituales cabezas del género humano: *el linaje humano no redimido antes de Cristo, caído en Adán, y el linaje humano restablecido por Cristo*. Éste es el sencillo marco de la grandiosa concepción paulina de la historia del mundo y de la historia de la salvación.

1. ¿Cuál es la situación religiosa del género humano en el tiempo sin Cristo? ¿Hallamos aquí realizada, de alguna manera la relación ideal del hombre con Dios (= «justicia»)? Todos los hombres anteriores a Cristo están, según san Pablo, «bajo la ira de Dios», tanto gentiles como judíos.

Demuestra él esto ante todo en el desenvolvimiento histórico-religioso del *mundo pagano*: Su elevada cultura intelectual y artística, filosófica y moral, su florecimiento político y social no pudo impedir la decadencia moral. Su discurso de acusación es de una energía y concisión dignas de un Tácito. Los paganos están en posesión del conocimiento de Dios y de la ley moral natural; pero paralizan la verdad en su manifestación, la tienen presa en la jaula de su especulación estéril; a la orgullosa águila del buen sentido otorgado por Dios le cortan las alas, y degradada, tiene que arrastrarse por los suelos. El hombre ha recibido en la razón y en la conciencia un órgano y un instinto para ir a Dios. Por el espejo de la creación, podemos conocer el poder de Dios; por la ley dentro de nosotros, al Legislador superior a nosotros; por el ideal moral, que está ante nuestros ojos de una manera innata, la santidad de Dios. Pablo conoce por el libro de la Sabiduría (13, 5) los afanes de los filósofos para sondear el ser de Dios y los atributos de su omnipotencia, eternidad e inmensidad. Pero este conocimiento teórico fundamenta también un deber. Dios quiere no solamente ser conocido, sino reconocido; no sólo sabido, sino también creído, venerado, adorado y querido. El error culpable del mundo pagano consistía en que idolatraba a las criaturas, que debían serle sólo escalas hacia Dios, a las fuerzas de la naturaleza, a los animales, a las obras del arte y del ingenio, al Estado y su personificación en el emperador, y ante ellos doblaban las rodillas. Ésta es la causa por la que Dios le sustrajo su divina dirección. Pero el hombre abandonado a sí mismo no puede conservar ni siquiera su dignidad humana. El hombre que diviniza al hombre, no solamente pierde con esto lo divino, sino destruye también lo humano. Las figuras del trono imperial romano lo demuestran con terrible claridad. La acusación paulina cobra todo su vigor si pensamos en el fondo sombrío de la

época: los misterios eleusínicos con sus abominables ritos sexuales y vergonzosas orgías, los templos egipcios con sus «monstruos con cabeza de perro o de gavilán, la diosa Tierra, del Asia Menor, con sus cien pechos, las columnas de Baal, en Siria, con los símbolos de la procreación; las disputas sobre si era más importante el ibis que el gato sagrado, o el cocodrilo que el cinocéfalos», las luchas entre los adoradores del perro y los del sollo, la idolatría y los monumentos funerarios del buey Apis. Así toda la sabiduría del mundo se convirtió en locura. Todo esto ya lo sabía Pablo, pues diariamente lo tenía ante sus ojos; no vivía precisamente en una «torre de marfil». Mas la idolatría, nacida del pecado, engendraba incessantemente pecados, llevaba gradualmente a la ofuscación del entendimiento y al embotamiento del sentimiento moral. Esto se puso de manifiesto en las perversidades de la vida sexual, en la pederastia y en el amor lésbico, en las costumbres de Corinto, que encontraron el castigo merecido en las terribles enfermedades sexuales. En la fisonomía del paganismo, Pablo ve tres rasgos mortales: la interior falsedad y mentira, la íntima volubilidad y la decadencia social, la falta de amor y de compasión. En dos palabras califica Pablo de la manera más exacta al paganismo: «sine affectione, sine misericordia». El mundo antiguo se vino abajo por falta de amor y por su despotismo asiático, en pueblos en los que una minoría de déspotas gobernaba a una mayoría de esclavos. En este fondo fue sentida, como una novedad jamás vista, la bondad y amor al hombre aparecidos en el Hijo de Dios (Tit 3, 4).

En Atenas, Pablo había anonadado la soberbia académica de los filósofos griegos. En la Carta a los Romanos llama a ambos, al paganismo y al judaísmo, ante el tribunal de Dios³⁶ Hasta aquí sus lectores judío-cristianos pudieron aplaudir ocultamente. Pablo lo conoció y dirigió entonces la acusación contra el *judaísmo*. Los judíos, además de la razón y la conciencia, tenían aún otra guía para ir a Dios: la Revelación, la Ley, los profetas, los libros santos, las promesas mesiánicas. Pero ahora Pablo ha de experimentar la cosa más dolorosa de todas, la experiencia de que precisamente lo que se les dio para su salvación se les convierte en su perdición, porque lo consideraron orgullosamente como privilegio de su raza, ligado a la carne y a la sangre. En la cuestión de la salvación, Pablo no otorga a los judíos ningún privilegio, a pesar de las promesas mesiánicas [n. 9]. La Ley no era medio de salvación, sino sólo medio de educación, que llevaba en sí su propia anulación. Esto fue precisamente lo trágico del judaísmo, el que, entendiendo mal el sentido de la Ley, fuese en pos de una vana imagen de la salud por propia prestación. Pablo no hace distinción entre la ley moral y la ley ritual; ambas juntas forman una sola ley, y ésta está

ya avejentada y desposeída de sus derechos. Su parte moral, el Decálogo, desde que Cristo ha venido, ha de entenderse, fundamentarse y motivarse en un sentido enteramente nuevo y cumplirse con la virtud del nuevo principio de vida injertada en nosotros. También el judío ha de recibir la salvación de Cristo, no de Moisés. El que no se somete a Cristo, es pecador, a pesar de sus elevados actos morales, a pesar de sus sacrificios y ascética.

Pero la falta más grave del paganismo y del judaísmo estriba en que no querían tener por ciertos sus pecados, no se sentían ni reconocían pecadores, aunque querían conseguir la salvación y la purificación mediante manipulaciones particulares, como la purificación, la abstinencia de vino y carne (Pitágoras, los esenios), por medio de fórmulas de hechicería, como en los misterios, o bien fundándolo en un pacto jurídico de relación con Dios. Éste es el último fundamento del pecado: el orgullo humano, la autonomía religiosa y moral, en la cual la antigua serpiente todavía levanta la cabeza. En la religión pagana dominaba el principio de que «la Divinidad únicamente trata con los puros». El judaísmo contemporáneo, como se lee en el cuarto libro de Esdras y en el Apocalipsis de Baruch, quería «únicamente ser juzgado conforme a la propia justicia»¹⁹.

2. *La nueva situación creada por Cristo.* Por Cristo y su cruento sacrificio de reconciliación, Dios ha pronunciado la sentencia sobre todas las tentativas de los hombres de redimirse por sí mismos. Todo lo grande y hermoso en el orden natural de las cosas ha de merecerse y volverse a alcanzar de nuevo por propia obra: gloria militar y obras de la paz, ciencia, arte, cultura técnica, orden social, poder y dominación, toda habilidad y destreza. De todo esto puede el hombre «gloriarse». Aquí vale la palabra de Goethe: «¡Lo que has heredado de tus padres, adquiérelolo para poseerlo!» Al contrario, en lo más elevado que el hombre puede poseer, en el reino de lo sobrenatural, no hay ninguna obra autónoma. La ideal relación con Dios, la filiación divina, sólo puede recibirse como dádiva gratuita. Aquí vale otra sentencia del poeta: «El río en que me baño es tradición y gracia».

Cristo no fue víctima de un encadenamiento casual o psicológicamente condicionado y forzado de las circunstancias políticas, sino que murió por amor a nosotros. Por medio de un acto de amor sin igual, el Dios santo ha intervenido en la historia de los hombres para elevarlos a la santidad. El amor es un regalo, de lo contrario, no sería amor (5, 1-11). Pero cuando Dios actúa, lo hace de una manera creadora, así es que renueva, modifica al alma creyente y por medio de un renacimiento espiritual la transforma en una «nueva criatura».

Frente a esta disposición divina en orden a la salud no vale ninguna crítica, ningún engrimiento de descendencia, de prestación de trabajo por contrato, y en general ninguna otra actitud del alma, que la de la *fe sin reservas*, un sí y amén a Cristo y a su obra de redención, un rendimiento de fe alentado por un amor agradecido de toda la personalidad a la divina voluntad, con la disposición de abrazar la nueva vida en Cristo y de dejarse tomar por Él. En la persona de Jesús ha quedado quebrantada toda soberbia humana. «Toda manera de buscar a Dios, que prescinde de la revelación de la salud en Cristo, es pecado.» Pero la fe justificadora, de la cual nace la nueva vida como de su raíz, no es ningún ciego *sacrificium intellectus* (sacrificio del entendimiento), indigno del hombre, sino un «razonable servicio hecho a Dios», un acto de homenaje del hombre que piensa y tiene voluntad, apoyado en motivos razonables. Y, sin embargo, nadie puede «gloriarse» de él; pues la fe esencialmente no es ningún servicio humano, ningún producto de raciocinios, sino es obra de Dios, una dádiva gratuita del Espíritu Santo. En su ser íntimo es un misterio, cuya clave está escondida en las profundidades de la elección y predestinación anterior al tiempo.

Esta doctrina de la justificación la prueba san Pablo para los judío-cristianos por la historia sagrada y la figura de Abraham representativa de la fe, exponiéndola con los conceptos de la teología rabínica para ellos inteligibles, y para los pagano-cristianos por el lenguaje de mucho peso y bien perceptible de los hechos de la cruz de Cristo, por la íntima experiencia cristiana y el testimonio del Espíritu Santo. Cuando Dios habla, actúa. Y cuando actúa, lo hace en hechos propios de la dignidad de Dios; pues es Dios de la historia. Todas sus palabras son hechos, y todos sus hechos son palabras, como dice san Agustín; «Verba Dei facta sunt». Esto se ve en la vida de Cristo, desde su encarnación (*Verbum caro factum est*) hasta el «consummatum est» en la cruz. La culpa colectiva y solidaria de toda la humanidad con su cabeza Adán, es un misterio, y no podía ser reparada de otra manera que por un hecho histórico también de carácter misterioso, por la muerte reparadora del segundo Adán, cabeza del nuevo linaje.

Pero la justificación es sólo *un principio*. La vida nadie puede dársela a sí mismo, cada cual ha de aceptarla como dádiva. Mas si una vez ha sido dada, ha de seguir desenvolviéndose en consonancia con las fuerzas dadas de la naturaleza. Así es también en lo sobrenatural. La nueva vida nadie puede merecerla, adquirirla, ganarla combatiendo (9, 16). Mas si una vez existe la «nueva criatura», el renacido ha de fomentar la comunión con Cristo, no debe ya dejarse gobernar por las inclinaciones de la carne, sino que ha de seguir los impulsos del espíritu de Dios, alcanzar de nuevo, ampliar,

asegurar y hacer más profunda diariamente la nueva vida con la gracia concomitante. Así el *proceso de transfiguración del renacido* lleva de grado en grado hacia arriba, hasta que va a parar a la plena vida eterna de Dios, de cuyas ocultas profundidades procede la nueva vida. Sería muy extraño, sería casi como un torso sin cabeza, el que Dios dejara su obra inacabada en nosotros, si Él después de los hechos de poder, como la muerte y resurrección de Cristo, la venida del Espíritu y su obra de santificación, destruyera por medio de la muerte la obra que realizó en nosotros y abandonara toda su labor de liberación a la tiranía de la muerte y a las manos de Satanás y del pecado. Por medio del «sello del espíritu» impuesto en el bautismo y la confirmación, Dios ha puesto su Espíritu como «prenda» de que la última palabra de la historia de la humanidad no será la muerte, sino la glorificación. Esta prenda del Espíritu nos indica lo serio que es Dios en cuanto a su solicitud del amor de los hombres. ¡Dios no pone su sello y su firma para que el alma después de la muerte se pierda como nubecilla de humo en la inmensidad! (8, 11).

Como en la obra de salvación no hay ningún lugar para la ambición y autonomía humana, así tampoco hay en ella *ninguna casualidad ni vacío*, evidentemente siempre bajo la suposición de que el libre albedrío del hombre no sale del orden de la gracia y no vuelve a ponerse bajo el dominio de la muerte y de Satanás. Desde la elección, y la predestinación, y la llamada, antes de todos los tiempos, en los eternos pensamientos del amor de Dios, los cuales circundan eternamente al hombre en su ideal preexistencia en Dios, pasando por la incorporación al cuerpo místico de Cristo, hasta llegar a la culminación de la gloria de la contemplación bienaventurada de Dios, todo ello se desarrolla de una manera orgánica según un determinado plan de salvación. La historia de la santificación de cada cual y de la de la humanidad entera, con todas sus alegrías y penas, luchas, derrotas y victorias, no es más que un breve episodio dentro del gran drama de la eternidad, dentro de la grandiosa «Divina Comedia». Y toda la tragedia del ser humano no es más que un suspiro corto de ansia de la glorificación, que suena en la eterna armonía en donde toda la creación «recapitulada en Cristo» canta a Dios el himno sagrado de la redención. Así se cierra el anillo de oro cuyo principio y fin descansan en las profundidades de la vida de la Trinidad. Esta doctrina paulina de la predestinación no es cruel como la de Calvino, sino consoladora y animadora. Suena como un canto triunfal de la esperanza cristiana (8, 31-39), que encendió en un mundo destinado a la ruina una luz nueva, que con su suave resplandor iluminó las catacumbas, y convirtió aquella necrópolis situada a los alrededores de la gran urbe, y el sombrío

mundo del Hades pagano y del Sheol judío, en un «lugar de refrigerio y de paz». Tal es el sentido de las conmovedoras inscripciones de las catacumbas: «¡Vosotros, los de ahí arriba, en la Roma pagana, sois los que estáis verdaderamente muertos, nosotros aquí abajo somos los que realmente vivimos!»

Pablo extiende su consideración al mundo. Ve el *efecto cósmico de la caída en pecado*: una hendedura va por todo el universo. La caída del mundo de los espíritus está conexiónada de alguna manera con la caída del hombre. En la Carta a los Colosenses (1, 20), Pablo indica de una manera enigmática que Cristo en toda la creación y también en el mundo de los espíritus ha llevado a cabo una obra de reconciliación. Es una «imagen llena de tristeza y poesía» la que el Apóstol describe cuando dice que escucha el gemido que brota de la creación, igual que los dolores de una parturienta, y oye un suspiro del anhelo de la glorificación. La historia de la humanidad y de la creación es un misterio, y por sí solo no se puede aclarar. No existe ningún sentido immanente de la historia, como el panteísmo enseña. Considerada en sí misma es un monstruo cruel, una esfinge, cuyo enigma trata la humanidad de descifrar desde los tiempos de Job. Ni siquiera la redención y la revelación han levantado este velo que oculta el destino. Al contrario, nos ha abierto los ojos para mostrarnos los abismos sobre los cuales discurre nuestra vida. Pero al mismo tiempo nos ha dado la seguridad del espíritu, de que todas las actuales disonancias encontrarán algún día una solución. Si Virgilio escuchó el llanto de las cosas inanimadas: «sunt lacrimae rerum», el Apóstol ve las manos suplicantes de las criaturas levantadas hacia el Creador para que sean liberadas del servicio de la maldad, de la «esclavitud de la corrupción». Los santos han entendido la muda súplica que se lee en los ojos de una criatura que es objeto de malos tratos. San Francisco de Asís se sintió tan conmovido por ello, que acogía en su corazón a todas las criaturas. Además de esta muda oración de las criaturas, hay otra a la cual el Dios fiel dará respuesta el día en que «se manifieste la gloria de los hijos de Dios». Es la oración mística del Espíritu Santo, que en inefables suspiros habla en nuestro corazón, que Pablo escuchó con tanta frecuencia en sus congregaciones de labios de profetas inspirados por Dios y de los que poseían don de lenguas. Es, además, la plegaria colectiva de toda la cristiandad en toda la redondez de la tierra. La Iglesia ha recibido «las primicias del espíritu». Pero «la primera espiga no es todavía la cosecha; tan sólo es promesa de la futura cosecha»¹¹. Estamos todavía en el seno de la Iglesia tal como está en el vientre de su madre. «Todavía no ha aparecido lo que llegaremos a ser.» La mirada llena de esperanza está dirigida a aquel lejano estado, en el cual toda

«la creación, que aún suspira y está postrada en dolores, será redimida juntamente con nosotros y gozará de la espléndida libertad de los hijos de Dios», como exclama Schlegel, inspirándose en el Apóstol:

Un llanto general corre por todas las venas de la naturaleza, hasta los confines en que brillan silenciosas las estrellas. Con ansias mortales, la criatura pugna y se debate por lograr su glorificación, cuando haya sido acrisolada por completo * [n. 35].

En medio de este gran tratado sobre la ley y la gracia, Pablo intercala, en el capítulo 7, la célebre «confesión propia», en la cual algunos comentaristas, llenos de fantasía, creyeron descubrir una oculta cicatriz, un oscuro extravío de su juventud, una «caída» de san Pablo⁹. Ciertamente no es sabiduría de libro, sino íntima experiencia, lo que dice Pablo de los dos hombres en él, de la doble ley en su pecho, de la interior división y desacuerdo del hombre no redimido. San Pablo habla del yo como tipo representante de su pueblo que vivía bajo la ley, del tiempo sin Cristo de antes de su conversión. Pudo haber habido también realmente una crisis moral y religiosa en su tiempo de impetuosidad y agitación. No sería ninguna maravilla en un hombre de tantas prendas, apasionadamente excitable, que vivía en una gran ciudad, donde las oposiciones entre la casa paterna, la sinagoga y la brillante cultura helénica tan fuertemente se debatían. Graves depresiones pudieron haber pasado por su alma. Con todo, hablar de una «caída en pecado», de un «profundo estrago» suena a gusto de sensación y evoca claramente la imagen del joven Lutero, que semejantes expositores proyectan en el alma del joven Pablo. Hemos de respetar el horror del hombre antiguo a levantar el velo de su vida interior personal y a trazar un retrato psicológico para los contemporáneos y la posteridad, como sólo a fines del último período de la época antigua lo hizo el primero san Agustín. Hemos de conformarnos con dejar sin levantar el velo que san Pablo mismo no quiso levantar. Para el conflicto moral, que Epicteto expresó casi de igual modo que Pablo: «El pecador no hace lo que quiere, sino que hace lo que no quiere». Hoy día lo comprendemos mejor a la luz de la moderna psicoterapia, con su doctrina de la represión de los conflictos insolubles, que quedan relegados al subconsciente. La doctrina socrática, que considera que el comportamiento moral viene del conocimiento com-

* Es geht ein allgemeines Weinen, / Soweit die stillen Sterne scheinen, / Durch alle Adern der Natur. / Es ringt und drängt nach der Verklärung, / Entgegenhaltend der Bewährung, / In Todesnot die Kreatur.

pleto y de la comprensión profunda, era tan sólo una solución a medias. Pablo encuentra la solución en el espíritu santo de Cristo, en el imperio objetivo de la libertad cristiana [n. 36].

Pablo en su carta de reconciliación quiere determinar el crecimiento simultáneo de la parte judío-cristiana y de la pagano-cristiana, y se defiende contra el reproche de que quería despojar a su pueblo en favor de los gentiles de la bendición de las divinas promesas. Al solo pensamiento de ser un renegado se desgarran su alma, su sentimiento nacional se exalta, su amor al propio pueblo estalla con la violencia de los elementos. Casi lamenta haber dado sus duras explicaciones anteriores sobre la Ley. La suerte enigmática de su pueblo, que fue por miles de años el portador de las promesas y ahora perdía a su Mesías, aflige a su espíritu. Es un espectáculo conmovedor ver cómo lucha por resolver el misterio a la luz de su doctrina sobre la predestinación y trasladar la contienda de las dos direcciones a un plano superior. Dios no deja que sus criaturas le pidan cuentas ni que abusen de Él para estrechos fines nacionalistas. La corriente de amor de la divina gracia que fluye libremente, no se la puede hacer entrar por la fuerza en un cauce nacional. Las promesas van dirigidas, no al Israel de la carne, sino al «Israel de Dios». El pecado del pueblo judío es en cierto sentido una *felix culpa*, pues servirá para la salvación del mundo, por cuanto Israel ha de dejar la precedencia al mundo pagano, como en otro tiempo Jacob a Esaú, por lo cual la entrada de los paganos en el reino debe estimular a los judíos a ser doblemente diligentes. Dios se sirve de la incredulidad de los unos para salvar a los otros, y después salva también a aquellos que por un momento no han correspondido a su vocación. Una imagen muy gráfica y paradójica puede servir para ilustrar el «misterio» de la gracia, que aparentemente obra de un modo «antinatural» y arbitrario: del olivo han sido cortadas algunas ramas, y en su lugar se han injertado otras de olivo silvestre. Pero Dios tiene en su poder el volverlas a injertar en su propio tronco. Así procura Pablo enjugar las lágrimas de su pueblo. Su inteligencia está tranquilizada, pero su corazón padece todavía. Y ¿cuál es el corazón que no padece ante este misterio irracional de que Dios «con quien quiere usa de misericordia, y endurece al que quiere» (Rom 9, 18)? Mira al abismo que da vértigo de la eterna predestinación, y, subyugado por esta profunda visión, prorrumpo en esta exclamación de asombro: «¡Oh profundidad de la riqueza y de la sabiduría y ciencia de Dios!» En su larga vida desde la hora de Damasco no ha olvidado este asombro: señal de su espíritu juvenil. Este asombro del espíritu ante el *tremendum* de Dios es indispensable al hombre religioso, y en extremo fructífero para la vida religiosa, porque da libertad al espíritu y lo mantiene abierto a la

grandeza de Dios. Como gran escritor, que también tiene oídos para la solemne cadencia del pensamiento y de la palabra, Pablo termina la parte dogmática de su importante escrito con una fórmula litúrgica de confesión: «Todo es de Él y por medio de Él y para Él». En esta fórmula hierática, que repite a menudo (1 Cor 8, 6; Col 1, 16; Eph 4, 5; Heb 2, 10), resuenan aquellas «palabras primitivas» de los tiempos más antiguos de la humanidad (que de los orígenes llegaron a los estoicos, pasando por Heráclito), en las que se presiente de un modo vago y lejano al Dios triple y único⁷⁵.

En las enseñanzas morales de la carta muestra Pablo con qué consecuencia en él la conducta moral procede del nuevo espíritu de fe. Cuando Pablo habla del «sacrificio espiritual» del cristiano (12, 2) está interpretando las palabras del Maestro acerca de la «adoración de Dios en espíritu y en verdad» (Ioh 4, 23). La traducción: «razonable servicio divino», que corrientemente se hace de aquellas palabras no corresponde al sentido de las mismas, las cuales sólo aparecen otra vez, influidas por Pablo, en 1 Petr 2, 5. Aquí el Apóstol se encuentra nuevamente en conformidad con la más noble herencia espiritual de la humanidad, que el pitagórico Hierocles encerró en estas bellas palabras: «Únicamente sabe honrar a Dios aquel que no mezcla o trueca los valores, el que de preferencia se ofrece a sí mismo en el altar, el que modela su alma como escultura divina, convierte su espíritu en templo y lo prepara para recibir la luz divina... Pues Dios, aquí abajo, no encuentra más íntima morada que un alma pura»⁷⁵. No a las cosas va adherida la moralidad, sino a la conciencia. Todo depende de la disposición del alma, de los nuevos sentimientos de amor. Por estos sentimientos la ética cristiana viene a ser enormemente sencilla. De la concepción cristiana de que dentro del presente eón, junto al reino de este mundo, se está labrando un reino espiritual independiente, que es el eón futuro o el nuevo mundo, procede también la postura fundamental que los verdaderos cristianos adoptan frente al Estado y a la política. «La apocalíptica judaica conoció el Estado mundano sólo como Estado del Diablo»²⁶ y adoptó frente a él una actitud negativa. San Pablo es el primero que, según el espíritu de su Maestro, en toda su actitud espiritual respecto de las cosas de este mundo hace justicia de una manera positiva al Estado romano. Si en la segunda Carta a los Tesalonicenses ha visto en el orden del Estado romano el «poder de contención», que detiene la venida del anticristo, en la Carta a los Romanos da un paso más. La autoridad civil es para él un «ministro de Dios», su representante y liturgo, y ha sido instituida para la represión del mal. Cuando Pablo escribía estas líneas, halagüeñas para el Estado, estaba el mundo en el cuarto año de la dominación de Nerón. El poder imperial se mostraba en el

más vivo esplendor. Era el célebre *quinquennium* (los primeros cinco años) del joven soberano, cuya enfermiza disposición de espíritu todavía no había llegado a estallar bajo la influencia de sus dos educadores, el bondadoso Séneca y el noble Burro. Pablo vio profundamente, previó los sucesos futuros. Sus amonestaciones iban dirigidas sobre todo a los judío-cristianos, en cuyos compatriotas de Jerusalén se habían aumentado las pasiones nacionales hasta un extremado hervor, las cuales pronto habían de desahogar su furia en terribles sublevaciones. La conducta de Pablo no fue mera política de oportunidad, lo cual, tratándose de un espíritu que se rige por principios como Pablo, se dejaba de suyo entender. Mantúvose también firme en su doctrina fiel al Estado cuando hacía tiempo que la fiera estaba desencadenada en Nerón y el Estado romano había cambiado su proceder respecto de la Iglesia (1 Tim 2, 1; Tit 3, 1). Jesús, con su profunda sentencia: «Dad al César lo que es del César, y a Dios lo que es de Dios», y Pablo con su interpretación han introducido una nueva era de las relaciones del individuo y de la comunidad eclesiástica con el Estado y con la política, creando «todo un mundo fuera de la política», una *Civitas Dei*, un reino interior, que no es de este mundo y en el cual la Iglesia permanece invulnerable e indestructible.

Una ojeada a los dos últimos capítulos nos dará motivo para una suposición. Contienen cuatro finales de carta (15, 33; 16, 20; 16, 24; 16, 27). El final solemne (16, 25-27), figura en dos de los mejores manuscritos, al fin del capítulo 14. En la larga lista de saludos del capítulo 16, algunos quieren ver los restos de una carta de Pablo dirigida a Éfeso y que se ha perdido. ¿De dónde conocería Pablo a tantas personas a quienes manda saludos? Probablemente, suponen algunos, habrá que buscarlas en Éfeso, como, por ejemplo, Epeneto, «las primicias de Asia». Cuando, más tarde, Pablo escribe desde Roma a Éfeso, ¿estarían Áquila y Priscila todavía en Roma, o se hallarían de nuevo en Éfeso? (2 Tim 4, 19). En cuanto a la cuestión de los destinatarios de las cartas no se ha dicho todavía la última palabra.

Dirigiendo la vista atrás podemos decir que en la Carta a los Romanos está expresada casi toda la teología paulina, o cuando menos resuenan en ella sus temas principales. Ningún escrito de san Pablo representa como éste un papel tan decisivo en la historia de occidente. Fue una equivocación histórica extraer de la viva conexión una parte aislada, la doctrina de la fe justificante, y hacer de ella el centro de la teología paulina, más aún, el factor decisivo de toda la religión, como hizo Lutero. Para Pablo constituye sólo un episodio de sus argumentaciones polémicas, inteligible en su formulación más extrema únicamente en función de su lucha contra el judaísmo.

En sus cartas posteriores tal doctrina no desempeña ya este papel. Comprendemos entonces ciertas formulaciones tajantes de san Agustín y determinadas exageraciones en la historia de la doctrina de la gracia. El joven Lutero estaba demasiado seducido por sus propios sentimientos para comprender su verdadero alcance. La verdad objetiva no es para el hombre apasionado (Renan). La «fe», según la idea de Pablo, no es otra cosa más que un firme convencimiento propio de que, «para mí, Dios es un padre bondadoso». Por medio de esta autosugestión se suprime la objetividad de la gracia. Pero Pablo está constantemente en una disposición de santidad objetiva; su «fe» consiste en ser obediente y en conformarse con esta ordenación. Lutero convirtió un punto de tránsito en centro del cristianismo, desplazando con ello la recta perspectiva. Este desplazamiento egocéntrico, que coloca al hombre, con su pobreza moral, con su yo condicionado, en el punto céntrico de la religión, y se hace a sí mismo la máxima aspiración de la religión; este «descubrimiento» de la Reforma, surgido en una época llena de tensiones morales por obra de la fuerza de sugestión de Lutero, se ha convertido en el destino de occidente. Esta rigidez subjetiva, este fijar la vista en las propias necesidades del alma, en el propio corazón demoníacamente apasionado, ha hecho retroceder más y más el avance de las grandes líneas objetivas de la fe cristiana, ha conducido a la relatividad de todas las medidas y ha terminado en el irracionalismo de los tiempos modernos.

Esto fue lo que dio al luteranismo aquel rasgo suyo de seriedad, de austeridad, penetrado a menudo de una elevada ética, pero en el fondo desprovisto de alegría, y lo que intensificó y elevó hasta lo trágico aquel impulso fáustico que es fatal herencia del alma germánica.

Una segunda fatalidad inherente al hombre germano ha sido que se dejara arrastrar hacia el panteísmo, poniendo a un «Dios que deviene» en lugar del Dios suprahistórico de los cristianos, el cual por propia voluntad interviene en la historia de los hombres. Ese «Dios que deviene» ha quedado introducido en el trágico acontecer de los hombres y la historia mundial se ha visto como un mero desarrollo automático de ese «Dios trágico». Pero el ansia cósmica hacia el Dios eterno, absoluto, desconocido e innominado, hacia el «Deus absconditus» que sobrecoge a los más selectos espíritus en medio de sus preocupaciones, no ha abandonado jamás al hombre alemán. Al envejecido Goethe este anhelo le sumió durante largos días en profunda melancolía en aquella época en que el mundo le presentaba cada vez más problemas, pero su orgullo titánico le puso una valla en el camino hacia Cristo, que es la «solutio omnium difficultatum» [n. 37].

Para Pablo habría sido «una grande tristeza y una incesante aflicción» ver cómo su palabra de la «fe justificante» después de 1500 años hacía sangrar el cuerpo de Cristo por todas las heridas. Para él la justificación no era más que un tránsito, una etapa en el desenvolvimiento espiritual, detrás de la cual se extiende el ancho campo brillante de la «vida en Cristo», regado por la corriente de la gracia eucarística y fertilizado por las energías creadoras del Resucitado bajo el suave clima del Espíritu Santo.

47. Último viaje a Jerusalén

Act 20, 3—21, 16; Rom 15, 25-32.

Había pasado el invierno. Con gran pompa religiosa, el 5 de marzo había inaugurado Roma solemnemente la navegación con el *navigium Isidis*, la «barca de Isis», diosa egipcia protectora de los mares. Pablo se dispuso a partir para Jerusalén, a fin de zarpar desde allí para Roma. Llegó en efecto al término, pero de una manera que no sospechaba. Sabe bien a qué riesgo se expone con la entrega personal de la colecta llevada a cabo entre indecibles trabajos. Pero la gran unidad católica le interesa sobre todo. En ella ve la fianza de la verdad. Siempre había sido defensor de la tradición y enemigo de novedades. El camino hacia Roma para él había de pasar por Jerusalén, si quería salir airoso en Roma al lado de Pedro. En interés de esta hermandad oficial de las dos partes de la Iglesia debían juntarse a él los representantes de todos los distritos misionales.

Si ya hasta entonces la vida ambulante llena de peligros del Apóstol había sido una *imagen de la vida ambulante de Jesús*, desde ahora toma rasgos cada vez más claros de semejanza con la vida del Maestro. Su último viaje a Jerusalén se asemeja en muchos puntos, en los presentimientos de muerte, en el heroísmo con que dirige su rostro hacia Jerusalén, la matadora de los profetas, en los avisos que le dan sus fieles amigos, al último viaje de Jesús, cuando éste con visión clara de lo que ha de suceder, obediente a la voluntad del Padre, va al encuentro de la catástrofe (Mc 10, 32). Es cosa singular; cómo esta ciudad atraía siempre al Apóstol. Pero sobre todo era la misma tragedia del corazón la que unía al Maestro y al discípulo: haber de ser considerado, por su superior fidelidad al propio pueblo, como desarraigado enemigo nacional.

Para poder apreciar el valor del Apóstol, se han de recordar los feroces actos del partido de los celotas. El fanatismo de esta gente esperaba el reino mesiánico como día de su venganza contra los gentiles y había organizado la guerra santa por medio de bandas de ladrones. Se los llamaba «sicarios», o espadachines, por sus puñales

de forma curva (FLAVIO JOSEFO, *Antigüedades* 20, 8, 10). Incendia-
ban localidades enteras que no les eran gratas, aparecían en cada
fiesta en Jerusalén, se mezclaban, con el puñal bajo el vestido, en-
tre los devotos del templo, apuñalaban veloces como el rayo a sus
víctimas y escapaban asimismo velozmente por entre el gentío de
la fiesta. Inútilmente Jesús había advertido a los sacerdotes del
abuso de la religión, de la esperanza mesiánica, para fines políticos.
Pero cuando conoce el pueblo que los propios pastores fallan, se
vuelve a falsos profetas. A los pontífices se les escapaba a la vez la
dirección espiritual y política del pueblo. Flavio Josefo, que como
sacerdote ejercía sus funciones en el templo, describe de la manera
más sombría los años en que la autoridad estaba en manos del go-
bernador Félix. Cuenta cómo un impostor por nombre Teudas fasci-
nó a enormes multitudes y las dirigió hacia Jerusalén, y cómo
más tarde otro impostor de Egipto con grandes muchedumbres fue
hacia el monte de los Olivos, para mostrar cómo a su palabra se
derrumbarían los muros de Jerusalén. Félix se opuso a los rebeldes
con fuerza armada. Muchos centenares sucumbieron, doscientos fue-
ron presos, el egipcio escapó y en vano le persiguieron.

«Un goce anticipado de lo que le esperaba en Jerusalén»⁵⁰, lo
recibió Pablo al punto en el puerto de Cencreas. Hacia la Pascua,
todos los caminos de mar y tierra estaban llenos de peregrinos que
iban a Jerusalén. Hombres con miradas punzantes y fanáticas, mu-
jeres acurrucadas en el suelo, con niños a la espalda y la provisión
de viaje en la cesta, esperaban la partida con la paciencia de los
orientales. Miradas enemigas, maldiciones musitadas saludan al «re-
negado». La navegación dependía muchas veces del dinero judío.
Era fácil ganar a un capitán sin escrúpulos y a un par de marine-
ros atrevidos. Una nave llena de gente en una noche oscura pro-
porciona una ocasión excelente para clavar el puñal en la espalda
de aquel a quien se odia y arrojar luego su cadáver al mar⁵¹. Pero
el servicio de los exploradores de los hermanos trabajó bien. La
trama fue descubierta y se cambió rápidamente el plan del viaje.
Como hace sospechar el texto de varios manuscritos, Pablo y Lucas
tomaron el camino por tierra para Macedonia, mientras que los
otros, para despistar a los enemigos, debían, dando un rodeo por
Efeso, aguardar a Pablo en Tróade. El plan primitivo de celebrar
la Pascua en Jerusalén ya no se pudo ejecutar. Así quiso Pablo so-
lemnizar la Pascua en Filipos en medio de íntimos amigos. Desde
aquí vemos de nuevo a Lucas en la comitiva del Apóstol. Sus cono-
cimientos de medicina y náutica le hicieron parecer a Pablo un com-
pañero especialmente apropiado para la misión del Occidente. De
ahí que con la reanudación de la relación en plural («nosotros»;
20, 6) el itinerario y la clásica relación de los hechos del diarista

aparece de nuevo en la historia del Apóstol, y da a la descripción
del viaje una exactitud extraordinaria y un incomparable atractivo.

En el año 58 la Pascua cayó en martes, 28 de marzo. El mar-
tes después de Pascua, 4 de abril, Pablo se despidió de Filipos. En
el puerto de Neápolis hallaron una pequeña nave de carga dispues-
ta a partir para Tróade. «*Nosotros partimos.*» En este «nosotros»
se esconde una plenitud de sentimiento, toda una historia del cora-
zón humano. No debemos figurarnos la vida del Apóstol demasiado
sombria, a pesar de sus penas. Era un maestro de la *amistad*. Las
amistades eran para él una necesidad en su actividad apostólica.
La Iglesia fue siempre grande en el fomento de semejantes santas
amistades. Los lados más bellos de la vida de los santos son un
himno a la amistad. El más amable de todos, san Francisco de Asís,
y el más hombre de mundo de ellos, san Francisco de Sales, fueron
clásicos de la amistad. San Pablo no tenía mujer ni hijos ni conocía
lazos de familia. Pero Dios le dio amigos. Y ¡qué amigos! Así
como pocos hombres tuvieron más acerbos enemigos, pocos tam-
bién tuvieron más adictos amigos que él⁵¹. Y esto significa una
gran dicha en medio de una gran pena.

A causa de vientos contrarios no llegaron a *Tróade* hasta el do-
mingo 9 de abril. Un suceso dramático cerró su permanencia de
siete días. A pesar de las opiniones contrarias de otros expositores,
nuestro corazón querría decidirse en favor de que Lucas en la es-
cena de la «fracción del pan» en la sala superior de una casa quiso
describir una *solemnidad eucarística de domingo*. El sábado tocaba
a su fin. El sol se había hundido ardiente detrás de la isla homérica
de Ténedos. Por la escalera exterior de una gran casa urbana,
hombres y mujeres cubiertas con velo subían presurosos para en-
trar en la sala de la azotea del segundo piso. Las ventanas esta-
ban abiertas en la calurosa noche de primavera para dar entrada a
la brisa refrigerante. Lucas es un exacto observador. Vemos a la
asamblea que escucha con gran atención, vemos pender del techo
las muchas lamparitas de aceite, agitarse las cortinas con el viento
de la noche. El ágape ha terminado. Pablo habla del misterio pas-
cual del triunfador de la muerte: «Yo soy la resurrección y la vida». En
una ventana, como en un banco, estaba sentado el joven Eutico
luchando con el sueño. Entonces súbitamente se oye un grito pe-
netrante. El joven se había caído al patio desde la altura de tres
pisos. San Pablo bajó, se arrojó sobre el joven exánime, como en
otro tiempo Elías y Eliseo (3 Reg 17, 17; 4 Reg 4, 34), y le hizo
volver a la vida. «Yo soy la resurrección y la vida»: ¡con qué sen-
timientos pudo haber cantado la comunidad estas palabras después
de semejante enseñanza intuitiva! Pablo no hizo ninguna pondera-
ción del milagro, siguió hablando y luego partió el pan de vida.

Ya no había que pensar en dormir. La nave que debía llevar a sus amigos a Assos zarpó al amanecer. (El códice Beza nota que a la despedida estuvo también presente el joven Eutico, sano y salvo.) San Pablo hizo el camino de 25 kilómetros a pie, quizá para visitar de paso a algunos cristianos. Necesitaba también tranquilidad para sus pensamientos y para su comunicación con Dios. ¡Hay tanto que pensar y tratar con Cristo! En todas partes presagios en el corazón, avisos proféticos en los actos del culto religioso. ¿Tendrá que renunciar a su proyecto de ir a España? Conoce que su vida toca a su fin. Con paso tranquilo baja por la calle de los sepulcros, pasa por delante de las fuentes termales de Tróade, y luego atraviesa los bosques de encinas que hay al pie del monte de los dioses, el Ida. En el fuerte sol de mediodía aparece Assos ante él, situada sobre un abrupto acantilado. San Pablo descendió por escarpadas rocas hacia el puerto y halló abajo a sus compañeros. Hay razón para suponer que ellos habían fletado de intento el pequeño bote costero para no perder tiempo con el cargar y descargar. Era la primera nave de peregrinos cristianos que iba a Jerusalén. Por la noche acercaban a tierra la pequeña embarcación y pasaban la noche a bordo o en una cabaña de pescadores. Así en *Mitilene*, en la isla de Lesbos, donde los pescadores hicieron resonar sus eólicas melodías; al día siguiente en la isla de *Quíos*, llena de fragancia de flores. Dos días más tarde apareció el templo de Artemisa de *Éfeso*. Pablo pensó con horror en la fiesta de Artemisa del año anterior. Después de un desembarco incidental en *Samos*, llegaron el jueves, 20 de abril, a *Mileto*. Pablo envió unos propios, quizás a Tíquico y Trófimo, a Éfeso para invitar a los ancianos de la comunidad, que viniesen a dar un último adiós a su Apóstol. La escena de despedida en Mileto pertenece al número de los más conmovedores cuadros del diario de Lucas: En el discurso de despedida habla la solicitud apostólica y la elocuencia del corazón. ¡Qué conciencia de su ministerio, qué fidelidad a su deber suena en cada palabra! «No he amainado las velas, cuando se trataba de vuestro provecho.» Habría podido aliviar notablemente su vida, si en Antioquía, en Corinto y Éfeso hubiese encubierto las diferencias, la oposición entre el judaísmo y el cristianismo, si hubiese cejado por falso respeto y miedo angustioso. Mas ¿adónde habría venido a parar entonces la Iglesia? Ella necesita no solamente prudentes y advertidos directores, necesita también mártires de las propias convicciones. No se puede ir siempre a velas desplegadas si no se trata de una cosa fundamental. Pablo sabía muy bien que en Jerusalén le esperaba lo peor, pero emprende el camino «ligado en el espíritu», esto es, sin perder de vista su objetivo: Jerusalén - Roma. «No doy ningún valor a mi vida.» Pablo tenía una escala sobrenatural de valores:

la sangre de Cristo, la Iglesia, el alma, su misión; sólo después de esto venía su vida. Su pensamiento fundamental era: con la sangre que brota del corazón de Jesús, también ha surgido la Iglesia del corazón del Redentor. Que el camino le llevaría por cárceles y ataduras, por demostraciones de odio y azotes, por naufragios y angustias de muerte, y al fin le aguardaría la segur del verdugo, esto no lo sabía todavía Pablo. Bastaba que lo supiera el Señor. «Dar es cosa más dichosa que recibir.» Por la transmisión de esta sentencia del Señor, de la que tenemos conocimiento fuera del Evangelio, muestra Pablo cuán arraigado está en la tradición de Jesús. Según él no puede haber oposición entre la Iglesia que da y la que recibe. El sacerdote para su subsistencia económica no debe pedir más al pueblo que lo necesario. Pablo tendió las manos para despedirse. ¡Oh, estas manos de san Pablo! ¡Cuántos beneficios han manado de ellas! Siempre estuvieron abiertas para dar, nunca para recibir. Sean para nosotros benditas, que tan frecuentemente escribían temblando con rasgos desmañados cordiales saludos. Los callos y cicatrices que había en ellas eran sus estigmas. Se comprende que sus discípulos sólo con dificultad pudiesen separarse de él. Él nada tenía de un frío celota¹⁷. Ningún afecto humano le era ajeno. Él no había buscado el amor, sino que espontáneamente le fue traído.

Era el 25 de abril, cuando un viento favorable los llevó a *Rodas*, la encantadora «isla de las rosas», de la que decían con elogio los antiguos que allí no hay ningún día del año sin sol. En *Pátara* tuvieron la dicha de hallar una nave que iba a Fenicia. Pasaron junto a la costa occidental de *Chipre*, patria de su antiguo amigo Bernabé. «¡Ay, Bernabé, quisiera haber sido en aquel día de Antioquía menos impaciente contigo!» San Pablo, que en su vida lloró tanto por otros, pudo sin duda, al recordar esto, haber tenido un brillo húmedo en sus ojos. En *Tiro* permanecieron siete días. La comunidad cristiana de esta ciudad debió su origen a la persecución contra los cristianos que Pablo había ocasionado veinte años antes. Al pisar el suelo de Palestina se hizo cada vez más congojosa su disposición de ánimo, condensábanse los avisos proféticos, y el aire sofocante de la futura rebelión aceleraba su verificación²⁷. Desde *Tolemaida* (Akkon) la caravana continuó el camino a pie. Dos semanas antes de Pentecostés llegaron a *Cesarea*, que ya sólo distaba de Jerusalén tres jornadas (102 kilómetros). Aquí quiere Pablo pasar una semana en quietud y recogimiento en casa de su amigo Felipe, hombre enteramente según su corazón y de sus mismos amplios horizontes. Llamábase éste modestamente «evangelista», esto es, apóstol de segundo orden, pero llevaba también el esclarecido título de «uno de los siete», y había heredado en gran medida el espíritu de san Esteban. Había tenido que huir, hacía más

de veinte años, en la persecución contra los cristianos desencadenada por Saulo, había misionado en Samaria y en el litoral cerca de Joppe y últimamente se había establecido en Cesarea. Entretanto se había apropiado las amplias ideas de Pablo. ¡Qué horas de la tarde tan deliciosas en la azotea de la casa con la vista al mar! ¡Qué recuerdos tan diversos se agolparon a su mente! ¡Cómo el bondadoso Señor lo había cambiado todo en bien! Pablo estaba hondamente impresionado del ambiente cristiano, casi monástico de la casa. Había pasado a sus hijas el carisma de su padre Felipe, eso es, el don «de la edificación, exhortación y consuelo» que san Pablo apreció en gran manera. Estas cuatro vírgenes, precursoras de la vida virginal consagrada a Dios en la Iglesia, de las cuales habían de ser proféticas imitadoras Hildegarda de Bingen y Catalina de Siena, están sentadas a los pies del célebre maestro, a quien en breve pudieron ofrecer sus servicios durante su prisión en Cesarea. Pero aun estos hermosos días se enturbiaron. El profeta *Agabo*, a quien conocía Pablo desde Antioquía, impelido por el Espíritu, descendió de Jerusalén para impedir que Pablo continuase su viaje. Durante los actos del culto se dirigió a Pablo, tomó su ceñidor y con él ató sus propias manos y pies y dijo en voz alta: «Así habló el Espíritu Santo: Al hombre a quien pertenece este ceñidor, atarán de esta manera los judíos en Jerusalén y lo entregarán al poder de los gentiles.» Éste era el lenguaje simbólico de los antiguos profetas, que no dejó de producir impresión. Ahora se acabó la presencia de ánimo de sus amigos. Conjuraron a Pablo, que no continuase el viaje. Pero su resolución se mantuvo firme. «¿Por qué lloráis y me afligís el corazón? Yo estoy pronto, no solamente a dejarme atar, sino hasta a padecer la muerte en Jerusalén por el nombre del Señor Jesús.» Esta disposición a padecer nada tenía en sí de fanatismo. La precedía un claro conocimiento. Él sabía que las profecías venían del Espíritu Santo, pero las advertencias sólo de hombres, limitados, que consultaban a su natural sentimiento. ¡Cuán grande es este Pablo, una roca nunca vacilante en el mar, con un alma de fuego en el interior!

El miércoles antes de Pentecostés emprendió la caravana la última etapa del viaje. Algunos hermanos de Cesarea les acompañaron hasta Jerusalén por *Antipátrida*, a través de la exuberante llanura de Sarón, donde los labradores segaban ya las primeras gavillas, y después a través de la meseta pedregosa de Judea. La víspera del gran sábado se acercaron a la ciudad. Por todos los caminos pasaban inmensos grupos de peregrinos que iban a la fiesta, con vestidos de colores y con abigarrados velos en la cabeza, campesinos con manadas de ovejas y novillos, que llevaban flores y coronas de espigas alrededor de las anchas frentes. Así en otro tiempo, hacía

más de cuarenta años, había ido a Jerusalén por primera vez cantando y lleno de júbilo el joven hijo del comerciante de Tarso con su padre, quizá por el mismo tiempo en que el divino adolescente de Nazaret, vestido pobrementemente, andaba en dicha dirección por el mismo camino pedregoso. La ciudad estaba llena de peregrinos que de todo el mundo venían a la fiesta, los cuales en su mayor parte pasaban la noche al aire libre bajo tiendas. Pablo halló hospedaje en casa de un antiguo discípulo del Señor por nombre Mnasón. La Iglesia oficial de Jerusalén no tuvo alojamiento para el mayor de los apóstoles.

VII. CAUTIVO DE CRISTO

48. *El consejo fatal*

Act 21, 17 - 26.

Pablo estaba de nuevo en Jerusalén, la quinta y última vez después de su conversión. Los terroristas judíos dominaban las calles de la ciudad. Pablo, que perturbaba sus sueños nacionales, era su hombre más odiado. Pero también una parte de los cristianos de Jerusalén participaba de estos exacerbados sentimientos, porque se decía de él que animaba a los judíos cristianos a que con su entrada en la Iglesia se apartasen de la Ley y no hiciesen circuncidar a sus hijos. Santiago era viejo, y apenas tenía ya fuerza para refrenar a los procedentes del partido de los fariseos. San Clemente de Roma en su Carta a los Corintios hace responsable «a la envidia» de la aciaga suerte del apóstol Pablo⁷⁸. Por tanto no se puede desechar la sospecha de que san Pablo fuese víctima del concurso de los «infieles» y de los «falsos hermanos».

Desde el terrado de la casa podía ver el enorme gentío que había en las calles con motivo de la fiesta de Pentecostés: «partos, medos, elamitas, habitantes de Mesopotamia, Ponto y Asia». ¡Sí, Asia! No los ve aquí de buena gana a estos grupos fanáticos de judíos del Asia Menor, de Éfeso, fáciles de reconocer en todas partes por su traje nacional de vivos colores. También los asesinos a sueldo de Corinto están ya aquí y le aguardan. Así la noticia de la llegada del odioso «renegado» se ha difundido con la velocidad del viento por todas las calles, bazares y alojamientos de caravanas. Apenas era ya posible escapar de la muerte a manos de los celotas. Pablo se guardaba bien de salir solo. «Los hermanos» de los que dice san Lucas: «nos recibieron con alegría», pertenecían sin duda al grupo de los helenistas. Fueron a su morada y le saludaron. Con menos prisa lo hizo el consejo de los ancianos. El día siguiente fue una especie de prueba del fuego para Pablo, cuando apareció ante el consejo reunido. La comunidad había crecido poderosamente. Los superiores hablaban de «miles». Pero, ¡qué ralea! Fue una fortuna el que estuviese al frente un varón tan apacible, ilustrado y prudente como Santiago. Los que dirigían la Iglesia estuvieron ciertamente corteses con san Pablo, pero estaban paralizados en su acción por los celadores de la Ley, que a espaldas del Apóstol minaban las Iglesias.

San Lucas nos pinta un cuadro impresionante de la notable asamblea. En la silla presidencial estaba sentada la figura ascética de

Santiago, vestido de blanco, y a su alrededor se hallaba el grupo de sus presbíteros. ¡Cuán consolador debió de ser para los ocho compañeros de Pablo, todos convertidos del paganismo, el ver ante sí al varón de quien tanto habían oído hablar, que era pariente del mismo Señor y cuando niño había jugado con Él en los montes de Galilea! Cada uno de los comisionados de las Iglesias de los gentiles presentó las ofrendas que su Iglesia había dado para los «santos» de Jerusalén. Miraban a su maestro Pablo llenos de asombro. ¿Era éste realmente él mismo, que contemplaba tan serio y humilde y conmovido la figura abatida del anciano? Pablo y Santiago se dieron solemnemente el beso de paz. Lo mismo hicieron los presbíteros. Los compañeros de Pablo estaban esperando. Luego sus semblantes se abatieron. No se les dio a ellos la señal de hermandad. En silencio, con cierto ademán de superioridad recibióse su ofrenda, como una cosa natural, más aún, como un tributo debido. San Lucas nada dice sobre esto, pero de su silencio podemos entresacar cierto desengaño. El recelo de la Carta a los Romanos no había sido infundado. Todo fue normal y niniamente mesurado. El ambiente no se cambió sino cuando Pablo hizo una amplia relación sobre todo lo grande y maravilloso que Dios había hecho por su ministerio en el mundo pagano, y movido de dolor, sin acusar, sin citar nombres, desahogó su corazón todos los padecimientos que había sufrido de falsos hermanos, sobre cómo habían abusado del crédito de los apóstoles, socavado la autoridad de él, predicado un falso evangelio, saqueado las comunidades y blasfemado de la gracia de Dios. Dijo que, sin embargo, Dios lo había convertido todo en bien, y tanto más magníficamente había brillado la gloria de Cristo. Como un hilo de perlas se ensartaba una comunidad a otra comunidad desde Siria hasta Grecia alrededor del mar Egeo. Mientras Pablo hablaba así, calentábanse los corazones, la indiferencia se mudaba en interés, el interés en asombro y entusiasmo, y cuando concluyó, Santiago gozoso hizo una señal con la cabeza aprobando, y brotó de todos los labios esta exclamación: «¡Loado sea Dios, el Dios de Abraham, Isaac y Jacob, que ha hecho cosas tan grandes por su querido Hijo!» No podían sin duda obrar de otra manera. El triunfo era tan grande, que no se podía dejar de dar la honra a Dios. Sólo se pudo haber deseado que también a Pablo y a sus colaboradores hubieran dedicado una palabra de reconocimiento.

San Lucas deja entrever su desengaño sobre lo que ahora vino. En su diario se halla en este pasaje el «Pero después...», que dice mucho. Sí, pero después vino un chorro de agua fría. Querido hermano —dijeron—, has de mirar que hay también miles de judíos cristianos. Nuestra gente de aquí —¡hablan prudentemente en tercera persona!— está muy recelosa a causa de tu doctrina. Dice

que suprimes la diferencia entre judíos y gentiles, y que vas más allá, que destruyes a Moisés y la Ley. Aquí se deja ver de nuevo el hermano mayor de la parábola del Señor, el cual no podía alegrarse de la vuelta de su hermano perdido, y no quería participar de la alegría de su padre, se hacía rogar en vano por su padre que se sentase a una mesa con el hermano andrajoso, y a más de esto hacía aún reconvenções a su padre. Podemos figurarnos el desengaño del Apóstol, cuando después de su entusiasta relación la primera respuesta de la asamblea fue que pesaba sobre él una grave sospecha, sobre cuya razón no querían ellos mismos permitirse ningún juicio. Esto era casi como si un célebre misionero, que hubiera ganado media África para Cristo, después de largos años de indecibles trabajos hiciese su relación, cubierto de cicatrices, ante un sínodo eclesiástico y recibiese por respuesta: «¡Loado sea Dios! Pero, querido hermano, se dice que entre los negros no habías cantado el canto llano según la edición vaticana.» San Lucas escribe expresamente: «*Ellos le dijeron*». Por tanto el perspicaz Santiago no tuvo ninguna parte en el recelo que sentían hacia Pablo.

Y luego vino el consejo fatal. Pues ¿qué se ha de hacer? ¡Déjate aconsejar por nosotros! ¡Purifícate de la sospecha! ¡No desacredites la religión! ¡Muestra públicamente que eres un judío cabal! Hay entre nosotros cuatro hombres que han hecho un voto de nazireo y no pueden sufragar los gastos. Toma parte en su voto, que además se acerca al fin; paga los gastos por ellos y llévalos contigo al templo durante los últimos siete días. Entonces verán todos que son vanos los reproches contra ti. Así, a lo último añadióse todavía un pequeño pinchazo. Recordaron a Pablo las cuatro cláusulas del concilio apostólico. Entonces, hacía ocho años, habían ellos condescendido, ahora debía *Pablo* hacer una concesión. La cosa estaba bien tramada. El consejo hubiera quizá sido prudente, si se le hubiese dado en un tiempo diferente del presente, en que todos sus pulsos ardían de calentura. Y luego ¡el motivo en que se apoyaba! ¡El Apóstol había de rehabilitarse haciendo, por decirlo así, una pública profesión de judaísmo!

Ésta era una fuerte demanda para Pablo, aun tomada puramente como acto exterior: pasar siete días en los atrios del templo con hombres que le eran completamente extraños, y encargarse de los gastos, no exiguos. Para cinco nazireos eran necesarias como ofrenda quince ovejas, otros tantos cestos de pan, tortas y pasteles de aceite, y además otros tantos cántaros de vino; a esto se añadían aún los gastos de la manutención para siete días. En su último viaje a Jerusalén había cumplido para sí semejante voto, pero aquél era su propio voto, su negocio interior; mas aquí sólo apariencia exterior, a la que había de oponerse su interior. Se le obligaba en cier-

to modo a hacer pública penitencia. Y aunque ello hubiera reconciliado a los judíos, ¿cuán mal podía interpretarse entre los pagano-cristianos! ¿No se interpretaría como una tácita retracción de tantas palabras habladas con energía? ¿No padecería con esto la obra de toda su vida? Pablo, ¿qué haces?, debía decirle su conciencia. Por largos años has luchado por la exención de la Ley, has designado los usos judíos como «flacos y pobres elementos». Mira, andas sobre un hilo. En sí es esto una cosa indiferente; pero ¿no parece esta vez fingimiento, política de oportunidad? A qué situaciones puede venir súbitamente un hombre, y a la verdad por la buena voluntad de los amigos. O ¿acechan quizá segundas intenciones? Pablo está librando una ardua lucha en su alma. San Lucas no dice nada de ello. Se conforma con su manera de referir sólo los hechos, sin darnos a conocer los secretos interiores de su héroe. Pero quien conoce a san Pablo, su alma noble y digna, tan sensible en el punto de la verdad, y quien conoce a su historiador Lucas, sabe lo que significa la laguna entre el verso 25 y el 26. San Pablo, con todo, debió de responder algo. Tampoco ni una palabra sobre el altercado que habría después. Muy objetivamente continúa la relación: «Entonces Pablo tomó consigo a los hombres». En el intermedio hay sin duda una tragedia íntima. Es precisamente el punto en el cual el héroe del drama antiguo por medio de su propia decisión produce el desenlace final de su destino, la *katastrofé*. En el drama antiguo esto constituía un final desgraciado, pero que en sí encerraba una culpa. En el drama cristiano el desenlace es debido a una dirección más elevada, y en él se encierra un profundo misterio. Conforme a algunas razones desconocidas de nosotros, tomó Pablo la decisión. Por encima de todos los respetos y sentimientos personales puso el amor. Una noble pasión le animaba, la de hacerse todo para todos, reconciliar a la Iglesia madre con la iglesia de los gentiles. «Aunque soy libre, me hago siervo de todos» (1 Cor 9, 19). Después de reconocida una vez más expresamente la exención de los pagano-cristianos de todos los estatutos judíos, cedió Pablo y con la más exquisita humildad se acomodó a aquel deseo, aunque procedía de un espíritu de estrechez de ánimo. El mismo Renan ha de convenir en esto: «Quizá en toda su vida apostólica no hizo un sacrificio mayor a su obra. Con esto demostró más grandeza que con su labor en Corinto y Tesalónica, donde había podido desplegar con plena libertad toda la fuerza de su genio».

Esta humillación del Apóstol, que se semeja a un desmentirse a sí mismo, nos parece casi ininteligible. Quizá Pablo fue para sí mismo entonces un misterio inexplicable. Con esto se atrevió a lo más extremado. Hay momentos en la vida en que el hombre, por decirlo así, con los ojos vendados y, sin embargo, de alguna ma-

nera consciente, abre una válvula a su destino. Una situación como la de san Pablo no se puede dominar con un frío silogismo. Ábrense dos caminos, y no se sabe cuál conduce al abismo. «Un misterio profundo envuelve frecuentemente la humana conducta. De pronto nos hacemos incomprensibles para nosotros mismos y para otros. Quizás en nuestro subconsciente se hundió repentinamente algo, quizá brotó algo de él», dice un profundo conocedor de las almas¹⁷. Nadie supondrá que un espíritu de tanta perspicacia de principios como Pablo hubiera dicho «sí», de una manera sencillamente cándida e ingenua, por pura bondad natural o por temor de lo futuro. Si, con todo, lo hizo, obró seguramente por una inspiración superior. Los hombres llamamos a eso la intuición del momento. Sólo el hombre inspirado puede en tales momentos abandonarse a su intuición, a su instinto superior. Pero el común de los mortales no debe decidirse según su obscuro y vago sentimiento. Aquí se recomienda, como dice san Gregorio Magno, tentar prudentemente el terreno, si es un suelo resistente o no, si hay fuego fatuo o «resplandece claramente un nuevo fin querido por Dios».

49. «Civis Romanus sum»

Act 21, 26 — 22, 29.

La Pascua y Pentecostés eran una dura prueba de nervios para la guarnición romana de Jerusalén. Dícese que en tiempo de Nerón se juntaron en un año 2.600.000 judíos para comer el cordero pascual³⁴. Esto es evidentemente una exageración a la manera antigua. Pero aun cuando sólo se acepte la décima parte borrando un cero, el número es todavía bastante grande. En tales días se traían cohortes de Cesarea para refuerzo de la guarnición. En tiempos del gobernador Cumano, durante la fiesta de Pascua, perecieron 20.000 (?) personas (FLAVIO JOSEFO, *Antigüedades* 20, 5, 3). Las más de las veces estos luchadores por la libertad nacional eran fanáticos galileos. Con semblantes inocentes y teniendo en los brazos blancos corderos para el sacrificio y el puñal en la capa, rodeaban el altar de los holocaustos, pero Pilato se les adelantó y los hizo matar atrozmente (Lc 13, 1). Tal estado de cosas había empeorado de año en año por el crecimiento del *partido radical de la libertad*. Los espíritus exaltados fueron los precursores de la gran revolución judía contra Roma. Sobre la ciudad y el templo estaba pendiente como una nube amenazadora.

El domingo de Pentecostés, Pablo, acompañado de su muy adicto Trófimo de Éfeso, fue con los cuatro nazireos al monte del templo y entró en la gran plaza del mismo, en el llamado «atrio de

los gentiles». Altiua se levantaba la fortaleza de Herodes en el ángulo noroeste de la plaza sobre una escarpada roca dominando este lado de la plaza del templo. Herodes la había llamado «Fortaleza Antonia» en honor del general romano Antonio. Era un baluarte con grandes torres fuertes, patios, plazas de armas, cuarteles, calabozos y un castillo, que se asemejaba a un palacio real en magnificencia. Aquí el poderoso brazo de Roma tenía sujeto por la cerviz con férreo puño al pueblo rebelde. Desde la Antonia un corredor conducía al tejado de los pórticos que rodeaban el atrio del templo, y un gran escalinata al atrio de los Gentiles. El monte del templo, el Moria, ofrecía a las miradas una sucesión de tres extensas terrazas, una más alta que otra. La más baja era el «atrio de los Gentiles». Aquí había Jesús puesto fin por dos veces con unos azotes al tráfico de los comerciantes y cambistas. Una escalinata de mármol de catorce peldaños conducía a la «Puerta Hermosa», donde Pedro curó al paralítico de nacimiento, hasta el segundo patio interior, «el atrio de los Judíos», con un departamento para las mujeres. Era igualmente un gran patio cuadrangular con enormes columnatas y muy espacioso. Allí se encontraba el arca de las ofrendas, con sus trece aberturas en forma de trompeta, cerca de la cual un día el Maestro estaba sentado y vio a la viuda pobre depositar en ella su óbolo.

Delante del edificio del templo, sobre un lugar elevado, estaba el altar de los holocaustos, rodeado de canales para desviar la sangre de las víctimas. A este patio interior cercano al santuario, el *atrio de los sacerdotes*, subía la masa del pueblo sólo en tiempo del sacrificio matutino y vespertino, mientras que abajo había cita para todo el mundo comercial y un tráfico de feria sin igual. El acceso del patio exterior al interior por la escalinata efectuábase a través de una puerta maciza de magníficas hojas de bronce, que sólo la fuerza unida de veinte hombres podía mover. A alguna distancia de ella corría una barrera baja, junto a la cual estaban colocados a intervalos postes con tablas en que había un aviso para los gentiles en lengua latina y griega: «Ningún extranjero se atreva a penetrar en el santo recinto. Quien fuere sorprendido haciéndolo, incurrirá en pena de muerte» (grab. 24). Los romanos, para respetar los sentimientos de los judíos, habían ratificado esta ley. También los actuales poseedores de la plaza del templo, los árabes mahometanos, mantienen esta prohibición. «¡Ay del cristiano que se atreviese a entrar en viernes en la plaza del templo! La multitud fanática le haría pedazos»⁵⁰.

Cuando Pablo entró con sus compañeros en el atrio exterior, reinaba allí una indescriptible gritería y aglomeración de gente, de hombres, cambistas y corredores de comercio, peregrinos y curiosos

de todos los países; a esto se añadían los mugidos y balidos de las reses destinadas al sacrificio. Entre la multitud se movían de acá para allá figuras sospechosas con sus puñales en forma de hoz debajo de la capa. Algunos judíos de Éfeso, entre ellos quizás Alejandro el calderero, reconocieron inmediatamente a Pablo y a Trófimo, y les dirigieron miradas llenas de odio. No habían olvidado la escena del teatro de Éfeso. ¿Qué viene a buscar aquí el renegado con el incircunciso? ¡A ver si se lo llevará consigo dentro del templo! Mas Pablo se guardó bien de llevar consigo a Trófimo al patio interior. Aquí reinaba gran quietud. Sólo el estertor de las víctimas la interrumpía. Sacerdotes vestidos de blanco corrían presurosos de acá para allá con sus jiferos, y ante la admiración de la gente tiraban con gran precisión sobre el altar los trozos de pata de los becerros. Los levitas prestaban sus servicios como ayudantes en los sacrificios y también como porteros. El aire del patio estaba impregnado de un olor desagradable. Del altar de los holocaustos el vaho de la sangre caliente subía al cielo casi sin cesar desde hacía siglos. Pablo dio a conocer a los sacerdotes el término final del tiempo de su purificación, hasta el cual debían ofrecerse los sacrificios de voto. Diariamente había de tomar parte en sus sacrificios y oraciones, y sólo al caer de la tarde volvía a su morada. Así lo hizo por espacio de una semana. Entretanto los judíos del Asia Menor tuvieron tiempo para fraguar su trama. Mandaron a su gente venir el día séptimo al patio interior, para salir con ímpetu en el momento dado, dar la señal y acometer a Pablo de improvisto.

La exaltada relación de Lucas hace sospechar que también hoy los amigos, que temían por la vida del maestro, acompañaron a Pablo y así fueron testigos oculares de la acometida. Era al tiempo del sacrificio matutino. Súbitamente, a una señal dada, los judíos del Asia Menor levantaron una horrible gritería: ¡Socorro, israelitas! ¡Aquí está el renegado, el instigador contra el pueblo, la ley y el templo! ¡Ahora aun ha profanado el templo e introducido en él a gentiles! No se puede describir con palabras la furia diabólica de una multitud del Oriente fanáticamente excitada. Pintóse el horror en todos los rostros por causa del espantoso crimen, los sacerdotes se pararon, un tropel de gente que gritaba, se apiñaba y empujaba, se amotinó alrededor de un grupo de hombres en medio del cual, Pablo, asido por fuertes manos, era arrastrado acá y allá y golpeado. Los levitas tocan las trompetas porque temen una contaminación del santuario. Los guardas del templo empujan a la excitada multitud hacia la puerta y la escalera que conduce abajo. Las enormes puertas de bronce se cerraron con estrépito. Pablo lo oyó y pudo tomarlo como símbolo: ¡Expulsado de su pueblo! (Eph 2, 14).

Pablo yacía en el suelo. Era exactamente el lugar por donde hacía más de veinte años habían arrastrado al joven Esteban. Pablo sintió gozo extraordinario: sólo todavía pocos momentos y estará con Esteban y su Maestro. Pero su hora no había aún llegado. La multitud vacilaba todavía en matarle dentro del atrio. Arrastráronle hacia la salida. Esta tardanza de los asesinos fue su salvación. Los centinelas romanos del muro de circuito habían observado el suceso e informado de él al oficial de guardia. Las cohortes estaban en actitud de alerta. Sonó un toque de trompeta, y luego una aguda voz de mando. El tribuno Claudio Lisias bajó presuroso la escalinata, acompañado de unos soldados armados. Hacía tiempo que perseguía a cierto cabecilla de bandidos egipcio y creía haber hecho una buena presa. Mandó encadenar a Pablo y llevarlo a la fortaleza. El furioso gentío se apiñaba detrás gritando: ¡Abajo éste! ¡Que muera! Llegado que hubieron a la escalinata, los soldados hubieron de llevar arriba sobre los hombros a su preso a causa del pueblo que seguía detrás acosándole. Durante todo este tiempo Pablo no había perdido su claro conocimiento. Ciertamente sus vestidos están desgarrados, su capa perdida, sus ojos llenos de sangre, pero es dueño de la situación. Tranquilamente pregunta al tribuno en griego: ¿Puedo hablarte algunas palabras? Lisias está desengañado, pues tiene delante de sí, no al egipcio, sino a un griego culto. Pablo, orgulloso de su patria, indica sus señas personales: Judío de Tarso, ciudadano de una población de no poca importancia. ¿Puedo hablar al pueblo? Extraña pregunta de un hombre que, pisado como un gusano, a duras penas acaba de escapar de la muerte. A pesar de la extenuada figura del preso, está Lisias bajo la impresión de que este hombre es un gran personaje. Un valiente reconoce al punto al valiente. Aguarda ansioso el resultado del discurso y espera que se aclare la situación. Quizá podía evitarse el derramamiento de sangre. «¡Habla!», dijo Lisias en son de mando. Pablo dirige sin miedo una mirada a la muchedumbre agitada como las olas que rompen en los acantilados. También están allí algunos miembros del sanedrín, quizás antiguos compañeros suyos de estudios, majestuosos rabinos con graves borlas y anchos ribetes en los vestidos. A una señal con la mano se calma el ruido, y cuando Pablo les habla en arameo, efectúase súbitamente un profundo silencio⁵⁶. Es aquél un extraño púlpito para el evangelio, un extraño predicador aquel en cuyas muñecas rechinan las cadenas, y un auditorio todavía más extraño. Cuando Pablo podía hablar, se sentía dueño de la situación. Intentó ahora demostrar que no la enemistad contra el pueblo, contra la ley y el templo, sino la voluntad de Dios y su poderosa intervención le habían hecho confesor de Cristo y apóstol de los gentiles. Todo israelita conocía a Jehová como a Dios

poderoso en la historia, leía diariamente en los salmos sus *magnalia, mirabilia, terribilia*. ¿Cómo se podía explicar sin semejante acto de poder la repentina mudanza de su vida? Y ¿quién podía resistir a la voluntad de Dios? La mención de Ananías fiel a la ley no pudo sino serle de provecho, como asimismo el recuerdo del apedreamiento de Esteban. Pero cuando pronunció la Palabra «gentiles» — «Yo te enviaré muy lejos a los gentiles» —, entonces se les escapó la razón y entró en acción la ciega pasión. Los celotas y los fariseos rasgaron sus vestidos, y echaron de sí los jirones. Los romanos nunca podían vencer cierto sentimiento de miedo, cuando se veían frente a semejante furioso amotinamiento. Lisias no había entendido ni una palabra; pero sabía ahora que se trataba de una cuestión religiosa de los judíos.

Para dar una leve satisfacción a la pasión del pueblo, se empeñó en emplear el mismo medio de irresolución que Pilato y dio orden al capitán de hacer azotar y atormentar al preso, para saber la verdadera causa de la contienda. Se condujo a Pablo por el patio mediano, donde la soldadesca romana había cubierto a su Maestro con la colorada capa de rey, puesta en su mano la caña como cetro de rey y colocádole en la cabeza entre gritos de algazara la corona de espinas como corona de victoria. Si la flagelación debía efectuarse en la estancia donde se daba tormento y donde estaban el caballete y la columna para el azotamiento, no se puede conocer claramente por la relación. El instrumento de tormento era un azote provisto de púas y bolas de plomo. Pablo fue despojado de sus vestidos, tendido sobre un caballete y atado fuertemente con correas en las articulaciones de las manos y pies. Los verdugos no entendían el griego, mas cuando vino el centurión para inspeccionar, preguntó Pablo tranquilo y sereno, no sin un tinte de buen humor: «¿Es legal azotar a un ciudadano romano, y esto sin sentencia de juez?» Según la ley romana, para el ejercicio de la autoridad policíaca apenas había algo tan característico como el respeto a un hombre que podía hacer esta orgullosa reclamación. «*Civis Romanus sum*». La palabra obró un milagro. El centurión corrió precipitadamente a decirselo al tribuno, cuyo aprecio del preso misterioso comenzó a subir cada vez más. «¿Eres tú realmente ciudadano romano?» «Cierto», respondió Pablo. El hacer valer falsamente este título de nobleza se castigaba con la pena de muerte. Así nunca se abusaba de él. Lisias miró al preso con cierto recelo. «A mí me ha costado el derecho de ciudadanía una gran suma de dinero.» Pablo se sonrió: «Y yo soy ciudadano romano de nacimiento». Lisias se halló en situación poco agradable. El derecho criminal romano prohibía comenzar por el tormento el procedimiento de averiguación. Pablo fue desatado y sólo ya encadenado flojamente por la muñeca a un

soldado. ¡Qué noche tuvo que haber sido ésta para el hombre que había puesto con tanta frecuencia y tan vivamente ante los ojos de sus recién convertidos al divino Paciente! Aquí, en el lugar de la flagelación de Jesús⁶⁸, obtuvo su palabra mística de «crucificado con Cristo» un nuevo y profundo sentido para él.

50. *Ante el sanedrín. La aparición nocturna*

Act 22, 20-23, 25.

Hay una *psicología del peligro*, y es interesante ver cómo los diversos temperamentos se comportan ante él. Para las naturalezas románticas el peligro tiene cierto atractivo, algo fascinador, que se quiere al mismo tiempo gozar y vencer. Van al peligro dando voces de alegría, como los jóvenes héroes a la guerra. Son en su mayor parte sanguíneos, y dichosos ellos si salen de él bien librados. Otros tiemblan a la vista del peligro, flaquean sus rodillas y fácilmente vienen a ser figuras cómicas. Son en su mayor parte melancólicos. Otros a su vez son flemáticos para temer el peligro, muy privados de fantasía para imaginarse las peores posibilidades. El verdadero héroe ve el peligro y no se expone a él temerariamente. Mas si se le manifiesta como paso que no puede evadir, lo desafía animosamente, no permite a su fantasía que pinte el peligro mayor de lo que es. Cabalga, como el jinete en el conocido cuadro de Durero, arrogante entre la muerte y el diablo. De este tipo era Pablo. Cuando su voz interior le mostró el peligro como inevitable, lo acometió valerosamente. Su presencia de ánimo no le abandonó un momento. Aun debajo de los pies de los que le pisoteaban, aun tendido en el potro, consideraba a sangre fría qué táctica debía seguir¹⁷.

La misma presencia de ánimo demostró Pablo al día siguiente, cuando el comandante de la fortaleza, para poner en claro la cuestión sobre que versaba la contienda, hizo comparecer a su preso en presencia del sanedrín, que constaba de los jefes de los sacerdotes y de los 71 miembros del Consejo. Claudio Lisias le acompañó él mismo con escolta militar ante el mismo tribunal que en otro tiempo había condenado a Jesús. Con todo, no se tuvo la sesión en el pórtico del Consejo, llamado Gazith, que se hallaba en el atrio de los sacerdotes, sino en un pórtico del atrio exterior, donde Esteban en su tiempo había sido sometido a interrogatorio. Los consejeros estaban sentados y reunidos en grupos. Entre ellos había alguna cara conocida, y sin duda también el en otro tiempo sumo sacerdote Caifás. Al viejo malvado la conciencia de su culpa le había endurecido todavía más y le había grabado profundos surcos en el rostro. Parece que el sumo sacerdote de entonces, Ananías (47-59),

nombrado por Herodes de Calcis, no presidía por sí mismo⁵⁰. En ningún tiempo había estado tan profundamente decaída la dignidad de sumo sacerdote como entonces. Ananías, de la familia de Anás, tildada por las mismas fuentes judías como «raza de víboras», es descrito por los contemporáneos como un hombre dado a los placeres, codicioso y glotón, de proverbial sensualidad, para quien ningún medio, ni siquiera el puñal de los sicarios, era demasiado malo para poder entregarse a sus pasiones. Pablo, que desde hacía muchos años había estado fuera de contacto con Jerusalén, no conocía al sumo sacerdote personalmente. Simultáneamente se encontró aquí por primera vez con la aristocracia de los saduceos [n. 38]. Éstos eran gente de muy escasa cultura religiosa. Toda su política religiosa era una política de ocasión, un astuto andar con doblez entre las oposiciones religiosas y las políticas de su tiempo. Su conato principal era impedir todo entusiasmo religioso y nacional, para que no se pusiese en peligro su dominación. Lucas, que no fue testigo ocular, guarda cierto silencio sobre el curso del debate. Lisias sin duda pidió al presidente que precisara la acusación contra Pablo. Los saduceos evidentemente, conforme a sus ideas frívolas, presentaron la doctrina del Apóstol sobre el Mesías crucificado por causa de sedición como políticamente peligrosa, y su doctrina sobre la resurrección de Jesús y su aparición en Damasco como ridícula. Cuando se pronunciaban palabras como «resurrección», «espíritu», «ángel», soltaban cada vez risotadas burlonas, mientras que los fariseos, que creían en esto, habían de sentirse ofendidos por ello en sus opiniones religiosas. Pablo conoció rápidamente el punto flaco en que podía atacar para desunir a sus adversarios. Ahora la causa estaba ya medio ganada.

Luego al principio de su discurso de defensa sucedió un penoso incidente. Cuando Pablo alegó el derecho de su buena conciencia, mandó Ananías, indigna y vilmente, a un ministro del tribunal herirle en la boca. Un golpe en la boca, y además en pública asamblea, era el más profundo bochorno para un hijo de Israel. Significaba tanto como: Este hombre ha cesado de ser hijo de Israel. Se comprende que Pablo, por cuyas venas corría orgullosa sangre noble, al ver esta afrenta casi perdiese la serenidad. Irritado dijo a Ananías: «¡A ti Dios te herirá, pared blanqueada! ¿Tú quieres ser mi juez y mandas herirme contra la ley?» Aquí se mostró de nuevo lo torcido del sentimiento moral de los fariseos. El modo de obrar del presidente lo disimularon gustosos, pero la reprensión por parte de Pablo fue a sus ojos un crimen. La disculpa del Apóstol — «Yo no sabía que fuese el sumo sacerdote» — es interpretada diversamente. Es probable que quería decir con un punto de ironía: «No me pasó por el pensamiento que pudiese ser el sumo pontífice uno que pu-

diese olvidarse tanto de su deber». La comparación con la conducta de Jesús en su caso semejante muestra que el discípulo no llega en altura moral al divino Maestro⁵⁰. Por lo demás, tampoco está obligado a copiar estrechamente al Maestro; en esto no consiste la imitación de Cristo. La imagen de la «pared blanqueada» recuerda a los fariseos una palabra de Jesús sobre los «sepulcros blanqueados». El golpe estuvo bien dado. La palabra caracteriza muy bien al sumo sacerdote como una persona decadente, que quiere aparentar virtud, probidad y energía, mientras en el interior todo es quebradizo y pútrido. La esencia de la decadencia es degeneración, descenso y deslumbramiento exterior. Los sacerdotes de entonces estaban enteramente dominados por una política mundana: por defuera apariencia de piedad, por dentro ansia de ocupar cargos elevados, espíritu dominador y codicia. San Pablo en todo es el polo opuesto de esta decadente sociedad. Es el representante de una generación joven, de una Iglesia cuyos medios son de índole puramente espiritual: sencillez, rectitud, pobreza y humildad, y que no se ocupa en negocios mundanos. El castigo predicho por el Apóstol va a cumplirse. Ananías después de algunos años, cuando se escondía de los puñales de los sicarios, fue asesinado en su escondrijo.

Pablo vio que, dados los apasionados sentimientos del tribunal, era imposible un procedimiento sincero, y con intuición repentina aprovechó la ventaja de la situación, arrojando entre ellos como manzana de discordia la *cuestión de la resurrección* [n. 39]. En el fondo, toda la oposición del judaísmo tenía su raíz en la resurrección de Cristo, que había puesto fuera de vigor la religión judía, su Estado y su dominación política. Resuelto en breve, resumiendo toda la situación, exclamó en medio de la asamblea: Hermanos, estoy ante el tribunal por causa de la esperanza en la resurrección de los muertos. Al oír esto los saduceos soltaron una carcajada contra los fariseos, que creían en semejantes ideas, de suerte que al fin ya no parecía Pablo el acusado, sino que el debate degeneró en una disputa de teólogos y los dos partidos vinieron a las manos. El asunto fue tan lejos, que algunos rabinos calificados se declararon abiertamente por Pablo y presentaron como cosa muy posible que un espíritu o ángel le hubiese hablado. Claudio Lisias, que nada entendió de toda la contienda y temía por la vida de su preso, llamó a la guardia que estaba afuera e hizo poner en seguridad a Pablo. «Apenas pude arrebatarlo por fuerza de sus manos», dice Lisias en su carta a Félix, según el código Beza.

Algunos críticos creen que el Apóstol no se mostró en esta ocasión a su altura ordinaria. Hablan de una «*estratagema*» y hallan un contraste entre Pablo y la callada dignidad de Jesús ante el sanedrín. Se les pasa por alto el carácter radicalmente diverso de los

padecimientos de Jesús y los de cualquier hombre. Los padecimientos de Jesús tenían un carácter y fin que sólo existieron una vez y traspasaron toda medida humana. En ellos se trata de la redención del género humano por unos voluntarios padecimientos expiatorios. Por eso renunció a su derecho de reclamación, a toda intervención del cielo y de la tierra. Hubiera podido emplear el mismo artificio que su discípulo. Pero vio ante sí al linaje humano, a ti y a mí no redimidos, y se reconoció como el cordero de Dios que enmudece, predicho por el profeta. En esta amorosa obediencia sin límites, en este admirable vencimiento de sí mismo y callada resignación del Cordero de Dios está fundado más que en todos los otros actos del alma de Jesús el valor expiatorio de sus padecimientos de muerte³⁴. Pablo, al contrario, padeció y combatió para sí solo. Estaba dispuesto a morir, pero el determinar el tiempo y las circunstancias es cosa de Dios. Él mismo podía y debía emplear todos los medios lícitos para poder servir todavía más al Evangelio. Aquella crítica exige también demasiado a un puro hombre. Aun en la más brillante altura de la vida a la que el espíritu de Dios elevó a un hombre como Pablo, debe recordarse a veces al hombre que, sin embargo, es sólo un hombre como todos nosotros, que sólo la medida humana es propia de él, y que sólo Uno llegó más allá de toda medida humana.

¡Hagamos a nuestro héroe una visita nocturna en su *celda de la prisión* de la fortaleza Antonia! Sus fuerzas estaban casi extenuadas por los acontecimientos de estos días. Sabe que debe participar aún más profundamente de los padecimientos de su Maestro. La palabra de «crucificado con Cristo», que había escrito a los gálatas (2, 19) y a los romanos (6, 6), sonaba cada vez más fuertemente en sus oídos. En esta segunda noche, solo y desamparado en la celda sin luz, vigilado por el odio que como un mar batía su celda en derredor, padeció una de aquellas acometidas de desconsuelo y congoja de muerte, de que tampoco los santos, ni siquiera el Hijo de Dios, quedaron libres. En una situación semejante había en otro tiempo la Iglesia de Jerusalén velado y orado por Pedro (Act 12, 5). Es triste el que Lucas esta vez no pueda referir ningún acto de amante participación por parte de la comunidad de Jerusalén. Los fieles de la Ciudad Santa creían hacer ya mucho, si le toleraban, sin romper con él. Sólo en una casa de la santa Jerusalén ardía toda la noche la luz que el amor encendió por la vida del Apóstol querido. Era la casa de sus amigos Lucas, Timoteo, Tito, Trófimo, su hermana y la familia de ésta, reunidos en oración. ¿Qué harán? ¡Consuélate, Pablo, la salvación está ya en camino!

Su situación era realmente seria. Sólo la fuerte mano de los romanos podía salvarle. Pablo había llegado ahora a un punto en que

había de dar una nueva dirección a su conducta respecto de su pueblo. En esta noche tomó, sin duda, la decisión. Hasta entonces se había sentido dentro de la colectividad legal de su pueblo, y se había sometido repetidas veces a la jurisdicción judía. Mas ya se aparta definitivamente de su pueblo aun en el respecto político-judío, y se somete a la autoridad y jurisdicción del Estado romano, de la que había escrito tan lealmente en la Carta a los Romanos. Pero los romanos habían de tratar con cautela a este pueblo demasiado celoso. Una larga prisión aguardaba a Pablo. Su intento de llevar la gloria de Cristo a Roma y a los confines de la tierra, parecía frustrado. Llevaba su abatimiento, todos los cuidados de su corazón al lugar propio, al corazón de su Maestro, y todo lo trataba «*in Christo*», antes que el cansancio le cerrase los ojos. Aun en el sueño seguían trabajando sus pensamientos y tenía coloquios con Él. Se dice que cuando las olas del mar están encrespadas y espumosas en la superficie, las profundidades permanecen tranquilas. Así le pasaba a Pablo. Cuando su vida exterior se agitaba como un océano, su vida interior estaba «*escondida con Cristo en Dios*». Éste era su secreto. ¿Quién será capaz de averiguar cómo el alma humana desligada durante el sueño de las ataduras del día, según su condición natural, puede relacionarse con los demonios de las profundidades o con los espíritus iluminados de las alturas? ¿No será como si un ángel del Señor se vistiera con la sutil sustancia del sueño, al parecer formada en el subconsciente por la vida de nuestros pensamientos, y amante y consolador se inclinara sobre el durmiente? En una visión de la noche, se le apareció el Señor, como se le había aparecido veinte años antes en el templo (Act 22, 17). Señor, ¿eres tú? San Pablo, profundo conocedor del alma humana y de sus alucinaciones, sabía bien que también el príncipe del infierno se transformaba en ángel de luz. Luego vio resplandecer las llagas como en otro tiempo en Damasco. ¡Señor, deja que tu siervo hable contigo! ¿He hablado bien de ti ante los padres de Israel? ¡Habla, Señor, tu siervo oye! — ¡Ea, Pablo, ten buen ánimo! Has dado buen testimonio de mí en Jerusalén. — Señor, déjame hablar de nuevo, aunque soy polvo y ceniza. Deseo dar testimonio de ti también en Roma, y anunciar tu Evangelio también en Roma (Rom 1, 15). — Pablo, también darás testimonio de mí en Roma. La aparición se desvaneció. Toda tristeza se había alejado, sintió nueva fuerza. Si el Señor estaba con él, ¿qué importaba que los hombres le condenasen? ¡Roma! Como la luminosa estrella de la mañana estaba esta palabra de nuevo ante su alma.

Entretanto los sicarios se habían apoderado de la causa, habían enterado de su conjura al sanedrín y pedido su cooperación. Tal era el grado de vileza del sanedrín⁵⁰. Pero también esta vez se acreditó el servicio de información de los hermanos. Pablo sintió su proximidad solícita y amante. Un hijo de su hermana logró enterarse de un proyecto importante. Es posible que la familia viniese en conocimiento del complot por medio del padre, que debía de ocupar un elevado puesto y tener como tal diversas relaciones, y que la madre enviase a su hijo a la fortaleza. Mientras Pablo estaba todavía ocupado por la mañana en sus pensamientos sobre la aparición nocturna, abrióse la puerta de su celda. Su sobrino estaba delante de él. ¿Qué noticias me traes, hijo mío? — Muy importantes, tío Pablo. Los delegados del sanedrín quieren pedir al tribuno que te conduzca otra vez ante ellos, a lo que dicen, para averiguar tu causa con más exactitud. Pero esto no es más que un pretexto. Luego que salgas de la fortaleza, tienes la muerte segura. Cuarenta hombres del partido de la libertad se han obligado bajo horrible juramento a no comer ni beber nada hasta que te hayan dado muerte. Están acechando con sus puñales en todas las esquinas y rincones. Pablo rogó al centurión que al instante condujera su sobrino a Lisias. De esta manera el tribuno tuvo oportunamente conocimiento del plan de asesinato, cuando se disponía para recibir a los diputados del sanedrín. La responsabilidad comenzaba a aumentársele en gran manera. Ahora tenía un motivo para poner el proceso en manos del gobernador. Hacia las nueve de la noche se hallan en los cuarteles dos centuriones con doscientos soldados de infantería, arqueros árabes y siríacos, setenta de caballería y doscientos lanceros, dispuestos para llevar a Pablo a Cesarea al favor de la noche.

Era una extraña cabalgata en la noche estrellada, a través de las húmedas sombras de desfiladeros y gargantas, por la región rocosa de Judea, de color rojizo, iluminada por la luna. Por la mañana bajaron del terreno pedregoso a la fértil llanura de Sarón, donde los segadores iban a los campos de siega y los labradores en las eras aventaban el trigo. Todavía hoy se ve la antigua calzada romana con sus enormes sillares, obra maestra de la arquitectura romana, por la que Pablo después de un viaje a caballo de doce horas llegó a Antipátrida⁵⁰. En la llanura ya no había motivo para temer un ataque repentino, por lo cual los cuatrocientos soldados de infantería regresaron. Al caer de la tarde, la reducida tropa entró a caballo en la fortaleza de Cesarea por los florecientes jardines y quintas.

La ciudad marítima de Cesarea, en el sitio de la antigua Torre de Estratón, fue fundada por Herodes el Grande, quien le dio el nombre en honor del César (grab. 25). Era para los romanos la base de aprovisionamiento y el punto estratégico del país, y tenía una guarnición de cinco cohortes y un ala de caballería. Esta presión militar sobre su país habían de pagarla con tributos los mismos judíos. De ahí su odio y la pregunta al Salvador: «¿Es lícito pagar tributo al emperador?» Era una magnífica residencia, notable por su grandeza y suntuosidad conforme al estilo de un incipiente tiempo de decadencia. Como en Jerusalén, también aquí el palacio real edificado por Herodes era el domicilio del gobernador. San Lucas lo llama el «pretorio de Herodes». Los presos notables eran llevados al pretorio del campamento, más exactamente, a la guardia de la comandancia del pretorio³⁴. El centurión del escuadrón de caballería entregó al gobernador Antonio Félix el informe de Lisias y le presentó su preso. Por primera vez se hallaban frente a frente dos hombres que personificaban dos mundos tan radicalmente diversos. Félix examinó, sin duda con aire de superioridad, la pobre figura de su preso, de cuyo interior vino a herirle el ardor de un mundo espiritual enteramente extraño. Leyó en voz alta en su presencia la carta de Lisias. Era un modelo de precisión romana, objetiva, breve y clara. El contenido principal era muy favorable para el acusado: se trataba sólo de un asunto religioso interno judío. Lisias es el prototipo de oficial romano prudente. Félix se informó de la patria de origen del preso. Cilicia era provincia imperial, no senatorial. Por tanto, el tribunal del gobernador imperial era competente. Manifestó su decisión en tono algo altanero: «Te daré audiencia cuando vinieren tus acusadores». También este encuentro con el magistrado del Estado romano fue para Pablo prometedor de buen suceso.

Con esto comenzó la *prisión en Cesarea*. Fueron dos monótonos años para aquel hombre de inaudita actividad. El mundo de un preso no es muy rico en variedades. Por esto nos pinta san Lucas los sucesos poco dramáticos de esta prisión con amplias pinceladas en cuatro grandes escenas. Quería también corregir los prejuicios de los judío-cristianos sobre su héroe, mostrando cuán favorablemente juzgaban sobre él los de fuera, los romanos exentos de prejuicio.

En los Hechos de los Apóstoles, los principales actores de esta tragedia salen bastante bien parados. Lucas no quiere trazar ningún cuadro interesante de las costumbres de una época de decadencia, como Tácito, Suetonio y Flavio Josefo, que no siempre la han descrito «sin odio y parcialidad». Aquí Lucas está guiado por una ética cristiana elevada. Cubre las debilidades y la vida privada de

esos personajes con el manto del amor cristiano. Para poder darnos cuenta de la magnitud de esta discreción hay que conocer el fondo histórico de las fuentes contemporáneas.

Félix (del año 52 al 60, procurador de Judea) y su hermano Palas, todavía más importante, eran griegos, libertos de Antonia, la madre del emperador Claudio. Palas era el favorito todopoderoso y primer ministro con Claudio y algunos años también con Nerón. Debido a su influencia, su hermano Félix hizo una brillante carrera. Pero el alma de esclavo siguió siempre palpitando en él. Tácito (*Hist.* 5, 9) dice que era cruel y sensual, que ejerció el derecho de rey con espíritu de esclavo. Tan pronto sofocaba el bandolerismo de los sicarios como se servía de ellos para sus venganzas personales. Así, el sumo sacerdote Jonatán cayó bajo la daga de éstos por haber reprochado a Félix sus depredaciones (FLAVIO JOSEFO, *Antigüedades*, 20, 8, 5). El gran prestigio de que gozaba su hermano, le aseguraba la impunidad de sus acciones. Suetonio le llamaba el «hombre de las tres reinas» (*Claud.* 28). Su primer matrimonio fue con una nieta de Marco Antonio y de Cleopatra. La que ahora compartía su felicidad era Drusila, la hija de diecisiete años del rey Herodes Agripa I. Félix, con la ayuda del mago judío Simón de Chipre, la había enemistado con su marido, el rey Azizo de Emesa. Éste era pues el matrimonio tan edificante ante el cual se presenta Pablo y con el cual había de tener durante dos años tan fatales relaciones [n. 5]. El hermano de Drusila, Herodes Agripa II, a quien encontraremos más tarde con su hermana Berenice, de visita en casa de Festo, fue educado en Roma, en el palacio imperial, cuando su padre murió de manera tan terrible. Como entonces todavía era menor de edad, Claudio no le dio el reino judío de su padre sino que a la muerte de su tío, casado con Berenice, le dio el pequeño territorio de éste, o sea, Calcis, en el Líbano, y luego él lo fue ensanchando, con la aprobación de Nerón, con algunos principados del norte de Palestina y del oriente del Jordán. Berenice, después de otras aventuras matrimoniales, vivió al lado de su hermano Agripa, gozando de la fama de una Lucrecia Borgia, por su belleza, sus vicios, su talento y amor al lujo y a la ostentación. Después de la ruina de Jerusalén tuvo relaciones de carácter dudoso con Tito. Pero cuando éste llegó a ser emperador, como sea que su vida escandalosa con la judía afectaba demasiado a su prestigio, se separó de ella. Entonces desapareció entre las sombras del olvido, mientras su hermana Drusila encontró la muerte en la célebre erupción del Vesubio (FLAVIO JOSEFO, *Antigüedades Judaicas* 20, 7, 2; *Guerro de los judíos* 2, 13; Suetonio, *Tito* 7; Tácito, *Hist.* 2, 2).

Así pues, estaba Pablo en el célebre *palacio de Herodes*. ¡Cuántas cosas podía contar aquel famoso edificio! Durante la noche, por

sus aposentos se oían los suspiros de la hermosa Mariamne, asesinada por Herodes. Los hijos del tirano cumplieron aquí su destino. Por estos aposentos había vagado en las noches de insomnio el viejo tirano, llamando su Mariamne, a la que aún seguía queriendo, y a la que había asesinado en un arrebatado de celos. Alrededor de estos muros se habían establecido los judíos acosando al gobernador con llantos y ruegos cuando Calígula quería profanar con su estatua el templo de Jerusalén²⁷. Aquí se desarrolló aquella primera escena del juicio verbal que nos describe san Lucas. El sumo sacerdote Ananías vino ya después de pocos días con algunos ancianos y con un abogado romano. Era éste un principiante inexperto, uno de aquellos que como preparación para su carrera tomaban a su cargo en la provincia la defensa de los indígenas. Nótese su carácter de principiante en la introducción de su discurso, al cual dio principio, según los preceptos de la escuela, con una inhábil y chabacana adulación. El sumo sacerdote debió, sin duda, de disimular su risa, cuando su abogado profirió mentiras tan del tamaño de un puño como éstas: Que Félix había dado la paz al país, que su buena previsión había remediado muchos desórdenes. Que por esto debían tributarle los judíos calurosas acciones de gracias. En realidad fue Félix uno de los más odiados gobernadores que jamás tuvieron los judíos. Esto se mostró cuando después de dos años le acusaron en Roma de su mala economía y Nerón le depuso. Asimismo fue una falta de principiante el desacierto de echar la culpa al tribuno romano delante de la autoridad romana, diciendo que con su intervención había perjudicado a la causa. La acusación constaba de indignas arterías, malas interpretaciones y ofensas. Decíase en ella: 1.º, que Pablo era un público agitador, un hombre pestilencial y amotinador de los judíos internacionales y por eso reo de alta traición; 2.º, que era el caudillo de una secta que no tenía ningún derecho legal, y por esto reo de delito de *religio illicita*; 3.º, que había intentado profanar el templo y así infringido la ley romana. A cada uno de estos tres delitos, según la ley romana, le correspondía la pena de muerte (FLAVIO JOSEFO, *Guerra de los judíos* 6, 2, 4)⁶³.

Félix tenía la suficiente experiencia para comprender al punto las intenciones de aquel sangriento y torpe abogadillo. No hizo ningún caso de él. Sabía demasiado sobre estos honorables señores y su venerable sumo sacerdote. Quiso saber lo que Pablo tenía que decir. Éste se levanta, encadenadas las manos, y al punto conquista la atención del tribunal. En el trato de los hombres, en la acomodación al tiempo y lugar es maestro consumado. Habla prudentemente y coloca en un lugar debido todo el asunto, al desplazarlo al terreno del derecho religioso. Dice que emprende con

confianza su defensa, porque el gobernador ya hace años es juez sobre «este pueblo». Tú entiendes de gentes, quiere decir. Refuta punto por punto lo dicho por su adversario, pero pone la principal energía en la demostración de que él nunca había sido infiel a la verdadera religión de sus padres, la cual culmina en la fe en el Mesías; dice que, al contrario, su punto de vista religioso, diferente del de los saduceos, la forma cristiana de su veneración a Dios, estaba del todo en el terreno de la Ley y de los Profetas, esto es, concordaba con el contenido dogmático del Antiguo Testamento. El Antiguo y Nuevo Testamento forman, según él, una unidad dogmática (Gal 3, 7; Lc 16, 16). Considerada la cosa desde el punto de vista del derecho romano, su doctrina de la resurrección, que contiene *in nuce* todo el cristianismo, se movía dentro de los límites del judaísmo protegido por el Estado, y por tanto no podía ser tratada como *religio illicita*. Al Estado romano no le importaba la diversidad de opiniones religiosas dentro de los límites de la religión judaica. Éste fue ya el punto de vista del procónsul Galión. Este discurso de defensa es la primera apología oficial del cristianismo ante el poder del Estado romano. Era éste el modo de ver de los primeros cristianos y por largo tiempo no fueron molestados por los tribunales romanos, que aprobaron esta conducta. La interior diferencia esencial entre el cristianismo y el judaísmo no era «jurídicamente notoria a los romanos de entonces» y por esto no existía para ellos. Sólo más tarde, hacia el año 55, cuando se supo por los judíos que el fundador del cristianismo había sido crucificado, «porque se había opuesto al César», se decidió la justicia romana en tiempo de Nerón (quizá bajo la influencia de la amiga de los judíos, la emperatriz Popea) a sostener la diversidad esencial entre ambas religiones. Como quiera que sea, en tiempo de Domiciano se cambió definitivamente el punto de vista jurídico de Roma. Así se llegó a las primeras persecuciones de los cristianos. Por eso san Juan en su Evangelio (19, 7-16), que escribió después del estallido de la persecución, ya no tuvo ningún motivo para callar que Jesús había sido crucificado como supuesto enemigo del César. Esto era para los cristianos de entonces un gran consuelo en su situación (cf. Pickl³⁴, p. 102).

Félix, que por haber ejercido largos años su cargo en Judea y por estar casado con una judía creyente conocía las cuestiones religiosas de los judíos mejor que el común de los funcionarios romanos, había de dar razón interiormente a Pablo y expresarlo por una sentencia absolutoria. Pero no lo hizo, en parte por temor de la venganza judía, porque también tenía un alma como la de Pilato, en parte por codicia, para sacar dinero a Pablo¹⁷. Según el derecho provincial romano (MOMMSEN, *Römische Geschichte* II), dependía

de su parecer si era necesaria todavía otra prisión preventiva o no. Decidióse por lo primero. Bajo pretexto de esperar una aclaración por parte de Lisias, puso término a la actuación con la expresión jurídica «*Amplius*», la que significaba tanto como: el caso queda aplazado. Lisias no vino, naturalmente, y los judíos tuvieron por conveniente no emprender nada más en la causa. Félix dio orden de hacer lo más llevadera posible para Pablo la prisión en la fortaleza (*custodia militaris*). En adelante podía moverse libremente sin cadenas dentro del cuartel y recibir visitas a su gusto. Pero la injusticia de una prisión sin sentencia del tribunal pesaba, con todo, gravemente sobre él.

San Lucas nos describe todavía una segunda escena del tiempo de Cesarea. Parece que el cristianismo entonces, cuando estaba rodeado aún del atractivo de lo desconocido y de la novedad, era ya un interesante asunto y materia de conversación para las clases elevadas. Sucede con frecuencia que éstas por aburrimiento o por el placer de recibir impresiones se interesan por una determinada filosofía de nuevo cuño o por una creencia religiosa de moda, como la teosofía, para satisfacer una vaga necesidad metafísica. Alrededor de los gobernadores de las provincias gustaba de juntarse una multitud de eruditos a la violeta, filósofos, gourmets de la literatura, cantores, comediantes, magos y ocultistas, conforme al gusto romano. Así parece también que Drusila, la esposa del gobernador, judía de talento y muy amante de la música y de las canciones, era quien mantenía a su alrededor toda aquella corte abigarrada. Manuscritos siríacos dan a entender que las frecuentes conversaciones del gobernador con Pablo tuvieron lugar por indicación de esta mujer (MERK, *Nov. Test.*, ed. greco-latina). Como judía evidentemente quería conocer también más de cerca a este célebre individuo de su pueblo, del cual se hacía eco el mundo oriental. Pues era hija de Herodes Agripa, el cual pensó herir a la nueva religión en las personas de Santiago y Pedro, y sobrina de aquel Herodes Antipas que mandó degollar a Juan el Bautista. Seguramente había oído que éste encerró en su castillo a un célebre profeta y tenía frecuentemente pláticas con él. ¿Sentíase dichosa en su brillante situación? Su alma de mujer ¿no anhelaba algo más profundo que los abrazos de un hombre de vida desordenada? ¿Aquel misterio que hacía tan feliz al pobre preso Pablo? El alma femenina está con frecuencia llena de presentimientos. Ella había de ir tras el misterio. Quería oírle hablar de la «fe en Jesús». Félix, vuelto de una visita a su distrito con su esposa, dispuso en el salón de fiestas del castillo una reunión en la cual Pablo debía hablar sobre el cristianismo. Se había oído hablar también, sin duda, de las «fuerzas espirituales» de que disponía Pablo, quizá también del suceso acaecido en la

corte de Sergio de Chipre. Ésta podía convertirse en una «velada divertida», ¡en una situación como la de Jesús ante Herodes!

A Pablo por cierto no le fue fácil aparecer como objeto de curioso interés ante esta sociedad decadente. Pero deseaba ganar almas; se sentía como embajador de Cristo, que debía conjurar a los hombres a que se reconciasen con Dios (2 Cor 5, 20). Conocía a esta clase social pagano-judía desde su estancia en Grecia, Éfeso y Tarso, y sabía exactamente dónde les apretaba el zapato. Por eso, después de haber hablado de las pruebas históricas de la fe, de la admirable vida de Jesús, de las apariciones de Cristo resucitado y de sus propias experiencias, dio súbitamente a su discurso un rumbo del todo inesperado, dirigiendo la atención de los oyentes a las consecuencias prácticas del cristianismo, al terreno moral: a la rectitud interior, al dominio de las pasiones y a la responsabilidad ante el juicio venidero. Aludió seguramente a los extravíos del instinto sexual en los paganos, como consecuencia del extravío del instinto religioso. Debíó de hablar muy claro y sin ambages, según nos consta por la Carta a los Romanos. Luego pintó la venida del Juez con colores apocalípticos. Félix estaba en ascuas, se sintió inseguro, mudaba de color, dirigíanse mutuamente miradas ocultas él y su amiga, la cual, con los grandes ojos de un niño curioso, veía saltar chispas de santo fuego de los ojos del profeta. No sabemos lo que pasó en el alma de la joven. Ninguna palabra desagradable pronunció Pablo contra ella. Sabía que ella era la seducida. San Pablo es siempre indulgente con las mujeres; si acusa, acusa ordinariamente a los hombres. Pero sabemos lo que sentía Félix: «temblaba de angustia». Tenía razón para temblar. La conciencia le ahogaba. Era una escena digna de Shakespeare, el gran intérprete de las almas, una escena como la de Hamlet, en la que éste hace representar por unos comediantes en presencia del rey criminal los hechos abominables por éste cometidos. Entonces se presentaron de nuevo ante sus ojos las sombras sangrientas de su vida pasada, las víctimas de sus crímenes, de sus placeres, de su rapacidad, los jefes de los sacerdotes asesinados, las mujeres seducidas. Pero Pablo conjuró, no a las diosas paganas de la venganza, las Erinnias, que sólo afligen y atormentan sin corregir, sino a la cariñosa voz de Dios, que llama a penitencia en la conciencia. Por poco no se rindió Félix a la gracia de Dios. Mas no llegó a ello. El arrepentimiento y la penitencia no son un estremecimiento delicioso, un sentimiento teatral, una excitación dramática, sino una seria y áspera realidad. Y ésta no era de su gusto. Interrumpió la sesión con algún pretexto de indisposición o de cansancio y tedio, y dijo a Pablo que le llamaría «en otro tiempo más oportuno». Pero este tiempo más oportuno no llegó. Cuantas veces se llega a un contacto

con Cristo y el mundo superior y se espera un «tiempo más oportuno», hasta que se sienta inclinación, se hace cada vez más improbable que el tiempo oportuno llegue. Cuando se rechaza la verdad, el corazón se endurece todavía más. Ningún hielo es tan duro como aquel que se derrite un poco en la superficie y de nuevo se hiela luego que el sol se ha ido ⁵⁷.

Cuando Félix salió de la sala al lado de su joven esposa, aguardábanle ya los demonios de la sensualidad y la codicia. «Félix — dijeron, halagándole —, ¡no te expongas más a ninguna penosa situación!» Félix no lo hizo más. Pero tampoco pudo negarse el goce de tener con frecuencia conversaciones privadas con el interesante preso. El gran conocimiento que éste tenía de la vida griega, de las grandes capitales y su cultura, la experiencia del hombre que había viajado mucho, le infundían respeto. Pero no profundizó más. Pues era un hombre superficial y sin ideales. ¡Pobre Félix!, el tiempo llegará pronto para ti: dentro de pocos meses serás depuesto y desaparecerás en la obscuridad y en la ignominia. Y tu joven y hermosa mujer perecerá bajo la lava del Vesubio con el hijo tuyo y de ella, el pequeño Agripa. Pero el amigo de Pablo, el hombre que allí en el rincón del patio habla con tu preso, teniendo el cuaderno de apuntes en la mano, escribirá tu triste historia, y será leída mientras el mundo subsista. Félix hacía a veces a Pablo discretas insinuaciones sobre el rescate que de él esperaba. Así, por tanto, detrás del pretendido interés religioso acechaba aún en este caso la codicia específicamente pagana.

Mas los años que Pablo pasó en Cesarea no transcurrieron en la inacción. Al contrario, fueron en extremo fructuosos para la Iglesia. Un hombre como Pablo, que tenía tan alto concepto del valor del tiempo (Eph 5, 16), sabe sacar algo de cualquier situación. Sus amigos le habían seguido desde Jerusalén y estaban constantemente en torno suyo. Por el descanso forzado mejoró el estado de su salud. También su vida estaba en seguridad. Además, por la larga prisión los corazones de muchos judío-cristianos fueron disponiéndose algo más blandamente para con él. En sus cartas posteriores ya sólo vemos pocas huellas de la antigua lucha. Por la favorable situación de Cesarea podía Pablo seguir teniendo comunicación con sus comunidades de las ciudades marítimas del Mediterráneo. La correspondencia de este tiempo no ha dejado ningún sedimento en cartas inspiradas, pero en compensación el fruto principal de esta prisión pudo ser la preparación y origen de uno de los más hermosos libros del mundo: *el Evangelio según San Lucas*. Pablo conoció por cierto que su predicación oral, que había estado interrumpida por largo tiempo, había de ser substituida por una escrita. A la verdad, en sus sermones se apoyaba siempre en los grandes acontecimientos

de la vida de Jesús, pero según sus dotes espirituales cavaba con preferencia en la profunda mina de divinos pensamientos que se le habían revelado en Cristo. Era una naturaleza profético-mística; Lucas, por el contrario, tenía una abundante vena histórica. Así se completaban los dos hombres de la manera más ventajosa para la salud de la cristiandad. Mateo ya había redactado su Evangelio en lengua aramea para los judío-cristianos, Marcos había ya, sin duda, terminado su relación sobre la vida de Jesús según la predicación oral de Pedro. Así, pues, Lucas estaba en la agradable situación de poder entrelazar en su Evangelio estas dos «relaciones» y muchas escritas por otros, de ver además documentos y colecciones de sentencias todavía existentes y consultar a muchos «testigos oculares de la vida de Jesús y ministros de la palabra», que aún vivían (Lc 1, 1-4). Aquí pudo extender sus investigaciones hasta los «primeros principios», hasta la historia de la niñez del Señor y admitir en los tres primeros capítulos de su libro los más antiguos escritos. Aquí pudo haber conocido a aquel recién convertido oficial o funcionario romano cuyo nombre de pila era Teófilo, a quien dedicó sus dos libros y que podía darle los medios para sus extensos viajes, en los cuales fue en busca de todas las fuentes asequibles, casi a la manera de un historiador moderno. Cuántas excursiones pudo, sin duda, hacer desde Cesarea al interior de la Tierra Santa: a Jerusalén para ver a Santiago, a Belén y Nazaret para hablar con los parientes y contemporáneos de Jesús, pero sobre todo para conversar con María, la madre de Jesús, la cual, si aún vivía, era ahora una mujer muy anciana, de ochenta años. ¡Quién le hubiera podido contar la prodigiosa historia de la natividad del Señor tan bien como la fiel memoria de una madre amorosa! Con la frase «María conservaba todas estas cosas dentro de sí, ponderándolas en su corazón» (2, 19), Lucas designa a la madre de Jesús como portadora de la primitiva tradición y fuente del evangelio de su infancia. En 2, 35: «y una espada traspasará tu propia alma», nos pinta el cuadro de la *Mater dolorosa*, y en el Magnificat (1, 46), así como en las sencillas palabras de alabanza de la mujer (11, 27) nos introduce en el origen del culto tributado a María ³³.

Una pregunta nos atormenta al llegar a este punto. ¿Por qué Pablo no dedicó ninguna palabra de cálido elogio a María, la madre del Señor? Puesto que no puede satisfacer nuestros sentimientos aquella breve indicación dogmática contenida en la Carta a los Gálatas (4, 4): «Dios envió a su Hijo, formado de una mujer». ¿Dónde está el puente que enlaza a Pablo con María? Lo hallamos aquí, en Cesarea. El puente de unión es Lucas, evangelista paulino y evangelista de la infancia de Jesús. Maestro y discípulo se complementan: Lucas el historiador y Pablo el dogmático. Ya que

más todavía que el influjo de los hermanos de Judea es visible el del Apóstol de las Gentes en el Evangelio de san Lucas: los mismos puntos de vista, las mismas ideas y frecuentemente también las mismas maneras de expresión en el lenguaje, sobre todo en la relación de la institución de la Eucaristía, que tiene «muy estrecho contacto con la de Pablo»⁵⁰, de suerte que ya los más antiguos escritores eclesiásticos vieron en el tercer Evangelio el Evangelio de san Pablo. El segundo puente es la encarnación y su fondo real lo constituye, a su vez, el nacimiento virginal de Jesús del seno de María [n. 40].

Y todavía una segunda obra parece deber su impulso y preparación a esta prisión: los *Hechos de los Apóstoles*. El «evangelista» Felipe, los cristianos de Cesarea y Joppe dieron abundante material para la más antigua historia de la joven Iglesia. La elaboración reclamó ciertamente todavía varios años. Algunas cosas que primero parecieron importantes al autor, más tarde hubieron de omitirse por haberse cambiado el estado de los tiempos. También otro historiador de aquel tiempo moraba entonces en Cesarea, el judío Flavio Josefo, que hizo allí compañía a algunos sacerdotes presos. A él debemos las más extensas noticias sobre aquellos días. ¿Se conocieron los dos varones?

Pablo estaba ya ahora en el segundo año de su prisión de Cesarea, y en su situación probablemente nada se hubiese cambiado todavía, por mucho tiempo, si los acontecimientos no hubiesen abierto camino por medio de un suceso sangriento. Cesarea era una ciudad donde gentiles y judíos poseían iguales derechos civiles y en donde se originaban con frecuencia sangrientas luchas de partido. En una grande pelea quedaron vencidos los griegos. Entonces intervino Félix y mandó a los judíos despejar la calle. Como se negasen a hacerlo, la cohorte se adelantó al ataque, hizo una matanza y redujo a cenizas muchas casas judías. El grito irritado de los judíos llegó hasta Roma, donde tenían grande influencia. Los favorecedores de Félix habían muerto y su hermano Palas caído en desgracia. Félix fue depuesto de su cargo. Uno de sus últimos actos de gobierno fue volver a sujetar a san Pablo con cadenas y dejarlo a su sucesor en prisión preventiva, para aplacar algo a los judíos. El año de este cambio de gobernador, el año 60, es una de las fechas más ciertas que tenemos de la vida del Apóstol.

El nuevo gobernador, *Porcio Festo*, que había llegado a principios del otoño del año 60, descendía de una antigua familia de senadores de Túsculo, cerca de Roma. Era de la antigua nobleza romana y un funcionario procedente de la buena escuela antigua. Se alababan en él la firmeza, la rectitud, y la fidelidad al deber. Después de tres días de descanso subió a Jerusalén para ponerse en contacto con las autoridades judías, tener un día de audiencia y decidir los pleitos atrasados. Allí se agruparon al punto a su alrededor los príncipes de los sacerdotes, bajo la dirección del nuevo sumo sacerdote Ismael ben Phabi, nombrado por Herodes Agripa II. La suprema dignidad religiosa del país se había hecho venal y entre las diversas familias de príncipes de los sacerdotes sumos se había establecido sencillamente el derecho del más fuerte. En una tradición talmúdica se lee: «¡Ay de mí a causa de la casa de Ismael ben Phabi!; ¡ay de mí a causa de la fuerza de su puño! Todos son príncipes de los sacerdotes, sus hijos son guardianes del tesoro, sus yernos guardianes del templo y sus servidores golpean al pueblo con palos». Dos años de interrupción no habían adormecido el odio contra Pablo. Los sacerdotes y magistrados estaban ahora más llenos de esperanza, pues el nuevo gobernador no conocía las cuestiones judías. Estaba en la situación de un nuevo funcionario inglés en la India, que hubiera de decidir entre dos contendientes sectas de hindúes. Deseaban obtener de él como regalo de su toma de posesión la conducción del Apóstol ante el tribunal religioso de Jerusalén. Pensaban quitar de en medio a Pablo asesinándole en el camino. Pero Festo no era tan inexperto como creían. Había ya comprendido el caso de Pablo. No — decidió —. Pablo se queda donde está. La justicia romana no permite hacer un regalo con la vida de un preso. ¡Traed vuestro caso ante mi tribunal de Cesarea! Así, pues, el Apóstol hubo de sufrir de nuevo todo aquel ignominioso procedimiento judicial, que no ofrecía buen éxito.

La nueva vista de la causa, celebrada al cabo de diez días, constituye la tercera escena del diario de san Lucas. Fue para Festo un espectáculo nuevo, desacostumbrado, desagradable, este primer encuentro con el fanático judaísmo, con esta vociferante multitud, que rodeaba al preso a puño cerrado, lo ultrajaba de la manera más soez y pedía su sangre. Dos cosas vio Festo al punto claramente: Tratábase de la religión judía, ininteligible a un romano, de su templo y de su ley. Festo conoció que la vista del litigio pertenecía en primera línea a un tribunal religioso. Pero no podía transferir a Pablo sin su asentimiento de un tribunal imperial a un tribunal judío.

Un ciudadano romano podía siempre y en todas partes reclamar el derecho de ser enjuiciado sólo por un tribunal imperial. Hizo pues a Pablo la propuesta de mudar de fuero. Con esta propuesta inesperada Pablo estaba puesto ante una difícil cuestión. Festo tenía razón; el caso de su litigio era esencialmente de naturaleza religiosa, pero también tenía un aspecto político por causa de la política romana respecto de las religiones, que sólo permitía religiones reconocidas oficialmente. Era por tanto un caso mixto. Ahora bien, el Apóstol fue siempre del parecer que las cuestiones espirituales han de resolverse con medios espirituales. Si rehusaba ir a Jerusalén, ¿no se ponía en contradicción consigo mismo? ¿O querría también él mezclar la religión y la política? Como se ve, la decisión no era fácil. Para un hombre que tanto se regía por principios, que todo lo decidía por altísimas ponderaciones, que por nada tenía consideración a su vida, las solas razones de conveniencia no eran decisivas. Pero Pablo había renunciado por principio a la jurisdicción judía en cosas religiosas. En el sanedrín no podía ya ver la competente autoridad para su litigio, que era una altísima cuestión de conciencia, como tampoco Jesús pudo considerar el sanedrín como el tribunal dado por Dios para decidir sobre la verdad de su doctrina. La parte religiosa de la cuestión pertenecía para Pablo a una autoridad superior, la divina, y aquí estaba ya resuelta.

Por tanto tratábase para Pablo sólo ya de la cuestión sobre si había violado el derecho del Estado romano. Si el tribunal imperial fuese de esta opinión, no rehusaría morir; entonces moriría por su fe, y no como víctima de un asesinato jurídico. Pero como el gobernador consideró como no resuelta la cuestión religiosa y no pudo resolverse a dar sentencia, Pablo hubo de negar su competencia, y esto lo hizo con su célebre frase: «*Caesarem appello*». ¡Dos palabras mágicas! Significaban el altísimo privilegio del ciudadano romano, de ser juzgado, dondequiera que estuviese, por el tribunal imperial de Roma. Este tribunal supremo gozaba de la mayor confianza. «Luego que un ciudadano romano pronunciaba esta frase mágica, al punto todos los tribunales del mundo quedaban sin vigor»⁵⁰. El derecho romano desde Augusto admitía también una apelación durante el procedimiento pendiente, no sólo, como entre nosotros, después de dada la sentencia. Esta apelación impedía igualmente la condenación como también la absolución del acusado. Con esto Pablo había desplazado a sus adversarios de su posición. Festo respiró con alivio. Aquí había una salida de una causa obscura. Después de breve deliberación con el tribunal anunció el resultado en la forma judicial acostumbrada: «Has interpuesto apelación al César; irás al César». El caso de san Pablo vino a ser el preludio de muchos procesos semejantes. No hay incidente más

desagradable que cuando chocan entre sí dos derechos y esferas de intereses: el espiritual y el temporal. Esto lleva la combinación de religión y política, de lo cual ofrecen un triste ejemplo los procesos de la Inquisición durante la edad media.

Sólo restaba todavía conducir a Pablo a Roma bajo custodia militar. Pero Festo estaba perplejo. Había de dar al preso una carta sobre el estado jurídico de la causa, para que la llevase consigo a Roma. De esta perplejidad le sacó la llegada de *Herodes Agripa II*, rey del norte de Palestina, el cual pocos días después vino con su hermana Berenice, para hacer una visita de cortesía al nuevo gobernador [n. 5]. Agripa era muy apreciado en Roma y había contribuido para que se confiriese a Festo el puesto de gobernador. Él era apropiado como ningún otro para servir a Festo con su consejo en la complicada causa. Era judío de nacimiento, pero romano por su formación y educación. En sus monedas se daba los nombres de «*Philocaesar, Philoromaiois*» (amigo del César, amigo de Roma). Con miras políticas, había realizado estudios sobre la religión judía, y era considerado muy competente en esta materia. Era el representante del judaísmo culto, elegante, refinado y liberal de entonces. Tenía también el derecho de nombrar el sumo pontífice y el lucrativo derecho de superintendencia sobre el tesoro del templo. Llevaba consigo a todas partes a su célebre hermana Berenice, que había huido de su esposo, el magnate Polemón de Cilicia. Desde entonces vivían juntos ambos hermanos como rey y reina, de modo que corrían diversos rumores. Ahora estaban en Cesarea, donde pocos meses antes todavía su hermana Drusila había sido señora del castillo y donde dieciséis años antes su padre había sido asesinado con muerte horrorosa por castigo de Dios. Es la única dinastía de la historia universal, cuyos miembros principales tuvieron todos fatalmente estrecha conexión con Jesús: su bisabuelo, el que hizo degollar a las inocentes criaturas de Belén; su tío, hermano de su abuelo, que hizo decapitar al Bautista, y se mofó de Jesús; su padre, que hizo matar a Santiago y persiguió a Pedro. Desde que el fundador de la dinastía hubo perseguido al Niño de Belén, toda la descendencia fue envuelta en una culpa trágica. Se verificó en ella la palabra de Jesús: «Quien cayere sobre esta piedra, se estrellará; pero aquel sobre quien ella cayere, quedará hecho añicos» (Lc 20, 18; Mt 21, 44). Por tanto Agripa tenía ya motivo para dedicarse algo a estudios de religión. Festo dio noticia a sus huéspedes del célebre preso. Cuando Agripa oyó los nombres de Jesús y Pablo, despertóse al punto su interés: «Yo quisiera oír a este hombre», dijo, como en otro tiempo Antipas, que deseó ver a Jesús. Festo se alegró de poder dar este gusto a su huésped, como en otro tiempo Pilato a Herodes. «Bien, mañana le oírás.» Así se llevó a efecto

una de las interesantes escenas de la historia de la religión. Ésta es la cuarta escena de la vida de prisión que trae el diario de san Lucas.

Se da a entender a Pablo que mañana se presente en esta asamblea. Él conoce a Agripa y toda su historia, y está resuelto a aprovechar la ocasión para la victoria del Evangelio. Su discurso forma en los Hechos de los Apóstoles el apogeo de sus apologías. No es una de las actuaciones judiciales, sino una fiesta de sociedad a honra del rey en la gran sala de mármol, la basílica del palacio del gobernador. Hállanse presentes todas las autoridades militares y civiles, y también el consejo jurídico del gobernador. Festo aparece con su brillante toga blanca, y el joven rey con el manto de púrpura recamado de oro y plata. Berenice resplandece en medio de las damas en toda su belleza. El gobernador cede cortésmente al rey la presidencia de honor. Junto a las paredes laterales se agrupan los numerosos huéspedes y el séquito. Pablo, con su capa raída, es conducido a la sala sujeto ligeramente a un soldado que le acompaña. El Apóstol, pálido, vestido pobremente, ante esta sociedad cortesana que luce crujientes sedas y perlas centelleantes: ¡dos mundos diametralmente diversos están enfrente uno de otro! ¡El Evangelio en el banquillo de los acusados! Pablo lo sabe: así seguirá siendo siempre, hasta que venga el celestial *Kyrios* para aniquilar el reino de Satanás, el príncipe de este mundo. Festo abre la sesión con un discurso preliminar sobre el fin de la reunión, que es dar al señor de Roma un dictamen objetivo sobre el caso. Agripa se vuelve afablemente a Pablo: «Se te da licencia para hablar en tu defensa».

El preso se levantó. Fue blanco de miles de miradas como una cosa notable e inaudita. Se tuvo la impresión de pasar una gran hora. El experto orador público tomó la antigua postura de orador con el gesto romano que conocemos por las imágenes: toga movida, brazo derecho levantado con los tres dedos extendidos. Cuando Pablo levantó el brazo, rechinó de una manera bronca la cadena, mientras los brazaletes de oro de las damas retiñían ligeramente. El hombre que había hablado en el Areópago y llevaba en sí el santo espíritu, no conoció ninguna congoja. El códice Beza dice: «Entonces comenzó con buen ánimo, como uno que había experimentado fortaleza en el Espíritu Santo». Con la noble prestancia del hombre libre se dirige al rey como a su igual. Conoce las tristes relaciones de esta casa con su Maestro. Mas no se deja influir por este sentimiento. Permanece objetivo como siempre. Nos hemos de completar el breve boceto de los Hechos de los Apóstoles por el espíritu del orador. San Pablo despliega ante Agripa, alegando a los profetas, la herencia y el bien común espiritual del pueblo de las doce tribus, el gran contenido de las legítimas esperanzas israelíticas

de miles de años y hace notar su cumplimiento en Cristo. Cuando se pronuncia la palabra resurrección, parece que el rey movió la cabeza con aire de duda. Pertenece al partido liberal. Entonces dijo Pablo: «Pues qué, ¿juzgáis acaso increíble que Dios resucite a los muertos?» (Act 26, 8). La resurrección de Jesús no es para el verdadero israelita un impedimento de la fe, sino su más profundo fundamento y su más hermoso triunfo. No soy ningún crédulo fanático. También yo fui un día aborrecedor de Cristo, y por mucho tiempo hice desesperada resistencia al Crucificado y Resucitado. Pablo se ve obligado a hablar del tiempo más penoso de su vida. La herida oculta se abre de nuevo. Para él personalmente la experiencia de Damasco es decisiva, pero objetiva, y realmente «la concordancia entre el Antiguo y el Nuevo Testamento es el más profundo fundamento de su fe»¹⁷. Lo que le da seguridad y fuerza, es su arraigo en el Antiguo Testamento, la divinidad de la palabra profética de la Sagrada Escritura. La cruz no está sin historia en el mundo, el cristianismo forma una unidad con la revelación del Antiguo Testamento. Su conversión al cristianismo no es por tanto una deserción de la genuina Ley y de los Profetas. Ya en el Evangelio aparece Cristo transfigurado entre Moisés y Elías, que dan testimonio de Él.

Ante un conocedor del judaísmo como Agripa, podía Pablo presentar profundas pruebas sacadas de la Sagrada Escritura. Festo, por su parte, quedó pasmado con estas explicaciones. Se sentía trasladado a un mundo enteramente extraño. Parecióle como si estuviese en una casa de locos. Así parece al hombre natural la embriaguez de Dios. Pero a Pablo le arrastró a esta apasionada declaración: «Ayudado del auxilio de Dios, he perseverado hasta el día de hoy, testificando la verdad a grandes y a pequeños, no predicando otra cosa más que lo que Moisés y los profetas predicaron que había de suceder: que Cristo había de padecer, que sería el primer resucitado de entre los muertos y había de mostrar la luz a este pueblo y a los gentiles» (Act 26, 22-23). Tales palabras eran algo inaudito para la antigüedad pagana. En ella no se daba importancia al contenido de la verdad en la religión — se podía pertenecer al mismo tiempo a varias religiones, como hoy todavía en el Extremo Oriente (India, China, Japón) —, sino tan sólo a su utilidad práctica para el natural deseo de felicidad del individuo (deleite místico contemplativo, consuelo del más allá), o bien para el Estado (culto al emperador). El cristianismo es la única religión que plantea la cuestión sobre la verdad. De aquí la pregunta de asombro e ignorancia que hizo Pilatos a Jesús: ¿Qué es la verdad? Así también Festo consideraba al Apóstol como un fanático de la verdad. Tal es el verdadero sentido que se ocultaba tras su exclamación: «Pablo, tú

estás loco: las muchas letras te han trastornado el juicio». No toma a mal la frase del gentil. Con exquisita cortesía dice amistosamente: No, noble Festo, no estoy loco, sino que hablo palabras de verdad y de cordura. El rey conoce los hechos. La vida admirable de Jesús no ha transcurrido en un rincón oculto de la tierra. Y ahora con atrevida franqueza apostrofa al rey y le pone el caso de conciencia: «Rey Agripa, ¿crees en los profetas?» Un judío no debía contradecir a los profetas. Agripa pugnaba por dar una respuesta, pero Pablo se la saca del alma: «Yo sé que crees en ellos». El que cree en los profetas, ha de creer también en Cristo. Mas, ¡cuán difícil es al hombre sacar la consecuencia práctica de su convicción intelectual, cuando ésta le exige un sacrificio! ¡Cuán largo es el camino de la cabeza al corazón! Agripa no sabe lo que le pasa. Algo misterioso le ha tocado, ha vibrado una cuerda que nadie todavía había pulsado, suena una campana sumergida. No se siente bien, pero a fuer de diestro hombre de mundo sabe hábilmente escapar de aquella situación embarazosa con una salida que en parte es irónica y en parte tiene una mezcla de admiración por el orador. La inclinación a la ironía la llevaban en la sangre los herodianos. «Pablo — dice —, poco falta para que me persuadas a hacerme cristiano», lo que equivale a: ¿Piensas hacer de mí un cristiano en tan breve tiempo, en un abrir y cerrar de ojos? La situación muestra que no es el grito de un alma casi persuadida, sino chanza de un espíritu soberbio, a quien importa evadir la penosa consecuencia de la fe. La asamblea debió de reír la agudeza del rey. Pero Pablo no está para chistes en semejante situación. Todos vuelven a quedar silenciosos, cuando Pablo recoge aquellas frívolas palabras y las convierte en conmovedora seriedad: «Pluguiera a Dios, como deseo, que no solamente faltara poco, sino que no faltara nada para que tú y todos cuantos me oyen llegaseis a ser hoy tales cual soy yo, salvo estas cadenas» (Act 26, 29). Fue un momento conmovedor, como si un ángel de Dios flotara por el espacio. Los romanos se sonrieron al oír este deseo; nunca habían gustado la dicha interior que llenaba a Pablo. El rey desvió la impresión sonriendo también, aunque con cierta violencia, y se levantó con Berenice, en señal de que se levantaba la sesión.

El discurso fue un gran triunfo para Pablo y decidió sobre su porvenir. Agripa expresó a Festo su opinión acerca del preso con estas palabras: «Se podría poner en libertad a este hombre, si no hubiese apelado al emperador». El gobernador dio conforme a esto el dictamen para Roma, el cual contribuyó mucho seguramente a la absolución ante Nerón.

San Lucas es el pintor consumado de situaciones psíquicas bajo el influjo de la gracia. Se oye entre sus proposiciones el toque de

la gracia, la palpación de los corazones. De nuevo había pasado desaprovechada una gran hora de gracia. Dos mundos estaban enfrente uno de otro: el mundo de lo sobrenatural y el mundo de lo natural, los dos hombres, las dos leyes, que san Pablo describe en el capítulo 7 de la Carta a los Romanos. ¿Cómo reaccionan los representantes del poder mundano, cómo responden al llamamiento de Dios? El predecesor de Festo tendía a una religiosidad morbosa. La religión era para él un problema interesante, sólo quería tener sensaciones agradables. Festo, por el contrario, es el recio hombre de este mundo. La religión para él es una creencia vacía. El otro mundo está para él cerrado como para el ciego el mundo de los colores, como para el que no es músico una misa de Mozart. Lo que va más allá de lo palpable y concreto carece para él de precisión y claridad. El discurrir sobre esto es tiempo perdido. Prudente política, manejo del derecho romano y de sus claros párrafos, esto es de utilidad. Los padecimientos y la cruz hay que evitarlos de todo en todo, son algo para esclavos; la resurrección de los muertos, una cosa muy problemática. Este «apego a la tierra» es uno de los mayores impedimentos de la cura de almas¹⁷. Semejantes corazones son como una maciza caja de dinero sin llave para abrirla. Sólo puede abrirse con el soplete de gravísimos sucesos. Diferente es la conducta de Agripa. Es el tipo del hombre culto de gran sensibilidad intelectual. Hace estudios de religión, y puede «sentir» la vida religiosa, sin ser él mismo religioso. Personalmente está frío y es escéptico respecto a la religión. Ver el ideal, mirarlo cariñosamente, todavía no es suficiente para hacer mejores a los hombres. Sólo el esfuerzo por llegarse al ideal conduce a la transformación interior. El interés religioso, el reflexionar sobre lo religioso no es todavía religión, pero puede conducir a la religión. Sólo cuando todo el hombre interior forma un diapasón espiritual, se llega a aquel convencimiento interior de la verdad de la nueva vida, sin la cual no hay conversión. Pues el cristianismo no es una mera filosofía, sino nueva vida, renacimiento. Pero para eso le falta a Agripa una experiencia que le conmueva. Para esto el ambiente de una reunión de fiesta no es el lugar apropiado. Está demasiado contento de su conducta liberal e ilustrada, fáltale aquella interior inquietud del alma que sólo puede satisfacerse con una entrega total al fin conocido. Así desaparece el último Herodes y el último de su estirpe en la obscuridad de la historia. Toda la estirpe de los asesinos de los profetas se hundió igualmente, con la catástrofe del Estado judío: con mucho ruido pero sin gloria: *Periit memoria eorum cum sonitu* (Ps 9, 7).

El capítulo 27 de los Hechos de los Apóstoles contiene aquella célebre parte del diario de san Lucas que se llama «el capítulo náutico» y que ha examinado a fondo un perito alemán de la escuela náutica de Brema, el Dr. BREUSING, en su libro *La náutica de los antiguos*. Llámalo «el más precioso documento náutico que nos ha conservado la antigüedad, el cual sólo puede haber sido compuesto por un testigo ocular». El héroe de la marina inglesa, Nelson, lo leyó en su capitana la mañana de la batalla naval de Trafalgar. Hijo de un clérigo inglés, estaba familiarizado desde joven con la Sagrada Escritura, y hallaba en ella, como otros atrevidos héroes, consuelo y fortaleza. La Sagrada Escritura es útil para todo. Es un libro extraordinariamente práctico para todas las situaciones de la vida. Es también un libro heroico: un libro de héroes y para héroes y para la formación de héroes.

El otoño del año 60 había comenzado, y pasado el tiempo de los equinoccios. No se podía diferir ya por más tiempo el transporte de presos a Roma, para no tener que invernar en el camino. Fue encargado de él el centurión romano Julio de la «cohorte augusta» (Prima Augusta Italica), esto es, de la tropa imperial de policía. El comisariado de la policía imperial era una obra maestra de las dotes de organización de los romanos. Además de tener a su cargo la custodia de la casa imperial, tenía otras tareas importantes. Al mismo tiempo era policía secreta del Estado, correo y tropas de policía imperial para el transporte de prisioneros. Los soldados de esta policía se llamaban *frumentarii*, y como sea que en ella había muchos extranjeros, también se les daba el nombre de *peregrini*. Julio eligió un buque mercante que iba a Adrumeto en Misia, Asia Menor. Allí esperaba alcanzar una nave que fuese a Italia.

Era en una mañana de septiembre, cuando los cascos y las puntas de las lanzas de los soldados romanos se hicieron visibles en la rada de Cesarea, los cuales llevaban en medio de ellos una multitud de presos, en parte prisioneros políticos, en parte delincuentes de Palestina, destinados a las luchas con las fieras en el Circo Máximo. Estos últimos pertenecían a otra clase de hombres que aquel que como ciudadano romano, ligeramente sujeto a un soldado que le acompaña, puede moverse libremente y se distingue de la masa como hombre de posición: ¡san Pablo! Julio es afable, casi respetuoso, cuando habla con él. Es uno de aquellos oficiales romanos del tipo del centurión de Cafarnaúm y del centurión Cornelio de Cesarea. Ha podido conocer a Pablo durante su prisión y probablemente hizo servicio de guardia cuando el Apóstol habló ante la

ilustre asamblea en el salón real. Los amigos y discípulos del Apóstol se habían juntado todos para la despedida, pero sólo tres pudieron acompañarle a Roma: Timoteo, Lucas y Aristarco, que sin duda están implicados en la palabra «nosotros» en la relación de los Hechos de los Apóstoles. Éste fue un gran favor, que se debió al centurión. Sólo presos eminentes de posición y crédito podían algunas veces llevar consigo esclavos para que les sirviesen. Lo menos eran dos para un *civis Romanus*.

Cuando la nave se separó del continente asiático y Pablo se hallaba pensativo a bordo de ella, y veía desaparecer en la lejanía el país de sus padres, quizá volvieron a pasar ante sus ojos los años de sus viajes apostólicos desde que emprendió con Bernabé su odisea cristiana. El cristianismo ciertamente aun sin él se hubiera extendido por el Mediterráneo; pues Dios no necesita de ningún hombre determinado. Pero si se sirve de un hombre, éste da en adelante su sello a la obra divina. Hoy día apenas nos formamos una idea de qué fuerza, osadía, claridad y tenacidad se necesitaba para no turbarse donde todos los otros empezaban a vacilar y se dejaban intimidar por los poderes del tiempo pasado. Pero esta energía perseverante había obtenido un completo triunfo, porque sólo el hombre de fuerte voluntad y libre de compromisos está en alianza con el tiempo futuro. Cuando Pablo salió del Oriente, podía mirar atrás con santo gozo: Todos los países del rededor estaban sembrados de fervorosas comunidades cristianas, que estaban unidas entre sí en alianza permanente. Sólo Jerusalén se mantenía aún obstinada en lo pasado, pero con esto se había enflaquecido y privado de toda posibilidad de acción hacia fuera. ¿Qué significa frente a su obra la resistencia de un puñado de judaizantes?

Pablo sabía bien lo que le amenazaba. Conocía por experiencia los trabajos de una tan larga navegación, y esta vez entre cadenas, aunque tratado más suavemente que los otros presos. El ver cómo éstos eran tratados por la soldadesca romana, cuán mal acomodados y alimentados estaban, y juntamente el ser él mismo tratado con preferencia, esto era un continuado padecimiento para un hombre de tan finos sentimientos como Pablo. El que a éstos, los más pobres de los pobres, les pudiese hacer también mucho bien, material y espiritual, aliviando sus penas y compadeciéndose de ellos interiormente, esto era su mayor consuelo. ¡Cuántos pudieron hallar allí el camino para ir a Cristo! Esto no está directamente expresado en los Hechos de los Apóstoles, pero sí entre líneas para el que conoce el corazón del Apóstol manifestado en sus cartas. Por este amor era el ídolo de los que estaban presos con él. El amor cristiano les parecía como una «luz en un lugar oscuro». Una bella imagen: ¡san Pablo el padre espiritual de la nave, san Lucas el

médico de la nave! Esto era una dicha en todos los padecimientos.

Para entender mejor lo que sigue, se ha de saber algo acerca de la *navegación de los antiguos* y la conducta del hombre antiguo respecto del mar. La náutica era todavía muy imperfecta, había muy pocos instrumentos. La brújula no estaba aún descubierta, y se veían obligados a observar la posición del sol y de las estrellas. No se debe despreciar a los capitanes de los antiguos como a «capitanes de verano». Esto sería un menosprecio de su audacia. Las grandes travesías estaban ciertamente suspendidas durante el invierno, porque era imposible la observación de las estrellas por causa del nublado. En el otoño el Mediterráneo oriental es agitado frecuentemente por furiosas tempestades del oeste y en las anchas y bastas naves de carga era entonces imposible un viaje hacia el oeste. El hombre antiguo temía y odiaba al mar. Era para él el caos, del cual había emergido el mundo luminoso, el orden y la belleza de la tierra. Neptuno, el dios del mar, era un dios lleno de perfidia y sed de venganza, cuyos caprichos incomprensibles debían ser satisfechos con sacrificios continuos. A esto se añadía la idea supersticiosa de que un muerto no halla descanso sin un sepulcro en la «tierra bien asentada». Ningún pueblo estaba tan aferrado al concepto caótico del mar como el pueblo judío a causa del relato bíblico de la creación. En los Salmos, en el libro de Job, en los Profetas, las olas del mar son símbolo de trastorno y confusión. El paso del mar Rojo a pie enjuto simboliza la salvación, y en el cuadro ideal del futuro, tal como lo pinta el Apocalipsis, nos dice san Juan: «Y vi un nuevo cielo y una nueva tierra. Porque el primer cielo y la primera tierra desaparecieron, y ya no había mar» (Apoc 21, 1)³².

Pablo estuvo todavía mucho tiempo mirando pensativo hacia atrás a los montes de Judea iluminados en la lejanía por el crepúsculo, detrás de los cuales estaba Jerusalén, que encerraba para él un mundo de santos y dolorosos recuerdos, y al palacio de Herodes de lucientes mármoles, donde había pasado tantos días y noches en admirables conversaciones con sus amigos. Cesarea debía ya pronto ser la metrópoli de la Iglesia palestina en lugar de Jerusalén y del cristianismo judío, que se hundía en una estrechez espiritual, y el asiento de una célebre escuela cristiana de teólogos, en la cual laboraron el gran venerador de Pablo, Orígenes, y el sucesor del primer historiador eclesiástico Lucas, el obispo Eusebio. Así, pues, el espíritu de los dos grandes hombres flotó por mucho tiempo sobre la ciudad. Hoy no queda nada del palacio ni del castillo de los cruzados sino el acantilado sobre el cual estaba, algunos restos de muro en ruinas y bloques de granito en el mar, rodeados por los gritos de las gaviotas, el fragor de las olas y los aullidos de

los chacales durante las noches. Pero a sus pies luce siempre igual la flor del Cantar de los Cantares, «la rosa de Sarón» que nos recuerda lo único que permanece constante en las mutaciones del destino: «La palabra de Dios permanece para siempre».

Por causa de la lucha permanente contra los vientos del oeste la nave no pudo seguir su curso y con la ayuda de las corrientes marinas y los vientos de la costa logró con mucho trabajo, pasando junto a Chipre, llegar hasta *Mira*, en la punta sudoeste del Asia Menor. Para esto necesitaron quince días⁶³. Mira era un gran puerto para el comercio de trigo egipcio. Estas naves que llevaban trigo, eran muchas veces de una capacidad de hasta dos mil toneladas y más. Julio concluyó allí con el patrón de una nave un convenio para que éste se encargase de su transporte de presos. Como capitán de policía imperial obtuvo también con esto el mando de la nave. Había a bordo 276 personas. La nave, muy cargada, luchaba con dificultad contra el viento noroeste. Después de tres semanas desde la partida de Cesarea sólo habían llegado a la altura de Cnido. Ahora comenzó la parte más difícil. Querían doblar el proceloso cabo de Matapán, la punta sur del Peloponeso, para llegar al mar Jónico. Pero fueron rechazados, y suerte tuvieron con que lograsen la dirección occidental yendo hacia el sur, rodeando a Creta y para salir al mar Jónico. Esta isla tiene una longitud de más de doscientos kilómetros y ofrece protección contra las tempestades que vienen del Archipiélago. Llegaron, pues, hasta el puerto Kaloí Limenes (= puertos hermosos), junto a Lasea. Era una ancha bahía con dos islas situadas delante de la embocadura, una de las cuales conserva aún hoy una pequeña capilla de san Pablo. Decidieron esperar allí a que el tiempo fuera más favorable.

Había pasado ya el tiempo del gran ayuno, la fiesta de la Expiación (Yom Kippur) que aquel año fue en 28 de octubre⁶³. El centurión tuvo una consulta con el patrón de la nave, con el capitán y el timonel, a la cual fue invitado también Pablo. Este desaconsejó la continuación del viaje y propuso invernar allí; pero tropezó con la resistencia del patrón de la nave, que temía la pérdida de su cargamento, pues no había allí graneros ni almacenes. Se hizo la proposición contraria de que se debía tocar en el puerto Fénix, bien abrigado, situado más hacia el oeste, y allí invernar. Según el juicio de un eminente conocedor de la náutica esta resolución fue «muy propiamente un salto en la obscuridad, una locura». Pablo fue vencido por la mayoría de votos, mas nunca llegaron al puerto Fénix (hoy Port Lutro). Un viento traidor del sur sacó la nave de la bahía. Pero apenas doblaron el cabo de Matala dirigiéndose al norte, cuando observaron con espanto cómo el sagrado monte de los dioses, el Ida, se ponía su peligrosa blanca toca de nubes y

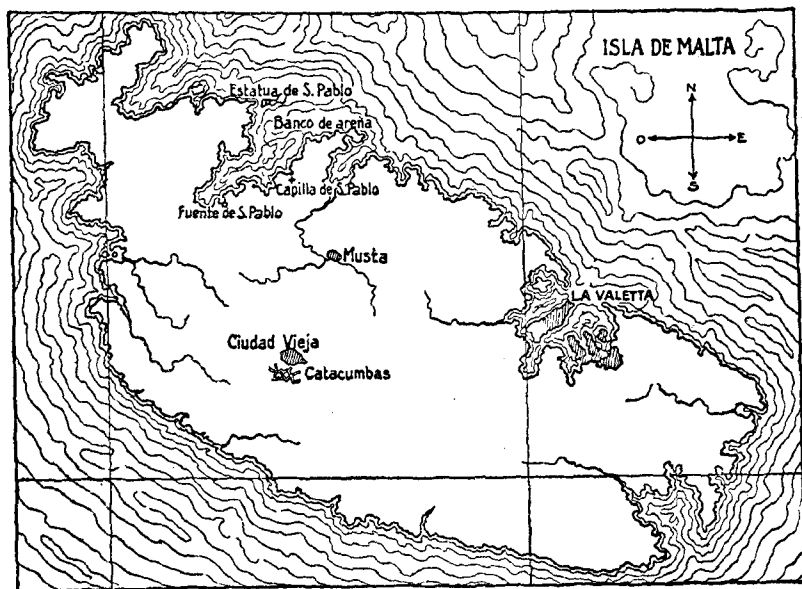
una terrible borrasca, un viento nordeste semejante a un tifón, se precipitaba sobre la nave. «¡El eurakylón! ¡el eurakylón», gritaron todos despavoridos. Una espumosa ola que se elevó hasta el cielo, azotó la costa roqueña, rebotó después y echó la nave fuera, como un juguete, al furioso mar. Amainaron entonces las velas y soltaron el timón. Alejada algunas millas de la costa estaba la pequeña isla de Cauda, bajo cuya protección se pudo a lo menos levantar el bote de salvamento, arrastrado antes por la nave. Ésta ya estaba sobre un monte de agua, ya rodaba a la profundidad. Como sólo la parte media de la nave era apoyada por el agua en la cima de las olas, mientras la parte anterior y posterior estaban suspendidas en el aire, la nave amenazaba partirse bajo su propia carga. Por eso liarón alrededor de la nave una gruesa maroma para impedir que se rompiese⁵⁰. Esto se llamó el «cinturón» de la nave. Se pasó una noche con mucho temor.

Ahora amenazaba un nuevo peligro. Como ya no sabían orientarse, temían encallar en los grandes bancos de arena de la costa del norte de África. Los marineros echaron por la popa cuatro áncoras con el fin de retardar la marcha. El patrón sacrificó una parte del cargamento y todos los pertrechos superfluos de la nave, las pértigas, las vergas, las jarcias y demás aparejo necesario para la navegación, los molinos de mano, para aligerar la nave. Pero vino lo peor: días de negra desesperación, en los que los mismos expertos marineros abandonaron toda esperanza. La obscuridad es el más terrible enemigo del hombre. Durante varios días no se pudo ver el sol ni las estrellas. Cualquiera orientación era imposible. San Lucas escribe en su diario: «Había desaparecido toda esperanza de salvación». A cada hora podía la nave romperse en un escollo, en un banco de arena. Todos los tripulantes estaban en la bodega, pálidos como la muerte. A causa de las olas que pasaban sobre la cubierta, todas las escotillas estaban cerradas; en la bodega se fue formando un aire que apenas se podía respirar⁵⁰. Desde hacía días nadie había ya comido nada. Lucas, el médico del navío, tuvo mucho que hacer. Pero Pablo estaba en oración. Como Abraham, luchaba con Dios por la vida de 276 hombres. Cinco justos, y aun uno solo, como san Pablo o el Cura de Ars, ¡qué poder significan ante Dios! Si la situación era para desesperar, su Cristo o su ángel estaba con él: «No temas, Pablo, tú has de comparecer ante César, y he aquí que Dios te ha concedido la vida de todos los que navegan contigo» (Act 27, 24). Luego vio en sueños una isla que emergía del mar, la cual nunca había visto, y una nave hecha pedazos en el peñasco. «A esta isla — dijo la voz — habéis de ser arrojados.» La imagen desapareció, y Pablo se despertó. La tormenta seguía furiosa. En otro se hubiera podido considerar esta visión como

producto de la fantasía calenturienta de un hambriento o desesperado. Pero Pablo estaba seguro de su causa, veía siempre ante sí su estrella: ¡Roma! Corrió por sus venas una nueva fuerza vital. En medio de la espantosa miseria anda acá y allá e infunde a todos ánimo. Sólo cuando el peligro llega a lo sumo, comunica el mensaje a la gente: «¡Tened buen ánimo!», les dice, y les cuenta su visión nocturna. César en análoga situación peligrosa había dicho al piloto: «Pon valerosamente rumbo contra las olas; llevas a César y la suerte de César» (PLUTARCO, *César* 38)⁶³. Los grandes hombres se parecen en los grandes momentos. También los gentiles sabían de hombres divinos que trataban con su dios. Los hombres que más han hecho por la salvación del mundo, conocieron el secreto de la unión con Dios en la oración. No podían pasar sin la oración. Pablo tampoco podía; el mismo Señor antes de cualquier lucha iba al santo monte de la oración.

La noche decimocuarta fueron ya arrojados a aquella parte del mar entre Grecia y Sicilia, que los antiguos llamaban «Adria». Repentinamente resonó hacia medianoche un grito: «¡Tierra! ¡La tierra está cercana!» El oído ejercitado de un marino ha notado en medio de los bramidos de la tormenta el ruido atronador de un enorme rompiente. Echan la sonda y hallan una profundidad de 20 brazas (37 metros) y poco después de 15 brazas (27,5 metros). Para reducir la marcha de la nave y hacer que no se haga pedazos en un escollo, dejan caer por la popa cuatro áncoras al fondo³². Lucas nunca olvidó la última tensión de ánimo de esta noche. Bajo su presión cedieron los nervios de los tripulantes. No debemos pensar en una tripulación moderna. Eran sólo marineros mercenarios, procedentes de todas las naciones, a quienes nada les importaba el navío y su cargamento y la vida de los viajeros, muchas veces esclavos fugitivos. En la obscuridad de la noche, oye Pablo un sospechoso cuchicheo y ruido. Un grupo de marineros se ocupaba en procurarse un bote de salvamento, para salvarse y abandonar a los pasajeros a su suerte. El mismo peligro hace héroes, y hace también cobardes. Pablo corre presuroso al centurión y le entera de los manejos traidores de aquella gente: «Si éstos no permanecen en el navío vosotros no podéis salvaros», dice. Julio mandó a los soldados que cortasen las amarras del bote. Así se aseguró la necesaria unidad de las fuerzas, imprescindible para la salvación de los diversos individuos. Pablo es el hombre de la comunidad, aborrece toda suerte de egoísmo y codicia. Es el primer navío en que la solidaridad cristiana produjo la salvación, imagen y símbolo de otro navío. También la Iglesia era para él una gran comunidad de destino. Nadie debe abandonar el barco. El que se separa de la comunidad es un traidor. Ésta fue la tercera acción salvadora del Apóstol.

Los navegantes estaban debilitados por haber velado y ayunado largo tiempo. Pero el día siguiente requería nervios tranquilos y hombres fuertes. Ahora fue Pablo de nuevo el salvador en la necesidad, el único que conservó la cabeza clara. Fue por las filas dirigiendo a todos palabras consoladoras y confortantes. Su crédito había aumentado en gran manera por su intervención del día anterior. «En situación desesperada no vale ya precisamente la categoría y dignidad, sino sólo el hombre mismo, y Pablo era el hombre más grande que se hallaba a bordo»⁵⁰. Prometió a todos la salvación, caso que cada uno cumpliera con su deber, y además se con-



Isla de Malta

fortase y tomase alimento. Conocía el poder del ejemplo. Se hizo traer pan, dio solemnemente gracias a Dios por él en presencia de todos, partiólo y empezó a comer. Todos siguieron su ejemplo. Por primera vez una sonrisa llena de esperanza volvió a brillar en todos los semblantes. Al amanecer vieron a través de la lluvia gris una ensenada cerrada por acantiladas rocas con una playa arenosa. Aquí quisieron hacer entrar la nave. No sabían que la prolongación del promontorio del norte de la ensenada había sido separada de la isla por la actividad de las grandes mareas y formaba una isleta de por sí, unido con el cuerpo de la grande isla por un estrecho canal, y

que el flujo forzado a pasar por este estrecho había echado en medio de la ensenada ocultos bancos de arena. Para descargar lo más posible la nave arrojaron al mar el resto del trigo. Soltáronse las amarras, izóse la vela delantera y se enderezó el curso a la ensenada. Entonces súbitamente una terrible sacudida conmueve a todo el cuerpo de la nave, de modo que los navegantes caen revueltos y se produce un siniestro crujido y estallido en todas las juntas. La nave se hundió por la proa profundamente en la arena. Por el rebote y la violencia de las olas se quebró la popa, el lado de la parte posterior del buque. El agua entró formando un remolino. La nave estaba perdida. Los viajeros se habían apiñado angustiosamente en la proa⁵⁰.

No quedó más remedio que salvar la vida nadando. Y ahora, cuando la salvación estaba tan cercana, amenazaba el último y peor peligro a la vida de Pablo y de los presos.

Da testimonio de la rigurosa disciplina de la tropa imperial el que aun en este peligro un oficial de policía, acordándose de la terrible obligación de no dejar escapar a ninguno de los presos, se presentase saludando ante el centurión y le preguntase si debían dar muerte a los presos. Había algunos bandidos entre ellos, que el centurión hubiera sacrificado sin reparo. Pero el pensamiento en Pablo salvó la vida a sus compañeros de prisión. Todo el rigor de la ley romana se hace aquí visible, como lo describió san Pablo en su Carta a los Romanos: «*sine affectione* — sin amor —», pero también el incipiente influjo del cristianismo. Los soldados habían desenvainado ya sus espadas. El centurión observó que Pablo estaba turbado. ¡Una breve lucha de dos obligaciones! Se puede bien suponer que Pablo salió fiador, con su propia vida, de la vida de los demás presos. Entonces venció en el centurión Julio la compasión humana a la obligación de soldado. Un rayo del cristianismo le ha herido. Manda desatar las cadenas a los presos y da esta orden: «¡Sálvese cada cual como pueda!» La fantasía se resiste a describir la escena de cómo 276 hombres, agotados por el hambre, frío y humedad, muchos de ellos con armadura completa, hacen los últimos esfuerzos para salvarse en medio de una mar borrascosa y furioso oleaje, y los unos nadando, los otros agarrándose a tablas y maderos del navío, y otros a su vez sobre las espaldas de marinos prestos a socorrer, heridos y con los vestidos destrozados, llegaron a la orilla después de una hora de penosa lucha. Mas a nosotros nos interesa en primer término aquel hombre y sus compañeros que, perseguidos de su propio pueblo por todos los mares, tomaron sobre sí tal cúmulo de padecimientos para no ser infieles a su Maestro. Más pobre que nunca estuvo Pablo. ¿Habrá salvado sus pocos haberes, sobre todo lo que tenía más en el co-

razón, su Biblia? Hemos de representarnos las cosas muy concretamente para poder comprender toda su gravedad.

Por fortuna, los habitantes de la isla, que acudieron de todas partes, se mostraron sumamente compasivos, trajeron pan y fruta y bebidas que daban calor. De los viajeros, cuyo idioma era el griego, ninguno entendía una palabra de las que pronunciaban los isleños. Sólo Pablo y algunos marinos fenicios percibieron sonidos conocidos en lo que hablaban los púnicos indígenas. Sólo ahora supieron que estaban en *Malta*. La actual Bahía de San Pablo, que era la que habían divisado primero, corresponde exactamente a la relación de los Hechos de los Apóstoles, los cuales hablan de un lugar «donde se juntan dos mares» (27, 41). Sólo estando en suelo firme se descubre el estrecho canal que separa de Malta la pequeña isla segregada, y hace la impresión como si se viese a la otra parte un segundo mar⁵⁰. Si san Lucas habla de «bárbaros», sólo quiere significar con esto, como escritor griego, que no hablaban en griego o en latín.

Se encendió fuego. Todos los hombres, también Pablo, ayudaron a recoger ramas secas. Calentada por el ardor del fuego saltó una víbora del ramaje y se agarró a la mano del Apóstol. Por eso los supersticiosos habitantes le tuvieron por un asesino, a quien la diosa de la venganza perseguía hasta por tierra, después que se había escapado de ella en el mar. Pablo arrojó tranquilamente la víbora al fuego. Esperaban que el brazo se hincharía y Pablo caería muerto. Pero como nada de esto sucedió, la sospecha de los sencillos isleños se cambió en supersticiosa veneración. Ahora lo tuvieron por un dios. Quizás en esta ingenua superstición de la gente se le ofreció a Pablo un natural punto de contacto para una predicación acerca de que los que creen en Cristo pondrán el pie sobre las serpientes sin recibir daño alguno (Mc 16, 18). Los piadosos malteses creen todavía hoy que por la oración de san Pablo han desaparecido las serpientes venenosas de su isla, a semejanza de los irlandeses, que atribuyen a san Patricio el mismo beneficio.

Malta era una parte de la provincia de Sicilia. El supremo funcionario romano, Publio, se mostró muy dispuesto a socorrer a los naufragos y los albergó por tres días en su posesión campestre, hasta que hallaron un adecuado cuartel de invierno. Debió de haberse establecido cierta relación de confianza entre él y Pablo, puesto que condujo a éste al lecho de su padre enfermo. En semejante ambiente humanamente caluroso de la casa y de toda la isla pudo Pablo manifestar sus fuerzas carismáticas en amplia extensión. Es poco probable que no hiciese alguna tentativa para fundar aquí una comunidad de cristianos. Del silencio de los Hechos de los Apóstoles no se puede sacar nada, ni en pro ni en contra, sobre si la admira-

ción, que es el principio de la sabiduría, preparó el camino a estos hombres primitivos para Cristo. Como Malta era un importante punto de conjunción de comunicaciones y albergaba también a paisanos judíos así como a prosélitos, la probabilidad habla más bien en favor de esto. Todavía hoy los malteses celebran el 10 de febrero la «Fiesta del Naufragio» de su apóstol y patrón⁵⁰.

Así se mostró de nuevo lo que significa para los otros un solo hombre que está unido con Dios. A la manera de un Moisés orante está Pablo como mediador entre Dios y los hombres. Pablo es en todas las vicisitudes dueño de la situación. Domina la vida, ora hable en una excitada asamblea popular ante hombres que gritan, ora esté en medio de las furiosas olas del mar. Ciertamente existe también un heroísmo sin religión, pero lleva en sí cierta dureza. El valor cristiano, por el contrario, tiene el atractivo de la tranquilidad interior y de la paz, e infunde calor a otros. Se alimenta de fuentes superiores. Es el resultado de un número enorme de precedentes y no vistos vencimientos de sí mismo y pequeñísimas victorias, y fluye como río majestuoso, que se compone de millones de pequeñísimas gotas.

54. *Ecce Roma!*

Act 28, 11 - 16.

A la segunda parte de los Hechos de los Apóstoles se la podría llamar Odissea apostólica, y a Pablo, el Ulises cristiano. Desde hacía más de diez años Pablo había dirigido la vista a Roma, estudiando la manera de ir a ella. Sucesos adversos habían frustrado varias veces su intento. Finalmente, cuando creía acercarse al término de sus anhelos, fuerzas neptúnicas le arrojaron a un arrecife. «Príncipes, potestades, dominadores de las tinieblas» (Eph 6, 12), enemigos de Dios, procuraban cerrarle el paso. Pero por encima de todo una mano poderosa le dirige y le conduce al término. Pablo seguía un profundo instinto, cuando procuraba con todas sus fuerzas ir a Roma. El que quería realizar grandes planes para lo venidero, para miles de años, había de intentarlo en la metrópoli. San Pablo fue «el hombre que ha tenido el mayor influjo en la historia del mundo», como dice un gran historiador, y el día en que entró en Roma fue uno de los más decisivos del género humano. De él parte la tradición, atestiguada por Ireneo, de que la iglesia de Roma era una fundación común de ambos apóstoles, Pedro y Pablo.

El benigno invierno maltés había pasado. A fines de febrero del año 61, el centurión Julio y sus presos subieron, en el puerto de La Valetta, a bordo de un navío alejandrino cargado de trigo, que asimismo se había visto obligado a invernar en Malta. Como señal de

buen augurio para la travesía, la nave ostentaba en su popa la divisa de los «Dioscuros», Cástor y Pólux, divinidades protectoras de la navegación en la antigüedad, y cuyas estrellas respectivas, en la constelación de los Gemelos, hacían en aquellos tiempos las veces de brújula. El primer puerto en que tocaron fue *Siracusa*. Los siracusanos conservan desde entonces la memoria de la permanencia por tres días y de la predicación del Apóstol en las catacumbas de dicha ciudad, no lejos de las célebres canteras o *latomías*, donde encontró tan triste fin la famosa expedición de Alcibíades, ya que en ellas perecieron de hambre los griegos que habían caído prisioneros. Majestuosa e imponente, saludaba desde la altura la nevada testa del Etna. Luego pasaron por el estrecho de Mesina. Pablo contemplaba pensativo todas aquellas maravillas de la naturaleza. Estaba lejos de su ánimo el deleitarse excesivamente en la naturaleza. Veía siempre detrás de las cosas. Veía el mundo ya marcado por el ángel del Apocalipsis para la pronta ruina. Dos días más tarde pasaron junto al palacio marmóreo que Tiberio tenía en Capri y entraron en el *golfo de Putéoli* (Pazuoli), al norte de Nápoles, rodeado de magníficas villas y quintas de verano de la gente rica de Roma (grab. 26): allí en el fondo, al pie del Vesubio, estaban Pompeya y Herculano con las moradas de los ricos comerciantes; aquí Bayas, donde Plinio el Viejo, tío del célebre escritor, perdió la vida en la erupción del volcán siendo comandante de la flota de guerra, y junto al lago Lucrino, la villa imperial donde la madre del emperador Nerón, Agripina, había fraguado sus infamias y había sido estrangulada en el lecho por orden de Nerón⁵⁰; al otro lado las encantadoras islas de Prócida, Isquia, Nisida hasta el promontorio Miseno, donde fue ahogado Tiberio, de quien parecía huir la muerte. Dormitaba todavía el Vesubio, no ostentando ningún penacho de humo como hoy, sino que estaba sembrado de jardines y casas, a los cuales concedió aún veinte años de vida. Aquí (grab. 26), en el golfo de Putéoli, las naves que venían de Egipto llevando trigo desembarcaban su cargamento. SÉNECA refiere (*Cartas a Lucilio* 77, 1)⁵² que todos los habitantes de Putéoli corrían al puerto cuando se anunciaba la llegada de buques procedentes de Alejandría, cargados de trigo. Sólo estos buques podían entrar en el puerto con la bandera enarbolada. La nave en que iba Pablo era la primera que llegaba este año, y fue saludada con gritos de alegría por la curiosa multitud. Llevaba pan para Italia, y esta vez en un sentido más profundo: «el pan de la vida para el mundo», mediante el gran apóstol de Jesucristo. En estas costas hizo Virgilio desembarcar a su héroe Eneas, que con la rama de oro en la mano descendió al infierno, cuya entrada se suponía estaba allí. Hoy llegaba allá el enviado de aquel niño maravilloso que el poeta había anunciado en

su Égloga IV como el que habría de traer el comienzo de una nueva época para la humanidad:

Magnus ab integro saeculorum nascitur ordo.
Iam redit et Virgo, redeunt Saturnia regna;
Iam nova progenies caelo dimittitur alto*.

Una leyenda medieval nos presenta a san Pablo llorando ante la tumba de Virgilio, por no haber tenido ocasión de conocer en vida al poeta:

Si yo te hubiera conocido en la vida,
¡cuánto te habría reverenciado,
a ti, que eres el ornato de todos los poetas! 24

No hacía todavía cincuenta años que había entrado en aquel puerto la suntuosa nave, a bordo de la cual venía el agonizante emperador Augusto. La multitud se hallaba apiñada esperando la llegada, y con flores e incienso aclamaba como un dios al emperador, que estaba pálido como la muerte. El emperador, que todavía seguía ejerciendo su principado sabia y moderadamente como primer ciudadano del Imperio, recibió aquel homenaje con una sonrisa cansada. Con él descendía a la tumba la antigua Roma. Y he aquí que ahora desembarcaba en las costas itálicas el heraldo del rey más grande de todos, pero venía encadenado, y nadie hacía caso de él. Un mundo que se acaba, hace mucho ruido, se derrumba estruendosamente. Para un mundo futuro de nuevas y fundamentales ideas sólo pocos tienen oídos. Nadie advierte siquiera la presencia del apóstol, de aquel hombre bajito y vivaracho de Tarso, autor de la sublime Carta a los Romanos.

Todavía de otra manera se anunciaba la gran capital, la «Bestia» descrita en el Apocalipsis. La gritería de los obreros del puerto, portadores de sacos, medidores de trigo, comerciantes de esclavos, el martilleo de los astilleros, almacenes y cobertizos eran superados por los rugidos de los leones, panteras y tigres que venían en las naves africanas, destinados a los próximos espectáculos de cacerías de fieras en los circos de Putéoli y de Roma. Pablo veía la expresión de desesperación en los rostros de sus compañeros de prisión, para los cuales esto era sólo el cruel preludio de su suerte en la arena. En otras naves se descargan bloques de mármol, obeliscos, columnas de una sola pieza, pórfido de Egipto, *giallo antico* de Numidia, estatuas de Delfos para el edificio gigantesco de la «Casa Aurea», de Nerón. Y sin embargo, cuando Pablo puso por primera vez sus pies en el suelo de Italia, debió de tener la sensación de la grandeza de

* Ya comienza de nuevo la gran serie de siglos, / ya la Virgen regresa y torna ya el reinado de Saturno, / ya desciende una nueva generación de la celeste altura.

aquel momento. A pesar de todo, flotaba algo misterioso sobre este país, en este aire ausónico, sobre estas gentes seguras de sí mismas; la misteriosa aura de la Dueña del Mundo, parecía decirles: *Haec est Italia Diis sacra* (Ésta es la Italia consagrada a los dioses).

Putéoli estaba llena de orientales y judíos. Los tirios habían traído las imágenes de sus dioses⁵⁶, sobre todo su «diosa siria» (Atargatis) a la que Nerón adoraba (Suetonio). «El Orontes de Siria ha echado aquí todos los despojos humanos del mar en esta costa, sobre el camino del romano Tíber», dice Juvenal. El grano de mostaza del Evangelio ya había aquí echado raíces. En Pompeya eran a la sazón los cristianos objeto de los chismes de la ciudad. Una inscripción en una pared de Pompeya nos demuestra lo pronto que el nombre de cristiano llegó a aquellas tierras. Ciertamente que la inscripción quedó borrada posteriormente, pero tres testigos, independientes unos de otros, aseguran que en ella habían leído la palabra «CHRISTIAN». Fue, por lo tanto, bastante tiempo antes de que Pompeya quedara sepultada bajo la lava y las cenizas del Vesubio (24 de agosto del 79 d. de J. C.) [n. 41].

El centurión Julio consintió de buen grado en que el apóstol Pablo aceptara una invitación de los hermanos cristianos y permaneciera una semana entre ellos. Entretanto éstos pudieron enterarse por un propio a los hermanos de Roma de la llegada del Apóstol, y así la última etapa de su viaje se asemejó a una verdadera carrera triunfal.

De Putéoli a Roma había seis o siete jornadas (208 km). Como por un oasis que tenía gran abundancia de vino y aceite, se viajó el primer día por la feliz tierra de la Campania hacia Capua. Allí se tomó la *Vía Apia*, la reina de las calzadas romanas (grabado 27), que venía de Brundisium (Brindis). Aquí Pablo pudo ver el triste estado social del Imperio. A ambos lados de la carretera apenas se veía otra cosa que grandes haciendas cultivadas por esclavos, de grandes propietarios romanos, los cuales tenían hasta mil y más esclavos. Los esclavos agricultores eran siempre vigilados en el trabajo y por la noche atados con cadenas. Eran los más inseguros trabajadores y más peligrosos desertores. Los hijos de labradores de Italia habían ayudado a conquistar el mundo, pero otros cosecharon los frutos. Ahora ya no había una clase social de labradores. Ésta era la obra del gran capital. Los viñadores hacían la primera vendimia en los viñedos. Los montes estaban todavía poblados de bosques. La higuera hacía mucho tiempo que había venido de Oriente. También el olivo era un regalo de los griegos. En *Formia* hicieron alto. Aquí se hallaban el sepulcro y la casa de campo de Cicerón, su *Formianum*, donde fue asesinado el célebre orador y político. Era uno de los puntos más elevados de la carretera, con encantador pa-

norama del golfo de Gaeta. Cerca de Terracina, de nuevo oyó Pablo la melodía del bramido del mar, con el que estaba tan familiarizado. Pronto las Lagunas Pontinas acogieron a nuestros viajeros. Augusto había hecho cavar aquí al lado de la carretera un canal recto hasta *Forum Appii*, que todavía hoy existe. Las barcas eran tiradas por mulos que andaban al lado del canal. En *Forum Appii*, estación de posta con posadas para caravanas, se alojaron en un albergue para pasar la noche.

Los escritores antiguos no cuentan cosas agradables de los albergues de la antigüedad (Véase STEPLINGER⁵⁴). Se cuidaba mal de la comodidad de los viajeros. Los albergues sólo ofrecían casa con techo para defenderse de las inclemencias del tiempo y cama vacía. Los viajeros habían de llevarse consigo sus utensilios de cocina y todo lo perteneciente a la cama. Los posaderos tenían muy mala fama. Eran conocidos por sus fraudes y por el favor que prestaban al juego de dados. Horacio llama a los hospederos de *Forum Appii*, «bribones». En los albergues las sabandijas y el canto de las ranas quitaban el sueño a los viajeros. A las hospederas se las tildaba de brujas y hechiceras. Procuraban atraer a los huéspedes por medio de mozas ligeras, prostituían a sus esclavas, adulteraban el vino y estafaban a los forasteros. Nerón había conocido a su joven amante y primera esposa, la desdichada Actea, en una taberna. La hostería hormigueaba de palafreneros y muleros. El humo de la cocina escocía en los ojos, los huéspedes cantaban canciones licenciosas; los colchones de las camas, hechos de matas y juncos, estaban llenos de bichos. «No era extraño que del techo cayeran lagartijas o arañas. Se contó de algunos casos en que se sirvió a los huéspedes carne humana de algún asesinado, en lugar de carne de cerdo.» Así, por tanto, la permanencia en semejante albergue no fue en modo alguno una delicia para Pablo y sus compañeros. Pero el Apóstol, como escribe a los filipenses, «todo lo había probado y estaba ya hecho a todo» (Phil 4, 12).

Por otra parte, aquí experimentó Pablo la primera gozosa sorpresa: la *comunidad romana* le envió su primer saludo. Los agradecidos lectores de la Carta a los Romanos, a la noticia de la aproximación del Apóstol, le mandaron por adelantado dos embajadas. La primera le halló junto a la 43.^a piedra miliaria. Era el primer saludo de la Roma cristiana a su Apóstol. ¡Cuánto bien hizo esta atención a su corazón! A los ojos del encanecido Pablo acudieron lágrimas de gozo al corresponder al saludo y al beso de los hermanos. Algunos le eran conocidos de vista, otros de oídas. Si queremos saber sus nombres, veamos la lista de saludos que hay al fin de la Carta a los Romanos. Quizás estaban también entre ellos Áquila y Priscila, quienes le abrazaron afectuosamente. Cuando

además, san Marcos supone en su Evangelio (15, 21), cerca del año 50, como personajes conocidos entre los romanos a los dos hijos de Simón Cireneo, Alejandro y Rufo, y san Pablo en su Carta a los Romanos hace saludar a ellos y a su madre, que fue también para él una madre, podemos sin duda sospechar que también éstos se hallaban entre los enviados. ¡Cuán bello es pensar que al Apóstol que va envejeciendo, no le ha de faltar en sus días penosos de Roma una amiga maternal, que cuide con ternura femenina de las necesidades de su vida! Ahora entendemos por qué san Lucas observa conmovido: «A la vista de ellos, Pablo prorrumpió en una acción de gracias a Dios y cobró nuevo ánimo». Prueba de que en el último tiempo tuvo muy penosas horas de abatimiento. En la siguiente estación de posta *Tres Tabernae* (Tres Albergues), le esperaba un segundo grupo, quizás uno más oficial, formado por los superiores de la comunidad romana, para saludar a Pablo en nombre de la Iglesia [n. 42]. El centurión Julio y toda la caravana debieron de quedar muy maravillados, cuando vieron esta solemne escena de salutación. Su alto aprecio del célebre preso crecía cada vez más. Y este amor les parecía un nuevo milagro. En las cercanías (junto a la piedra miliaria número 42), se encontraba la casa de Séneca, donde el noble estadista tuvo que abrirse las venas por orden de Nerón.

En la altura de Velitrae (Velletri), cuna de la dinastía imperial de Julio César, pisaron el clásico suelo del monte Albano. En Aricia (según las Actas apócrifas de los Apóstoles) pasaron la última noche de descanso. Aquí fue donde el Apóstol pisó el sagrado suelo del Lacio. *Latium!*, un nombre que no se puede pronunciar sin que se conmueva profundamente el alma. De este mezquino suelo brotó el genio latino de Roma, que en unión con el genio ático de Atenas y del genio cristiano, creó la cultura de occidente sobre el territorio céltico-germánico. Galilea, Ática, Lacio, tres países casi de la misma extensión han proporcionado a la humanidad todo lo más elevado: la luz del Oriente, la lengua y el espíritu de la Hélade, y el espíritu organizador y la estructura jurídica de Roma. Y ahora se encontraba ante la frontera del Lacio el hombre que traía la preciosa semilla del pensamiento cristiano, que debía encauzar y enlazar estas tres fuerzas tan distintas una de otra, pero previstas por la Providencia. «Tendimus in Latium!» (¡Nos atrae el Lacio!) ¿Quién no habrá sentido ya esta expresión favorita del cardenal Newman? Pero en lo más íntimo del alma, únicamente lo puede sentir el hombre católico.

Más abajo estaba situada la ciudad de Alba Longa, la madre de Roma, según la leyenda. En lo alto del monte Albano (Monte Cavo) se erguía el templo del dios de la alianza, Júpiter Latialis, hacia el

cual se dirigían en triunfo los generales coronados por la victoria. Todavía hoy se pueden ver las piedras pentagonales de basalto sobre las cuales pasó Pablo. En Aricia estaba todavía el templo de Diana, cuya imagen primitiva, según la tradición, Orestes e Ifigenia trajeron desde Táurida. De nuevo esta diosa, al igual que en Éfeso, venía a interponerse en el camino de Pablo. En su templo ardía una llama día y noche, hermoso símbolo del ansia religiosa natural del alma cristiana. La imagen de la diosa no le trajo a Calígula, azotado por las furias, la paz que había traído a Orestes. Abajo, en medio del lago de Nemi se hallaba solitario y abandonado el suntuoso navío imperial, en el cual había buscado refugio el receloso soberano en los días de obscuridad espiritual para protegerse contra el mundo de los demonios. Con atenta mirada recorrió Pablo, que tan profundamente había penetrado en el alma pagana, todo este conjunto de extravíos del alma que anda errante, alejada de Cristo.

A la mañana siguiente comenzó la última etapa del viaje. La *campiña romana*, con su austeridad melancólica, estaba ante su vista, teatro y cementerio de los destinos de muchos pueblos como no lo ha sido quizá ningún otro lugar del mundo. Pero ¿qué era lo que abajo en la lejanía crepuscular se divisaba hacia el norte? Los cristianos romanos señalaron con regocijo la ciudad gigantesca que se extendía a sus pies: *Ecce Roma!*

¡Cuán diferente era esta Roma de los primeros Césares de la de hoy! Allí donde ahora la cúpula de San Pedro saluda al viajero, se extendía el óvalo del circo neroniano con su obelisco egipcio. Roma era entonces — prescindiendo de la magnificencia del Foro y del Palatino — una ciudad fea, sucia y hedionda con casas altas de muchos pisos. Pero desde lejos, con su principal tono amarillo-oscuro, encuadrada por las finas líneas de los montes Albanos y Sabinos, producía un efecto majestuoso y artístico. El templo Capitolino y el palacio de Nerón, con su brillantez de mármoles blancos, sobresalían de la masa uniforme, como hoy el niveo monte del monumento nacional en la Plaza de Venecia. Los célebres acueductos, gloria de la ciudad, el Aqua Appia, Claudia, Marcia, hoy todavía ornato de la solitaria campiña, se arrastraban como ciempiés por el paisaje, acercándose más y más una a otra. La Vía Apia adquiría cada vez más el carácter de una *via triumphalis*, que preparaba a los viajeros para la grandeza de Roma. Al mismo tiempo era la vía sepulcral más monumental del mundo. El culto a los muertos era entre los antiguos lo que había de mantener el pensamiento religioso. Pero en él se reflejaban también la vanidad y la ambición de los nobles linajes de los Escipiones, de los Metelos, de los Valerios, etc., como en el sepulcro de Cecilia Metela. Lugares

quietos y retirados para el descanso de los muertos no los había. Los muertos no querían estar solos, anhelaban la compañía de los vivos⁵⁴. Los antiguos nada sabían de un descanso en Dios, de una comunión de los santos. Lo que los unía con los vivos era sólo la solitud por las cosas frívolas. Al pasar, leyó Pablo en un monumento funerario: «T. Lolio Másculo descansa aquí, junto al camino, para que los transeúntes digan: ¡Lolio, se te saluda!» (grab. 27)²¹.

Donde hoy se encuentra la basílica de San Sebastián, la Vía Apia pasaba por la hondonada junto a las catacumbas, las que más tarde fueron las catacumbas de San Calixto y las catacumbas judías. Los judíos que vivían allí debieron de contemplar a su compatriota con una mezcla de curiosidad y compasión. «Hannibal ante portas!» habían exclamado un día los romanos, llenos de pavor. «Paulus ante portas!» hubiesen podido hoy exclamar con mayor motivo, cuando el soldado de Cristo se presentó ante la puerta Capena. Parece que más tarde se dieron cuenta de que era peligroso, puesto que fue decapitado fuera de la ciudad para que por lo menos después de muerto permaneciera *extra muros*.

«Cuando llegamos a Roma, el centurión entregó los prisioneros al estratopedarca (= jefe del campamento)», escribe Lucas en su diario. No se sabe con certeza si el centurión Julio hizo la entrega de sus presos en el campamento de los pretorianos situado en el monte Celio, en el llamado *Castra Peregrinorum*, o en el cuartel general de los pretorianos, en la Vía Nomentana. Este cuartel de la policía imperial, un enorme cuadrilátero, vino a ser después un lugar fortificado de trágica celebridad, la «fábrica de emperadores» del Imperio romano. Jefe de la policía imperial, «prefecto de los pretorianos», era desde hacía diez años el noble Burro, un hábil general, prudente estadista, sumamente querido por el pueblo, el hombre más poderoso después del emperador. Él y Séneca, estos dos nobles estoicos, eran los educadores del joven Nerón, y hasta entonces habían podido refrenar sus malas inclinaciones. Burro era también primer juez pesquisidor en causas penales imperiales. A este hombre fue presentado y entregado Pablo por el centurión Julio. El elogio, esto es, la carta oficial de Festo, y la relación oral del centurión Julio sobre su preso fueron tan favorables, que Burro dio orden de tratar a Pablo con grandísima humanidad como a un preso ilustre imperial. Durante los diez primeros días el Apóstol hubo de permanecer custodiado en casa de la guardia hasta la institución del proceso, en la cual se averiguaba el derecho de apelación al emperador. Concedióse la gracia de la *custodia libera*, la especie de prisión más benigna. Podía alquilar, bajo la custodia y vigilancia permanente de la policía, una habitación particular de su gusto, sin duda en las cercanías del campamento⁵⁰. La Iglesia romana

habrían tenido por una honra sufragar los gastos del inquilinato y de la manutención de su Apóstol.

Así pues estaba ahora Pablo en Roma. Pablo sabía lo que significaban estas cuatro letras para él y para la cristiandad. El hombre que llevaba en el corazón un mundo de amor había llegado a aquella ciudad, que en los días de Nerón, como dice Gregorovius, suspiraba por una gota de humanidad y un sople de amor.

55. En la cuna de la iglesia romana

Act 28, 17 - 29.

«La monarquía universal de Roma — dice Gregorovius — parecerá siempre el más profundo misterio de la vida del mundo, al lado del origen y el dominio del cristianismo. Y esta religión, nacida en la Jerusalén de cerrado nacionalismo, pero cosmopolita por principios, hizo su entrada en la capital del mundo como en su morada preparada a ella por la historia, para hacer brotar de las ruinas de la monarquía política la figura gigantesca de la Iglesia, la monarquía moral.» El portador de esta idea universal, san Pedro, había habitado poco antes en el barrio suburbano del Trastévere, y el que trae esta fuerza de Dios de amplísimo ámbito de acción, san Pablo, moraba en una pobre casa alquilada, custodiado por un pretoriano.

El primer contacto que según su costumbre procuró Pablo establecer, fue con sus paisanos judíos. No quería parecer como renegado de su pueblo, ni dejar que se dijese que defraudaba a su pueblo de las promesas mesiánicas. Los judíos, desde el siglo II a. de J. C., tenían una numerosa colonia en Roma [n. 13]. Después de la muerte de Claudio habían disminuido, mas pronto subió otra vez su número a 20 000 ó 30 000. Por causa de sus singularidades religiosas y nacionales no se establecieron sino al margen de la gran capital romana, pero tenían vivo comercio con ella y cambiaron su lengua nativa por la griega. Vivían por grupos en la periferia de la ciudad, en las desembocaduras de las carreteras consulares, donde tenían también sus propios cementerios y catacumbas (por lo menos seis). Formaban una organización de comunidades religiosas o sinagogas, dispuestas según el modelo del sanedrín de Jerusalén, trece de las cuales conocemos por las inscripciones judías. Recibían su denominación, tan pronto de sus ilustres protectores: augustenses, agripenses, herodianos, tan pronto de barrios de la ciudad: suburenses, campenses, o de su lugar de procedencia: palestineses, tripolitanos, libaneses, etc. Al frente del senado (*gerusia*) de las sinagogas estaba el gerusiarca, el personaje más importante después del «padre de la sinagoga». Había también una «madre de la sina-

goga», un secretario (*grammatéus*), cajeros, sacerdotes, ministros de la sinagoga y empleados subalternos. De estos hechos establecidos por la reciente investigación de las inscripciones (P. Frey) se saca la inconsistencia de la opinión científica, sostenida hasta hoy, de que la comunidad cristiana de Roma se había organizado según el modelo de la sinagoga judía. Al contrario, el modelo para la organización de la joven Iglesia romana eran los *collegia* o asociaciones religiosas romanas.

Pablo no ignoraba, seguramente, que la influencia que los judíos tenían en Roma llegaba hasta las cámaras imperiales. El primer actor cortesano, que gozaba de gran valimiento con Nerón y enseñó al emperador el arte dramático, fue el judío Alitiro. Por él fue presentado Flavio Josefo a la omnipotente amiga de Nerón, Popea Sabina, de la cual se decía que era una prosélita judía. Los judíos no necesitaban más que dirigir el odio de esta mujer contra Pablo, y éste estaría perdido. También por estas razones tuvo Pablo por conveniente mostrar a los principales de los judíos un gesto conciliador. De otra suerte no se puede explicar el desacostumbrado apresuramiento con que ya al tercer día hizo rogar a aquéllos que fuesen a verle.

Él pudo señalar con eficacia sus cadenas y decir que por causa de la más noble joya de su pueblo, por la esperanza mesiánica, «estaba ceñido de esta cadena». Los dignos padres hicieron como si nada supiesen de toda la causa. Si esto era verdad, la gran proscripción del sanedrín no había sido comunicada aún a las sinagogas extranjeras. Con toda inocencia preguntaron a Pablo su opinión sobre la cuestión acerca de Cristo. Dijeron que sólo sabían que «esta secta» hallaba contradicción en todas partes; que estarían muy agradecidos por una más particular explicación. Éste era un consumado lenguaje diplomático. ¿Cómo no debían saber nada del cristianismo, después que la propaganda cristiana había provocado en tiempo de Claudio las más violentas turbulencias en el barrio judío! Señalóse un día determinado para un gran coloquio religioso en la morada del Apóstol.

Como Pablo no tenía ante sí sino a hombres versados en las Escrituras, pudo hacer valer su brillante conocimiento de ellas y su excelente manejo de la interpretación bíblica. La conferencia duró desde la mañana hasta la noche. Fue como si saliese de Pablo todo lo que de profundo conocimiento de Cristo se había acumulado en él en los años de prisión. Pero inútilmente. La gloriosa historia de su pueblo ¿debía terminar con un ajusticiado al ignominioso poste de tormento? Por esta piedra de escándalo no pasaron los endurecidos rabinos. Era la última vez que Pablo ofrecía a la sinagoga la salud en Cristo, era la última hora de la gracia y exigía

la última decisión sobre si Israel quería seguir siendo el pueblo escogido o ser el pueblo de la reprobación. Con esta escena se despidió del judaísmo la historia sagrada. Con esto tiene fin la amorosa solicitud con que Dios ha amado por miles de años al alma de este pueblo tan altamente dotado. San Lucas tenía conciencia del definitivo destronamiento del pueblo escogido. Contendiendo entre sí, según nos refiere, porfiando con Dios, desacordes consigo mismos, bajaron la escalera y, marcados con el estigma de la reprobación, comenzaron, como prueba ambulante de Cristo, la más notable de todas las peregrinaciones, la peregrinación del «Judío Errante»³². Pero Pablo les dirigió todavía la palabra del profeta Isaías, obscurcida por el misterio de la eterna predestinación, como anatema de maldición, que debían llevar por el mundo: «Oiréis y más oiréis, y no querréis entender; y veréis lo que presento a vuestros ojos, y no querréis daros cuenta de ello. Embota el corazón de este pueblo, tapa sus orejas, y véndale los ojos; no sea que quizá con sus ojos vea, y con sus orejas oiga, y comprenda con su mente, y se convierta, y tenga yo que curarlo» (Is 6, 9). Éste es lenguaje enérgico de profeta. Parece bastante duro a nuestro modo de pensar. Porque ¿puede Dios endurecer de intento el corazón de un pueblo, para que se pierda? Pero el hebreo pensaba de otra manera que nosotros. Por lo demás, la creencia en la predestinación pertenece al conjunto de doctrinas de los fariseos. También Pablo enseñó una predestinación divina, aunque la atenuó con la idea del libre albedrío [n. 38]. Dios ha creado la voluntad libre y la posibilidad de su abuso. Por la previsión de este abuso ha causado por sí mismo, por decirlo así, la desobediencia del hombre, pero no en el sentido de un hado inevitable. El ofrecimiento de la luz y de la verdad se convierte, en caso de recusación, en un juicio de Dios. La Biblia, vista la cosa con los ojos de Dios, divide al género humano en dos clases, en creyentes e incrédulos, en hijos de la luz e hijos de las tinieblas. Es a la verdad así como dice Goethe: El tema más profundo de la historia del mundo es la lucha de la fe y de la incredulidad.

La contienda sobre Jesús por mucho tiempo no cesó en el barrio judío. Algunos judíos al fin se convirtieron y se hicieron cristianos. Pero en los más la recusación se volvió hostilidad irreconciliable. Esto pondrá pronto a la comunidad romana de cristianos al borde del abismo. También a la minoría judío-cristiana de la Iglesia romana parece haber hecho mella esta actitud de los judíos. Faltaba entre ellos, es verdad, al revés que en Corinto, el liberalismo judío y la ilustración judía, pero tanto más numerosamente estaba aquí representada la secta excesivamente meticulosa de los esenios y el envidioso fariseísmo. Algunos de estos judío-cristianos establecieron sencillamente una contramisión, de la que escribe san Pablo en su

Carta a los Filipenses: «Algunos predicán a Cristo por espíritu de envidia y celos, mientras otros lo hacen con buena intención» (1, 15). Pero el peligro principal del judaísmo estaba ya conjurado por medio de las grandes cartas del Apóstol. Eran sólo ya las últimas refriegas de retirada. «Mas ¿qué importa? Con tal que de cualquier modo Cristo sea anunciado, bien sea por algún pretexto, o bien por un verdadero celo; en esto me gozo, y me gozaré siempre» (1, 18). Éste fue el proceder magnánimo y generoso de Jesús, cuando Juan le notificó indignado que uno que no era de sus filas arrojaba malos espíritus en su nombre: «¡No se lo prohibáis! — dijo —. Quien no está contra vosotros, está por vosotros» (Lc 9, 50). Las dos partes de la comunidad romana manteníanse unidas principalmente por la amistad de los dos príncipes de los apóstoles. Sólo la sangre derramada en común martirio apagó también las últimas discordias.

San Lucas no quiso terminar su libro con una aguda disonancia, sino antes bien con una consoladora perspectiva del porvenir de la Iglesia cristiana. La pobre casa alquilada por el Apóstol fue el *foco del movimiento cristiano* en la Roma pagana. El Evangelio, que hasta entonces, bajo la presión de los judíos, sólo se había anunciado tímida y cobardemente, ahora, bajo el impulso que procedía de san Pablo, llegó a convertirse en un fuego que lanzaba poderosas llamas. Según Tácito, la comunidad de los cristianos en el año 64 era ya una «*multitudo ingens* — una enorme multitud». Si la población judía se cifraba en 30 000, podemos fijar quizá la mitad para los cristianos, la cual se acrecentaba diariamente. Pablo mismo atribuye el nuevo movimiento a su prisión: «Muchos de los hermanos en el Señor, cobrando bríos con mis cadenas, con mayor ánimo se atreven a predicar sin miedo la palabra de Dios» (Phil 1, 14). En la Carta a los Romanos enumeraba ya san Pablo varias congregaciones cristianas, en distintos hogares, en las cuales se celebraban los actos del culto. Una de ellas estaba compuesta por «Asíncrito, Flegón, Hermes, Patrobas, Hermas y algunos hermanos más»; otros grupos se reunían en torno a Filólogo y Julia, a Nereo y su hermana (= esposa) Olimpia, y todos los «santos» que vivían con ellos, o sea su numerosa servidumbre.

Los amigos de Pablo parecen haberle puesto también en relación con la *aristocracia romana*. Los arqueólogos cristianos, con su pala y su perspicacia, han arrancado al suelo romano algunos secretos que los escritores contemporáneos habían guardado con demasiado cuidado. De Rossi y Marucchi creyeron poder afirmar que la morada de Aquila y Priscila se hallaba en el Aventino, donde hoy está la antiquísima basílica de Santa Prisca. Esta casa se hallaba en el terreno que era propiedad de la noble familia de los Cornelios,

como lo demuestra una inscripción descubierta allí con el nombre de «*Pudens Cornelianus*». Si con ello enlazamos la fundada suposición de que las catacumbas de Priscila, en las cuales, junto con las hijas del senador Pudente, Pudenciana y Práxedes, también tuvo su sepultura aquel matrimonio, había sido originariamente la sepultura común de ambas familias emparentadas de los Cornelios y de los Acilios, ¿será atrevido suponer que ya muy al principio se habían adherido al cristianismo, quizás antes de la llegada de Pablo, varios individuos de la «*Gens Cornelia*», y que Priscila pertenecía, como pariente o liberta a una de estas dos casas? Dos de las iglesias más antiguas de Roma, en el Esquilino, llevan todavía el nombre de las dos hijas de aquel senador romano en cuya casa habría reunido Pedro en torno a sí una comunidad cristiana. Cuando leemos después que Pablo en su segunda prisión romana poco antes de su muerte recibió la visita de cierto Pudente, el cual manda saludos a Timoteo (2 Tim 4, 21), comprendemos que no puede tratarse de un personaje obscuro, sino uno bien conocido de los cristianos.

Relacionado con el nombre de Priscila sale de la penumbra histórica todavía otra personalidad de la nobleza senatorial del cristianismo primitivo: *Acilius Glabrio*. Suetonio (*Domiciano*, c. 10) le nombra entre los «*molitores rerum novarum*», que Domiciano mandó ejecutar el año 95 a causa de innovaciones peligrosas para el Estado. El velo que cubría a estos probables mártires de la Iglesia primitiva se descorrió de pronto cuando en 1880 las catacumbas de Santa Priscila manifestaron su nombre. En la cripta familiar de los Acilios apareció un fragmento de cubierta de un sarcófago con la inscripción «*ACILIO GLABRIONI FILIO*» (grab. 28). Una segunda inscripción menciona a Manio Acilio y a su esposa Priscila con el título de «*Clarissimus*» (= serenísimo), que correspondía a su dignidad senatorial. Ello prueba que el nombre Priscila era antiguo y usual en esta célebre familia, y que una rama de la misma se había convertido al cristianismo muy pronto, probablemente en la época apostólica. Si esto fuese así, aquí se habrían encontrado los caminos de ambos príncipes de los apóstoles. Pues una indicación de lugar en las actas del papa Liberio (352-366) señala allí el sitio «donde Pedro administraba el bautismo». Una serie de inscripciones que se han encontrado aquí llevan el nombre de «*Petrus*». Parece que en recuerdo del apóstol algunas familias bautizaban con su nombre a sus hijos (véase DE WAAL-KIRSCH⁸¹).

El nombre de otro miembro de la nobleza romana, a quien debe el cristianismo su primera acogida en la alta sociedad romana, pertenece sin duda a la historia: *Pomponia Grechina*, de la cual hasta Tácito dio este testimonio: «Su firmeza de carácter y constancia

la honraban» (*Annal.* 13, 32). El mismo Renan canta el elogio de esta mujer y la celebra como cristiana. Esta ilustre dama, esposa de Aulo Plaucio, primer conquistador de la antigua Britania, ya desde hacía años había suscitado la sospecha de la nobleza romana. Iba siempre vestida de negro, llevaba una vida retirada y manifestaba gran seriedad. Algunos atribuían esto a terribles recuerdos. Había tenido ocasión de ver cómo su íntima amiga Julia, hija de Druso, había sido asesinada por orden de la emperatriz Mesalina. Parece también que uno de sus hijos se halló entre las víctimas de Nerón. Pero otros la acusaban de «superstición exótica». Según el uso romano, hubo de someterse al fallo de un consejo de familia. La decidida intervención de su esposo la protegió de toda otra pesadumbre. Mas ¿qué sabían los gentiles de su secreto? Lo que les parecía tristeza, era sólo «expresión de recogimiento interior, de desprecio de una sociedad envilecida»⁷⁸. Quizá debemos ver en ella la primera santa de linaje romano. Esta suposición del investigador de las catacumbas De Rossi, tuvo una notable confirmación cuando en las catacumbas de San Calixto se encontró una lauda sepulcral con una inscripción griega del siglo II en la que se nombra a un «Pomponius Graecinus» (DE WAAL-KIRSCH⁸¹). No era raro entonces que mujeres de elevada posición se interesasen por cultos orientales. En su altar doméstico, en el atrio, al lado de los dioses lares y de la imagen del divino emperador, ponían a menudo imágenes de Serapis, de Cibeles, pero sobre todo de Isis. ¿Por qué no también alguna vez un símbolo cristiano?

Una tradición, más hermosa que verosímil, nos dice que Actea, esclava primero y luego esposa de Nerón, a la que más tarde éste repudió, y que era oriunda del Asia Menor, había tenido conversaciones con san Pablo y en secreto se había hecho cristiana. Sirvió primeramente en la familia Annea, alrededor de la cual, según la leyenda, se había formado un pequeño círculo cristiano. Que estaba influida por el espíritu cristiano lo demuestra su actuación. Cuando mandó recoger los profanados restos de Nerón y llevar el ensangrentado cadáver al sepulcro de Domicio, el pueblo pagano sospechó que debía ser cristiana; «únicamente una cristiana podía mostrar tan nobles sentimientos ante un ser tan vil y degradado» (W. PATER). Esto era una reverencia inconsciente del paganismo ante el genio cristiano.

Se ha supuesto que también Séneca estuvo en relaciones próximas con Pablo con motivo de las sesiones del tribunal, a las que, como senador, tuvo que asistir. Hubiera sido una curiosa coincidencia que Pablo, que en Corinto salió absuelto del tribunal de Galión, debiera precisamente su libertad en Roma a la presencia de Séneca, hermano de aquél. De todas maneras se comprende que antigua-

mente se creyera en las inclinaciones cristianas de SÉNECA cuando se lee en una carta de este filósofo (*Ep.* 115) la semblanza de un hombre lleno de Dios: «¡Si nos fuera permitido contemplar el espíritu de tal hombre! ¡Oh, qué figura resplandeciente, sublime, hermosa y santa contemplaríamos!... Si alguno contemplara semejante figura, más elevada y esplendorosa que cuanto suele presentarse en el ámbito de lo humano, ¿no retrocedería acaso, sobrecogido, como si se hallara en presencia de un dios, no rezaría en voz baja una plegaria para que tal aparición no le fuera nefasta, y luego, animado por la bondad que irradia de aquel semblante, no lo adoraría suplicante, diciendo con Virgilio: “Sénos propicio y mitiga nuestros pesares”?»⁶⁵. Séneca tan sólo necesitaba dar unos pasos en el campamento de los pretorianos para encontrar su figura ideal. La edad media creyó que efectivamente dio estos pasos y se hizo cristiano. Así se intentó explicar las grandes semejanzas de su doctrina con las de la moral cristiana, que ya habían llamado la atención a TERTULIANO (*De an.* 20: «Séneca saepe noster»). También esta creencia ha sido reforzada por una correspondencia epistolar, falsificada, entre ambos hombres. Estas semejanzas, tanto en Séneca como en Epicteto, hay que buscarlas, no obstante, en el idealismo moral de la Stoa moderna, así como también en la herencia religiosa de la familia de Séneca. Su padre ya había trazado la imagen de un profeta sobrehumano, que poseyera la sabiduría y el poder de intimidar incluso a un Alejandro: este tal tenía que vanagloriarse de su nacimiento divino, tener el testimonio de su dios a su favor y, en cuanto al término de su vida, substraerse a la fuerza del destino⁶⁵. Tales presentimientos pueden ser explicados por la predisposición natural del alma humana al cristianismo, sin la cual no hubiera sido posible la victoria del cristianismo en el mundo pagano.

El cristianismo tenía ya entonces en las clases superiores algunos aliados en personas de naturaleza religiosa que habían perdido la fe en sus dioses por efecto de las burlas que de éstos hacían objeto los filósofos y los poetas. Las naturalezas superficiales y desmoralizadas, después de comedias licenciosas y luchas de gladiadores, exigían como compensación cambiar estos excitantes espectáculos y refugiarse en los conventículos de religiones orientales; pero las naturalezas más serias preferían refugiarse en las sinagogas o en las comunidades cristianas; estaban desengañados de tantas «divinidades redentoras» que les eran ofrecidas. Sin embargo, donde se extendía más el movimiento cristiano era en las *capas sociales inferiores e ínfimas*, las cuales veían en el cristianismo, apoyadas en motivos religiosos, sus exigencias de libertad y humanidad. Precisamente entonces había acaecido en Roma un suceso muy ruidoso. El prefecto de Roma, Pedanio Segundo, había sido asesinado por

un esclavo por celos a causa de una esclava. Según la ley, todos los esclavos que vivían bajo un techo con el asesino en tiempo del crimen, habían de ser matados. Casi cuatrocientos infelices fueron alcanzados por esta disposición. Contra esto se rebeló en el pueblo el sentimiento de justicia. Con todo, el senado y el emperador resolvieron dejar que la ley siguiera su curso. No es maravilla que también en el Palatino el nuevo mensaje cautivase la atención de los esclavos imperiales y el nombre de Pablo se pronunciase allí con veneración. En la Carta a los Filipenses, hacia el fin de su primera prisión, escribe: «Os saludan todos los santos, y principalmente los que son de la casa del César» (4, 22). ¿Quiénes eran estos cristianos del Palatino? En la lista de saludos de la Carta a los Romanos notamos dos grupos: los familiares cristianos de las dos grandes casas de *Narciso* y *Aristóbulo*. «Debían de pertenecer a la familia de dos señores principales, los cuales, sin duda, no eran cristianos»²⁶. La palabra «familia» significaba en la antigüedad lo mismo que servidumbre, criados. Los esclavos pertenecían a la asociación familiar, formaban la familia, el dueño de la casa se llamaba *pater familias*. Por término medio se calculaban quince esclavos por «familia». Éste era el estado doméstico del ciudadano ordinario. Pero los ricos, como Narciso y Aristóbulo, tenían centenares de esclavos. «*Nationes in familiis habemus* (tenemos una verdadera mezcla de pueblos en nuestras familias)», escribe Tácito. Dice Harnack que en tiempo del emperador Claudio nadie era tan poderoso en Roma ni estaba tan atado por amistad con el emperador como cierto Narciso, su liberto y secretario particular, y que por el mismo tiempo vivía en Roma un Aristóbulo, nieto de Herodes el Grande, y era amigo del emperador. Después de la muerte de semejante hombre tan ligado a la corte imperial, todo lo que había en la casa y sus numerosos esclavos fueron trasladados a la casa imperial. Si estos dos hombres fuesen idénticos a aquellos personajes mencionados por san Pablo, tendríamos una nueva confirmación de las estrechas relaciones del Apóstol con los cristianos que vivían en los aposentos de esclavos del Palatino. Entre los cortesanos de Nerón no debemos buscar a ningún cristiano. Pues los Flavios, cuyas mujeres se inclinaban al cristianismo y entre los cuales hasta el cónsul Tito Flavio Clemente y su esposa Domitila eran cristianos, no tenían acceso entonces todavía al Palatino. El célebre crucifijo de burla del Palatino, una caricatura garrapateada en la pared por estudiantes paganos del colegio imperial, en que se ridiculiza a un condiscípulo cristiano Alexámeno, que adora a un crucifijo con cabeza de asno (grabado 33), es sin duda una prueba de que el cristianismo había hallado entrada ya muy pronto entre los que habitaban en el Palatino [n. 44].

Hoy se reprocha a san Pablo el que haya «reunido con entera conciencia en los países de su jurisdicción todo lo leproso política y espiritualmente, para desencadenar un levantamiento de los de menos valer», el que haya reunido en torno suyo «toda la escoria espiritual del mundo helénico, los parias de todos los estados». Pero se deben leer las exigencias morales que pone a sus recién convertidos, para conocer que el progreso del género humano descansaba entonces en la comunidad cristiana, para alcanzar un más alto grado de desenvolvimiento. «Bajo la impresión de una predicación que conmueve el alma y el cuerpo, de un juicio que se acerca, y bajo el poder beatífico del espíritu de Cristo la moral se eleva a un valor más puro y más seguro... Hombres puros que no se apegan a los que poseen y no son egoístas, deben ser los cristianos y juntamente hombres sin doblez y esforzados. San Pablo y el cristianismo no han dado impulso a la disolución, sino que han impedido la disolución.» Con cierta alusión al cristianismo se habla hoy con desprecio del «pantano de pueblos y caos de razas» del mundo mediterráneo, de que ha salido la Iglesia. Tanto más grande ha de parecer entonces la obra del Apóstol. La Iglesia tiene la incumbencia de santificar y cristianizar a los pueblos y civilizaciones, darles un fin espiritual, un ideal moral, para que se formen en él. Y esto lo hizo san Pablo, y así salvó del caos lo que se podía salvar. Sin embargo, el que el Estado romano se arruinase, no fue culpa de la Iglesia, como ya lo notó san Agustín, sino del mismo Estado romano, que no tenía ninguna religión que le hubiese podido ofrecer un ideal moral, y que descuidó unirse con aquel poder del porvenir. También en el romanismo la Iglesia ha salvado lo que se podía salvar. Y era ya «algo grande el que lograrse atraer a sí a hombres y talentos como san Agustín»²⁶.

56. El ambiente del cautivo de Cristo

En la Roma de entonces sólo tres clases de hombres estaban a sus anchas: los millonarios, los llamados «clientes», que se hacían sustentar por aquéllos, y los oscuros individuos del Oriente³. Pero, para el que buscaba el interior recogimiento y quietud como Pablo, Roma era un lugar terrible. Roma en tiempo del Apóstol tampoco era de aquella belleza embelesadora que celebran poetas posteriores, y que Fulgencio canta con estas palabras: «¡Cuán hermosa debe de ser la Jerusalén celestial, cuando ya la Roma terrenal brilla con tales fulgores!» El vivir en los barrios comerciales era muy desagradable e insalubre a causa de la angostura de las calles, de la falta de aire, del mal olor de las sobras de la comida, que se echaban a

la calle, y de los continuos peligros de incendio. El Tíber, por su carácter santificado como deidad, no podía regularse y provocaba frecuentemente epidemias a consecuencia de inundaciones. Las casas eran altas y estaban mal construidas. Marcial cuenta de un hombre que tenía que subir doscientos escalones hasta llegar a su aposento. El ruido de las calles era insoportable. Por la noche los carros que conducían mercancías, al pasar por los fragosos empedrados, producían un sonido estrepitoso, desde las siete de la tarde hasta la salida del sol. Durante el día iban por las calles músicos sirios y sacerdotes mendicantes de Isis y Cibeles con el estridor de instrumentos de planchas metálicas y con estruendo de cascabeles. El inquilino pobre tenía que habitar al lado de la calle, los ricos vivían hacia el patio interior (peristilo). Así la vida en una casa de alquiler en el ardiente verano de Roma fue no pequeño sacrificio.

De la pared pendía la cadena, señal de su falta de libertad. Podía, a la verdad, salir a su gusto y recibir visitas. Pero por la noche, y luego que daba un paso fuera de casa, era atado en la muñeca izquierda con una cadena al soldado de guardia, que iba detrás de él. No era ninguna fruslería nunca estar solo, ni siquiera un momento. No se sabe lo que es peor, estar solo siempre o nunca. En todas las conversaciones del Apóstol con sus amigos y los enviados de las Iglesias estaba siempre en el fondo un testigo extraño. Estos *frumentarii* eran muchas veces soldados brutales, extranjeros, que desahogaban su mal humor en los presos. Lo peor era que la guardia se relevaba diariamente. Pero, por otra parte, Pablo vio en ello también una ventaja: así podía conocer a una gran parte del campamento de los pretorianos, acompañaba varias veces a su guardia al cuartel e iba a buscar al nuevo legionario. Y los legionarios podían conocerle. Era el más notable preso que jamás habían visto. Algunos pudieron habersele hecho muy afectos y conversar de buena gana con el hombre que había viajado tanto.

Ninguno se apartaba de él sin sentirse hombre mejor y recibir una dirección más elevada de sus pensamientos. Pues Pablo tenía la habilidad de granjearse las voluntades de todos los que con él trataban. Hablaban en sus cuarteles del interesante preso y de su notable religión, y algunos pudieron haberse al fin arrodillado en hora secreta ante el Apóstol y haber pronunciado conmovidos: «*Credo!*» Así escribía Pablo en su Carta a los Filipenses: «Quiero que sepáis que las cosas que han sucedido han redundado en mayor progreso del Evangelio, de suerte que mis cadenas por Cristo han llegado a ser notorias a todo el pretorio y a todos los demás» (Phil 1, 13).

Un hombre que en su vida ha sembrado tanto amor como san Pablo, nunca está solo. Era un «artista de la amistad», y tenía aun

en la prisión a sus amigos permanentemente en torno suyo. Dos hombres representaron en ello un papel especial para el Nuevo Testamento: *san Lucas* y *san Marcos*, éste el evangelista de san Pedro, aquél el de san Pablo. Pedro no parece haber estado entonces en Roma, sino haber dejado a Marcos como representante suyo. Marcos, entre los años 50 y 60, había compuesto su Evangelio para los romanos cristianos sobre la base de la predicación oral de Pedro. Por la frecuente repetición de las mismas narraciones se fue estableciendo una forma fija y se imprimió en la memoria, de modo que no se podía perder. Lucas pudo ahora aprovechar, como fuente y fundamento de su Evangelio, que ya había comenzado en Cesarea, la relación y las comunicaciones de Marcos. ¡Cuán frecuentemente pudieron los dos hombres estar sentados juntos en el aposento de Pablo, para conferenciar sobre el *tercer Evangelio* que se iba formando y completar los anteriores! En el intento principal, en la concepción de la vida de Jesús como la obra maestra del amor misericordioso, lleva el nuevo Evangelio el sello de Pablo. Pero tampoco se puede desconocer en él la individualidad de Lucas y está en hermosa consonancia con el sello paulino: ¡Jesús, el médico celestial para el cuerpo y el alma! El Evangelio de san Lucas estaba destinado ante todo para las comunidades paulinas pagano-cristianas como regalo de despedida y permanente recuerdo, y pudo haber salido a la luz pública ya antes del fin de la primera prisión romana.

Si san Lucas describió a Cristo como el *médico celestial*, esto fue un rasgo delicado del griego y una noble venganza contra el desprecio que los romanos sentían hacia la medicina. Desde antiguo, los médicos no gozaban de favor ni crédito alguno. Se les comparaba con los charlatanes de los mercados. El censor Catón los recibía con mucha descortesía porque venían de Oriente, eran griegos y gente ambulante (*periclitei*). Temía que esos hombres hiciesen degenerar la raza latina. A su hijo le prohibió de manera directa que visitara a ningún médico: «Si los griegos — decía él — lo echan todo a perder con su literatura, y los filósofos con sus charlatanerías, los médicos todavía son peores. Marco, hijo mío, te prohíbo consultar a los médicos.» El primer médico que llegó del Peloponeso fue apedreado. De todas maneras, esta repulsión fue cediendo poco a poco, cuando Augusto fue salvado por un médico moro llamado Antonio Musar. Tiberio tenía más fe en las antiguas recetas caseiras que en las consultas de un médico. Plinio, que incluso escribió libros de medicina pero que no la ejercía, dice que Roma estuvo durante seiscientos años sin médicos. Un romano de tradición no podía ocuparse en tan despreciado arte, que se dejaba en manos de esclavos, o si lo hacía, debía escribir en griego. No reportaba por

tanto a Lucas ninguna ventaja material el trasladarse a Roma. Fue el primer médico cristiano de Roma. La Iglesia entonces, en atención a Jesús, vio sencillamente algo sacerdotal en la profesión médica [n. 45]. Conoció un sacramento y un carisma de la curación de los enfermos, por el cual no se exigía dinero alguno, según la palabra del Señor: «¡De balde lo habéis recibido, de balde debéis darlo!» Los nombres de los dos más célebres médicos cristianos, Cosme y Damián, los cuales trataban a los enfermos gratuitamente, hasta han sido admitidos en el canon de la santa Misa. En el célebre mosaico de la iglesia de los santos Cosme y Damián, de Roma, ambos son presentados a Cristo por san Pedro y san Pablo (grab. 30).

Si queremos por vía de ensayo formarnos una representación aunque muy insuficiente de cómo transcurría el *día en la vida de nuestro preso*, hemos de recordar las costumbres de la vida romana. BIRT³ escribe al respecto: «El hombre antiguo era madrugador. Vespasiano, p. e., se hallaba ya trabajando al despuntar la aurora.» El comienzo y las horas del día son voceados por un esclavo. Con el sol abre otro esclavo la puerta de la casa. Sólo durante el día se puede trabajar, porque el alumbrado es muy defectuoso. Las horas del día son preciosas. Después de cenar, nunca se trabajaba. El único trabajo nocturno (lucubratio) es el que efectuaban los eruditos y los políticos abrumados de asuntos en las largas noches, entre el primero y segundo canto del gallo (cf. las palabras de Jesús a Pedro), es decir, entre las 3 y las 6 de la madrugada⁴⁰. También aquí el cristianismo ha traído al mundo una gran mudanza por medio del servicio religioso nocturno, por medio de la santificación de la noche. La Iglesia primitiva griega conoció un servicio divino nocturno de la luz, la llamada *Eucharistia lucernaris* (CARD. SCHUSTER, *Liber sacramentorum*, IV). También la Iglesia romana encontró tan bella esta fiesta de la luz, que la adoptó una vez al año en su liturgia (vigilia de Pascua).

Pablo está acostumbrado a dividir su día, según una antigua tradición judía, en períodos determinados de tres horas cada uno, los cuales se interrumpen con la oración. En esto consistía no en último lugar la gran fuerza de formación de que estaba dotada la religión cristiana, la cual redimió de la servidumbre pagana incluso el tiempo (Eph 5, 16), cuyo valor era desconocido del hombre antiguo, que en él no veía más que a un monstruo devorador de sus hijos, reguló el día hasta en sus ocupaciones cotidianas por medio de las horas, y confirió un orden sagrado al año profano. Recordemos, por ejemplo, que Enrique I y Otón el Grande dividían su día en las partes santas de tres horas cada una, transcurridas las cuales, se dirigían al altar de su capilla particular para rezar sus oraciones. Mientras así sometían la fuerza de sus pasiones

al equilibrio con otra fuerza contraria, moderaban sus poderosas acciones con el freno de la responsabilidad suprapersonal (G. BÄUMER). Así por tanto, podemos muy bien figurarnos que los amigos del Apóstol se reunían ya muy temprano con Pablo para orar a Dios por la mañana con salmos e himnos. La mañana pertenecía en Roma al trabajo, la tarde al *otium*, al descanso. Entonces estaba también tranquila la Roma eternamente ruidosa, todos los pórticos y foros se hallaban vacíos. Las últimas horas de la tarde pertenecían a la comida de la familia. El hombre de mediana posición vivía en la antigüedad de un modo en extremo sencillo, frecuentemente se alimentaba de legumbres, coles, habas, alcachofas, queso, frutas y de una especie de polenta. Pero Pablo ponía siempre su granito de «sal» (Col 4, 6). Debió de haber sido muy amable e interesante narrador y de fácil conversación. Poseía, como lo muestran sus cartas, el don griego de la ironía inofensiva y del chiste, el don de trato agradable, el *terpnón*, como decían los griegos. Si tuviésemos sus pláticas de sobremesa, ¡qué daríamos por ello! Sobre la mesa ponían algunas lámparas de aceite hechas de barro o bronce. La antigua lámpara daba poca luz y mucho humo. Sólo en la noche del sábado al domingo, cuando Pablo celebraba los sagrados misterios, no debían de escatimarse seguramente las luces. ¡Qué disposición de ánimo, parecida a un sueño, podía producirse, cuando las luces y sombras temblando daban en los conmovidos semblantes, mientras bajo la mano maestra del Apóstol la imagen del celestial Señor y de su cuerpo místico iba creciendo hasta convertirse en una figura gigantesca de descomunal grandeza!

En total, el tiempo de la primera prisión perteneció a los años más fructuosos del Apóstol. Y no había para menos; pues el cristianismo penetraba cada día más profundamente en el ejército romano por medio de los pretorianos, los cuales salían para todas las partes del mundo, para el Rin, para las Galias, para Britania, para España. Mas sobre todo llegó aquí a la cumbre de su madurez la teología paulina y la mística visión del Cristo eterno, cabeza de la Iglesia.

VIII. LA PALABRA DE DIOS
NO ESTÁ ENCADENADA

57. La obra unificadora de Cristo

Carta a los Efesios.

También en Roma siguió siendo Pablo la cabeza de una organización muy ramificada, que abarcaba a todo el mundo. Se ve lo que puede hacer un hombre como él aun en una situación desfavorable. A todas las comunidades de Oriente había llegado el clamor: ¡Pablo preso en Roma! Todos oran por él en sus reuniones, le escriben afectuosas cartas, le envían mensajeros para informarle sobre el estado de sus comunidades, recibir instrucciones y compartir con él alternativamente su prisión. Macedonia estaba representada por Aristarco, Galacia por Timoteo, Éfeso envió a Tíquico, Colosas a su fundador Epafras y Filipos a Epafrodito. La habitación del Apóstol era un santuario, un lugar de peregrinación para la cristiandad.

Las *cartas de la cautividad* pertenecen a un nuevo orden de ideas. Santo Tomás de Aquino con su fina manera sintética ha caracterizado la diferencia de cada uno de los grupos. En las cartas anteriores, Pablo ha seguido la *obra redentora de Cristo en el alma particular*. Este movimiento de ideas concluye con la Carta a los Romanos. Estas cartas, en cambio, consideran la *redención en su totalidad*, en el organismo social de la Iglesia; y las cartas pastorales, en la *jerarquía* de la Iglesia. La Carta a los Hebreos, la cual, aunque no de su mano, llevó a término el curso de sus ideas, se vuelve hacia el centro de la vida sobrenatural: hacia el *sumo sacerdote* Jesucristo. Como apóstol ambulante y fundador de Iglesias, Pablo había de ocuparse más de los hombres y sus necesidades personales. Ahora desde la alta atalaya de su vida vuelve la vista hacia la obra que ha realizado. El espíritu de lucha ha cejado. Está más viejo, más tranquilo, más maduro y más ilustrado. Sin embargo, como el lejano trueno de una tempestad que se retira, retumba todavía acá y allá un estallido de indignación (Col 2, 16-20; Phil 3, 1-6). La Roma de extensión universal despertó en él otros pensamientos, que muestran lo por venir. Ella le da enteramente la visión de unidad universal, la dirección de la mirada al todo, a lo social, a la Iglesia, al género humano, a todo el cosmos. También su *visión de Cristo* ha crecido. En las Cartas a los Tesalonicenses lo ha descrito como Verbo que juzgará al *fin* del tiempo; en el segundo grupo, como Verbo que redime y revela *en* el tiempo, y ahora, en la Carta a los Efesios, lo describe como al Verbo creador *antes* de todo tiempo³⁶.

La fórmula con que Pablo se dirige en su carta «a todos los santos residentes en Éfeso», y que nos ha transmitido la tradición, no es originaria. Muchos eruditos, como ya lo había observado Marción en el s. II, ven en esta carta la que en la Carta a los Colosenses se menciona como destinada a la Iglesia de Laodicea: «Leída que sea esta carta entre vosotros, haced que se lea también en la Iglesia de Laodicea, como el que vosotros asimismo leáis la de los laodicenses» (Col 4, 16). Parece ser que se tachó la palabra «Laodicea», como en una especie de *damnatio memoriae*, en consideración a la censura que en el Apocalipsis (3, 15) se pronuncia contra dicha Iglesia (Harnack). Pero la carta lleva el carácter de una circular general, que estaba destinada, en varias copias, para varias comunidades vecinas en el territorio de Éfeso. Por esto falta todo saludo particular al principio y al fin. Los antiguos Padres sabían bien que en los manuscritos más antiguos (p. e., el *Codex Vaticanus*), después de las palabras: «A todos los santos», se había dejado en blanco un espacio, para intercalar el nombre de una ciudad determinada: Éfeso, Laodicea, Hierápolis. El hecho de que la Carta a los Efesios toma algunas expresiones de la Carta a los Colosenses hace presumir que ambas se escribieron casi al mismo tiempo. Ahora bien, ¿cómo se justifica el que tanto en esta epístola como en la de los Colosenses, Pablo se dirija a Iglesias cristianas que no habían sido fundadas personalmente por él? (Col 2, 1). Es el sentimiento de la responsabilidad que tiene de la unidad de la Iglesia universal. La elección de Dios ha caído sobre él; esto le da autoridad para presentarse ante todas las Iglesias.

Ninguna de sus cartas está acordada a tan solemne tono ni contiene semejante plenitud de expresión como la Carta a los Efesios. Parece ser el eco de un elevado sermón, cual debió de pronunciar también Pablo en Roma. El saludo del principio tiene la forma de un himno religioso. El autor parece hallarse bajo la mística emoción de una visión arrobadora. Con un «triple anillo nupcial de la eternidad», el Dios trino ha unido a sí el mundo y la humanidad, por medio del *opus tripartitum* de creación, redención y santificación. Con ello no hay que temer ya en modo alguno que el mundo sea dejado de la mano de Dios para desvanecerse en la nada absoluta, o que el hombre se desprenda definitivamente del orden salvífico de Jesucristo. Según esto, podemos distinguir en la Carta a los Efesios tres órdenes de ideas que, al no estar separados lógicamente, se entrecruzan de continuo: 1) la consagración del ser previo de la creación en su preexistencia en los eternos designios amorosos de Dios; 2) la consagración de la encarnación y redención por medio del Hijo; 3) la consagración de la comunidad en la Iglesia por medio del Espíritu santo.

Cristo no ha entrado en el mundo para un momento como un meteoro deslumbrador, ni tampoco para fundar una nueva doctrina, sino que el Padre le ha enviado al mundo, de las profundidades de la vida trinitaria, según un eterno plan de salud, para «compendiar en Él todas las cosas», para producir de su sangre un nuevo género humano, en el que debe continuar, prolongar y consumir su vida¹¹. Fue siempre el gran peligro del pensamiento humano, el hecho de que para él, el mundo lo signifique todo o no signifique nada, que se exalte hacia la divinidad o que, separado de Dios, amenace escabullirse de Él con su desaparición en la nada. Ambas ideas: la divinización del universo o la casi huida de la criatura, fueron obra del pecado. Entonces vino el Hijo y llevó hasta la perfección la gran obra unificadora. Él, el «primogénito de toda la creación» ha unido de nuevo al mundo con Dios, habiéndose convertido Él mismo en lazo de unión. Pablo ve la nueva humanidad saliendo del seno del Padre (1, 3-6), del corazón del Hijo (1, 7-12) y del Espíritu Santo (1, 13-14). Así, no es la «Idea» platónica ni el aristotélico «actus purus», que solamente se conoce y ama a sí mismo, menos todavía el «Padre original» de los gnósticos, que se yergue sobre altura solitaria por encima del universo y del «pleroma» o plenitud. No, Dios bendice su universo y el universo le canta su himno de alabanza. La causa primera de todas las cosas es el eterno amor increado. El Hijo dice: ¡Padre! y también nos hace exclamar: ¡Padre! Anteriormente los estoicos habían inflamado un sentimiento general de humanidad y lo habían fundado en el origen divino, en el padre de todas las cosas, Zeus. Pero esto no era más que filosofía abstracta, que no tomó ni carne ni sangre en ninguna personalidad histórica. Cristo, en cambio, ha establecido una ordenación sobrenatural y celestial. La cuna eterna de la humanidad está en el pensamiento amoroso de Dios y en el decreto de su libre elección. Nos bendice en el tiempo porque nos ha conocido y nos ha predestinado antes del tiempo. Jamás hemos sido una pura nada, una idea platónica general sino algo preciso y determinado en el pensamiento de Dios, algo individual y singular. Todas las bendiciones que durante los tiempos derrama sobre la humanidad no son más que la ejecución de aquella primera elección amorosa. Este estar en Dios «antes de la fundación del mundo» es el primer anillo de la creación.

Pero el primitivo orden de la creación se frustró y debe restablecerse compendiarse y referirse a su centro en Cristo. También el mundo de los espíritus recibe en Cristo su nueva cabeza por la encarnación. Con el «rescate por medio de su sangre» se inicia una nueva epopeya, una epopeya sobrenatural: la encarnación es la consagración de este mundo, la muerte en la cruz es la santificación del mismo. También el mundo material necesita esta consa-

gración de la existencia. En ello, Dios no encuentra resistencia alguna: «es moldeable como la arcilla del alfarero. Sólo el hombre es el gran rebelde, que opone resistencia»¹¹. La obra de la redención ya es difícil en el alma aislada y más todavía en los pueblos, con sus contrastes de razas y naciones. Pero «la misma poderosa fuerza que se ha manifestado en la resurrección del Hijo», también vencerá esta resistencia secular. Dios nos ha dado la prenda del Espíritu: una prueba de que jamás derogará su decisión. Pablo presenta los dos períodos de la humanidad en una antítesis poderosa: «antes... ahora», sin Cristo... con Cristo; antes, la humanidad dividida en judíos y paganos, «los próximos y los alejados», griegos y bárbaros; fustigados por los demonios, dominados por el espíritu mundanal, como los paganos, o bien en orgulloso exclusivismo y arrogancia, como los judíos; ahora, el nuevo pueblo de Dios, la humanidad unida a Cristo, la nueva *Civitas Dei*, presentida por Platón y descrita por san Agustín, cuyo compendio y piedra fundamental es Cristo (1, 10). La sangre de diversas razas separa los pueblos, la sangre de Cristo los une: «Antes estabais alejados, pero ahora os habéis acercado por Cristo Jesús y por su sangre». Pablo describe la obra unificadora de Cristo como un acontecimiento cósmico, supercósmico, que «incluso impresiona a las potestades angélicas» (MEINERTZ). Cristo ha arrebatado el mundo a la desesperación. En la primera época del cristianismo empezaron ya también los pueblos del norte a andar desorientados sobre sus divinidades, presintiendo un crepúsculo de los dioses. Sin Cristo, también el mundo de hoy debería desesperar. En Él se cierra el anillo roto de la creación. Es la consagración de la existencia de la humanidad. Esta consagración de la existencia se consuma en la consagración de la sociedad.

Dios ha revelado a Pablo su «secreto», le ha revelado su plan de cómo quiere romper esta resistencia. Cristo ha creado un organismo de salvación que abarca a la humanidad, el cual es la Iglesia, su cuerpo místico visible. La redención no debe girar en primera línea alrededor del destino del individuo aislado, sino de la totalidad de los individuos. Ciertamente que Pablo no ignora que Cristo se entregó también por él personalmente (Gal 2, 20), mas no en tanto se trata de un individuo aislado, sino de un miembro de la humanidad incorporada a su místico cuerpo. Así como la culpa original del individuo sólo es participación de la culpa total por medio de los lazos de sangre que le unen con la cabeza pecadora de todo el linaje humano, Adán, del mismo modo sólo puede comprenderse la redención personal como participación de la redención común por medio de la unión con Cristo, cabeza de la humanidad redimida. Aquí nos encontramos en el corazón de la teología paulina.

Esta idea central paulina no tiene nada de judía y es tan absolutamente nueva, que se ha tratado en vano de hacerla derivar del conjunto de dos corrientes del pensamiento ario, a saber, de la idea de organismo de la filosofía popular helenística y de la especulación indo-irania sobre un «hombre prototípico» que como alma colectiva reúne en sí todas las almas individuales⁶². Tal como Cristo es el pleroma, esto es, la plenitud de Dios, así la Iglesia es el pleroma de Cristo, su integración social en espacio y tiempo, «la superabundancia de gracia de aquel que lo llena todo en todo». Aquí se percibe el susurro de una de aquellas «palabras originarias», de oscuro origen (quizás órfico), que suena a panteísta, pero que Pablo, como Juan al heraclítico Logos, la fuerza a dar testimonio de la infinita plenitud de Dios que se ha derramado del Padre al Hijo. En esta sobrecogedora imagen de la Iglesia como cuerpo místico de Cristo de dimensiones supraterrrenales radica la eficacia universal de Cristo y de su Iglesia. También aquí el estoicismo había preparado el terreno a la concepción paulina de la Iglesia, con su doctrina del mundo como cuerpo de Dios que lo abarca todo. Así como en todo organismo, la grandeza y plenitud de crecimiento se ha ido formando desde el principio, también la Iglesia debe ir creciendo hasta llegar a la «completa madurez del hombre», a la «plenitud de Cristo». Ella es la asamblea plenaria de todos los ciudadanos de Dios, el Estado de Dios, el «pueblo de Dios», que tiene su verdadero derecho de ciudadano, su ser de Estado propiamente dicho en el cielo, su lugar espiritual en la esfera de la salud de Cristo, mientras las diversas comunidades cristianas sólo son «colonias de Dios sobre la tierra». Todo lo que está separado en la tierra por la raza, la sangre, la lengua y la historia, debe permanecer conservado en sus particularidades históricas y valores positivos. Pablo, si se hubiese presentado a él el problema, hubiera dejado valer en la Iglesia en la más amplia medida las peculiaridades de cada nación y pueblo, sus idiomas y costumbres. Para él todo estaba en la *igual estructura esencial interior* en el Espíritu Santo. Al igual que en el primer *fiat* de la creación del mundo y que en el segundo *fiat* de la encarnación del Verbo divino, el Espíritu Santo se manifiesta también en la creación de la Iglesia como la «fuerza dadora de vida» (*Dominum et vivificantem*), que «del caos de la humanidad crea un nuevo cosmos»⁷⁷. No el proyectar y querer humano, no la humana uniformidad, sino el morar Cristo en nosotros crea el igual modo de ser interior: «Un solo Señor, una sola fe, un solo bautismo, un solo Dios y Padre de todos nosotros». El muro de separación entre el atrio de los gentiles y el templo de Jerusalén, este símbolo sensible de la división del género humano en una casta religiosa de señores, un pueblo escogido, una aristocracia religiosa, y

la gran masa de los «intocables», ha caído. Esta transformación de la humanidad en una nueva forma de ser por medio de Cristo en la Iglesia constituye el tercer anillo de boda de la humanidad.

Éste es el gran canto de alabanza del Apóstol a la Iglesia en la cual «se reúnen todas las maravillas de la redención»⁷⁷. ¡Qué visión del futuro y que optimismo sobrenatural debió de tener Pablo para proyectar un cuadro tan poderoso de la Iglesia, en la estrechez de su habitación alquilada en Roma, en la poca importancia de los cristianos por su número escaso y su influencia! Éste es aquel optimismo divino que brilla en las palabras de Jesús: «no temas, pequeño rebaño». Esto no podía escribirlo un teólogo que por mera imitación hubiera reunido fórmulas paganas y gnósticas para crear una nueva serie de ideas, sino únicamente un enviado que hubiera experimentado en sí mismo el proceso de formación de la historia de la salvación, la transformación del hombre viejo «en un hombre nuevo» (2, 15). En la creación de este imponente complejo religioso que llamamos Iglesia, en los solícitos cuidados de Dios y de Cristo por su Esposa podemos vislumbrar algo de lo que paradójicamente podría designarse como la «angustia de Dios por su criatura»¹¹, de suerte que en último término todos sus arreglos para la salvación del hombre fracasarían únicamente debido a la obstinación y a la rebeldía de éste. «En el corazón del hombre es donde se hacen y deshacen los nudos de su destino.» También depende de nosotros el cooperar a la victoria de la sangre de Cristo.

De su gran visión de la unidad de la Iglesia deduce Pablo la necesidad de una *práctica uniforme de la vida moral*. El hombre nuevo, transformado, ha de tener también un nuevo estilo de vida. De la igual manera de ser interior ha de seguirse una nueva moral cristiana, una igual dirección fundamental, una conformidad espiritual. Todas las prescripciones morales del Apóstol en la segunda parte de la carta se apoyan en nuestra real unidad con Cristo y la Iglesia. También aquí la Stoa había preparado el camino a la ética cristiana, a la contemplación del todo desde el punto de vista cristiano por el hecho de haber invitado a sus discípulos a tener siempre ante sus ojos el gran todo con su axioma: «incorpórate en el todo».

Esta visión total del *Corpus Christi mysticum* nos parece fácilmente a los hombres de hoy una amable metáfora, una locución meramente simbólica. Mas para Pablo esta mística unidad es tan real como la unidad natural del linaje humano. Hay en el género humano una *solidaridad* del mal y de la culpa, y mucho más del bien y de la gracia. Esta idea de unidad fue mucho más familiar a la antigüedad cristiana y a la edad media que a nosotros. El nominalismo de la edad media tardía, que todo lo general y universal

lo reducía a meras imágenes verbales vacuas de contenido, así como el positivismo, que sólo concedía valor a los hechos, aflojaron el vínculo de unidad del género humano. El lazo de unidad solidaria del espíritu es en Pablo el amor. Toda la creación del mundo e historia del hombre es, según él, un solo gran movimiento de amor que procede del corazón de Dios y vuelve al corazón de Dios. Toda la estrechez de la vida, toda la limitación humana, sólo pueden llegar a desaparecer por medio del amor. Es un pensamiento paulino el que expresa san Agustín al decir: «Si angustiantur vasa carnis, dilatentur spatia caritatis.»

Por medio de esta consideración general resuelve Pablo el problema capital de su época: el problema del matrimonio y del amor sexual. «No era posible imaginarse la vida griega sin la institución de las heteras (concubinato) y sin la pederastia (homosexualidad)»⁵⁴. Los más nobles pensadores y estadistas como Sócrates, Platón, Aristóteles, Pericles lo aprobaban, e incluso le daban un elevado valor educativo, especialmente a la pederastia o relaciones sexuales entre varones. Pero este erotismo masculino de los griegos había introducido en la civilización helénica un desprecio cada vez mayor del matrimonio y una conculcación de los derechos naturales de la mujer. Aquí era preciso empalmar de nuevo el manantial creador de la humanidad, el matrimonio, con el primitivo manantial divino. Y así Pablo con la peculiar grandeza de su pensamiento deduce la mística sacramental del matrimonio de la mística de la Iglesia. En las palabras del Génesis (2, 24), esto es, en el informe histórico sobre la fundación del matrimonio como institución natural, Pablo ve la profecía y el modelo de algo futuro. «En estas palabras de la Escritura», dice él, «se encierra un gran misterio de sentido típico-alegórico: me refiero a Cristo y a la Iglesia»⁶². Como sea que todo lo terreno no es más que un símbolo, así las relaciones humanas entre los sexos, el hecho de que hombre y mujer formen una unidad, es un símbolo de la boda mística entre Cristo y la humanidad redimida. En la Iglesia oriental el novio recibe en la boda una corona real (*repraesentatio Christi*) y la novia una rama del árbol de la vida (*repraesentatio Ecclesiae*). No se puede representar más bellamente esta relación tan llena de gracia entre Cristo y la Iglesia; y no se puede enaltecer el matrimonio de manera más profunda que por la referencia mística a la encarnación y a los esponsales de la Iglesia. Matrimonio, mística de la Esposa de Cristo y virginidad, todo ello se encuentra en una misma misteriosa conexión. Cuando se separa lo que Dios ha unido, lo natural y lo sobrenatural, se secan todas las fuentes naturales.

Por la íntima *comunión de almas* de los esposos, por la mística glorificación del lazo matrimonial, Cristo dio a la vida de la mujer

una nueva consagración y una nueva significación para la sociedad. De ahí también la predisposición que la mujer tenía para aceptar la nueva doctrina y su influencia en la difusión de ella. Entre los griegos a nadie se le hubiera ocurrido cantar a su fiel esposa, sino sólo a la querida, a la *hetera* (cortesana). Mas en el cristianismo florecía un nuevo sentimiento respecto de la esposa. En las inscripciones de las catacumbas habla por primera vez el nuevo sentido de familia y la conmovedora gratitud del esposo por el tierno cuidado de su mujer: «*Dulcissimae uxori!*» [n. 46]. Allí no había perturbación sexual ni matrimonios mal avenidos, porque no había falta de fe, y ambos cónyuges olvidaban en Cristo su complicado yo.

Pablo no quería «sublimar» la vida sexual desde abajo, por vías psicoanalíticas, sino «espiritualizarla» desde arriba. Esto lo podía hacer únicamente partiendo del pensamiento fundamental de su doctrina de la redención, esto es, que Cristo había asumido toda la naturaleza humana, incluso con su sexualidad, y la había redimido: *Quod non assumpsit, non redemit*. De la doctrina de san Pablo sobre el nuevo matrimonio cristiano nació una nueva cultura de familia, que había sido ya presentada por algunos estoicos. «En un discurso apasionado recomendó el filósofo Favorino a las madres amamantar por sí mismas a sus hijos, y hay epitafios romanos que hablan de esta prueba de amor natural como de algo entonces desacostumbrado.» El cristianismo ha procurado que se abriese camino este sano impulso de la naturaleza. ¡Qué bendición, qué invitación a los deberes de la naturaleza recibió la cristiana edad media!: «en la visión ofrecida por Virgilio del niño divino que iniciaba una nueva era, y en la imagen que la Sibila tiburtina presentó a Augusto, en medio de la aurora de un nuevo tiempo: la imagen de la divina madre con el niño, que se levantaba como una salida del sol sobre el mundo» (W. PATER). Es un concepto verdaderamente elevado de la vida humana, el que Pablo anuncia en un tiempo en que la «Bestia» del Apocalipsis se disponía a arremeter contra el género humano. Hoy, que estamos bajo la amenaza del bolchevismo mundial, tenemos de nuevo mas inteligencia de dicho concepto. Produce escalofríos el poner al lado de la gigantesca solicitud del Dios trino por su criatura, según nos la describe Pablo, la opinión de un célebre astrónomo y físico: «A causa de una pequeña avería en la máquina (de ninguna trascendencia para el desenvolvimiento del universo) se formaron por casualidad algunos pedacitos de materia de tamaño indebido. Les falta el calor purificador de una temperatura más elevada o bien el frío enorme del espacio, igualmente eficaz. El hombre es uno de los resultados más espantosos de este fallo en las medidas de precaución antisépticas» (A. S. EDDINGTON, *Los nuevos derroteros de las ciencias psiconaturales*). Pero, por suerte,

nuestro autor no se detiene en este informe provisional de la física. Sigue adelante, y encuentra que el hombre considerado desde el exterior y físicamente es cierto que es «tan sólo un fragmento de materia astral que ha errado el camino», pero que la ciencia experimental, cuyo objeto es descifrar la escritura misteriosa de las sensaciones del ser humano, ha descubierto algo como primer componente del mundo experimental que medita sobre la verdad y cuya ansia perentoria es que las convicciones sean verdad y que jamás se cansará de preguntar: «¿Es que tus descubrimientos, tus hechos comprobados y tus conclusiones científicas, son realmente verdad?» E incluso nosotros mismos somos algo que también formula esta pregunta: «¿Cuál es la última verdad sobre nosotros mismos?» Mas si una vez hemos conocido la necesidad de la verdad como una de aquellas cosas que constituyen el ser del hombre, entonces estamos ya una vez más con san Agustín, cuyo más ardiente anhelo gira alrededor de la verdad, y de san Agustín a san Pablo no hay más que un paso. Pero san Pablo, de este ser enigmático al que importa que lo que piensa y cree sea también verdad, no conocía otra explicación sino que el hombre es una *imago Dei invisibilis* — una imagen del Dios invisible — una criatura del Logos eterno y recibe de parte del Dios trino y uno el último cumplimiento del sentido de su vida.

El pretoriano romano, que durante el dictado estuvo sentado silencioso en el fondo, ofreció a Pablo al fin de la carta materia para una imagen atractiva de la lucha de la vida espiritual. Con esta imagen del soldado romano con su armadura termina la carta.

58. La obra de reconciliación de Cristo

Carta a los Colosenses.

Un día Epafras, fundador de la iglesia de Colosas, había venido a ver a Pablo para pedirle consejo y ayuda. La gente del valle del Lico estaba en general llena de celo religioso y de amor fraternal, pero era algo doble y sutilizadora. Ocupábase de buena gana en fantasías y cavilaciones faltas de realidad. Pablo conoce a los frigios. Frigia era un peligroso rincón de tempestades, del cual ya en Mileto vio levantarse siniestras nubes de fantásticos errores. Estos frigios ven el mundo lleno de demonios, el cielo lleno de tronos, principados, potestades y dominaciones (Col 2, 15), el lugar intermedio sublunar lleno de espíritus de los aires debajo del cielo (Eph 6, 12). A los espíritus superiores los llaman en conjunto el «plero-ma», la «plenitud». Esta palabra estaba entonces en boga en Colosas. Todo el mundo habla de ella, así el artesano como el esclavo,

aunque no saben lo que es. A los espíritus inferiores los llaman la «vacuidad», el «kenoma». Jonia, la antigua patria de la filosofía, y Frigia, cuna de exaltación y fantasía, se hallaban en efervescencia religiosa. La naturaleza de esta región volcánica parecía favorecer semejantes extravagancias. El país bravío, resquebrajado, sacudido por frecuentes terremotos, lleno de hendiduras de la tierra y aberturas de cráteres, de los cuales manaban vapores sulfurosos, parecía a los hombres de allí el teatro de una lucha de los espíritus *. En Hierápolis mostraban la boca del infierno, llamada Plutonium, donde los espíritus hacían de las suyas. El filósofo Tales, que había nacido en aquella ciudad, afirma que «el mundo era vivo y estaba totalmente poblado por demonios».

Por las breves indicaciones del Apóstol no podemos señalar exactamente los perfiles de las doctrinas erróneas de entonces. Pero parece cierto que se trataba de una teosofía intrincada, resultante de desvarios judíos y helénicos. Los numerosos judíos establecidos desde los tiempos de Antíoco el Grande en Frigia procuraban hacer más agradable su judaísmo bajo la capa de la «filosofía». Ellos sabían narrar de varios géneros de ángeles y espíritus, que ya en el Sinaí habían intervenido para dar la Ley de Moisés. Prestaban homenaje a una fe desmedida en los espíritus y a una supersticiosa veneración de los ángeles. Decían que Cristo también era uno de estos ángeles medianeros, que por eso había servido a la Ley, y los cristianos debían hacerlo también. El error es ahora todavía relativamente inofensivo, pero pronto será un peligroso filtro, llenará varios siglos de la historia de la religión y será un enorme peligro para la Iglesia. «No es todavía el gnosticismo ilustrado de Manes, Marción, Valentín, Basíledes, pero, sin embargo, hay algo de todos ellos»¹¹.

Aquello era el primer estadio de una fermentación espiritual. Se sospecha que era de origen samaritano, de la escuela del mago Simón de Gitton y que también tenía influencias de la escuela de los esenios, pero sobre todo de la religión de Zoroastro. Esta creencia ocultista atraída de manera extraordinaria a una sociedad que, como antiguamente la india, estaba penetrada de un profundo sentimiento de hastío de lo terreno y una sed de liberación. Parece que giraba alrededor de los siguientes puntos: ¿Qué es el mundo de la materia? ¿Ha sido creada? ¿Proviene de un poder enemigo de Dios? ¿Qué es el mal? ¿Procede de la materia? La contestación de los nuevos filósofos iluminados era la siguiente: El mundo material es demasiado tosco, demasiado alejado de Dios; Dios está demasiado

elevado para ocuparse de la creación, dirección y gobierno del mundo. Éste le mancillaría. Así pues, hay que atribuir toda esta obra a fuerzas secundarias, a seres intermedios, a espíritus elementales (Col 2, 8) denominados eones. De no ser ello así, estos asuntos habrían apartado a Dios de la propia contemplación de sí mismo. Pero de Él nacen por emanación multitud de seres que van descendiendo en calidad hasta llegar a los demiurgos o constructores de mundos, y una de sus obras torpes y chapuceras es nuestro mundo asaltado de todos lados por toda clase de potencias de las tinieblas. El alma humana es una chispa luminosa del reino superior que se ha extraviado en la materia universal. Para poderla redimir, uno de los mejores eones, el Cristo celestial, se unió por medio del bautismo, en el Jordán, con el Jesús terrenal, pero le abandonó antes de la crucifixión. El redentor no es el crucificado Jesús, sino el Cristo que retornó al pleroma. Los iniciados en esta ciencia oculta se llaman orgullosamente a sí mismos iluminados (gnósticos), miran con desprecio a los simples creyentes (los písticos). La iniciación en esta doctrina se realizaba entre rigurosas mortificaciones y abstención de carne, vino y matrimonio (2, 23).

Esta filosofía de los iluminados quizá tenía una raíz en el pensamiento platónico de retraimiento ante el mundo, y otra en la opinión de Aristóteles que rechazaba la creación de la nada, porque consideraba incompatible el acto de la creación con la perfección de Dios. Y para él esto debía ser así, pues su concepto rígido de Dios, de un «acto puro» que en eterna inmovilidad y desapego se halla por encima del mundo de las variaciones, era demasiado pobre para poder abarcar el misterio de la creación.

Pablo no hubiera sido el pensador que fue en realidad, si en este fuego-fatuo que flameaba no hubiese conocido un peligro para el claro concepto de la fe. Su gran mérito está en que por su profunda visión de Cristo, de su iniciación en el oculto «misterio de Cristo» y en el plan de la redención universal, obtuvo tan profundo conocimiento del proceso de la vida interior de Dios, que el *hecho de la creación* no aparecía como indigno de Dios, sino que junto con el hecho de la redención manaba de una fuente común. Y esta divina fuente común es el acto eterno de generación, en el cual el espíritu de Dios se abraza a sí mismo, por conocimiento y amor, que giran entre el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo en una eterna corriente alternativa. La creación es como un desbordamiento, una revelación del amor de Dios hacia fuera, para repetir la imagen del Hijo querido siempre en nuevas formas, matices y grados de ser, comenzando desde el más alto querubín hasta la última débil sombra, hasta el último matiz, hasta la última isla al extremo borde del ser, que ya confina con la nada. El último porqué de la creación

* En el año 60, Laodicea y Colosas fueron destruidas por un terremoto, pero pronto fueron reconstruidas (TÁCITO, *Anales* 14, 27).

está en que el Hijo es su causa creadora y ejemplar y final: en Él, por Él, para Él (1, 16). Todos los seres tienen en Él su ideal y su medida interior. Las criaturas de suyo no tienen nada que hubiera podido mover a Dios a criarlas. Dios no puede determinarse por nada que no sea Él mismo. Si perdemos de vista este punto de partida trinitario, llegamos a un misterio irracional, a un salto incomprensible desde la nada. El misterio existe, sea como fuere. Nuestro entendimiento creado no está adecuado a lo suprainteligible. Dios y su creación son un misterio, pero un misterio de luz y de amor.

De una manera recia y elocuente encierra Pablo la grandeza de Cristo, que abarca el cosmos natural y el sobrenatural, en unas palabras misteriosas procedentes del ámbito cultural griego: «Está en la cúspide de todo, todo tiene en Él su existencia». Estamos aquí ante uno de los puntos culminantes de las definiciones paulinas de Cristo, al cual tan sólo puede compararse el himno a Cristo de la Carta a los Filipenses (2, 5-11). El alma del Apóstol, elevada, y de arrebatada visión, nos ha regalado aquí un himno litúrgico del primitivo cristianismo (1, 13-20) que, según testimonio de un gran conocedor de la antigüedad «tiene que causar gran impresión en todo el que tenga sensibilidad para la monumental arquitectura de la expresión oral»⁷⁵.

La vida terrena del Jesús histórico aparece al Apóstol rodeada de tan luminosa magnificencia, que sólo se puede entender si se sigue la huella esplendorosa de sus días sobre la tierra hacia delante y hacia atrás hasta dentro de la eternidad. La orientación del pensamiento entre los colosenses tendía a olvidar la función de Cristo como mediador entre Dios y los hombres, a apartarlo de su dignidad de sumo Sacerdote, para rebajarlo a la categoría de un ser espiritual subordinado, una criatura entre las criaturas. De aquí arranca el error gnóstico que consiste en «dividir a Cristo», como dice san Juan, hasta que tal errónea doctrina alcanza su punto culminante en Arrio y Nestorio. Todos ellos erraron en cuanto a la realza y primacía de Cristo, y con ello en cuanto a la dignidad de la humanidad que Cristo restauró. Con lapidarias proposiciones presenta Pablo (1, 19) el *primado de Cristo*: Dios no ha vertido su fuerza en espíritus subordinados, sino que ha derramado «toda su plenitud de ser» en el Hijo. El ser divino no se ha disipado en millones de centellas; todo el ardor del sol está resumido en Cristo. No estamos sometidos a un espíritu o gobernador subordinado, sino que dependemos inmediatamente del Hijo querido del eterno Padre. Aquellos ángeles, que debieron de hallarse presentes en la promulgación de la Ley en el Sinaí, y aquellas otras «potestades», «principados» y «dominaciones» y «poteríos», de que hablaban los judíos y persas, están desarmados y han de servir al triunfo de Cristo. Las

supuestas apariciones de ángeles en Colosas sólo eran apropiadas para producir una manía morbosa de visiones (2, 18) [n. 47].

Como en el problema de la creación, fracasó también la gnosis en el *problema del mal*. Lo que el mal tiene de diabólico en este mundo es tan ilimitado, el padecer es tan sin medida, que cualquier intento de solución natural de una teodicea lleva forzosamente a la desesperación intelectual y toda forma de solución dualística debe terminar en un pesimismo sin esperanza. Aquí hay sólo una solución: la cruz de Cristo. Sin la mística del Apóstol sobre los padecimientos no se puede superar este problema. Él mismo se da la razón de sus padecimientos considerando que no son ellos sus padecimientos personales, sino que padece como miembro del cuerpo místico de Cristo y cumple la medida de las penas de Cristo destinada a él y todavía no llenada, lo cual es provechoso a todos (1, 24). A todo miembro del cuerpo místico le corresponde una parte reservada en los padecimientos de la cabeza de dicho cuerpo según su grado de proximidad; a los apóstoles la porción mayor. Ellos son los protagonistas en el teatro de Dios (1. Cor 4, 9). Este pensamiento es para Pablo un manantial de espiritual alegría. HARNACK dice en su obra *Marción*: «Religión es redención. En los siglos I y II el indicador de la historia de la religión se halla en este punto. No podía haber un dios que no fuera un redentor al mismo tiempo. De manera maravillosa, la religión cristiana salió al encuentro de esta idea, y el apóstol Pablo la estructuró de tal manera que puso a Cristo como Redentor en el centro de toda la predicación cristiana». Pero en el pensamiento griego había el gran peligro del unilateralismo, de la sutileza y del apartamiento del mundo. La vida de los antiguos estaba sembrada por una profunda problemática. Entre la divinización del mundo y la huida del mismo, entre el anhelo de redención y el pánico ante los demonios, el paganismo no pudo encontrar en ninguna parte lugar donde el alma pudiese echar el ancla. Se había entendido siempre mal la redención del alma tomándola por una liberación de entre las mallas del mundo material. En el siglo II llegó a ser tan importante este movimiento, que incluso reclutó entre sus filas a tres de los más importantes representantes del cristianismo oriental: Marción, Taciano y Bardesanes. Hacia el año 80 se presentó en Roma un rico y joven armador, de cuya osadía estaba tan asustado su propio padre, el obispo de Sinope en el Ponto, Asia Menor, que le excomulgó. Éste era Marción. En nombre de Pablo anunciaba la nueva religión de redención e interioridad: Pura y simplemente, junto a la redención no puede haber otra cosa; es algo tan grande, tan elevado y tan incomparable, que aquel que la ha traído no puede ser precisamente nada más que el Redentor. Esta acentuación tan parcial del amor

redentor de Dios le llevó tan lejos, que ya no le fue posible encontrar un puente para salvar el abismo que se abría entre el Dios de la creación y el Dios del amor. Todo lo que había pasado en el mundo antes de Cristo no era para él más que un feo y repugnante drama desde el cual nos contemplaba la terrible faz del Creador y Dios de los judíos. Pablo ya había arrojado de sí a este Dios y a su ley. Esto es precisamente lo conmovedor de la sublime acción redentora de Cristo; el hecho de que a nosotros los hombres, que ni siquiera somos sus criaturas, nos haya libertado del poder del Dios creador. Marción exclamaba patéticamente: «¡Oh, maravilla sobre toda maravilla, arrobamiento, poder y admiración es, que nada se pueda decir sobre el Evangelio, ni pensar sobre él, ni compararlo con nada!» ¡Qué trágico resulta que Pablo fuese tan mal entendido por su apasionado discípulo! Las consecuencias fueron devastadoras: de aquí nació el espantoso extravío espiritual del gnosticismo, foco de todas las herejías de aquel tiempo. La última consecuencia de esta visión pesimista fue una ascética de la huida del mundo, que pretendía poner trabas a la propagación del género humano. Harnack, que siente mucha simpatía por Marción, recuerda el parentesco espiritual de éste con el cristianismo ruso de Tolstoy y de Gorki. «La emocionante obra de GORKI, *El asilo nocturno*, puede calificarse sencillamente de drama marcionítico, puesto que el “forastero” que en ella aparece es el Cristo de Marción, y su “asilo nocturno” representa el mundo.»

Como si Pablo hubiese presentado el error de su apasionado discípulo, describe a Cristo como la imagen creadora del Padre, que reúne en sí toda la plenitud de la divinidad, es Dios de Dios, luz de luz, y, con todo, hombre entre los hombres, que con su sangre cerró la sima que había abierto el pecado entre Dios y el mundo. El mundo no está hecho por el Diablo ni es del Diablo. No debemos desechar como incurable al mundo con su historia, su miseria y su pecado; está necesitado de curación, sí, pero también es capaz de curación. No debemos abandonar el mundo a sí mismo, renunciando a trabajar y obrar en él. Así Pablo con su severa y marcada dogmática de Cristo preservó al cristianismo de que se hundiese en la mezcla de religiones orientales, y lo convirtió en una masa creadora de la civilización occidental. Sin este hecho de salvación el Occidente hubiera venido a ser una provincia del espíritu asiático. Zoroastro o Mahoma hubieran determinado la suerte de Europa bajo dominación mogólica. Los celtas y los pueblos del norte comenzaban ya a dudar del poder de los dioses. De parte de ellos no había que esperar la salvación. Entonces los ángeles de las naciones acudieron al Eterno: «¡Apiádate de la esperanza del género humano!» Y Pablo recibió el poder y la misión: «Vosotros

habéis oído el Evangelio, en toda la creación de debajo del cielo ha sido anunciado: yo, Pablo, fui hecho su ministro» (Col 1, 23).

La iniciación en la nueva *religión de lo interior*, en la «vida oculta en Cristo» (3, 4), efectúase en Pablo no como en ciertos filósofos de Colosas por una ascética ceñuda, aparentemente santa. Los «trasladados al reino del Hijo querido» no deben dejarse cercar por los antiguos «elementos», que corresponden más bien a un período de niñez religiosa. Dios ha borrado estos estatutos, y la escritura de la antigua Ley la ha clavado en la cruz cual trofeo de victoria (*tropaion*), como bandera conquistada en el campo de batalla (grab. 12). La conciencia cristiana se refiere a ordenaciones más santas. Por eso en vez de cuidar de que la olla de la carne no toque la olla de leche, cuidad, quiere decir Pablo, de que las personas no se molesten unas a otras²⁷. En vez de imponeros ciertas obligaciones: «¡No tomes! ¡No gustes! ¡No toques!», haceos decir más bien: «¡Sufríos los unos a los otros, perdonaos mutuamente, amaos recíprocamente, tened paz entre vosotros, sed agradecidos unos a otros!» (3, 12-15). En vez de no tocar moneda alguna que tenga inscripción pagana, despojaos más bien del hombre viejo con sus inclinaciones paganas y estableced la imagen de vuestro Creador en vuestro corazón. ¡Estimad en más la unidad en Cristo que las diferencias que han establecido la dignidad, la posición social y la sangre! Ésta fue la respuesta del Apóstol a los intentos de dividir el cristianismo en una doctrina secreta para los iniciados y en una religión general para los simples creyentes. Pablo ha preservado al cristianismo del peligro de que diese en un ascetismo de espaldas al mundo. San Simeón Estilita, que perseveró en un estado extático y despierto cuarenta años, apoyado en un bastón, sin comer ni dormir, sobre la estrecha plataforma de la columna de un templo antiguo, mientras su cuerpo se desmoronaba lentamente — este milagro de la ascética, que se elevó sobre todo lo terreno y humano y abandonó el mundo a su perdición — y todos los demás ascetas de la Iglesia oriental, que brillaron como lumbreras en el cielo de un mundo que se hundía, no fueron el ideal de san Pablo. Para él el cuerpo no es sepulcro del alma, ni el nacimiento terreno es la muerte del ser espiritual-psíquico. «No queremos ser despojados del cuerpo, sino revestidos, para que lo mortal mismo sea absorbido por la vida.» Con estas palabras, dice san Juan Crisóstomo, son censurados los calumniadores del cuerpo, los acusadores de la carne.

A Pablo importaba conservar a la religión de Jesús su carácter universal de una escuela de educación para todo el género humano, pero abrir al mismo tiempo al conocimiento superior, a la filosofía cristiana y a la mística, una puerta que debía continuar abriéndose de siglo en siglo, para hacer afluir toda la luz de la razón e

investigación hasta llegar a la Suma Teológica de santo Tomás de Aquino, en la cual la fe y la luz de la razón aparecen mezcladas en un místico claroscuro.

Muy pronto después de Pablo, los alejandrinos experimentaron «aquella alegría espiritual del pensamiento cristiano»²⁶ cuyas puertas les abrió el Apóstol. Con el entusiasmo que les confería la idea de la superioridad del cristianismo, usaron los conocimientos filosóficos de los griegos, como medio para hacer más comprensible la idea de su «nuevo Dios». El estado científico de la escuela cristiana de Alejandría debía de ser muy elevado cuando Clemente pudo exclamar: «A partir de Cristo, ya no necesitamos escuelas humanísticas (paganas). Este Maestro lo enseña todo. Gracias a él, todo el orbe se ha convertido en una Atenas y en una Grecia». Pero Pablo fue, sin embargo, el que había preparado la penetración del Logos de que habla san Juan en el mundo de las ideas cristianas, incluso aquel *Logos spermatikos*, cuya simiente de luz, como dicen los Padres, fue cayendo aquí y allá «junto al camino», entre los paganos. Uno de estos primeros rayos luminosos del Logos fue percibido ya por el poeta PÍNDARO (VIII Oda pítica), cuando escribió: «¿Qué es el hombre? ¿qué es lo que no es el hombre? El sueño de una sombra. Pero si desciende un rayo de luz procedente de Zeus, entonces todo es clara luz y vida apacible entre los humanos».

Todos los amigos orientales se agrupan alrededor del Apóstol, el cual está dictando la carta, según deducimos de la lista de los saludos. La habitación alquilada del Apóstol se transforma en un agradable local de servicio religioso, en una capilla doméstica, en la cual los amigos hacen mención de los hermanos ausentes entre oraciones, cánticos y partir pan (1, 3 y 9). Oímos procedente del coro de los que ruegan, especialmente la voz de Epafras, fundador de la comunidad de Colosas, el cual lucha por las almas de sus hijos espirituales. Pablo está profundamente conmovido por el fervor religioso de este hombre verdaderamente apostólico (4, 12). Así obtenemos una imagen cada vez más clara del mundo del preso de Cristo: es un constante ir y venir alrededor de él, unos hermanos se van y otros vuelven, llegan noticias, salen cartas. De abajo sube el confuso ruido de la agitada ciudad imperial, pero allí arriba, a pesar del aire de prisión, reina un ambiente de paz y de amor. Detrás, en el ángulo, está sentado el serio pretoriano. Viene un ligero presentimiento de que aquel a quien vigila no es el peligroso cabecilla de una banda internacional de conjurados, sino la cabeza espiritual de una organización muy ramificada, que ora incesantemente por la prosperidad del Imperio, y en cuyas manos los destinos del Estado romano descansarían con más seguridad que en las de un señor imperial.

Entre las muchas visitas que Pablo recibía todos los días, fue una de las más interesantes y más tiernas la de un joven esclavo fugitivo. Interesante sobre todo porque nos hace ver de un modo admirable la manera como el joven cristianismo lucha con el problema social; tierna, porque nos muestra al Apóstol por un nuevo lado sumamente simpático: en su noble humanidad, en la manera como sabe elevar lo más ordinario a un ambiente sobrenatural. Con la Carta a Filemón, san Pablo se ha erigido un monumento inmortal de su bondad.

Filemón, un rico comerciante de Colosas, había adquirido en almoneda en algún mercado de esclavos por una elevada suma un joven despierto, inteligente. Dio al joven sin nombre, huérfano de padre y madre, el nombre de Onésimo («útil»). Éste hizo una travesura propia de sus años, hurtó a su señor, y luego por miedo al castigo huyó insensatamente y llegó finalmente a Roma, punto de reunión de todos los extraviados, cloaca de todos los vicios. Pero la realidad se mostró algo diferente de lo que él había soñado. El dinero pronto se acabó, y la policía romana seguía eficazmente la pista del esclavo escapado. Como fugitivo se hallaba fuera de la ley; por debajo de la categoría de esclavo, estaba como proscrito y abandonado a la carrera del crimen. En tales horas, ¡qué horribles cosas no pasan por el alma de un hombre desesperado! Pero la gracia de Dios tuvo un punto de contacto con esta pobre alma de esclavo. Filemón y su mujer Apfia pertenecían al número de los recién convertidos y de los más íntimos amigos del Apóstol, al número de aquella suerte de amigos a cuya casa puede uno tranquilamente invitarse a sí mismo y encargar le dispongan hospedaje, como lo hace Pablo (versículo 22). Su casa era al mismo tiempo un lugar donde se celebraba el culto religioso y los cristianos entraban y salían. Algunos suponen que *Arquipo*, que cuidaba del servicio religioso, era hijo de la casa. Quizá Onésimo se encontró en la calle con Epafras, o se acordó en su situación apurada del bondadoso Apóstol, a quien antes tantas veces hubo de llevar una carta de su amo. ¡Dónde podía hallar mejor refugio que en el corazón de un cristiano! Pero halló todavía más: la mayor dicha de su vida. Así este esclavo escapado es un hermoso triunfo de la gracia divina, y la carta en que viene a resonar todo esto desde tiempo antiguo, debemos considerarla como monumento de la gracia.

Un día, pues, Onésimo llamó a la puerta de la casa de Pablo. Éste le pregunta si viene a traerle alguna carta de su señor. Onésimo queda confundido y perplejo. Pero, ¿cómo se puede ocultar

algo a estos ojos penetrantes y, con todo, tan bondadosos? Y ahora vino la confesión del hijo pródigo. El caso de Onésimo era serio. A un esclavo escapado, si se le cogía, se le solía imprimir en la frente una F (*Fugitivus*) con hierro candente (CICERÓN, *De off.* 2, 7; MARCIAL, 8, 75, 9; VALERIO MÁXIMO, 6, 8). Como a ladrón podía su señor hacerle azotar hasta la muerte, o enviarle al *pistrinum* (tahona), donde el esclavo había de dar vueltas a la rueda de molino por toda su vida. De la primera mitad del siglo IV tenemos todavía una lámina de metal que llevaba al cuello un esclavo huido de un ministro de la Iglesia de San Clemente, con esta inscripción: «*Tene me quia fugi et reboca me Victori Acolito a Dominicu Clementis*» (GRISAR, *Geschichte Roms*, p. 354); esto es, el esclavo escapado debe en caso de nueva huida ser devuelto a la iglesia de San Clemente. A la verdad, Onésimo no tenía que temer las cosas peores de Filemón. Pero si su señor presentaba denuncia y él era prendido por la policía, el asunto podía tomar un mal cariz y crear a Pablo una situación muy ambigua.

Pablo fue de opinión que Onésimo volviese a casa de Filemón. El esclavo se estremeció al oír esta insinuación. ¡Ah, si él tuviese alguno que le rescatase! Los esclavos habían fundado entonces para el rescate especiales cajas de ahorros en los templos, las cuales estaban bajo la protección de un dios. El señor iba con el esclavo al templo, tomaba el dinero de rescate, por decirlo así, de la mano del dios, y así el esclavo era un liberto del dios. Pablo reflexiona un rato. Onésimo — díjole luego probablemente el Apóstol —, yo conozco a un señor que puede rescatarte. Yo soy pobre, pero Él es tan rico, que puede rescatar a todo el mundo. Los ojos de Onésimo brillaron. ¿Cómo? ¿Sería ello posible? — ¿No has oído nada todavía de Cristo, Redentor del mundo? — ¡Oh, sí! Filemón ha hablado frecuentemente de Él. Y desde que se hizo cristiano, fue todavía más querido de nosotros. Algunos de sus esclavos se han hecho también cristianos. — Pues mira, Onésimo, quiero mostrártelo a ti, nuestro magnífico Cristo. Él es el eterno Hijo de Dios, más libre que todos los libres. Y, con todo, dejó su libertad y magnificencia y tomó forma de esclavo, murió voluntariamente la muerte de esclavo para rescatarnos a todos de una mucho más dura esclavitud. Y Pablo le cuenta bajo qué esclavitud de la ley estuvo él consumiéndose en otro tiempo y cómo halló su libertad en Cristo. ¡Querido Onésimo! — le diría —, *habemus bonum dominum!* (¡tenemos un buen señor!) En Cristo no hay libre ni esclavo. Sin embargo, todos juntos somos sus esclavos. Pero, ¡qué esclavitud! El último esclavo de Cristo es más libre que el más libre entre los hombres. Su yugo es dulce y su carga ligera. ¡Ah, Onésimo, no me hables de la libertad de los hombres! Mira, en otro tiempo me

juzgaba libre y era, con todo, el siervo más miserable, un esclavo de la letra y de una triste ilusión. Creía vivir y estaba muerto. Mas desde que estoy muerto con Cristo, desde que estoy crucificado para el mundo, sé lo que significa vivir. En otro tiempo, cuando todos me tenían por feliz, era muy infeliz y clamaba en angustiosas noches de dolor: ¿Quién me librará de este cuerpo que trae la muerte? Pero desde que recibí cinco veces azotes por Cristo, fui castigado tres veces con varas y una vez apedreado, y además fui expulsado de ciudad en ciudad, estuve expuesto a todos los peligros por mar y tierra, a todos los rigores del tiempo, a todas las privaciones, y por espacio de treinta años llevé una vida de fatigas y trabajos, sé lo que se llama verdadero gozo, y puedo decir siempre a los míos: ¡Alegraos en el Señor! Fui joven, y ahora mis cabellos están encanecidos, pero el Señor renueva mi juventud. ¡Onésimo, no temas la marca hecha con hierro candente en la frente! Los que llevan una marca en el alma, en su conciencia, éstos son los verdaderamente afrentados con el castigo de la marca (1 Tim 4, 2). Todo se reduce a lo que está oculto en la conciencia. ¡Cuán magnífica es la libertad que nos ha dado Cristo!

Onésimo escuchaba con ojos resplandecientes. Nunca un hombre le había hablado así. ¡Qué fuente maravillosa había de ser aquella de la que manaba semejante vida, semejante victoriosa superioridad de espíritu! Pablo experimentaba un vivo sentimiento de amor hacia el joven esclavo. Los jóvenes tenían siempre un especial atractivo para él. Y este joven fugitivo tenía en sí algo amable, a pesar de su bribonada. Onésimo sentía que aquel corazón simpatizaba con él. Venía cada día con más frecuencia. Originóse una estrecha amistad entre ellos. Y un día, cuando de nuevo estaban sentados juntos y Pablo derramaba su corazón amante de Cristo, Onésimo se hincó de rodillas ante él y pronunció su credo. No fue ésta la primera ni la última vez que una visita a Pablo terminaba de esta manera. El pretoriano allí, detrás, en su puesto, podía contar algunos casos semejantes.

En el ulterior decurso de la historia de Onésimo se mostró el carácter especial del cristianismo, el cual es una estrecha *unión de religión y ética*. El cristianismo reúne el más elevado vuelo de ideas con el más sobrio sentido de la realidad. Es a veces una religión muy incómoda y puede ser muy poco agradable. Entre los gentiles la religión y la moral eran cosas enteramente separadas. Más aún, había hasta dioses inmorales. La religión y la moral eran paralelas entre sí sin relación alguna o era contraria una a otra. Se podía ser un piadoso venerador de los dioses y con todo un envilecido moralmente. Sólo el cristianismo exigía completa consonancia de la conducta religiosa y moral, porque la religión y la

moral manan de una sola fuente. La religión de Pablo era una cuestión de índole totalmente práctica y no se contentaba con una actitud puramente intelectual. Onésimo, has de volver a Filemón, confesar tu culpa y aceptar el castigo, si Filemón lo exige. Será para ti duro volver, y también para mí dejarte ir. Hemos llegado a ser buenos amigos, y yo podría usar bien de tus servicios. Pero no puedo atentar al derecho de un tercero. Con todo, quiero escribir una cartita a mi antiguo amigo Filemón y tú acompañarás a Tíquico y la llevarás. El Apóstol se sentó y dictó a Timoteo la carta. Es la única carta privada en un asunto puramente privado que tenemos de Pablo. Ella nos da a conocer más profundamente el corazón del que la escribió, que otras cartas cargadas de ideas. ¿Dónde está el hombre cuyas cartas privadas necesitan tan poco huir de la luz de la publicidad y de la más severa crítica? Aquí está. Todo lo que escribe Pablo, todo billete, toda nota que sale de su mano, lleva el sello de su espíritu, viene del centro de su corazón apostólico, resiste la sonda más rigurosa.

San Pablo omite todo título de cargo, toda indicación de su cargo apostólico. Pero en vez de esto hace sonar confidencialmente la cadena: «¡Cautivo de Jesucristo!» para anunciar un motivo religioso. Filemón gobierna una gran casa con mucha servidumbre, con docenas de esclavos y esclavas. Pablo sabe que seguramente leerá en público la carta en el culto religioso doméstico. Por esto también un saludo «a la comunidad de tu casa». Pablo ha adquirido sobre Filemón propiamente un derecho de paternidad sobrenatural, y en vista de ello podría también exigirle una vez algo muy práctico. Pero como sabe cuán fino hombre es Filemón (v. 5-7), con el cual no hay necesidad de mandato, apela antes bien a la ley del amor. El pastor de almas alcanza más con ruegos que con mandatos. Hábilmente sabe Pablo agrupar los motivos con hermosa gradación. «Yo, Pablo, anciano.» La cara canosa, arrugada del Apóstol está ante Filemón. ¡Cuán atractiva es esta humildad de un anciano enfrente de un joven! El conmovedor retrato del anciano Apóstol por Rembrandt (v. el grabado del frontispicio) se presenta ante nuestra alma: ¡encanecido en el servicio de Cristo! Ahora todavía más: un preso, que no piensa en su propia pobreza, sino que ruega por otro. «Cautivo de Jesucristo»: toda la cristiandad en su persona está entre cadenas. Cuando ruega en este nombre, y además por su propio «hijo», por su hijo espiritual, entonces sabe que Filemón no le tendrá odio, ¡ni aun cuando aquel por quien ruega se llame Onésimo! ¡Ahora ha salido fuera la palabra fatal! Sólo después de una preparación psicológica pronuncia el nombre, porque conoce que despierta sentimientos desagradables en Filemón, quien se acordará de la ingratitud de un esclavo para

con quien siempre ha sido tan bueno. Pablo ve un fruncimiento de ira entre las cejas de Filemón. Procura al punto hacer que desaparezca, con un pequeño chiste, un juego de palabras con el nombre de Onésimo: el cual fue en algún tiempo un bribón, pero ha cambiado radicalmente, se ha hecho un mozo muy útil, para ti y para mí. Filemón siente cómo la mano del amigo pasa con suavidad sobre su frente. ¡Te lo vuelvo a enviar, recíbelo como a mi propio corazón! Esto es pedir mucho. Pero si Pablo habla así, entonces ha de hallarse algo en este Onésimo. Y ahora canta Pablo el elogio del pobre esclavo: Yo le hubiera retenido conmigo de buena gana, podría continuar todavía prestándome preciosos servicios en cosas del Evangelio en lugar tuyo; esto es, como él es propiedad tuya, todo servicio que me presta por amor de Cristo, es como si hubiese sido prestado por ti mismo. Pero nada quise hacer sin tu consentimiento. Pablo reconoce el antiguo orden de derecho, y el derecho de Filemón que de él procede. Él hubiese podido retener consigo a Onésimo suponiendo el asentimiento del señor ausente. Pero esto hubiera parecido una especie de violencia, y Pablo era el más declarado adversario de toda violencia, de toda presión moral, especialmente en cosas materiales, para no hacer caer ninguna sombra sobre el Evangelio.

Y ahora viene una fina y admirable vuelta a lo sobrenatural. También el pecado, la desobediencia, la violación del derecho cometido por el hombre los admite Dios en los planes de su providencia, cuenta de antemano con ellos y los pone en su ecuación como una «incógnita», como x, pero que para Él es bien conocida. Dios ha dispuesto, sin duda, que él se separase de ti por algún tiempo, para que le recobrases para siempre, y no ya como a esclavo, sino más que como a esclavo, como a hermano querido. ¡Un fino rasgo característico del cristianismo como comunión de almas de los que, separados antes exteriormente por diversas suertes, se entienden y hallan en Cristo! Onésimo ha faltado, sí. Mas donde Dios perdona, debe el hombre también perdonar. Ante Dios su falta fue precisamente el impulso para su conversión. Te ha causado pesadumbre, pero valía la pesadumbre. Creíste tener un perjuicio y has hecho propiamente un brillante negocio: ¡en vez de un esclavo recibes a un hermano!

Sobre la base de la relación de paternidad espiritual reina entre Pablo y Filemón una especie de comunidad de bienes, o, como lo expresa Pablo de un modo comercial, una especie de participación. Si me consideras como a socio, recíbele como a mí mismo, por decirlo así, como a mi fondo de nuestra compañía de comercio. Si te debe algo, apúntalo a mi cuenta. Yo, Pablo, con esta carta te escribo de mi puño la cédula de reconocimiento de mi deuda. Hu-

biera podido decir también: a tu cuenta. Pues tú eres deudor de más a mí que yo a ti, a saber, de ti mismo, de tu eterna felicidad, de tu cristianismo. Sí, hermano, permite que yo advierta una vez en el Señor mi ventaja de negocio cerca de ti. Tú has consolado a tantas almas con tus obras de caridad: ¡consuela también a mi corazón en Cristo!

Aunque se busque en toda la antigua literatura epistolar, no se hallará «documento humano» que resista una comparación con esta carta. Léase la carta de Plinio a su amigo Sabiniano en la que le ruega dispense de torturas a un esclavo que se había escapado. Por el momento ya está bastante castigado con la severa reprimenda que de él (Plinio) ha recibido. Pero en caso de que reincidiera, ya le puede tratar sin compasión. La comparación se inclina sin duda alguna a favor del Apóstol. La gran afinidad del estoicismo con el sentido ético del cristianismo se manifiesta en la conducta de Plinio con respecto de sus propios esclavos. Su liberto Zósimo se puso enfermo del pecho y Plinio lo mandó a Egipto. Zósimo regresa curado, pero empieza otra vez a vomitar sangre, y Plinio se preocupa de mandarlo a casa de un amigo en la Riviera. A sus esclavos les permitía hacer testamento, cosa reservada únicamente a los hombres libres. También era magnánimo el comportamiento de Cicerón, según se desprende de la siguiente carta a su hijo Marco (53 a. de J. C.): «Con la manumisión de Tirón, querido hijo, me has dado una satisfacción muy grande, ya que es que le consideras digno de mejor suerte y quieres ver en él a nuestro amigo en lugar de ver a nuestro esclavo. Te lo agradezco y te felicito por ello». Se puede comparar, además, con la carta del párroco cristiano Caor de Hermúpolis, dirigida al centurión Flavio Abineo (346 d. de J. C.), interesándose por un desertor: «Desearía hablarte, mi señor, del asunto del soldado Pablo. Por su huida perdónale ahora una vez más. Ahora no tengo tiempo para ir a verte. Otra vez volverá voluntariamente a tu encuentro. Te deseo bienestar por muchos años mi señor y hermano»⁸. ¡Qué diferencia en el tono y contenido de pensamientos a pesar de la igualdad de motivo!

La Carta a Filemón no es solamente una obra artística de discreción y cortesía, es también algo así como un principio de la *declaración cristiana de los derechos del hombre*. San Pablo no podía pensar en declarar la esclavitud sencillamente como abolida. La razón social, la seguridad del Estado, el interés de los mismos esclavos no lo permitían. El Imperio romano contaba entonces muchos más esclavos que ciudadanos libres. Ellos formaban una gran parte de la hacienda. Una casa con varios miles de esclavos no era algo desacostumbrado. Séneca dice que no llevaban un traje diferente del de los ciudadanos, para que ellos mismos no pudiesen

comprobar que eran mucho más numerosos. Millones de manos industriales se movían en las casas, en las haciendas, en las fábricas, en las curtidurías, etc. Eran «los inapreciables servidores de la civilización romana»³. Activaban todo el ejercicio del arte y el lujo artístico. San Pablo no podía influir en la suerte de los esclavos sino suavizando. Dada la situación en que se hallaban entonces las cosas, el anuncio de la manumisión de esclavos hubiera significado el desencadenamiento de la guerra civil, provocado un general levantamiento de esclavos y amenazado con la ruina a la misma joven Iglesia. La experiencia de todos los siglos, el ejemplo de la gran revolución francesa enseñan que el tránsito demasiado súbito e inmediato de la esclavitud a la libertad no significa ninguna dicha aun para los favorecidos con ella. Si hoy consideramos la esclavitud como una contradicción con la razón moral, hemos de pensar que en nosotros habla la razón iluminada por el cristianismo. La antigüedad clásica, aun Aristóteles, nada vio en la esclavitud contrario a la naturaleza. En general, la *situación de los esclavos* era muy triste. «No hay ninguna acción ilegal contra un esclavo», era principio por todos reconocido. El tratamiento práctico de los esclavos era en la mayoría de los casos mejor que la situación jurídica. Los más humanos con los esclavos eran los judíos por efecto de su ley religiosa; entre ellos ninguno era esclavo más tiempo de diez años. Los griegos eran con los esclavos más benignos que los romanos. Podía muy bien acontecer que algún millonario falto de dignidad alimentase a sus peces con carne de esclavo. Pero tales casos no deben generalizarse. SÉNECA escribe a Nerón: «Debes ser benigno con tus súbditos; pues al señor que es cruel con sus esclavos toda la ciudad de Roma le mira con desprecio y señala con el dedo» (*De Clem.* 1, 18, 3; véase, además, *Eccli* 7, 22-23).

Cuando la filosofía fallaba, el asunto había de ser considerado más profundamente, desde lo religioso. Sólo la fe en la unidad mística de todos los hombres en Cristo, la igualdad de todos en Dios, con tal que saliese de la región de lo ideal y se sintiese como realidad, podía aproximar gradualmente la cuestión a la solución. Primeramente el trato debía ser más humano, luego la esclavitud había de pasar a ser una servidumbre suave, y sólo después podía desaparecer enteramente. El fundamento lo había puesto ya Pablo en su Carta a los Gálatas, cuando anunció la «carta magna» de la libertad cristiana: «Pues todos los que habéis sido bautizados en Cristo, estáis revestidos de Cristo. Y ya no hay distinción de judío, ni griego, ni de siervo, ni libre; ni tampoco de hombre, ni mujer. Porque todos vosotros sois una cosa en Jesucristo» (*Gal* 3, 28). ¡Por tanto, una unidad personal, no objetiva o ideal! Los esclavos eran

tenidos por los gentiles hasta en lo religioso como hombres de segunda clase, como hombres inferiores, como hombres sin religión. Se les dejaban sólo los cultos subordinados de las deidades de los campos, bosques y praderas, pero no se les permitía ninguna participación en la religión oficial. Pablo, por el contrario, anuncia completa igualdad religiosa: «En un mismo espíritu hemos sido todos bautizados para componer un solo cuerpo» (1 Cor 12, 13). ¡Cómo se podía despreciar a aquéllos, si el mismo Espíritu Santo no hacía diferencia en la comunicación de los carismas! En la Primera Carta a los Corintios (7, 21) Pablo defiende este punto de vista: Al estado de vida exterior no se le toca por el bautismo. El bautismo y el cristianismo de suyo no deshacen ni el vínculo conyugal ni los órdenes sociales. Mas transforman el alma y la elevan sobre las contingencias humanas y diferencias de clase. Otra postura hubiese sido peligrosa aun para la Iglesia. ¡Cuántas conversiones aparentes se habrían producido, de haber Pablo proclamado de un modo general la libertad social! Pablo, pues, no podía quedar por debajo de Diógenes, el cual, presintiendo el cristianismo, expresó en hermosas palabras un elogio de la libertad interior del alma frente al estado exterior: «Desde que Antístenes (su maestro) me ha dado la libertad, ya no he vuelto a ser esclavo». En la Carta a Filemón tuvo Pablo ocasión de hacer la prueba por el ejemplo. No es amigo de soluciones generales; antes bien trata cada caso de por sí en particular, pero de manera que siempre se entrevé la solución fundamental. La cuestión que suscitaba el caso de Onésimo, era ésta: «¿Puede un esclavo libertado por la sangre de Cristo, sacudir también el yugo de su amo terreno?» ¿El señor cristiano, por la conversión de un esclavo al cristianismo, está obligado a algo? La decisión del Apóstol es de una magnífica consecuencia. Él no altera nada en el orden del derecho romano. Desea a la verdad la manumisión, pero deja la decisión a la conciencia cristiana.

También la primitiva Iglesia conservó la estima paulina de lo humano en la condición de los esclavos. El esclavo era admitido a todos los cargos eclesiásticos. Era una novedad nunca oída, el que la Iglesia romana, la más célebre entre todas, fuese gobernada, ora por el vástago de una *gens illustris*, como el papa Cornelio, ora por un antiguo esclavo, como el papa Calixto.

Sin embargo, tampoco faltaron aquí del todo las situaciones violentas debido a las diferencias sociales. El tono de superioridad con que HIPÓLITO DE ROMA (*Philosophumena* IX 11, 12) como portavoz de la aristocracia romana echó en cara a su rival Calixto su antigua condición (de que cuando era esclavo habíase fugado, y después de ser nuevamente capturado había sido condenado a la ignominiosa pena de trabajar en el molino y en las minas) re-

vela cierto orgullo de clase que más tarde aparece tan acentuado en el papa LEÓN I (*Ep.* 4) y que durante la edad media dominó en alto grado a la jerarquía [n. 48]. Fue una bella manera de dar gracias a Pablo, cuando posteriormente se aludía a él en los documentos cristianos de manumisión de esclavos: «Pero como con su voz potente, Pablo dijo bien claramente: “No es esclavo, sino un hombre libre”, ¡mira! yo también, te dejo a ti en libertad a partir de hoy, esclavo mío, a quien había comprado yo con mi dinero»⁸.

Todo lo que hay en el mundo cristiano de legítima libertad, procede en alguna manera de la herencia espiritual de Pablo, el fiel intérprete de Jesús. «Yo, Pablo, preso por amor de Cristo, te ruego por mi hijo, a quien he engendrado entre cadenas.» ¡Venerable nos sea por siempre el hombre que en un tiempo en que estaba sentado en el trono un Nerón, tenía en sus labios semejante ternura, y estando él mismo entre cadenas rompía las del género humano!

60. «El salto de Dios»

Carta a los Filipenses.

La primera conquista en suelo europeo, la Iglesia de Filipos, había sido siempre la predilección del Apóstol. La romana seguridad y sentido de orden de esta colonia romana se aproximaba más a su seriedad semítica que a la inconstancia griega. Allí no había ninguna alta especulación sino un cristianismo muy práctico. Del todo inesperadamente había llegado un día a la casa de Pablo Epafrodito, un calificado ciudadano de Filipos, con una importante ofrenda de la comunidad. Pablo se alegró sumamente de esta prueba de afecto. Sabía quién era la fuerza impulsora de este rico presente: ¡un fiel corazón apostólico de mujer! Lidia era inagotable en bondad. Había de tener siempre alguno de quien cuidarse. Hay expositores que conjeturan que su nombre se oculta debajo de la expresión festiva «noble compañero de yugo». Mas también podía aludirse con ello a Lucas, que había partido antes para Filipos.

¿Cómo andaban los hermanos de Filipos? Epafrodito tenía mucho bueno que referir. Dijo que la comunidad estaba firme en la fe y en la caridad, que luchaba valientemente por el Evangelio, pero que estaba con cuidado por él. Que, con todo, pequeños celos y contiendas entre mujeres como Evodia y Sintiqué deslucían a veces el cuadro. Que algunos sofistas judío-cristianos habían procurado alterar la paz de la comunidad y quebrantar la autoridad de Pablo, pero sin resultado. Que habían llevado a la cárcel a algunos fieles, pero que por eso mismo la comunidad se mantenía más firme y más estrechamente unida aún.

Epafrodito permaneció largo tiempo con Pablo y compartió su prisión. Este hombre desinteresado se consumió enteramente y «expuso su vida» en servicio del Apóstol y del Evangelio. Su debilitada salud no podía resistir la fiebre romana. ¡Cuántas noches estuvo velando Pablo junto al lecho de su amigo enfermo y luchando con Dios para salvar su vida! Su restablecimiento final lo ensalza Pablo como una prueba de la misericordia de Dios para con la comunidad, que había temido por su vida, y todavía más para consigo mismo. Sin duda hacia el fin de la prisión romana, en el año 63, Pablo se despidió del amigo después de su restablecimiento entregándole una carta muy afectuosa para los filipenses. Marcos, Tíquico y Onésimo habían ya partido para el Asia Menor. Sólo Timoteo estaba todavía con él. Parece que entonces Pablo fue llevado otra vez al pretorio para el final de su proceso. En ninguna de sus cartas ha hallado tonos tan tiernos y suaves como en ésta. Se la ha llamado con razón la «perla» entre sus cartas. En ella no hay que buscar ningún riguroso orden de ideas. Es solamente una efusión del corazón: *cor ad cor loquitur*. Pablo se guía por un intento propio de un pastor de almas: quiere hacer de Filipos una comunidad modelo y desterrar de ella las últimas sombras de discordia. Todo cuanto el rey Midas tocaba, se convertía en oro; todo lo que toca un genio como el de Pablo, resulta por ello grande e insólito [n. 49].

El cambio de disposición de ánimo que se manifiesta en la carta, entre la gozosa confianza y la triste resignación, y hasta el angustioso presentimiento, según las diferentes noticias y perspectivas del proceso, queda de manifiesto en diversas interrupciones y es muy significativo en cuanto al estado de ánimo del preso. Mas el sentimiento predominanté es con todo el gozo *espiritual*. Su único deseo es el triunfo de Cristo, ora sea por su vida o por su muerte. La larga vida o la pronta muerte no le importan nada cuando se trata de la causa de Cristo. Su gozo principal es el de que su prisión no haya impedido el progreso del Evangelio, sino antes bien lo haya promovido. A la verdad había un gozo maligno de ciertos judío-cristianos en dirigir la atención del público romano hacia el preso, pero con todo, el nombre de Cristo era cada día más conocido en Roma. Pablo no podía saber que ya al año siguiente esta popularidad resultaría muy peligrosa al cristianismo. Pero la causa más profunda de su alegría sobrenatural la expresa la proposición lapidaria que brilla con letras de oro sobre la *Confesión* en el sepulcro del Apóstol en Roma: «*Mihi vivere Christus est et mori lucrum*; (el sentido de mi vida es Cristo, y si he de morir, esto no es más que una ganancia para mí)» [n. 50]. Pablo no conoce ninguna dicha propia, ningún interés privado; todos sus intereses coinciden con los

intereses de Cristo. Sobre semejante hombre la desdicha no tiene ya ningún poder. «Aun el verdugo está desarmado, si su víctima saluda a la muerte como a ganancia»¹¹. Pero la vida tiene también su valor: es condición para el trabajo apostólico. Al Apóstol, por tanto, se le hace difícil la elección. Dos deseos opuestos le estrechan; no sabe lo que es más apetecible: vivir por Cristo o morir por Cristo. «*Non recuso laborem* (no rehuyo el trabajo)», podría decir como san Martín. Por fin se decide por la misma manera de ver que tuvo más adelante san Ignacio de Loyola: Si tuviera que elegir entre la muerte con la seguridad de entrar al punto en el cielo y una larga vida llena de fatigas y trabajos por Cristo, pero sin certeza de ir al cielo, elegiría, con todo, esto último como lo más heroico.

Pablo no pierde de vista un momento su idea principal: restablecer la *completa unidad de las almas* entre los filipenses. La causa de las desavenencias la halla en una falta de pensar de un modo sobrenatural. No toman el cristianismo bastante seria y realmente. Para Pablo el misterio de Cristo no es ningún sistema de ideas, la mística comunión de vida ninguna figura retórica, la fe ninguna manera especial de ver las cosas, el amor y la hermandad ningunas cosas que sólo hayan de gozarse con moderación y cautela. No, dice Pablo, nuestra comunión con Cristo es la realidad más real de todas. Si Cristo es para vosotros una realidad, entonces habéis de dejar vuestras tiranteces. La conducta moral del cristiano no es ningún adorno estético o un aditamento a nuestra fe, sino que ha de nacer de la comunión con Cristo como de una raíz.

Y ahora Pablo introduce directamente a sus filipenses en el punto central del misterio de Cristo. Cristo es la imagen increada del Padre, tiene la misma «figura de la substancia de Dios», está en el mismo plano de igualdad con Dios, tiene un derecho absoluto a la categoría y brillo exterior divino. El primer Adán creyó poder arrebatarse para sí, a modo de fruto prohibido, el «ser como Dios»²⁷. El segundo Adán no consideró robo el ser igual a Dios; era un señorío que le correspondía por derecho, en virtud de su eterno nacimiento del Padre. Y a pesar de esto, había renunciado al brillo exterior, escondiendo bajo la forma de siervo su origen divino, tal y como quería el Padre. Si hubiese pensado como vosotros, en su vida terrena habría alardeado de su derecho divino, se habría vengado de todas sus afrentas, habría mandado a las legiones de ángeles que luchasen por Él, habría hecho bajar fuego y azufre del cielo, y vendido su vida lo más cara posible. ¡Pero no lo hizo! ¿Es que había dejado tal vez de ser Dios? Bajo su apariencia material su divinidad estaba sólo velada. ¿Y tú, dejas de ser quien eres cuando cedés? La nobleza interior no la puede arrebatarse nadie.

La *encarnación* fue el primer «salto de Dios», como dice san Gregorio Magno, el salto del Infinito a la limitación de la criatura, el primer paso del renunciamiento de sí mismo. Pero el Encarnado entra todavía más profundamente en el abismo del propio anonadamiento. Una vez en posesión de nuestra naturaleza pasible, quiso privarse también de todo lo que hace la vida agradable, atractiva, cómoda, hermosa y tranquila. Hízose enteramente pequeño, pobre, obediente, sin deseos, formalmente sediento de abatimiento hasta la muerte de esclavo. Todo lo que significa ser hombre en el sentido más terrible, lo tomó sobre sí. Hízose llenar hasta el borde la copa del dolor, y la bebió hasta las heces. Y ahora, ¡queremos nosotros hombres pequeños engrañados de un modo mezquino y porfiado de nuestros supuestos deñechos, permanecer obstinados y no venir a un ajustamiento! La *redención en la cruz* fue el segundo «salto de Dios», del Ilimitado a la medida limitada de lo humano. Y si la vista de este descenso de Dios al abismo humano no debía bastar, entonces ¡mirad su subida, que después siguió! La medida del abatimiento es también la medida de la glorificación. El Padre ha hecho a la naturaleza humana de Jesús compañera en el trono y de la misma nobleza que Él, y le ha dado el título de *Kyrios* como al Rey de los reyes, al Señor de los señores, al Emperador de tres mundos, el celestial, el terrenal y el infernal [n. 51].

¡Este era de nuevo el verdadero Pablo! Más profundamente ya no se pueden, sin duda, echar los cimientos de la moral. Él pone siempre lo de todos los días en el marco de la eternidad. Los santos Padres y teólogos han visto en esta confesión de Cristo, en este *carmen Christi*, el más elevado arrebatamiento himnico del alma de Pablo y su más profunda mirada al misterio de Cristo. Todo el tratado de la cristología y de la doctrina de la Trinidad se encierra en él. Bajando de su altura dogmática, Pablo se vuelve blando y tierno. Los filipenses le están muy adheridos al corazón, son dóciles y tratables. Vosotros nunca me habéis rehusado nada, dice, nunca me habéis dado repulsa a un ruego, cuando estaba entre vosotros; dadme ahora el gusto de que seáis cuidadosos de vuestra salvación, para compensarme mi ausencia. La vida es seria, lo que está en juego es importante, la gracia de Dios, que «obra en nosotros el querer y ejecutar». Si el amor de arriba ha tomado parte tan íntima en nuestra suerte, por nuestra parte debemos procurar que nada falte. «Temor y temblor» significan en Pablo seriedad de vida, santo pavor, conciencia ajustada. Después sed en medio de esta generación perversa, en este tiempo de Nerón, como antorchas resplandecientes, que llevan la llama de la verdad. ¡Debían muy pronto alumbrar el circo de Nerón! El pensamiento del terrible estado de aquel tiempo hace aparecer la visión de su futuro martirio: «Si

mi sangre es la libación litúrgica, con que ha de ser rociada la víctima de vuestra fe, ¡tanto mejor, tanto mejor! Y también debéis alegraros conmigo y decir: ¡Tanto mejor!»

Parece a algunos que la parte que sigue fuese el fragmento de otra carta a los filipenses, escrita en otro tiempo y en otra disposición de ánimo, y más tarde añadida a la primera. Se cree observar todavía el punto en que se hizo la añadidura (entre 3, 1 y 2). Pero para la explicación basta la suposición de una gran pausa y nuevas noticias llegadas. A las vanas razones de privilegios judíos, al hacer ostentación de las borlas, al jactarse de árboles genealógicos, de las promesas y la circuncisión, que Pablo llama sarcásticamente «castración», a la manera cruel como ladran cual perros (Apoc 22, 15) alrededor del preso y destrozan como jabalíes la viña del Señor, contesta con la enconada mofa y la burla de los gentiles sobre los judíos de recortado prepucio (Horacio: «*curtis Judaeis*») ¹¹. Opóneles su propio escudo de armas hebreo y lo rompe ante sus ojos, como se rompe el escudo de armas del último vástago de un linaje noble y se le arroja al sepulcro. No afrenta su pasado y su descendencia judía, pero ha experimentado en su conversión un valor nuevo, incomparable, que deja detrás de sí todos los otros valores, y con esto un desprecio de lo que era antes el contenido central de su vida. Es el conocimiento de Cristo, que todo lo sobrepuja. Todo lo otro es en comparación con Él vana fruslería. Después de casi treinta años de inaudita actividad llena todavía al Apóstol que envejece un ansia verdaderamente impetuosa de acabamiento; quisiera luchar como incansable campeón en la carrera olímpica por obtener el premio celestial de la victoria. Así es Pablo un enemigo mortal de toda medianía, un representante de la clase de aquellos hombres sin compromiso que nunca están satisfechos de lo que hacen para llegar a la meta reconocida.

Conforme a esto distingue Pablo *dos direcciones* dentro del cristianismo: la de los *inclinados a las cosas terrenas*, de los representantes de un cristianismo burgués, mundano, que se establece cómodamente en el mundo y hace política con los mismos medios y armas que los mundanos, y la *dirección sobrenatural*, que saca su fuerza de la cruz de Cristo, que resuelve las cuestiones de este mundo con medios sobrenaturales, y no procura sobrepujar a los mundanos en ladina astucia y arteria parlamentaria. «¡Nuestro Estado, nuestra política, nuestro derecho de ciudadanía están en el cielo!» [n. 53]. Los cristianos de entonces no podían tener parte en la cultura de la época helenística ni en la política romana, porque estaban llenas de tendencias enemigas de Dios [n. 52]. Debían trasladar el «ser ciudadano», el pensamiento fundamental de la antigua cultura, a un orden espiritual: ¡ser miembro del cuerpo

de Cristo, ciudadano de una ciudad celestial! ¡No ser Estado en el Estado! Sólo después de la ruina del mundo antiguo estuvo a la Iglesia allanado el camino para crear nuevos órdenes de derecho social, informados de espíritu cristiano, con nuevos pueblos jóvenes. Este tiempo parece haber pasado hoy. Una sociedad cristiana, un estado cristiano en el sentido de la edad media ya no lo hay. Y así nos vemos precisados hoy a acordarnos más que antes de nuestras esenciales fuerzas espirituales. Una Iglesia que quisiese trabajar hoy con métodos medievales, que quisiese apelar a privilegios pasados, condicionados por el tiempo, sería tenida como cuerpo extraño. También aquí Pablo reconoce la mudanza del tiempo y clama: «¡Pensad en las cosas de lo alto!» [n. 53].

Pablo concluye con un *llamamiento a la alegría*. Por aquel mismo tiempo, Séneca escribía en su quinta campestre estas profundas palabras «*Res severa magnum gaudium*», y nosotros añadimos que constituye también una gran alegría poder ocuparse en un asunto serio. ¿Y quién es el que trabaja en una cuestión más seria que el cristiano? La alegría está donde se toma con formalidad la fe, Dios, la eternidad, lo absoluto, donde se borra el pequeño yo y se disuelve en la felicidad del Todo. El paganismo degenerado de entonces no conocía esta alegría. Como tocado por un destello de luz cristiana, Séneca ya presentía esta clase de alegría. «¡Alegraos en el Señor!»: para Pablo, el Señor es el manantial de todas las alegrías y éstas tienen su origen en el corazón de Dios. Dios ha creado el mundo, pero no precisamente en un momento de mal humor, sino de pura alegría de sí mismo, del modelo de las criaturas en su querido Hijo. La alegría, en realidad, no es por sí misma una virtud, pero crea el ambiente de la virtud, la luz en que ella prospera. Es también uno de los motivos más eficaces de fe para los que están fuera de ella, porque, cuando ven a un genuino cristiano alegre, tienen este sentimiento: Aquí hay una profunda fuente de vida, «el Señor está cerca», y no se ven obligados a decir como Nietzsche: «¡Si, por lo menos, esos redimidos tuvieran el aire de redimidos!» Tal es para Pablo el *leitmotiv* de su existencia y de toda vida auténticamente cristiana: «El Señor está cerca». Con el tiempo, no menguó para Pablo la esperanza en la segunda presencia del Señor. Cuanto más envejece, más cerca se encuentra del día del Señor. Esta mística activista y escatológica es el polo opuesto de su mística contemplativa de Cristo y de la cruz. Infunde a su vida un elemento lleno de impaciencia para ir siempre adelante y le proporciona una ética de trabajo jamás vista. El «*kairós*» paulino («¡rescatad el tiempo!», Eph 5, 16) no se refiere al moderno ritmo de trabajo, sino a la mística cristiana del trabajo: «Trabajad mientras es de día». El tiempo se acorta. El tiempo apremia (1 Cor 7, 29)⁷⁹. Esta alegría cris-

tiana abraza todo lo que en el mundo de Dios hay de hermoso y grande y bueno. De ahí se sigue para Pablo el *programa de vida cristiana*: El cristiano es el hombre entero en consonancia con Dios, en armonía con todo lo bueno, en alianza con todo lo hermoso, noble y fuerte. ¡Un cristianismo en el cual no hallase cabida lo que de grande y digno de alabanza se ha pensado, dicho y hecho en el curso de los siglos, sería un mezquino cristianismo!

La noble manera como Pablo agradece el envío de dinero, nos da al fin una visión profunda de su alma. Se ve cuán aliviado se halla con el presente. Quizá hacía ya algún tiempo que debía el alquiler, que en Roma era muy elevado. Pero con fina discreción sabe dar al agradecimiento un rumbo que hace aparecer también a los dadores en un elevado sentido como donatarios. Esto es orgullo cristiano.

Con mirada retrospectiva veremos cómo en la noble composición de la carta derrama luz como brillante piedra preciosa el magnífico himno cristiano. El moderno historiador de la religión se queda admirado a causa de esta cristología de un Cristo preexistente tan adelantada en tiempos tan antiguos. Todos los intentos para averiguar el proceso formativo de esta imagen de Cristo en el espíritu del Apóstol han sido vanos. Pues desde la hora de Damasco la tiene ante sí. Y a pesar de todo, no es ningún sueño de visionario. Es el mismo que poco tiempo antes iba en figura de siervo por las llanuras de Palestina y por las calles de Jerusalén; su paisano de Galilea, su contemporáneo. El mismo que había sido tan odiado y que ahora, después de muerto y resucitado, era más alto que los cielos, más grande que todas las cosas, más poderoso que la muerte, irradiando y llenándolo todo con su torrente de bendiciones. Aquello no fue una apoteosis teatral como la escena de la divinización de los emperadores, en la que se hacía volar un águila por encima de la ardiente pira, como símbolo del genio divino del emperador. Aquello era el fin de todas las apoteosis paganas. Al arrebatarse Pablo al emperador los atributos de dios y transferirlos a Cristo, al mismo tiempo que evitaba que lo divino fuera profanado por el paganismo, substraía lo humano a la degradación de la vil adulación.

IX. ÚLTIMOS VIAJES Y CARTAS

61. En el crepúsculo del mundo

«Vergente mundi vespere...», así empieza un antiguo himno de vísperas de Adviento. «En los tiempos de Cristo se acercaba uno de los grandes ciclos en los cuales la vida histórica de la humanidad avanza hacia su fin. En este crepúsculo vespertino apareció Cristo para traer una nueva juventud a los hijos de Dios» (O. BAUHOFER, *Das Geheimnis der Zeiten*).

Cuando Pablo moraba en Roma, las primeras líneas de la muerte habían ya surcado el rostro de la civilización antigua. Inútilmente el anciano Catón había prevenido contra el influjo enervante del helenismo. Inútilmente había aceptado el emperador Augusto la dignidad de Sumo Pontífice, renovado los antiguos cultos de la religión romana, y levantado por medio de sus leyes sobre el matrimonio, protectores diques contra la inundación de la inmoralidad en todas las clases sociales. Comenzó también a fallar el orden de los caballeros, después que hubo fallado la alta nobleza, que iba extinguiéndose. Inútilmente Mecenas, el vástago de sangre real etrusca, había procurado ocultar la corrupción interior con el oropel de un efímero culto de la belleza. El dulce veneno que OVIDIO había instilado en las venas de la juventud romana, hizo su efecto y seguía consumiendo las fuerzas vitales. Este poeta acababa de publicar su *Ars amatoria* (El arte de amar), verdadera guía para los adúlteros presentes y futuros, cuyos efectos había experimentado el emperador Augusto en la persona de su propia hija Julia. VIRGILIO deploraba que la religión romana fuese suplantada por los cultos orientales. Al describir a Roma como la «frigia Madre de los Dioses, coronada de torres, exultando por su origen divino» (*Eneida*, 6, 785), pronto la identificaron los cristianos como la mujer del Apocalipsis, sentada a horcajadas sobre la «Bestia», como la «madre de las ramera y abominaciones de la tierra... embriagada con la sangre de los santos, y con la sangre de los testigos de Jesús» (Apoc 17, 5-6). La sana fe en el Júpiter de la antigua Roma había sido socavada; las masas se refugiaban en la magia oriental babilónica y en la mística de los números (HORACIO, Oda XI, lib. 1) [n. 54].

Reemplazó a la religión la deificación del Estado y procuró expresar visiblemente esta megalomanía en construcciones gigantescas de vertiginosa suntuosidad (grabado 32). Así Nerón acababa de trazar el plano de su «Casa Áurea». Roma se hallaba en una

embriaguez de no interrumpidas fiestas y juegos circenses. Por dinero todo era venal, el interés del Estado, la libertad civil, el voto de los jurados, el juramento de la bandera, la honra de la mujer. Pero la muerte de los pueblos y civilizaciones es un suceso muy lento, y se ha de atribuir a la firme estructura del Estado romano el que no se derrumbase sino después de siglos.

Mas el hombre que sabía que era muy inminente la parusía o presencia de Cristo en fuego y humo sobre Roma y Jerusalén, estaba ahora más de un año en espera de la sentencia de su tribunal. Semejante dilación no debe causar ninguna extrañeza. Se trataba de una cuestión religiosa de un judío extranjero, que no despertaba gran interés en el tribunal del Imperio. Últimamente, el carácter del emperador, que a la sazón contaba veintiséis años de edad, había sufrido un cambio fatal. Era el tiempo en que había sacudido la dirección de sus dos educadores Séneca y Afranio Burro. Los salvajes instintos que había heredado de su madre, despertaron; la bestia estaba sedienta de sangre. Uno después de otro, los que le estorbaban fueron quitados de en medio: Británico, Octavio, su misma madre Agripina. Séneca debía cubrir con su autoridad el matricidio. Prefirió retirarse a su granja y esperar, como en otro tiempo su hermano, la orden para la «muerte voluntaria». Burro había desaparecido en marzo del 62, por veneno, como el pueblo decía. Para alejar el influjo del general que mandaba a los pretorianos, dividió Nerón el cargo entre dos hombres: Tigelino, el infame compañero de todos sus crímenes, y Fenio Rufo, hombre honrado, pero débil. Como Tigelino estaba muy ocupado en intrigas cortesanas, la suerte del Apóstol estuvo en las manos del otro. Así sucedió que su prisión terminó en el verano del 63 con la *absolución*. Con esto la Roma oficial reconoció que el cristianismo en sí no era ningún crimen de Estado. Fue Domiciano quien discrepó de este parecer. Una mañana vino un centurión a la casa de Pablo, quitó la cadena del clavo y la sujetó a su cinto con la declaración de que el prefecto de Roma había retirado la continuación de las actuaciones judiciales⁵⁶. Con esto Pablo podía ir adonde quisiese. Por poco había escapado de la muerte. Si el proceso hubiese durado un año más, Tigelino, al vaciar las cárceles para llenar el circo de mártires, no se hubiese olvidado de un «adalid de secta» como Pablo⁵³.

Se ha preguntado por qué san Lucas no cuenta ya la liberación. Como quiera que sea, él tuvo conocimiento del resultado del proceso. Hacia el fin de la prisión ya no le hallamos en Roma, pues en la Carta a los Filipenses ya no se le nombra entre los que mandaban saludos. Si no refiere la muerte del Apóstol, esto es una prueba de que Pablo entretanto había sido puesto en libertad y los He-

chos de los Apóstoles se publicaron entre la primera y la segunda encarcelación romana. ¿Adónde se dirigió Pablo? Las cartas escritas durante su prisión manifiestan que retrasó provisionalmente su plan primitivo de ir a España. Sus miradas se enderezan únicamente hacia Oriente. Timoteo había partido antes para Filipos y Pablo debía encontrarlo en el camino. Ahora, después de cuatro años de prisión, cuando finalmente se había quitado el obstáculo, al impulso de su energía por largo tiempo acumulada, pareció llegar para Pablo una nueva primavera. En realidad era el mitigado ardor del sol de otoño, que da al vino la última dulzura y el último calor.

Ya desde su viaje a Roma, cuando su navío fue arrojado a la costa de *Creta*, esta isla había entrado en el campo visual del Apóstol como un nuevo país apostólico, que antes se le había escapado. En Éfeso pudo haber oído decir a hermanos venidos de aquella tierra, que allí había cristianos diseminados, por los cuales nadie todavía se había interesado. Había pues aún algo que hacer en el Oriente. Pablo se embarcó con Tito para la isla del célebre rey fabuloso Minos. Esta vez la isla parecía convidarle más que tres años antes, cuando la terrible tempestad. Creta, la isla homérica de las «cien ciudades» y una antiquísima monarquía sacerdotal, desde hacía milenios había quedado aislada, y como puente entre Egipto y Grecia, había desarrollado una civilización autóctona en su lucha con las fuerzas primitivas de la naturaleza. Las ruinas que todavía existen de las fortalezas reales de Cnosos, Festo y Hagia Tríada constituyen otras tantas maravillas del mundo. La riqueza adquirida por el comercio, la refinada civilización egipcio-asiática habían afeminado al pueblo isleño. Cuando Pablo se presentó, los cretenses eran tenidos por uno de los pueblos más disolutos de la antigüedad. Su antiguo vidente Epiménides había hecho célebres en todo el mundo a sus paisanos con su verso satírico: «Los cretenses son siempre mentirosos, bestias y vientres corrompidos». Pero aun aquí la semilla del Evangelio había germinado. Los cretenses que habían sido testigos del primer milagro de Pentecostés (Act 2, 11), fueron los primeros mensajeros de la fe. Mas era un cristianismo incoherente, algo salvaje, sin una estable organización de comunidad, algo así como la Alemania de la época de san Bonifacio. No sabían mucho de Jesús, pero sí bastante de los héroes del Antiguo Testamento y sus árboles genealógicos, sobre los cuales los rabinos les habían contado toda suerte de paparruchas. Tanto allí como en Éfeso era evidente de dónde procedían aquellas fábulas judías. Un abundante campo de trabajo esperaba al misionero. Tito debía continuar la misión en Creta, hasta que Pablo volviese de su viaje al extremo Occidente.

Pablo se guardó muchísimo de volver a pisar el suelo de Pa-

lestina. El salvajismo y confusión de la situación civil y religiosa había llegado en Jerusalén a su punto culminante. FLAVIO JOSEFO refiere del pontífice Anano: «Reunió el Consejo Supremo formando de él un tribunal y presentó ante el mismo al hermano de Jesús, el llamado Cristo, por nombre Jacobo, y a algunos otros y los hizo condenar a ser apedreados» (*Antig.* 20, 9, 1). Por entonces, Pablo abandonaba Roma.

Y ahora, mientras iba presuroso en Oriente de comunidad en comunidad, ¿qué sucedía en Roma? Una nube de humo y fuego nos impide ver la perspectiva de la historia. En el lívido reflejo andan varias figuras, confusas, a modo de fantasmas. A dos de ellas creemos conocer. Una de ellas es *Pedro*. Cuando la nube de humo llegó al Aventino y a las laderas del Janículo, penetrando en las cabañas de los pobres cristianos, ¿quedó entonces también él envuelto en la corriente de humo y sangre? Muchos lo creen. Nadie lo sabe. El lugar de la ejecución parece hablar en favor de ello. Los jardines del Vaticano son el lugar donde sangraron las víctimas de la persecución neroniana. No sabemos dónde se hallaba entonces Pablo. El 19 de julio del año 64 llegó al emperador Nerón, que estaba en su villa de Antio (Anzio), al sur de Ostia, la noticia de que en Roma hacía estragos un enorme incendio. Siete días estuvo el fuego devorándolo todo y de catorce partes de la ciudad sólo dejó cuatro ilesas. En aquella noche infortunada el pueblo había visto a criados imperiales correr de acá para allá con antorchas. Este incendio fue la señal para la prueba del fuego de trescientos años, en la cual se probó si la obra del «circunspecto arquitecto» Pablo, de su amigo Pedro y de sus colaboradores había sido edificada sobre el fundamento de Cristo «con oro, plata y piedras preciosas, o con leña, heno y paja» (1 Cor 3, 12). Ningún acontecimiento hizo tal impresión en los contemporáneos y en la posteridad como aquella acción del incendiario emperador, de la que dan testimonio cinco personajes paganos, a los que no puede tacharse de parcialidad: TÁCITO (*Anales*, 15, 44), SÜETONIO (*Nerón*, 16), cronista de la corte de Adriano y amigo de Plinio, JUVENAL, poeta que pertenecía al mismo círculo de amistades (*Sat.*, 1, 115), DIÓN CASIO (*Historia de Roma*, 62, 16) y SÉNECA (*Carta* 14).

Ofrécese aquí una terrible conjetura, que casi llegó a ser certidumbre histórica. Los judíos, que en tiempo de Claudio habían tenido que salir de Roma por causa de la contienda acerca de Cristo, pagaron esto ahora a los cristianos con redoblado odio. Nerón necesitaba un delincuente sobre el que pudiese hacer recaer la sospecha del incendio, apartándola de sí: ¿alguna secta oriental desacreditada! Los judíos supieron sacar la cabeza tempestivamente del lazo y desviar hacia los cristianos el odio antisemítico del pueblo.

Bajo el techo protector de la sinagoga el cristianismo se había podido difundir hasta entonces en el Imperio romano. Pero el precio que había de pagar por ello era enorme. Todo el odio del populacho gentil contra los judíos descargó ahora sobre la cabeza de los cristianos. Entre los que rodeaban al emperador, había personajes influyentes, como Tigelino, Alitiro y la prosélita Popea, que podían encaminar a Nerón tras las huellas de los cristianos. Así la Iglesia vino a hallarse entre las dos piedras de molino del judaísmo y del antisemitismo, y fue un milagro que no fuese enteramente triturada. Todavía hoy trepida algo de estas experiencias de los primeros días de la Iglesia, cuando ruega en su liturgia del Viernes Santo: «*Oremus et pro perfidis Judaeis*». La misma fuente está indicada por la obscura alusión del obispo romano CLEMENTE en su Carta a los Corintios (1, 5): «Esta persecución fue obra de la envidia». Pocos años más tarde, san Juan en el Apocalipsis (2, 10; 3, 9) llamó a la sinagoga de los judíos «escuela de Satán». En esta orgía de odio aparece por primera vez en la literatura pagana el nombre bendito de «Cristo». Como Cristo murió en la cruz cual delincuente político entre dos delincuentes, así ahora y en adelante la Iglesia fue presentada por el Estado romano como delincuente política, y por Tácito y otros escritores como la peor de todas las supersticiones y de todos los horrores, llena de odio al género humano. El retiro de los cristianos de la vida pública fue para Tácito prueba bastante para su afirmación. La calumnia había hecho su efecto. Cuando APIÓN en su libro *Contra los judíos* cuenta que éstos se comieron en sus misterios a un heleno, que para este fin cebaron antes en un bosque sagrado, ahora este rito de sangre falsamente atribuido a los judíos se trasladó a la comunión cristiana. Un estremecimiento se apoderaba del oyente pagano, cuando oía las palabras de la Eucaristía cristiana: «Comed todos de él; pues éste es mi cuerpo». También la veneración de un dios con cabeza de asno, que Apión reprochaba a los judíos, por cuanto no dejaban entrar a nadie en su santuario, se imputó en adelante falsamente a los cristianos. El «crucifijo de burla» del Palatino es una prueba de ello [n. 44].

Incluso el orgulloso Tácito expresa cierto sentimiento de compasión hacia los cristianos, mientras que el fino cortesano Suetonio no conoce ningún sentimiento de humanidad, ni siquiera a la vista de las escenas crudelísimas de la mitología griega, que los cristianos se veían forzados a representar para diversión de los romanos: Hércules en las llamas, Ixión despedazado en la rueda, Orfeo destrozado por los osos, la mutilación de Atis, la entrega de Pasifae a un libertino (quizás el propio Nerón) disfrazado de toro bravo, Dirce, desnuda y atada a un toro, arrastrada por las rocas del He-

licón, escena que recuerda el llamado toro Farnesio (Museo de Nápoles) y las pinturas murales pompeyanas. También CLEMENTE DE ROMA hace mención de estos terribles tormentos y afrentas (Cor 1, 6). SÉNECA, que un día llenó el espíritu del joven Nerón con aquellas representaciones mitológicas y que nutrió involuntariamente la insana tendencia del muchacho con tales fantasías disolutas, refiere tales escenas más tarde en el destierro de su casa de campo, donde pagaba las debilidades de su vida: «La tiranía tiene a su disposición acero y llamas, cadenas y una multitud de bestias para arrojarlas sobre los cuerpos humanos. Se presentan ante el alma las cárceles, los tormentos de la cruz, y ganchos de hierro, y aquel palo que metido por el cuerpo humano sale por la boca, miembros destrozados por carros que tiran en sentido contrario, y aquella túnica hecha de materias inflamables o untada de ellas, y todo lo que la furia cruel ha sido capaz de inventar» (Ep. 14). Éstas son palabras de un testigo ocular sobre los hechos afrentosos de su mal aconsejado pupilo sentado en el trono imperial. Y ¡cosa extraordinaria! ante la vista del frío estoico, que había visto morir tantos gladiadores, se le presenta ahora como una visión de lejanas tierras la inexplicable sonrisa de un humilde cristiano: «En medio de todos estos tormentos, había uno que ni siquiera gimió; no, no imploró por su vida; incluso, ya que esto es demasiado poco, sonreía, sí, sonreía con corazón lleno de gozo» (Ep. 78)²⁰.

Entre las víctimas sin nombre de la persecución neroniana estuvieron sin duda los más de aquellos hermanos a quienes Pablo había saludado en la Carta a los Romanos y que en otro tiempo habían salido a su encuentro hasta el Forum Appii, pero también aquellos que no habían predicado a Cristo con pura intención, sino para causar aflicción al Apóstol aprisionado. También ellos se salvaron, pero «como pasando por el fuego» (1 Cor 3, 15). El peligro común y la muerte común habían borrado todo lo que hubo de demasiado humano en sus corazones. Sólo de Áquila y Priscila sabemos que habían escapado del peligro. Pablo los hace saludar más tarde en Éfeso (2 Tim 4, 19). Ésta fue la primera victoria religiosa de la Iglesia romana, por la cual mereció su puesto de primacía entre todas las Iglesias del orbe. Estas cosas sucedieron en el mes de agosto del año 64, en el imperio de la «Bestia» apocalíptica, en el crepúsculo del mundo. Pues ahora el fin ya no podía estar lejos, ya que «el hombre de iniquidad» se había revelado. Si la persecución cesó a fines del año 64, o si Nerón publicó una ley imperial contra los cristianos, es cosa controvertida. Lo peor fue la «proscripción moral del nombre cristiano, el cual, por la unión íntima de los cristianos romanos con el incendio, en la amplia opinión pública quedó marcado con la nota más execrable de bajeza e infamia»¹⁸.

Con la persecución neroniana contra los cristianos el Estado romano y el antiguo mundo civilizado entraron en el período de lucha con un poder espiritual al cual no estaban adecuados. La desgracia de Roma fue que no conoció la fuerza del porvenir, lo cual era lo único que hubiese podido conservar en vida al Estado romano. Un Imperio universal como el romano necesitaba como complemento un lazo espiritual universal por medio de una religión común. Ésta no podía ser ya la antigua religión del Estado, pues por la burla de los filósofos estaba aniquilada en los corazones. Tampoco era apropiada una mezcla derivada de las religiones orientales, a causa de su vaguedad e interior inconsistencia, ni en general una religión nacional o circunscrita a una raza. La única religión que podía estar sobre todas las diferencias nacionales y, con todo, reconocer el valor de toda peculiaridad nacional y así hubiera podido formar las espirituales abrazaderas del Imperio, era la cristiana. Ella en su organización, división en diócesis y administración se acomodó muy ampliamente al modelo romano. Estaba, por decirlo así, cortada exactamente para el Estado romano. Pero el Estado se enajenó precisamente las fuerzas más vivas, y esta interior tirantez trajo al fin la ruina de la antigua civilización. A menudo, el mundo romano y sus juristas tenían el terrible presentimiento de que algo nuevo se estaba formando, y que las viejas concepciones jurídicas de la totalidad del Estado no eran suficientes para abarcar en formas legales ese algo nuevo, esa formación de una comunidad jurídica religiosa independiente, de una *societas perfecta* religiosa. La discusión y delimitación de ambos poderes, el político y el religioso, había de constituir la tarea capital del futuro occidental.

62. «La columna y fundamento de la verdad»

Primera Carta a Timoteo.

El Apóstol había ya cumplido su misión en Oriente. Ahora reanudó su plan anterior y dirigió su mirada a *España*. Muchas cosas hablan en favor de que desde Éfeso se hizo a la vela por Massilia (Marsella) para España. Como las naves se detenían largo tiempo en las grandes ciudades marítimas, sin duda también pisó el suelo de las Galias y visitó las comunidades cristianas allí existentes. Si la lección «Galias» en la Segunda Carta a Timoteo (4, 10) es exacta, parece haberle acompañado Crescente. El más antiguo escritor que habla de la misión española es Clemente de Roma, el cual probablemente conoció a Pablo, si no es idéntico con el Clemente nombrado en la Carta a los Filipenses. Escribe a la comunidad de Corinto, que Pablo «se había adelantado hasta los confines

de Occidente», lo cual desde el punto de vista de un romano sólo puede ser España. Según el muy autorizado fragmento de Muratori, el más antiguo documento sobre la colección de los escritos del Nuevo Testamento, hemos de concluir que Lucas dejó de mencionar el martirio de Pedro y el viaje a España de Pablo porque no fue testigo ocular. En la misma España no faltan ciertas *tradiciones locales* sobre el viaje del Apóstol, así en Tarragona, en Écija, en Lezuza, y sobre todo en Tortosa, donde se dice haber puesto san Pablo por obispo a san Rufo. Pero el fin y resultado del viaje están envueltos enteramente en la obscuridad.

En la primavera del 66 volvemos a hallar a Pablo en un *viaje de visita en el Oriente*. Visita Creta, recorre la costa asiática, ruega a Timoteo que persevere en Éfeso, y por Tróade, donde habita en casa de Carpo, hace el viaje a Macedonia. Aquí, a lo que parece, escribió la Primera Carta a Timoteo, con el temor de que un obstáculo imprevisto pudiese oponerse a su vuelta a Éfeso. La forma de las tres *cartas pastorales* muestra el estilo senil del Apóstol. Ya no es tan vivo, enérgico y conciso como antes. Con la edad se cambia notoriamente muchas veces la manera de escribir, la viveza, la elección de palabras. Se dejan expresiones antes preferidas y entran otras en su lugar. El vocabulario del Apóstol es también influido por los idiotismos de los países por donde ha viajado, por el carácter del ambiente social, por las nuevas necesidades de la organización. A esto hay que añadir también el cambio de secretario, que en la antigüedad gozaba de cierta libertad en la redacción de las cartas⁴⁰. Esto se ve claramente en la última carta del Apóstol a Timoteo, escrita desde su encarcelamiento en Roma, donde yacía en cadenas como delincuente político. Pero se reconoce sin dificultad su voz y su sello espiritual. El Pablo de las cartas de la prisión, por efecto de su soledad contemplativa en su casa alquilada, es más el gran teólogo y místico que medita sobre las disposiciones salvadoras de Dios, mientras que aquí se muestra como el práctico pastor de almas.

Éfeso había venido a ser el centro de una nueva «filosofía de iluminación». De todas maneras, aquí ya se revela una fase más progresiva. Es una extraña mezcla y un raro producto híbrido de elementos babilónico-pérsicos, de peregrinación de las almas de estrella en estrella, y fantasías del judaísmo tardío; doctrinas cabalísticas, árboles genealógicos rabínicos, y novelas de generaciones, como aparecen en la literatura judía apócrifa de aquel tiempo, por ejemplo, en el *Libro de los jubileos*, pero también en Filón de Alejandría. De las genealogías del Antiguo Testamento forman aquellos filósofos infinitos hilos de cuentos de viejas. Saben contar de cada santo de los tiempos pasados enteras historias fabulosas de

familia, como el antiguo narrador Homero. Juzgaba Himeneo que el creer en la resurrección de los muertos era sólo algo para los fieles sencillos. Que el camino para la perfección e ilustración iba por la abstinencia de la carne, del vino y del matrimonio. Un intrigante especialmente peligroso era Alejandro el calderero. A entrambos había Pablo excluido solemnemente de la Iglesia. Mucho peor todavía andaba otro grupo de maestros de herejías, a quienes llama Pablo «fuegos fatuos y maestros de Satanás». Esta gnosis cunde «como una úlcera cancerosa» (2 Tim 2, 17). Era tan difícil combatirla con argumentos de razón, porque había anidado en el reino del sentimiento y de la fantasía. Halló especial acogida en círculos piadosos y salones de damas, de manera parecida a los «rosacruces» franceses y a los círculos jansenistas de Port-Royal, en los que representaron tan importante papel incluso mujeres y monjas eruditas, detrás de cuya austeridad se escondía buena dosis de vanidad y soberbia. Las damas de Éfeso se sentían lisonjeadas de estar en el centro del nuevo movimiento, y no faltaban regalos ni invitaciones. De ahí el motivo de la «codicia» a que alude Pablo. Empezó aquel aquelarre de confusión de elementos gnósticos, maniqueos y neoplatónicos, de los siglos siguientes, cuyo distintivo común consistía en buscar la solución del problema del pecado en un dualismo hostil a la creación, que ponía en la materia el principio y raíz del mal.

El Apóstol vio en estas vagas y nebulosas ideas un gran peligro para el claro concepto de la fe. No se podían combatir bien, porque se mudaban constantemente. Aquí había sólo un remedio: *fomentar el pensamiento de la comunidad cristiana*. Y así el tema principal de la carta es: *comunidad cristiana en la fe* (cap. 1), *comunidad cristiana en el culto* (cap. 2), *comunidad cristiana en la estructura jerárquica* (cap. 3). Todo lo demás es consecuencia de esto.

El fin de la predicación cristiana no son ilusiones cabalísticas ni la iniciación en la casuística judía, sino el amor de un corazón puro, desinteresado, de una fe sencilla y firme. La ley es buena, en cuanto es la expresión no falsificada de la ley moral divina. Mas últimamente para los cristianos ya no es el Sinaí la norma del obrar cristiano, sino el Evangelio de la misericordia y de la gracia y el sermón del monte, no el imperativo del frío deber, sino el amor. En el obrar externo están acordes la ley antigua y la ley de la gracia; pero ello no quiere decir que su eficacia sea idéntica. En el ocaso de su vida, se le presenta de nuevo al Apóstol ante sus ojos su pasado precristiano. Piensa en él de un modo más apacible que antes, y ve tan sólo el gran milagro de la misericordia divina. Recuerda a Timoteo la hora de su ordenación. No ha de defraudar las esperanzas y las voces proféticas que habían enderezado la elec-

ción hacia él, ni tampoco arredrarse por la exclusión de algunos de la Iglesia en interés de la unidad y pureza de la fe.

Sin la unidad de la fe no hay unidad *en la oración ni en el culto. Lex orandi — lex credendi*. La Iglesia es para Pablo la comunidad universal de la oración para la glorificación de Dios en nombre de toda la creación. Ésta es la obra pontifical de Cristo, que ha descrito de una manera tan sublime conforme a su espíritu uno de sus discípulos: por ÉL, con ÉL, en ÉL (Carta a los Hebreos). Pablo hace resaltar un grupo especial de hombres que necesitan la oración de la Iglesia: *los gobernantes y caudillos políticos*, y en general todos los que están investidos de un cargo de gran responsabilidad. La exhortación a la oración por los que ejercen mando en el Estado, era entonces muy oportuna. Por el elemento judío, enemigo de Roma, que se oponía apasionadamente a la *Pax romana*, al orden político impuesto al mundo, la Iglesia podía fácilmente correr el peligro de una conducta hostil al Estado. En Palestina ardía la insurrección. El gobernador Floro había tenido que entregar la fortaleza Antonia. Los sacerdotes se negaban a ofrecer sacrificios en nombre del emperador. Jerusalén había venido a ser una carroña, sobre la cual se precipitarían pronto las águilas romanas bajo la dirección de Vespasiano. El cristiano no debe hacer depender su fidelidad al Estado de la posición religiosa ni de la benevolencia del Estado y de sus directores. Los cristianos se hubieron de defender contra el reproche de hostilidad al Estado, ya entonces como en tiempo de Tertuliano y más tarde todavía muchas veces. Aquí se levanta Pablo y dice: la obediencia cívica y el pago de contribuciones no bastan: hemos de orar también por las autoridades del Estado. La causa es la mayor responsabilidad ante Dios y el fin del poder político: una vida pacífica, ordenada y tranquila (la *tranquillitas ordinis* de los escolásticos) al servicio de Dios, la protección contra perturbaciones exteriores e interiores. Tampoco la Iglesia puede alcanzar su fin ni ejercer su culto sin una vida política ordenada. Ambos a dos, la Iglesia y el Estado, están al servicio y son coadyutores de la general voluntad salvífica de Dios. ¡Qué imagen tan atractiva!: en todo el Imperio romano ve Pablo elevarse en oración por la prosperidad del Estado «puras manos de hombres» y «castas manos de mujeres llenas de noble decoro». En vez de cortar estas manos, hubiera hecho mejor el Estado romano en dejar llevarse por ellas. Pablo no podía designar de forma más bella la actitud de los cristianos en oración. Es la posición de rezo de los orantes en las pinturas de las catacumbas (grab. 34), es la postura suplicante del sacerdote en el canon de la misa, es la postura suplicante de Cristo en la cruz [n. 55]. Viene del recogimiento interno en oración: ninguna falta de amor, ningún enojo, más bien sumi-

sión, paz familiar, cumplimiento de los deberes maternos. La imagen de la madre con el niño en el pecho (2, 15) la tiene presente Pablo siempre en el alma, es la fuente de juventud de la humanidad.

Del Estado y de la familia se vuelve la mirada del Apóstol a la *Iglesia y su estructura social*. Antes ha descrito a la Iglesia como la comunidad mística de los elegidos, como la Iglesia ideal, la «esposa de Cristo sin mácula ni arruga», como la Iglesia invisible, que todavía está envuelta en el misterio de Cristo. Ahora la dibuja desde el punto de vista del práctico pastor de almas, como la sociedad doméstica de Dios, la gran comunidad terrena, la Iglesia de la organización y experiencia, la Iglesia de la autoridad doctrinal, la concreta Iglesia visible, en la cual hay también apóstatas. Pero ambas visiones son una unidad, se funden en una sola visión: la Iglesia es el realizado y perpetuado misterio de Cristo, una permanente revelación de Dios. En ella habla Dios continuamente al género humano, ella es el incommovible fundamento y faro de la verdad. La verdad ya no puede perderse, desde que hay una Iglesia. Pero «al pie del faro hay obscuridad», como dice un profundo proverbio oriental.

El mundo es una mascarada mísera y repugnante, a cuya cabeza la mentira y la falta de principios enarbolan los estandartes de la estupidez. Lo único que hace a la vida digna de ser vivida es la fidelidad de Dios a su palabra, que culmina en Cristo y en su Iglesia. Sin esto, según las drásticas palabras de Bismarck, por la vida no vale ni tan sólo la pena de cambiar de camisa.

A causa de su edad juvenil y de su temperamento inclinado a la timidez, necesitaba Timoteo de la sugestión de la voluntad y del impulso de la fuerza por parte de su amigo paternal, que parecía disponer de un caudal inagotable de energía. Ambos hombres eran muy diversos en carácter, y, con todo, por nadie sentía Pablo un más tierno afecto, ni aun por su amado discípulo Tito. Muéstrale el camino conveniente para poder influir en los demás: ser modelo en el hablar, en la fe, en el amor, en la dignidad y sencillez personal; en el *trato con los hombres* tener consideración a la posición, edad y sexo; respecto de las mujeres mostrar una cordial, fina y sobrenatural discreción. En el trabajo de caridad, parece que Pablo experimentó contrariedades al tratar con jóvenes viudas deseosas de casarse. Timoteo debe honrar a los sacerdotes hábiles, especialmente a aquellos que se fatigan en el cargo de enseñar. También entonces se denigraba a veces a un sacerdote ante su obispo. ¡Es preferible que haya pocos sacerdotes buenos que abundancia de medianos! Respecto de la comunidad: evitar toda apariencia de codicia, no tener pretensiones de enriquecerse, ninguna ostentación de vida lujosa, sino frugalidad; de cuando en cuando un vasito de

vino, ningún ascetismo melancólico. «No hay dos ediciones del Evangelio»¹¹: una para los laicos y otra para los eclesiásticos, una para el pueblo sencillo y otra para las clases elevadas.

Fue otra vez una acción importantísima la que Pablo realizó con esta carta. La vieja levadura que desde los primitivos tiempos la humanidad todavía no ha digerido, fue lo que, desde la época de Leibnitz, se llamó «el problema de la teodicea»: el del origen del mundo y del mal. ¿Cómo es posible que en un mundo destrozado por toda clase de pecados y crímenes, por la guerra y la miseria llegue a echar raíces la fe en un Dios de bondad y amor?

La gnosis creía poder presentar a Dios presentándolo como espectador imparcial de un triste drama satírico. La diferencia entre un Creador malo del mundo y un Logos redentor, entre el poder y el amor, había preocupado a grandes espíritus como Orígenes y Agustín, perdurando a través de toda la edad media hasta aquellos modernos teólogos, que sacrificaban la omnipotencia de Dios al amor de Dios y, como quien dice, buscan una «coartada» para el Dios del amor en un mundo de calamidades. Pero Pablo viene a decir: no es preciso que Dios sea defendido ante el mundo, no necesita de ninguna manera la coartada que le ofrecéis. Es el hombre el que está sentado en el banquillo de los acusados y Cristo quien lo ha absuelto. Pues el sentido de su venida fue el de «salvar a todos los pecadores que se arrepienten, entre los cuales yo soy el primero».

63. La Iglesia de Creta

Carta a Tito.

Pablo había terminado su último viaje de visita en el Oriente. De Creta, donde dejó a Tito, había ido a Macedonia por Corinto, donde se quedó Erasto; por Mileto, donde enfermó Trófimo; por Éfeso, donde nombró a Timoteo legado suyo, y finalmente por Tróade. En el otoño del año 66 le hallamos con un grupo de amigos, entre los cuales podemos conjeturar que se hallaba Lucas, en el camino hacia Nicópolis, en la costa adriática. Nicópolis era la ciudad y colonia romana más importante del Epiro, «ciudad del vencedor», como la llamó Augusto en memoria del triunfo de Accio conseguido allí contra Antonio (31 a. de J. C.). Herodes el Grande la había adornado con edificios públicos (FLAVIO JOSEFO, *Antigüedades Judaicas*, 16, 5, 3). Aquí quería invernar Pablo, quizás ir a Iliria, y luego en la primavera del 67 visitar la Iglesia de Roma, diezmada y necesitada de consuelo. En el camino escribió a Tito que viniese a verle a Nicópolis, luego que él le hubiese enviado un

substituto. Probablemente fue Artemas el que sucedió en el cargo a Tito, pues Tíquico fue mandado poco después a Éfeso.

De la solemne alocución de la Carta a Tito mana una enérgica conciencia de misión en vista de lo serio de la situación. Creta era la Iglesia más joven. Faltábale todavía un firme marco, el esqueleto social, por lo menos un colegio de ancianos. Pero sin una firme autoridad doctrinal y tradición es imposible un victorioso combate contra la herejía. Ésta era la misma que en Éfeso. A la cabeza del movimiento herético están de nuevo aquí judíos medio-cristianos, que hacían de la religión un negocio de dinero (1, 11). Y, sin embargo, el asiento del mal no está en la materia. Todo lo creado es bueno y puro, con tal que lo sea también la intención del hombre. Si tu vista interior está clara, ha dicho el Maestro, también para ti el cuerpo y toda la creación será un mundo divino y luminoso. Toda luz, toda bondad, toda hermosura viene de dentro. Esta doctrina del cristianismo ha creado un nuevo mundo (1, 15-16). Ciertas naturalezas afines a la del famoso Espartaco despertaron conatos de libertad entre los esclavos y rebeldía contra las autoridades civiles (3, 1). Con esto introdujeron grande inquietud en las familias (1, 11). La doctrina estoica de la igualdad de todos los hombres y del valor del propio yo comenzó entonces a producir su efecto. Había mucha efervescencia entre los esclavos. Si hasta los cristianos procuraban atizar el fuego, podía esto dar una sacudida social que sepultase aun al cristianismo. Pablo levanta la cuestión a un plano más elevado, donde las diferencias sociales son accesorias. Ha aparecido la gracia y humanidad de Dios encarnada en Cristo y nos ha abierto los ojos para la verdadera dignidad del hombre y su perfección en el nuevo eón. A Pablo le gusta expresar la nueva ética en oposiciones: ¡en otro tiempo — ahora! Tal ve también su propia vida. Un gran cambio se ha efectuado. No se puede hacer ya como si Cristo no hubiese venido. La nueva nobleza cristiana ha de obrar de dentro a fuera y transformar la sociedad a modo de levadura.

Las cartas pastorales muestran, al contrario del estado primitivo del cristianismo, en que bastaban todavía los dones carismáticos bajo la dirección de los apóstoles, un *segundo período, el de constitución adelantada*, que podemos imaginarnos (según PRAT³⁶) más o menos así: no hay todavía un episcopado monárquico; está incluído virtualmente en el apostolado, al igual que en el apostolado de Pedro estaba incluído todo el episcopado, y así se remonta a la voluntad de Cristo. No hay aún obispos con residencia fija. Tito y Timoteo sólo son delegados del Apóstol, obran por su mandato, establecen y nombran sacerdotes y diáconos por autoridad del mismo. Debajo del legado está un colegio de presbíteros, llamados también superintendentes u «obispos», de los cuales saldrá más tarde el

obispo monárquico. La esencia del episcopado monárquico es tener domicilio fijo, independencia, duración por toda la vida y estar ligado a una diócesis particular. Pablo no dio a sus comunidades plena autonomía. Sus representantes están constantemente en camino para recibir instrucciones y poderes. Él mismo es el único prelado de las enormes diócesis. No hay todavía diócesis demarcadas. Todo es aún territorio de misión. La palabra «obispo» es más antigua que el cargo, se halla ya en HOMERO (*Iliada* 22, 255; *Odisea* 8, 163) y en los clásicos griegos en el sentido de empleados que tenían a su cargo la inspección de la propiedad de un templo o de las posesiones coloniales. El pleno cargo episcopal en el sentido monárquico aparece sólo algunos decenios más tarde, en las cartas del obispo mártir san Ignacio de Antioquía.

X. EL FIN

64. Segunda prisión en Roma. El testamento

Segunda Carta a Timoteo.

En Nicópolis estaba Pablo de camino para Roma. Sentíase atraído irresistiblemente a esta ciudad, al lugar de su epílogo sangriento. Él mismo no sabía por qué. Entretanto había llegado Tito, pasó el invierno con Pablo, y luego fue enviado a Iliria (2 Tim 4, 10). Cuándo y dónde fue preso Pablo, no lo sabemos. Algunos sospechan que en Nicópolis, otros en casa de Carpo, en Tróade, donde quizás hubo de abandonar su equipaje; otros a su vez en Éfeso, porque Pablo habla de la infidelidad de algunos hermanos del Asia Menor; otros finalmente en España. Más probable me parece que Pablo fue a Roma por su propia resolución en la primavera del 67 y allí trabajó todavía algún tiempo en restablecer la comunidad. Habla en favor de ello una antiquísima tradición romana, que se halla ya escrita en el siglo II en la «*Passio Petri et Pauli*» atribuida a Lino. Ella cuenta que Pablo tuvo su albergue (*hospitium*) en la orilla izquierda del Tíber en el distrito 11, «ad Arenulam», en las cercanías de la isla del Tíber, y predicó en un almacén de trigo que estaba vacío, no lejos de la Porta Ostiensis («*horreum extra urbem*») y tuvo por oyentes incluso a soldados. En el lugar de su último albergue hay una antiquísima pequeña iglesia de Pablo, San Paolo alla Regola. El oratorio de esta iglesia ha conservado hasta el día de hoy el atractivo de una antigua tradición, y las más recientes excavaciones (1936) han dado por resultado las huellas de una antigua casa de comercio. Era el barrio de los traficantes al por menor, barqueros, curtidores, alfareros y hortelanos. En la edad media se hallaban allí numerosos gremios de artesanos. Allí pudo haber sido donde Pablo fue preso un día por la policía romana como sospechoso cabeza de secta (grabado 35).

Allí donde junto al Foro Romano estaba el miliario de oro, al cual conducían todas las carreteras del Imperio, estaba situada también, cerca del pie del Capitolino, la cárcel Mamertina o el «*Tullianum*», hoy cubierto de tierra en su mayor parte. Aquí, según una tradición ciertamente insegura, debe de haber desembocado también el camino de Pablo. La segunda prisión muestra una situación mucho más desventajosa que la primera. Pablo ha de llevar cadenas «como un delincuente». La antigüedad clásica y aún más la cristiana está llena de reproches contra los malos tratos y amon-

tonamientos de esclavos, contra el espantoso estado de las cárceles romanas, con su «falta de luz y su suciedad insoportable», tanto, que incluso los mismos emperadores consideraban la permanencia en la cárcel como un terrible martirio (*cruciatu immensus*), y no cesaban las quejas por el gran número de fallecimientos entre los presos (cf. ROLLER⁴⁰).

Al anciano y cansado varón le falta todo. Se queja del aislamiento. Sus amigos romanos con dificultad logran visitarle. Eubulo, Pudente, Lino y Claudio le saludan tomando precauciones. Su cautela se explicaría según una antigua tradición por el hecho de que ellos conocían el escondite de Pedro y no querían llamar la atención sobre sí y sobre él. Es un bello rasgo de la leyenda, más bello que probable, el que junta a los dos apóstoles en la cárcel. El sentido es sin duda éste: si Pablo padecía, no quería Pedro huir. Dolorosamente sintió Pablo la apostasía de Demas, que le desamparó por miedo de ser envuelto con él en la desgracia. También los hermanos del Asia Menor le abandonaron, esto es, nadie fue a verle, a pesar de sus ruegos. Cita con sus nombres a Figelo y Hermógenes. Sólo el fiel Lucas está con él. Pero un día, ¡qué gozo!, un ciudadano de Éfeso, *Onesiforo*, que ya en Éfeso le había prestado grandes servicios, le halló finalmente en Roma después de largo buscar en todas las listas de presos. ¡Qué conversaciones serían las tenidas entre los tres amigos en la cárcel! Lucas seguramente las conservó en su fiel memoria y en su diario.

La vista del proceso de Pablo había de celebrarse ante el tribunal del emperador. Nerón, que recorría en este tiempo Grecia como comediante, fue representado por el terrible Elio, segundo Nerón. La *primera actuación judicial* se efectuó en una de las grandes basílicas, esto es, espaciosos edificios destinados para tribunales que estaban en el foro, cuyo nombre y manera de construcción perdura en nuestras basílicas cristianas. En el ábside se hallaba el tribunal, delante, en la nave central, estaban sentados los presos, los testigos y abogados. Detrás, en los pasillos laterales y en las galerías, la multitud curiosa del pueblo oía procesos que producían excitación. Aquí, más tarde, con frecuencia los taquígrafos eclesiásticos tomaban nota de las declaraciones de los mártires. Pablo probablemente había sido acusado de ser cómplice o encubridor en el «crimen de los cristianos romanos», el incendio de Roma. Su descripción del interrogatorio es breve, pero dramática. No tuvo ningún abogado ni testigo alguno de descargo. Nadie tuvo valor para ello. Debíó de defenderse brillantemente, por cuanto la vista de la causa se prorrogó y por esta vez escapó de las «fauces del león». En la larga pausa entre la primera y la segunda vista tuvo mucho tiempo para orar y pensar. Sus pensamientos giran sobre todo alrededor de dos

cuidados, uno terreno y otro sobrenatural: alrededor de *Timoteo* y alrededor de la *pureza de la Iglesia*. De nuevo se apodera del anciano el anhelo por Timoteo. Recoge sus últimas fuerzas para escribir su última carta. Es una palabra de amistad al discípulo tan ardientemente querido. Hácele ejecutor de su testamento. Quiere verle todavía antes que muera, aunque teme que sea demasiado tarde. Pide que lleve consigo a Marcos: en él ve y abraza a su amigo de la juventud, Bernabé. En la húmeda y lóbrega mazmorra subterránea, el anciano debía de helarse de frío. Yugurta exclamó, cuando le bajaron a este lugar húmedo, lleno de agua subterránea: «Por Hércules, ¡cuán frío es vuestro baño!» Por eso pide el Apóstol que le traiga consigo su vieja capa raída, que había dejado en Tróade. Mas a pesar de toda su aflicción, su espíritu está todavía incansablemente activo. Echa de menos sus Escrituras, sus rollos de pergaminos y manuscritos. Quiere antes de su muerte ordenarlos y quizás entregarlos a Lucas, para que continúe retocándolos. Su mirada está sólo dirigida al fin celestial. Tampoco en la cárcel le abandona su fuerte conciencia de apóstol. En la vejez suelen acordarse los hombres de los días de la primera niñez. Mana de sus labios una ardiente *acción de gracias*. Tiernamente hace mención de sus padres y abuelos, que le instruyeron en el conocimiento de Dios. Otro hubiera visto un mal éxito, una catástrofe en una vida que después de innumerables afanes termina en el cadalso. ¡Pablo ve en toda su vida la sola disposición de Dios! Al punto surge otra imagen: la pura figura juvenil de Timoteo, cual le había visto por primera vez cuando era muchacho tímido, cual habían descansado sobre él maravillados sus grandes ojos de muchacho, cuando estaba en Listra inundado de sangre debajo de un montón de piedras (3, 11). Piensa con ternura en la madre y abuela de Timoteo, en el calor de aquel hogar cristiano. ¡Qué tesoro tan precioso, una familia religiosa, una generosa serie de ascendientes! Hay familias que son un beneficio no interrumpido para el pueblo por sus nobles sentimientos fomentados a través de varios siglos. El fundador de semejante casa en ninguna manera es inferior en categoría y mérito y beneficios al fundador de alguna célebre orden religiosa. Timoteo tiene un temperamento blando, cariñoso, con una ligera inclinación a la melancolía. Esto le hace tanto más amable a los ojos del Apóstol y objeto de su cuidado paternal. La gracia de la ordenación, cuando las manos de Pablo cubiertas de cicatrices descansaron bendiciendo sobre su cabeza, puede fortalecer y hacer firme lo que de su naturaleza es demasiado blando. Más aún, es el espíritu de la energía y robustez. El «santo llamamiento de Dios» le ha también transformado a él mismo. Y ahora todavía, en la última prisión, sigue temblando el sismógrafo de aquella vida tan agitada de terre-

motos. Al punto se remonta de nuevo Pablo a la altura sobrenatural y muestra la gran perspectiva de fe, en la cual el alma halla sosiego y seguridad en toda tribulación. Más aún, nuestra eterna felicidad no está en nuestra débil mano, ni se mide según nuestros débiles méritos, «data de un eterno acto de amor de la divina predestinación»¹¹. Dios nos ha elegido, no le hemos elegido nosotros. Él ha elegido a cada uno de nosotros ante todo tiempo y esta elección la ha tenido como su secreto, por decirlo así, *in pectore*, la ha encerrado en su pecho, hasta que un día nos llamó a la existencia y a la luz de la fe. Por este acto eterno yo soy apóstol y tú eres mi discípulo. El Señor bondadoso me puso en otro tiempo la bandera en la mano. Ahora soy viejo y se me cae de la mano. Toma tú esta bandera de Cristo en tu mano y consévala bien y dala más adelante a hombres de confianza. Sé un valiente soldado de Cristo, un luchador según las reglas de Cristo, un diligente labrador lleno de fidelidad a la tierra que te nutre. El firme fundamento de la fe contra los errores gnósticos es el dogma de las dos naturalezas en Cristo: su verdadera humanidad como vástago de David, y su divinidad, en virtud de la cual ha resucitado. Por esta doctrina quiere Pablo padecer y morir como un delincuente y participar de los padecimientos de Cristo. Lo místico es siempre para Pablo más real que lo visible. ¡Lejos la negación de Cristo, lejos la traición, lejos la infidelidad! La *fidelidad* es el rasgo característico más profundo del Apóstol. De nuevo está la *Iglesia* ante su vista como un grandioso edificio divino del porvenir. En la fachada de este edificio brilla esta inscripción: «El Señor conoce a los suyos». La Iglesia es una gran casa; allí hay también hijos mal aconsejados. Una Iglesia que no es perseguida, que se establece cómodamente en el mundo, que busca el consuelo de este mundo, no puede ser la esposa del Crucificado. Ésta tiene el tesoro de la Sagrada Eucaristía y la vocación misionera de Cristo. Esto es consuelo suficiente.

Hasta aquí ha llegado el Apóstol. Es el otoño del año 67. La segunda actuación judicial es inminente. Sabe que ella terminará con la «entrada en el reino celestial». Ya no tiene esperanza alguna: «Ya estoy cercano a derramar mi sangre como una víctima que es inmolada en holocausto; el tiempo de mi muerte se acerca». Compone él mismo su epitafio: es la imagen del luchador y campeón en el estadio de Dios. Éste es un pensamiento genuinamente griego. Recuerda la hora de su llamamiento en Damasco, cuando se puso sobre él la carga de Apóstol de las Gentes. Entonces había prestado el juramento de la bandera y prometido fidelidad hasta la muerte. La ha guardado desde el día en que su cabeza se inclinó con humildad bajo la mano bendecidora de Ananías, hasta aquel en que se doblará a la espada del verdugo.

«¡Apresúrate, para que llegues antes del invierno!» ¿Halló Timoteo a su maestro todavía vivo? Si la Carta a los Hebreos está escrita desde Roma, entonces es probable. «Sabed — se dice allí — que nuestro hermano Timoteo está en libertad» (13, 23). En este caso ha arrojado el peligro, ha perseverado al lado de su padre espiritual y compartido sus cadenas. ¡Qué imagen cautiva nuestro espíritu!: el padre y el hijo se dan uno al otro en la cárcel la sagrada comunión ante los ojos de los presos. ¡Lucas, escríbelo!

65. En la morada celestial

Que Pablo no fue ejecutado como Pedro sin formación de causa, sencillamente como «enemigo del bien público» (*hostis publicus*), sino que fue condenado como ciudadano romano en un procedimiento judicial regular a la honrosa muerte por la espada, se deduce de la carta del obispo romano *Clemente* a los corintios, escrita treinta años más tarde. El pasaje descubre un conocimiento cercano a los sucesos y produce el efecto como de un resumen monumental de la vida de san Pablo:

Siete veces entre cadenas, desterrado, apedreado,
Heraldo en Oriente y en Occidente,
Cosechó la magnífica gloria de su fe.
Predicó la justicia a todo el mundo,
Penetró hasta los confines de Occidente
Y dio testimonio ante los potentados:
Así partió del mundo
Y llegó al lugar santo...
Sublime modelo de paciencia...

El segundo interrogatorio terminó con la *sentencia de muerte*. El mejor y el peor hombre de aquel siglo estaban uno enfrente del otro: el derecho entre cadenas, el crimen en el trono. Pablo no era ningún desconocido para la muerte, ni la muerte lo era para Pablo. Frecuentemente se encontró con ella en diversas formas y figuras, según escribió un día a los corintios. Desde entonces la ha mirado todavía más profundamente a los ojos, hasta su descarnado esqueleto, hasta calar su pétreo corazón. No la teme. Hace mucho tiempo que ha aprendido «a morir antes que muriese», con el arrobaamiento del místico. Ahora debía encontrarse con ella por última vez en el combate decisivo, esta vez de un modo inevitable. No se debe creer que Pablo haya tomado la muerte como una cosa fácil. El hombre antiguo temía la muerte. Sócrates se las arreglaba con su dialéctica. Epicteto intentaba disputar con la muerte y se burlaba de ella como si fuese un espantajo de los chicos. Pero esto no

convence a nadie. Es igual a cuando un niño silba para espantar el miedo en la obscuridad del bosque. Pablo tomaba la muerte terriblemente en serio. Para él, el gran realista, la muerte es «el último enemigo». Pero no retrocede ante ella. Le arranca el aguijón al trasladar el centro de gravedad de su vida a Cristo. Ahora, cuando ya se había despojado de los últimos restos de la vieja personalidad en la oscura noche de su mazmorra, y el espejo de su alma reflejaba con toda nitidez y resplandor la imagen del Crucificado, también el sacrificio litúrgico alcanzó el cenit de su carrera apostólica.

Una mañana, el anciano Apóstol es llevado por un grupo de lictores a lo largo de la calle que conduce a Ostia al través de la «Porta Trigemina» pasando junto a la pirámide de Cestio. Doblaron hacia la izquierda, en el sitio de la actual basílica de San Pablo, que entonces eran campos de pastoreo. Una leyenda romana presenta a la ciega Petronila (en paralelismo con Verónica) ofreciendo al Apóstol su velo para que se vendara con él los ojos [n. 56]. Con una última mirada abarca Pablo aquí la perspectiva del valle del Tíber a la derecha y de la Vía Apia a la izquierda, por la cual seis años antes entró en Roma. Por la Vía Laurenciana llegan en media hora a una húmeda hondonada, a la laguna Salvia, llamada «Aquae Salviae», junto al tercer miliario, donde hoy los hijos de San Bernardo habitan el monasterio de «Tre Fontane», situado entre altos eucaliptos. «Sin una fundada tradición, a ningún hombre se le hubiese ocurrido poner el suceso en un lugar tan solitario»³¹. Pero la decapitación fuera de la ciudad traía su origen de un uso romano (TÁCITO, *Hist.* 4, 11). Es un fino rasgo de la leyenda el que a Pablo, con las manos encadenadas dirigido hacia Oriente, le haga decir en voz alta su última oración en aquella santa lengua en que en otro tiempo Cristo resucitado llamó desde el cielo a su servicio al extraviado. Aquí cayó su cabeza, enmudeció para siempre aquella boca que no habló palabra alguna que no estuviese unguida por Cristo. El que una antigua leyenda señale el lugar donde los dos príncipes de los apóstoles se despidieron mutuamente en el camino para el lugar del suplicio, es una expresión simbólica del hecho de que su común martirio curó la escisión entre judío-cristianos y pagano-cristianos y juntó la Iglesia en una unidad inquebrantable bajo el pontificado de san Lino (grabado 37).

Manos cristianas sepultaron a Pablo a dos millas del lugar del suplicio, en la hacienda (*praedium*) de la matrona romana *Lucina*, allí donde se eleva la actual basílica de San Pablo Extramuros, en ambiente puramente gentil. Antiguas sepulturas cristianas no se han hallado en los alrededores del sepulcro de san Pablo, pero sí gentiles. También esto es significativo en el «Apóstol de los Gentiles». Investigaciones recientes han confirmado brillantemente la antigua

tradicción. Por otra parte, «¿qué cosa del mundo hubiera podido mover al arquitecto a edificar la iglesia en este paraje muy apartado de las viviendas de la comunidad, y expuesto a las inundaciones del Tíber?»³¹ Aquí estuvo enterrado Pablo en una sencilla sepultura (*memoria*) hasta la persecución levantada en tiempo del emperador Valeriano en el siglo III. Entonces se hizo la tentativa de robar todos los tesoros cristianos y destruir los cementerios. Los cristianos previeron el peligro trasladando los cuerpos de los dos apóstoles Pedro y Pablo a las *catacumbas de San Sebastián*, junto a la Vía Apia (grab. 41). Tan agradecida quedó la Iglesia por la salvación de su mayor tesoro, que este día de la traslación, 29 de junio, se perpetúa de una manera inextinguible como fiesta de los dos apóstoles. El papa san Silvestre I trasladó de nuevo los cuerpos de los apóstoles a sus sepulturas primitivas, en las iglesias edificadas sobre ellas por Constantino. Cincuenta años más tarde los emperadores Valentiniano II, Arcadio y Honorio en vez de la pequeña iglesia constantiniana edificaron la célebre basílica de San Pablo, que se terminó en el año 395, y en atrevimiento de la construcción y en capacidad sobrepujaba a todas las construcciones de la antigüedad pagana y de la cristiandad. Prudencio la cantó en inspirados versos:

Allá lejos, camino de Ostia, se levanta la tumba de Pablo,
donde, por la izquierda, el río rodea las praderas.
El sitio resplandece con regio ornato. Un bondadoso príncipe erigió el templo
y adornó el recinto con oro precioso.
Recubrió las vigas con láminas de oro, para que, dentro, toda la luz
sea dorada, como los rayos del sol a su salida.
Sostienen el áureo artesonado columnas de mármol de Paros,
allí distribuidas en cuatro hileras.

El estremecedor incendio de 1823, acaecido en la misma hora en que más allá, junto al sepulcro de san Pedro, estaba muriéndose el papa Pío VII, destruyó esta única y notabilísima basílica principal de Roma procedente del siglo IV, pero dejó ileso el sepulcro del Apóstol, así como el mosaico de la hija del emperador Teodosio, Gala Placidia, en el arco triunfal del templo. La actual construcción, levantada con los subsidios de toda la cristiandad, no produce a la verdad con las mismas dimensiones majestuosas la impresión de suave seriedad y sencilla belleza de otro tiempo, pero sí el mismo efecto subyugador (grabado 38 y 39).

La inscripción sobre el altar de la Confesión resume, de la manera más realzada, el ser y el misterio del Apóstol de las Gentes con sus propias palabras:

Para mí el vivir es Cristo
Y el morir una ganancia (Phil 1, 21).

El fino aliento del primer amor estaba todavía sobre el alma del Apóstol moribundo como el tierno esmalte sobre el fruto maduro. Durísimas desgracias, tristísimas experiencias no habían podido exasperar a esta grande alma. Su pueblo le ha expulsado y ve en él un enigma insoluble el día de hoy. Desde la primera mitad del siglo II se ha transmitido por tradición una sentencia, que suena como una condenación y *damnatio memoriae* oficial del Apóstol: «El que profana los santuarios y el que desprecia los días festivos y el que disuelve la alianza de nuestro padre Abraham y se descara contra la Torá (Ley mosaica)...: aun cuando haya de presentar conocimiento de la ley y buenas obras, no tiene con todo participación alguna en el mundo futuro» (MISHNA, *Sentencias de los padres*, 3, 12) ⁶⁶.

«El que planta cedros y encinas, ha de consolarse en que darán sombra sobre su sepulcro; él mismo no ve más que los flacos principios.» Así suena una hermosa sentencia, relacionada con san Pablo. Sus adversarios no han dejado más que libelos sobre él y han desaparecido con ellos de la historia. Pero de la riqueza de ideas y profundidad de conceptos de sus cartas ha nacido el bosque de cedros y encinas de la teología cristiana, arraigándose en el suelo de los hechos de la redención, y meciendo al sol su corona de hojas. Sobre su sepulcro se levanta una basílica inundada de luz, que la serie de papas de todos los siglos contempla con gravedad desde lo alto.

Así está ahora ante nosotros esta vida singular, enardecida por la pasión, surcada por rayos de clarísimo conocimiento, conmovida por visiones, como un paisaje heroico: el medio en contornos bien marcados, el principio y el fin en el crepúsculo de la historia o en el lívido brillo tempestuoso de un mundo que se hunde. Pero en lontananza alborea un nuevo día, el día de Cristo, y hará nacer un nuevo orden en el mundo, como cantó el poeta romano:

*Magnus ab integro saeculorum nascitur ordo **

Y el hombre que escribía sus cartas llenas de espíritu en el ruidoso telar de Éfeso y Corinto o junto a la humeante lamparita del piso de alquiler romano, podía en cierto sentido decir de sí:

Del tiempo en el telar trabajo activo
Y tejo a la deidad vestido vivo.

Si alguno pudo gloriarse de haber entretejido el tapiz artístico de la civilización occidental con trama divina, éste fue el tendero y tapicero de Tarso.

San Pablo pertenece sin duda al número de los personajes enteramente grandes y de los máximos fundadores del Occidente cristiano. ¿En qué consistió su *grandeza personal*? Todo lo grande es sencillo y simplifica los variados aspectos de la vida. El mundo judío-helénico en que vivió Pablo, hace muchísimo tiempo que está hundido y olvidado; las cuestiones y asuntos, alrededor de los cuales giró la gran lucha de liberación de su vida, han pasado. Pero el «espíritu» por el cual dio solución a estas cuestiones, ha permanecido, y se ha convertido en el espíritu de la civilización cristiana europea. Pues todo lo terreno y transitorio es tan sólo el martillo de la providencia, que saca de la roca la chispa divina. Todo lo condicionado por el tiempo decae como un vestido hecho pedazos, mientras que lo que no depende del tiempo se renueva diariamente y resiste a toda mudanza. El hombre de por sí no tiene ninguna grandeza. Sólo la grandeza de la vocación y la entre-

* Véase página 444.

ga sin límites a una obra sobrehumana le hacen verdaderamente grande. Y en esto ninguno es mayor que san Pablo. La completa consunción y extinción del propio *yo* en Cristo: éste fue el secreto de su grandeza.

Todo lo verdaderamente grande produce efecto en el más lejano porvenir. En esto está la *importancia histórica* del Apóstol. Cuando Alejandro Magno, como tan bellamente dice Burckhardt, colocó el manuscrito de la *Ilíada* en el magnífico cofrecito de joyas del vencido Darío, llevó a cabo sin darse cuenta una acción altamente simbólica, que tan sólo realizan hombres en el momento de cumplir una elevada misión: engarzar el espíritu helénico en las riquezas del Oriente. Fue la hora del nacimiento del helenismo. Y el helenismo fue el puente dorado por el que pasaron Pablo y sus adalides, llevando la perla de oriente hacia las tierras occidentales. También en nuestros días hemos de permanecer conscientes de que el hombre que formó por primera vez el nuevo sentimiento social procedente del espíritu de su divino Maestro y de la mejor herencia de la antigua humanidad, no fue otro sino precisamente Pablo de Tarso. Este *ethos* cristiano es el elemento que une el tiempo pasado y el actual. Casi dos mil años de historia cristiana y occidental se mueven en él.

Pablo, que sacó las últimas consecuencias de los pensamientos de su divino Maestro, significa en definitiva nada menos que la supresión del judaísmo como religión⁷⁴. Cuando en Damasco se le cayeron las escamas de los ojos, descubrió lo absolutamente nuevo del cristianismo. El impulso decisivo no lo recibió, pues, de la «carne y la sangre», sino de arriba. El que no se dé cuenta de este elemento intemporal, universal y sobrenatural de Pablo, jamás encontrará solución al problema del Apóstol y su obra. Este problema no se puede resolver ni con la fórmula de «Pablo el Judío» ni con la de «Pablo el Helenista», sino con otra que está por encima de ambas: «Pablo el Cristiano». Pablo no es ningún producto híbrido. «Si alguno está en Cristo, ya es una criatura nueva: acabóse lo que era viejo, y todo viene a ser nuevo; pues que todo ha sido renovado» (2 Cor 5, 17). Únicamente como cristiano pudo ser él todo para todos. Si su camino le hubiese llevado a los germanos, habría sido germano en Germania como fue griego en Grecia. Así comprendió san Bonifacio su misión, así el cantor sajón en su *Heliand*, así Carlomagno cuando trabajó en la fusión de los tres elementos: antiguo, cristiano y germánico, y todos ellos eran «germanos hasta la medula» (J. HALLER, *Das Papsttum* I, 438). Éste es el espíritu procedente de Pablo, su mensaje con respecto a nosotros, y la consigna de la predicación cristiana en nuestros tiempos.

TABLA CRONOLÓGICA SOBRE LA VIDA DEL APÓSTOL PABLO

Advertencia. El único punto de partida auténticamente asegurado para las fechas de los acontecimientos en la vida del apóstol Pablo es una carta del emperador Claudio a la ciudad de Delfos, que ésta hizo cincelar en piedra y colocar públicamente, en la cual el emperador hace mención de su «amigo Galión, procónsul de Acaya». De esta carta se infiere que Galión debió de haber tomado posesión de su cargo de procónsul de Acaya (= provincia de Grecia) en junio del 51 ó 52. Yo me decido por junio del 52 a causa de una más libre coordinación de los acontecimientos hasta la primera encarcelación. Como Pablo poco después compareció ante el tribunal de Galión (quizá en agosto del 52) y entonces había estado ya 18 meses en Corinto, podemos desde aquí computar, aproximadamente, los acontecimientos hacia delante y hacia atrás. La segunda fecha más o menos segura es la substitución del prefecto Félix por Festo en el verano del 59 ó 60. Para la conversión del apóstol tenemos dos límites extremos, más allá de los cuales no podemos pasar: el término más temprano es el año de la muerte de Cristo, el año 30 (¿33?); el más tardío, el año 37. Contra la primera opinión (Harnack, Blass, O. Holtzmann y expositores más antiguos) habla el que no quede espacio suficiente para el desenvolvimiento de la Iglesia hasta la muerte de san Esteban; la segunda opinión (Prat, Vitti y otros) hace en extremo difícil, si no imposible, fijar la fecha del concilio apostólico y de los catorce años entre el primero y el segundo viaje a Jerusalén. Así venimos necesariamente a una fecha media, quizá el 33 ó 34. Desde aquí se coordinan sin dificultad los «tres años del desierto de Arabia» y aquellos catorce años, así como la fecha temprana del concilio apostólico en el año 48 ó 49, lo cual es absolutamente necesario por causa de la temprana llegada a Corinto.

Puesto que san Pablo, al morir san Esteban (33 ó 34), es llamado «un joven» pero por otra parte es ya un personaje eminente, hemos de apreciar su edad de entonces a lo menos en 30 años. Así, por tanto, cae su nacimiento en los años 1 a 5 después de Cristo. Con esto concuerda el que 30 años después de su conversión, al componer la carta a Filemón (cerca del 62), se le llama «encanecido», lo cual hace suponer una edad de 60 años por lo menos.

Por lo tanto, para la vida de Pablo nos resultan las fechas siguientes (con indicación del gobierno del emperador romano contemporáneo):

1 — 5 d. de J. C.	Nacimiento	Augusto, † 14 d. de J. C.
30	Año de la muerte de Cristo	} Tiberio 14 — 37
33/34	Apedreamiento de Esteban; conversión de Pablo	
34 — 36	Permanencia en Arabia	
36/37	Primer viaje a Jerusalén	
37 — 42	Permanencia en Tarso	} Calígula 37 — 41
42	Llegada a Antioquía	
44	Año de hambre y viaje intermedio a Jerusalén	} Claudio 41 — 54
45 — 48	Primer viaje de misión	
48/49	Concilio apostólico; disputa con Pedro en Antioquía	
49 — 52	Segundo viaje de misión	
49/50	Filipos	
50/51	Tesalónica y Berea	
51/52	Atenas y Corinto; las dos Cartas a los Tesalonicenses	
53 — 58	Tercer viaje de misión	
54 — 57	Éfeso	
54/55	Carta a los Gálatas	
56	Primera Carta a los Corintios	} Nerón 54 — 68
57	Huida de Éfeso; Segunda Carta a los Corintios; excursión a Iliria	
57/58	Invierno en Corinto; Carta a los Romanos	
58	Último viaje a Jerusalén	
58 — 60	Prisión en Cesarea	
60/61	Viaje a Roma	
61 — 63	Primera prisión romana; cartas desde la prisión	
63 — 66	Viajes de visita en el Oriente; misión en Creta; viaje a España	
66/67	Regreso de España; invierno en Nicópolis; Primera Carta a Timoteo, Carta a Tito	
67	Segunda prisión romana; Segunda Carta a Timoteo; martirio.	

APÉNDICE HISTÓRICO-RELIGIOSO

Observación previa. Como creyentes en la revelación, para apreciar en lo justo el estado de cosas religioso-histórico en la investigación de la antigüedad cristiana, hemos de distinguir dos corrientes de tradición religiosa: 1.ª, ciertas tradiciones primitivas del género humano (comúnmente designadas con el nombre de «revelación primitiva»), que en forma más o menos confusa hallamos en todos los pueblos y religiones de la antigüedad, entre los egipcios y persas, griegos y romanos, en el mazdeísmo de Zoroastro y en el parsismo, entre los órficos, los pitagóricos, en Platón y en los misterios paganos; 2.ª, la revelación sobrenatural del pueblo israelita y judío, que por su contacto de largos años con los babilonios y los persas y con la civilización helenística adquirió el más preciado tesoro de la tradición, aunque en forma purificada y tendencia monoteísta. Ya que el Logos eterno es según san Pablo también la Palabra creadora, y nada desprecia de lo que ha puesto en el corazón de los humanos en forma de intuiciones, anhelos e impulsos místicos. A este acervo de tradiciones pertenecen las leyendas y recuerdos acerca de la historia primitiva y de la culpa original de los primeros hombres, así como también la idea de un redentor, el dualismo de un reino de luz y de tinieblas, ángeles y demonios entre los persas, las doctrinas órfico-platónicas de la naturaleza humana afín a la naturaleza divina, la inmortalidad y la resurrección, la necesidad de una redención y una expiación, de un «dios cercano», de una unión con el dios y participación en la vida divina, necesidad de un dios que sufre y que muere, que toma parte en el destino de los hombres, etc. Pueden señalarse algunas expresiones de las cartas de san Pablo que proceden del lenguaje de los misterios paganos de aquel tiempo. Para el versado en la cuestión, en todas partes encuentra este mismo fondo histórico-religioso, pero por ignorancia de los hechos en el transcurso del tiempo se ha ido formando sobre el asunto una impenetrable costra de falsas ideas. El autor ha tenido gran empeño en iluminar este fondo histórico con la luz de la investigación actual. En este campo han prestado grandes servicios sobre todo en el lado católico investigadores franceses como Lagrange, Festugière, Lebreton y Grandmaison, y en Alemania especialmente Karl Prümm. Poco antes de que se imprimiera la presente obra, tuve todavía ocasión de consultar el reciente libro de PRÜMM, *Christentum als Neuheitserlebnis* y de comprobar con satisfacción lo mucho que coinciden nuestras apreciaciones.

A continuación damos para el lector de cultura científica una serie de notas y digresiones de índole histórico-religiosa, que en el texto vienen indicadas por una «n» seguida de la cifra correspondiente.

N. 1

Redención y redentor. DEISSMANN (*Licht vom Osten*, p. 271 ss) ha seleccionado un buen número de inscripciones antiguas, de Delfos, que sirven de fondo histórico-cultural al concepto cristiano de «redención» (= rescate de la esclavitud de Satanás). La expresión «precio de compra» (apolytrois, timé), corriente en los documentos de manumisión de esclavos, aparece en los escritos de san Pablo unas siete veces. Una vez se hubo abandonado la fe platónica en la providencia, el ansia de redención que sentían los paganos en la época helenística se centró principalmente en la liberación de la esclavitud del inexorable destino (moira, heimarmene), del ciego azar de la naturaleza, de la tiranía de los demonios (tykhe), y de los astros (anangke). Sólo el que conoce la terrible opresión espiritual de la superstición y del temor a los demonios que sentían los hombres de la antigüedad, así como en las actuales religiones del lejano Oriente (budismo) y siente la moderna esclavitud que produce una mecanización desprovista de espiritualidad, puede llegar a comprender la jubilosa sensación de liberación que experimentaron los primeros cristianos. Este fondo histórico-religioso se percibe en todos los escritos de san Pablo, cada vez que éste alaba la redención como liberación de la fuerza obligatoria de la ley, de los «elementos», de los gobernantes invisibles demoníacos de este mundo, como el rescate de la esclavitud de la culpa (Eph 2, 2; 6, 12; Col 2, 14; 1 Cor 15, 24). Cf. FESTUGIÈRE, *L'idéal religieux*, p. 104 ss; K. PRÜMM, *Christentum*, p. 125 ss.

N. 2

Pablo y la filosofía popular griega. BONHÖFFER (*Epiktet und das Neue Testament*, p. 179), después de concienzudos estudios, llega a la conclusión de que Bultmann no demuestra que existe una dependencia interna de san Pablo con relación a la filosofía popular griega (Diatribé); análogamente, dice GRANDMAISON (*Jésus-Christ* 1 24): «Debe permitirse desde luego abrigar una discreta duda cuando se nos indica que en las cartas del Apóstol se encuentran elementos técnicos de la escuela estoica».

N. 3

La ley (thora) y el judaísmo. Posición de Jesús con respecto a ella. La ley, registrada en el Pentateuco a través de los siglos, la cual remonta en su esencia a Moisés y se fue desarrollando entre los profetas, alcanzó efectos de importancia histórica mundial cuando Esdras, en el año 445 a. de J. C., por encargo del rey de los persas, la hizo obligatoria para los judíos que volvieron de Babilonia. La imposibilidad de toda política exterior, hizo que las energías apasionadas del pueblo judío se concentraran completamente en lo interno. Los dos polos alrededor de los cuales giró en lo sucesivo la vida nacional de Israel fueron los siguientes: la ley, que regulaba los más pequeños detalles de la vida humana, y era retrospectiva y vinculada a la tradición, y la esperanza mesiánica, que esperaba como situación final el establecimiento del «reino de Dios» y la soberanía de los judíos sobre las naciones paganas. Tal fue el comienzo del judaísmo propiamente dicho. La

soberanía de la ley confirió al pueblo aquella inaudita cohesión interna bajo la dirección de los sacerdotes, así como su radical exclusividad con relación al exterior, por todo lo cual vino a ser el pueblo judío hasta nuestros días un indescifrable enigma de la historia. Junto a la divinización de la ley, aparece como labor sumamente importante el estudio y la exposición de la misma. La piedad con que se estudiaba la ley vino a convertirse en un virtuosismo técnico. Esta labor estaba encomendada a los «escribas», que constituían el segundo rango con relación a la clase sacerdotal, a la que superaban en importancia. El «punzón para escribir de los escribas» vino a suplantar a la profecía. En esta tarea existían dos tendencias distintas: la de los fariseos y la de los saduceos (véase n. 38). El derecho consuetudinario (halakha) de los fariseos fue recopilada en el siglo II en la *Mishná* y en el siglo V en la *Gemara*, para constituir el nuevo código de los judíos, el Talmud. Jesús rechazó en bloque toda la exposición de la ley, ya que las tradiciones de los hombres (Mc 7, 8) hacían nula la palabra de Dios, sobreponiendo lo que no era más que mera apariencia a la verdad interna de las Escrituras. Sin embargo, se sometió voluntariamente a la ley, a fin de vencer la ley por medio de la ley en su muerte. Nadie vio con más perspicacia que Pablo todo esto, ni nadie supo deducir más certeramente las consecuencias correspondientes. Enfrentó los dos Testamentos como dos órdenes distintos de vida y de existencia: el «estar bajo la ley» y el «ser en Cristo».

N. 4

La sinagoga en Jerusalén. En el año 1921 se dio a conocer la inscripción descubierta en el edificio de una sinagoga que probablemente es una de las que se mencionan en Act 6, 9 (WIKENHAUSER, *Apostelgeschichte* 52).

N. 5

Los Herodianos fueron la dinastía más importante para la historia contemporánea del Nuevo Testamento. Descendían del valeroso Antípater, del pueblo de los idumeos, tribu afín a los judíos. Con 3 000 soldados decidió la victoria de César en Egipto. En agradecimiento, desde entonces Julio César favoreció a Antípater y a los judíos, y les concedió numerosos privilegios. El hijo de Antípater, Herodes el Grande (47-4 a. de J. C.), merced a su astucia y audacia, se apoderó de la soberanía de toda la Palestina y más allá de ella, y aniquiló a la casa principesca de los Asmoneos, con cuya última heredera, Mariamne, se casó. Fue confirmado en su puesto de rey por el emperador romano Augusto, y desde entonces su dinastía fue siempre amiga de los romanos. Monumentos principales de su afición a los edificios suntuosos y su amor al lujo fueron la reconstrucción del Templo de Jerusalén, la fortaleza o Torre Antonia, el Palacio Real (Torre de David), donde recibió a los magos de Oriente, y la ciudad de Cesarea, junto al mar. Cuando el emperador Augusto se enteró de que entre los niños asesinados de Belén se hallaba también el propio hijo de Herodes, hizo el siguiente agudo juego de palabras: «Preferiría ser el cerdo (hys) de Herodes que su propio hijo (hyios)» (MACROBIO 2, 4, 11), probablemente una confusión de dos sucesos diferentes: el asesinato de las criaturas y la ejecución de tres hijos

de Herodes poco antes de la muerte de éste (E. MEYER, *Ursprung* 1 58). Después de la muerte de Herodes, el país quedó dividido en cuatro principados, bajo el mando de un gobernador romano. El peor de los hijos de Herodes el Grande fue Herodes Antipas (4 a. de J. C. hasta 39 d. de J. C.), el asesino de Juan el Bautista y perseguidor de Jesús. Construyó la ciudad pagana de Tiberíades a orillas del lago de Genesaret, en la que Jesús jamás puso los pies. Depuesto por Calígula, murió en el exilio en España. Su hermano Felipe fue quien mandó edificar la ciudad de Cesarea de Filipos, donde Jesús prometió a Pedro el poder de las llaves. Herodes Agripa I (37-44), nieto de Herodes el Grande y de Mariamne, pasó su juventud en Roma, en la corte imperial, como íntimo amigo del que más tarde había de ser el emperador Gayo Calígula. Debido a ciertas imprudentes expresiones que se escaparon de su boca, fue denunciado ante Tiberio y arrestado. FLAVIO JOSEFO (*Antigüedades Judaicas* 18, 6, 7) refiere el siguiente curioso suceso: Cuando Agripa, maniatado, fue entregado a la guardia pretoriana, se apoyó en actitud de desesperación al tronco de un árbol que había en el patio del cuartel. Entonces vino un buho a posarse sobre las ramas del árbol. Esto fue observado por un germano cautivo, el cual se acercó a Agripa y le dijo por medio de un intérprete: «Muchacho, te afliges a causa del giro que ha tomado tu suerte, pero quizá no me crearás si te digo lo que la divinidad ha resuelto hacer para salvarte... Pronto serás librado de esas ataduras y gozarás de la soberanía y el prestigio. Todos los que ahora lamentan tu desgracia te llamarán bienaventurado. Mas si vuelves a ver ese pájaro, ten por seguro que morirás al cabo de cinco días». Esta predicción del germano le pareció entonces a Agripa tan ridícula como asombrosa había de encontrarla posteriormente. Poco después murió Tiberio, y Calígula confirió a Agripa, en el año 37, la tetrarquía de Felipe, de Lisania y de Antipas, así como también el título de rey. Después de ser asesinado Calígula (41), Agripa contribuyó a entronizar a Claudio, merced a su actividad y a su astucia, con la que consiguió burlar al senado romano. Claudio le entregó, a cambio de ello, el gobierno de la Judea y la Samaria, de suerte que ahora poseía todo el territorio de su abuelo, junto con el derecho de nombrar al sumo sacerdote. Astuto como él solo, inmediatamente abrazó la causa de los judíos y comenzó a perseguir a la joven iglesia cristiana. Mandó prender a modo de exvoto en el templo de Jerusalén la cadena de oro que en otro tiempo le había regalado Calígula, y que pesaba tanto como la de hierro con que había sido atado durante su encarcelamiento. En el año 44 se produjo aquella escena de la apoteosis de Herodes en el teatro de Cesarea (véase n. 6) referida en Act 12, 20-23 y por FLAVIO JOSEFO en sus *Antigüedades Judaicas*. Sus aduladores le aclamaban más o menos con estas palabras: «Favorécenos, y en lo sucesivo no te consideraremos como un ser humano, sino que te veneraremos como un dios inmortal». De pronto levantó Herodes Agripa la cabeza y vio posado sobre una cuerda al bien conocido buho. Ahora sabía lo que había de acaecerle, y sintió amargo remordimiento. Inmediatamente fue acometido en sus entrañas por insupportables dolores. Pálido como un muerto, se volvió hacia sus amigos y les dijo: «Mirad, vuestro dios debe ahora dejar la vida, y la Providencia confunde en un instante todas vuestras palabras engañosas». Cinco días después se iba de este mundo, presa de horribles dolores, lo mismo que su abue-

lo Herodes el Grande (FLAVIO JOSEFO, *Antigüedades Judaicas* 19, 8, 2). Dejó cuatro hijos: Agripa II (50-100), Berenice, Mariamne y Drusila. Palestina volvió a ser dividida y confiada a la administración de un gobernador. Aumentaron los desmanes del partido nacionalista de los sicarios. Agripa recibió los territorios de Felipe, de Lisania y algunas ciudades; su hermana Drusila, que estaba casada con Azizo de Emesa, se unió en alianza adúltera con el gobernador Félix, contra las leyes del país, mientras que Berenice, al igual que su otra hermana Mariamne, pasaba de un matrimonio a otro, tenía relaciones ilícitas con su propio hermano Agripa, y finalmente con el romano Tito. Agripa residía comúnmente en el palacio de Herodes, en Jerusalén, y escandalizaba a los judíos tanto como le era posible, como, por ejemplo, al edificar un mirador desde el cual podía observar lo que se hacía en el atrio del templo. Nombró sumo sacerdote al cruel Anano, el que condenó a morir apedreado a Santiago, «hermano de Jesús, al que llaman Cristo» (según palabras de Flavio Josefo). Agripa terminó su mala vida a fines del siglo. Racine se inspiró en el destino de Berenice y su desgraciado amor por Tito para escribir una gran tragedia (cf. LIETZMANN; E. MEYER; E. KALT, *Bibl. Reallexikon*).

N. 6

Viaje para entregar la colecta a los cristianos de Jerusalén. Para determinar la fecha de este viaje y de la previa detención y liberación de san Pedro, tenemos un confiable punto de referencia en la escena del apoteosis de Herodes Agripa en el teatro de Cesarea, que ocurrió más o menos al mismo tiempo, según se nos describe en Act 12, 1-24 y en FLAVIO JOSEFO (*Antigüedades Judaicas* 19, 8, 2). Dió Casio refiere que precisamente durante la primavera del año 44 se organizaron extraordinarios festejos para celebrar el feliz regreso del emperador Claudio de su campaña de Britania. Por lo tanto las fiestas que se celebraron en Cesarea debían de haber sido organizadas por Agripa en honor de su imperial amigo. Por consiguiente, podemos situar el viaje de la colecta de limosnas en el otoño del año 44 (WIKENHAUSER, *Apostelgeschichte* 88).

N. 7

Legión céltica. RAMSAY, que en 1912 realizó excavaciones en Antioquía de Pisidia, reproduce en su obra *The Cities of St. Paul*, monedas romanas que ostentan estandartes de diferentes legiones, entre los cuales figura el de una legión céltica.

N. 8

Actas de san Pablo y de santa Tecla. La fantasía cristianognóstica del siglo II se apoderó de la vida de Jesús (evangelios apócrifos), así como de la vida de los dos apóstoles principales, en numerosos episodios adornados con pormenores novelescos, y ofreció a los lectores cristianos, como lectura muy codiciada por éstos, diversas actas apócrifas tales como *Acta Petri*, *Acta Pauli*, etc. Alcanzó fama excepcional la novela de un sacerdote del Asia Menor, en la que se acumulan en rara mescolanza antiguas y nuevas leyendas, y nos ha llegado en sus versiones griega, copta y latina. Comoquiera que ya Orí-

genes, Tertuliano e Hipólito tuvieron conocimiento de estos *Hechos y viajes de Pablo y Tecla*, la novela debió escribirse lo más tarde hacia el año 190. El modelo de esta piadosa literatura cristiana de carácter ameno lo ofrecían las famosísimas *Fábulas Milesias*, al estilo del fanfarrón Apuleyo (*El asno de oro*). A semejanza del asno parlante que aparece en esta obra, constituyen un motivo novelesco muy apreciado el perro hablador de los Hechos de Pedro y el león bautizado y que habla en los Hechos de Pablo. En las altas esferas eclesiásticas de Oriente, los Hechos de San Pablo gozaban de un prestigio casi canónico. Hay que reconocer que existen reminiscencias de la realidad detrás de todas estas incongruencias (lo mismo que en las *Floreillas*, de san Francisco de Asís). Los Hechos de los Apóstoles no reflejan, ni mucho menos, todo lo sucedido. Piénsese en la enumeración de los padecimientos de Pablo en 2 Cor 11, 23, en la «lucha contra las fieras» de Éfeso a que se hace alusión en 1 Cor 15, 32. Algunos investigadores, como Harnack, Rolffs, Schubart, Ramsay, sostienen que «de la maraña entretrejida por las leyendas debe vislumbrarse el fondo histórico» (*Praxeis Paulou*, según el papiro de la Biblioteca del Estado y de la Universidad de Hamburgo, publicado por C. Schmidt, 1936).

N. 9

Cláusula de Santiago. Si se quiere tachar la palabra «fornicación» (Act 15, 29) porque falta en los más antiguos manuscritos orientales, entonces la proposición de Santiago queda reducida a una mera prescripción sobre los alimentos (WIKENHAUSER, *Apostelgeschichte* 105). La dificultad de que Pablo está de acuerdo con la proposición en los Hechos de los Apóstoles, pero nada dice de ello en sus Epístolas, e incluso lo contradice en las regiones de habla griega, quieren eliminarla algunos exegetas protestantes (como Lietzmann) suponiendo que aquella resolución fue abrazada mucho más tarde a espaldas de Pablo, el cual se sorprendió mucho de ello en ocasión de su último viaje a Jerusalén (Act 21, 25). Pero con ello se pondría en duda la confiabilidad de los Hechos de los Apóstoles o se haría de ellos el producto de una época posterior. Por lo tanto, nos adherimos a la opinión de los exegetas católicos, que es la siguiente: la liberación de la ley mosaica y con ello la justificación por medio de la acción salvífica de Jesús exclusivamente, constituye el contenido principal del decreto del Apóstol y la infalible decisión de la fe. Sin embargo, la regla sobre los manjares era sólo una medida disciplinaria temporal que cada apóstol podía dejar sin vigor en su distrito de misión, en virtud de los poderes universales que les habían sido conferidos. La teología católica distingue tres grados de abolición paulatina de la ley ritual del Antiguo Testamento: 1.º, la época en que el Redentor se colocó voluntariamente «bajo la ley» debido a su significado típico, con objeto de dejarla sin vigor mediante su muerte de expiación acaecida en nombre de la ley (la época que va hasta el momento de la muerte en la cruz); 2.º, la época en que la ley se «cumplió» y quedó sin efecto (Col 2, 14), y que el seguirla era algo «muerto», pero no era todavía algo que acarrease muerte (*mortua, non mortifera*), es decir, el período apostólico desde la muerte en la cruz («el velo del Templo se rasgó en dos mitades») hasta la destrucción del Templo; 3.º, la época en que el seguir la ley

resultó algo pecaminoso (*mortifera*, o sea, el período postapostólico). Para este último período, la Carta a los Hebréos expone con gran claridad la relación entre «ambos caminos».

N. 10

Silas y Tito. La dificultad de por qué Lucas no dice una sola palabra acerca de la personalidad y la actividad extraordinarias de Tito, trata de solucionarla BARNIKOL (*Personenprobleme der Apostelgeschichte* 1931) por medio de la hipótesis perspicaz, aunque sin fundamento convincente, de que Silas, el colaborador del Apóstol en su segundo viaje de misión y cofundador de la iglesia de Corinto, no es el Silas de Jerusalén, el que trajo el decreto apostólico, sino que es el mismo Tito, el antioqueno convertido por Pablo, cuyo nombre completo era «Tito Silvano».

N. 11

Galacia. La obscura y sumamente lacónica indicación de «la Frigia y el país de la Galacia» y «el país de la Galacia y la Frigia», de Act 16, 6 y 18, 23 respectivamente, no constituye ninguna base trascendente para una hipótesis de tanta importancia como la fundación de la iglesia del norte de la Galacia y los destinatarios de la Carta a los Gálatas. La expresión debe entenderse con ayuda de otros textos, a saber, de las Cartas del Apóstol, y de motivos concretos. En la Carta a los Gálatas, Pablo se dirige a las «iglesias de Galacia», y dice al final de 1 Cor (16, 1) que también en las iglesias de Galacia ha ordenado la colecta de limosnas para Jerusalén. Ahora bien, es inconcebible que Pablo, que envió cartas a todas las provincias eclesiásticas importantes fundadas por él, hubiera omitido intencionadamente la más importante fundación del primer viaje misional, cuyos intereses, sin embargo, tan apasionadamente defendió en el concilio de los apóstoles. Hay que descartar, además, que los falsos apóstoles judíos hubieran dejado de ir a sembrar cizaña en las iglesias del sur de Galacia, mucho más accesibles, y lo hubieran hecho, en cambio, en las lejanas del norte. También es inconcebible que Pablo sólo hubiese ordenado la colecta en las iglesias de la Galacia del norte, sumidas completamente en la penumbra, de las cuales no se menciona ni un nombre de lugar ni uno de persona.

N. 12

La Tabla Peutingeriana. La llamada *Tabula Peutingeriana*, conservada en la Biblioteca Nacional de Viena, y que consta de 11 hojas de pergamino, es una copia del original dibujado por Castorio en el siglo iv. El cartógrafo romano se sirvió evidentemente de los numerosos itinerarios confeccionados por los romanos para uso de los viajeros, análogos a nuestros mapas de carreteras. Nuevamente descubierto en el año 1507, el mapa de Castorio pasó a ser posesión de Conrad Peutinger, de Augsburgo, y tras diversas vicisitudes, a manos del príncipe Eugenio. Los contornos de las costas, como si fueran vistos en un espejo convexo, están muy deformados. Este mapa consistía en su forma original en una tira larga de casi 7 m, que podía enrollarse y desenrollarse mediante un bastón. Aunque el mapa sólo contiene una parte

de las carreteras romanas (unas 70 000 millas romanas de 1,5 km cada una), nos da, sin embargo, una idea interesante de lo que realizaron los romanos en cuanto a construcción de calzadas y medios de comunicación. En tiempos del apóstol Pablo, todo el imperio romano estaba en movimiento: emperador, gobernadores con su séquito, funcionarios, correos, militares, esclavos del correo imperial y del correo privado, filósofos y predicadores paganos ambulantes, charlatanes y hechiceros judíos, médicos y comediantes griegos, y también misioneros cristianos. En cada carretera había *positae stationes* (paradas o postas), *mansiones* (mesones), *tabernae*, *mutationes* (donde se cambiaban los caballos). Todavía hoy se ven en carreteras romanas piedras cuadradas para montar y apearse del caballo. El principal equipo para el caminante (según Plauto) era el siguiente: una espada (recuérdese a Pedro en el huerto de los Olivos; véase también Lc 22, 36-38), un manto, un frasco con aceite para unguir; según la indicación del Señor a sus discípulos: bolsa para el pan, bolsa de viaje (para los pobres, saco de mendigo), manto, doble muda interior, pequeña cantidad de dinero, túnica ceñida, sandalias (A. STEINMANN, *Die Welt des Paulus*; K. MILLER, *Die Peutingerische Tafel*, 1929).

N. 13

La diáspora judía. Empezó ya en el siglo VII a. de J. C., cuando masas de judíos llegaron a Egipto. Aumentó cuando la población judía fue conducida en masa a Babilonia y al Imperio persa, donde la mayor parte permanecieron. Ptolomeo estableció, 320 años después de la ocupación de Jerusalén, nuevos grupos en Egipto (Alejandría), Cirene y Libia, a modo de colonos militares, y Antíoco III a 2 000 familias judías en Frigia y en Lidia. Posteriormente hallamos colonos judíos en toda el Asia Menor, en Chipre, Creta y las demás islas del Mar Egeo, en Grecia, en Italia y en España. A ello deben añadirse los numerosos judíos cautivos transportados por Pompeyo, los cuales pronto fueron puestos en libertad y recibieron la ciudadanía romana, entre los cuales figuraban probablemente los abuelos o los padres de Pablo. Había dos clases de diáspora judía: la helenística y la del Talmud. En el seno del judaísmo helenístico, ampliamente abierto a la cultura griega, se produjo la traducción griega del Antiguo Testamento o versión de los Setenta, así como la literatura sapiencial (libro de la Sabiduría, Proverbios) y no en último término las ideas de Logos y Pneuma, que los apóstoles Juan y Pablo llenaron de significado cristiano. Esta elevada cultura recibió un golpe de muerte de manos del judaísmo del Talmud. Pablo procedía del judaísmo helenístico. El judaísmo esparcido en el extranjero se mantenía en estrecha relación con la comunidad madre de Jerusalén por medio de peregrinaciones, contribución al Templo, mediante los predicadores ambulantes fariseos (Ioh 7, 35), cartas circulares, y sobre todo por la concentración del culto en Jerusalén, efectuada en el año 621, y conocida, para asombro de los gentiles, sólo un servicio divino doctrinal desprovisto de imágenes, sin templos y sacrificios, en las sinagogas y casas de oración (*proseukhé*), cuya red se extendía a modo de tela de araña por todo el Imperio romano. La mayor influencia la adquirió este judaísmo por medio de propaganda literaria, que mediante hábiles ficciones daba testimonio de la superior cultura de Israel, y también mediante una incansable actividad

de proselitismo, que ya Jesús les echaba en cara (Mt 23, 15). Lo ideal y lo común eran cosas que yacían simultáneamente una al lado de otra. No sabemos si el judaísmo consiguió más adeptos por medio de la sublimidad de la Biblia entre personas de naturaleza más noble, o entre naturalezas superficiales y entre las mujeres debido a las supersticiones, hechicería, adivinación y el incitante atractivo de los errores gnósticos, contra los cuales tuvo ya que luchar Pablo (cf. Eph, Col, cartas pastorales). La soberbia con que los judíos querían mantenerse como raza aparte y la explotación que ejercían entre los gentiles provocaron a veces entre éstos la burla (cf. Horacio) y la calumnia (asesinato ritual, adoración de un asno), en parte el odio, que a menudo se desencadenaba en forma de matanzas en masa. Séneca llamaba a los judíos una «raza abominable (scelestissima gens), que, siendo vencidos, dictan leyes a los vencedores». La actual investigación aprecia por lo menos en un 7 % de la población del Imperio romano el número de los judíos de la diáspora (cf. ED. MEYER, *Ursprung*; LIETZMANN I 68; KALT, *Bibl. Reallexikon*).

N. 14

El «dios desconocido». Apolonio de Tiana, que residió en Atenas más o menos al mismo tiempo que Pablo, en un discurso allí pronunciado alabó a los atenienses por su piedad y habló también de «altares que habían sido erigidos a los dioses desconocidos» (E. Norden). Esto más bien atestigua la credibilidad del relato de los Hechos de los Apóstoles y no su dependencia de una supuesta biografía de Apolonio, según quisiera inferir E. Norden. En las excavaciones de Pérgamo se encontró en el año 1909 una inscripción en un altar. El texto, por desgracia mutilado en su parte decisiva, dice así, según la manera (insegura) como ha sido reconstruido:

Theois ag(nostois)	A los dioses desc(onocidos)
Kapit(on)	Capit(ón)
Dadoukho(s)	Portado(r) de antorchas

Hasta ahora no se ha descubierto ninguna inscripción, como la mencionada por Pablo, redactada en singular: «a un dios desconocido».

N. 15

Parentesco con Dios, filiación divina. La idea básica del Himno de Cleantes, o sea, el parentesco de naturaleza del hombre con respecto a Dios, y que también aparece en su paisano Arato, citado por Pablo, es de origen antiquísimo griego-platónico. De la naturaleza de los principios del conocimiento humano, enfocados hacia lo eterno, Platón (en el *Fedón* y en el *Timeo*) infiere nuestra procedencia celestial y nuestro esencial parentesco con Dios (*syngéneia*), que es la idea de todas las ideas, así como la participación en la vida eterna en la contemplación de Dios como recuerdo retrospectivo de una vida anterior en Dios y como fin último del ser humano. La razón, nuestro yo más íntimo, es una fuerza celestial, un *daímon*, la «chispa del alma», de Marco Aurelio y de los místicos cristianos. Filón y Pablo le daban el nombre de *pneuma* o espíritu del hombre. PÍNDARO (*Fragm.*

131), decía que el alma es una «imagen» (eidolon) de Dios. El mismo pensamiento viene expresado por las «tablillas de oro órficas» encontradas en la Italia meridional. En los estoicos, este parentesco con Dios se extiende a la naturaleza y a todo el universo. La chispa divina, el alma universal pone la base a la «simpatía del universo». Hacía falta llegar al neoplatonismo (Plotino) para volver a encontrar la idea originaria de Platón. De él parte una línea que llega hasta Goethe, quien expresa maravillosamente el pensamiento de Plotino: «Si el ojo no estuviera adecuado al sol, no podría contemplarlo. Si en nosotros no residiera la propia fuerza de Dios, ¿cómo podría emblesarnos lo divino?» *

El amable error de Platón acerca de la preexistencia de las almas fue corregido por Aristóteles, pero su idea de la visión de Dios como supremo fin de la vida es el logro perdurable del genio helénico, y alcanzó su grado más eminente en el cristianismo por medio de la doctrina paulina de la *visio beatifica* (1 Cor 13, 12). Las dos altas cimas del espíritu humano, Platón y Pablo, se encuentran una junto a la otra, y sin embargo, están separadas por un abismo que sólo podía ser salvado por medio de la revelación: el abismo de la naturaleza y la gracia. En Platón es el hombre soberano quien asciende hacia Dios por su propia fuerza inmanente; en el cristianismo Dios desciende hasta el hombre y lo eleva, y este bajarse y conducir hacia arriba es lo que se llama la gracia (cf. FESTUGIÈRE, p. 48 ss).

N. 16

Discurso del Areópago. En la forma como aparece redactado en Lucas puede tratarse naturalmente de un breve extracto y de una versión libre del verdadero discurso. Frente a los críticos que quisieran discutir la autenticidad histórica del discurso, tenemos el mesurado juicio pronunciado por HARNACK (*Apostelgeschichte*, 1928, p. 110): «Si los críticos logran tener algún día una visión clara de las cosas y el suficiente buen gusto, será imposible desconocer que la genialidad en la elección de los pensamientos es aquí tan grande como la fidelidad histórica» (en el resumen de las ideas básicas del Apóstol). La gran importancia que para la historia de la religión posee el discurso del Apóstol reside ante todo en la prueba de que la idea fundamental cristiana de que «la naturaleza invisible de Dios puede reconocerse por sus obras» (Rom 1, 20) constituye una verdad racional y una herencia espiritual de la antigüedad, y en segundo lugar en la absoluta superioridad y originalidad del cristianismo. Pablo no necesitaba estudiar a los filósofos griegos, ya que la demostración causal de la existencia de Dios le era familiar debido al libro de la Sabiduría (cap. 13), escrito bajo influencia helénica. Seguramente le era ya conocido el sentido panteístico, o mejor panenteístico de la frase «en él vivimos...». El pensamiento estoico no contenía ciertamente la verdad, aunque sí una gran parte de verdad, a saber, la permanencia de Dios en el mundo (inmanencia), que el cristianismo, con la idea de personalidad, ha unido a la supramundinidad de Dios (trascendencia), llegando así a una síntesis de dos cosas diametralmente opuestas.

* *Wär nicht das Auge sonnenhaft, / Die Sonne könnt' es nicht erblicken. / Läg nicht in uns des Cottes eigne Kraft, / Wie könnt' uns Götliches entzücken?*

Pablo podía sin reparo alguno adaptar mediante una ligera modificación estas palabras, originalmente de sentido panteístico, a las ideas cristianas.

N. 17

Misterios. Dos puntos preocupaban al hombre religioso de la antigüedad: 1.º, si existe un asemejamiento con Dios y una unión con Dios, es decir, un conocimiento recíproco y un vínculo amoroso entre Dios y el hombre; 2.º, el modo como el hombre podría participar de la vida feliz de los dioses bienaventurados, a fin de escapar al destino inexorable que pesa sobre la humanidad debido a catástrofes políticas, tiranía, confiscaciones de bienes, destierros, etc. (véase n. 1). Quinientos años de filosofía griega eran incapaces de contestar adecuadamente a estas cuestiones esenciales. Según Platón, la visión de Dios era sólo privilegio del noble libre (kalokagathós) que disponía de tiempo y dinero, y no era asunto propio para el hombre del pueblo. Así, las almas que aquí no encontraban su patria, se refugiaban en los misterios (cultos secretos) e incluso en la magia. Es preciso conocer las necesidades de la época, la inseguridad de la existencia a principios de la época imperial, como se nos revela con el moderno estudio de los papiros, para comprender el éxito que habían de tener los viejos y nuevos misterios, los cuales por medio de Baal (Siria), de Isis y de Cibeles, prometían, al igual que los misterios órficos, pitagóricos y eleusínicos, protección, rescate y vida inmortal. Precisamente pueden designarse los misterios como «religiones de la inmortalidad». Un espeso velo pesa sobre estos misterios, ya que era riguroso el mandato de que se mantuvieran secretos, y así se mantuvieron. Propósito de los misterios era el de formar un estrecho lazo entre el iniciado (misto) y su dios (matrimonio místico). El rito consistía en la admisión solemne del iniciado, después de un largo y doloroso período de prueba, en la entrega de sagrados escritos, en la instrucción, representación dramática de lo oído, exposición de objetos y símbolos sagrados, como, por ejemplo, la espiga de trigo (Eleusis), en el banquete sagrado y en beber del sagrado cáliz (kykeon). Estados extáticos e hipnóticos provocados por el mistagogo muchas veces hacían que los iniciados se sintieran subir a los cielos, a través de la región de los planetas o bajar a los infiernos. Junto a los cultos de los misterios había una abundante literatura ocultista (escritos herméticos). Pablo, que atisbó tan profundamente en el alma pagana, a cada paso se encontró con estos misterios (cf. FESTUGIÈRE y PRÜMM).

N. 18

Formulario epistolar. El formulario epistolar de los antiguos que Pablo tomó y amoldó a su manera original, comprendía las siguientes partes: 1.º, el preescrito (protocolo de introducción), que a su vez se dividía en *a*) la fórmula del remitente (p. ej.: «Pablo, por la voluntad de Dios apóstol de Jesucristo»), *b*) la del destinatario (p. ej.: «a Timoteo, su genuino hijo en la fe»), *c*) la expresión de deseos (p. ej.: «gracia y paz a vosotros»); 2.º, el contexto, en el que Pablo alterna el «nosotros» con el «yo»; 3.º, la conclusión (escatocolo) con una lista de saludos, a menudo bastante larga, y el saludo escrito de puño y letra del remitente (aspmós). Esto equivalía

a la firma y al visto bueno («aquí va mi saludo escrito por mi propia mano. Pablo», 1 Cor 16, 21; Col 4, 18; 2 Thes 3, 17) para evitar falsificaciones de los enemigos (2 Thes 2, 2). Algunas cartas las escribió el mismo Pablo, en otras se valió de un secretario. Tratándose de las cartas escritas últimamente podemos identificar incluso a los mensajeros. En el sobrescrito se revela el sentimiento de autoridad, que iba acrecentándose con los años, sobre todo en la Carta a los Gálatas. O. ROLLER, en su erudita obra *Das Formular der paulinischen Briefe*, llega a la siguiente conclusión: «Las 13 cartas deben ser consideradas como obra de un solo hombre».

N. 19

Suicidio. Los órficos y los pitagóricos rechazan el suicidio, y lo mismo hacen Sócrates, Platón y Aristóteles. Según PLATÓN (*Fedón* 62), Dios es nuestro pastor, nosotros somos su rebaño y su propiedad (cf. Ps 22 y la parábola de Jesús) y no debemos abandonar su redil (phrouará). El suicidio sería una ofensa a Dios. En Epicuro y en los estoicos posteriores desaparece este sentimiento de responsabilidad de la vida; el hombre se siente abandonado por los dioses y anda en tinieblas. Pablo y Marco Aurelio coinciden en la idea de que «el mundo gime y suspira», pero ¡cuán diferente es la manera como ambos expresan esta idea! Según Pablo, las disonancias se solucionan en la armonía divina (Rom 8); según Marco Aurelio, es irremediable el desorden general; el hombre debe redimirse a sí mismo. La ataraxia (indiferencia) de Epicuro y la apatía (insensibilidad) de los estoicos son «hermanas gemelas» e «hijas de la desesperación» (LIGHT-FOOT). Cf. FESTUGIÈRE, p. 66 166 185.

N. 20

Pneuma. Palabra que se remonta a los orígenes de la humanidad, concepto capital, en cuyos cambios semánticos puede leerse todo el desarrollo de la historia de la religión. En este punto se entrecruzan dos corrientes de tradición: 1.^a la filosófica; 2.^a, la bíblica. En la orientación que tiene su punto de arranque en Platón, llámase *nous-pneuma* a aquella parte superior del alma que se vuelve hacia Dios, que es el Alma del alma, de la chispa divina. Esta parte del alma, el *nous-pneuma*, es distinta del alma sensitiva. Para Aristóteles, *pneuma* es sólo el principio vital físico. Los estoicos lo consideran como un fluido de fuego que mantiene el mundo en su parte más íntima. En la literatura de los misterios, designa las zonas irracionales del sentimiento y de lo subconsciente. En los papiros mágicos aparece la fórmula: «¡Ven a mí, Señor Espíritu Santo!», pero sólo se refiere a una fuerza mágica de la que quiere apropiarse el hechicero. El concepto que Pablo tiene del *pneuma* o espíritu no procede de la filosofía griega, ni siquiera de Platón, sino que tiene una raíz en el Antiguo Testamento, en el Génesis («sopló en él el espíritu de vida»), en lo que siempre se vio una comunicación de la vida divina, y otra raíz en el evangelio y en el suceso de Pentecostés. De ahí el doble uso que hace Pablo: el espíritu humano como asiento de la gracia, el espíritu divino como tercera persona divina.

N. 21

Hechicería, superstición. Apenas nos es posible entender el más importante proceso evolutivo de la historia de la religión de todos los tiempos, el modo como la antigüedad se transformó en la forma de vida cristiana, si no conocemos el sombrío fondo de ocultismo que nos ha revelado el moderno estudio de los papiros. Los Hechos de los Apóstoles nos muestran en diversos pasajes interesantes momentos en que el cristianismo tuvo contacto con la magia: Pedro y Simón el Mago, Pablo y Elimas, Pablo en Éfeso y en Filipos. Todos estos episodios reflejan el mundo en que Pablo tuvo que intervenir. La magia presupone un estado del alma que es exactamente opuesto al religioso. La actitud religiosa es un sentimiento de dependencia de la criatura con respecto al Creador, pero la magia, con sus conjuros, quiere obligar a la divinidad a ponerse al servicio del hombre por medio de invocar su nombre. Objeto de la magia eran los bienes terrenos, pero también el fluido de la inmortalidad. El camino de la filosofía y el de los misterios era largo y penoso. En todas partes había magos ofreciendo sus servicios. Por poco dinero podía comprarse un pedacito de inmortalidad. En los días de Pablo el judaísmo había contribuido mucho a enriquecer la literatura mágica de los griegos. Se consideraba a Moisés y a Salomón como los padres de la magia, e incluso el nombre griego *Hypsistos* (el Altísimo) con que los judíos helenistas designaban a Dios fue muy empleado en las artes mágicas (recuérdese la muchacha espiritista de Filipos, en Act 16, 16-18).

N. 22

Bagaje de los misioneros. Véase la n. 12, al final.

N. 23

Destino. En el alma griega se hallaban profundamente arraigadas las ideas del destino y del temor al destino. A partir del siglo IV nos encontramos cada vez con mayor frecuencia con los poderes del destino tales como la *heimarmene*, la *moira*, la *anangke*. A la ley ineludible de la causalidad de la naturaleza, descubierta por el genio filosófico de los griegos, se hallan supeditados incluso los dioses. El curso de la historia, según vemos, por ejemplo, en el historiador Polibio, viene dominado por la misma ley inexorable que rige el eterno círculo de las cosas. Por ello es que incluso el tiempo fue personificado en Eón como un dios del destino, como un monstruo que enseña los dientes amenazadoramente. Cuando Pablo amonesta en Col 2, 8: «Estad sobre aviso para que nadie os seduzca por medio de una filosofía inútil y falaz, y con vanas sutilezas, fundadas sobre la tradición de los hombres, según los elementos del mundo, y no conforme a Jesucristo», parece que por «elementos del mundo» hemos de entender también los dioses paganos de los astros y del destino. Probablemente piensa también en ellos cuando describe la lucha del cristiano contra «el príncipe de la potestad del aire» y cuando dice a los efesios «Revestíos de toda la armadura de Dios, para poder contrarrestar a las asechanzas del diablo; porque no es nuestra pelea contra carne y sangre, sino contra los prínci-

pes, y potestades, contra los adalides de estas tinieblas del mundo, contra los espíritus malignos esparcidos en los aires» (Eph 2, 2; 6, 11-12). Al paganismo precristiano se le presentaron muchos que se ofrecían como «redentores» de la opresión del destino. Isis era considerada como la «dominadora de la anangke», Serapis como el «salvador de los pobres». Vistas con esta luz, adquieren nueva significación las palabras de Jesucristo: «Venid a mí los afligidos y apesadumbrados».

N. 24

Epicuro. Con Aristóteles se abandona definitivamente el idealismo de Platón. La sabiduría de los griegos desemboca en la concepción práctica y austera que los estoicos tenían de la vida, y termina en el desengaño del mundo por medio de Epicuro, cuyo pesimismo se convierte en nihilismo ético. Lo que más debía repugnar del discurso del Areópago a los discípulos de aquel Buda griego fue la idea de que Dios hubiera salido de su bienaventurado reposo y por medio de su Hijo hubiera intervenido en los destinos de la humanidad.

N. 25

Eros y Agape. En este par de conceptos es donde se manifiesta más claramente la diferencia entre helenismo y cristianismo. Eros es el amor apetitivo, incluso el amor que el espíritu siente por la verdad, el afán de saber; en PLATÓN (en el *Banquete*) también significa el impulso que lleva al alma a la contemplación de la idea pura, de la eterna belleza. Pero la pura Idea (Dios) no responde, no ama, no conoce al hombre. Dios no tiene amigos, se basta a sí mismo. Este Eros, tanto el término como el concepto, es completamente extraño al Antiguo Testamento, e incluso a Pablo. Aquí es Dios quien amó el primero a los hombres. Agape es el doble movimiento amoroso: de Dios al hombre (Gal 2, 20) y la respuesta que el hombre da al divino amor (1 Cor 13). Lo mismo sucede con el conocimiento de Dios (gnosis), que en Platón carece de reciprocidad. El hombre está solo. Y al paso de esta soledad sale la nueva revelación: «...ahora, habiendo conocido a Dios, o por mejor decir, habiendo sido de Dios conocidos...» (Gal 4, 9).

N. 26

Esperanza de inmortalidad. La antigua creencia popular en una vida inmortal después de la muerte aparece con mayor frecuencia expresada en las lápidas funerarias griegas desde el siglo v a. de J. C. al siglo v d. de J. C., bajo la influencia de la religión órfica. Tan pronto se imaginan los Campos Elíseos, la mansión de los dioses (VIRGILIO, *Eneida* 6), tan pronto el éter, o una estrella, o la «Isla de los Bienaventurados» (según los pitagóricos) como lugar de residencia de las almas. Reina una gran incertidumbre en cuanto a si se conservan la conciencia y el yo personal. Los estoicos creían en una subida al mundo de las almas. La esperanza en una supervivencia personal era extremadamente menguada (1 Thess 4, 13). Pero la filosofía no contradecía la creencia popular. Así, el alma pagana estaba preparada en cierto modo para recibir el evangelio. Su vaga esperanza adquirió en el

cristianismo, merced a Pablo, una cálida nota personal en su idea de «estar con Cristo» (FESTUGIÈRE, p. 142).

N. 27

El problema del sufrimiento. Piedra de toque de toda filosofía y de toda religión, atormentaba también el alma de los griegos, la cual, en el fondo, no era propensa a la alegría, sino a la melancolía. Testigos de ello son las figuras de personajes predilectos de los grandes poetas, figuras tales como las de Aquiles, Ajax, Antígona, Alceste, Ifigenia. Mientras Heracles siguió siendo el ideal del alma griega, se reconoció el poder ennoblecedor del sufrimiento: «Aprende mediante el sufrimiento». En MARCO AURELIO, la meditación sobre la vida conduce siempre a una profunda melancolía, que es adonde viene a parar la sabiduría pagana. Su célebre diario *A sí mismo* es un grito con que llama al Redentor, al que no conoce. Compárese esto con el tono de alegría que encontramos en Pablo.

N. 28

La vida es un espectáculo, una lucha de circo. Al igual que Pablo en 1 Cor y en Eph, también SÉNECA (*De providentia* 2) y EPICTETO (*Diss.* 3, 22, 50) comparan la lucha moral de la vida con una lucha en la que se regocijan los dioses y los hombres. Pero así como el estoico se muestra orgulloso de poder manifestar al mundo el profundo desprecio que siente ante el sufrimiento, consciente de su rica vida interior, en cambio, Pablo está orgulloso de llevar los «estigmas de Jesucristo». EPICTETO conoce el desprecio de los cristianos («galileos», *Diss.*, 4, 7, 6) hacia los tiranos y hacia la muerte, pero lo atribuye despectivamente a una «rutina» estúpida carente de razón, y MARCO AURELIO explica a su vez (11, 3) el valor de los cristianos ante la muerte como «obstinación», «irreflexivas ganas de morir», y censura su «actitud intolerable». Si hubieran leído a Pablo habrían visto que el martirio cristiano era una renuncia a la vida en aras de una íntima convicción (véase BONHÖFFER, *Epiktet*).

N. 29

Matrimonio y virginidad. Creeríase que EPICTETO había leído 1 Cor 7 cuando alaba con entusiasmo el celibato del cínico (*Diss.* 3, 22, 69) que llevaba una vida de soltería «para poder dedicarse sin estorbo a los asuntos de su servicio divino... como enviado del dios y médico de las almas». Aquella especie de pastor de almas cínico había recibido de Zeus un «ministerio real», había tomado a todos los hombres como hijos, a todas las mujeres como hijas, y se consideraba para todos como un padre, un hermano y siervo del padre común, o sea, Zeus. Ni Pablo podía escribir de manera más hermosa sobre el ministerio sacerdotal del cristiano. También son análogos los motivos para el celibato: vivimos en este mundo como en un estado de anomalía, como durante una guerra (Pablo tiene en la mente los últimos tiempos: «el tiempo se ha acortado»). Si no hubiera más que filósofos cínicos, si no hubiera más que personas perfectas, tampoco habría

necesidad de pastores de almas que tuvieran que renunciar al matrimonio para dedicarse al servicio de ellas.

N. 30

La clase de los esclavos. También aquí existen puntos de contacto entre los estoicos y Pablo. En ellos es común cierta indiferencia por las condiciones externas de vida. La condición de libre o de esclavo, según Epiceto, carece de importancia frente al valor interior de la persona. Incluso siendo esclavo se puede ser verdaderamente libre (Pablo habla de un «liberto de Dios») y se puede ser esclavo digno de lástima a pesar de gozar de libertad externa (véase BONHÖFFER).

N. 31

La eucaristía y el banquete de sacrificio de los paganos. Pablo presupone como idea básica del antiguo banquete ritual de los paganos el anhelo de unirse a la divinidad a la que se ofrece el sacrificio. Pero este eterno anhelo del alma y su sacratísimo impulso queda desfigurado en el paganismo adoptando la forma de demonismo. Para Pablo, los dioses de la antigüedad son sólo disfraces tras los cuales los demonios hacen de las suyas. Por lo tanto, se equivocan los investigadores de la religión que quieren explicar la eucaristía como evolución de una primitiva ceremonia mágica, en la que los adeptos querían apropiarse el poder de Dios al comer su carne. La eucaristía presupone la encarnación y la transfiguración de Jesucristo (véase LAGRANGE 209).

N. 32

Velo (exousia). La tan debatida expresión de *exousia* aparece también en los papiros mágicos, y significa el poder que el mago obtiene para sí. Pero en los escritos de Pablo no se trata de ninguna idea de magia. La opinión de que las mujeres deban tocarse con un velo para protegerse de los demonios es una cabalística de tiempos posteriores. Puede que el velo sea simplemente un símbolo del «ángel de la guarda» (G. KITTEL, *Rabbinica*, 1920).

N. 33

La carta de las lágrimas. Algunas cartas de la antigüedad, y probablemente también alguna de san Pablo, se perdieron debido a que se hicieron ilegibles. O. ROLLER (*Das Formular*) escribe que la tinta en la antigüedad era una tinta pegajosa hecha de hollín, y podía borrarse mediante una gota de agua, una lágrima, por ejemplo. Sucedió que a veces, durante un viaje y en momentos de lluvia, las cartas se hicieron ilegibles debido a la humedad. Ya Cicerón se quejaba de que algunos de los destinatarios no hubieran podido leer las cartas que él les había enviado.

N. 34

Bautismo para los muertos. Algunos exegetas relacionan la práctica supersticiosa de los corintios que se hacían bautizar de nuevo en sufragio de sus parientes que habían muerto en el paganismo, con los ritos de purificación de la religión del orfismo. Pero los mismos ritos se encontraban también entre los judíos (2 Mac 12, 43), los egipcios y los arameos. Procedían de una general necesidad del alma humana, con la que tiene que ver igualmente la creencia en el purgatorio.

N. 35

Concepto trágico de la vida. Pablo y los estoicos coinciden en la idea de un orden del universo que ha sido perturbado. La cuestión está en saber cuál es la armonía en que pueden eliminarse las disonancias de la vida. Los estoicos no hallaron ninguna solución debido a su dogma fundamental del eterno retorno de las mismas cosas. El sentimiento de la vanidad de todo lo terreno es algo que oprime a Marco Aurelio. De su obra se desprende un hábito de melancolía, dice FESTUGIÈRE, el cual concluye su estudio sobre *Pablo y Marco Aurelio* con estas palabras de Péguy: «Marco Aurelio no tuvo la religión que se merecía».

N. 36

Carne y espíritu. San Agustín aplicó primeramente al hombre del Antiguo Testamento el pasaje acerca de la doble ley que gobierna nuestros miembros, pero posteriormente en su polémica con los pelagianos, lo refirió al hombre renacido en el bautismo (BARDENHEWER, *Miscellanea*, 1931).

N. 37

Doctrina de la justificación. W. WREDE (*Paulus*, 1907, en R. STEIGER, *Dialektik*) excluye la doctrina de la justificación del centro de la teología paulina, y la denomina doctrina combativa.

N. 38

Fariseos y saduceos. Los fariseos se llamaban así debido a que se separaron del común del pueblo por medio de su escrupulosa observación de la ley. En los días de Herodes formaban un grupo sólidamente organizado de más de 6 000 miembros. Había muchos escribas entre ellos. Eran representantes de la tradición, de las tradiciones humanas que ellos colocaban por encima del mandamiento de Dios, tal como Jesús les reprochó (Mc 7, 8). En oposición a ellos, los saduceos rechazaban toda tradición, se apegaban a la letra de las Sagradas Escrituras, y por ello negaban la resurrección individual, la predestinación, los ángeles y los espíritus (Act 23, 8). Jesús les rebatía muy certeramente su interpretación materialista de las Escrituras en la cuestión de la resurrección (Mc 12, 18).

N. 39

Resurrección. La creencia en una resurrección aparece entre los judíos más tarde que entre los egipcios y los persas (Zoroastro), y ciertamente al principio en el sentido de un levantamiento nacional, y en sentido individual no aparece hasta el segundo libro de los Macabeos. La resurrección general no era conocida antes de Jesucristo.

N. 40

María. En la línea de la economía de la salvación Adán-Cristo (Rom 5), el primero que trazó el paralelismo Eva-María fue Justino. Sin embargo, este paralelismo se halla ya en germen en el dogma del Apóstol acerca de la encarnación (PRÜMM, *Christentum* 151).

N. 41

Cristianos en Pompeya y en Herculano. El presentimiento que De Rossi (1862) tenía de que en Pompeya había vestigios de cristianismo primitivo, parece hallar una curiosa corroboración en el segundo ejemplar, descubierto por el profesor De Corte, de un esgrafiado (inscripción garabateada en una pared) del misterioso criptograma cruciforme, cuyo desciframiento sigue siendo dudoso:

S	A	T	O	R
A	R	E	P	O
T	E	N	E	T
O	P	E	R	A
R	O	T	A	S

Cada línea horizontal y vertical, tanto si se lee de izquierda a derecha y viceversa, como de arriba abajo y viceversa, da una de las cinco palabras del criptograma. En opinión de una autoridad como es F. Cumont, este cuadrado mágico es de origen judeocristiano, y puede interpretarse como una amenaza de castigo sobre Pompeya («Osservatore Romano», 14 de febrero de 1937; PRÜMM, *Christentum* 414). En el año 1938 descubrióse en el revoque de la pared de una casa de Herculano, en el aposento sencillo, habitado en otro tiempo por esclavos, una cruz carbonizada de 60 x 45 cm, que a juicio del director de las excavaciones debe ser considerada como la cruz cristiana más antigua que hasta hoy se conoce (*Frankfurter Zeitung*, 25 de junio de 1939).

N. 42

Tres Tabernae. Al igual que Horacio da testimonio de la existencia del *Forum Appii*, Cicerón atestigua la de *Tres Tabernae* en una de sus cartas: «Viniendo de Antio, llegué a la Via Apia en *Tres Tabernae*». El arqueó-

logo Nibby estableció en el año 1823 la situación del lugar en el cruce de ambas carreteras.

N. 43

Narciso. Mesalina, esposa del emperador Claudio, había formado con Narciso, jefe de la cancillería secreta, el ministro de finanzas Pallas y el bibliotecario de la corte Polibio, un gabinete de ministros aparte. Al morir Mesalina, Claudio se casó con la rival de ésta, Agripina, madre de Nerón (de su primer matrimonio). Entre los primeros a quienes Agripina hizo asesinar figuraba su antiguo enemigo Narciso. El famoso político, ya entrado en años, recibió la orden de muerte en el baño de Sinuesa. Aprovechó la última hora que le quedó antes de morir para destruir su archivo secreto, en el que se encontraban muchos documentos por medio de los cuales quedaban comprometidos romanos principales, sobre todo la madre de la emperatriz. Sobre este noble comportamiento, contrario a las costumbres paganas, se apoya la suposición de que Narciso había sido ganado para el cristianismo por medio de sus esclavos cristianos (Rom 16, 12). Cf. A. MAYER, *Imperium*, 1937.

N. 44

Crucifijo de burla. Algunos investigadores, como E. Meyer y Wunsch, relacionan este *graffito* con la secta gnóstica de los setianos o lo explican a base de una confusión del Dios judío con el egipcio Seth-Tifón, cuyo animal sagrado era el asno. Sin embargo, más relación tiene con ello la estúpida calumnia de la adoración del asno en el templo de Jerusalén, que de los judíos fue transferida luego a los cristianos (E. MEYER, *Ursprung* II; PRÜMM, *Christentum* 135; STAEDLER, en «Theologische Quartalschrift», Tübinga 1936, p. 253).

N. 45

Médicos cristianos. «Del considerable número de lápidas de médicos debe concluirse, respecto de aquella época (la de las catacumbas), que la Iglesia apreciaba el que el arte de la medicina se hallara en manos de los cristianos. Una inscripción sepulcral griega que data del siglo II dice así: «Dionisio, médico y presbítero» (DE WAAL-KIRSCH, *Roma Christiana*).

N. 46

Matrimonio cristiano y matrimonio pagano. El poeta Anfis canta las alabanzas de la hetera a costa de la esposa. Ya no se quiere tener hijos. Más que en otras épocas abunda la costumbre de arrojar a la calle o exponer a las hijas. El ideal es el hijo único (varón). Polibio habla de «ciudades que, cual enjambres de abejas, se están despoblando y en breve tiempo pierden toda su fuerza» (FESTUGIÈRE 67).

N. 47

Satanás y sus ángeles. Más que los «ángeles de luz» (2 Cor 11, 14) lo que preocupa al Apóstol es el gran opositor de Dios, Satanás el Diablo, y los ángeles demoníacos de este último (2 Cor 12, 17), los cuales tratan de apartar a los fieles del amor de Dios (Rom 8, 38). Los cristianos son sus jueces, e incluso Pablo atribuye sus dolencias físicas a un ángel de Satanás. DEISSMANN (*Licht vom Osten* 393) ha reunido copioso material para el estudio del culto supersticioso a los ángeles, contra el cual luchó Pablo también.

N. 48

Liberación o manumisión de esclavos. Fue una acción de gracias posterior el que más tarde, en los documentos cristianos de manumisión de esclavos, de manera expresa se apelara a Pablo: «Pero puesto que Pablo con su poderosa voz tan claramente exclama: "Tú no eres esclavo, sino un hombre libre", mira, he aquí que yo desde hoy te declaro libre, esclavo al que yo había adquirido con mi propio dinero...» (DEISSMANN 280).

N. 49

Cautiverio de Éfeso. Modernos exegetas, especialmente de Inglaterra (profesor Duncan) y de Alemania (P. Feine), suponen que las llamadas cartas de la cautividad, como la Carta a los Filipenses, fueron escritas por san Pablo cuando éste se hallaba encarcelado en Éfeso. Pero las razones de ello son más capciosas que convincentes (MORTON 337; PRÜMM 132).

N. 50

La vida y la muerte. En Platón se encuentran ideas afines a la manera de pensar de Pablo. Según el primero, la vida terrena no es más que un paso, una preparación, una purificación para la verdadera vida después de la muerte. Análogamente CICERÓN (en *El sueño de Escipión*): «Verdaderamente viven sólo aquellos que como de una cárcel se han librado de las ataduras del cuerpo; en cambio, aquello a que vosotros dais el nombre de vida, es muerte».

N. 51

Teología de la cruz. Según Pablo, la redención se ha hecho en cuatro fases: 1. El negarse a sí mismo en la encarnación, renunciando a la plenitud del poder divino. 2. El camino del hombre-Dios, en forma de siervo, a través de los abismos de la vida. 3. El sacrificio de la muerte en la cruz. 4. Su consumación y eficacia por medio de la resurrección. La importancia salvadora de la muerte en la cruz reside en la grandeza de la acción amorosa de Jesús (Eph 5, 2; Rom 5, 6-9; 8, 32; 2 Cor 5, 14). De este modo Jesús supera a todos los héroes de la historia, ya que no murió, como aquéllos, para su propio pueblo, sino para toda la humanidad. En esta acción salvadora se basa su soberanía como Kyrios (Señor), el culto cristiano (la eucaristía, la misa), e incluso toda la piedad cristiana como *imitatio Christi*: «...a fin de

conocerle a Él, y la eficacia de su resurrección, y participar de sus penas, asemejándome a su muerte» (Phil 3, 10).

N. 52

Participación de los cristianos en la vida pública. A pesar de la simpatía que Pablo manifestaba hacia el estado romano, los primitivos cristianos evitaban ciertos cargos públicos y profesiones como, por ejemplo, la de maestro. «Cuando un maestro se presentaba pidiendo el bautismo, le era impuesto como condición el que renunciara a la enseñanza, porque la materia de estudio en las escuelas públicas estaba sacada predominantemente de las leyendas de los dioses paganos; por ello es que conocemos tan pocos mártires salidos de la clase de los maestros» (DE WAAL-KIRSCH, *Roma Christiana*). Una de las pocas excepciones fue Casiano, al que asesinó uno de sus alumnos con el punzón de hierro para escribir.

N. 53

Sentimiento del mundo. La actitud frente al mundo y al cosmos era de dos clases en la antigüedad, oscilando entre una alegría ingenua de vivir y el pesimismo, y pasó por cuatro fases diferentes: 1.^a, en el grado primitivo, el hombre se siente ligado a la tierra que le ha producido (Gaia); 2.^a, en la época clásica se halla totalmente al servicio de la *polis* o ciudad-estado; 3.^a, en el período helenístico y en el estoicismo el hombre se convierte en cosmopolita o ciudadano del mundo; 4.^a, en MARCO AURELIO aparece por vez primera la idea de la «Ciudad de Dios», de una «forma de estado del que todas las demás comunidades son como colonias» (4, 23, 3). (FESTUGIÈRE 269; PRÜMM, *Christentum* 51).

N. 54

Magia romana de los números. Una vez los romanos perdieron poco a poco su antigua fe en el dios Júpiter, las masas del pueblo se refugiaron en la magia oriental y en las supersticiones babilónicas. Seguramente no era infundada la advertencia de HORACIO: «No escudriñéis cuál sea el fin que los dioses hayan impuesto a tu vida o a la mía; deja de ocuparte ya en los números babilónicos» (*Odas*, libro 1, oda xi).

N. 55

Posturas en la oración. Los antiguos cristianos rezaban elevando los brazos al cielo o con los brazos abiertos, más tarde cruzándolos sobre el pecho. La forma de rezar juntando las palmas de las manos procede del derecho feudal germánico. El vasallo colocaba sus dos manos juntas en las del señor, en señal de entrega humilde a su servicio y protección (M. MÜLLER, *Frohe Gottesliebe* 66). Comoquiera que la actitud interna y la externa se influyen mutuamente, tal vez se exprese en ello un cambio en la actitud del alma con relación a Dios.

Petronila. En una antigua puerta de bronce de San Pedro, en Roma, se ve cómo Pablo devuelve a la ciega Petronila el velo que ésta le había ofrecido cuando era conducido al lugar de su suplicio. Al colocar la joven el velo sobre sus ojos, éstos recobraron la vista repentinamente (DE WAAL-KIRSCH 46).

BIBLIOGRAFÍA

I. FUENTES

Las referencias frecuentes que hace el autor a las obras de Josefo, Séneca, Epicteto, Tácito, Suetonio, Pausanias, Virgilio, Homero y demás autores de la antigüedad, podrá el lector fácilmente localizarlas consultando versiones castellanas existentes. A continuación, se dan con carácter selectivo algunas obras que fueron utilizadas por el autor y otras que, por ser recientes y estar publicadas en castellano, pueden ser de utilidad para el lector que se proponga ahondar en el estudio de san Pablo.

- B. ORCHARD, E. F. SUTCLIFFE, R. FULLER y R. RUSSELL, *Verbum Dei, Comentario a la Sagrada Escritura*, 4 tomos, Barcelona 1956-59.
 E. KAUTSCH, *Die Heilige Schrift des Alten Testaments*, Tubinga 1909.
Die Heilige Schrift des Neuen Testaments, 10 vol., Bonn 1931 s.
 KONSTANTIN RÖSCH, *Das Neue Testament*, Paderborn.
 J. M. BOVER, S. I., *Las Epistolas de San Pablo*, Barcelona 1950.
 G. RICCIOTTI, *Los Hechos de los Apóstoles*, Barcelona 1957.
 A. WIKENHAUSER, *Introducción al Nuevo Testamento*, Barcelona 1960.
 H. J. VOGELS, *Novum Testamentum Graece et Latine*, Barcelona 41955.
 L. GROLLENBERG, *Atlas de la Bible*, París 1955.
 E. HENNEKE, *Neutestamentliche Apokryphen*, Tubinga 1924.
 A. DE SANTOS OTERO, *Evangelios Apócrifos*, Madrid 1956.
 C. SCHMIDT, *Praxeis Paulou (Acta Pauli)*, Hamburgo 1936.
 L. VOUAUX, *Les Actes de Paul et ses Lettres Apocryphes*, París 1913.
 P. RIESSLER, *Altjüdisches Schrifttum*, Augsburg 1928.

II. REFERENCIAS

De la inmensa bibliografía exegética y de historia de las religiones a la que el autor debe sugerencias y datos diversos, indicamos solamente aquellas obras de las cuales con más frecuencia se ha sacado partido, ya sea literalmente, ya sea en cuanto al contenido. Los números volados que aparecen en el texto corresponden a los números de la presente lista bibliográfica.

1. E. BAUMANN (Godin), *Der heilige Paulus*, Munich 1927.
2. TH. BIRT, *Aus dem Leben der Antike*, Leipzig 1918.
3. TH. BIRT, *Zur Kulturgeschichte Roms*, Leipzig 1911.
- 3 a. TH. BIRT, *Alexander der Grosse und das Weltgriechentum*, Leipzig 1925.
4. H. BÖLIG, *Die Geisteskultur von Tarsus*, Gotinga 1913.
5. W. BOUSSET, *Kyrios Christos*, Gotinga 1921.

- 5 a. W. BOUSSET, *Die Religion des Judentums im neutestamentlichen Zeitalter*, 1906.
6. AD. BONHÖFFER, *Epiktet und das Neue Testament*, Giessen 1911.
7. C. CLEMEN, *Paulus*, Giessen 1904.
8. AD. DEISSMANN, *Licht vom Osten*, Tübingen 1923.
9. AD. DEISSMANN, *Paulus*, Tübingen 1925.
10. K. DEISSNER, *Paulus und Seneca*, Gütersloh 1917.
11. P. DELATTE, O. S. B., *Les Épîtres de St. Paul*, 2 t., Tours 1928.
12. *Dictionnaire d'Archéologie Chrétienne* (Cabrol-Leclercq), Paris 1903 ss.
13. J. DILLERSBERGER, *Der neue Gott*, Salzburgo 1935.
14. VON DOBSCHÜTZ, *Der Apostel Paulus*, Halle 1926.
15. FRZ. J. DÖLGER, *Ichthys*, 2 t., Münster de Westfalia 1922.
16. J. VON DÖLLINGER, *Christentum und Kirche*, Ratisbona 1868.
17. ST. VON DUNIN BORKOWSKI, S. I., *Die junge Kirche*, Hildesheim 1932.
18. ALB. EHRHARD, *Urkirche und Frühkatholizismus*, Bonn 1935.
19. P. FEINE, *Der Apostel Paulus*, Gütersloh 1927.
20. C. FOUARD, *St. Paul*, 2 t., Paris 1925.
21. L. FRIEDLÄNDER, *Darstellungen aus der Sittengeschichte Roms*, 4 t., Leipzig 1921-23. Trad. cast. abreviada, *La sociedad romana*, México 1947.
22. FUSTEL DE COULANGES, *La cité antique*, Paris 1885. Trad. cast., Barcelona 1952.
23. J. GEFFCKEN, *Aus der Werdezeit des Christentums*, Leipzig 1909.
24. H. GRISAR, S. I., *Geschichte Roms und der Päpste*, Friburgo de Brisgovia 1901.
25. AD. VON HARNACK, *Marcion*, Leipzig 1924.
26. AD. VON HARNACK, *Die Mission und Ausbreitung des Christentums*, Leipzig 1924.
27. AD. HAUSRATH, *Jesus und die neutestamentlichen Schriftsteller*, Berlin 1908.
28. A. JUNCKER, *Die Ethik des Apostels Paulus*, 2 t., Halle 1904 y 1919.
29. JOH. LEIPOLDT, *Jesus und Paulus*, Leipzig 1936.
30. H. LIETZMANN, *Geschichte der alten Kirche*, Leipzig 1932.
31. H. LIETZMANN, *Petrus und Paulus in Rom*, Berlin 1927.
32. H. F. B. MACKAY, *The Adventures of Paul of Tarsus*, Londres 1931.
33. ED. MEYER, *Ursprung und Anfänge des Christentums*, 3 t., Stuttgart 1921 ss.
34. J. PICKL, *Messiaskönig Jesus*, München 1934.
35. K. PIEPER, *Paulus*, Münster 1929.
- 35 a. K. PIEPER, *Urkirche und Staat*, Paderborn 1935.
36. PRAT, S. I., *La Théologie de St. Paul*, 2 t., Paris 1929; trad. esp.: *Teología de san Pablo*, 2 t., México 1947.
37. K. PRÜMM, S. I., *Der christliche Glaube und die alte heidnische Welt*, 2 t., Leipzig 1935.
38. W. M. RAMSAY, *St. Paul the Traveller*, Londres 1898.
39. W. M. RAMSAY, *Cities of St. Paul*, Londres 1922.
40. O. ROLLER, *Das Formular der paulinischen Briefe*, Stuttgart 1933.
41. TH. SCHERMANN, *Allgemeine Kirchenordnung des 2. Jahrhunderts*, Paderborn 1914.
42. AD. SCHLATTER, *Paulus, der Bote Jesu*, Stuttgart 1934.
43. O. SCHMITZ, *Der Freiheitsgedanke bei Epiktet*, Gütersloh 1923.
44. O. SCHMITZ, *Das Lebensgefühl des Paulus*, München 1922.
45. O. SCHMITZ, *Aus der Welt eines Gefangenen*, Berlin 1934.
46. C. SCHNEIDER, *Einführung in die neutestamentliche Zeitgeschichte*, Leipzig 1934.
47. J. SCHNEIDER, *Die Einheit der Kirche*, Berlin 1936.
48. J. SCHNEIDER, *Die Verkündigung des Paulus*, Berlin (sin año).
49. J. SCHNEIDER, *Der kommende Tag*, Berlin 1932.
50. L. SCHNELLER, *Paulus*, Leipzig 1935.
51. P. SMYTH, *The Story of St. Paul's Life and Letters*, Londres (sin año).
52. ALF. STEINMANN, *Die Welt des Paulus im Zeichen des Verkehrs*, Braunschweig 1915.
53. R. STEINMETZ, *Die zweite römische Gefangenschaft des Apostels Paulus*, Leipzig 1897.
54. E. STEMPLINGER, *Die unbekannt Antike*, Leipzig 1936.
55. SANTO TOMÁS DE AQUINO, *Comentario a la epístola a los Romanos en In omnes S. Pauli Apostoli Epistolas Commentaria*, tomo I, Turín 1929.
56. TH. VAN TICHELEN, *Paulus, der grösste Christusjünger*, Steyl 1926.
57. L. TONDELLI, *Il Pensiero di S. Paolo*, Milán 1928.
58. A. VITTI, S. I., *Vita S. Pauli*, t. 1-3, Roma 1932-35.
59. F. J. DE WAELE, *Korinθος* (separata de Pauly-Wissowa), Stuttgart 1934.
60. F. J. DE WAELE, *Uit de Geschiedenis van Korinθος*, en «*Studia Catholica*» 4 (1928).
61. M. WERNER, *Der Einfluss der paulinischen Theologie im Markusevangelium*, Giessen 1923.
62. A. WIKENHAUSER, *Die Kirche als der mystische Leib Christi nach dem Apostel Paulus*, Münster de Westfalia 1937.
63. A. WIKENHAUSER, *Die Apostelgeschichte*, Ratisbona 1938.
64. A. WIKENHAUSER, *Die Christismystik des heiligen Paulus*. Münster de Westfalia 1928.
65. H. WINDISCH, *Paulus und Christus*, Leipzig 1934.
66. H. WINDISCH, *Paulus und das Judentum*, Stuttgart 1935.
67. *Auerbacher Bibelumschreibung*, Neudietendorf, antes Falkenstein.
68. B. MEISTERMANN, *Durch das Heilige Land*, München (sin año).
69. BAEDEKER, *Konstantinopel und Kleinasien*, Leipzig 1914.
70. BAEDEKER, *Griechenland*, Leipzig 1908.
71. A. ALLGEIER, *Biblische Zeitgeschichte*, Friburgo 1937.
72. O. KIETZIG, *Die Bekehrung des Paulus*, Leipzig 1932.
73. G. KITTEL, *Theologisches Wörterbuch zum Neuen Testament*, Stuttgart 1933 ss.
74. H. V. MORTON, *In the Steps of St. Paul*, Londres 1936.
75. E. NORDEN, *Agnostos Theos*, Stuttgart 1956.
76. PAULY-WISSOWA, *Realenzyklopädie*, 1920 ss.
77. K. PRÜMM, *Christentum als Neuheitserlebnis*, Friburgo de Brisgovia 1939.
78. É. RENAN, *Saint Paul*, 2 vols., Paris 1869.

79. R. STEIGER, *Die Dialektik der paulinischen Existenz*, Leipzig 1931.
80. STRACK-BILLERBECK, *Kommentar zum Neuen Testament*, 21954-56.
81. DE WAAL-KIRSCH, *Roma Christiana*, Ratisbona 1925.
82. P. WENDLAND, *Die hellenistisch-römische Kultur*, Tubinga 1912.
83. A. J. FESTUGIÈRE, *L'Idéal Religieux des Grecs et l'Évangile*, Paris 1932.
84. M.-J. LAGRANGE, *Les Mystères: L'Orphisme*, Paris 1937.

ÍNDICE ANALÍTICO

- Acometida a San Pablo 385ss; v. Lapidación
 Acta Pauli et Theclae 125 511s
 Actos del culto; v. Liturgia
 Acusaciones contra San Pablo 385 390 396; contra los cristianos 481
 Adviento 477
 Afabilidad de San Pablo 201
 Ágape 248 520
 Agnostois Theois 214
 Agora 218
 Aguijón de la carne 122 349
 Albergues 423
 Alegría 472
 Alejandrina (Filosofía) 286
 Altísimo v. Hysistos
 Amistad entre San Pablo y San Pedro 68; entre San Pablo y Bernabé 68 158ss
 Amor cristiano 335 449
 Anástasis (resurrección) 218
 Anticristo 258ss
 Antiguo Testamento 25 30s 33 61 76s 106 118 129s 143 145 149 197 214 235 240 250 258 263 286 320 322 333 352 397 407 479 484 511 514 520ss 525
 Antisemitismo 266 270 344 480s
 Aparición segunda de Jesucristo; v. Parusia
 Apelación de San Pablo al César 403ss
 Apología de San Pablo y del cristianismo 406ss 428
 Apostasía 136 258s
 Apóstol de los Gentiles 148
 Apóstoles antiguos de primera elección 66 142 308; ap. columnas 147; ap. desconocidos de San Pablo 68
 Aristocracia romana y cristianismo 430s
 Armenios (cristianos) 127
 Arte cristiano y arte pagano 213
 Asiarcas 297 340 343
 Autoridad civil 366; v. Estado
 Azotamiento de San Pablo 123s 387
 Basílicas profanas 494; B. de San Pablo 498s; B. de Santa Prisca 430; B. de San Sebastián 426
 Bautismo 287s; administrado por San Juan 286ss; en la Iglesia primitiva 55s
 Beatitud 253
 Benedictus 47
 Beza v. Códice Beza
 Biblia 25 32ss 36 55 58 68 75 115 185 198 212 247 260 287 310 318 342 417 429 517; forma epistolar introducida por San Pablo; v. también Testamento
 Bolchevismo 262
 Campaña romana 425
 Cantar de los Cantares 413
 Cantos cristianos 240s
 Capas sociales de la comunidad cristiana en Roma 430ss
 Cárcel de San Pablo: en Éfeso 347; en Roma 493ss
 Cárcel Mamertina, o el «Tullianum» 493
 Caridad 336 353s; v. también Amor
 Carismas 201 239 298 333s
 Carmen Christi 470
 Carne de los sacrificios 330s
 Castidad 150 327s
 Catacumbas: de Priscila 431; de San Calixto 426 432
 Catolicidad de la Iglesia 268 357 369; de San Pablo 65
 Católicos (denominación) 92
 Cautivo de Cristo 379ss 462
 Celibato 328
 Celtas (galos) 123
 Circuncisión 142 145s 169 330
 Ciudadanía romana 387 404
 Ciudades griegas (su carácter) 23s
 Civilización antigua (greco-romana): su decaimiento y ruina 472

- Código Beza 133 190 204 291 390 406
Código Vaticano 444
Colosenses, carta a los 451ss
Comidas comunes de los cristianos; v. Ágape; c. de sacrificios 150
Compañía de Jesús 92-93
Conciencia 366
Concilio de los apóstoles 41 146ss; de Éfeso; v. Éfeso
Confesión de los pecados 244
Confirmación (sacramento) 289
Conflicto entre San Pedro y San Pablo 153; entre San Pablo y Bernabé 158s
Conocimiento de Jesús en San Pablo 67
Consideración (visión) religiosa del mundo en San Pablo 77
Contemporaneidad de ciertas palabras de San Pablo 262s
Conversión de San Pablo 45ss; c. en general 53ss
Corintios, primera carta a los 314ss; segunda carta a los 348ss
Corneja (apodo de san Pablo) 217
Correo: servicio de correos en el Imperio romano y entre las comunidades cristianas 255s
Creación divina 453s
Cristianismo: cr. primitivo 42 57 85; v. los nombres de las diversas ciudades; religión interior 62ss 345s; punto central del cr. 80; rel. universal 457; incumbencia 262; dos direcciones 471s; suerte trágica en la historia 346s; cr. y esclavitud 463ss; cr. y judaísmo 57 289; cr. y judaísmo considerados idénticos por los gentiles 114 261s 480s; v. Vida en Cristo
Cristianos: considerados como secta judía 261s; primera persecución 40; cr. emigrantes 45 57; cr. y vida presente 251s
Cristo: su esencia 465s; Mesías, Redentor, Salvador 62 154s; Cr. en la vida y doctrina de San Pablo 60ss 78ss; estar en Cr. 252; v. Jesucristo
Crucifijo de burla 434 481
Cruz: cántico a la cruz de Cristo 311
Cuerpo humano: en el cristianismo 457; cuerpo místico de Cristo v. Místico
Culto cristiano v. Liturgia; c. de los emperadores v. Emperadores
Cultura griega 20ss; v. Helenismo
- Cura de almas 199s
Christiani: origen del nombre 92s
Chuppa (cámara nupcial) 29
- Decálogo 359-360
Derecho privado 327
Desconfianza de la comunidad de Jerusalén hacia San Pablo 72
Deuteronomio 25
Díaspóra judía 18 35s 114
Didakhé 238 244
Dios desconocido 213s 224
Discernimiento de espíritus 239s 337
Discurso de San Pablo en el Areópago 219ss
Divinización de los emperadores; v. Culto
Domingo cristiano 237s
- Edad Media 156 260 266
Educación doméstica y escolar (entre los judíos) 25ss 29ss
Efesios, carta a los 443ss
Emancipación de la mujer en la antigüedad 241s
Emperadores romanos: su divinización y culto 134 210 260s 284s
Encarnación 470
Eneida 477
Enfermedad de San Pablo 121s 349
Enfermos: curación por San Pablo 298
Enjuiciamiento de San Pablo en Jerusalén 388; en Cesárea 403s; en Roma 494
Eón 188 252 265 338 489 521
Ephesia, Artemisia, Oecuménica (nombre de las fiestas de Artemisa) 341
Ephesia grammata 298 300
Epicureísmo (Epicúreos) 215 223
Epifanía 87
Episcopado (en la Iglesia primitiva) 489s; episkopoi 292
Eros 248 520
Escándalos en la Iglesia 156 317
Escatología 202 249s 256 263
Escatología pagana 253
Esclavitud 235 329-330 463ss; e. y cristianismo 465s; esclavos en Roma 433s
Espiritualidad del reino de Cristo 262ss
Espíritus, discernimiento de 239s
Espíritu Santo 31 47 56 78 81 86s 90 99s 146s 149 151 156s 201 235 239s
- 250 258 286ss 307s 320 333s 336ss 349 351 361 363 369 406 444ss 447 453 466
Estado romano 260s; su actitud respecto a las religiones 397; resp. de cristianismo y la Iglesia 367 482 486; decaimiento y ruina del E. r. 435; E. cristiano 265; v. Imperio romano
Ética paulina 79; é. cristiana en general v. Moral
Estoicismo 215 328 450
Eucaristía 67 69 91 244 334 336 402 481 496
Exclusivismo de San Pablo 72
Excomunióón paulina 327
Existencia humana; v. Vida
Expiación, fiesta de la (Yom Kippur) 413
- Familia de San Pablo 27s
Fanatismo en San Pablo 216
Fariseísmo 144 389s
Fe en Dios 361; unidad en la fe 485s; fe, esperanza y caridad 248
Filemón, carta a 459ss
Filiación divina 360
Filipenses, carta a los 467ss
Fin del mundo 202 251s 253ss; v. Escatología, Parusia
Flagelación; v. Azotamiento
- Gálatas 172; carta a los 305ss
Gazith pórtico del Consejo 388
Gemara (recopilación del derecho judío en el siglo v) 511
Génesis 521
Gerusia (senado de las sinagogas) 427
Gimnasios de la antigüedad 291
Gracia de Cristo: razón de la salvación 148s
Grandeza de San Pablo e importancia histórica 503s
- Haggadah 31
Halakhah 31
Helenismo 18 24
«Hijos del día» 254; «H. de la noche» 254
Hostilidad contra San Pablo 277s 305 429
Hypsistos (Altísimo) 184 519
- Idea de Dios entre los griegos 219
Ideas sociales en San Pablo 235
- Iglesia naciente (primitiva) 36 238; I. en la idea de San Pablo 485s; catolicidad 268 356 369; constitución y organización de la I. 483 487 489s; caracteres distintivos de la I. 151; comunidad de amor 249; cuerpo místico de Cristo 328 446ss; I. de los judíos e I. de los gentiles (universal) 40; escándalos en la I. 156 317
Iliada 178 181 195 205 347 490 504
Imitación de Cristo 336; v. Vida en Cristo
Imperio romano, poder de orden 262; correo 255s; v. Estado romano
Incubación 271
Inquisición 405
Inspiración 77
Ira Dei 77
Islam 306 336 346
- Jesucristo: encarnación 470; muerte expiatoria 198 239; resurrección 239 337 407; se aparece a San Pablo cerca de Damasco 49s; segunda venida v. Parusia
Judaísmo 114 359 365; v. Judíos
Judío-cristianos 86s 141; en Roma 429
Judíos 86s 142 249 262; j. de la diáspora 25; su situación religiosa 78; su actitud respecto de los esclavos 465; su hostilidad contra San Pablo 277; expulsados de Roma 202 235; v. Antisemitismo
Juegos Istmicos 231
Juicio universal 202; v. Escatología
Jurisdicción eclesiástica 328
Justificación del hombre (por la fe) 309 361
- Lapidación: de San Esteban 38 133; de San Pablo 132ss
Ley mosaica 36s 40s 88 142 149s 155 359s
Leyes sobre los manjares 146 150
Libertad falsa 319 325; l. de conciencia 316
Liturgia cristiana primitiva 238ss
Logos 63 129 219 276 284 286s 347 447 451 458 488 509 516; L. spermatikós 195
- Macedonio llamando a San Pablo 178
Magia 104ss; papiros mágicos 300; libros de magia 300
Magnificat 47 401

- Malaria en San Pablo 121s 165
 Maranatha 91 237ss 245 256
 Maternidad (glorificada) 274; m. di-
 vina de María v. María
 Matrimonio 252 328ss 449s; matri-
 monios mixtos entre los judíos 146
 Media Luna 346
 Médicos en la antigüedad 437s
 Mesías 26 36s 47s 50 52 55 62 65 72
 102 116ss 137 143s 197s 204 236s
 252 258 263 365 389 397
 Misa (santa) en el cristianismo pri-
 mitivo; v. Liturgia
 Mishna 29 511
 Misión cristiana 99s 264 293; método
 de misionar 114 143
 «Misterio de iniquidad» 258s
 Místico (Cuerpo) de Cristo; v. Iglesia
 Moral cristiana 366; moral y religión
 461-462
 Muerte expiatoria de Jesús 198 239;
 m. de San Pablo 496ss
 Mujer: su apreciación en el Evangelio
 182s; emancipación en la antigüe-
 dad pagana 242; la m. en los ser-
 vicios religiosos cristianos 241; en
 la vida religiosa pagana 242
 Mundo 455s; m. pagano 358
 Muratori, fragmento de 484
 Naufragio de San Pablo 410ss
 Navegación de los antiguos 412
 Nazarenos (= cristianos) 74 92
 Nazireo (Voto de) 275 381
 Neokoros 260 341 344
 Nigromancia 298
 Novísimos; v. Escatología
 Nuevo Testamento 70 106 157 177
 237 245ss 257 269 335 397 407 437 484
 Nunc dimittis 47
 Oblaciones litúrgicas 243s
 Odisea 419 490; O. cristiana 102
 «Osservatore Romano» 524
 Padecimientos 249 455; p. expiati-
 rios de Jesús 391; p. entre los judíos
 considerados como castigos 56
 Padres de San Pablo 73s
 Pagano-cristianos 87 142 147
 Panateneas (fiestas) 210
 Papel en la antigüedad 247
 Papiros de Oxirrincos 331
 Parusía (segunda venida de Cristo)
 202 246 251ss 478
 Pascua 29 69 95 289 348 370s 383
 438
 Pastor de almas (San Pablo) 199ss
 Pax Christi in regno Christi 262
 Pax romana 254 262 486
 Pentateuco 508
 Pentecostés 35 67 143 145 155 289 334
 339 348 373s 379 383 479 521
 Perdón de los pecados 351
 Pergamino 247
 Persecución de los cristianos 39ss 397
 480ss
 Peutinger, tabla de 177 515
 Philocaesar (amigo de César) 405
 Philoromaos (amigo de Roma) 405
 Plutonium (boca del infierno) 452
 Pneuma 155 276 287 347 516 520
 Pobreza de San Pablo 74
 Poder de contención contra la anar-
 quía y el anticristo 262s 366
 Política: actitud de San Pablo res-
 pecto de ella 367; p. cristiana 265s
 Posesos (conjuración) 298s
 Presbíteros 292
 Prima Augusta Italica (tropa impe-
 rial) 410
 Prisión de San Pablo: en Éfeso 304
 347 (cárcel); en Jerusalén 391; en
 Cesarea 394; en Roma: primera
 426; segunda 493ss
 Procedimiento judicial; v. Enjuicia-
 miento
 «Profetas» (maestros cristianos am-
 bulantes) 93
 «Profundidades de Satanás» 298 301
 Prosélitos 86 142
 Providencia divina 254 259
 Purgatorio, doctrina del 322
 Rabinos 31
 Redención por Cristo 154 198 239 289
 453 470
 Religio ilícita 114 397
 Religión y moral 461; r. pagana se-
 cularizada 216
 Resurrección de Jesús 239 337 407;
 de los muertos 338 390 407
 Revelaciones y visiones en San Pablo
 76
 Revestirse de N. Señor Jesucristo 60
 Romanos, carta a los 355ss
 «Rosacruces» 485
 Sacro Romano Imperio 260
 Saduceos 389
 Sagrada Escritura; v. Biblia, Testa-
 mento
 Salvación de los hombres 359s; v. Re-
 dención
 Sangre: horror a comer sangre 150
 Santidad cristiana 57
 Santificación del hombre 252
 Santos (denominación de los cris-
 tianos primitivos) 56 92
 Sepulcro de San Pablo 498s
 Sequedad espiritual 349
 Servicio religioso cristiano v. Liturgia;
 de los judíos v. Sinagogas
 Setenta (trad. griega del Antiguo Tes-
 tamento) 21 25 33
 Sicarios (espadaquines) 369 393
 Sinagogas en Jerusalén 35; s. de los
 libertos 71; s. y cristianismo 290;
 servicio religioso en las s. 238; v. Ju-
 daísmo
 Skholé 291
 Stoa 220ss 259 269 286 313 333 433
 448
 Sumo sacerdote 403
 Tabla Peutingeriana 177 513
 Talmud (doctrina) 29 511 516
 Tejedor: lo era San Pablo 74
 Tejeduría 28
 «Temerosos de Dios» 86 142
 Temor de Dios 199
 Templo (de Jerusalén) 29s 37 383ss;

- profanación 261; atrio de los Judíos
 384; atrio de los Gentiles 384
 Tenderos 59
 Teología paulina 79ss 365ss
 Tesalonicenses, primera carta a los
 245ss; segunda carta a los 256ss
 Testamento de Augusto 173
 Timoteo, primera carta a 483ss; se-
 gunda carta a 493ss
 Tito, carta a 488ss
 Torá (Ley) 28s 33 500
 Trabajo manual de San Pablo 289
 Unidad católica 357
 Unión en el cristianismo 461; unión
 con Cristo v. Vida en Cristo
 Vaticano v. Códice Vaticano
 Vegetación (divinizada) 19
 Venida segunda de Cristo; v. Parusía
 Via maris 66s
 Viajes de San Pablo (su extensión)
 278ss
 Vida cristiana, vida en Cristo 80s 251s
 265 328s 335s 454; v. sin Cristo
 (tiempo precristiano) 77s
 Vida terrena del hombre 252s 264; su
 apreciación por San Pablo 251s
 263ss; su inseguridad 254
 Viñedo (escuela infantil) 25
 Visión nocturna de San Pablo 392
 Vulgata 148 154

ÍNDICE ONOMÁSTICO

- Abercio de Hierópolis 296
 Abraham 24 26 46 73
 76 116 129 144 152
 310s 361 380 414 500
 Acaico 236 324
 Acilia, gens 234 431
 Actea (esposa de Nerón) 423 432
 Adán 31 63 159 358
 361 446 469
 Adonis 85 91 173 228
 Adriano 85 208 210 347
 480
 Afrodita 22 84 103 208
 231ss 315 317
 Agabo 94
 Agamenón 178 209
 Ágape 243
 Agar 311
 Agripa (hijo de Félix) 400
 Agripina 202 261 420
 478 527
 Agustín, San 25 38s 53
 58, 104 230 241 262s
 324 325 329 361 364
 368 435 446 449 451
 488 525
 Alá 346
 Alanda 113
 Alcestes 521
 Alcibiades 420
 Alejandro Magno 22ss
 26 82 101 166 168
 175 179 195 207 280s
 327 344 433 504
 Alejandro de Abonticos 109
 Alejandro, el calderero 385 485
 Alejandro y Rufo 423
 Alexámeno 434
 Alitiro 428 481
- Allgeier, A. 531
 Amintas 123 172
 Amonio de Alejandría 208
 Amós 149
 Anacreonte 276
 Ananías 52 55s 60 327
 387ss 396 496
 Anano, sumo pontífice 480 513
 Anás 389
 Anaximandro 284 293
 Anaximenes 293
 Andrónico 25 35 304
 Anfís 527
 Anfitríon 129
 Angélico, Fra 213
 Aníbal 26
 Annea (familia) 432
 Antígona 521
 Antínoo 210
 Antioco el Grande 452
 516; A. Epifanes 25
 86 258
 Antípater 511
 Antísteres 466
 Antonia (madre del emperador Claudio) 395
 Antonio 207 210 384
 488
 Antonio Musar 437
 Apeles 281
 Apfia 183 294 459
 Apión 481
 Apis 359
 Apolo, dios 26 28 84
 184s 229 276
 Apolo, discípulo 182 234
 266 284 286ss 293 317s
 320 322 324
 Apolonio de Tiana 109
 127 297 515
 Apolo de Didima 293
- Apuleyo 512
 Áquila y Priscila 28 234ss
 247 275 285 287 293
 304s 320 324 342s 367
 423 430 482
 Aquiles 175 209 523
 Aquiloco 235
 Arato 75 517
 Arcadio 499
 Ares 218
 Aretas de Petra 58 65
 Argos 353
 Aristarco 203 292 307
 343 349 355 411 443;
 A. de Tesalónica 355
 Aristóbulo 434
 Aristófanes 210
 Aristóteles 129 211 214s
 220 223 225 449 453
 465 518 520 522
 Arquímedes 216
 Arquivo 294 459
 Arrio 454
 Artemas 489
 Artemisa 281ss 291s 301
 303 339-346 372; Ar-
 temision 281 341s
 Arundell 128
 Asíncrito 430
 Asklepios o Esculapio 271 298
 Asmoneos 509
 Aspasia, hetera 325
 Astarté 85 103 173 232
 281 301
 Atalo I de Pérgamo 172
 Atanasio 88
 Atarzatis, diosa 91 422
 Atenea 206ss
 Atenodoro 20s
 Ático 128 166
 Atis 85 113 121 173 184
 228 232 238 282 481
- Augusto 20 103 108 112
 173ss 180 202 210 262
 284 404 421 423 437
 450 477 488 508 511
 Aulo Plaucio 432
 Ajax 521
 Azizo de Emesa 395 513
- Baal 19 103 113 359 519;
 Baal-Tarz 19
 Baco 91 233
 Baedeker 279 533
 Balaam 258
 Balbilo 298
 Barbarroja 22 125
 Bardenhewer 523
 Bardesanes 455
 Barjesús 104
 Barnikol 515
 Baruc (Apocalipsis de) 47 360
 Basilides 452
 Baucis 129
 Bauer, C. 279
 Bauhofer, O. 477
 Baumann, E. (Godin) 531
 Bäumer, G. 439
 Beilân 166
 Benjamín 25 42 46
 Berenice (hermana de Herodes Agripa II) 395
 405s 408 513
 Bernabé 35 68 70 87-96
 99-109 112 114s 118
 120 124s 127s 131-137
 141 145 149 151ss 156
 165 168 217 278 373
 411 495; amistad con San Pablo 88ss 158ss;
 ¡autor de la Carta a los Hebreos? 161
 Bernardo, San 32 349 498
 Birt, Th. 438 531
 Bismarck 487
 Blass 505
 Bölig, H. 531
 Bonhöffer, Ad. 21 510
 523s 531
 Bonifacio, San 93 150
 179 479 504
 Bossuet 32 318
 Bourdaloue 318
 Bousset, W. 41 531
 Bover, J.M. 529
 Breusing, Dr. 410
- Británico 202 478
 Bruto 180 207 308
 Buda 520
 Buenaventura, San 32
 Bultmann 508
 Burckhardt 504
 Burro 261 345 367 426
 478
- Caifás 37 62 388
 Caligula 65 73 94 134
 202 260 331 396 425
 508 512
 Calixto, papa 466
 Calvino 362
 Cam 103
 Camilo, San 89
 Candace 198
 Caor de Hermópolis 464
 Carlomagno 504
 Caronte 90
 Carpo 349 484 493
 Casiano 529
 Cassio 180
 Castalia 84
 Castorio 515
 Catalina de Siena, Santa 333 374
 Catón 437 477
 Cayo 260
 Cecilia Metela 425
 Celso 150 283
 César 26 113 172 175
 179 207 210 232 314
 367 394 397 404 414s
 434 511
 Cestio 498
 Cibeles 85 113 120 173s
 232 238 282 293 296
 307 335 432 436 519
 Cicerón 20 128s 166 186
 207 219 235 277 422
 460 464 524 526ss
 Clara de Asís, Santa 126
 Claudia, acueducto de 425
 Claudio, emperador 94
 112 125 128 135 202
 235 260s 269 356 395
 427s 434 480 494 506s
 512 527
 Claudio Lisias 386 388s
 394
 Cleantes 75 211 220s 314;
 Himno de C. 517
- Clemen, C. 531
 Clemente de Roma 101
 183 379 458 481ss 497;
 pseudo C. 278
 Cleopatra 22 352 395
 Clístenes 330
 Cloe de Corinto 183 266
 315 317
 Colón 102 141
 Compasión (diosa) 209
 Constantino 265 328 499
 Copérnico 257
 Corneliano 430
 Cornelio 149 265 410; C.
 papa 466
 Cornelios, familia de los 430s
 Cosme y Damián, Santos 438
 Cosroes 229
 Cratipo 219
 Crescente 483
 Creso 283 293 347
 Crisipo 217
 Crispo 243 266 320
 Cristóbal 52
 Croco 345
 Cronida 195
 Cuarto 267
 Cumano, gobernador 383
 Cumont, F. 524
 Cura de Ars 414
 Curtius, Ernst 228
- Dámaris 227 242
 Damocles 202
 Daniel 56 63 257 263
 Dante 39 266
 Darío 22 166 168 179
 504
 David 26 111 116 119
 149 244s 258 496
 De Corte 524
 Deissmann, Ad. 110 280
 508 526 529 530
 Deissner, K. 532
 Delatte, P. O.S.B. 532
 Demas 494
 Demeter 210
 Demetrio 292 294 342ss
 346
 Demiurgo 132
 Demonax 210
 Demóstenes 218 312

- De Rossi 243 430 432 526
De Waal-Kirsch 431s 527 529 530 533
Diana 179s 281s 285 301 340 425
Dido 26
Dieterich, Alb. 12
Dillersberger, J. 532
Diógenes 231 466
Dionisio 227 242
Dionisio (médico y presbítero) 527
Dioniso 208 227 233 301; Dioniso - Sabacio 85 228; Dioniso - Zagreo 315
Dión Casio 480
«Dióscuros», los mellizos Cástor y Polux 420
Dirce 482
Dobschütz 532
Dölger, Frz. J. 532
Döllinger, J. von 532
Domiciano 261 265 312 397 431 478
Domicio 432
Domitila 265 434
Drusila (hija de Herodes Agripa I) 395 398 405 513
Druso 432
Duncan 528
Dunin Borkowski, St. von 532
Durero 388
Eddington, A. S. 450
Ehrhard, Alb. 532
Eleazar 299
Elena, Santa, emperatriz 346
Elías 33 49 59 106 229 371 407
Eliezer 46
Elimas 519
Elio 494
Eliseo 371
Emilio Paulo 209
Empédocles 217
Eneas 174 420
Enoc 47 263
Enrique I 438
Epafras 294s 307 443 451 458s
Epafrodito, Pablo 183 443 467s
Epéneto 290 367
Epicteto 12 217 222 295 312ss 364 433 497 523s 531
Epicuro 216 223 259 520 522
Epiménides 75 225 479
Erasto 243 266 293 304 307 317 488
Erinnas, diosas de la venganza 399
Esau 365
Escipión 26
Escipiones 23 425
Escopas 281
Esculapio o Asklepios 271 298
Esdras 47 258 263 360 510
Espartaco 489
Esquilo 206
Esteban, San 31 34-40 45 52 67 71 105 133 145 373 386ss 507s
Estéfanos 236 266 315 320 324s
Estrabón 19-20 237
Eubulo 494
Eugenio (príncipe) 515
Eunice 130 169
Euplo 345
Eurípides 194 208
Eusebio 144 176 412
Eutico 371s
Eva 282 524
Evodia 181 467
Ezequiel 258
Farnesio 482
Favorino 450
Febe, diaconisa 183 271 357
Feine, P. 526 532
Felipe de Cesárea 36 45 70 183 198 293 333 373s 402
Felipe (hermano de Herodes Antipas) 512s
Félix (gobernador) 370 390 393-402 507 513; su esposa 398; discurso de San Pablo ante él y su esposa 399
Fenio Rufo 478
Festo, Porcio 337 395 403-409 426 479 507
Festugière, A. J. 509s 518ss 523 525 527 533
Fichte 314
Fidias 195 208 235 281
Figelo 494
Filemón 129 176 183 294 459s 462s 507
Filipo 22 180
Filólogo y Julia 430
Filón de Alejandría 286s 484 517
Filostrato 84
Flaco 277
Flavio Abineo 464
Flavio Clemente, T. 265
Flavio Josefo 58 85 299 307 370 383 394ss 402 428 480 488 512s 531
Flavios (familia romana) 434
Flegón 430
Florón, gobernador 486
Focílides 317
Fortunato 236 324
Fouard, C. 532
Francisco de Asís, San 74 89 126 188 216 335s 363 371 514
Francisco de Sales, San 318 371
Frey, P. 428
Friedländer, L. 532
Frontón 345
Fulgencio 435
Fuller, R. 531
Fustel de Coulanges 532
Gaia (la tierra) 315 529
Gala Placidia (hija del emperador Teodosio) 499
Galileo 257
Galión 266 270 275 397 432 507
Gamaliel 29ss 34 36 47 64 67
Gayo de Corinto 266 315 320
Gayo de Derbe 135 168 278 355
Gayo de Macedonia 292 307 343 349
Geffken, L. 532
Giotto 213
Godofredo de Bouillon 168
Goethe 214 227 242 276 313 324 360 368 429 518
Gog 258
Gorgona 167
Gorki 456
Graco 240
Grandmaison 509s
Gregorio Nacianceno, San 59
Gregorio Magno, San 99 383 470
Gregorovius 210 215 228 427
Grisar, H. S.I. 460 532
Grollenberg, L. 531
Haller, J. 504
Hamlet, 50 399
Harnack, Ad. von 80 126 284 434 444 455s 507 514 516 532
Harún Al Rachid 168
Hausrath, Ad. 532
Hefesto 84
Hegesipo 144
Heliand 504
Helios 113
Heracles 215 312 521
Heráclito 276 284 317 347 366
Herais 331
Hércules 19 180 481 495
Hermas 430
Hermes 129 131 217 430
Hermógenes 494
Herodes el Grande 30 82 103 384 394 396 412 434 488 511ss 525
Herodes Agripa I 65 94s 134 145 395 398 512
Herodes Agripa II 395 403 405-409 513
Herodes Antipas 58 95 100 398s 405 512
Herodes Ático 232
Herodes de Calcis 389
Herodías 58
Herodión 25 35
Herodoto 276 312
Hierocles 366
Hildegarda de Bingen 374
Hillel 30
Himeneo 327 485
Hipócrates 22
Hipólito de Roma 466 513
Hogarth 122
Hölderlin 225
Holtzmann 505
Holzner, Dr. 12
Homero 102 174s 181 205 209 225 276 317 347 485 490 531
Honorio 499
Horacio 207 226 423 471 477 517 526 529
Ibsen 194
Ífigenia 242 313 425 523
Ignacio de Antioquía 101 303 345 490
Ignacio de Loyola 50 58 77 89 216 250 469
Inés, Santa 126
Irene 243 254
Ireneo 419
Isaac 24 311 380
Isabel 47
Isaías 36 47 56 197 257 324 429
Ishtar 173
Isis, diosa 20 85 91 232 238 242 369 432 436 519 522
Ismael ben Phabi (sumo sacerdote) 403
Ixion 481
Jacob 24ss 46 119 242 365 380
Jannés 31
Jasón 197 199 202s 236 355
Jehoshua 30
Jehuda, R. 235
Jenofonte 115 223
Jeremías 33 144 332
Jerjes 168
Jerónimo, San 172 214 220
Job 327 363 412
Joel 56 143
Jonás (profeta) 332
Jonatán, sumo sacerdote 395
José 26
José de Chipre 35
Juan, Apóstol 36 63 70 78 94s 100s 136 147 157 174 181 257s 261 263 278 280 289 295 335ss 397 412 430 447 454 458 481 516; su sepulcro 345; J. el Teólogo 283
Juan el Bautista 95 100 116 286ss 299 398 405 510; sus adeptos 286s
Juan Crisóstomo, San 59 84 88 126 268 279 346 457
Juan Marcos 96 102 152
Judas (Damasco) 54s
Judas Barsabás 151
Julia (hija de Augusto) 477
Julia (hija de Druso) 432
Julio, centurión romano 410-426
Julio César 424
Juncker, A. 530
Junia 25 35 304
Júpiter 19 26 82 87 120 129 131s 174 260 477 527; J. Capitolino 180; J. Latio 424; J. de Olimpia 216
Justiniano I 218 229 345
Justino 299
Juvenal 84 422 480
Kalt, E. 511 515
Kant 314 333
Keil, J. 283
Kietzig, O. 531
Kittel, G. 522 531
Krebs, Dr. E. 330
Lagrange 509 524 531
Lais 232
Lebreton 507
Leibnitz 488
Leipoldt, Joh. 532
León I el Grande 64 346 467
Libanio 83-84
Liberio, papa 431
Lidia 174 179-194 236 293 349 467
Lietzmann, H. 513 514 517 532

- Lightfoot 520
Linfas (=Linfodoro) 295
Lino, san 493 494 498
Lisianas 512s
Lisias, Claudio 387 393 398
Lisímaco 277 280 347
Lisipo 281
Livio 331
Loida 130 169
Lolio Másculo, T. 426
Lotze 116
Lucano 269
Lucas 23 35 57 94 104
106 109 115 127 130s
134 145 148 157s 171s
176ss 181s 187 189
191s 199 202 223 234
270 277 279 287 293s
298ss 344 349 355s
371s 379ss 385 389
391 394 396 398
400ss 406 408 410ss
414s 418 424 426 430
437 467 478 484 488
494s 497 515 518
Lucas, San: su Evangelio
400ss 437; «Hechos de
los Apóstoles» 402
Luciano 84 210 215
Lucilio 270
Lucilo 420
Lucina 498
Lucio 87 355
Lucio de Cirene 100
Lucrecia Borgia 395
Luno, dios 113 121 307
Lutero 27 39 364 367s
- Mackay, H. F. B. 532
Macrobio 511
Magog 258
Mahoma 214 456
Mambres 31
Manahén 100
Manes 452
Marcial 436 460
Marción 329 444 452 456
Marco Aneo Novato
(Junio Galión) 269
Marco Antonio 22 180
308 352 395
Marco Aurelio 222 296
517 520 523 525 529
- Marcos, San 68 70 95s
106 108ss 158ss 165
239 278 356 401 423
437 468 495
Marcos, San: su Evan-
gelio 401 437
María, la Santísima Vir-
gen 47 282 345 401s
524; Madre de Dios
282 345; su culto 282
María de Betania 63
María de Magdala 185
María (madre de Mar-
cos) 68 95s 189
Marianne 396 509ss
Martín, San 469
Marucchi 430
Mateo, San 70s 106 401;
su Evangelio 401
Matías 151
Mayer, A. 527
Mecenas 477
Meinertz 446
Meistermann, B. 533
Melkart 232
Men 113 121
Menandro 20 75 222
Menedemo 218
Meragenes 128
Mercurio 180
Merk 398
Mesalina 202 432 527
Metelos 425
Meyer, E. 512s 517 527 532
Mickiewicz 47
Michaelis, W. 304
Midas, rey 468
Migne 106
Miguel, arcángel 31 254 263
Miller, K. 514
Minerva 180
Minos, rey 479
Misericordia (diosa) 210
Mishna 500
Mitra 113 238
Mnasón 375
Moisés 31s 49 55 91 104
118 141 146s 150 155
257 263 305 310 319
352 360 381 407 419
452 510 521
Moloch 233
Mommmsen 397
- Morton 110 528 533
Mozart 409
Müller, M. 529
Mumio 232 322
- Nabucodonosor 258
Nägeli 21
Narciso 227 434 527
Natanael 198
Nelson 410
Neptuno, dios del mar
412
Nereo y Olimpia 430
Nerón 125 134 202 232
260ss 269s 298 303 335
366s 383 395ss 408
420-428 432 434 465
467 470 477s 480ss 494
508 527
Nesso 41
Néstor 178
Nestorio 345 454
Newman 222 424
Nibby 527
Nicodemo 68
Nicolás de Cusa 211
Nietzsche 32 53 58 76
80 227 233 241 472
Nike 211
Noé 300
Norden, E. 517 533
- Octavio 180 478
Odín 129
Onesiforo 126 494
Onésimo (esclavo) 294
459-463 466 468
Onésimo (obispo de Éfe-
so) 345
Orchard, B. 531
Orestes 425
Orígenes 488
Orfeo 241 317 481
Orígenes 150 161 412
513-514
Osiris 85
Otón el Grande 438
Ovidio 207 477
- Palas 395
Pandemos 208
Papias 295
Parmenio 22
Parrasio 281
Pasifae 481
- Pater, W. 211 221 432 450
Patricio, San 418
Patrobas 430
Patroclo 174
Paul de Lagarde (Böt-
ticher) 80
Pauly-Wissowa 531
Pausanias 84 172 207 231 529
Pedanio Segundo (pre-
fecto de Roma) 433
Pedro 18 28 36 41 45 48
61 67-72 86 91 93 95s
110 131 134 136 143
147 152 154 165 175
189 208 217 240 247
278 309 319 354 369
384 398 401 405 419
431 437s 480 484 489
494 497 499 511ss 516
521; Cefas 68 322;
en Roma 356; en An-
tioquia 152; en Je-
rusalén 148s; conflicto
con San Pablo 153;
su autoridad 156
Péguy 525
Peregrino Proteo 109 335
Pericles 207s 235 325 449
Petronila 498 530
Petronio 212
Peutinger, Conrad 515
Physis 313
Pickl, J. 532
Pieper, K. 532
Pietzrch, G. 241
Pilato 93 104 117 123
198 383 387 397 405 407
Pindaro 225 458 517
Pío VII 499
Pío XI 334
Pirro 204
Pitágoras 211 217 225 276 360
Platón 208s-211 214s 217 220s 224s 282 286 317 446 449 509 517-522 528; Academia de 216
Plauto 516
Plinio 104 247 261 334 437 464 480
Plinio el Viejo 420
- Plotino 518
Plutarco 208 235 352 415
Polemón de Cilicia 405
Polibio 521 527
Policarpo 101
Policleto 281
Pompeyo 35 207 516
Pomponia Grecina 431
Pomponio Grecino 432
Popea (esposa de Nerón)
125 262 397 428 481
Poseidón 206 231 232
Posidonio 20
Prat, S. I. 31 221 223 337 489 507 532
Práxedes 431
Praxiteles 281
Prometeo 125 347
Prudencio 499
Prümm 509s 519 526ss 529 532s
Ptolomeo 514
Ptolomeos 23
Publio 418
Pudenciana 431
Pudente 431 494
- Quasten, J. 241
Queremón 331
- Rabia al-Adaviya 336
Ramsay, W. M. 104 110 126 296 513s 532
Raquel 46
Reitzenstein 326
Rembrandt 462
Renan 72 80 84 212 229 368 382 431 533
Ricciotti, G. 531
Riessler, P. 531
Rode 95
Rohde, E. 233
Rolfss 514
Roller, O. 494 520 524 532
Rösch, Konstantin 531
Rufo 28 87 183 484
Russell, R. 531
- Sabazio 113 184
Sabiniano 464
Safira 327
Safo 276
Salomé 95
- Salomón 35 47 188 263 300 521
Sandan 19 168
Sandan-Heracles 85
Sansón 26
Santiago el Mayor 94-95
Santiago el Menor 40 68 70 72 93 95 144 145 147 153 157 305 354 379 380 381 398 401 405 480 513 514; en el concilio de los apóstoles 149
Santos Otero, A. de 531
Sardanápalo 19 85
Satanás 108 174 249 250 258s 259 263 293s 297s 301s 327 351 353 355 362 406 481 485 510 528
Saturno, dios 421
Saúl 46
Saulo (nombre de San Pablo) 23; substituido por Paulo (Pablo) 106
Savoranola 300
Seeva, príncipe de los sacerdotes 299
Scheffer, Tassilo von 301
Schermann, Th. 532
Schiller 272 301 315
Schlatter, Ad. 532
Schlegel 364
Schliemann 107
Schmidt, C. 514
Schmitz, O. 41 532
Schneider, C. 532
Schneider, J. 533
Schneller, D. L. 110
Schneller, L. 531
Schubart 512
Schuster, Card. 438
Segneri 32 318
Segundo 203 292 349 355
Selúcida 23 82
Séneca 21 217 260 261 269s 295 367 420 424 426 432 433 464 465 472 478 480 482 523 531
Serapis 232 245 317 331 432 522
Sergio Paulo 104ss 107 217 265 399

Seth-Tifón (dios egipcio) 527
 Severo 92
 Shakespeare 399
 Shamash 113
 Shammay (rabino) 30
 Sibila tiburtina 450
 Sibilas, las 317
 Sícigo 183
 Silas o Silvano 70 151
 165ss 168s 183s 186ss
 189s 192 194 197 200
 205 208 217 236 245
 247ss 255 271 275
 278 515
 Silvano 248
 Silvestre I, San 499
 Simeón 28 47 240
 Simeón Metafrastes 345
 Simeón Estilita, San 457
 Simón Cireneo 87 100
 424
 Simón de Chipre 395
 Simón de Gitton 452
 Simón el Mago 105 217
 521
 Simón Niger 100
 Sintique 181 467
 Smyth, P. 531
 Sócrates 75 211 214 216
 217 219 316 322 449
 497 520
 Sófocles 206
 Sópatro 204 292 355
 Sóstenes 266 270 293 307
 320 339
 Soter (Salvador) 210 271
 Spinoza 221
 Staedler 527
 Steiger, R. 525 533
 Steinmann, A. 516 533
 Steinmetz, R. 533
 Stemplinger 423 533
 Sterret, Sitlington 128
 Suetonio 394s 422 431
 480s 531
 Sutcliffe, E. F. 531
 Taciano 455
 Tácito 157 358 394s 430s
 434 452 480s 498 531
 Tales de Mileto 276 284
 293 452
 Tamerlán 346
 Tammuz 173
 Tecla, Santa 125ss
 Telémaco 209
 Telesforo 296
 Teodoro 88
 Teodosio (emperador)
 346 499
 Teófilo 401
 Tercio 267 357
 Teresa de Jesús, Santa
 89
 Tertuliano 121 125 161
 262 433 486 513
 Teseo 206 208
 Teudas 370
 Thomson 46
 Tiberio 65 94 202 420
 437 506 510
 Ticio, Justo 237 243
 Tichelen, Th. van 533
 Tierra, diosa 359
 Tigelino 478 481
 Timoteo 124 130 133s
 136 148 160 165 168ss
 176 187 189 194 200
 205 208 217 226 230
 236 245ss 271 275
 304ss 317 320 339
 348ss 355 391 411 431
 443 462 468 484s 487ss
 495 497 519
 Tíquico 296 307 349 355
 372 443 462 468 489
 Tirano 291 297 343
 Tirón 464
 Tito 34 146ss 170 278
 304 307 309 327 348ss
 355 391 395 479 487ss
 493 513 515
 Tito Flavio Clemente
 434
 Tito Silvano 515
 Tolomeo 257
 Tolstoy 456
 Tomás de Aquino, Santo
 215 334 443 458 533
 Tondelli, L. 533
 Trajano 101s 238
 Trófimo 296 307 349 355
 372 383 385 391 488
 Ulises 209 419
 Valentín 452
 Valentiniano II 499
 Valeriano, emperador
 499
 Valerio Máximo 460
 Venus Amatusia 103
 Venus vulgívaga 232
 Verónica 498
 Verres 186
 Vespasiano 261 299 438
 486
 Vicente de Lérins, San
 211
 Virgilio 174 207 363 420s
 433 450 522
 Vitelio 65
 Vitti, A., S.I. 507 533
 Vogels, H. J. 531
 Vouaux, L. 531
 Wael, F. J. de 533
 Weinel, H. 101
 Weizsäcker 303
 Wendland 216 285 533
 Werner, M. 531
 Wikenhauser, A. 511
 513s 531 533
 Wilpert 243
 Windisch, H. 533
 Wrede, W. 525
 Wunsch 527
 Yugurta 495
 Zacarías 47 56 240
 Zenas 266
 Zenón 106 216
 Zeus 19 75 129 174 178
 184 195 205 208ss
 215 217 219s 222 224s
 294 301 313s 445 458
 523
 Zeuxis 281
 Zoroastro 295 452 456
 509 526
 Zósimo 464

ÍNDICE GEOGRÁFICO

Acaya 176 196 207 236
 269 271 287 305 348
 507
 Accio 207 488
 Acmonia 171
 Acreno 171
 Acrocorinto 211 230ss
 315
 Acrópolis de Atenas 172
 206 208 210 213 218
 230s
 Adalia 279
 Adana 166
 Adria, mar 465
 Adriático, mar 180
 Adrumeto 174 410
 Aezani 174
 Afaia 230
 África 86 99 136 214 381
 414; ruina de las comu-
 nidades cristianas
 136
 Ak-Göl 136
 Ala-Dagh 127
 Alba Longa 424
 Albano (Monte Cavo)
 monte 424
 Albanos, montes 425
 Alejandreta (hoy Isken-
 derum) 166
 Alejandría 18 20 23 35
 82 177 286 287 420
 458 516; Alejandría
 de Tróade 175
 Alemania 93 112 356
 479 509 528
 Amanus 17 81s 141 165
 Amanus, montañas de 17
 Amato 103
 América 13
 Amman 58
 Anatolia 129 167
 Ancira (Ankara) 172s
 279s
 Anfípolis 194
 Antio 115 121 480 526
 Antioquia de Pisidia 108
 110 112s 115-124 128
 136 137 237 293 312s
 513
 Antioquía de Siria 12 23
 45 72s 82-96 100 101
 110 141s 145 151-158
 165ss 176 230 275ss
 307 309 332 372ss 508
 Antipátrida 374 393
 Antonia, Fortaleza 384
 391 486 511
 Apamea 124 171 279
 Apolonia 195
 Apolonia del Epiro 20
 Aqua Appia, acueducto
 425
 Arabia 58 63 74s 81s
 111 277 309 311 507s;
 Arabia Pétreá 58
 Areópago 75 182 209
 216 218ss 227s 323
 406 518 522; discurso
 de San Pablo 223ss
 Aretusa 194
 Argólida 230
 Argos 207 271
 Aricia 424s
 Armenia 136; Armenia
 Menor 172; ruina de
 las comunidades cris-
 tianas 136
 Ascalón 23
 Asia 17 35 82 85 101 107s
 114 116s 125 127 134
 166 171s 174 178 184
 196 197 214 218 233
 277 278ss 280s 284
 289s 292ss 296s 303
 340s 342 345 359 367
 379 385 410 413 432
 455 468 493s 513 516;
 comunidades cristia-
 nas del A. Menor 99ss
 165 275ss; ruina de
 las comunidades cris-
 tianas del A. Menor
 136 346
 Asia 347
 Assos 294 371s
 Atalia (hoy Adalia) 107
 109
 Atenas 12 20 26 75 105
 172 175 177 205ss
 210ss 217ss 227ss 233
 236 242 275 281 297
 321 337 359 424 458
 508 517
 Athos 195
 Ática 205 211 424
 Augsburg 513
 Aventino 235 430 480
 Ayasholuk 347
 Babilonia 26 104 113 116
 250 262 280 510 516
 Bagdad 112 127 167
 Balcanes 172 189 196
 Barada 49 56
 Basora 58
 Bayas 420
 Belén 94 247 401 405
 511
 Beocia 176
 Berea (Verria) 199 203ss
 217 292 508
 Berlín 80 294
 Betania 242
 Betel 46
 Bin-bir-Kilisse 128
 Bitinia 171s 176 238
 Bizancio 196 316
 Bosola-Dagh 130
 Brema 410
 Brindis 180 422
 Britania 432 439

- Bülbül-Dag 347
Bulgar-Dagh 168
- Cadmo, monte 294
Cafarnaúm 67 265 410
Caico 293
Caistro 109 111 276 293 347
Calcedonia 171
Calcídica 194
Calcis 395
Calvario 69
Campania 422
Candace 86
Capadocia 136 166 168
Capena, puerta 426
Capitolino 425 493
Capri 420
Capua 422
Caralis 126
Cartago 103
Casio 82
Castra Peregrinorum 426
Cauda, isla de 414
Cedrón 30
Cefiso 207
Celio, monte 426
Cencreas 183 230s 271 318 370
Cerámico 208
Cesarea 72 86 109 147 279 373s 383 393s 398 400ss 405 410 412s 437 508 511 512 513; Cesarea de Filipo 61 67 510
Cibistra 168
Cicladas 276
Cidno, río 17s 21s 75 89 167
Cilene 231
Cilicia 17s 22 28 35s 72s 81 107s 128 137 141 165ss 278 394; Puertas de Cilicia 17 167s
Cirene 35 86s 514
Claudiconio 125
Cnido 413
Cnosos 479
Colonia 281
Colosas (hoy Khonas) 294s 307 443 451s 455 457ss
Columnas de Hércules 101
- Constantinopla 279
Constanza, Concilio de 147
Córcega 260
Coreso (hoy Bülbül-Dagh) 292 304
Corinto 12 18 22 32 135 165 170 183 196 207 210 229-271 275 286ss 293s 296 304 307 312 320 322 324ss 335 338ss 348ss 354ss 359 372 379 382 429 432 483 488 505 507s 514; C. la Vieja 298; comunidad cristiana 314ss; desórdenes en ella 315s 333; mujeres cristianas 242; judías 236
Cotieo 171
Craneon 231
Creta 413 479 484 488s 508 516
- China 13 90 407
Chipre 45 86 99 102ss 106s 159 161 165 182 185 373 413 516
- Dafne (Bêt-el-Mâ) 83 84 91
Dalmacia 355
Damasco 37 45 48s 51ss 55ss 60 62 65s 72 76 105 117 125 148 155 167 309 321 332 335 353 365 389 392 407 473 496 506
Danubio 172
Delfos 172 211 269 314 421 507 510
Delas 276
Derbe 127s 134ss 168 278s 307
Dio 204
Dipilon 208
Dorilea 171 174
Dover 102
Dirrachium (Durazzo) 196 355
- Ecbatana 90
Écija 484
Éfeso 12 18 28 101 107 112 124 165 170s 186 235 275 - 290 292ss 296ss 301 303ss 307 315 320 339s 344ss 351 367 370 372 379 385 399 425 443s 479 482ss 488s 493s 505 508 521 528; plano de É. 283; concilio de É. 345; «concilio de los bandoleros» 346; basilica de San Juan 345; Biblioteca de Celso 291; fiestas de mayo 341; secretario municipal 344; «Siete Durmientes» 346; teatro 342ss; Ayasholuk 347
- Egeo, mar 165 189 194s 205 276 292 352 380 516
Egerdir 112 121
Egerdir-Göl (lago) 112
Egina 206 230
Eginion 204
Egipto 22 54 84s 104 247 286 289 331 370 420s 464 479 511 516
El Cairo 30
Eleusis 227 230 519
Elíseos, Campos 523
Emaús 48
Epiro 355 488
Erecteón (santuario) 209
Eregli 279
Escamandro (río) 174
Escopo 67
Esdrelón 46
Esmirna (Ismir) 101 112 291 293 345
España 13 18 99 117 165 356 372 439 479 483s 493 508 512 516
Esparta 207 271
Esquilino 431
Estagira 75
Estratán, Torre de 394
Estrimón, río 194
Estrimónico, golfo 194
Etiopía 86 191 198
Etna 420
Éufrates 33 58
Euripo, estrecho de 205
Europa 13 166 174 176 178 182s 192 214 316
- Falero 214
Famagusta 102 161
Farfar 49
Felipe y Tecla (monte) 128
Fenicia 45 147 373
Fénix (hoy Port Lutro) 413
Filadelfia 58 293
Filipos 124 176 179-193 196s 199 203 207 217 236 242 249 262 293 315 349 370s 443 467s 479 508 521
Florencia 300
Foro Romano 425 493
Formia 422
Forum Appii 423 482 526
Friburgo 330
Frigia 113 124 171s 279 290 293s 296 307 312 451s 515s; F. calcinada 279
- Gadara 23 46
Gaeta 423
Galacia 112 121 123s 127s 135s 171ss 278s 290 306 308 312 315s 443 513; G. del Norte 171 311; G. del Sur 279
Galia 99 113 439 483
Galilea 17s 35 68 90 306 380 424 473
Gallesion, monte 276
Gangas 180s
Garganta del Diablo 167
Gaza 23
Gelboé 46
Gemelos, constelación 420
Genesaret 67 91 510
Gerasa (hoy Dscherach) 23 58
Germania 504
Getsemaní 69 96 167 353
Gólgota 34 36 70 117 167 198 333
Grecia 85 103 117 172 175 177 205-211 217ss 227 230 232 235 242 262 269 275 280 290 304 325 341 380 399 415 458 479 494 506s 514; G. Magna 276
- Gütersloh 304
- Hagia Triada 479
Halicarnaso 285 291
Halys, río 172
Hamburgo 512
Haurán 58
Haxamilia 231
Heidelberg 222
Hélade 207 213 219 221 276 323 424
Helicón 231 481-482
Heraclea (Eregli) 136 168
Herculano 420 524
Hermo, río 293
Hermón, monte 46
Hierápolis 294s 297 312 444 452
Homs (Emesa) 58
Horeb 49
- Iconio 110 112 124ss 130 132 136s 169 278 293
Ida, montaña de los dioses 174 372 413
Iliria 99 355s 488 493 508
Iliiso 216
India 13 84 269 403 407
Inglaterra 93 99 102 269 528
Irán 113
Isauria 108 136 172
Iso 166
Isquia, isla 420
Israel 18 26 37 57 65 85 106 116 118s 130 205 207 220s 236 249 268 311 365 389 392 510 512
Ístmico, golfo 231
Istmo (de Corinto) 231
Italia 174 276 356 410 420ss 514; I. Alta 112
- Janículo 480
Japón 325 330 407
Jericó 167
Jerusalén 17 26 28ss 32ss 40 45 52 58 61 71s 82 86ss 92ss 99
- 102 110 117s 131 141-147 149 151ss 165ss 170 197 207 212 238 240 244 250 255 258 260ss 275 279 281 287 305ss 309 311 317s 332 344s 367 369s 372ss 379ss 383 389 391s 394ss 400s 403s 411s 427 435 447 473 478 480 486 507s 510-516 527; su comunidad cristiana 96 147 277; «Iglesia madre» 66ss; colecta para los fieles de J. 94 353; concilio apostólico 41 146ss
Jonia 165 276 284 296 325 452
Jónico, mar 413
Joppe (Jafa) 28 45 86 143 374 402
Jordán 33 46 116 286 289 395 453
Judea 45s 72 147 374 393 395 397 402 412 512
- Kaaba 281
Kaloí Limenes 413
Kara-Dagh 124 128 130 133
Karadscha-Dagh 124
Kataraktes 22
Kavala v. Neápolis
Khatyn Serai 129
Kibistra (Eregli) 279
Kilisse (hoy Bin-bir-Kilisse) 128
Koressus (Bülbül-Dagh) 276
Kukusus 279
- Lacio 424
Lagunas Pontinas 423
Laodicea (Eski Hissar) 128 294s 444 452
Larnaca 102
Lasea 413
La Valetta 419
Leontópolis 287
Lesbos, isla de 372
Leuca 231 236
Lezuza 484

- Líbano 17 89 395
 Libia 516
 Licaón 231
 Licaonia 127s 136 141
 166 172
 Lico 171 291 294 451
 Lidia (ciudad) 293 514
 Limasol 103
 Listra 105 110 126-134
 136s 160 168 169 185
 217 278 306 311 495
 Londres 281
 Loras-Dagh 127
 Lucrino, lago 420
 Lustra 129
 Macedonia 117 177ss
 182 185 189 195ss 204
 229 236 246 290 304s
 307 317 349 370 443
 484 488
 Magnesia 101 293; Puer-
 ta de Magnesia 281
 Maguncia 125
 Malta 416 418s
 Manresa 77
 Maratón 175 205
 Marcia, acueducto 425
 Massilia (Marsella) 483
 Matala, cabo 413
 Matapán, cabo de 413
 Mayor (lago) 112
 Meandro 171 279 291
 293s 312
 Meca, La 212 281
 Mediterráneo 82 189 196
 267 352 400 411s
 Megara 230
 Mersina 18
 Mesina, estrecho 420
 Mesopotamia 82 166 379
 Methoni (entonces Eleu-
 therochori) 204
 Metrópoli 171
 Migdonia 195
 Milán 241
 Mileto 291ss 372 451
 488
 Mira 413
 Miseno, promontorio
 420
 Misia 171s 174 410
 Mitilene 372
 Montañas Negras 128
 Monte Casino 229
 Monte Negro 128
 Mopsuestia (hoy Missis)
 166
 Moria, monte 384
 Nápoles 86 420 482
 Nazaret 29 73 247 285
 375 401
 Neápolis (Kavala) 179
 371
 Negro, mar 114 234
 Nemi, lago de 425
 Nicea 171
 Nicomedia 171
 Nicópolis 312 488 493
 508; N. del Epiro 355
 Nilo 26 34 86
 Nisida, isla 240
 Numidia 421
 Ofel 35
 Olimpia 207 209 231 271
 Olimpo 171 175 195
 203ss 224
 Olivos, monte de los
 30 370; O. huerto 514
 Orontes, río 82ss 90ss
 99 101 153 422
 Osa 205 335
 Ostia 480 498s
 Pacífico (océano) 132
 Pafos 103 137; Nueva P.
 104 107
 Pagre, castillo romano
 165
 Palatino 425 434 481
 Palermo 276
 Palestina 18 21 25 89
 116 277 287 318 373
 395 405 410 473 479-
 480 486 511 512
 Panfilia 107 108 121
 Pangeo, monte 179ss 194
 Panormo 276
 Panteón 88
 París 30; P. del Oriente
 83; Ville Lumière 83
 Parnaso 231
 Paros 499
 Partenón 208 210
 Pátara 373
 Patras 231
 Pedeo, río 103
 Pelión 205 335
 Peloponeso 207 231s 413
 437
 Pérgamo 172 174 214
 291 293s 517
 Perge 109 137 158
 Persia 104 229
 Pesinunte 172s 279 281
 Petra 58
 Pión (Panajir-Dagh) 276
 292 343; grutas del P.
 346
 Pireo 206s 230
 Pisidia 111s 128 172
 Pisón, río 33
 Pompeya 420 422 524
 Ponto 234 379 455
 Porta Ostiensis 493
 Porta Trigemina 498
 Port-Royal 485
 Port-Said 232
 Príamo 174
 Priene 291
 Prócida, isla 420
 Propileos 210
 Prusa 171
 Putéoli (Puzzuoli) 86
 421s; golfo de P. 420
 Quíos, isla de 372
 Rin 113 439
 Rindaco 174
 Riviera 464
 Rodas 23 373
 Rojo, mar 412
 Roma 12 18 20 23 26
 35 82 84ss 94 96 101
 103 108 110 117 124
 150 160 165 170 172
 175s 180 183 196 202s
 207s 210 225 232 234ss
 242 247 255 262 269
 278 280 294 296 303
 305 307 312 325 331
 356s 363 367 369 372
 383s 392 395ss 402ss
 408 410s 415 419-439
 443s 448 455 459 465
 468 473 477ss 483s
 486 488 493s 497ss
 508 512 530; aspecto
 de la antigua ciudad
 435s; comunidad cris-
 tiana 423 430ss; aris-
 tocracia romana cris-
 tiana 430; primacia
 eclesiástica 482; R.,
 meta de San Pablo
 175 419; basilica de
 San Pablo 498ss; in-
 cendio de la ciudad
 480; judíos en R. 427;
 Casa Aurea 497
 Sabá 22
 Sabinos, montes 425
 Salamina 102 106 137
 206 230
 Salvia, laguna «Aquae
 Salviae» 498
 Samaria 45s 147 373 512
 Samos 276 372
 Samotracia 74
 Sardes 293
 Saro 167
 Sarón 374 393 413
 Sarónico, golfo 206 211
 229s
 Seleucia 72 89 101 141
 Serapeion (templo de Se-
 rapis) 331
 Sheol 362
 Sicilia 276 415 418
 Sición 271
 Sidón 72 147
 Silpio, monte 82s 90
 Simois 174
 Sinada 171
 Sinái 31 111 195 220s
 311 315 333s 452 454
 485
 Singón, calle de 88 90
 99s 141 278
 Sinope 455
 Sinuesa 525
 Sión 26 69 333
 Sipilo, monte 293
 Siracusa 330 420
 Siria 45 65 72s 81s 113
 137 141 165 303 359
 380 422 519; Puertas
 de S. 17 166
 Soloi 104
 Sorbona 30
 Sultan - Dagh 112 121
 124s
 Sunion, cabo (ahora Ko-
 lonnais) 205
 Tabor 67
 Taquino 194
 Tarso 17-34 66 72ss 77
 79 81s 85s 88 110 107s
 112s 137 160 166ss
 175 177 205s 217 227
 279s 374 386 399 421
 503 508
 Tarragona 484
 Táurida 425
 Tauro 17 22 28s 81 89
 107ss 124 128 130 137
 141 166 168 278 305;
 T. de Cilicia 167; T. de
 Panfilia 166
 Tavio 172
 Tebas 176 207
 Tenedos, isla de 175 371
 Termaico, golfo 204
 Terracina 423
 Tesalia 204
 Tesalónica 105 182 193-
 204 229 236s 242 245s
 248 250 253 256 259s
 262 264 268 292 317
 327 382 508
 Tiana 279
 Tiatira 174 181s 293
 Tíber 84 104 422 436
 493 498s
 Tiberiades 512
 Tigris 33
 Tiro 23 72 147 373
 Tmolos, monte 276 293
 Tolemaida 23 147 373
 Tolosa 172
 Torre de David (palacio
 real) 511
 Tortosa 484
 Tracia 85 113 180 232
 Trafalgar, batalla de 410
 Trales 293
 Transjordania 58
 Trastévere 427
 «Tre Fontane» (monas-
 terio de) 498
 Tres Tabernae (Tres Al-
 bergues) 424 524
 Tróade 175s 238 279
 291 294 317 349 370ss
 484 488 493 495
 Troya 107 174s 215
 Tschakyt 167
 Tubinga 527
 Turquestán 90
 Túsculo 403
 Vaticano 323 480
 Velitrae (Velletri) 424
 Venecia 293; Plaza de
 V. 425
 Verria 204
 Vesubio 395 400 420 422
 Via Appia 196 422 424ss
 498s 525
 Via Egnacia 179 194 196
 Via Laurenciana 498
 Via Nomentana 426
 Via Sebaste 126
 Viena 515
 Yayladagi 113 121

ÍNDICE DE CITAS BÍBLICAS

Act	13, 14	115	19, 11-22	297	26, 10	38																
	13, 15ss	115	19, 21	305	26, 11	40																
2, 1-10	146	125	19, 23-40	340	26, 12-18	45																
2, 11	479	124	19, 24	82	26, 14	49																
2, 41	56	128	19, 33	114	26, 17	52																
2, 42-46	36	57	20, 1-2	348	26, 22-23	407																
4, 21	35	141	20, 3	355	26, 29	408																
4, 36	35	141	20, 4	369	27, 2	203																
5, 34	30	146	20, 4	135	27, 24	414																
5, 35	36	145		203	27-28, 10	410																
5, 36ss	35	141		204	27, 41	418																
6, 7	35	514	20, 6	370	28, 11-16	419																
6, 8	36	152	20, 8	344	28, 17-29	427																
6, 8-8, 1	34	158	20, 19	302																		
6, 9	35	165	20, 19-21	289	Amos																	
	511	73	20, 28	292	1, 2	35																
7, 58	34	136	20, 35	70	3, 8	332																
8, 1-4	39	171	21, 9	36	Apoc																	
8, 6	36	515	21, 16	369	2, 5	297																
8, 37	56	179	21, 17-26	379	2, 10	281																
9, 1-19	45	521	21, 25	514	2, 13	174																
9, 5	52	183	21, 26-22, 29	383	2, 19	182																
9, 10-22	53	187	21, 39	17	2, 24	298																
9, 19	58	56	22, 3	29	3, 9	481																
9, 20-30	57	186	22, 4	96	3, 14-16	295																
9, 21	39	193	22, 5-11	45	3, 15	444																
9, 23	58	199	22, 6	96	3, 18	295																
9, 25-30	88	198	22, 11-16	53	17, 5-6	477																
9, 26-30	66	199	22, 17	72	18, 17-24	281																
9, 30-31	73	205	22, 17-21	66	1, 22	412																
9, 31	74	213	22, 19	96	1, 25-30	267																
9, 43	28	219	22, 20	38	2, 2	62																
10, 41	91	208	22, 20-23, 25	388	2, 3	239																
11, 19	102	75	22, 28	17	2, 10-16	63																
12, 1-24	513	229	23, 8	525	3, 2	239																
12, 1-25	88	114	23, 12-24, 7	393	3, 10	236																
12, 5	391	266	25 y 26	403	3, 12	480																
12, 17	95	275	26, 4	29	3, 15	322																
12, 20-23	512	513	26, 8	407	3, 22-23	322																
12, 22	96	284	26, 9-11	39																		
13, 1	90	275	26, 10	37																		
13, 1-12	99	284																				
13, 10	57	56																				
13, 13	107	289																				

4, 2	461	1, 16	126	3, 11	495		
5, 3-16	183	2, 2	169	3, 15	128		
5, 18	70	2, 3	294	3, 16	159	1, 11	489
6, 12	169	2, 11	133	4, 10	483	1, 12	75
6, 20	165		240		493	1, 15-16	489
		2, 17	485	4, 11	160	3, 1	367
2 Tim		3, 8	31		176		489
		3, 10-11	124	4, 13	28	3, 4	129
1, 4	130	3, 11	107	4, 13	349		359
1, 5	128		124s	4, 19	367	3, 5	50
1, 7	130		128		482	3, 13	266
1, 9	45		132	4, 21	431		

APÉNDICE DE GRABADOS

